





BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

(CONTINUACION)

Descripción breve de toda la tierra del Perú,
Tucumán, Río de la Plata y Chile,

DE

REGINALDO DE LIZARRAGA

Jornada del Río Marañón.

DE

TORIBIO DE ORTIGUERA

ESTUDIO PRELIMINAR POR
DON MARIO HERNANDEZ SANCHEZ-BARBA



MADRID
1968

DERECHOS RESERVADOS

DEPÓSITO LEGAL: M. 12748.—1968

12.944.070

Sucs. J. Sánchez de Ocaña y Cía., S. A. - Tutor, 18 - MADRID

ESTUDIO PRELIMINAR

LA OBRA DE FRAY REGINALDO DE LIZARRAGA

La dimensión vital del autor

Muy pocas son las noticias históricas acerca de la vida e incluso de la obra de fray Reginaldo de Lizárraga (1), y no ciertamente porque su crónica no haya sido utilizada por los historiadores americanistas. Basta leer los aparatos críticos de los estudios consagrados a la época virreinal para comprobar la intensa y exhaustiva cita que de su obra se hace. Entendemos que son otras las razones que justifican esa falta de noticias biográficas. En primer lugar, existe un evidente relajamiento en los planteamientos intelectuales condicionantes de la llamada "empresa de América" durante la primera mitad del siglo XVI; la segunda mitad de esa centuria —que es la correspondiente al ámbito vital de fray Reginaldo de Lizárraga— presencia la extinción de la doble línea de justificación y polémica que es fácil percibir en todas las obras históricas y ensayísticas escritas en aquel primer período del siglo XVI (2) y cuyo más relevante resultado historiográfico fue la concentración de la actividad investigadora sobre todos sus protagonistas. La segunda mitad del siglo significa un afianzamiento del régimen virreinal y audiencial y, en consecuencia, una característica estructura de organización constructiva que, en efecto, dentro de la línea institucional encontró su expresión en las Ordenanzas de Población y Descubrimiento del año 1573. En segundo lugar, la temática de inspiración épica, típica de los tiempos de la conquista y de las guerras civiles en el Perú —correspondiente al ámbito espacial de Lizárraga—, queda superada por el ordenancismo virreinal de modo que con la estabilidad se perfila mejor una posibilidad descriptiva de la tierra en sus características geográficas y humanas y de la nueva organización que surge y se afianza en ella. Un formalismo literario aparece en la narrativa peruana, dentro de cuyo modo de expresión se encuentra nuestro biografiado.

Sabemos por él que nació en Medellín (3) hacia 1545, que su verdadero nombre era Baltasar de Ovando y que llegó a América con su familia cuando era "muchacho de quince años" (4), es decir, hacia 1560.

(1) JULIO CAILLET-BOIS: «Un olvidado cronista: Fray Reginaldo de Lizárraga», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, 1953.

(2) Vid. LEWIS HANKE: *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1949, y la reciente e importante de PAULINO CASTAÑEDA DELGADO: *La teocracia pontifical y la conquista de América*, Vitoria, Ed. Eseti, 1968.

(3) *Descripción breve...*, lib. I, cap. XLIII (en adelante, al referirnos a la obra de Lizárraga, citaremos abreviadamente D. B. y a continuación el número del capítulo).

(4) D. B., cap. II.

Su familia se establece en la ciudad de Quito, y él, casi inmediatamente, ingresa en la Orden de los Dominicos (5), profesando en el convento de la ciudad de los Reyes. Es bien explícito fray Reginaldo en esta cuestión. En primer lugar se aprecia la morosidad y el cariño con que en su obra describe la ciudad fundada por Francisco Pizarro, deteniéndose especialmente en las particularidades religiosas. En ese amplio espacio consagrado a la descripción de Lima hace el autor una importante serie de precisiones aclaratorias sobre las circunstancias personales que ahora nos interesa destacar. Expresa, en efecto, como su vida de novicio transcurrió en este convento cuando dice: "Oí decir al padre fray Antonio de Figueroa, un religioso nuestro muy esencial, gran siervo de Dios, verdadero hijo de Santo Domingo, que fue mi maestro de novicios..." (6), ratificándolo más adelante al afirmar con respecto a fray Gaspar de Carvajal, provincial de la Orden, que fue el primer organizador efectivo del convento: "... de suerte que podemos decir, y justísimamente, que desde este año de 60, o cuando mucho del 58, comenzaron los conventos a aumentarse; para que se vea cuán en breve tiempo la mano del Señor ha venido favorabilísima sobre todos ellos. Dióme la profesión el padre provincial fray Gaspar de Carvajal, cumplido mi año de noviciado, que ojalá y en la simplicidad que entonces tenía hubiera perseverado" (7). De este convento de la ciudad de los Reyes fue prior fray Reginaldo de Lizárraga: "Siendo yo prior de este convento..." (8), lo que significa un rápido ascenso dentro de la Orden y, evidentemente, un activo trabajo que ocupa todo el último cuarto del siglo XVI, de enorme actividad viajera, pues dice: "En diferentes tiempos y edades, he visto muchas veces lo más y mejor de este Perú, de allí (Quito) hasta Potosí, que son mas de 600 leguas, y desde Potosí al reino de Chile, por tierra, que hay mas de 500, atravesando todo el reino de Tucumán, y a Chile me ha mandado ir la obediencia dos veces..." (9). Actividad y servicio religioso que tuvo su recompensa cuando fue nombrado Obispo de La Imperial en 1596 por Felipe II a propuesta del virrey, siendo consagrado por el Arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo y sucediendo en la sede a D. Agustín de Cisneros (10). En ella permanece hasta su nombramiento para el Obispado de la Asunción en Paraguay, que debió de ocupar después de 1610 y donde residió hasta su muerte en 1615.

El ámbito vital de fray Reginaldo de Lizárraga en América, pues, abarca una época de extraordinario interés que, en gran parte, modeló la característica humana del dominico, tanto como sus actitudes religiosas —a través de la robusta configuración de la Orden a la que perteneció— y su ideología política. Esta caracterización personal de fray Reginaldo de Lizárraga parece de extraordinario interés porque es el índice confi-

(5) Vid. FRANCISCO ESTEVE BARBA: *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1964, pág. 440.

(6) D. B., lib. 1, cap. XXIII.

(7) D. B., lib. 1, cap. XXVIII.

(8) D. B., lib. 1, cap. XXV.

(9) D. B., lib. 1, cap. II.

(10) D. B., lib. 2, cap. LXXXI.

gurador de sus planteamientos mentales. En efecto, por cuanto ha quedado anteriormente dicho, puede afirmarse sin reservas que la formación de nuestro autor es fundamentalmente americana. Llegó a aquellas tierras siendo todavía un joven de catorce o quince años y hubo de quedar esencialmente afectado por el ambiente que, en la doble coordenada, religiosa y política, prevalecía durante su época y con un claro sentido constructivo de organización y estabilidad. Perteneció a la Orden de los Dominicos, que tuvo en el Perú un arraigo de prioridad (11), pues como es sabido seis frailes se incorporaron a la expedición conquistadora de Francisco Pizarro, si bien sólo uno, fray Vicente Valverde, participó muy activamente en la gesta. Llamado éste a la Corte fue nombrado Obispo de Cuzco y de nuevo regresó acompañado de un importante número de frailes. Casi simultáneamente el Papa Paulo III ordenaba, por la Bula *Cum sicut accepimus ordo fratrum* (23 de diciembre de 1539), la segregación de una provincia dominicana de la mexicana con el nombre de San Juan Bautista del Perú; en ese momento la Orden contaba con sólo dos conventos. Parece claro (12) que el crecimiento y definitivo arraigo peruano de la Orden de Predicadores en el Perú tuvo lugar entre los años 1540 y 1560, de modo que cuando Lizárraga ingresa en ella su madurez era ya considerable y efectiva, tanto desde el punto de vista de organización interior cuanto en lo referente a actividad y expansión misionera verificada a partir del núcleo fundamental de Lima, verdadero epicentro de acción evangélica. Apunta tal acción hacia el interior continental mediante una fuerte y concentrada misión de la región del Collado, pero hacia 1572 un conflicto surgido con la jurisdicción civil hizo abandonar tal dirección para concentrarse en la que será característica dominicana en el continente meridional: siguiendo la dirección norte-sur en el sentido de la columna vertebral andina (13); como veremos al tratar de la obra, en ella se refleja el área de acción típica de la Orden a la que perteneció su autor.

El segundo elemento condicionante es de índole formativa. El virrey conde del Villar (14) escribía en 1588, en carta donde explica alguna serie de importantes pormenores relativos al estado del virreinato, que "los clérigos... del Perú son en tres maneras, unos vienen de Castilla y otros se ordenan acá aunque nacieron en ella y otros son nacidos y criados en esta tierra" (15); a la segunda manera pertenece, como sabemos, fray Reginaldo de Lizárraga, el cual recibe su formación, según se desprende de lo anteriormente indicado, en el convento de Lima, "madre de todas las demas (casas) desta provincia donde se crían los novicios que toman el hábito en toda ella", como dice el provincial de la Orden

(11) Cfr. FERNANDO DE ARMAS MEDINA: *Cristianización del Perú (1522-1600)*, Sevilla, 1953.

(12) ARMAS: *op. cit.*, págs. 139 y sigs.

(13) Vid. el acertado planteamiento que sobre tal problema establece ARMAS: *op. cit.*, páginas 143 y sigs.

(14) Cfr. BARTOLOMÉ ESCANDELL BONET: «Aportación al estudio del gobierno del conde del Villar: hechos y personajes de la corte virreinal», *Revista de Indias*, núm. 39, Madrid, 1950.

(15) Carta de 8 de diciembre de 1588, Archivo General de Indias, Lima, 32, fol. 1, cit. por ARMAS, *op. cit.*

en 1565 (16), aunque ya antes, en el capítulo general celebrado en Cuzco (1548), se había acordado crear en la capital virreinal un Studium General (17) que se convirtiese en cauce de la fuerte e importante tradición cultural universitaria de los dominicos, plasmada efectivamente en la Universidad de San Marcos, instalada en principio en el convento dominico de Lima, confirmado por Real cédula de 12 de mayo de 1552, si bien no recibirá la plenitud de privilegios, al modo de la Universidad de Salamanca, hasta 1588. Desde luego, puede afirmarse con la mayoría de sus historiadores que este centro docente universitario, que coincide en su ubicación con el convento de dominicos de la ciudad de Los Reyes, tuvo al principio una vida poco activa, principalmente por la escasa renta que le asignó la misma Orden, pero también es correcto afirmar que los novicios del convento —entre los cuales hubo de contarse fray Reginaldo de Lizárraga— tuvieron ocasión de simultanear su formación religiosa con otros contenidos, amén de los teológicos, como gramática y lógica (18). En ese hogar de incipiencia universitaria que fue, pues, el convento de la Orden de los dominicos en Lima, obtuvo Lizárraga una germinal formación universitaria a la par que la propiamente religiosa.

Por último, coincidió la estancia activa de fray Reginaldo en el ámbito peruano con un importante cambio en la orientación social y política virreinal que se venía fraguando desde la implantación de las Leyes Nuevas de 1542 (19), y que se orientaba, en efecto, hacia una profunda y radical reforma de las Indias, de signo bien distinto en los dos grandes e importantes centros de Nueva España y Perú. Coincidió la promulgación de estas leyes con la creación del virreinato de Lima y el nombramiento para dicho cargo del inhábil Blasco Núñez Vela, que con su inmoderado modo de aplicar las leyes produjo el abierto desgarrón de la violenta oposición de los vecinos y encomenderos hasta el punto de ser necesario el envío de un pacificador, el licenciado La Gasca, que culmina en 1548, con la muerte de Gonzalo Pizarro, una amplia e inteligente labor que desde luego marca un nuevo rumbo en la vida política y social peruana (20), y que si bien se encuentra marcado por el fuerte traumatismo de la oposición del cabildo de Cuzco, bajo la dirección bélica de Gonzalo Pizarro y los que posteriormente siguieron su estela ante la discutida cuestión de las encomiendas (21), supuso también la apertura de un ordenado surco a través del cual se inició la fructificación de la simiente política de la vida

(16) LISSON CHAVES: *La Iglesia de España en el Perú. Colección de documentos para la historia de la Iglesia en el Perú, que se encuentran en varios archivos*. Publ. y dirigida por monseñor —, arzobispo titular de Methigane, Sevilla, 1943-48.

(17) LUIS EGUIGUREN: *Alma Mater. Orígenes de la Universidad de San Marcos (1551-1579)*, Lima, 1939.

(18) Carta de Fr. Francisco de San Miguel (5 abril 1565), cit. por LISSON CHAVES, *op. cit.*

(19) «Las Leyes Nuevas (1542-1543)», en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. II, transcripción y notas por A. MUÑO OREJÓN, Sevilla, 1945.

(20) *Documentos relativos a don Pedro de la Gasca y a Gonzalo Pizarro*, ed. por JUAN PÉREZ DE TUELA, Madrid, Archivo Documental Español, 1964, 2 vols.

(21) Cfr. MARIO GÓNGORA: *El Estado en el Derecho indiano. Epoca de fundación (1492-1570)*, Santiago de Chile, 1951.

virreinal. Este proceso se encuentra en plena vigencia y marcha durante la época vital de fray Reginaldo de Lizárraga en el Perú, en la cual se suceden los virreinos del conde de Nieva (1561-1564), licenciado Castro (1564-1569), don Francisco de Toledo (1569-1581), Martín Enríquez (1581-1583) y tras el breve interregno del gobierno de la Audiencia los del conde del Villar (1585-1589), don García Hurtado de Mendoza (1589-1596), fecha esta última en que Lizárraga fue nombrado Obispo de La Imperial, siendo consagrado por el Arzobispo Toribio de Mogrovejo. Naturalmente que estos nombres no tienen en sí mismos un significado histórico como no sea el meramente biográfico, pero sí lo tiene, y muy importante, el sentido de coherencia y organización territorial que todos ellos, cada uno en su medida y capacidad, dieron al territorio y el organismo virreinal, en especial el gran gobernante y perspicaz político que fue el virrey Toledo, cuya actuación constituye el núcleo de actividad socio-política que produjo la reestructuración más efectiva del virreinato (22).

Estos tres elementos que hemos mencionado —la directriz geográfica del proceso evangelizador dominicano, la formación religiosa y universitaria y, por último, el ser testigo de mayor excepción del proceso de renovación política que en su época se produjo en el Perú— constituyen tres condicionantes que hemos de comprobar al hablar de la obra y del método que en ella emplea fray Reginaldo de Lizárraga. Pero al mismo tiempo —y ello es lo que interesa exponer en estos momentos— suponen una fuerte caracterización externa de una peculiaridad específica de Lizárraga, que es su profundo carácter americano, manifestado de modo rotundo en la expresión de su relato y en las descripciones, que constituyen un testimonio efectivo de un hombre que ve, asimila y describe como un documento histórico no exento de calidad literaria, de carácter informativo y de excepcional valor, especialmente por la serenidad de juicio y la capacidad de expresión de la realidad que él vio.

Valoración de la obra de Lizárraga

El acucioso acumulador de noticias bibliográficas, cimienta de la bibliografía americanista, en frase de Millares, Antonio de León Pinelo (23) es el primero que proporciona una vaga noticia de la obra de fray Reginaldo de Lizárraga incluyéndolo en un apartado de su obra titulado: "Autores de cuyos escritos hay duda." Como expresión de la escasa firmeza de su conocimiento indica: "Tengo noticia de que escribió un curioso libro de cosas del Perú..." Al parecer Lizárraga envió su manuscrito a un amigo suyo, vecino de Madrid, con la esperanza de que consiguiera imprimir su obra, y existe testimonio de su hermano de Orden fray Juan Meléndez, nacido en Lima, de que vio y utilizó la *Descripción* de Lizárraga, como una de sus fuentes fundamentales, según Riva Agüero. En el siglo XVIII fue encontrado el manuscrito en la Biblioteca de San Lázaro,

(22) Vid. RUBÉN VARGAS UCARTE, S. J.: *Historia del Perú: virreinato (1551-1600)*, Lima, 1949.

(23) *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica*, Madrid, 1629.

de Zaragoza, y se hizo de él una copia muy deficiente para la recopilación de Barcia. En 1908 se imprimió la *Descripción* en Lima por Carlos A. Romero a base de aquella copia y en 1909 fue incluida por Serrano Sanz en su colección de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles en edición basada en el original de Zaragoza (24).

A juzgar por el título, *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, es fundamentalmente un itinerario o una descripción viajera, más detallada en algunos aspectos que en otros, por ejemplo, ampliamente descriptiva de la ciudad de Lima; escrita con sencillez y pintoresquismo y constantes exhortaciones morales y utilización frecuente de comparaciones. Parece, sin embargo, que existen otras motivaciones que considero preciso analizar para comprender el significado que tiene en el conjunto historiográfico del siglo xvi americano. En primer lugar, debemos establecer la fecha en que Lizárraga escribió su obra, sobre cuyo particular no indica nada en concreto a lo largo de su exposición, por otra parte tan prolija en pequeños datos biográficos. Existe, sin embargo, un detalle muy significativo: la obra va dedicada al conde de Lemos, presidente del Consejo de Indias; sabemos (25) que don Pedro Fernández de Castro fue presidente del más alto organismo rector indiano entre el 6 de abril de 1603 y diciembre de 1609, luego entre esos seis años la escribió fray Reginaldo, es decir, durante su estancia en Chile como Obispo de La Imperial e inmediatamente antes de ser nombrado Obispo de la Asunción; y puesto que la mayor parte de la misma, según veremos, tiene como tema geográfico, político y religioso al Perú, parecen coincidir las fechas señaladas con los contenidos de la obra; sería, pues, el momento en que la vida misionera de fray Reginaldo se sedimenta, con el nombramiento de Obispo, cuando siente la necesidad de escribir lo que vivió para dejar constancia, con un sentimiento muy fuerte de verdad, de cuanto fue testigo.

La obra está estructurada internamente en dos partes perfectamente diferenciadas. El libro primero, compuesto de ciento dieciséis capítulos, se consagra a la descripción geográfica, administrativa, urbana, misionera e indígena del Perú; el libro segundo, de ochenta y ocho capítulos, expone la historia de los prelados desde el arzobispo Loayza, de los virreyes desde don Antonio de Mendoza y de los gobernadores de Tucumán y Chile; al final de este segundo libro incluye una serie de descripciones geográficas de Tucumán, Chile y Paraguay, así como se detiene en las de las ciudades de Santiago del Estero, Mendoza, el puerto de Buenos Aires y el paisaje de Cuyo, según pudo apreciarlo al realizar las visitas de estas tierras a finales del siglo xvi; en lo relativo al litoral atlántico, por falta de conocimiento directo—lo que abona la fecha dada como probable en que Lizárraga escribió su obra—, el autor se ve obligado a ser inseguro

(24) Sobre esta edición de SERRANO Y SANZ se hizo otra en Buenos Aires, prólogo de Ricardo Rojas, bajo el título de *Descripción colonial*, y otra en Lima, 1946, con introducción de Francisco A. Loayza.

(25) ERNESTO SCHAFER: *El Consejo Real y Supremo de las Indias*, Sevilla, 1947.

en su exposición, impersonal y fundada en las noticias que pudo recibir, aunque adquiera fuerza la misma al tratar motivos como el de la ya desarrollada riqueza ganadera de la Pampa: "Este ganado se ha multiplicado tanto en aquellos llanos que a los chapetones les parece montañas de árboles" (26), esquemática observación en la que, además del dato de la sobreabundancia de ganado, expresa inequívocamente su americanidad peruana al denominar "chapetones" a los españoles.

Parece que las dos preocupaciones esenciales que tuvo fray Reginaldo al escribir su obra fueron el *testimonio personal* y la *verdad* de lo narrado. Así se desprende de su afirmación del capítulo segundo: "... He dicho esto porque no hablaré de oídas, sino muy poco, y entonces diré haberlo oído más a personas fidedignas; lo demás he visto con mis propios ojos y, como dicen, palpado con las manos; por lo cual lo visto es verdad, y lo oído no menos; algunas cosas diré que parecen van contra toda razón natural, a las cuales el incrédulo dirá que de largas vías, etc., mas el tal dará muestras de un corto entendimiento, porque no creer los hombres sino lo que en sus patrias ven, es de los tales" (27). Esta frase la considero clave para una correcta interpretación de los propósitos historiográficos del autor y nos sitúa de lleno en la problemática —tan magistralmente puesta de relieve en el profundo y fundamental estudio del profesor Víctor Frankl acerca de las motivaciones del *Antijovio* de Jiménez de Quesada (28)— del sentido, o distintas formas de comprensión, respecto a los conceptos de "verdad" y "realidad". El profesor Frankl ha realizado una sistematización de las distintas formas de la "verdad" histórica, en su relación constitutiva con los diversos órdenes de la "realidad" histórica y clasificándolas de acuerdo con el principio de la creciente distancia respecto a la realidad de los hechos, y ha llegado a las siguientes conclusiones sobre los significados de la "verdad" histórica: primero, significa verdad histórica el recuerdo fiel y la copia narrativa del hecho concreto que aparece en su forma más pura en la reproducción de lo *visto y vivido* por el autor mismo de la experiencia histórica; de este primer significado derivan diversas concepciones, tales como la verdad histórica considerada como recuerdo selectivo de lo importante o sustancial del acontecer, como comprensión del hecho en la plenitud de su circunstancia o, finalmente, como reconocimiento de la estructura general del acontecer histórico. Segundo, la concepción típica del Renacimiento, según la cual la verdad histórica se refiere a una realidad espiritual oculta a los ojos de los hombres vulgares y accesible solamente a aquellos dotados de una visión "poética", es decir, la realidad de los valores ideales orientadores de las acciones de los héroes. Tercero, la verdad histórica vinculada a los ideales caballerescos, cuyo objeto es la exposición y com-

(26) D. B., lib. 2, cap. LXIX.

(27) D. B., lib. 1, cap. II.

(28) VÍCTOR FRANKL: *El «Antijovio» de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la contrarreforma y del manierismo*, Madrid, ed. Cultura Hispánica, 1963.

comprensión del coeficiente de "fama" peculiar de algunos hombres. Cuarto, significa verdad histórica la comprensión de la actividad de Dios en la Historia, es decir, el reconocimiento del fondo teológico del acontecer humano; este último significado puede, a su vez, ser interpretado de modos diversos.

Naturalmente estos cuatro tipos de "verdad" y "realidad" históricas expresan distintas experiencias de lo que es real, en función de lo vivido o lo pensado con respecto a esas experiencias. Desde este punto de vista la obra de fray Reginaldo de Lizárraga se encuentra esencialmente incluida en el primer grupo. El *vivió* los acontecimientos, se encontró inmediatamente próximo a ellos de tal modo que su testimonio lo considera una reproducción fiel de la realidad y, en consecuencia, verdad histórica refrendada por su autoridad, que es doble, testifical y moral. Por esta razón la parte primera de la obra —que es, como se dijo, la más amplia— se dedica a pormenorizar lo que es realidad física, tanto en lo geográfico como en lo humano, de tal modo que lo testimonial en el orden histórico propiamente dicho —las consideraciones incluidas en la segunda parte de la obra— se levanta precisamente sobre esa realidad que sirve como refrendo metodológico a las apreciaciones y puntualizaciones históricas que sobre hechos concretos de la circunstancia religiosa, política o étnica realiza con toda puntualidad en la segunda parte del libro. De modo, pues, que resulta necesario para obtener una cabal caracterización de la obra de Lizárraga en su significado histórico tener presente esta concepción en la que destaca de modo fundamental su formación tomística: la realidad de la escenografía sostiene la verdad histórica testimoniada por él que ha vivido y hasta *palpado*, como él mismo dice, esa realidad durante sus detenidos recorridos misioneros por la amplia escenografía que describe; ello, y su ministerio sagrado, se convierte en sustentáculo de las noticias históricas que proporciona, casi siempre referidas a hechos muy concretos y particulares de la actuación de los personajes cuya peripecia describe y siempre puntualiza. Así lo vemos incluso en la titulación de la obra, en la que no encontramos implícita ninguna motivación histórica sino en cuanto al ámbito: *Descripción breve de "toda la tierra"*..., aunque, como sabemos, toda la segunda parte se encuentra consagrada a circunstancias históricas, si bien girando siempre en torno a motivos biográficos, con objeto de cumplir las directrices que, en orden metodológico, marcó como pauta de elaboración de su escrito.

Tal concepción y método proporciona el valor significativo para la obra de fray Reginaldo de Lizárraga desde el punto de vista histórico. Sus puntualizaciones históricas han sido de extrema utilidad para los historiadores que científicamente han escrito acerca de esa época de la historia peruana, y sus descripciones de la realidad geográfica han permitido el esclarecimiento de no pocas circunstancias y en ocasiones han brindado vivos y detallados relatos acerca de acontecimientos geohistóricos. El cuadro ofrecido por fray Reginaldo de Lizárraga en la primera parte de su obra es extremadamente denso y comprende la descripción de ciudades, regiones, valles, ríos, llanos, caminos de la costa, antigüedades arqueoló-

gicas indígenas, conventos, iglesias y capillas, hospitales, colegios, actos piadosos, puertos, asientos de minas, pueblos de españoles y de indios, costumbres de españoles e indios. Aprovecha cualquier oportunidad para puntualizar datos aparentemente nimios, pero que, en definitiva, suponen determinaciones muy firmes de la realidad, como cuando en los capítulos consagrados a la descripción de la ciudad de Lima se detiene, elogiosamente, en la descripción del convento de San Agustín, "nuestro abuelo", dice, indicando que "hubiera crecido en mas si las obras de los edificios dieran lugar a recibir novicios" (29), pero puntualizando que por entonces sustentaba sesenta religiosos "con mucha religión, letras y ejemplo". En otras ocasiones aprovecha cualquier oportunidad para proporcionar un dato particularizador, como cuando al escribir acerca de las reducciones expone cómo facilitaron enormemente la labor pastoral, pues "antes pueblos que ahora son de trescientos vecinos y cuatrocientos, y mas estaban divididos en más de diez y doce pueblezuelos, en circuito de mas de tres leguas; por lo cual el sacerdote vivia en perpetuo movimiento y volvianse facilmente a sus idolatrias y ritos antiguos (los indios)" (30).

En la segunda parte, por regla general, predomina, más que lo propiamente descriptivo, el juicio moral acerca de las personas y la utilización como medio de comprobación del enjuiciamiento de un amplio anecdotario a través del cual pueden apreciarse muy claramente las reacciones de las personalidades a las cuales se refiere el historiador dominico. Así, por ejemplo, en el sabroso capítulo consagrado al arzobispo Loayza (31), "varón de claro y admirable entendimiento, muy docto y bonísimo predicador... con tanta autoridad y gravedad que representaba bien el estado y dignidad archiepiscopal; su ingenio era general para todas las cosas, para paz y para guerra, por lo cual en la rebelión y tiranía de Francisco Hernández fue nombrado por capitán general del campo de Su Majestad". O en la muy puntual historia de la época y la persona del virrey don Francisco de Toledo, cuya semblanza tiene perfiles de extraordinaria agudeza y es muestra eficaz del conocimiento que Lizárraga llegó a adquirir de este personaje tan importante para la historia de la segunda mitad del virreinato peruano.

En definitiva, parece razonable pensar que la obra de fray Reginaldo de Lizárraga, desde el punto de vista historiográfico, se encuentra inmersa en la línea conceptual de considerar la verdad histórica como una consecuencia de lo visto y vivido, es decir, en la misma línea que se encuentra Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara, como historiadores generales, o Pedro Cieza de León y Agustín de Zárate dentro del ámbito peruano, lo mismo que la culminación de tal actitud encuentra su paradigma, en el ámbito de la conquista mexicana, en la obra de Bernal Díaz del Castillo. Testimonio de lo que sucedió en su presencia, cuya realidad verdadera testifican.

(29) *D. B.*, lib. 1, cap. XXXIV.

(30) *D. B.*, lib. 2, cap. XXV.

(31) *D. B.*, lib. 2, cap. II.

LA OBRA DE TORIBIO DE ORTIGUERA

En el denso conjunto de obras escritas acerca del descubrimiento del Amazonas (32) existe una, de aparición tardía, con el título de *Jornada del Marañón*, escrita hacia finales del siglo xvi por el montañés Toribio de Ortiguera. La obra se consagra, en su inmensa mayoría, a la expedición de Ursúa. El capítulo LVI trata del poblamiento de la provincia de los Quijos, y desde el LVII hasta el LXI, que es el penúltimo, los dedica a la importante rebelión de los indios que hacia el año 1578 asolaron las fundaciones de Avila y Archidona, matando a todos sus vecinos. El capítulo XIV describe la ciudad de Quito y el XV refiere las jornadas de Pizarro y Orellana. La casi totalidad, pues, de la obra se refiere a los dramáticos acontecimientos de la expedición de Ursúa y su continuación bajo el signo fatal del "tirano" Lope de Aguirre. Consta que escuchó personalmente relaciones de boca de algunos de los miembros que intervinieron en la expedición, pero casi siempre sigue en su exposición la *Relación* de Pedrarias Alместo, quien, a su vez, la había prácticamente copiado de la escrita por el bachiller Francisco López (33). Ningún historiador español ha estudiado al cronista montañés que nos ocupa excepto el ilustre americanista don Marcos Jiménez de la Espada (34), con motivo de la arriesgada empresa de la ascensión al Pichincha, realizada por un grupo de vecinos de la ciudad de Quito, entre los cuales se encontraba Toribio de Ortiguera, que por entonces gozaba de aquella condición, después de una gran erupción del volcán y que relata el propio Ortiguera, quizá como lo único de información directa que encontramos en su obra, en el último capítulo de ella (35).

El libro está dedicado al príncipe Felipe, heredero de la Corona, y escrito entre los años 1581 y 1586, según deduce Emiliano Jos (36), en dos etapas: el capítulo XIV hasta el año 1581, interrumpiéndolo luego hasta pasados cinco años por lo menos. Ello significa una importante aclaración respecto a la duda que sobre la fecha en que lo escribió su autor

(32) EMILIANO JOS: «Centenario del Amazonas: la expedición de Orellana y sus problemas históricos», *Revista de Indias*, Madrid, 1942, págs. 661-709; Madrid, 1943, págs. 5-42, 255-303 y 479-526.

(33) La «Relación» de Vázquez-Almesto está publicada por el marqués de la Fuensanta del Valle en la *Colección de Bibliófilos Españoles*, Madrid, 1881; Serrano y Sanz la incluyó en 1909 en el tomo XV de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

(34) «Una ascensión al Pichincha en 1582», *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, tomo XXIV, Madrid, 1888.

(35) *Jornada del río Marañón, con todo lo acaecido en ella, y otras cosas notables dignas de ser sabidas, acaecidas en las Indias occidentales*; las siguientes citas las haremos abreviadamente, J. M., y el número del capítulo al que se refiera la nota.

(36) EMILIANO JOS, *op. cit.*, pág. 706.

suscribía el erudito Jiménez de la Espada en una nota que insertó al final de la dedicatoria al futuro Felipe II (37); en efecto, en el capítulo XIV informa, al hablar de la ciudad de Quito, que fue "vecino della mas de 23 años" y que "siendo alcalde ordinario por Su Majestad del rey don Felipe nuestro Señor... este año en que esto se escribe de 1581..."; pero en el mismo capítulo afirma: "Va este pueblo en grande aumento, en tanta manera que el año de 71 que llegué a él, tenía como 120 vecinos... y en los campos de su jurisdicción había otros 150, y pasaban el año de 85 pasado, que yo salí de allá, de 1.500..." Poco antes de esta afirmación, incongruente cronológicamente con la primera y siempre en el mismo capítulo, habla de la erupción del Pichincha del año 1582, lo cual confirma plenamente la teoría de Jos de que la redacción de su obra la llevó a efecto en dos etapas: en la primera, durante el año 1581, llegó a concluir parte del capítulo XIV y el resto de la obra dejando pasar por lo menos cinco años, probablemente empleados en documentarse, recibiendo información de algunos participantes en la dramática expedición de los Marañones o incluso cuando llegó a sus manos el manuscrito de la obra de Pedrarias Almeyda, según quedó indicado más arriba.

El ilustre y nunca bien ponderado americanista Emiliano Jos puso de relieve algunas de las contradicciones en que Ortiguera incurre a lo largo de su obra, especialmente en lo que se refiere a la confusión entre el Orinoco, el Amazonas y el Marañón. Disculpable si pensamos que fueron muchos los que, incluso historiadores de oficio, incurrieron en la misma lamentable confusión. Ciertamente que ella resulta menos explicable en Ortiguera, que, como bien dice Jos, calculó con mucha más aproximación que otros la longitud fluvial desde sus fuentes hasta la desembocadura (en mil doscientas leguas pasadas) y que conocía además que la desembocadura se encontraba por debajo de "la línea equinoccial"; en efecto, este doble dato básico se compagina mal con ciertas afirmaciones que hace el montañés en distintas partes de su obra y que señala agudamente Jos: "Desde allí (la boca) a la puente de Apurima, que es uno de los principales rios que entran en éste, hay mas de 600 leguas vistas y caminadas por tierra", y desde Quito a Bogotá "hay otras doscientas leguas por tierra. Y desde Santa Fe de Bogotá al cabo de la Vela y a la Burburata, que estan en la mar del Norte en el propio pasaje, poquito más o menos, de la entrada de este rio, hay 200 leguas; por manera que considerada y sabida esta cuenta en que hay mill leguas de camino... por tierra, que son: 400 y mas desde la Burburata a la ciudad del Quito y 600 de allí a la puente de Apurima, no es mucho que con el rodeo y muchas vueltas que el rio hace, haya doscientas leguas mas..." Lo que hace pensar, reflexiona Jos a la vista de aquel doble dato que positivamente conoció Ortiguera, que éste se confundiese por haber visto algún mapa en que el Amazonas se uniese en su último tercio de curso con el Orinoco, por lo cual creyese que desaguase el Amazonas por la costa de Venezuela.

(37) Decía Jiménez de la Espada en esa nota: «escribíalo en 1581, vide cap. i4. Pero más adelante da a entender que después de 1585».

Otras contradicciones e incongruencias de Ortiguera resultan de mayor importancia, como por ejemplo ocurre en los capítulos consagrados al relato de las tropelías cometidas en la isla de Margarita por Lope de Aguirre, especialmente en lo que se refiere a los datos relativos a la prisión, libertad, vida y muerte de las autoridades insulares (38); también incurre en contradicción cuando asegura, en el ya tan citado capítulo XIV, que llegó a Quito en 1571 y lo abandona en 1585, después de ser vecino de ella "mas de 23 años"; es posible que lo que quiso decir es que había estado en América más de veintitrés años, de acuerdo con lo que expone en su dedicatoria, o acaso que su vecindad en Quito fuese de trece años, y algún error de edición lo convirtiese en veintitrés; estas y otras erratas que se encuentran en su obra estima Jos se deben a que no relejó el manuscrito para hacer las oportunas correcciones y computaciones de datos, calificándolo de descuidado por todas estas incorrecciones que deja deslizar en ella, que, efectivamente, resultan muestras de un desaliño cuya motivación hemos de buscar más bien en el escaso sentido profesional con que Ortiguera escribió su *Jornada*.

Repasando las motivaciones preliminares que el autor expone, encontramos claramente expresadas las ideas rectoras que promovieron su escritura y, en consecuencia, los fundamentos teóricos que le impulsaron a hacerlo. En estos preliminares hallamos una dedicatoria al príncipe, en la que hace esquemática relación de sus servicios, y expone, como buen vasallo, su deseo de culminarlos con su determinación de escribir sobre las más notables cosas que en su tiempo sucedieron, de modo que pudiese entenderse el castigo que se hizo con los culpables y los presentes y venideros tomasen ejemplo. En este sentido, entiendo que la obra de Ortiguera tiene mucho de relación de servicios y, sobre todo, de expresión de su lealtad a la Monarquía en aquel tremendo trance de la jornada de los Maraños; en un segundo preliminar, dirigido "al discreto lector", expresa que es consciente del atrevimiento que supone "escribir donde hay tantos, tan buenos, agudos y delicados juicios y entendimientos", aunque justifica semejante atrevimiento con un enorme sentido práctico porque "como la materia sea cosa nueva y muy nueva y en tierras tan remotas y apartadas de nuestra España, por haber acaecido en estas partes de las Indias donde faltan escriptores y personas curiosas que quieran saber e inquirir semejantes cosas..." se decidió a escribirlas para ejemplo de todos y conocimiento de ellas; por último, en una tercera advertencia, bajo el título de "proemio", Ortiguera expone su propósito básico al escribir la *Jornada del río Marañón* como un medio de evitar que queden en el olvido algunos de los acontecimientos "por falta de escriptores, aunque de suyo eran dignos de ser sabidos". Es decir, en sus motivaciones destaca la idea de justificación personal y, en segundo plano, la del ejemplo para sus coetáneos y para el futuro; estas razones parece que explican todas sus contradicciones y su falta de atención a la concordancia de datos, puesto que no es el detalle, sino el conjunto, lo que en realidad le importa.

DESCRIPCION BREVE
DE TODA LA TIERRA DEL
PERÚ, TUCUMAN,
RÍO DE LA PLATA Y CHILE

CAPITULO PRIMERO

De la descripción del Perú. De qué gente procedan los indios.

Lo más dificultoso de toda esta materia es averiguar de qué gentes procedan los indios que habitan estos larguísimos y anchísimos reinos, porque, como no tengan escrituras, ni ellos ni nosotros sabemos quiénes fueron sus predecesores ni pobladores de estas tierras, mucha parte de ellas despobladas o por la destemplanza del calor, o por el demasiado frío, o por los médanos de arena y llanos estériles por falta de las aguas. Porque afirmar lo que dice Platón en el libro que intituló *Timeo*, que desembocando por el estrecho de Gibraltar en el mar Océano, ao muy lejos de la tierra firme, se descubría una isla mayor que Europa y toda Asia, que contenía en sí diez reinos, la cual, con una inundación del mar toda se anegó y destruyó de tal manera que no quedó rastro de ella, sino el mar ancho que hay por ventura desde Cabo Verde al Brasil; lo cual no es creíble, por no hallarse en ningún autor mención de ello, ni es posible. Lo que parece se puede rastrear de los primogenitores de estos indios descubiertos desde las primeras islas: Deseada, Mari-galante, Dominica y las demás, Santo Domingo, Cuba, Habana, Puerto Rico y la Tierra Firme, reinos de México y del Perú, es llegarnos a lo que dice Floriano de Ocampo en la *Historia General* que comenzó de España, que es lo siguiente: Que cuando los cartagineses eran señores de alguna parte de Andalucía, desembocando con temporal por el estrecho de Gibraltar ciertos navíos de los cartagineses se derrataron hacia el Occidente, corriendo la derrota que ahora se navega por aquel mar ancho, y no pararon hasta descubrir unas islas que por ventura son las arriba re-

feridas, y viéndolas tan fértiles, pobladas de arboledas, ríos y sabanas, que son llanos abundantes de hierba, como vegas de pastos, los más allí se quedaron, y volvieron los otros a Cartago, los cuales proponiendo en el Senado lo que habían descubierto, y fertilidad de la tierra, convenía poblar aquellas islas despobladas. Empero por aquellos senadores cartagineses fue acordado por entonces se dejase de tratar de aquello, mandando con mucho rigor que nadie volviese a aquellas islas, porque tenían por más importante el señorío y riqueza de nuestra España que poblar nuevas tierras.

De éstos pudo ser que navegando y buscando tierra firme diesen con ella, y de ellos se poblasen estos reinos; y esto no parece dificultoso de imaginar, porque los cartagineses que se quedaron en aquellas islas, con algunos navíos se habían de quedar, con los cuales pudo ser que navegando para España o buscando tierra firme se derrotaron y dieron en ella, que por lo menos en aquella derecera dista de las islas cien leguas, y más y menos como corre la costa, así de las islas como de la tierra firme; porque el día de hoy, como me refirió un español que estuvo preso y cautivo en la Deseada, me los indios de ella, en sus canoas, que son unas vigas más gruesas que un hueso, de madera liviana, cavadas, largas y angostas, atraviesan a la tierra firme a la gobernación de Venezuela, cien leguas por mar, y más; cuando hay viento, a vela, y cuando les falta, a remo, guiándose de noche por las estrellas que tienen marcadas en aquel tiempo, que es verano; donde el pobre remaba como cautivo hasta que, huyéndose al tiempo que las flotas nuestras vienen a Tierra Firme, suelen aportar a la Deseada a tomar agua y leña; fue su ventura buena que, al cabo de pocos días después de huido y llegado al puerto, surgió la flo-

ta en él y le tomaron los nuestros. De día estaba escondido arriba en las copas de los árboles, que son muy grandes y altos y muy coposos y de ramas espesas, y de noche descendía, con no poco temor, a buscar algunas raíces de él conocidas o algún poco de marisco para comer, porque si sus amos le hallaran, como luego salieron, en echándole de menos, en busca de él, sin duda le flecharan y luego se le comieran. Son todos estos indios caribes, que quiere decir comedores de carne humana; bien dispuestos de cuerpo, morenos, y así los varones como las mujeres andan desnudos, como si vivieran en el estado de la ignocencia¹; son grandes flecheros y muy ligeros, y el cuero de su cuerpo, por el mucho calor, muy duro. Estas islas son abundantes de muchas víboras ponzoñosas y culebras muy grandes que llaman bobas, y muy gruesas; tienen muchas aves de monte y críanse en ellas muchos venados. Lo que con mucha verdad podemos afirmar, que no se sabe hasta hoy, ni en los siglos venideros naturalmente se sabrá, de qué hijes o nietos o descendientes² de Noé los indios de todas estas islas, ni Tierra Firme, ni México, ni del Perú, hayan procedido.

CAPITULO II

De la descripción del Perú.

Descendiendo en particular a nuestro intento, trataré lo que he visto, como hombre que llegué a este Perú ha más de cincuenta años el día que esto escribo, muchacho de quince años, con mis padres, que vinieron a Quito, desde donde, aunque en diferentes tiempos y edades, he visto muchas veces lo más y mejor de este Perú, de allí hasta Potosí, que son más de 600 leguas, y desde Potosí al reino de Chile, por tierra, que hay más de 500, atravesando todo el reino de Tucumán, y a Chile me ha mandado la obediencia ir dos veces; esta que acabo de decir fue la segunda, y la primera por mar desde el puerto de la

ciudad de Los Reyes; he dicho esto porque no hablaré de oídas, sino muy poco, y entonces diré haberlo¹ oído más a personas fidedignas; lo demás he visto con mis propios ojos y, como dicen, palpado con las manos; por lo cual lo visto es verdad, y lo oído, no menos; algunas cosas diré que parece van contra toda razón natural, a las cuales el incrédulo dirá que de largas vías, etc., mas el tal dará muestras de un corto entendimiento, porque no creer los hombres sino lo que en sus patrias ven, es de los tales.

CAPITULO III

Prosíguese la descripción del Perú.

Este reino, tomándolo por lo que habitamos los españoles, es largo y angosto; comienza, digamos, desde el puerto o, por mejor decir, plaza, llamado Manta, y por otro nombre Puerto Viejo. Llámase Puerto Viejo por un pueblo de españoles, así llamado, que dista del puerto la tierra adentro ocho o diez leguas; no le he visto, pero sí es abundante de trigo y maíz y otras comidas de la tierra, de vacas y ovejas, y es abundante de muchos caballos y no malos; el temple es caliente, aunque templado el calor; cría la tierra muchas sabandijas ponzoñosas, y con estar en la línea equinoccial no es muy caluroso. Los aires del mar le refrescan; llueve en él, aunque no mucho.

Los indios de este puerto son grandes marineros y nadadores; tienen balsas de madera liviana, grandes, que suíren vela y remo; los remos son canaletes; venen algodón, manta y camiseta; desde este puerto, en viendo los navíos que vienen la vuelta de tierra, salen con sus balsas; llevan refresco, que venden; gallinas, pescado, maíz, tortillas, bizcochadas, plátanos, camotes y otras cosas. Tienen las narices encorvadas y algún tanto grandes; diré lo que vi, porque pase por donaire: cuando veníamos navegando cerca del puerto llegó una balsa con refresco; diósele un cabo; traía

(1) En el ms., *ignoscencia*.

(2) En el ms., *descendientes*.

(1) Tachado: *de unas*.

lo que tengo referido; un criado de mis padres, rescatando algunas cosas de éstas, y no queriendo el indio que era el principal piloto de la balsa (hablan un poco nuestra lengua) quebrar de la plata que pedía por el refresco, díjole: *¡Oh qué pesado eres, no pareces sino judío!* En oyendo esto el indio, saltó del navío en su balsa; larga el cabo y vira la vuelta de tierra; ni por muchas voces que se le dieron para que volviese, no lo quiso hacer; tan grande fue la afrenta que se le hizo y tanto lo sintió.

CAPITULO IV

De la punta de Santa Helena.

Siguiendo la costa adelante, que toda ella desde punta de Manglares hasta el estrecho de Magallanes, que sin duda hay más de 1.000 leguas, corre Norte-Sur (no creo son 20 leguas), está la punta llamada de Santa Helena; tiene pocos o ningunos indios el día de hoy; cuando la vi y saltamos en ella eran muy pocos los que allí viven. En esta punta, aunque es playa, suelen surgir los navíos, que vienen de Panamá, toman agua y algún refresco. Hubo aquí antiguamente gigantes, que los naturales decían no saber dónde vinieron; sus casas tenían tres leguas más abajo del surgidero, hechas a dos aguas con vigas muy grandes; yo vi allí algunas traídas en balsas para hacer un tambo que allí labraba el encomendero de aquellos indios, llamado Alonso de Vera y del Peso, vecino de Guayaquil.

Vi también una muela grande de un gigante, que pesaba diez onzas y más. Refieren los indios, por tradición de sus antepasados, que como fuesen advenedizos, no saben de dónde, no tuviesen mujeres y las naturales no los aguardaban, dieron en el vicio de la sodomia, la cual castigó Dios enviando sobre ellos fuego del cielo, y así se acabaron todos; no tiene este vicio nefando otra medicina.

Hay también en este puerto, no lejos del tambo, una fuente como de brea líquida, que mana y no en pequeña cantidad; del agua se aprovechan algunos

navíos en lugar de brea, como se aprovechó el nuestro, porque viniéndonos anegándonos entramos en la bahía de Caragues, doblado el cabo de Pasao, ocho leguas más abajo de Manta, de donde se envió el batel con ciertos marineros a esta punta por esta brea (creo se llama copey), y traída se descargó todo el navío; diósele lado y, con el copey cocido para que se esperase más, brearon el navío, y saliendo de allí navegamos sin tanto peligro.

Dicen es bonísimo remedio para curar heridas frescas, como no haya rotura de nervio.

CAPITULO V

Del pueblo de Guayaquil.

De aquí que por mar, en balsas, se va al segundo pueblo de españoles; no sé las leguas que hay, doblando esta punta hasta Santiago de Guayaquil, y también se camina por tierra llana y, en tiempo de aguas, cenagosa. Este pueblo, Santiago de Guayaquil, es muy caluroso por estar apartado del mar: tiene mal asiento, por ser edificado en terreno alto, con figura como de silla estradiota, por lo cual no es de cuadradas ni tiene plaza sino muy pequeña, no cuadrada. Por la una parte y por la otra deste cerro tiene la ribera de un río grande y caudaloso, navegable; empero no se puede entrar en él si no es con creciento del mar, ni salir si no es en menguante; tanta es la velocidad y violencia del agua, creciendo o menguando. Críanse en las casas muchas sabandijas, cuales son culebras y algunas víboras, sapos muy grandes, ratones en cantidad; están cenando, o en la cama, y vense las culebras correr por el techo tras el ratón, que son como las ratas de España; al tiempo de las aguas, infinitos mosquitos: unos zancudos, cantores, de noche infectísimos, no dejan dormir; otros pequeños, que de día solamente pican, llamados rodadores, porque en teniendo llena la barriga, como no puedan volar, déjanse caer rodando en el suelo, y otros, y los peores y más pequeños, llamados jejenes o comijenes,

importunísimos; métese en los ojos, y donde pican dejan escociendo la carne por buen rato, con no pequeña coimezón.

Es pueblo de contratación, por ser el puerto para la ciudad de Quito, y por hacerse en él muchos y muy buenos navíos, y por las sierras de agua que tiene en las montañas el río arriba, de donde se lleva a la ciudad de Los Reyes mucha y muy buena madera. Tieno dos o tres excelencias notables: la primera, la carne de puerco es aquí saludable, las aves bonísimas, y, sobre todo, el agua del río, particularmente la que se trae de Guayaquil el Viejo, que es donde se pobló este pueblo; van por ella en balsas grandes, en una marea, y vuelven en otra; dicen que esta agua corre por encima de la zarzaparrilla, hierba o liejuco notabilísimo en todo el mundo por sus buenos efectos para el mal francés, o bubas por otro nombre, las cuales se verán aquí mejor que en parte de todo el orbe, y sana muy en breve los pacientes, dejándoles la sangre purificada, como si no hubieran sido tocados de esta enfermedad, con sólo tomarla por el orden que allí se les manda guardar; empero, si no se guardan por lo menos seis meses, tornan a recaer; yo vi un hombre gafo en un valle del distrito de Quito, llamado Riopampa, que no podía comer con sus manos, y lo pusieron en una hamaca para llevarlo a que se curase en este pueblo, y dentro de seis meses le vi en Los Reyes tan gordo y tan sano como si no hubiera tenido enfermedad alguna, y otros he visto volver sanísimos: suficiente excelencia para contrapeso de las plagas referidas. No se da trigo en este pueblo, mas dase maíz muy blanco, y el pan que de él se hace es mejor y más sabroso que el de nuestro trigo; danse muchas naranjas y limas, y frutas de la tierra en cantidad, buenas y sabrosas, y las mejores de todas ellas son las llamadas badeas por nosotros; son tan grandes como melones, la cáscara verde, la carne, digamos, blanca, no de mal sabor; por dentro tienen unos granillos poco menores que garbarzos, con un caldillo que, lo uno y lo otro comido sabe a uvas moscateles las más finas: es regalada comida.

Por este río arriba se sube en balsas para ir a la ciudad de Quito, que dista de este pueblo 60 leguas, en la sierra y tierra fría, las 25 por el río arriba, las demás por tierra.

Al verano se sube en cuatro o cinco días; al invierno en ocho cuando en menos tiempo, porque se rodea mucho: déjase la madre del río y declinando sobre la mano derecha a las sabanas, que son unos llanos muy grandes llenos de carrizo, pero anegados del agua que sale de la madre del río, llévanse las balsas con botadores, porque el agua está embalsada y no corre; es cierto que si la tierra no fuera tan cálida y llena de mosquitos, causara mucha recreación navegar por estas sabanas.

En ellas hay algunos pedazos de tierras altas que son como islas, donde los indios tienen sus poblaciones con abundancia de comidas y mantenimientos de los que son naturales a sus tierras: mucha caza de venados y puercos de monte, que tienen el ombligo en el espinazo; pavas, que son unas aves negras grandes, crestas coloradas y no malas al gusto; hay también en estas islas tigres no poco dañosos a los indios, y es cosa de admiración: en estas sabanas hay muchas casas, o barbaeoas por mejor decir, puestas en cuatro cañas de las grandes, en cuadro, tan gruesas como un muslo y muy altos, hincadas en el suelo; tienen su escalera angosta, por donde suben a la barbacoa o cañizo donde tienen su cama y un toldillo para guarecerse de los mosquitos; aquí duermen por miedo de los tigres; muchos de estos indios están toda la noche en peso sin dormir, tocando una flautilla, aunque la música, para nosotros a lo menos, no es muy suave; estas barbaeoas no sustentan más que una persona.

Todo este río, a lo menos en la madre que yo vi, es abundante en caimanes o lagartos, que son los cocodrilos del río Nilo, muy grandes, de 25 pies en largo y desde abajo, conforme a la edad que tienen; encima del agua no parecen sino vigas, y son tantos que muchas veces vi a los indios que remaban y guiaban las balsas darles de pa-

los con los botadores para que los dejasen pasar.

Y pues hemos venido a tratar de estos lagartos o caimanes, será justo decir sus propiedades, las cuales yo he visto. Tienen la misma figura que un lagarto, pero tan largos como acabo de decir; son velocísimos en el agua, duermen en tierra, y en ella son perezosísimos, y es necesario, por ser de cuerpos tan grandes y de barriga anchos; los pies y manos cortos; el sueño es pesadísimo, porque lo que sucedió con uno de estos en Panamá, y yo lo vi muerto en la playa, pasó así: que una mañana de San Juan se salieron tres mujeres enamoradas, las cuales vi en aquella ciudad, con sus hombres a lavarse al río, que es pequeño y cerca del pueblo; el tiempo es caluroso y de aguas, por ser invierno, aunque por San Juan suelen cesar por algunos días, y así se llama el veranillo de San Juan; llegaron al río y en una poza se entraron a bañar, en la cual se había quedado un caimán, que con avenida se subió del mar por el río arriba, y como cesó la avenida no pudo volverse al mar, donde hay muchos; en este arroyo no se crían.

El caimán estaba durmiendo en tierra; bañáronse estas mujeres, y saliendo una a enjugarse, pareciéndole Peña el caimán dormido, semóse encima de él una, y saliendo la otra llamóla, convidándola con la Peña tan blanda; salió la tercera y, convidándola, sentóse más hacia la cola, donde los caimanes tienen unas conchas agudas, y como se espínase con ellas, dijo: "¡Oh!, qué espínosa Peña" y tentando con la mano, no era aún de día, levantó la cola del caimán y, conociéndolo, dio voces: "¡Caimán, caimán!" Las demás levantáanse, no poco alborotadas; llamaron a sus hombres, que se habían apartado un poco río abajo; a las voces acudieron y con sus espadas mataron al caimán antes que entrase en el agua.

El mismo día, por la mañana, la trajeron negros arrastrando a la ciudad y lo pusieron en la playa, donde todo el pueblo lo fue a ver; conocí y traté a uno de los que iban con estas mujeres que se halló presente, llamado Braca-

monte, de quien y de otros oí lo referido; tenía de largo 18 pies.

Vi también en esta misma ciudad otro caimán muerto en el portete de ella, a donde los navíos pequeños y fragatas con la marea entran y con ella salen, que unos negros de un vecino de aquella ciudad, llamado Cazalla, viniendo de una isla de su amo a este portete con la creciente de la marea, acaso le hallaron, que se había quedado en la meneguante precedente en la lama (aquí en esta playa de Panamá crece y mengua el mar tres leguas, y todo este espacio es lama); echáronle un lazo y, muerto, le trajeron por la nopa de la fragata; este caimán era muy grande, tenía de largo 22 pies; yo le vi medir, le vi desollar, y del buche le sacaron muchas piedras, que me parece habría tres copas de sombrero de los comunes, unas mayores y otras menores, y las mayores tan grandes como huevo de gallina; es cierto comen piedras, y con el calor del buche las digieren; estaban lisas, y por algunas partes gastadas; vi también que debajo de los brazos, séame lícito decir del solmco, le sacaron unos bolsillas llenas de un olor que no parece sino almizcle; esto curan al sol y huele como el mismo almizcle; entonces llegó del Perú un hombre rico, llamado Bozmediano, y la piel de este animalazo le dieron; decía lo había de llevar a España y ponerlo en Santiago de Galicia.

No tienen lengua, sino una paletilla pequeña con que cubren y abren el tragadero, por lo cual debajo del agua no pueden comer; tienen los dientes, por una parte, agutísimos; por la otra encajan unos en otros; hecha presa, no la sueltan hasta que la han despedezado.

Es cosa graciosa verlos cazar gaviotas, pájaros bobos y cuervos marinos y otras aves; cuando éstas se abaten de arriba abajo a pescar, las ve venir el caimán, y por debajo del agua va adonde la pobre ave da consigo en el agua, y viniendo con tanta velocidad no puede declinar la caída, como el caballo en medio de la carrera; entonces el caimán, antes que llegue al agua, abre la boca, y pensando el ave dar en el agua, da en la boca del caimán, y pensando cazar la sardina u otro pez es cazada, y el

caimán, la cabeza fuera del agua levantada, trágase la gaviota o cuervo marino. El buche de esta bestia es calidísimo; aprovéchase de él, bebido en polvos, contra el dolor de la ijada; son amicísimos de perros y caballos, y por esto la balsa donde van la siguen muchas leguas.

Cuando están cebados y encarnizados en carne humana son muy dañosos, y hacen el daño de esta manera: para hacer la presa en el indio o negro que lava en el río, o coge agua, vienen muy ocultamente por debajo de ella, y, viéndola suya, vuelven con una velocidad extraña la cola y dan con ella un zapatazo en el indio o negro; cae el indio en el agua, al cual al instante le echan mano, con la boca, de donde pueden; llévanlo al río o mar adelante hasta que lo ahogan, y, sacándolo a tierra, se lo comen.

De estos caimanes hay mucha cantidad en otros ríos, así de esta costa como de Tierra Firme y México, como el temple sea caluroso; en ésta del Perú no pasan del gran río de Motape adelante.

Por este río de Guayaquil arriba (como hemos dicho) se sube en balsas grandes hasta el desembarcadero, 25 leguas; hasta el día de hoy hay recuas de mulas y caballos que llevan las mercancías a aquella ciudad y a otros pueblos que de Pauamá vienen a Guayaquil. Viven en esta ciudad y su distrito dos naciones de indios, unos llamados Guamcavilleas, gente bien dispuesta y blanca, limpios en sus vestidos y de buen parecer; los otros se llaman Chonos, morenos, no tan políticos como los Guamcavilleas; los unos y los otros es gente guerrera; sus armas, arco y flecha. Tienen los Chonos mala fama en el vicio nefando; el cabello traen un poco alto y el cogote tranquilado, con lo cual los demás indios los afrentan en burlas y en veras; llámanlos perros chonos cocotados, como luego diremos.

Desde aquí a pocas leguas andadas se llega a un convento de San Agustín fundado en el valle llamado Reque, que tiene por nombre Nuestra Señora de Guadalupe, porque Francisco de Lezcaino (a quien el marqués de Cañete, de buena memoria, por ciertos indicios des-

terró a España), volviendo acá, trajo una imagen de Nuestra Señora, del tamaño de la de Guadalupe de España; púsola en la iglesia del pueblo de aquel valle que los padres de San Agustín tenían a su cargo, dándola el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe.

Luego que se puso hizo muchos milagros, sanando diversas enfermedades, y particularmente a los quebrados. Oí decir al padre fray Gaspar de Carvajal (el cual me dio la profesión) que estando muy enfermo, como también le vi para expirar de esta enfermedad, fue a tener unas novenas, y las tuvo en aquel convento, y al cabo de los nueve días se halló sano y salvo de su quebradura, como si en su vida no la hubiera tenido, y nunca más padeció aquella enfermedad, viviendo después muchos años; ya han cesado estos milagros, y aun la devoción de la imagen, por la indevoción de los circunvecinos. El convento es religioso y de mucha recreación; sustentanse en él de 16 a 20 religiosos, con mucha clausura y ejercicio de letras.

CAPITULO VI

Del valle de Chicama.

Pocas leguas adelante, no creo son dos jornadas, corre el valle de Chicama, abundante; los hijos de los españoles que nacen en este pueblo, por la mayor parte son gentiles hombres, y las mujeres les hacen gran ventaja, y aun a todas las del Perú; créese que el agua es gran parte en este particular, porque donde la hay buena las mujeres son muy bien dispuestas que donde no es tal; esto lo dice la experiencia.

Saliendo, pues, de la ciudad de Guayaquil para el mar en una marea o poco más, menguante, se llega a la isla Lampuna, cuyo nombre corrompido llaman La Puna, cuyos indios fueron muy belicosos; comían carne humana; era bastantemente poblada. Produce oro y mucha comida; toda su costa es abundantísima de pescado. Produce también cantidad de sabandijas ponzoñosas, culebras, víboras y otros animales; por la

costa de ella, particularmente la que mira la tierra, se ven muchos caimanes; dista de la tierra firme poco más de ocho leguas.

Estos indios se comieron al primer obispo que hubo en estos reinos, llamado Fr. Vicente de Valverde, religioso de nuestra sagrada Orden, con otros españoles; fue obispo de más tierra que ha habido en el mundo, porque desde Panamá hasta Chile se prolongaba por mar y por tierra su obispado. Era fama en aquella isla haber un tesoro riquísimo que los indios tenían escondido; despachóle el marqués de Pizarro desde la ciudad de Los Reyes con poca gente para que lo descubriese y sacase; los indios eran recién conquistados; los cuales, recibiendo a nuestro obispo y a los que con él iban, de paz, y sabiendo a lo que venían, los desconfidaron, y desconfidados dan en ellos, mátanlos y comenselos; por esto son afrentados de los indios comarcanos, llamándoles *nerros Lampuna*, "comeobispos". Estos indios son grandes marineros, tienen balsas grandes de madera liviana, con las cuales navegan muchas leguas y se meten en el mar a pescar; vienen a Guayaquil con ellas cargadas de pescado, lizas, tollos, camarones, etc., y suben al desembarcadero que dejamos dicho del río de Guayaquil; cuando en este río se encuentran estos indios con los Chonos, se afrentan los unos a los otros; los Chonos dicenles: "¡Ah, perro Lampuna, comeobispo!" Los Lampunas: "¡Ah, perro Chono, cocotarro!", notándolos del vicio nefando; esto vi y oí. Hay en esta isla plateros de oro que labran una chaquirá de oro, así la llamamos acá, tan delicada que los más famosos artifices nuestros, ni los de otras naciones, la saben ni se atreven a labrar; de éstas usaban las mujeres principales collares para sus gargantas; llevóse a España, donde era en mucho tenida.

CAPITULO VII

De Tumbes.

Prolongando la costa y corriendo Norte-Sur, pocas leguas adelante, no son 20, llegamos al puerto llamado Tumbes,

que más justamente se ha de llamar playa y costa brava; tiene esta playa un río grande y caudaloso de buena agua, pero los navíos que antiguamente allí aportaban no entraban en él por el mucho mar de tumbo y olas, unas tras otras, que cuotidianamente quiebran en su boca, viniendo más de media legua del mar, por lo cual es dificultoso entrar en él aun balsas, y si son agnas vivas es imposible, so pena de perderse.

El río tiene otro nombre, que es río de Tumbes; solía ser mucho más poblado que ahora, y los más de los indios tenían su pueblo casi cuatro leguas el río arriba, donde ahora están poblados. Los pescadores vivían en la costa; eran belicosos y fornidos. Lluve raras veces en este paraje, y ya desde esta costa, si no es por maravilla, no hay lluvias, y (como adelante diremos) hasta Coquimbó, el primer pueblo de Chile. Los que no vivían de pescar tenían por oficio ser plateros de oro; labraban la chaquirá, que acabamos de decir en el capítulo precedente, tan delicada como los indios de La Puna, y aún más; labrabanla de esta suerte, como lo vi estando en aquel puerto: el indio que labra tiéndese de largo a largo sobre un banquillo tan largo como él, obra de un jeme alto del suelo; la cabeza tiene fuera del banquillo y los brazos, tendiendo una manta, y encima ponen sus instrumentos. Fueron no pocos, ahora casi no hay algunos; se han consumido y se van consumiendo; la causa, las borracheras.

CAPITULO VIII

Del río de Motape.

Pasando la costa adelante y metiéndonos un poco la tierra adentro, por ser la costa muy brava, llegamos 20 leguas andadas, poco más o menos, al gran río de Motape, donde hay un pueblo de este nombre. Quien antiguamente gobernaba en esta provincia, que por pocas leguas se extiende, eran las mujeres, a quien los nuestros llaman capullanas, por el vestido que traen y traían a manera de capuces, con que se cubren desde la garganta a los pies, y el día de

hoy, casi en todos los llanos, usan las indias este vestido; unas le ciñen por la cintura, otras le traen en banda. Estas capullanas, que eran las señoras, en su infidelidad se casaban las veces que querían, porque en no contentándolas el marido, le desechaban y casábanse con otro. El día de la boda, el marido escogido se asentaba junto a la señora y se hacía gran fiesta de borrachera; el desechado se hallaba allí, pero arrinconado, sentado en el suelo, llorando su desventura, sin que nadie le diese una sed de agua. Los novios, con gran alegría, haciendo burla del pobre.

CAPITULO IX

Del puerto de Paita.

De aquí al puerto de Paita debe haber 10 leguas, poco más o menos. Es muy bueno y seguro; no le he visto; es escala de todos los navíos que bajan del puerto de la ciudad de Los Reyes a Panamá y a México y de los que suben de allá para estos reinos; si tuviera agua y alguna tierra fructífera se hubiera allí poblado un pueblo grande; empero, por esta falta, y de leña, hay en él pocas cosas; el suelo es arena; traen en balsas grandes el agua de más de 10 leguas los pocos indios que allí viven.

Las balsas son mayores que las de Tumbez y La Puna; atrévense con ellas a bajar hasta La Puna y hasta Guayaquil, y volver doblando el cabo Blanco, que es uno de los trabajosos de doblar, y ninguno más de los de esta costa del Perú; aprovechanse de velas en estas balsas, y de remos en calmas.

CAPITULO X

De la ciudad de Piura.

De aquí nos metemos un poco la tierra adentro, deben ser otras 12 leguas, a la ciudad llamada San Miguel de Piura; ésta fue la primera que edificaron los españoles en este reino. Era ciudad de razonables edificios, casas altas y los vecinos ricos; participaban de los indios

de los llanos y de la sierra. Lluve en esta ciudad, aunque poco; es abundante de mantenimientos, así de los de la tierra como de los nuestros, y de ganados; es muy cálida, por estar lejos del mar, y la tierra produce muchas sabandijas sucias, y entre ellas víboras, culebras y arañas; de las frutas nuestras, cuales son menibrillos, granadas, manzanas y otras de muy buen sabor y grandes, son las mejores del mundo. Pero tiene esta ciudad un contrapeso muy notable, que es ser enfermísima de accidentes de ojos, y son incurables, porque al que no le salta el ojo queda ciego, con unos dolores insoportables; apenas vi en aquella ciudad hombre que no fuese tuerto. Esta enfermedad es común en todos los valles que hay de esta ciudad a la de Trujillo, aunque no son tan continuos ni ásperos, y a quien más frecuentemente les da es a los españoles; a los indios raras veces. En estos valles vi a hombres con semejantes accidentes, encerrados en aposentos oscurísimos, y con el dolor renegaban de quien les había traído a estas partes; los vecinos de esta ciudad, dos o tres veces, por esta enfermedad la han despoblado y pasádose a vivir los más de ellos a un valle llamado Catacaos (no le he visto); es muy fértil y libre de toda enfermedad, pero todavía han quedado algunos en la ciudad por no dejar sus casas y heredades, aunque de pocos años a esta parte se han mudado seis u ocho leguas más cerca del puerto de Paita, a la barranca del río de Motape.

CAPITULO XI

[Del valle de Xayanca]

De aquí se camina la tierra adentro a 12, 10 y menos leguas de la costa del mar hasta la ciudad de Trujillo, que son 80 leguas tiradas, en cuyo camino hay un despoblado de 12 leguas y más sin agua hasta el valle de Xayanca; éste es muy fértil y de muchos indios, y el señor de él, indio muy españolado; vítese como nosotros, sírvese de españoles, con su vajilla de plata; es rico y de buenas costumbres.

El valle es tan abundante de mosquitos zancudos, cantores, y de los rodadores, que es como milagro poderlos sufrir los indios ni los españoles; yo he caminado veces por los Llanos, y aunque en todos los valles hay mosquitos, no tantos como en éste.

CAPITULO XII

De los Llanos.

Y para que se entienda qué llamamos Llanos y Sierra, adviértase que desde este valle Xayanca, y aun más abajo, desde Tumbes, aunque allí alcanzan (como dijimos) algunos agnaceros hasta Copiapo, que es el primer valle del distrito del reino de Chile, a lo menos desde el valle de Santa hasta Copiapo no llueve jamás, ni se acuerdan los habitantes de ellos haber llovido. Todo el camino, 10 leguas en algunas partes, en otras ocho, en otras seis y cuatro leguas en otras, hasta la costa del mar, es arena muerta, aunque hay pedazos de arena o tierra fija en algunas partes y a trechos. Entre estos arenales proveyó Dios valles anchos, unos más que otros, por los cuales corren ríos, mayores o menores, conforme a como tienen más cercana, o vienen de más adentro de la sierra, su nacimiento; la tierra de todos estos valles es de buen migajón, la cual, regada con las acequias que los naturales tienen sacadas para regarlos, es abundantísima de todo género de comidas, así suya como nuestra; cógese mucho maíz, trigo, cebada, frijoles, pepinos, etcétera; tienen muchas huertas con mucho membrillo, manzana, camuesa, naranjas, limas, olivos que llevan mucha y muy buena aceituna, la grande mejor que la de Córdoba, porque tiene más que comer; en muchos de ellos se da vino muy bueno, y la caña dulce se cría mucha y gruesa, por lo cual son cómodas para ingenios de azúcar, en muchos de los cuales los hay, como en su lugar diremos. Extiéndense estos Llanos que llamamos (aunque hay grandes médanos de arena) desde el puerto de Paita hasta el valle que dijimos de Copiapo, por

más de 700 leguas o poco menos, siguiendo la costa, sin que en ellas llueva; pero desde mayo comienzan unas garúas, llamadas así de los marineros, que duran hasta octubre; son unas nieblas espesas, que mojan un poco la tierra, mas no son poderosas a hacerla fructificar; son con todo eso necesarias para las sementeras, porque las defiende de cuando está en berza de los grandes calores del sol; con estas garúas en los cerros y médanos de arena se cría mucha hierba y flores olorosas, las cuales son admirable pasto para el ganado vacuno y yeguas; pero tiene un contrapeso grande, porque no falte a cada cosa su alguacil: cuando estas garúas son muchas críanse gran cantidad de ratones entre estas hierbas, y venido el verano, como se sequen y no tengan qué comer, descienden ejércitos de ellos a buscar comida a los valles, viñas y heredades; cómense hasta las cáscaras de árboles; esta plaga es irremediable.

El aire que corre por estos arenales es Sur, algunas temporadas muy recio, y es cosa de ver que remolina en estos cerros de arena y levantando la arena la transporta a otro lugar, y ha sucedido estar durmiendo en estos arenales (porque por ellos va el camino) el pasajero, y viniendo un remolino de éstos caer sobre el pobre viandante y quedarse allí enterrado en la arena. Fuera de la abundancia que los valles tienen de mieses, son abundantes de árboles frutales, como son guayabas, paltas, plátanos, melones, ciruelas de la tierra y otras frutas, mucho algarrobal; con la fruta de los árboles engordan los ganados abundantísimamente, haciendo la carne muy sabrosa; pero hay en algunas partes unos algarrobos parrados por el suelo, que llevan una algarrobilla, la cual, comida de los caballos o yeguas, luego dan con la crin y cerdas de la cola en el suelo, y porque en el valle de Santa hay más que en otros valles, se llama la algarrobilla de Santa, de donde, cuando algún hombre por enfermedad se pela, le dicen haber comido la algarrobilla de Santa. El rey de esta tierra, a quien comúnmente llamamos el Inga, para que en estos arenales no se perdie-

sen los caminantes y se atinase con el camino, tenía puestas de trecho en trecho unas vigas grandes hincadas muy adentro en la arena, por las cuales se gobernaban los pasajeros. Ya esto se ha perdido por el descuido de los corregidores de los distritos, por lo cual es necesaria guía.

Entrando en el valle, por una parte y por otra iba el camino Real entre dos paredes, a manera de tapias hechas de barro de mampuesto, de un estado en alto, derecho como una vira, porque los caminantes no entrasen a hacer daño a las sementeras, ni cogiesen una mazorca de maíz ni una guayaba, so pena de la vida, que luego se ejecutaba.

Estas paredes están por muchas partes ya derribadas, y los caminos no en pocas partes van por detrás de las paredes; en tiempo del Inga no se consintiera. Por los arenales ya dijimos no se puede caminar sin guía, y lo más del año se ha de caminar de noche por los grandes calores del sol; los guías indios son tan diestros en no perder el camino, de día ni de noche, que parece cosa increíble.

Lo que llamamos y es sierra son unos cerros muy altos, muchos de los cuales, por su altura, aunque están en la misma línea equinoccial, como es Quito y mucha parte de aquel distrito, y desde allí a Potosí, que son 600 leguas, incluidas entre el trópico de Capricornio, porque Potosí está en 20 grados, es muy frío siempre y no pocas las sierras llenas de nieve todo el año, y otros lugares, por el frío, inhabitables; lo cual los antiguos filósofos tuvieron por inhabitable, respecto del mucho calor, por andar el sol entre estos dos trópicos, de Cancro a la parte del Norte y de Capricornio a la parte del Sur, 22 grados y medio apartado cada uno de la línea.

En esta sierra hay muchas y muy grandes poblaciones en valles que hay y en llanos muy espaciosos, como son los del Collao; corre esta cordillera comúnmente de 17 a 20 leguas del mar, y lo bueno de este Perú es esta tierra que dista de la cordillera al mar, y aun de Chile, como en su lugar diremos.

CAPITULO XIII

Del camino de la costa.

Volviendo a nuestro propósito, desde Xayanca a Trujillo, ahora cuarenta y tres años, poco más o menos, se caminaba a la tierra adentro ocho leguas y diez de la costa del mar, o se declinaba a la costa; yo vine por la costa, donde las bocas de los ríos eran pobladas de muchos pueblos de indios, muy abundantes de comida y pescado; aquí hallábamos gallinas, cabritos y puercos, de balde, porque los mayordomos de los encomenderos que en estos pueblos vivían no nos pedían más precio que tomar las aves y pelarlas, y los cabritos desollarlos, y el maíz desgranarlo. Todos estos indios se han acabado, por lo cual ya no se camina por la costa, que era camino más fresco y no menos abundante que el otro. Los indios que quedaban, porque totalmente no faltasen, los han reducido al valle arriba, donde los demás vivían. Era realmente para dar gracias a Nuestro Señor ver unos pueblos llenos de indios y de todo mantenimiento, el cual se daba a todos de gracia. La causa de la destrucción de tanto indio diré cuando tratare de sus costumbres, y para aquí sea suficiente decir las borracheras. Bajando, pues, de Xayanca a la costa y caminando por ella se venía a salir a siete leguas de Trujillo, a un valle llamado Licapa.

CAPITULO XIV

De los demás valles.

Volviendo, pues, a Xayanca y continuando el camino la tierra adentro, a pocas leguas unos de otros, se va de valle en valle, lo cual, si bien se considera, no parece sino que desde Xayanca a Trujillo es todo un valle en diversos ríos, empero todos de muy buena agua, que los fertiliza en gran manera. Entre ellos hay uno, llamado Zaña, abundantísimo, adonde de pocos años a esta parte se ha poblado un pueblo de españoles de no poca contratación, por los ingenios de azúcar y corambres de cordo-

banes y por las muchas harinas que de él se sacan para el reino de Tierra Firme; el puerto no es muy bueno; dista del pueblo algunas leguas; ni en toda esta costa, desde Paíta a Chile, que es lo último poblado de Chile, los hay buenos; los más son playas. Con el que tienen embarcan sus mercaderías para la ciudad de Los Reyes y para Tierra Firme. Esta población de Zaña destruye a la ciudad de Trujillo, porque dejando sus casas los vecinos de Trujillo se fueron a vivir a Zaña.

CAPITULO XV

*De Nuestra Señora de Guadalupe*¹.

CAPITULO XVI

Del valle de Chicama

[Es el valle de Chicama] abundante, ancho y largo, donde había muchos indios doctrinados por religiosos de nuestra Orden, encomendados en el capitán Diego de Mora, varón muy principal en este reino. Entre otros religiosos nuestros de mucha virtud y cristiandad que en la doctrina de aquel valle se han ocupado, fue uno el padre fray Benito de Jarandilla, el cual, después que entró en él nunca de él salió para vivir en otra parte; aquí se consagró a Nuestro Señor, predicando el Evangelio a los indios con admirable austeridad de vida en todo lo tocante a su profesión, sin jamás conocerse en él cosa de mal ejemplo, sino gran celo a la conversión de aquellos naturales, donde vivió más de cincuenta y cinco años, y ha pocos años, no ha dos cuando escribí esto, que Nuestro Señor le llevó, como piadosamente creemos, a pagarle sus trabajos. Los indios de este valle tienen dos lenguas, que hablan: los pescadores una, y dificultosísima, y otra no tanto; pocos hablan la general del Inga; este buen religioso las sabía ambas, y la más dificultosa, mejor. Su caridad para con los

indios era muy grande, porque curarlos en sus enfermedades, repartir con ellos su ración y quedarse o contentarse para su mantenimiento con un poco de maíz tostado o cocido, era como natural. Varón de mucha oración y penitencia, cualquiera que estaba se había de levantar a media noche a rezar maitines, y a cualquiera hora que le llamaban para confesar al enfermo, con toda la alegría del mundo se levantaba, y aunque el río viniese muy crecido, no le temía más que si no llevara agua, y es muy grande al verano. Este es común lenguaje entre los indios, que decían pasaba el río en un macho que la Orden le había concedido a uso, por encima del agua, a cualquier hora y cuando más agua traía el río. Esto no lo escribo por milagro, sino como cosa comúnmente dicha entre los indios.

En este valle tiene nuestra sagrada Religión un convento priorato que este religioso venerable fundó, donde se sustentan de ocho a diez religiosos, y favoreciéndolo Nuestro Señor se sustentarán más porque las haciendas van en crecimiento. El valle es abundantísimo de pan, vino, maíz y demás mantenimientos; danse en él admirablemente los olivos, que cargan de aceituna muy buena. Los demás mantenimientos a la tierra naturales, bonísimos; es famoso por un ingenio de azúcar que allí plantó el capitán Diego de Mora; una cosa que por ser peregrina la diré, que hay en este ingenio, y es que con ser cálido el temple en todo tiempo y todos los valles de los Llanos abunden en moscas y éste las tenga dentro y fuera de las casas de los indios y de los españoles, en la casa que llaman del azúcar y donde se hacen las conservas y están las tinajas llenas de todo género de ellas, no se halle ni se vea una ni más.

Lo he visto, por eso lo digo, pues la miel y el azúcar, madre es de las moscas.

CAPITULO XVII

De la ciudad de Trujillo.

Dista la ciudad de Trujillo del valle de Chicama cinco leguas tiradas.

La primera vez que la vi era muy

(1) Faltan las páginas 49 y 50 del ms., donde se hallaba este capítulo y el comienzo del siguiente.

abundante y muy rica; los vecinos, conquistadores, unos hombreros tan llenos de caridad para con los pasajeros, que en viendo en la plaza un hombre no conocido o nuevo en la tierra (que llamamos chapeton), a mía sobre tuya le llevaban a su casa, lo hospedaban, regalaban y ayudaban para el camino, si allí no le daba gusto hacer asiento; un vecino de aquéllos, cuando salía de su casa ocupaba toda la calle; no había mesón entonces, ni en muchos años después, ni carnicería; a todos sobraba lo necesario y aún más, y el que no lo tenía no le faltaba, porque los encomenderos les enviaban el carnero, vaca y lo demás cada día. Liberalísimos para con los pobres; sus casas muy hartas y sus cajas muy llenas de oro y plata. Ya todo ha cesado y sus hijos han quedado pobres, porque no siguen la cordura, y raras veces retienen las sillas de sus padres.

Dista esta ciudad del puerto, si así se ha de llamar siendo costa brava, dos leguas; surgen los navíos más de legua y media de la playa; en el desembarcadero hay mareas de tumbo, unas tras otras, con tanta violencia cuanta experimentan los que allí se desembarcan. Aquí hay un poblezuelo que del puerto toma el nombre, llamado Guanchaco. Los indios son grandes nadadores y pescadores; no temen las olas, por más que sean; entran y salen en unas balsillas de juncos gruesos, llamados enecas, que no sufren dos personas, y las que las sufren han de ser muy grandes. En llegando a tierra, cuando vienen de pescar, toman la balsa a cuestras y la llevan a su casa, donde, o en la playa, la deshacen y enjugan, y cuando se quieren aprovechar de ella tórnanla a atar.

Conocí en esta ciudad, entre otros vecinos y encomenderos, al capitán don Juan de Sandoval, hombre muy amigo de los pobres, gran cristiano, muy rico, casado con una señora muy principal de no menores partes que su marido, nacida en el mismo pueblo, llamada doña Florencia de Valverde, hija del capitán Diego de Mora y de doña Ana de Valverde. Este caballero tenía antes que muriese capellanías instituidas en todos los monasterios; su enterramiento escogió en el de San Agustín, cuya capilla

mayor edificó; aunque no quiso, el altar mayor fue suyo; al lado del Evangelio hizo un altar advocación de los Angeles, que adornó con retablos famosos y muy ricos ornamentos labrados en España; dejó mucha renta y poca carga de misas, con la cual se va edificando el convento, o, por mejor decir, se ha edificado. En el convento de nuestro padre Santo Domingo se le dice perpetuamente la misa de Nuestra Señora todos los sábados del año, y cada día la Salve cantada, después de Comptetas, como es antiguo uso en la Orden desde su fundación; dejó bastante renta.

En el convento de San Francisco también tenía su memoria de misas, y dejó renta para que se pague la limosna de ellas.

Mucho tiempo del que vivió tenía en el puerto de esta ciudad indios pagados a su costa, para que en llegando el navío al surgidero, que ya dije está de la playa más de legua y media, saliesen en sus balsillas, fuesen al navío y avisasen saliesen o no saliesen a tierra, porque como el navío surge tan lejos, no venía quebrazón de las olas en tierra; avisados, no corren riesgo. Antes que este caballero tuviese pagados indios para esta bonísima obra perdíanse muchos bateles, y los que en ellos venían, porque viniendo a desembarcar, metíanse en tierra, no viendo el peligro, y cuando querían volver al navío no podían, por lo cual era necesario zozobrar y perderse. Solía esta ciudad ser de buena contratación respecto del mucho azúcar y corambre que los vecinos tenían, y por el ganado porcino que de ella se llevaba a la de Los Reyes; ya se va perdiendo.

Aunque dije arriba que desde Xayanca a Copiapo no llueve, añadí que a lo menos desde el Puerto de Santa, lo cual es así, porque de cuando en cuando suele llover en estos valles y arenales que hay desde Xayanca y aun más abajo hasta Trujillo y un poco más arriba; y tan recio, y con sus truenos, y en tanta abundancia, que saliendo los ríos de madre destruyen los valles, pastos y heredades, como sucedió ahora dieciséis años, poco más, que se destruyeron muchas haciendas y hubo mucha hambre;

oí certificar en Trujillo, donde llegué acabada de pasar esta inundación, que se temió mucho no se llevase el río la ciudad; hicieron los reparos posibles, pero como eran sobre arena, permanecían poco tiempo; llegó a tanto, que ya se había pregonado que, oída la campana, cada uno se pusiese en cobro como mejor pudiese. Proveyó Nuestro Señor con su misericordia que el río divirtió por otra parte. Perdióse mucha cantidad de vestidos; arruináronse muchas casas, porque como no se cubren con tejas, ni son a dos aguas, sino terrados y éstos muy leves, llovíanse todas y no había donde guarecer la ropa y comida. Los ornamentos de las iglesias, con dificultad se guardaron. Oí decir a personas que se hallaron en Trujillo en aquella sazón, y a los que en ella había, que desde el valle de Chicama a Trujillo, que dijimos poner cinco leguas, corrían tres ríos que no se podían vadear. Las madres de ellos de muy antiguo se ven y se conocen haber por allí corrido ríos: los nuestros decían haber quedado desde el diluvio. Los indios afirmaban haber oído a sus viejos que de muchos en muchos años acontecían semejantes aguas e inundaciones, y ahora un año sucedió tal azote, aunque no tan pesado.

Viviendo yo ahora quince años en Trujillo en nuestro convento (celebramos allí la fiesta de Nuestra Señora de la Visitación con toda la solemnidad posible), cuando salíamos con la procesión ya se había revuelto el cielo; tronó, relampagueó, llovió, y si las cubiertas de las casas fueran de tejas, corrieran las canales por un poco de tiempo.

Empero estos aguaceros no llegan al valle de Santa. Pasadas estas aguas, son tantos los grillos que se crían en los campos y tierras de pan, y en las casas, que es otro azote y plaga no menor; cómense lo sembrado y lo no sembrado, y en las casas hacen no poco daño. Demás de esto, con la putrefacción de la tierra con las aguas, críanse muchos ratones, que es otra peor plaga. Lluève también en esta costa más continuamente que por estos llanos de Trujillo para abajo, en un asiento llamado, mejor diré en unas lomas llamadas de Ari-

quipa; pero esto es porque el mar, haciendo una grande ensenada, se mete casi a las faldas de la tierra, donde alcanzan muchos aguaceros, por lo cual los indios que aquí habitan son más serranos que yungas. Visten como serranos. Lo uno y lo otro he visto muchas veces.

Es esta ciudad, como las demás de los Llanos, combatida de terremotos, aunque no tan recios como desde ella para arriba.

CAPITULO XVIII

De la[s] guaca[s] de Trujillo.

Hállanse en estos reinos, y particularmente en los Llanos, unos enterramientos, comúnmente llamados guacas, que son como unos cerros de tierra amontonada a manos, debajo de la cual los señores de estos Llanos se enterraban, y con ellos, según es fama, y aun experiencia, ponían gran suma de tesoros de oro y plata y la mayor cantidad de plata, tinajas grandes y otras vasijas y tazas para beber, que llamamos cocos. La guaca más famosa era una que estaba poco más de media legua de la ciudad de Trujillo, de la otra banda del río, de un edificio en partes terrapleno, en partes de ladrillos grandes o, por mejor decir, de adobes pequeños.

Este edificio era muy alto, y en circuito o de box (si como marineros nos es lícito hablar) debía tener poco menos de media legua.

Quién lo edificase no hay memoria, ni los indios tal oyeron decir a sus antepasados. Para edificarlo es imposible, sino que se pasaron muchos años y labraban en él suma de indios. Si no se ve no se puede creer. Siempre se entendió era enterramiento, y aun enterramientos o sepultura de muchos señores, cuales fueron los de aquel valle de Trujillo, que se entiende fueron mucho antes que los Ingas, y poderosísimos, así en riquezas como en ánimos para sujetar mucha parte de este reino, porque a cuatro leguas de la ciudad de Guamanga se ha hallado otro edificio, aunque diferente, pero figuras de in-

dios como las de los de este valle de Trujillo, de donde se colige haber llegado hasta allí el señorío de estos señores, y aun pasado hasta el Collao. Porque en un pueblo de este Collao, Tiaguanuco, se ve otro edificio de cantería, y piedras muy grandes, muy bien labradas, semejantes a este cerca de Guamanga, que los que allí hacen noche lo iban a ver a maravilla; la primera vez que por allí pasé hará veintinueve años, con otros dos religiosos, lo vimos y nos admiramos, porque no habiendo tenido estos indios picos ni escodas ni escuadras para labrar aquellas piedras, verlas labradas como si canteros muy finos las hubieran labrado, causaba admiración; había puertas de tres piedras y grandes; las dos, que servían a los lados; la otra, de umbral alto. Vimos allí una figura de sola una piedra que parecía de gigante, según era de grande, corona en la cabeza y talabarte como los anchos nuestros, con su hebilla.

Preguntar qué noticia se tiene de esta gente no hay quien la dé, y porque este edificio es semejante al de junto a Guamanga, se cree haberlo hecho un mismo señor, y que éste era señor de Trujillo, que para memoria suya donde le parecía lo mandaba edificar. Cosa cierta no hay.

Los señores principales de este valle de Trujillo se llamaban, como propio nombre, Chimo, y de uno hasta el día de hoy hay memoria de este nombre, añadiéndole otro como por sobrenombre, Capac, que junto se nombraba Chimocapac, que quiere decir chico riquísimo. Lo que se colige es que de estos Chimos era la guaca de Trujillo enterramiento. Los vecinos de Trujillo, viendo aquel famoso edificio y teniendo noticia de haber allí gran tesoro enterrado, sin que hubiese rastro ni memoria de quien allí lo puso, ni a qué herederos les hubiese de venir, juntáronse algunos vecinos de indios y no vecinos, y hecha compañía determinaron de cavar a la ventura, como dicen; dieron en algunos aposentos debajo de tierra, y, finalmente, dieron en mucho tesoro, y no en el principal, como se tiene por cierto. Cúpoles a más de 160.000 pesos,

pagados quintos; pero no sé qué se tenía aquella plata, que ninguno la gozó; fuéseles como en humo. Verdad sea que gastaban a su albedrío y sin orden alguna; otros cavarian en otras partes y sacaron alguna plata, no tanta como los de esta compañía. Comenzando a sacar plata de esta guaca, todos los valles de los Llanos se hundían cavando guacas, y registrando sacaron plata de la bolsa pagando jornaleros cavadores y mucha tierra; nunca, empero, hallaron lo que deseaban. Hubo en este tiempo en el valle de Lima un famoso hereje, creo inglés, que junto al pueblo de Surco él solo cavaba una guaca, que llaman de Surco, y por lo que después, cuando preso y descubierto ser hereje se entendió, aguardaba otros de su herejía que habían de venir; allí se estaba de día y de noche cavando y sacando la tierra él propio, mal vestido; venía a la ciudad, que dista de la guaca una legua, pedía por amor de Dios y llevaba poco que comer, hasta que se descubrió ser hereje, preso por el Santo Oficio justísimamente. Le quemaron en el primer auto que los señores inquisidores hicieron.

CAPITULO XIX

Del valle de Santa.

Desde esta ciudad de Trujillo, 18 leguas más adelante la costa an la mano, llegamos al valle y puerto llamado Santa, muy abundante de todo género de mantenimientos, donde se comienzan a hacer trapiches de azúcar y muy bueno; muy cerca del puerto se ha poblado un pueblo de españoles, el cual si tuviera indios de servicio fuera en mucho crecimiento; tiene pocos indios naturales; bajan los de la sierra de la provincia que llamamos Guailas; es en notable daño de los indios; son serranos y corren gran riesgo sus vidas, como en todas partes y todas las veces que a los Llanos bajan. Tiene muchas y muy buenas tierras, todas de riego, con acequias de un río de bonísima agua y muy grande, que pocas veces se deja vadear; pásase en balsas de calabazos, y es lo más

seguro. Estas balsas las hacen los indios mayores o menores, como es la gente o hato que se lia de pasar. Los calabazos son muy grandes y redondos; ponen en una red a la larga ocho o diez, otros tantos en otra, y así la ensanchan conforme son los que han de balsear; hácenla de seis, siete y ocho hileras de calabazos. Las redes atan unas con otras; atadas, encima echan leña y rama por que no se mojen las personas y el hato. Luego dos indios, grandes nadadores como lo son todos los de los Llanos, atan unas sogas a la balsa, y cinéndosela por el hombro toma cada uno su calabazo grande, y echándose sobre él nadan, y de esta suerte llevan y pasan la balsa de la otra parte del río, por poco precio que se les da. Este río desemboca, viniendo de Trujillo, un poco más abajo del puerto, por cuya boca no se puede entrar ni tomar agua; empero, de la acequia principal que pasa por encima del pueblo, sale una pequeña que cae en la playa del puerto.

CAPITULO XX

De los demás valles a Los Reyes.

Desde este valle al de Chancay ponen 50 leguas, en las cuales a trechos pasamos por seis valles, todos abundantísimos, si los naturales no hubieran faltado, que los labraban, para todo género de mantenimiento, con agua bastante de riego; sus acequias sacadas, pero ya perdidas.

El primero es Cazmala Baja y Cazmala Alta, donde han quedado pocos indios, que apenas pueden sustentar un sacerdote; de aquí vamos a Guarme, mejor valle y de más indios, con puerto no muy seguro por el mar de tumbo que hay al desembarcar; tiene mucho pescado, mucha arboleda, algarrobos que se llevan a Los Reyes para las carretas, y yo vi desde este valle llevarse navíos cargados a Los Reyes de carbón, que no era poco provecho a la ciudad y al señor del navío, llamado el Carbonero.

Ocho leguas siguiendo la costa por do se caminaba es el de Parmunguilla,

valle estrecho, de bonísima agua el río, y que en su nacimiento se halla oro; abundante de trigo y maíz; ya no se camina por la costa, porque haberse consumido los indios fue causa de cerrarse con mucho cañaveral bravo; rodéanse más de cuatro leguas metiéndonos la tierra adentro, el cual, pasado, parto términos con el de la Barranca, que le es muy cercano; las pocas tierras que tiene son muy buenas.

Luego entramos en el de la Barranca, fertilísimo de trigo y maíz, y de muchas tierras y muy gruesas; de aquí se lleva la mayor parte del trigo que en Los Reyes se gasta; hay en él dos ingenios de azúcar bonísimo; el río no es tan grande como rauda y pedregoso, por lo cual en todo tiempo es dificultoso de pasar; tiene puente tres leguas arriba, al cual por no ir, algunos se han ahogado.

Aquí hay unos pocos de indios poblados; pasado el río, luego se sigue el de Gaura, que tiene las mismas calidades que éste, con otros pocos de indios, y de donde se lleva mucho miz y trigo a Los Reyes por mar; tiene puerto no muy seguro.

Prosiguiendo por la costa adelante (si no nos queremos meter cuatro o cinco leguas la tierra adentro) llegamos, 11 leguas andadas, al valle de Chancay, donde hay un pueblo de españoles llamado Arnedo. Este valle es muy ancho y de bonísimas tierras para todos mantenimientos, vino y olivares; de aquí se provee la ciudad de Los Reyes de mucho maíz y otras cosas, y aun melones de los buenos del mundo. Hácese buen vino, y fuera mejor si el viñedo fuera del que llamamos torrontés.

Tiene puerto, donde los vecinos de Arnedo embarcan sus harinas para Tierra Firme, y trigo y maíz para Los Reyes.

El río es no de tan buena agua como los precedentes. De aquí a la ciudad de Los Reyes ponen 11 leguas, en cuyo camino se atraviesa la sierra de la arena áspera y larga, por ser arena muerta; en tiempo de verano no se puede caminar sino de noche, con riesgo de negros cimarrones.

Ocho leguas andadas, entramos en el valle de Carvaillo, donde hay muy bue-

nas estancias o chácaras de maíz y trigo, con un río de buena agua con que las tierras se riegan; este valle dista de la ciudad de Los Reyes tres leguas, desde donde aún podemos decir comienza el valle de esta ciudad, que tiene dos ríos, porque en medio de un valle y otro no hay arenales que los dividan, sino todo este trecho son tierras de pan, maíz, viñas, aunque pocas, pobladas con sus casas de los señores de las heredas. Hay en este valle de Carvaillo un poblezuelo de indios el río arriba, donde se sustenta un sacerdote con las chácaras anejas.

CAPITULO XXI

Del valle y ciudad de Los Reyes.

El valle donde se fundó la ciudad de Los Reyes, llamado Rimac en lengua de los indios, sin hacer agravio a otro, es uno de los buenos, y si dijere, uno de los mejores del mundo; muy ancho, abundante de muchas y muy buenas tierras, todas de riego, pobladas de chácaras, como las llamamos en estas partes, que son heredades donde se da trigo, maíz, cebada, viñas, olivares (a las aceitunas llamamos criollas: son las mejores del mundo), camuesas, manzanas, ciruelas, peras, plátanos y otros árboles frutales de la tierra, membrillos y granadas, tantos y tan buenos como los de Zahara; las legumbres, así de nuestra España como las de acá, en mucha abundancia en todo el año.

El agua del río no es tan buena como la de los demás valles de estos llanos, respecto de juntarse con el río principal otro no de tan buena que la daña. Pero proveyóle Dios de una fuente a tres cuartos de legua de la ciudad, de una agua tan buena que los médicos no sé si quisieron fuera tal. Oí decir a uno de ellos, y el más antiguo que hoy vive, que la fuente de esta agua le habría quitado más de mil pesos de renta cada año, porque después que el pueblo bebe de ella, las enfermedades no son tantas, particularmente las cámaras de sangre, que se llevaban a muchos.

Esta agua se trajo a la ciudad, y en

medio de la plaza hay una fuente muy grande, bastante para dar la agua necesaria; pero porque es grande y más sin costa se aprovechase de ella, en los barrios hay sus fuentes, como en la placeta de la Inquisición, en la esquina de las casas del licenciado Rengifo, en el barrio de San Esteban y en todos los monasterios y en casas de hombres principales, y en las cárceles y en el palacio hay dos, porque como las calles sean en cuadro, y el agua vaya encañada por medio de las calles, es fácil de la calle ponerla en casa.

Llamaron los fundadores, que fueron el marqués don Francisco Pizarro y sus pocos compañeros, a este pueblo, la ciudad de Los Reyes, porque en este día la fundaron; diéronle, aunque acaso, auspicatísimo nombre, porque si muchos Reyes la hubieran ennoblecido, en tan breve tiempo como diremos, no hubiera crecido más, ni aun tanto; mas como el favor del cielo sea mayor que el de los hombres, Nuestro Señor, por intercesión de los Santos Reyes, la ha multiplicado; es la silla metropolitana de todo este reino de Quito a Chile; aquí reside el virrey con el audiencia, la Santa Inquisición, y aquí se fundó la Universidad.

De todo diremos adelante más en particular lo que a esto toca, cuando tratemos de los virreyes y prelados eclesiásticos.

El río de esta ciudad, en tiempo de aguas en la sierra, que llueve como en nuestra España, es muy grande y extendido; no tiene madre, como no la tienen los demás de estos llanos; corre por encima de mucha piedra rolliza; antes que tuviese puente, muchas personas se ahogaban en él, queriéndole vadear, porque aunque tenía un puente de madera hecho de horcones hincados en el suelo, estaba tan malparado, que no se atrevían a pasar por él, y no podían pasar sino uno solo, y con sus pies. Lo cual visto por el marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, llamado el limosnero, gran amigo de pobres, dio orden cómo se hiciese puente todo de ladrillo y cal, de siete u ocho ojos, que comenzase desde la barranca del río adonde casi llega-

ban las casas Reales, y desde los molinos del capitán Jerónimo de Aliaga, secretario que fue de la Audiencia, que hacen casi calle con las casas Reales; al cual diciendo los oficiales maestros de la obra que mejor se fundaría más abajo, donde estaba el puente de madera que acabamos de decir, aunque había de ser más largo, porque haciéndolo allí el río se iba su camino, sin echarlo a la ciudad, lo cual forzosamente se había de hacer haciéndole donde el virrey mandaba, y que la barranca era señal evidente, ya que el río había llegado una vez allí y había de llegar otra, por el común refrán, al cabo de los años mil vuelve el río a su carril, respondió lo mandaba hacer en aquel sitio porque los pasajeros que viniesen de abajo, y pliegos de Su Majestad de España, por tierra, entrasen a una cuadra de las casas Reales donde el virrey viviese, y por la calle derecha a la plaza una cuadra de ella, y cuanto a echar el río a la ciudad, que no habían de ser los virreyes tan flojos que el río la hiciese daño; palabras realmente de gran republicano, como lo era.

Con todo eso, como diremos, ha hecho daño el río si los virreyes no tienen ánimo para remediarlo.

CAPITULO XXII

De la ciudad de Los Reyes.

No creo ha habido en el mundo ciudad que en tan breve tiempo haya crecido en número de monasterios, ni igual a los religiosos que en ellos sirven a Dios, alabándole de día y de noche, y ejercitándose en letras para el bien de las ánimas, como ésta de Los Reyes, habiendo ayudado muy poco o nada los príncipes y gobernadores de estos reinos al edificio de ellos.

El más principal y el primero de ella es el nuestro, llamado Nuestra Señora del Rosario; no ha sesenta y ocho años que se fundó; el primer fundador fue el padre fray Juan de Olías; su sitio es una cuadra de la plaza y muy cercano al río. Oí decir a los viejos lo que aquí referiré de su fundación.

Llegado el marqués Pizarro con los demás conquistadores a este valle, después de haber preso en Cajamarca a Atabalipa y habiéndole muerto, vinieron con él dos religiosos, uno nuestro, el sobredicho, y otro de la Orden del glorioso padre San Francisco; eligieron para fundar su ciudad el sitio que ahora tiene, que es el mejor del valle junto al río, a la parte casi del Oriente; a la del Sur, por la parte de arriba, una acequia de agua ancha que atraviesa todo el valle de Oriente a Poniente. Por la parte del Poniente, el puerto llamado el Callao, dos leguas de la ciudad de Los Reyes; carreteras, por la parte del Norte, el camino real para Trujillo, y desde abajo, señalaron sus cuadras y sitios para casas, y a los dos religiosos dijéronles: "Vosotros no sois más que dos, vivid ahora juntos en este sitio que os señalamos", que es el que tienen ahora nuestro convento; llana la tierra, y conquistados los indios del valle (que a la sazón eran muchos), el que se quisiese quedar con ese sitio se quedará con él; al otro le daremos el que más cómodo le pareciere. Sucedió así, aceptando los dos religiosos el partido, que un día vidieron todos los indios del valle, y otros llamados, sobre los nuestros, los cuales dijeron a los religiosos: "Padres, vosotros no habéis de pelear; tomad en esas botas vino y bizcochos, y a los que estuviesen cansados y flacos dadles de comer y beber, y a los heridos recogedles y lavarles las heridas con vino." Los indios llegaron donde los nuestros les esperaban, con gran vocerío (así pelean); el padre de San Francisco, pareciéndole no le convenía esperar el fin de la batalla, ni hacer lo encomendado, que en aquel trance le era muy lícito, puso faldas en cinta, tomó la vía del puerto, llega cansado, lleno de polvo, sudando, y a los pocos de los nuestros que aquí había dejado el marqués con dos navíos y no muchos soldados con dos caballos, dales nueva que el marqués y los demás eran muertos, y sólo él se había escapado. El capitán de los navíos (creo era el capitán Juan Fernández, de quien abajo haremos mención), con los demás, hicieron el sentimiento justo, tuvieron por perdido el mejor reino del mundo, y

perplejos no sabían qué hacerse, si por ventura desamparaban el puerto y se volverían a Panamá o a Trujillo, o aguardarían otra nueva; el buen padre instaba en ser verdad lo por él afirmado; finalmente, resolvieron en que dos soldados, los más valientes, con sus armas tomasen los caballos, y caminando para la ciudad fuesen a ver si era así, y cuando lo fuese, no era posible todos quedasen muertos, algunos se escaparían y encontrarían en el camino, o fuera de él, y a éstos recogiesen y volviesen al punto, y entonces deliberarían lo que más conviniese. Salen nuestros dos valientes soldados en sus caballos, armados, llenos de tristeza y no con menos temor; en el camino, que muy poblado era de arboleda, a lo menos la legua y media, cada hoja que se meneaba les parecía ejércitos de enemigos; pero, prosiguiendo su camino, sin encontrar hombre viviente llegan a la ciudad y hallan a los nuestros, alcanzada la victoria, curando a los heridos, y los sanos descansando del trabajo de la batalla.

Su alegría fue muy grande cuando vieron cuán al contrario era lo que el padre de San Francisco dijo, de lo que por sus ojos vieron; llegan donde estaba el marqués, dan cuenta de lo dicho y la razón por que vinieron, el cual con los demás estaban cuidadosos qué hubiese sido de aquel padre, no imaginando se hubiese huido, sino que por ventura los indios se lo hubiesen llevado. Empero sabida la verdad del hecho, el marqués mandó embarcarlo, y en el primer navío que despachó a Panamá lo llevaron, con juramento que hizo que mientras viviese no le había de entrar fraile de San Francisco en su gobernación, y así se cumplió, no siendo bien hecho ni lícitamente jurado. Aquél no fue defecto sino de un faile particular, pusilánime, y por este defecto no se había de perder ni carecer del bien grande que la religión del seráfico padre San Francisco, donde quiera que vive, hace. Si los del puerto le desamparan, creyendo lo dicho por este religioso, en gran riesgo ponían al marqués y a los demás de perderse, porque como el reino sea muy grande y muchos los indios, si les faltaran navíos con que enviar a pedir

socorro a Tierra Firme, totalmente se perdería. Nuestro religioso puso también sus faldas en cinta, arrebató su bota, bizcocho y queso; no tenían conservas, ni regalos, y a los cansados dábales de beber y un bocado, a los heridos curaba como mejor podía, y así andaba en medio de los que peleaban. De esta suerte quedamos con el sitio que ahora tenemos, el cual, aunque entonces pareció el más cómodo, ahora no lo es, por no poderse extender tanto cuanto es necesario, y por el río, que es mal vecino en todas partes.

Después muchos años poblaron los padres de San Francisco y tienen el mejor sitio del pueblo, y más que todos los conventos juntos, aunque del río corren un poco de riesgo, como nosotros, y se correrá más si no se remedia.

CAPITULO XXIII

De nuestro convento.

Quedando, pues, con este sitio, que es de cuadra y media de largo; de ancho no tiene cuadra entera (porque la barranca del río no da lugar a ello, por correr al sesgo), se comenzó a edificar el convento; empero, quien con más ánimo, fue el valeroso, y no menos religioso, gran predicador, gran servidor de Su Majestad, fray Tomás de San Martín, a quien por otro nombre llamaban el Regente, por haberlo sido en la Española o isla de Santo Domingo.

Este religiosísimo padre, siendo provincial en esta provincia, y el primero, a quien dio por nombre San Juan Bautista, comenzó el edificio de la iglesia de bóveda, de tres naves, e hizo la mitad de la iglesia, dejando los cimientos de lo restante sacados.

Oí decir al padre fray Antonio de Figueroa, un religioso nuestro muy esencial, gran siervo de Dios, verdadero hijo de Santo Domingo, que fue mi maestro de novicios, que le acaecía a este ínclito religioso, siendo como era provincial, salir de casa por la mañana con un bordon a pie e ir una legua, poco más o menos, a la Caleta, y estar allí todo el día en peso hasta noche, en que se venía

al convento, sin comer, y lo que hallaba en el convento era un poco de capado fiambre, porque entonces no se había multiplicado el ganado nuestro mayor ni menor, que hubiese carnero, ni se comía en la ciudad, y con tanta alegría pasaba este trabajo como si tuviera todo el regalo del mundo. Parecía adivinaba el aumento que Nuestro Señor había de hacer en breve tiempo, de religión, cristiandad y letras, en aquella casa. Después fue este varón heroico primer obispo de la ciudad de La Plata, aunque no llegó a sentarse en su silla, llevándole la Majestad del Muy Alto primero a gozar de su gloria.

El día de hoy ya se ha acabado la iglesia con la buena diligencia del maestro fray Salvador de Ribera, hijo de este convento, aploando justisimamente todo cuanto puede de los religiosos que se ocupan en doctrinar a los indios, y tan bien acabada, que en Indias ninguna hay mejor; sola una falta se le pone, y sin envidia, que la capilla mayor es pequeña, la cual tiene un retablo muy aventajado.

CAPITULO XXIV

De las capillas.

Las capillas, colaterales por la parte del Evangelio. La primera se llama del Crucifijo; ésta es del capitán Diego de Agüero, varón famoso entre los conquistadores de este reino, el segundo después del marqués Pizarro; dotóla bastante; dicensele dos misas cada semana, rezadas, sin vísperas, y misa mayor el día de Santiago, en el cual día tiene un jubileo plenísimo, y sin los aniversarios. Dejó, además de esto, la renta de unas casas, para reparos de la capilla, que hoy rentan más de 500 pesos cada año. Su hijo el capitán Diego de Agüero la ha ennoblecido mucho; puso en ella un retablo grande a proporción de la capilla, con un crucifijo de muy buena y devota figura, y en el retablo muchas reliquias de santos en sus medallas que le dio el convento.

Luego se sigue la capilla nombrada de San Juan de Letrán, donde tiene un

enterramiento junto al altar, al lado del Evangelio, el capitán Juan Hernández, quien dijimos era capitán de los navíos que estaban en el puerto cuando el padre de San Francisco se huyó de la batalla que tuvo el marqués Pizarro con los indios en la plaza.

Dotóla su dueño muy aventajadamente con limosna para dos misas rezadas cada semana; en las octavas de Todos Santos, vigilia y misa cantada, y el día de San Juan Bautista, vísperas y misa con sermón, con bastante limosna, y dejó para reparos de la capilla y ornamentos buena renta que la cobra el convento y la gasta en el uso dicho.

El arcediano de la santa iglesia de esta ciudad viene cada año, por nombramiento del señor de la capilla, a tomar cuenta en qué se distribuye la renta para el ornato de la capilla, y se le da un tanto señalado por el capitán Juan Fernández por este cuidado y trabajo. Las he visto tomar a un provincial nuestro, fray Salvador de Ribera, susodicho, con poco acuerdo y aun con poca nota; quiso quitar esta capilla y la advocación de ella y darla a no sé qué otras personas; súpolo el heredero, salió a la contradicción, y viendo el provincial el agravio, a lo menos avisado lo hacía por el señor arzobispo de México, Bonilla, la volvió a sus herederos. Y no sé cómo tal cosa, no quiero decir injusticia, pretendió hacer, ni cómo los padres de consejo en ello vinieron. Porque esto oí decir muchas veces al padre fray Antonio de Figueroa, que fue mi maestro de novicios, y si no fue el primero, a lo menos el segundo hijo de este convento, varón verdaderamente hijo de Santo Domingo: que el capitán Juan Fernández trajo en sus navíos la tierra de esta capilla desde Panamá, porque en ella todos los que se quieren enterrar se les da sepultura de gracia, y para que los cuerpos se comiesen presto trajo esta tierra; vi un año de un catarro pestilencial que la capilla, con ser espacio de dos los que en ella se enterraban, que fueron muchos, al tercer día los cuerpos estar consumidos, y quería un provincial quitar esta capilla a su dueño y darla a

(1) Tachado: España.

otros. Pero Dios volvió por la verdad y la justicia.

Todos los que aquí se entierran ganan indulgencia plenaria y las gracias que los que se entierran en San Juan de Letrán en Roma, y para el día de San Juan Bautista hay jubileo plenísimo. Muchos años vi que el día de este gloriosísimo santo, virrey, Audiencia y toda la ciudad venían a nuestra casa a celebrar en este día la fiesta de San Juan; ya por descuido de los padres prelados se ha caído, digo el venir los virreyes. El oficio se celebra este día en esta capilla.

Luego se sigue la capilla de Santa Caterina de Sena, muy bien aderezada con retablo e imagen de esta gloriosa santa; los tintoreros de esta ciudad la tomaron para su enterramiento y la tienen muy bien adornada; celébrase en ella la fiesta de la gloriosa virgen Caterina con mucha solemnidad y con un jubileo plenísimo, que los fundadores trajeron para los cofrades, todo el pueblo con los cofrades, y si no me engaño los tintoreros instituyeron la cofradía de los nazarenos, que el Miércoles Santo, de noche, sale de nuestra casa con túnicas de buriel y grandes cruces a los hombros, y muchos llevan consigo sus hijos niños con sus cruces. Gástase mucha cera.

CAPITULO XXV

De las capillas del lado de la Epístola

Por la parte del lado de la Epístola, la primera capilla es de San Jerónimo; dotóla el capitán Jerónimo de Aliaga con dos misas rezadas cada semana, vísperas y misa el día de San Jerónimo y sus aniversarios; dejó bastante limosna, pero como al tiempo de la rebelión de Francisco Hernández fuese a España por procurador de estos reinos, y no volviese más a ellos, muchos años la vimos muy malparada, que no decíamos misa en ella, por no tener ornato, hasta que hará seis años que una nieta suya, doña Juana de Aliaga, hizo un retablo al óleo, grande, a proporción de la capilla, con una imagen de la Concepción arriba, que le costó más de 3.000 pesos, añadiendo paños de

seda para las paredes y ornamentos para el altar; empero Nuestro Señor la llevó para sí a pagarle lo que en su servicio había hecho, la cual, si más vida le fuera concedida, hiciera más.

A esta capilla se sigue la del Rosario, con un retablo hecho en España, bueno, y una imagen de bulto de Nuestra Señora en el cóncavo del retablo, de las buenas piezas que hay en toda España, porque en Indias ninguna llega. A la redonda de la imagen, los 15 misterios del Rosario, de bulto, cuanto la proporción del retablo lo sufre. En el pedestal, la muerte de los niños inocentes, que parece cosa viva, con la adoración de los Reyes al Niño Jesús en el pesebre; fuera de esto, tiene en cuatro encasamientos cuatro santos de la Orden, de bulto, de muy galana proporción y figura.

Lo alto de la capilla es dorado con unas piñas de yeso pendientes, grandes, todas escarchadas de oro. Adórnase la capilla en las fiestas del Rosario con paños de damasco y terciopelo carmesí unas veces, otras con paños de damasco verde y terciopelo verde. Tiene tres lámparas de plata grandes, que por lo menos la una arde perpetuamente.

Todo esto ha hecho la cofradía del Rosario con la industria de los devotos y mayordomos. Los primeros domingos de cada mes se hace una procesión por el claustro, que para los que en ella se hallaren cofrades (creo confesados) se les concede indulgencia plenaria. Sácase una imagen de bulto de Nuestra Señora, muy devota, que llevan diáconos. Sirvese de mucha cera de cirios que llevan los 24, sin la demás para los demás cofrades religiosos. Concorre mucha gente por la devoción grande que se tiene particularmente a la imagen puesta en el altar. El segundo domingo se hace procesión con el Niño Jesús por la cofradía de los Juramentos, fundada en nuestra casa, ni puede fundarse en otra parte, por concesión de los Sumos Pontífices, o con licencia del provincial donde no hubiera convento de la Orden, de la imagen de Nuestra Señora puesta en el altar. Si no fuéramos descuidados hubiera muchos milagros escritos que ha hecho.

Siendo yo prior de este convento pretendía, dándome los señores inquisidores licencia para ello, sacarlos a luz, haciendo las diligencias necesarias; empero, el provincial que a la sazón era, no sé por qué respeto lo impidió.

CAPITULO XXVI

De la capilla de las Reliquias.

Luego más abajo se sigue la capilla de las Reliquias; llámase así porque tiene un retablo con sus vidrieras tan grande como un guadamecí, lleno de ellas, traídas de Roma. Trájolo el reverendísimo fray Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán, hijo de esta casa, varón docto; fuimos novicios juntos y condiscípulos en las Artes y Filosofía.

Esta capilla de las Reliquias es celebrada por la multitud que de ellas hay, mayores y menores en cantidad, de famosísimos santos; hay entre ellas un poquito del verdadero *lignum crucis*, donde Cristo murió, y un cabello de Nuestra Señora. El provincial que quiso mudar o quitar la capilla de San Juan de Letrán dio esta capilla a los ministros del Santo Oficio, con una carga pesadísima, que fuese el convento por sus cuerpos y sacerdotes los trajesen en hombros, como si fueran sacerdotes, cosa bien excusada, si se diera a los señores inquisidores y en ella se enterraran, pasara; pero darla a oficiales no se puede tolerar, y sin ninguna limosna. Y aunque entre ellos hay personas nobles, hay familiares que tienen oficios bajos, y a éstos enterrarlos, como vi a uno, como si fuera inquisidor, es igualar lo alto con lo bajo y la nobleza con los que no la tienen, y con todo esto, algunos de estos familiares se entierran en otras partes y la capilla está sin marido, como las demás lo tienen, dotadas con muchas ventajas.

Luego se sigue la del glorioso San Jacinto, con retablo dorado y figura del santo muy buena; la capilla bien adornada; hízose una solemnisísima fiesta el día que en esta ciudad se celebró la canonización del santo, con admirabile adorno de la iglesia y más del claustro,

con un coloquio famosísimo de la vida de este santísimo hermano nuestro, con tanta riqueza que parecía incomparable, y con ser tanta, no se perdió ni un alfiler.

Aquí se ha juntado la imagen de San Raimundo, ahora nuevamente canonizado por el mismo Clemente VIII, que canonizó a Jacinto, en cuya fiesta fue mucho más el ornato admirable del claustro e iglesia, que en tres días no se pudo impedir al pueblo que viniese a verlo, y no se hartaba; tampoco faltó cosa de momento.

Debajo del coro, al uno y otro lado hay dos capillas; al de la Epístola, una de los indios, con imagen de Nuestra Señora, de bulto, y otra de los negros, asimismo con imagen de bulto, de la que, conforme a su posible, no están mal aderezadas.

Los mulatos toman otra, que está por donde se sale al claustro; ésta es la menos adornada; será Nuestro Señor servido se adorne a su servicio y de su santísima Madre.

CAPITULO XXVII

De los provinciales [que] han aumentado el convento.

Dijimos arriba que el principal fundador de este convento fue el religioso y no menos valeroso padre fray Tomás de San Martín, primer provincial, el cual, después de haber comenzado la obra de la iglesia, fue el que buscó y atrajo a todos aquellos capitanes y otras personas a que tomasen las capillas y las dotasen; buscó y atrajo al convento mucha renta de otras partes, como fue que a su persuasión el capitán Gabriel de Rojas hizo limosna a este convento de 6.000 pesos ensayados, con no más obligación de que le encomendasen a Nuestro Señor en los capítulos, lo cual perpetuamente se hace, y en las misas, como a principal bienhechor nuestro; ganó chácaras y tierras de pan y solares para casas, con no poco trabajo de su persona, a quien sucedió en provincial fray Domingo de Santo Tomás, maestro en Santa Teología, varón realmente

apostólico, castísimo, libre de toda codicia y ambición, gran predicador, así para los españoles como para los indios, y más dado a la predicación y conversión de los indios que a la de los españoles; fue el primero que imprimió y redujo a arte la lengua general de este reino. Varón de grande entendimiento y prudencia cristiana, ferventísimo en el celo del bien y aumento de los naturales de este reino, por lo cual era de algunos aborrecido; empero decía lo que San Pablo: "Si agradase a los apetitos dañados de los hombres, no sería siervo de Dios." En el convento no sé qué haya aumentado, porque siendo provincial le fue forzoso ir a España y desde allí pasar en Italia al capítulo general que se celebraba de provinciales, y por esta razón no pudo aumentar como quisiera la casa, aunque, por no dar nota de aplicar más para su casa que para otras partes, hizo una cosa donde mostró el poco amor que a los bienes temporales tenía, ni para su convento, que para sí ninguno.

Esto la ciudad toda lo vio y los religiosos, porque estábamos en el convento. Había en la ciudad un mercader llamado Nicolaso Corso, hermano de Juan Antonio Corso, el rico; estando para irse a España con 80.000 ptas y más, ensayados, dióle el mal de la muerte; envía a llamar al padre nuestro, fray Domingo de Santo Tomás, que había pocos días llegado de España; dice le confiese y que allí tiene 80.000 pesos y más, ensayados; que como le fía el ánima, le fía y entrega la hacienda para que haga de ella lo que quisiere, en bien y descargo de su conciencia, porque no tiene heredero forzoso.

No creo otro que este apostólico varón hiciera lo que él hizo. Toda la hacienda repartió entre pobres, y particularmente al Hospital de los naturales de esta ciudad dejó la mayor cantidad, donde hizo una capilla y la dotó; no a su convento, con poderle dejar toda, instituyendo un colegio para bien de todo el reino, con renta, al modo de los de San Gregorio, de Valladolid, y no fuera esta obra menos acepta a Nuestro Señor que dejarlo al Hospital de Santa Ana. Porque no se dijese aplica-

ba para su casa, huyendo esta nota, lo dejó al Hospital de los naturales, y no dejó a su convento más que a los otros, que fueron 100 pesos corrientes de limosna para 100 misas, ni en el acompañamiento del difunto que de aquella enfermedad murió, pidió más religiosos de un convento que de otro. Bastante argumento es del poco amor que a la plata tenía. Luego desde a poco, le hizo merced Su Majestad de la silla episcopal de la ciudad de La Plata; lo que allí hizo y su muerte, cuando tratáremos de los señores obispos de estos reinos lo diremos.

CAPITULO XXVIII

De los provinciales de nuestra Orden.

A este excelentísimo varón sucedió el gran fray Gaspar de Carvajal, religioso de mucho pecho y no menos virtud carretera y llana, el cual a todos los conventos que llegaba, cuando los iba a visitar, en lo espiritual y temporal, favoreciéndolo el Señor, dejaba aumentados. Varón abstinentísimo, de gran ejemplo, de una simplicidad extraña. En su tiempo, en parte de él fue prior de esta casa el muy religioso fray Tomás de Argomedo, varón docto, de mucho ejemplo, buen predicador y acepto, el cual, el año de 60 me dio el hábito; a quienes, si no era cual o cual, nos quitaba los nombres y nos daba otros, diciendo que a la nueva vida, nuevos nombres se requerían. Yo me llamaba Baltasar; mandóme llamar Reginaldo, y con él me quedé hasta hoy.

Este religiosísimo varón y padre fue el primero que en nuestro convento comenzó a poner orden en el coro; hasta entonces no lo había, por no haber religiosos que lo sustentasen; en pocos meses tomamos el hábito más de 30, en los cuales y los demás sacerdotes del convento se comenzó de día y de noche, como en el más religioso de España, a guardar la observancia de la religión, y lo mismo se comenzó en los demás de esta ciudad, porque hasta este año de 60 muy pocos religiosos había en los conventos, los cuales faltando, no

puede haber tanto concierto en el coro ni en lo demás; de suerte que podemos decir, y justísimamente, que desde este año de 60, o cuando mucho del 58, comenzaron los conventos a aumentarse; para que se vea cuán en breve tiempo la mano del Señor ha venido favorabilísima sobre todos ellos. Dióme la profesión el padre provincial fray Gaspar de Carvajal, cumplido mi año de noviciado, que ojalá y en la simplicidad que entonces tenía hubiera perseverado.

CAPITULO XXIX

De los demás provinciales de nuestra Orden.

A este bonísimo varón sucedió el padre fray Francisco de San Miguel, venerable por sus canas y vida ejemplar, gran predicador, conforme a lo que entonces se usaba, que era (creo lo mejor) no tantas flores como ahora, ni vocablos galanos; no se daba tanto pasto al entendimiento como ahora se da, pero dábale más a la voluntad y más la aficionaban a la virtud; dióle Nuestro Señor este don: tenía en su mano el auditorio para alegrarle y para compungirle y hacer derramar lágrimas; era de su natural gravedad mucha humildad y no menos sufrimiento; ninguna cosa aumentó en el convento, por no haber cómodo para ello.

Después del cual fue provincial el padre fray Antonio de la Cerda, hijo de este convento, varón recto, de unas entrañas humanísimas y muy llanas, gran religioso y de muy buen ejemplo, libre de toda codicia y muy observante; siendo prior compró el retablo para el altar mayor, de madera, talla de bonísimas figuras, que costó 3.500 pesos puesto en el altar; fue el primero que comenzó a edificar el convento, haciendo una enfermería muy buena, con muy alegres celdas altas y bajas, como se requieren para el regalo de los enfermos. Ayudó mucho a esto una legítima que dejó, siendo novicio, para edificarla, el padre fray Tomás de Heredia, que al presente vive, maestro en Santa Teología y lector que ha sido de ella, hombre re-

ligioso y de muy buen ejemplo, nacido en Guánaco, de nobles padres. La legítima mandó se echase en renta, y así se echó y permanece, y no se puede gastar en otra cosa que en el regalo de los enfermos.

Todos los que en esta enfermería mueren ganan indulgencia plenaria, como yo he visto en las letras apostólicas que están guardadas en el archivo del convento. Siendo provincial el padre fray Alonso de la Cerda, fue prior el padre fray Antonio de Ervias, doctísimo varón y maestro mío en la Teología y no menos religioso; hizo el refectorio, que es muy buena pieza; después fue obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme, como después diremos.

Esta enfermería se edificó en aquella parte del convento que cae sobre el río, la cual, con una avenida que el río trajo se llegó tanto a la barranca, que rompiendo por ella se llevó un poco, y desde este tiempo no se puede pasar por detrás de nuestra casa entre la barranca del río y nuestras paredes, por donde muy descansadamente podían ir dos carretas a la par. Otra vez, siendo yo prior en este convento, me vi en gran riesgo de que el río rompiera por nuestra portería que llamamos del río. Fui a pedir favor de indios para remediar mi casa y buena parte de la ciudad, al virrey, que era el conde del Villar, y no le pedía sino indios para amontonar piedras y reparar el daño que se esperaba; la paga de los jornales yo la daba, y respondiome con mucha flemma: "¡Ah, este río!; ¡ah, este río!" Empero, viendo el poco remedio que se me daba, todas las noches de estas avenidas, que son las mayores en Cuaresma, hice que después de maitines a media noche se rezase la letanía de Nuestra Señora, mediante el favor de la cual una noche que creí que el río había de romper por el convento, por ser la avenida muy crecida, y el ruido de las piedras que traía notable, fue Nuestro Señor servido, por intercepción de su santísima Madre, que nos amontonó mucha piedra frontero de nuestra portería, y recordando hacia el Rastro, derribó parte de él, y nuestra casa hasta hoy, gracias a Dios, quedó libre; ya aquel año no hubo más ave-

nida; luego, con ayuda de la ciudad, que nos dio 1.500 pesos de limosna, la cual ayudé a pedir, y con otros tantos que el convento gastó, hicimos un reparo de cal y canto, con que al convento y a la ciudad hemos librado del río, el cual, si hasta entonces el marqués de Cañete, de buena memoria, viviera, no nos pusiera en tanto estrecho; pero no le mereció el reino y llevóselo Nuestro Señor para Sí.

Volviendo a nuestro provincial fray Alonso de la Cerda, en los cargos que en la Orden tuvo fue muy bienquisto de los religiosos por su llanísima condición y bondad. Fue después obispo de Puerto de Caballos, y luego de Los Charcas, como escribiremos en su lugar.

Sucedióle en el provincialato el padre fray Andrés Vélez, hombre docto y buen predicador, de agudo ingenio; fuese a España, y por eso no tenemos nada que tratar de él en el aumento de este convento.

A quien sucedió el padre fray Gaspar de Toledo, varón, cierto, religioso, de bueno y galano entendimiento; pero no cumplió cosa en el convento, como se pensó, y en su elección lo prometió el virrey don Francisco de Toledo, deudo muy cercano suyo; a cabo su cuatrienio, fue electo el padre fray Domingo de la Parra, también varón religioso y muy observante, aunque nimio en algunas cosas muy menudas en que los provinciales no se han de entremeter, sino avisar se guarden; donde no, castigar a los prelados. El tiempo que fue provincial hizo guardar en este convento nuestra constitución, que no se coma perpetuamente carne en el refectorio, y él la guardaba infaliblemente. Si no la guardábamos era por dispensación que para ello tenemos en estos reinos, respecto de ser la tierra de los llanos enferma y la de la sierra falta de pescado, y en este convento haber cuotidianamente muchos enfermos, y la costa ser mucho mayor; y con decirle los médicos el riesgo de la salud de los religiosos, respondía un poco secamente: "Mueren en lo que profesaron." Fue a España y no volvió más; en acabando fue electo en el Cuzco el padre fray Domingo de Valderrama, maestro en santa

Teología, buen predicador, el cual comenzó la casa de novicios, de las buenas que hay en la Orden y fuera de ella: tiene casi 50 celdas altas y bajas, frescas y alegres, porque así lo pide la tierra. Hizo este edificio, digo, la mayor parte de él, porque en su tiempo no se pudo acabar, con lo que aplicaba de los salarios que se dan a los religiosos que se ocupan en la doctrina de los naturales.

CAPITULO XXX

De los restantes provinciales de nuestra Orden.

Acabando el cuatrienio del mismo padre fray Domingo, fue electo en provincial el padre fray Agustín Montes. Presentado en santa Teología, hijo de este convento, donde tomó el hábito de quince años, varón religioso y amigo de ampliar con edificios su casa, el cual acabó la casa de novicios, lo tocante a las celdas, de todo punto.

Hizo el claustro bajo, adornándolo con unos lienzos al óleo de figuras e imágenes de santos, muy perfectas y muy devotas; aumentó la sacristía con ornamentos y mucho servicio de plata y un cáliz todo de oro. Aumentó también el retablo del altar mayor; a lo menos, dejó con un entablador concertado el aumento de imágenes de media talla, y pagada la parte de la hechura; hizo un cofre grande de plata, en que en el retablo se colocase el Santísimo Sacramento, porque hasta entonces no estaba sino en una cajita de madera. Trabajó lo que pudo con mucho y buen ejemplo. Puso mucho orden en las lecciones y estudio. Ordenó que hubiese cierto número de religiosos colegiales, y para ser recibidos pasasen por examen muy riguroso, lo cual hasta hoy se guarda como conviene, porque de esta suerte los no muy hábiles se animan y los hábiles trabajan más, sin que el coro se pierda punto. A quien sucedió el padre maestro fray Salvador de Ribera, hijo de este convento, en el cual tomó el hábito de diecisiete o dieciocho años; buen predicador; es hijo de padres nobles de todos cuatro costados; su padre

se llamó Nicolás de Ribera el viejo, respecto de otro vecino de esta ciudad, llamado del mismo nombre, pero el mozo. Su padre fue uno de los de la Fama de la isla del Gallo, varón liberal; su casa era hospital de todos los de su patria y enfermería de este nuestro convento, porque todo lo necesario para los enfermos con toda liberalidad y caridad se hacía, y con sus propios hijos se enviaba de día y de noche, y de esto soy testigo de vista. La madre se llamaba doña Elvira de Avalos, de cuya virtud en breve no se puede tratar. En su tiempo se acabó, a gloria de Nuestro Señor, dichosamente, todo el cuerpo de la iglesia, con tanta perfección que puede competir con las buenas iglesias de mucha parte de España. Adornó la capilla mayor de tal manera que se encubre la falta (que dijimos) ser pequeña. Acabó el aumento del retablo; hiciéronse paños de terciopelo carmesí bordados para la capilla mayor, con oro, que la cubren de alto a bajo, tan buenos, que en nuestra España se hallan pocos iguales. Acabó el claustro y la portería, tan buena como las muy buenas de Castilla, sin otras cosas tocantes a la sacristía. Todo lo cual hasta aquí aumentado en este nuestro convento han hecho los provinciales con lo que han aplicado de los salarios de las doctrinas donde viven los religiosos. Al sobredicho padre sucedió el presentado fray Diego de Ayala, hijo también de este convento, del cual, por vivir poco e irse a España, y pasando en Italia murió en Roma, hay poco que decir de él. Sucedióle el padre maestro fray Juan de Lorenzana, el más docto de estos reinos, hijo, creo, de Salamanca, buen religioso, de claro y galán ingenio, el cual, después de haber leído muchos años Teología en este convento, fue electo provincial; gobierna a la hora que esto escribo; lo que haya aumentado no lo sé.

CAPITULO XXXI

De los religiosos que sustenta.

Y porque dije que en muy breve tiempo se ha multiplicado esta casa, favoreciéndolo la Majestad del Muy Alto, el

día de hoy sustenta 130 religiosos y de arriba, lo cual causa admiración, porque no hay en toda la cristiandad conventos, de cuatrocientos años a esta parte fundados, si no son cual o cual, que sustenten otros tantos. Celébranse en esta casa los oficios divinos, de día y de noche, con tanto concierto como en el más religioso de la Orden.

Los estudios, con todo el rigor posible, y las demás ceremonias muy al justo. El coro tiene sillas altas y bajas, de madera de cedro, labrados los respaldos, altos, de madera de talla, de admirables figuras de santos, que si fueran doradas no había más que desear; costaron 18.500 pesos de a nueve reales, y el oficial perdió mucha plata.

CAPITULO XXXII

De los obispos.

En este breve tiempo, como acabamos de decir, han salido de este convento siete obispos, y tres casi a un tiempo juntamente, en lo cual excede a todos los conventos, no sólo de nuestra Orden, sino de las demás de España y fuera de España, porque a conventos de muchos años fundados no ha sucedido otro tanto. El primero fue el reverendísimo fray Tomás de San Martín, de quien tratamos arriba y trataremos algo más cuando escribiéremos los obispos que en este reino he conocido; primer obispo de la ciudad de La Plata, el cual obispado incluía en sí, entonces, todo el reino de Tucumán y la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

El segundo, el reverendísimo fray Domingo de Santo Tomás, de la misma ciudad; el tercero, el reverendísimo fray Alonso de la Cerda, primer obispo del Puerto de Caballos¹. El cuarto, el reverendísimo fray Alonso Guerra, primer obispo de la Plata, y después de Mechoacán o Yucatán; el quinto, el reverendísimo fray Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán. Estos tres señores obispos son hijos de este convento, y todos tres se vieron obispos juntos en su casa, y su madre, que es esta casa,

(1) Tachado: y despues del mismo obispado.

los vio todos juntos en ella. El sexto, el reverendísimo fray Antonio de Ervias, obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme.

En un mismo tiempo sacó Su Majestad para obispos, estando todos tres presentes, al reverendísimo fray Alonso de la Cerda, fray Alonso Guerra, fray Antonio de Ervias, en lo cual, aunque hizo mucha merced a la Orden, sirviéndose de ella, a nosotros, llamo a nosotros a los que acá estábamos y tomamos el hábito, la hizo, pero dejónos sin canas que nos gobernasen, lo cual hasta hoy sentimos; no me acuerdo haber leído que de un convento tres personas tales a un mismo tiempo se hayan sacado para iglesias, como de este nuestro de Los Reyes. El séptimo y menor y más indigno de todos soy yo, a quien la Majestad de Dios levantó a obispo de la Imperial, reino de Chile, y espero en Nuestro Señor se han de sacar más.

Además de estos señores obispos, ha hecho Nuestro Señor merced a nuestra sagrada religión, en nuestros tiempos, dándole en estas partes varones apostólicos que con mucho celo del servicio de Nuestro Señor y de las ánimas han predicado a los naturales la Ley evangélica, con claro ejemplo de costumbres y vida. Uno de ellos fue el padre fray Melchor de Los Reyes, que por muchos años se ejercitó en este ministerio y murió en este convento de Los Reyes y se enterró en el Capítulo, donde es costumbre enterrarse los religiosos nuestros, y abriéndose su sepultura al cabo de siete años y más, se halló su cuerpo entero y los hábitos y capa de anascote sin lesión alguna, y esto el señor arzobispo de México, Bonilla, visitador de la Audiencia Real, lo vio, y yo también y todo el convento, queriendo echar en aquella sepultura otro religioso difunto.

En esta misma sala de Capítulo se halló otra sepultura con otro cuerpo, del padre fray Domingo de Narváez, hijo de esta provincia, buen religioso, entero, con todos sus hábitos y capa de anascote, sin lesión alguna. Este religioso se había ocupado en doctrinar los naturales de este reino con gran llaneza y sinceridad.

El padre fray Cristóbal de Castro,

gran siervo de Dios, celosísimo de la conversión de los naturales, de clarísimo ejemplo y abstinentísimo, murió en su oficio loablemente. A este religioso los curacas del valle de Chíncha, donde por la mayor parte vivió ocupado en este ministerio, le ofrecían un navío cargado de oro y plata, y jamás se pudo acabar con él recibiese un grano, y haciéndole fuerza los curacas a que tomase alguna cosa, jamás lo pudieron acabar con él, ni para sí, ni para la Orden, ni para hombre viviente. Lo que hizo fue decir a los curacas hiciesen un cáliz de oro para su iglesia, como lo hicieron, y fue el primer cáliz que se hizo en el Perú; a cuya santa emulación los curacas del valle del Lunaguana hicieron para dos iglesias suyas en cada una un cáliz de oro, que yo he visto y dicho misa con ellos.

El padre fray Benito de Jarandilla, verdadero hijo de Santo Domingo, el cual, por más de cuarenta años, en el valle de Chicama, cinco leguas de la ciudad de Trujillo, se ejercitó en la conversión de los naturales sin salir de aquellos valles, donde vivió con admirable ejemplo, así para con los naturales como para con los españoles, y aprendió muy de raíz la lengua de los indios pescadores de aquel valle, que es dificultosísima de aprender. Los naturales le tenían por un hombre santo, porque le veían guardar con mucho rigor su profesión, como verdadero hijo de Santo Domingo, y dicen de él que como le viniesen a llamar a cualquier hora, de día o de noche, para confesar algún indio enfermo que viviese de la una parte o de la otra del río, que en tiempo de aguas no se deja vadear, que es en verano, no temía el río y en un macho en que andaba lo vadeaba, y los indios decían que iba caminando por encima del agua. Acabó sus días, llenos de buenas obras, con buena vejez.

El padre fray Baltasar de Heredia fue un religioso esencial, el cual, aunque no se ocupó tanto en doctrinar a los naturales, viviendo en conventos de pueblos de españoles, se ejercitó en obras de mucha virtud y de gran caridad; es fama que le hallaron muerto hincado de rodillas en una chácara de

la ciudad de La Plata, aviándose para venir al reino de Chile, por vicario provincial y visitador, por tierra; lo cual este varón religioso acató con gran humildad, aunque el trabajo y riesgos de tierra, caminos, ríos e indios de guerra, por donde había de pasar algunas veces, eran notables.

El padre fray Amonio de Figueroa, hijo de este convento, fue un varón gran religioso y muy esencial, gran trabajador en las cosas de la comunidad, muy libre de cualquier interés humano; para consigo riguroso y paupérrimo, pero las cosas del culto divino deseaba, y de la sacristía, que fuesen riquísimas.

Fue muy muchos años subprior de este convento, con mucho ejemplo de vida y costumbres.

Fue mi maestro de novicios, a quien debo más que a mis padres. Cuando a este gran religioso, por su virtud y trabajos y ejemplos, se le había de mandar descansase, quitándole la carga del cuidado del convento, le mandó la obediencia ir a España a negocios de mucha calidad de la Orden; lo aceptó con mucha humildad y se puso en camino, y llegando a Cartagena, de Tierra Firme, le llevó Nuestro Señor para Sí con una muerte como había vivido; finalmente, murió obedeciendo.

Cuando llegó la nueva cierta de su muerte cayó tanta tristeza sobre todos los religiosos que en él vivíamos, y cuando se le hizo su sufragio, que no osábamos mirarnos los unos a los otros: tanto era el amor que le teníamos, porque a casi todos nos había criado y había entonces en el convento poco menos de 80 religiosos. A todos estos padres conocí y traté mucho, y no hablo sino de vistas.

Otros más ha habido buenos religiosos; empero éstos, conforme a lo que de ellos conocíamos, son los más aventajados que para estos defectuosos tiempos son afamados.

CAPITULO XXXIII

Del convento de San Francisco.

Hay en esta ciudad otro convento del seráfico padre San Francisco, que en

breves años ha florecido y florece en religión, santidad, letras y número de religiosos, con admirable ejemplo, donde yo he conocido famosos varones, grandes predicadores, de mucho pecho y celo para las ánimas y conversión de los naturales.

El padre fray Luis de Oña, que fue provincial, varón consumado y no menor púlpito: el padre fray Jerónimo Villacarrillo; el religiosísimo fray Diego de Medellín, deudo nuestro, obispo de Santiago de Chile, donde murió como un santo, habiendo vivido en la Orden con gran religión, cristiandad, ejemplo y observancia más de sesenta años; halléme en su muerte siendo en aquel reino el primer provincial de mi Orden, no mercediéndolo, y fue Nuestro Señor servido hacerme esta merced: que porque el día de sus obsequias no hubo sermón, respecto de ser los oficios muy largos, y las ceremonias con que se entierran estos señores obispos, el día del novenario, aunque se había encomendado al guardián del convento de nuestro padre San Francisco, por cierta ocasión no lo predicó, y se me mandó predicase, lo cual hice lo mejor que pude, fundando mi sermón sobre esta sentencia: *proetiosa est in conspectu Domini more sanctorum eius*. El padre fray Juan del Campo, gran varón en opinión de santidad y letras. Todos los cuales fueron provinciales y algunos vicarios generales o comisarios, como en esta sagrada religión se nombran.

Es mucho más moderno que el nuestro, que no creo ha cuarenta y cinco años que se fundó, por lo arriba dicho. Ha crecido, favoreciéndolo la mano del Muy Alto, en este breve tiempo, en edificio, porque está acabado; la iglesia, sombría y no de bóvedas.

El edificio de la casa, bueno y alegre, con muchas fuentes, y un estanque que llaman, dado por el marqués de Cañete el viejo, de buena memoria, el cual era como casa de recreación del marqués Pizarro, de mucho sitio y de muchos parrales y árboles frutales, así de la tierra como de los nuestros; sustenta 130 y más religiosos, y estudio.

Han salido de ella tres obispos: el reverendísimo fray Diego de Medellín,

de quien poco ha tratamos; el reverendísimo fray Juan Izquierdo, obispo de Puerto de Caballos y ahora obispo de Yucatán; el reverendísimo fray Hernando Trejo, obispo de Tucumán, los dos últimos hijos de esta provincia, y se espera habrá otros muchos más.

El padre Jerónimo Villacarrillo, y el padre fray Juan del Campo no quisieron iglesias, enviándoles cédulas de ellas Su Majestad. Tanta era la humildad y religión de estos venerabilísimos padres.

CAPITULO XXXIV

Del convento de San Agustín.

El convento de nuestro padre San Agustín, o, por mejor decir, nuestro abuelo, es más moderno, empero de buen edificio la iglesia, si un temblor muy grande no le abriera la capilla mayor. Comenzóse la iglesia toda de ladrillo y cal y de muy buena traza. También ha crecido en número de religiosos en breve tiempo, porque no ha cuarenta y cuatro años que se fundó este Orden en este reino; hubiera crecido en más si las obras de los edificios dieran lugar a recibir novicios. Sustenta 60 religiosos y más, con mucha religión, letras y ejemplo.

Ha habido famosos varones, los cuales yo he conocido.

El padre Juan de San Pedro, tres o cuatro veces provincial, varón de gran opinión y crédito. El padre fray Andrés de Santa María, varón gran religioso, murió siendo provincial; el padre Cepeda; el padre Corral, gran predicador que por predicar la verdad padeció un poco de riesgo en el Cuzco. El padre maestro fray Diego Gutiérrez, muchos años lector de Teología en su casa, maestro de los que ahora son en su Orden varones doctos. El padre fray Juan de Almaraz, maestro en santa Teología, discípulo de este sobredicho padre, fue catedrático de Escritura en la Universidad, murió provincial y electo obispo del Río de la Plata, hijo de este convento. El reverendísimo fray Luis López, obispo de Quito, varón docto y predicador, maestro de los que ahora

predican y enseñan en su Orden, hombre muy prudente y de gran ánimo. emprendió el edificio de la iglesia todo de ladrillo y cal, como acabamos de decir; otro que su amor no lo imaginara, siendo provincial y después prior, varón derechamente religioso, de gran ejemplo y bondad. El padre maestro fray Alonso Pacheco, ahora provincial y lo ha sido otra vez, hijo de esta casa, donde tomó el hábito ahora treinta y siete años, siendo de dieciséis; varón de letras, púlpito, ejemplar, gran religioso. Otros muchos religiosos tiene, que la brevedad no da lugar a tratar de ellos.

A su Orden se le quede este cuidado. La capilla del Crucifijo, de los plateros, es muy devota y tiene cofradía de sangre; celébrase con mucho concurso de gente y mucha cera.

CAPITULO XXXV

Del convento de la Merced.

El convento de Nuestra Señora de las Mercedes, después del nuestro, es el más antiguo en esta ciudad; la iglesia está bien edificada, aunque no de bóveda, con sus capillas colaterales. Conoció en este convento al padre Orense y al padre fray Juan de Bargas, que fueron provinciales, ambos varones religiosos y de mucho y buen ejemplo. El padre Angulo y el padre Ovalle, catedrático de Prima en la Universidad, de Teología, varón religioso. A las derechas, sustenta de 60 a 70 religiosos; la sacristía está adornada de muchos y buenos ornamentos.

CAPITULO XXXVI

Del convento del Nombre de Jesús.

En nuestros días (siendo ya sacerdote) se fundó el colegio del Nombre de Jesús, de los Padres de la Compañía, hará treinta años. Es para dar muchas gracias al Señor y a su santísimo Nombre ver en cuán breve tiempo ha crecido en número de religiosos y haciendas, porque el día de hoy sustenta más de 80

religiosos, sin la casa de los novicios que tiene fuera de la ciudad.

El primer fundador fue el padre Portillo, gran predicador y bonísimo religioso, con otros padres que con él vinieron. Hospedámoslos en nuestra casa, y de allí salieron para irse al sitio donde ahora viven, uno de los mejores del pueblo. Ayudóles nuestro convento y acreditóles en todo lo posible, y los regaló el tiempo que en nuestra casa estuvieron; reconocen la buena obra que se les hizo, por lo cual cuando llegamos a las suyas nos hacen toda caridad, como en particular la he recibido, hospedándome y regalándome con mucho amor; después la aumentó el padre Acosta, provincial, gran predicador y muy docto, aceptísimo por su religión y buen ejemplo. Otros religiosos tiene, grandes siervos de Dios, muy consignados a su servicio, para predicar a estos naturales y con ánimos de entrarse por la tierra de guerra a predicar la Ley evangélica sólo con las armas de la fe.

CAPITULO XXXVII

Del convento de los Descalzos.

De pocos años a esta parte se ha comenzado a fundar, de la otra parte del puente y río, no son catorce años pasados, el convento de los Descalzos, con gran abstinencia, religión y cristiandad. Este convento Nuestro Señor lo prosperará como cosa suya y donde se sirve mucho a Su Divina Majestad.

CAPITULO XXXVIII

Del convento de la Encarnación.

El monasterio de la Encarnación, de monjas, que ha se fundó poco más de cuarenta y cinco años por doña Leonor Portocarrero y doña Mencía de Sosa, su hija, es como cosa de milagro ver en cuán poco tiempo cuánto ha crecido en toda virtud, y ahora recién profesó cuando se fundó, y se mudó de un sitio corto y breve que tenían junto al convento de San Agustín, que ahora es la parroquia

de San Marcelo y convento de monjas de la Trinidad, al sitio que ahora tienen, y en aquel día en nuestra casa se hizo el oficio; yo serví de acólito en la misa mayor.

Ha crecido tanto el número de religiosas profesas, con favor del Altísimo Dios, que el día de hoy sustenta más de 140 monjas, sin más de 40 novicias, y sin el servicio que tiene de las puertas dentro, con toda religión y ejemplo, cuanta Nuestro Señor la prospere en su servicio. Madre e hija fueron las dos principales fundadoras, las cuales han gobernado, y ahora doña Mencía de Sosa, abadesa (porque a su madre la llevó Nuestro Señor a gozar al cielo de Su Majestad por el servicio que se le hizo y hace tanta virgen alabando de día y de noche a su Santísimo Nombre), con tanta prudencia y discreción, que parece más que humana. Con madre e hija entraron otras dueñas y doncellas: Antonia de Castro y Antonia Velázquez, doña Juana Girón, dos hermanas, doña Isabel y doña Inés de Alvarado, doña Mariana de Adrado, doña Juana Pacheco; todas casi viven el día de hoy. Tiene este convento una excelencia que no sé si en la cristiandad se halla el día de hoy: el cuidado en celebrar los oficios divinos; la solemnidad y concierto, con tanta música de voces admirables, con todos géneros de instrumentos, que no parece cosa de acá de la tierra, y sobre todo los sábados a la Salve, donde concurre la mayor parte del pueblo y de las órdenes muchos religiosos a oírla. Yo confieso de mí que si todos los sábados, hallándome en esta ciudad, me diesen mis prelados licencia para oírla, no la perdería.

Los señores inquisidores muchos sábados no la pierden, y los virreyes hacen lo mismo.

Ha usado Nuestro Señor con este convento, como el de la Concepción, de su larguísima misericordia y particular cuidado en conservarlos en su servicio, que con no ser los edificios muy altos los ha guardado y guarda de suerte que jamás se ha imaginado cosa que no sea virtud y religión, porque ni duerme ni dormirá el que guarda a Israel.

Guardan la profesión y regla de las

monjas de San Pedro de las Dueñas de Salamanca, sujetas al Ordinario.

Pretendieron con todas sus fuerzas ser monjas nuestras; empero nunca pudieron acabar con el padre fray Gaspar de Carvajal, de quien arriba brevemente tratamos, siendo provincial, que las recibiese, aunque el prior del convento, el padre maestro fray Tomás de Argomedo, las favorecía todo lo posible, y por muchos días no perdieron la esperanza, y rezaban el orden de rezar nuestro, y guardaban las constituciones de nuestras monjas, hasta que, ya perdida, tomaron la que tienen y profesan; celebran en este convento el Tránsito de Nuestra Señora.

CAPITULO XXXIX

Del monasterio de la Concepción.

El monasterio de monjas de la Concepción hará veinticinco años que se fundó; fue fundadora de él doña Inés de Ribera, con gran pujanza de hacienda, así en muebles como en raíces. Hale aumentado Nuestro Señor mucho a su servicio; sustentanse en él hoy más de 120 monjas de velo y muchas novicias. Hay en él grandes siervas de Dios, grandes religiosas de mucha penitencia, buen gobierno, y entre ellas han gobernado no poco tiempo, con título de superiores, hasta que Nuestro Señor llevó al cielo a la fundadora a pagarle el servicio con su favor hecho y el que se hace y se ha de hacer: María de Jesús, gran religiosa, después de la cual han gobernado dos hermanas: doña Leonor de Ribera y doña Beatriz de Horosco, ya con título de abadesas (porque acabando la una de ser abadesa elegían a la otra), con gran ejemplo, religión, prudencia, modestia y blandura y no poca penitencia, con lo cual a las demás animaban al cumplimiento de lo profesado. Veíanlas en los trabajos las primeras, por lo cual nadie se excusaba. Hacen lo que Cristo nos enseñó: "El mayor entre vosotros sea como menor, y el que manda sea siervo de los demás." Gracias a Nuestro Señor, así no

se ha dicho de este monasterio, como ni del otro. Son sujetas al Ordinario.

En lo que toda a la celebración de los servicios divinos, si no son iguales en la música a los de la Encarnación, les van pisando los carcañales, y no les hacemos en esto agravio, porque el otro, como más antiguo y principio, proveyóle Nuestro Señor de voces y destreza en el canto y todo género de música, cual se requiere para alabar a Su Majestad. No quiero decir más, no me apedreen. Aunque es así, que en este convento hay religiosas muy diestras, y de voces admirables, y en el órgano famosas.

CAPITULO XL

Del monasterio de la Trinidad.

Fundóse otro monasterio de monjas, llamado de la Trinidad, hará veinte años, de la Orden de San Bernardo; fundadoras fueron, madre e hija, doña Lucrecia de Soto y doña Mencía. Doña Lucrecia fue casada con Juan de Rivas, vecino de la ciudad de La Paz, por otro nombre llamado el Pueblo Nuevo; siendo ambos ya viejos y la hija viuda, aunque moza, se concertaron marido y mujer de que se metiesen monjas madre e hija y fundasen este monasterio con la hacienda que tenían; era mucha. Salieron con su intento la madre e hija; escogieron para sitio el que dejaron los padres de San Agustín, donde gastaron mucha plata en un dormitorio alto y bajo y en sacar los cimientos de la iglesia de tres naves, y se mudaron a medio de la ciudad, donde no tienen tanto sitio como tenían. Aquí, que es el sitio grande, tiene tres cuadras en largo; una huerta muy espaciosa y buena eligieron para fundar un monasterio, pared en medio de la parroquia de San Marcelo. Vivese aquí con gran recogimiento, tienen bastante lo necesario, pueden recibir seis monjas sin dote, y en muriendo alguna de éstas luego reciben otra; guardan su profesión al pie de la letra. El locutorio y libratorio se frecuentaba tan poco, que no parecía haber en aquella casa monjas. En este breve tiempo se ha multiplicado, porque

hay en él más de 30 monjas de velo, y novicias se van recibiendo. No comen carne en el refectorio perpetuamente.

Los edificios se van labrando y Nuestro Señor lo multiplicará todo. No quieren música de canto de órgano; su canto es llano y muy devoto, y órgano solamente, y proveyóles Nuestro Señor de una monja tan hábil en la tecla que es cosa de admiración.

CAPITULO XLI

Del monasterio de las Descalzas.

En esta ciudad de Los Reyes fué doña Inés de Sosa, hija legítima de Francisco de Talavera, de los antiguos conquistadores, y de Inés de Sosa. Habiendo sido casada dos veces, en vida del segundo marido murió, y no dejando hijos, toda su hacienda dejó para que se instituyese un monasterio de monjas descalzas deimjo del título de la Concepción de Nuestra Señora. Edificóse junto a la plazuela de Santana y para él salieron del monasterio de la Concepción las dos hermanas arriba dichas, doña Leonor de Ribera y doña Beatriz Orozco, con otras cuatro o cinco religiosas, donde guardan la observancia con mucho rigor; creo es constitución no pueda haber, a lo más largo, más que 20 monjas de velo. Espero en Nuestro Señor se ha de servir aquí grandemente.

CAPITULO XLII

De la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe.

Fuera de esta ciudad, junto al camino de Pachacama, fundó Alonso Ramos Cervantes y su mujer doña Elvira de la Reina una iglesia con invocación de Nuestra Señora de Guadalupe, a su costa, por orden y licencia del reverendísimo arzobispo Mogrobejo, a instancia de un religioso de la Orden de San Jerónimo del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe de España, cuya primera piedra del fundamento de la iglesia puse yo, ya consagrado obispo. El fundador es natural de Medellín, y

yo nací en aquel pueblo, para que se entienda que sabe Dios de pueblos pequeños sacar un marqués del Valle, don Fernando Cortés, y un obispo, aunque indigno para el cargo, y un fundador de la iglesia de Nuestra Señora. Todo esto sea a gloria del Hijo y de la Madre. Es cosa admirable ver en cuán poco tiempo ha crecido la devoción a aquella iglesia; tiene un retrato al vivo de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe puesta en el altar mayor, que retrató el mismo religioso de San Jerónimo, arriba dicho, con muchas piedras preciosas.

Tiene muchos y buenos ornamentos y cuatro lámparas de plata y dos altares colaterales en el encaje de las paredes. Es mucha la frecuencia de la devoción de los fieles, porque cada día se dicen allí más de doce misas por devoción, con que pobres sacerdotes se sustentan y algunas veces sobran las limosnas. Un buen hombre, luego que se puso la imagen, todos los sábados a cuatro sacerdotes da a cada uno cuatro reales por que canten la Salve, y un hermano del fundador, sacerdote, llamado Esteban Ramos, dejó instituida una capellanía en esta iglesia, de más de 250 pesos de renta. Es cosa admirable la devoción que los fieles tienen a la advocación de esta iglesia y cómo se va multiplicando, porque hasta en el mar, los que se hallan en tormenta reciben mil favores de Nuestra Señora, y así ningún navío deja de traer limosna a esta iglesia.

Un religioso del convento de Nuestra Señora de Monsarrate fundó también otra iglesia con la misma advocación.

El reverendísimo de esta ciudad ha hecho otro monasterio, con título de Santa Clara, en el mejor sitio de ella, con limosnas que ha pedido a naturales y a todo género de gentes cuando visitan su obispado, y con parte de su hacienda. Cuando esto escribo debe estar acabado, pero hasta ahora no se sabe que hayan entrado en él ningunas monjas; tienen mucho y grande sitio y muy bien cercado. Entraron en él este año de 60 cinco monjas de la Encarnación: priona, superiora, portera, maestra de novicias, sacristana; las 12 monjas novicias para hábitos son legas, sin dote alguno.

Los clérigos han hecho otra iglesia, llamada San Pedro, una cuadra más arriba del convento de San Francisco, donde se entierran los sacerdotes pobres y los curarán de sus enfermedades; entiérranlos con mucho acompañamiento; fue fundadora la Caridad.

CAPITULO XLIII

De las cofradías de esta ciudad.

La cofradía de la Caridad es rica; tiene una casa de recogimiento del mismo nombre, donde se recogen algunas doncellas pobres debajo del gobierno de una matrona honrada y buena cristiana, y se les provee de lo necesario. El día de la Asunción de Nuestra Señora sacan de esta casa seis doncellas y las traen en procesión a la iglesia mayor, y este mismo día se les dan maridos y su dote señalado.

La cofradía del Santísimo Sacramento es muy rica y acompaña en esta ciudad, cuando sale fuera, con mucha cera y mucho concurso de gente, tanto como en cualquier parte del mundo. Las varas del palio llevan sacerdotes con sus sobrepellices, y el guión asimismo, y dos maceros con dos mazas grandes de plata, delante del Santísimo Sacramento. A los sacerdotes que llevan las varas y al del guión y a los maceros les da la cofradía por cada vez a cada uno cuatro reales de limosna. Esta cofradía está fundada en nuestro convento, con las gracias de la de la Minerva de Roma.

La cofradía de la Vera Cruz, asimismo, está fundada en nuestra casa. Tiene bastante lo que ha menester, con su capilla por sí, detrás de la capilla del capitán Diego de Agüero, bien adornada, donde los días de la Cruz se saca en procesión un pedacito del *lignum crucis* en que Cristo Nuestro Señor murió, con gran veneración y concurso de todo el pueblo, y muchas hachas de cera y de más de a media libra para todos los cofrades.

En otros monasterios hay otras, como en San Francisco, la de la Concepción de Nuestra Señora, muy rica; en San Agustín, la de Santa Lucía y del Cruci-

fijo, que tienen los plateros, y todas tienen sus cofrades que llaman veinticuatro, los cuales en los días señalados que hacen sus procesiones llevan cirios encendidos, y cuando alguno de estos veinticuatro muere, los demás han de acompañar el cuerpo con sus cirios, y le han de mandar decir, cada uno, una misa rezada, y acaece ser uno veinticuatro en tres o cuatro cofradías, y todos le han de acompañar con sus cirios.

Los negros tienen sus cofradías aparte, y veinticuatro; es cosa de ver qué cirio sacan muriendo algún veinticuatro; yo vi un acompañamiento de una negra que me admiró; es cierto que acompañaban el cuerpo más de treinta cirios, sin la cera menuda; esta cofradía tienen los negros fundada en la iglesia mayor; en San Diego tienen los negros otra capilla y cofradía; además de esto, en San Francisco, otra.

En nuestra casa tienen los indios cofradía y capilla y veinticuatro, y lo mismo en San Francisco, y en la Compañía otra del Niño Jesús, todas con sus veinticuatro, y es cosa de ver los solemnes enterramientos que se hacen con cera, cirios y posas.

CAPITULO XLIV

De la capilla de la cárcel.

La capilla que llaman de la cárcel, donde los presos, así de la cárcel de corte como los de la ciudad, oyen cada día misa, es una de las buenas cosas que en provecho de los pobres presos se ha fundado en el mundo, y tuvo su principio de esta suerte: Hará cuarenta y siete años que los mercaderes se juntaron y determinaron entre pocos, no creo fueron diez, de pedir limosna cada semana, o cada mes (los presos pobres no eran tantos como ahora), dos de ellos, y de las limosnas tener cuidado de proveerlos de comer, y cuando las limosnas no alcanzasen, ellos de sus haciendas suplirlo; consultáronlo con el señor arzobispo don Jerónimo de Loaysa, de feliz recordación; aprobó su intento, dióles licencia para que pidiesen limos-

na, y señalóles un tanto que su mayordomo les daría sin ninguna falta; los segundos que pidieron para esta obra santísima fueron dos mercaderes que yo conocía mucho y traté: el uno se llamaba Juan Vázquez y el otro Juan Baz; andando pidiendo, determinaron de entrar a pedir limosna al marqués de Cañete, de buena memoria, y para hablarle no fue necesario aguardar mucho, luego les mandó entrar; bésanle las manos, suplicante les mande dar limosna para los pobres de la cárcel, diciéndole lo que entre sí habían determinado; alabóles la obra, y de primera instancia mandóles dar cien pesos, y que para cada mes, desde en adelante, tuviesen cuidado de pedir a su mayordomo cincuenta pesos, que luego se les darían, como así fue. De esta suerte comenzaron a pedir y a tener cuidado de los pobres. Nuestro Señor ha favorecido tanto esta obra de caridad, que la capilla tiene capellán señalado con muy buena prebenda, y el capellán ha de ser graduado, docto, para confesar a los presos, y predicarles, y para que a los que han de ajusticiar animarlos y salir con ellos.

Ahora hay señalados mayordomos y oficiales y tiénese por mucha honra ser de los principales de esta cofradía. La advocación de la capilla es de San Pedro; celébrase la fiesta el día de su Cátedra con mucha solemnidad, y porque en la capilla no cabe el pueblo, cúbrese la plaza buena parte con velas de navíos y el púlpito pónese a la puerta de la capilla, de suerte que en la capilla y plaza cubierta entra toda la gente que concurre.

CAPITULO XLV

De la Universidad.

Su Majestad el Rey Felipe II, de inmortal memoria, celoso del bien de este reino como lo es de todos los que gobierna con tanta justicia y cristiandad cuanta ningún rey ha gobernado hasta ahora, mandó se fundase una Universidad donde se leyesen las ciencias, y a los que en ella se graduasen les conce-

día las exenciones que gozan los graduados en Salamanca. Por orden de Su Majestad la instituyó y fundó el visorrey don Francisco de Toledo, donde se lee, por muy doctos maestros y doctores, Latinitad, Artes, Lógica, Filosofía, Cánones, Leyes, con suficientes salarios, y Escritura divina. Medicina, hasta hoy, no se ha leído, ni Retórica, ni Astrología; corren a estudiar de Quito a Chile, nacidos en estas tierras, buenas habilidades. Con esta Universidad ha hecho gran bien y merced Su Majestad a estos reinos, los ha ennoblecido y ha descargado mucho su conciencia real, gratificando y haciendo hombres a los hijos, nietos y tataranietos de los conquistadores y pobladores, a cuyos antecesores no se los había hecho merced, y si hecho, no tanta cuanto sus servicios merecían. De los nacidos acá se han graduado, y con rigurosísimo examen, algunos doctores y maestros en las facultades dichas, y se graduarán muchos más, y van graduando, por lo cual, cuando hay doctoramiento, es de ver en tan breve tiempo muchos doctores y maestros; ni los graduados en otras Universidades se desdeñan de incorporarse en ésta.

CAPITULO XLVI

De los colegios.

También por orden de Su Majestad se fundó un colegio, llamado El Real, donde sustenta cierto número de colegiales a costas de Su Majestad, para descargo de su real conciencia, bien y merced de sus vasallos; llámase San Felipe; dáseles lo que se suele dar en otros colegios.

El arzobispo D. Toribio Mogrobojo fundó otro, que es el seminario que manda el Concilio Tridentino; hay pocos colegiales.

Los padres de la Compañía tienen otro colegio a las espaldas de su casa, donde enseñan solamente latín, nombrado San Martín a devoción del virrey D. Martín Enríquez. Por cada muchacho que allí entra paga 120 pesos cada año.

CAPITULO XLVII

De la capilla de Nuestra Señora de Copacavana.

En la provincia del Collao (como en su lugar diremos) hay un pueblo de indios llamado Copacavana. Aquí hay una imagen de Nuestra Señora que ha hecho no pocos milagros ahora en nuestros días. A devoción de esta imagen, en todos los pueblos casi de españoles y en muchos de indios se han puesto imágenes de Nuestra Señora con la misma advocación; en esta ciudad se hizo una capilla junto a la puerta del Perdón, de la iglesia mayor, con una imagen nombrada así: Nuestra Señora de Copacavana, la cual debe hacer veinte años, poco más, que se puso, donde con gran devoción concurre el pueblo, la cual tiene muy adornada, y un capellán que sirve en esta capilla y sustenta muy abundantemente con las limosnas.

CAPITULO XLVIII

De los hospitales.

Sustenta esta ciudad cuatro hospitales: uno de españoles, llamado San Andrés por respeto del marqués de Cañete, D. Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, a quien de su hacienda dio muchas limosnas y erecidas, pasadas de 30.000 pesos, como diremos cuando tratemos de su gobierno y virtudes.

Aquí se curan solamente españoles y negros, de todas enfermedades, con mucho cuidado y regalo; la enfermería de las enfermedades cotidianas es a modo de cruz; el brazo más cercano a la puerta sirve de cuerpo de iglesia; los otros tres, para enfermos, en las paredes hechos sus encajes, donde está la cama del enfermo con su cortina delante y de donde puede ver misa. El altar se colocó en medio de estos brazos. Después acá no sé qué virrey le haya hecho tantas limosnas, ni con mucho que llegue a ellas. Fuera de estas enfermerías hay otros apartamientos para curar otras enfermedades contagiosas.

Quien con más cuidado comenzó a te-

nerio de los pobres hasta que la edad no lo permitió, fue el padre Molina, sacerdote, gran celador del bien de los enfermos y aumentador de las haciendas del hospital, con notable ejemplo de vida y cristiandad, con la cual acabó en el Señor.

Su hermano el secretario Molina se metió a servir a los pobres, donde acabó también.

El segundo se llama Santa Ana, donde solamente se curan indios; fundólo a su costa, así la iglesia como la capilla mayor de bóveda y lo demás de buenos edificios, el ilustrísimo y reverendísimo fray Jerónimo de Loaysa, primer arzobispo de esta ciudad y reino, de feliz recordación, dejándole bastantísima renta, donde murió y está enterrado. El día de su advocación se gana una y muchas más veces indulgencia plenísima, mejor diré jubileo plenísimo; cúranse aquí los indios de todo el reino que caen enfermos, con todo el regalo y cuidado posible, donde ha habido grandes siervos de Dios, seglares, que se han venido por esclavos ellos mismos, y dedicado al servicio de los indios, y entre ellos floreció en nuestros tiempos el padre Machín, sacerdote vizcaíno, y otro gran siervo de Dios, que todo el día se ocupaba en pedir limosna a pie por la ciudad, y de noche velaba su cuarto a los enfermos, como si no hubiera trabajado nada entre día, sin que nadie fuese parte a que descansase. Acabó loablemente; Hamábase fulano Ruiz.

El tercero es nombrado el Espíritu Santo; aquí se curan solamente los marineros, porque ellos, a su costa, le han fundado, y han hecho una buena iglesia; los edificios van labrándose; cada navío le acude con una soldada, fuera de las limosnas que piden en los viajes y otras que marineros y pilotos les dejan al tiempo de su muerte.

Se ha fundado otro, que es el cuarto, llamado San Diego, de convalecientes; éste es muy moderno; aquí se da bastante recaudo a los tales, hasta que enteramente han recuperado la salud y puedan trabajar.

Hay otro, llamado San Lázaro, pasado el río; es el más pobre; comenzóle a fundar y a su costa, muy poco a poco,

un buen hombre, muy conocido en esta ciudad, y yo le conocí mucho, Antón Sánchez, espadero de oficio y muy enfermo de grandes dolores. Murió este buen hombre, después del cual se entró a servir allí el padre Cristóbal López Bote, sacerdote muy conocido en este reino, y de mí muy en particular y tratado, a quien Nuestro Señor hizo admirables mercedes, porque habiendo por cierta ocasión muchos años tenido una enemistad que le inquietó mucho y desasosegó, y en lo demás de su sacerdocio hombre muy concertado y muy buen eclesiástico, le tocó la mano del Señor y se consagró allí a servir a los pobres, no sólo españoles, sino negros esclavos y pobres indios, de tales enfermedades que en los demás hospitales no los querían recibir, y los curaba (yo lo vi, y otros muchos) de aquellas enfermedades contagiosas y asquerosas, tan sin aseo y con tanto amor y caridad como si fueran sus hijos o hermanos. Después le dio Nuestro Señor una enfermedad muy larga y trabajosa, la cual sufría con tanta paciencia cuanta el Señor que se la dio había era necesaria para llevarla; su cama, una tabla; murió loablemente en el Señor.

CAPITULO XLIX

De la iglesia Mayor.

Hasta ahora la iglesia Mayor de esta ciudad era muy pobre de edificios; solamente la capilla mayor era de bóveda, del marqués don Francisco Pizarro, dotada por él con una rica capellanía, y al lado del Evangelio, en la pared, tiene su sepultura. Ahora se ha hecho una muy buena, de cal y ladrillo, de tres naves, donde se celebran los divinos oficios con mucha puntualidad y canto de órgano; en esta santa iglesia está fundada la cofradía de las Animas del Purgatorio, en su capilla, con altar privilegiado, donde cada misa que en él se dice se saca un ánima del Purgatorio, y son tantas las que cada día se dicen que al cabo del año pasan de 4.000, y

al sacerdote que la dice se le da luego su limosna acostumbrada; de suerte que se sustentan sacerdotes pobres, porque allí tienen la limosna cierta. Otras capillas de vecinos particulares hay en ella, como es, al lado del Evangelio, la de Nicolás de Rivera, el Viejo, de quien dijimos arriba, con la advocación de Santa Ana, con buena renta, y al lado de la Epístola, la de Francisco de Talavera, de quien también hicimos breve mención, con invocación del Crucifijo.

Los carpinteros tienen aquí su cofradía con la invocación de San José, y celebran su fiesta con mucha solemnidad. Los zapateros tienen también su cofradía, con invocación de San Crispino y Crispiniano, que los celebran como mejor pueden. Los negros tienen también su cofradía, como ya dijimos.

CAPITULO L

De los edificios.

Los edificios de esta ciudad son de adobe, pero buenos, y como no llueve, los techos de las casas son chatos. Las casas principales tienen sus azoteas; desde fuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas tenían sus huertas con naranjos, parras grandes y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan; pero ahora, como se ha poblado tanto, por maravilla hay casa que tenga dentro de sí árbol ni parra.

La plaza es muy buena y cuadrada, porque toda la ciudad es de cuadras; tiene la plaza los dos frentes cercados de arcos de ladrillo y sus corredores encinta o, por mejor decir, doblados en los portales; arriba mucho ventanaje y muy bueno, desde donde se ven los regocijos que en ella se hacen. Estos portales y arquerías adornan mucho la plaza y defienden del sol a los tratantes, el cual a su tiempo es muy caluroso; debajo de estos portales hay muchos oficiales de todo género que en la plaza se sufre haya.

CAPITULO LI

De los vestidos de las mujeres.

Lo que en esta ciudad admira mucho, y aun lo que se había de refrenar, es los vestidos y trajes de las mujeres; son en esto tan costosas, que casi no se sabe cómo lo pueden sufrir sus maridos. La soberbia de ellas es demasiada, y no sabemos en lo que ha de venir a parar; plegue a Dios y no sea en lo que pararon aquellas de quien dice Nuestro Señor: Porque las hijas de Sión se ensoberbecieron (esto es, las ciudadanas); cuando salían de su casa llevaban las gargantas extendidas, los ojos altos a una y a otra parte, guiñándolos; los pasos muy compuestos; el Señor las volverá calvas y les raerá los cabellos de sus cabezas, les quitará sus chapines y jerbillas bordadas, las medias lunas, rodetes, las cadenas y collares de oro, las ajoreas, los tocados costosos, los punzones de oro para partir las crenchas, los zarcillos y los olores, los anillos y piedras preciosas, etc., y por los olores se les dará muy pestilencial olor, y por las cintas de oro, sogas de esparto, etc.

No creo yo hay en lo descubierto del mundo ciudad en su tanto, ni cuatro veces mayor, que a tanta soberbia, en este particular, como esta nuestra ciudad, llegue; acuérdomé que los años pasados, más ha de treinta y ocho, que llegando un religioso nuestro de España, nacido y criado en Toledo, a nuestro convento de esta ciudad, cerca de la fiesta del Corpus Christi, tratando de ella y de la suntuosidad, majestad y riqueza que aquel día en Toledo, en calles y ventanas, se mostraba, le decíamos que no nos espantase, porque en nuestra ciudad vería cómo no le hacía mucha ventaja Toledo. Llegó la fiesta, vio la riqueza que se mostró en los vestidos de las mujeres, adornos de ventanas, altares y calles; dijo que la riqueza de Toledo, en este día mostrada, no hacía muchas ventajas a la de esta ciudad. Pues es cierto que hay tanta diferencia de entonces ahora, en lo que vamos tratando, como de vestidos de aldea a vestidos de corte, con justo título se podría moderar por los virreyes esta so-

berbia, pero no sé por qué no se modera; y si sé por qué ni los maridos no tienen ánimo para moderarlo, ni los gobernadores tampoco.

CAPITULO LII

Del acompañamiento del Santísimo Sacramento.

Había en esta ciudad una costumbre muy loable, mas ya se va cayendo por la mucha codicia, y era que, en tocando la campana del Santísimo Sacramento para darse a los enfermos, por maravilla quedaba hombre en su casa que no acudiese luego a la iglesia Mayor; las tiendas de los mercaderes se cerraban, y ellos y sus criados, con gran fervor, iban a acompañar al Señor del cielo y de la tierra, y realmente era cosa de ver tanta gente como se llegaba, sin que se viese una capa parda ni de color, sino todos vestidos de negro, y para todos había cera de media libra, que es gran excelencia, sin reparar si eran cofrades o no.

Vi esto, siendo seglar, el día del Santísimo Sacramento en la iglesia Mayor. Los mayordomos de las cofradías sacaron su cera; llegóse a ellos uno de los mayordomos del Santísimo Sacramento y díjoles: "Volved, señores, vuestra cera a vuestras casas, porque la cofradía no tiene necesidad de cera de otra", y no les consintió dar ni una vela. ¿Adónde, en todo el mundo, en la cristiandad, hay ciudad cristiana que haya sucedido tanta grandeza? En aquel tiempo, los oficiales sacaban sus pendones; ahora saca cada género de oficio imágenes de bulto en sus andas, en hombros, muy bien labradas y guarnecidas, acompañadas de muchas hachas y cera de media libra, que es no menos grandeza, porque se trae la cera de España.

No conocemos ciudad en ningún reino cristiano que tal tenga.

Hasta las cofradías de los indios y de los negros llevan sus imágenes de bulto en andas y con sus hachas de cera.

Esta cofradía es muy rica, tiene muy buenas posesiones de casas y tiendas en la plaza; hizo una custodia, toda de

plata de muy buena labor, y muchos pilares macizos de plata, poco menos que un estado de un hombre, y para llevarla en hombros el día del Santísimo Sacramento son necesarios 12 sacerdotes de remuda; ya se lleva en un carretón.

Esta cofradía dimana de la que está fundada en Roma, en la Minerva, que es convento nuestro; tiene suma de gracias, indulgencias y jubileos más que otra alguna, y justísimamente, por concesión apostólica, tenemosla en nuestro convento; sucedió, pues, así, viviendo yo en él, recién sacerdote: El domingo siguiente después del jueves que se celebra la fiesta en la Iglesia Mayor, se celebra en nuestra casa; el sábado antes se trae la custodia de la iglesia Mayor a nuestra casa, para sacar en ella en nuestra procesion, el domingo, el Santísimo Sacramento, la cual se celebra con mucha pompa y alegría, saliendo del convento y andando una cuadra en torno, y una frente de la cuadra es la plaza. En la peana de esta custodia, sobre que se arma toda ella, se fija otra custodia de oro toda, muy bien labrada, con que el ilustrísimo fray Jerónimo de Eoaisa, arzobispo de esta ciudad, sirvió a la Majestad del Señor, que vale 3.000 pesos, encima de la cual, en su viril, se pone el Santísimo Sacramento. El padre sacristán era un sacerdote muy esencial que yo conocí y traté mucho; fuimos novicios juntos; en un bufete puso las andas en la iglesia, en la capilla del capitán Diego de Agüero, de quien hemos arriba annariamente tratado. Cubrióla con unos manteles, de los que hay sobrados para los altares; sucedió, pues, así: que aquella noche, quienquiera que fue, notó bien donde se ponía la custodia, y después o antes de maitines de media noche, fuese para la custodia, desclavó la de oro y fue Nuestro Señor servido que con ser la peana sexavada, y por cualquiera de las puertas de los sexavos podía entrar y salir la custodia de oro (no se fija en este lugar ni está en él sino cuando ha de salir en ella el Santísimo Sacramento), que no acertase aquel infame ladrón a sacarla; acertó a desclavarla y no acertó a sacarla. El sacristán era gran siervo de Dios y de Nuestra Señora muy devoto; ll-

mábala nuestra Ama; cuando vio por la mañana la custodia de oro desclavada y que no la pudo sacar aquel más que pérfido ladrón, arrimada a una de las puertas del sexavo, dio muchas gracias a Nuestro Señor y a su Madre Santísima, y si no fui el primero, fui el segundo a quien lo dijo. Este sacrilego ladrón debía ser algún impío luterano.

CAPITULO LIII

De la cristiandad de este pueblo.

Pues porque digamos a gloria de Nuestro Señor lo que resplandece mucho en este pueblo, aunque as así que en los trajes es demasíadamente soberbio, con todo eso es muy cristiano; la cofradía de la Caridad casa tantas doncellas como hemos dicho, y fuera de esto, como en todos los monasterios haya tantos jubileos, indulgencias y perdones, los más de los cuales para ganarse requieren confesar y comulgar, es cosa de gran alegría ver en los monasterios tanta frecuencia en confesiones y comuniones. Son, pues, tantos los jubileos que en esta ciudad a los monasterios, iglesias y capillas son concedidos, que no sé yo si, fuera de Roma, hay otra en toda la cristiandad de tantos ni donde con tanto fervor se acuda a ganarlos, haciendo y tomando los medios que para ganarlos los Sumos Pontífices que los concedieron mandan se tomen.

A toda esta ciudad, por una parte, la cerca el río; por las otras tres, huertas y viñas llenas de árboles frutales, como dejamos escrito; de los de la tierra, si no son plátanos, ya casi no hay otros, por ser de tan buena fruta como los nuestros. El vino, pan y carne que se gasta es caso increíble; buena población es la que consume en el rastro más de 50.000 carneros, sin los que se gastan en la carnicería, y más de 100 reses vacunas cada semana; carne de puerco no hay quien se atreva a dar abasto; dan tantos para cada día; oficiales, tanto género de ellos como en Sevilla. El puerto, uno de los mejores y más capaz del mundo, abundantísimo a su tiempo de mucho pescado, donde jamás faltan de

40 navíos grandes y pequeños, y desde arriba, de Panamá, México, Chile y Guayaquil. Empero tiene un gran contrario temeroso y enfadoso, y es los temblores de tierra que la suelen descomponer, como los años pasados sucedió uno que derribó muchos edificios; mas en breve se ha tornado a reedificar muy mejor que antes, y después que se tomó en suerte por abogada la fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, ha sido Nuestro Señor servido, por intercesión de su Santísima Madre, no haya venido temblor dañoso; celebra la ciudad esta fiesta con procesión, que sale de la iglesia Mayor, anda en contorno de la plaza con la solemnidad casi que se celebra la del Corpus Christi, y con tanto concurso del pueblo.

No sale el Santísimo Sacramento, ni las cofradías ni oficiales con sus andas; en lo demás, la misma solemnidad se guarda.

CAPITULO LIV

Las cosas contrarias a esta ciudad.

Es combatida esta ciudad de enfermedades que de cuando en cuando Nuestro Señor por nuestros pecados envía, y en otros tiempos lo era de cámaras de sangre, por causa del agua del río, como dijimos; después de traída la fuente, esta enfermedad ha cesado. Las enfermedades cotidianas son, en alcanzando alguno nortecillo, romadizo, catarros, juntamente con dolor de costado. El viento norte en todas estas partes, en Tucumán y Chile, es pestilencial, porque como es de su natural muy frío, en corriendo son estas enfermedades con nosotros, y en todo lo que habitamos de esta tierra y de los demás dos reinos no corren otros vientos sino norte o sur: el sur, sano; el norte, enfermo; además de esto, como las mercaderías se traigan de otros reinos, si en ellos han pasado algunas enfermedades contagiosas, nos vienen y causannos mucho daño y gran disminución en los naturales, como ahora lo causa una enfermedad de viruelas juntamente con sarampión, llevándose mucha gente de todas naciones, espa-

ñoles, naturales, negros, mestizos y de los demás que en estas regiones vivimos; y escribiendo este capítulo, ahora actualmente corre otra no de tanto riesgo acá en la Sierra como lo fue en los Llanos, de sarampión solo, el cual en secándose acude un catarro y tos que de los muy viejos y niños deja pocos, y en la ciudad de Los Reyes hizo mucho daño, particularmente en negros.

Alcancé en esta ciudad algunos de los conquistadores viejos, a los cuales oí decir que llegados a este valle les parecía era imposible morirse, aunque también decían había oído a los indios que no fueran poderosos a conquistarlos si pocos años antes no hubiera venido una enfermedad de romadizo y dolor de costado que consumió la mayor parte de ellos. Las frutas nuestras, como son melones, higos, pepinos, etc., y otras de la tierra, en gente desarreglada causa grandes calenturas, a los cuales si les halla un poco faltos de virtud, fácilmente los despacha; pero de esto es la causa la incontinencia de los necios. Dejo otras particularidades, por no ser prolijo, y no se diga de mí que como aficionado las trato. Sería aficionado, no lo niego, por tenerla por patria; en lo demás no digo tanto de bien como en ella, por la bondad de Dios, ha crecido en tan breves años.

CAPITULO LV

De las calidades de los nacidos en ella.

Los que nacen es esta ciudad meros españoles son gentiles hombres por la mayor parte y de buenos entendimientos, y animosos, y lo serían más si los ejercitasen en cosas de guerra; son muy buenos hombres de a caballo y galanes, y para otras cosas que adornan, la policía humana, no les falta habilidad. Por la mayor parte son más pródigos que liberales, y transportados hacen muchas ventajas a los naturales. En una cosa tienen gran falta, ésta no es la culpa suya, sino de los que gobiernan; déseme licencia para tratarlo, porque a ello no me mueve quererme entremeter en cosas de gobierno, sino advertir del daño que podría suceder. La

falta que tienen es que esta ciudad es puerto de mar. Pues los nacidos en puerto, que no sepan nadar, que no sepan qué cosa es mar, que no entren en él, y que si entran luego se marean como si vivieran muy apartados de él; ésta es la falta. Hasta ahora no se sentía, porque no se imaginaba que enemigos de la Iglesia católica y del nombre español nos habían de venir a robar; pero ya que por nuestros pecados lo experimentamos, debían los gobernadores a todos los nacidos en esta ciudad desde muchos años, mandar llevarlos al puerto, enseñarlos a nadar, meterlos en barcos y hacerlos llevar, por lo menos dos veces en la semana, cuatro leguas y más al mar, por que se hiciesen a ella, y no que como testigo de vista hablo.

Cuando don García de Mendoza, marqués de Cañete, envió contra el inglés tres navíos grandes y otros patajes, yo iba en la Almiranta, y cuantos criollos (así los llamamos) iban en ella, y hombres bien nacidos, en entrando en el mar cayeron como amodorrados, y el día que vimos al enemigo, de mareados que estaban, no erau hombres, y en tierra riñeran con el gran diablo de Palermo, lo cual, si estuvieran hechos a entrar en el mar, no les sucediera.

Esto no es falta de ánimo, sino falta de ejercicio marítimo; lean los gobernadores a Platón en los libros de sus Leyes, y en los de la República, y aprendan de allí en qué han de ejercitar los muchachos para que puedan y sepan defender su república. Que los nacidos en puerto a la lengua del agua no sepan ni conozcan el mar, notable descuido es; y de esto no más. De las mujeres nacidas en esta ciudad, como en las demás de todo el reino. Tucumán y Chile, no tengo que decir sino que hacen mucha ventaja a los varones; perdónenme por escribirlo, y no lo escribiera si no fuera notísimo.

CAPITULO LVI

Del puerto y pueblo del Callao.

Dos leguas de esta ciudad, a la parte del Poniente, demora (hablemos como marineros) el puerto de esta ciudad, llama-

mado el Callao, poblado de muchos españoles y de otras naciones, con su jurisdicción. Ha crecido mucho y crecerá más, por ser temple más fresco y más sano que la ciudad de Los Reyes, a causa de ser fundado a la orilla o costa del mar; solamente le falta agua y tierra para los edificios, porque lo uno y lo otro se trae más de media legua, porque el suelo todo es cascajo, y si alguna tierra hay es salitrosa, y de leña no tiene sino mucha falta. Tiene su iglesia Mayor, sustenta cuatro conventos: Santo Domingo, llamado por otro nombre Nuestra Señora de Buena Guía, el cual fundó, con autoridad de la Orden, el venerable viejo fray Melchor de Villagómez; después se ha aumentado, de suerte que es priorato. San Francisco, San Agustín, los padres de la Compañía, la Merced; todos se sustentan razonablemente, aunque con pocos religiosos; los más son los nuestros, que son de seis para arriba, y fue necesario fundarlos porque los religiosos que se embarcan y desembarcan se vayan a sus conventos y no a casa de seglares, que es inconveniente.

También es castigado de temblores de tierra, y de tarde en tarde de inundaciones del mar, porque cuanto ha que le conozco, que son más de cincuenta años a esta parte, sola una ha sucedido, que fue gobernando el conde del Villar, de la cual, cuando de él tratemos, diremos lo que le sucedió. Sólo una cosa quiero decir, por ser cosa tocante a nuestro convento. Antes de la inundación, o juntamente con ella, vino un temblor de tierra muy grande, que derribó y arruinó muchos edificios; en el altar mayor de nuestro convento está la caja del Santísimo Sacramento, y encima de esta caja, en un tabernáculo, una imagen de Nuestra Señora, de bulto grande; con el temblor cayó la imagen, saliendo de su lugar, y fue la Majestad de Dios servido que, habiendo de caer la imagen la cabeza las gradas abajo, y los pies en las gradas altas, que son tres o cuatro, la hallamos los religiosos, pasado el temblor, acudiendo luego a la iglesia, la cabeza y rostro en la última grada del altar mayor, y los pies en la última grada junto al suelo, como pos-

trada, pidiendo a su Hijo bendictísimo misericordia por aquel pueblo, sin que se le hallase ninguna lesión; solamente el pico de la nariz tanto cuanto como desollado; en el encaje de la caja del Santísimo Sacramento ni en la caja no se halló cosa alguna más que si no hubiera pasado temblor alguno, ni la caja se movió de su lugar.

Todos los hombres del mar tienen singular devoción a esta imagen y convento; los navíos que salen llevan sus alcancías señaladas para pedir limosna para Nuestra Señora, y cuando vuelven acuden con la recogida, con mucho amor. Tiene el puerto abundancia de pescado al verano, que es de noviembre hasta fin de abril; luego entran las garúas y hace un poco de frío, y entonces hácense los peces al mar a buscar abrigo.

CAPITULO LVII

De los valles que se siguen.

Siguiendo la costa adelante al Sur, llegamos luego al valle nombrado Pachacámac, no muy ancho, aunque en partes tiene dos leguas y más de fértil suelo; hay en él muy pocos naturales; las borracheras los han consumido el día de hoy. A la entrada del valle vemos aquel famoso adoratorio o guaca, que es un edificio poco menor que el de la guaca de Trujillo, dedicado por los indios al demonio, que les hacía creer era el criador de la tierra, y así llamaron Pachacámac, que quiere decir criador de la tierra. Es fama en esta guaca haber gran suma de tesoro aquí enterrado y ofrecido al demonio. Algunos han cavado en ella, empero no han dado en él, sino sacado plata de la bolsa; es necesaria mucha suma de plata y muchos años para atravesarla. Hoy la vemos casi cubierta de arena que los aires sobre ella han amontonado. A este valle, cinco leguas adelante, se sigue el valle de Chilca, que son unas hoyas naturalmente cercadas de arena, en las cuales se da mucho maíz y demás mantenimientos de la tierra; de nuestras frutas, uvas, higos, granadas, membrillos

y melones, los mejores del mundo, y las demás frutas muy sabrosas, porque la tierra pica en salitre. Este valle ni hoyas tienen agua con que se rieguen, ni del cielo ni de la tierra, pero tienen bastante humedad con el agua que por debajo de la tierra se trasmina, la cual es poderosa para que las comidas crezcan, se multipliquen y lleguen a sazón; hallanse en estas hoyas jagüeyes, que son unos pozos poco hondos, con la mano alcanzamos a ellos, de agua salobre; otros, y éstos pocos, de agua un poco mejor que se puede beber y con ella se sustentan los indios y los españoles que por aquí caminan. Para sembrar el maíz usan los indios una cosa extraña: al grano de maíz lo meten en una cabeza de sardina, y así lo ponen debajo de la tierra; es mucha la que da en la costa (donde muy cerca están estas hoyas) huyendo de los peces mayores; si no dan en la costa, tienen cuidado de pescarlas. La costa es abundantísima de pescado, lizas, corbinas, lenguados, tollos y otros. Los indios usan sus halsas de junco como los demás de esta costa y valles; puerto ninguno tiene. Los naturales se van consumiendo por la razón en el otro capítulo dicha.

Luego, a cuatro leguas, se sigue el valle llamado Mara, a quien corrompiendo la *r* en *l* llamamos Mala; de mucha y muy buena tierra, con un río de la mejor agua de estos llanos; es río de oro; de aquí se sacaba, cinco a seis leguas más arriba, para el Inga. Dos leguas el río arriba de la costa está un pueblo pequeño de cien indios casados, poco menos, nombrado Calango, que lo doctrina nuestra Orden. Doctrinándolo un religioso nuestro, llegó a él un indio con una piedra de metal, que la mayor parte era plata, y díjole que él le enseñaría *la mina*; sábenlo los caciques; este fue indio que hasta hoy no ha parecido, mas entiéndese lo mataron por que no descubriese aquel cerro, y así se ha quedado. El valle es fertilísimo de maíz, trigo y demás mantenimientos, todo acequiado; cultivase poco, respecto de haberse consumido los indios por las borracheras dichas.

Dos leguas adelante, poco más, se sigue el de Acia, o, por mejor decir, el

de Cosillo; tiene pocos indios, consumidos por lo dicho, y malas aguas. El río se sume más de seis leguas antes del mar, y junto a él revienta en poca agua en una laguna pequeña que se hace cerca del tambo llamado Acia.

Tiene buenas tierras, aunque es angosto de riego. Fueron los indios de este valle ricos de oro, y ellos, entre los naturales de estos Llanos, los más nobles de condición; fue muy poblado; ya son pocos.

CAPITULO LVIII

Del valle de Cañete.

Prosiguiendo la costa adelante, a siete leguas andadas entramos en el valle ancho y fertilísimo, llamado Guarco por los indios y por nosotros Cañete, por un pueblo que en él se fundó llamado Cañete, de españoles, respecto del marqués de Cañete el viejo, de laudable memoria, que fue quien le mandó poblar; tiene puerto, aunque no muy seguro. Las tierras de este valle son muy apropiadas a trigo, maíz, y es cosa no creíble lo que acude por hanega. Son bonísimos para viñas, olivares y para los demás árboles frutales y mantenimientos, así de la tierra como nuestros; no tiene río que por medio de él corra; riégase con dos acequias sacadas desde el tiempo de los Incas, grandes, del río de Lunaguaná, y el agua es buena; es abundante de ganados nuestros y de crías de mulas muy buenas; aquí no hay uno ni algún indio natural; tiene una fortaleza que guarda el puerto fácilmente. El pan de aquí es de lo bueno del orbe, por lo cual ya es proverbio: *en Cañete toma pan y vete*, porque como no hay servicio de indios en el mesón y muy poco recado para los caminantes, no se puede parar mucho en el pueblo. Parte términos con este valle otro (yo lo he atravesado) de más de tres leguas de ancho y siete de largo, todo acequiado, de fertilísimo suelo, si lo hay en el mundo; el cual no se labra por haberse perdido una acequia con que todo se regaba, que hizo sacar el Inga, a los naturales, del río

Lunaguaná. Derrumbóse un pedazo de una sierra sobre ella y cerró la toma, y nunca más se ha abierto, que si se abriese, sólo este valle era poderoso a sustentar la ciudad de Los Reyes de trigo y maíz; y aunque algunos virreyes han pretendido desmontar la toma, no se atreven por ser necesarios más de 50.000 pesos. Yo conozco quien daba orden cómo se sacase la acequia, limpiase y desmontase, sin que a Su Majestad, ni a indio, ni a español le costase blanca, aunque se gastaran 100.000 pesos, y era ésta que el virrey, la renta de los indios que vacasen y se habían de encomendar en beneméritos, como Su Majestad lo manda, que encomendase los indios, pero que la renta de un año o dos la aplicase para esta obra, y de esta suerte juntara la cantidad de plata necesaria, y al encomendero no se le hiciera muy pesado, porque como había estado años sin encomienda, teniéndola ya cierta, y la posesión, de muy buena gana la tomara, y dos años en breve se pasan, y cuando esto se quisiese moderar, para que el encomendero tuviese con qué comer, le diesen el tercio o cuarto de la renta; lo demás, se aplicase para la dicha acequia.

Tratóse este medio con el ilustrísimo señor arzobispo de estos reinos, y parecióle bien; tratólo con don Martín Enríquez, a la sazón visorrey, y aunque no le pareció mal, respondió que las mercedes que había de hacer en nombre de Su Majestad no las quería aguar con aquella carga, y fue respuesta de ánimo generoso, y correspondiente a la magnanimidad de nuestro católico rey, y así se quedó hasta hoy, y se quedará si este medio no se toma, porque no hay hombre a quien, aunque le den todo el valle por suyo, se atreva a gastar tanta plata, y de esta suerte se desmontaba y abría la acequia, y sacada, cuando Su Majestad quisiera vender aquellas tierras, sacara mucha más plata, lo cual es necesario hacerse, porque la gente se va multiplicando, y todos nos hemos de ocupar en cavar y arar, y que a los que se les hiciese merced, con esta carga la tomarían. Es cierto yo conocí un pretensor y benemérito en este reino que vacando un repartimiento lo

pidió con esta condición: que por cinco años los tributos se cobrasen para Su Majestad, y pasados, fuesen suyos; dióselo el conde de Nieva, pasáronse los cinco años y él vivió gozando su renta más de otros quince, y a muchos parecía disparate; pues con esta condición pidió estos indios, mejor los aceptara el que se los dieran por un año o dos con esta carga, y es así que desde este tiempo acá, digo, desde que se trató de este medio, han vacado muchos y muy buenos repartimientos, con que se hubiera sacado la acequia aunque se gastaran en ella 200.000 pesos; a dicho de los oficiales no son necesarios 60.000.

El valle de Lunaguaná, por donde pasa este río, dista un poco más la tierra adentro cuatro leguas de este valle; es angosto, pero abundante de mucho y buen vino y frutas nuestras y de la tierra; aquí se han conservado los indios un poco más que en los otros valles; con todo eso, se van apocando.

CAPITULO LIX

Del valle de Chíncha.

Síguesele a este valle de Lunaguaná el de Chíncha, a pocas leguas, muy ancho y espacioso, sino que le falta agua. Cuando los españoles entraron en este reino había en él 30.000 indios tributarios; ahora no hay 600, y porque no tienen agua suficiente para que todos pudiesen labrar la tierra, el Inga señor de éstos los tenía repartidos de esta suerte: los 10.000 eran labradores, los 10.000 pescadores; los 10.000, mercaderes. Los pescadores no habían de labrar un palmo de tierra: con el pescado compraban todo lo que les era necesario para sustentar la vida. Los labradores no habían de entrar a pescar: con los mantenimientos compraban el pescado, y entre estos labradores había algunos oficiales plateros, y el día de hoy han quedado algunos. Los mercaderes tenían licencia de discurrir por este reino con sus mercaderías, que las principales eran mates para beber, muy pintados y tenidos en mucho, hasta la provincia de Chucuito, que en el Collao no se había

de entremeter el uno en el oficio del otro, no debajo de menor pena que de la vida. Con este concierto se sustentaban en el valle tanta cantidad de indios varones con sus casas, que por lo menos, chicos y grandes, habían de ser más de 1000.000; el día de hoy no se hallan en él 600 indios casados, lo cual causa mucha compasión; la disminución han traído las borracheras; son dados mucho a ellas, las cuales les abrasan las entrañas; particularmente hacen la chicha de maíz entallecido, que es puro fuego, y no se contentan con ella, sino águanla con vino nuevo; añaden fuego a fuego, y borrachos caen en el suelo; pasa el fervor del sol por ellos, calor en el cuerpo, exterior; fuego en las entrañas, interior, háceselas ceniza; mueren los más súbitamente, y de esta suerte se han acabado y consumido, y los pocos que quedan se consumirán. Acuérdomé que tratando con un oidor de Su Majestad que se pusiese algún remedio y castigo en esto, respondió que no había leyes de emperadores, ni de los virreyes de España, que a los borrachos diesen castigo, ni se señalase. Fundados los que gobiernan en esto, no se ha puesto remedio en cosa que tanto convenía, y es de tal manera el menoscabo de los indios en todos los valles de los Llanos, que de aquí a pocos años no habrá algunos, ni se caminará por ellos.

A los indios de este valle les ha cabido en suerte, por la mayon parte, que religiosos nuestros, varones muy esenciales, les doctrinasen, y entre ellos dos grandes siervos de Nuestro Señor, y aun tres: el primero, el maestro fray Diego de Santo Tomás, de quien hemos comenzado a tratar, que en este valle, doctrinándolos, gastó lo mejor de su vida con admirable ejemplo y obras, y después fue primer obispo de los Charcas. El segundo, fray Melchor de Los Reyes, varón, cierto, apostólico, gran siervo de Dios, libre de todo vicio, que es contrario a la predicación del Evangelio; paupérrimo, castísimo, abstinentísimo, varón de grandes partes. El tercero, el venerable fray Cristóbal de Castro, el cual, aunque no era tan docto como los dos referidos, ni le hacían

ventaja en religión y caridad para con los indios; todos tres grandes lenguas. A este padre fray Cristóbal, cotidianamente, y aun hasta que murió el ilustrísimo fray Jerónimo de Loaysa, porque conocía la entereza de su vida, le ocupaba en visitar todo su arzobispado, por lo cual los indios le llamaban el hermano del señor arzobispo; todos tres acabaron loablemente. Otros religiosos han tenido los indios de este valle, pero no de tanto nombre. Pero pareceme se puede argüir diciendo: si estos indios tuvieron religiosos tan esenciales, ¿cómo se hizo tan poco fruto en ellos?; a esto responderé dos cosas: la primera, que estos indios y todos los demás reciben muy mal las cosas de la fe, y esto por sus pecados y por los nuestros, y como es gente que se ha de gobernar con mucho castigo, faltándoles el gobierno del Inga, que por muy leves cosas mataba a los delinquentes e inocentes, gobernándolos como a humbres de razón y políticos, no viendo el castigo, no acudían sino cual o cual cosa de virtud; y para confirmar esto diré lo que pasó nuestro padre fray Domingo de Santo Tomás en la ciudad de Los Reyes. Este padre nuestro, siendo provincial, fue a España a un capítulo general nuestro, donde todos los provinciales se habían de hallar; volvió; llegado a nuestro convento de Los Reyes, viniéronle a ver muchos indios de los de Chíncha, de los principales. A uno de ellos preguntóle la doctrina; no la supo, o no quiso responder; díjole el padre maestro: "Pues ¿cómo? ¿No te enseñé yo la doctrina cristiana y la sabías muy bien?" Respondió el indio: "Padre, enseñándosela a mi hijo, se me ha olvidado." He dicho esto para que se vea la calidad de esta gente.

Lo otro es lo que acabé de decir, que como les faltó el rigor y castigo del Inga, facilísimamente se vuelven a sus malas costumbres e inclinaciones y borracheras, y no hay otro Dios sino su vientre, y mientras no se les castigue con mucho rigor, no se espere enmienda, sino su total disminución y destrucción, y lo mismo, aunque no tanto, en los indios de la Sierra.

Los indios, particularmente los señores,

eran riquísimos de oro, y los que ahora son señores, creo lo son; tiénelo enterrado, y hay en este valle muchas guacas, en algunas de las cuales han cavado españoles, mas han sacado de ellas tierra y plata de la bolsa. Cuando andaba la grito de ellas, como arriba dijimos, un curaca, el principal de este valle de Chíncha, dijo al padre fray Cristóbal de Castro (teníanle en gran veneración por su cristiandad y ejemplo) "que si quería, le daría tanto oro y plata que cargase un navío". El buen religioso díjole: "Un hábito roto me basta; sácalo para ti y para tus hijos, que eso es vuestro, y yo no lo traje de Castilla ni me es necesario"; y por importunación del curaca no quiso recibir más de un cáliz de oro para la iglesia, el cual tiene hoy, y es el primero que vi en este reino, bastante argumento de su ninguna codicia; si lo sacaron o no, no lo sé; lo más cierto es hasta hoy estar enterrado y oculto.

A cinco o seis leguas llegamos al valle de Yumay, de las mismas calidades del de Chíncha, no tan espacioso; no fue tan poblado, y en él hay muy pocos naturales; pasa por él un río caudaloso, que pocas veces se vadea.

CAPITULO LX

Del valle del Pisco.

Seis leguas adelante llegamos al valle de Pisco, ancho y espacioso, con puerto y agua bastante, sacada en acequias del río de Yumay; fue poblado de muchos indios; se han consumido como los demás de los Llanos y por las mismas razones. Es abundante de todo mantenimiento y de muchas heredades, donde ya casi está fundado un pueblo de españoles; abunda también en pescado; entre este valle y el de Ica puso Dios aquellas hoyas que llamamos de Villacori, muy mayores que las que dijimos haber en Chilca, donde se da mucho vino, granada, membrillo, higos, melones y demás fruta, sin riesgo alguno, ni del cielo ni de la tierra; hay en estas hoyas algunos jagüeyes de agua potable, porque por la mayor parte es sa-

lobre; vemos aquí hoyas donde se plantan 4.000 cepas, y es cosa de admiración que en medio de unos médanos de arena muerta pusiese Dios estas hoyas tan fértiles. En estos arenales de Villacuri desbarató el tirano Francisco Hernández Girón al capitán Lope Martín, y es fama algunas noches oírse pífanos y tambores y grita de batalla, tropel de caballos con cascabeles, que pone no poca grima.

Por estos arenales no se puede caminar sin guía yendo ¹ o viniendo a Ica y de noche, por los muchos calores, y los indios de guía, oyendo estas gritas y voces animan a los españoles, diciéndoles que el demonio, por espantarlos, causa aquellos temores.

CAPITULO LXI

Del valle de Ica

Otras seis leguas dista el valle anchísimo y largo de Ica, doce leguas de la costa del mar, pobladísimo de muchos Algarrobos muy gruesos, con un río no muy grande, con muy buena agua, y fuera mucho mayor si no se trasminara por todo el valle; por lo cual las heredades que hay en este valle, muchas y muy buenas, de viñas y demás mantenimientos, no tienen necesidad de mucho riego. El vino, que aquí se hace alguno, es muy bueno, de donde, porque en el mesón del pueblo no hay tanto recaudo para los caminantes, ya es común sentencia: "En Ica, hinche la bota y pica." Fundóse aquí un pueblo de españoles; algunos de ellos son ricos de viñas y chacaras; sus casas, llenas de todo mantenimiento. Era valle de muchos indios; ahora no hay sino dos o tres pueblos de ellos; se van consumiendo como los demás de estos Llanos y por las mismas razones.

Todos los Llanos y la tierra que se habita desde las vertientes de la sierra y cordillera nevada, hasta lo último del reino de Chile, es grandemente combatida de temblores de tierra, y este valle lo es mucho; ya dos veces lo ha derri-

bado un temblor de tierra, y la iglesia del convento de San Francisco, que era buena, dos veces ha dado con ella en el suelo, lo cual desanima mucho para que aquel pueblo no pase muy adelante.

CAPITULO LXII

Del valle de Guayuri.

De aquí al vallecillo de Guayuri se ponen 15 leguas de despoblado y sin agua; a las cinco leguas, a la salida del valle de Ica, solía haber un jagüey y una ventilla; cególo un temblor y despoblóse la venta. Guayuri es muy angosto, de poca agua, pero buena; plantáronse en él solas dos viñas; no hay espacio para más; la una de 500 cepas y la otra de 1.500; cargan tanta uva y de ellas se saca tanto vino, que si no se ve no se puede creer; de las 500 se cogen 1.500 botijas de vino, y de las otras, 4.000; fuera de esto, se dan muy bien nuestros árboles frutales, grandes membrillos, higos y melones y otras legumbres. El vino es el mejor de todo el reino.

CAPITULO LXIII

Del valle de la Nasca.

Saliendo de este vallecillo, a nueve leguas adelante, entramos en el gran valle de la Nasca, muy ancho y largo; fue muy poblado de indios; ahora le faltan, por las causas arriba dichas; es fértil, como los demás de estos Llanos, de vino y demás cosas. El cacique de él fue siempre tenido en mucho de los indios y de los españoles.

Por este valle y el de Chíncha, así por la multitud de los indios como por la fertilidad, cuando alguno de los antiguos pretenses, por sus servicios, quería encarecerlos, decía: "Chíncha o Nasca o nada", lo cual ha quedado como en proverbio. Es falta de agua en el invierno, que es el tiempo que en la Sierra no llueve, y acá el de las garúas; pero en el verano, que es el tiempo de

(1) En el ms., *indo*.

las aguas en la Sierra, es río grande y aun peligroso. Me ha sucedido llegar a este valle en tiempo que en la madre del río no se hallaba una gota de agua, y un solo día que allí holgué, a otro pasé el río por tres brazos; aprovechanse los indios, para el tiempo de la sequía, de pozas hechas a mano, a trechos, y en lugares altos, como estanques grandes de agua, de las cuales sacan acequias para comenzar a sembrar y sustentarse de ellas hasta que viene el río; dista del mar más de 14 leguas, todas arenales y sin agua. Con todo eso, en carretas llevan el vino al puerto, que es seguro.

CAPITULO LXIV

De otros valles siguientes.

Quince leguas se ponen desde este valle a Acari, de despoblado, grandes arenales y sin agua, si no es en una pequeña quebradilla, muy angosta, a las siete leguas, de muy poca agua, gruesa y cenagosa. Es Acari buen valle y de las calidades de los demás; había en él muchos indios; se han consumido, como los de los otros valles y por las mismas causas.

Desde donde a Ariquipa (que dijimos ser casi sierra) hay 14 leguas de despoblado, sin agua y arenoso; luego se sigue el valle de Atico, estrecho y no tan abundante como los demás. Luego el de Ocaña, angosto, pero de buenas frutas y viñas y abundante de maíz. Los indios son pocos y se van disminuyendo.

CAPITULO LXV

Del valle [de] Camaná.

Síguese a éste, ocho leguas adelante, el valle de Camaná, de las mismas calidades de los pasados, donde se fundó un pueblo de españoles; su trato es vino, pasa, higo, de lo bueno de este reino; es abundante de pescado; el puerto es playa; pasa por él un río grande que pocas veces se deja vadear. El año de 604, víspera de Santa Catalina, mártir,

lo destruyó casi todo un temblor de tierra. Desde aquí a Arica y aun hasta Chile, ya fenecieron los valles grandes y fértiles y se siguen vallecillos angostos y no de las calidades de los pasados; por eso haremos de ellos poca memoria. Desde aquí nos comenzamos a meter la tierra adentro, caminando para la ciudad de Arequipa, distante de él 22 leguas y más, en las cuales hay dos valles, uno llamado Çiguas, de muy buena agua y mejor vino; ya casi sin indios, por haberse consumido como hemos de los demás referido. Cinco leguas adelante entramos en el valle llamado Víctor; éste es más ancho y donde los más de los vecinos de Arequipa tienen sus heredades; cogen mucho vino y muy bueno, que se lleva al Cuzco, 65 leguas, y a Potosí, más de 140, y se provee todo el Collao.

Esta ciudad fue los años pasados de mucha contratación, hasta que don Francisco de Toledo, visorrey de estos reinos, le quitó el puerto y lo pasó a Arica; digo, mandó que todas las mercaderías que se desembarcaban en el puerto de Arequipa para Potosí se desembarcasen en el puerto de Arica, por lo cual la contratación ha cesado, porque no llega allí navío, sino el que forzosamente va fletado para el puerto de aquella ciudad, con mercaderías para ella misma o con algún balumen, hierro, jabón, aceite y otras cosas así llamadas, para el Cuzco, de donde se lleva por tierra con carneros. Los navíos surgen más de una legua en el mar, lejos de la Caleta, donde se embarcan y desembarcan, que dista de la ciudad 18 leguas no de muy buen camino y faltísimo de agua, y es cosa de admiración que con surgir tan en el mar, en aquel paraje nunca hay tormenta ni los navíos han garrado, y aunque es así que en el tiempo del invierno, que es en el de las garúas, anda el mar tan bravo que no se puede entrar ni salir de la Caleta, el mar donde el navío tiene echadas sus anclas no se alborota.

Después de entrado el batel en la Caleta, el mar es llanísimo, y es tan angosto que recogen los marineros los ramos de una parte y otra por que no se hagan pedazos con las peñas, hasta

que se abre un poco más, y así llegan a tierra o salen a lo ancho; pero en cualquier tiempo es peligroso entrar o salir de ella si los marineros no bogan con mucha fuerza. Tiénese este cuidado en comenzando a entrar en lo peligroso: que viendo venir la ola de tumbó, antes que quiebre se dan mucha prisa a bogar, porque la ola no quiebre en el batel, porque si en él quiebra lo anega y se pierde sin remedio. Conocí en este puerto un hombre extranjero, residente en él, el cual tenía ya tanta experiencia y conocimiento de cuándo se podía desembarcar y venir a tierra, que en surgiendo el navío levantaba una banderilla blanca, y si no, los marineros no venían hasta verla. Empero en cualquier tiempo, como sean aguas vivas, por tres días antes y tres después es muy peligroso desembarcar. Tiene este asiento poca agua; una fuente hay en él, que para deshacer la piedra de los riñones es muy apropiada. Es combatido de muchos temblores de tierra, y lo que más admira, que el mar también tiembla.

CAPITULO LXVI

De la ciudad de Arequipa.

Volviendo a la ciudad de Arequipa, es del mejor temple de este reino, por estar fundada a la falda de la sierra, de buen cielo, aunque un poco seco; dentro del pueblo se dan muchas uvas y todas las frutas nuestras, en particular peras no mayores que cermeñas; son malsanas; en conserva son buenas. El agua del río es malsana por ser cruda; descende de la sierra y pasa por lugares salitrosos. Fundóse al pie de un volcán llamado de Arequipa, a cuya causa, y por ser la tierra cavernosa, es combatida por frecuentes terremotos, y tantos, que acaece tres o cuatro veces temblar al día, otras tantas a la noche, unas veces con más violencia que otras. Los años pasados, gobernando don Francisco de Toledo, sucedió uno, y tal, que arruinó toda la ciudad; a nuestro convento echó todo por el suelo, sin quedar celda donde se pudiese vivir ni

donde poder decir misa; las casas que no cayeron quedaron peores que si totalmente dieran consigo en el suelo. Se ha tornado a edificar, aunque mal; es faltísimo de madera para edificios. Cuidadariamente la puesta del sol es muy apacible por la diversidad de arreboles en los celajes a la parte del Poniente. Comiézanse a plantar olivares, y son bonísimas las aceitunas; es abundante de pan, vino y carnes y demás mantenimientos, y todo de riego; llueve poco y no con mucha tempestad.

Los indios de este asiento, que son en cantidad, usan del trébol en lugar de estiércol, con lo cual los maíces crecen y multiplican mucho; siémbrenlo de propósito, y maduro lo cogen y entierran en la tierra que han de sembrar; fertilízala mucho, en lo cual nosotros no hemos advertido, y la razón lo dice: porque el trébol es calidísimo; y antes, aunque sus chácaras estercolaban con otras cosas, no eran tan fértiles; críanse gran cantidad de pájaros dañosísimos al trigo ya granado; el enemigo es muchos muchachos con voces y hondas ojearlos, y no aprovecha tanto como quisiéramos. Porque no haya cosa sin alguacil, si no fuera tan combatida de temblores hubiera crecido mucho. Sustenta cinco conventos: Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Merced, los Teatinos, que aunque llegaron tarde, tienen el mejor puesto. Los vecinos viejos eran ricos; sus hijos son pobres porque no siguen la prudencia de sus padres, y los nietos de los conquistadores y vecinos serán paupérrimos. El año 604 otro temblor lo destruyó; el mismo que a Camaná.

CAPITULO LXVII

Del puerto de Arica.

Desde esta ciudad al puerto, o por mejor decir, playa de Arica, hay más de 40 leguas, en el camino de las cuales hay algunos valles angostos, donde se dan las cosas que en los demás, pero no en tanta abundancia, por ser estrechos; viven en ellos algunos españoles que allí tienen sus haciendas, donde,

como mejor pueden, pasan su trabajo. La playa de Arica es muy grande y muy conocida por un morro (así lo llaman los marineros) blanco, que desde muchas leguas en el mar se parece. Es blanco por respecto de los muchos pájaros que en él vienen a dormir, cuyo estiércol le ha vuelto tal. Es valle muy angosto, y de poca agua, y no muy buena. En la misma playa, junto al cerro, cuando es baja mar, y baja poco, se muestran dos o tres manantiales de agua dulce y buena, y en creciendo el mar los cubre; han sido para poco los corregidores en no haber hecho cavar y limpiar un poco más arriba, adonde la marca no llega: hubieran descubierto aquellas fuentes y tuviera el pueblo buena agua. De esta playa hizo don Francisco de Toledo, siendo virrey, puerto (como arriba dijimos) para las mercaderías y azogue que va a Potosí; la ocasión que tuvo para quitar la contratación de Arequipa y pasarla a Arica fue acrecentar los derechos a Su Majestad de las ganancias de los mercaderes, diciendo que, aunque ya los hubiesen pagado en Lima, porque las mercaderías las sacaban de un puerto a otro, habían de pagar los de las ganancias; hacia este reino tres: el de Los Reyes por todo el distrito de las apelaciones para el Audiencia; el de las Charcas por el suyo, y el de Quito por el suyo, y porque si en Arequipa, que es distrito de la Audiencia de Los Reyes, se desembarcaran las mercaderías de las ganancias, por ser dentro de un mismo reino, no se debían derechos (creo son dos y medio por ciento), pasó la contratación a Arica y puso allí Casa Real y oficiales. Los mercaderes fueron a la Audiencia de Los Reyes por vía de agravio, trajeron pleito con el rey; condenáronle por dos sentencias, declarando la Audiencia no deber derechos, teniendo por todo un reino, y sólo de Quito a todo el distrito de los Charcas; sacaron los mercaderes su ejecutoria, notificáronla a los oficiales reales (y en ella como presidente firmó el virrey don Francisco de Toledo), los cuales escriben al virrey la notificación, y que allí viene su firma si han de cobrar o no; respondiéndoles que cobren de las ganancia-

cias los derechos señalados, y que si allí firmó fue como presidente, que lo demás mandaba como gobernador, y así se ha quedado hasta hoy y se cobran los derechos como se impusieron. Por esta razón se ha poblado esta playa y es frecuentada de navíos que llevan allí las mercaderías y los azogues de Su Majestad para Potosí.

Reside allí el corregidor cuotidianamente y es necesario, porque en este pueblo (lo he visto tres veces) viven de todas las naciones que sabemos: aquí hay griegos, frisonos¹, flamencos, y ojalá no hubiese entre ellos algunos ingleses y alemanes, luteranos encubiertos, y siendo como es escala donde los navíos que vienen de Chile paran, y los luteranos, que desde el año de 78 acá han entrado, que han sido tres piratas ingleses, han venido a reconocer y han surgido en él; ¿cómo dejan vivir allí tanto extranjero?; hay más de 150 hombres, y no creo son los 40 meros españoles; esto ya es tratar de gobierno; cesemos, porque acá se recibe mal.

No se puede desembarcar en él sino es en una caletilla donde no pueden entrar ni salir dos bateles juntos, sino uno a uno, y es necesario saber la entrada por unos peñascos que a una y otra mano tiene, en los cuales asentándose los bateles fácilmente se trastornan. Los navíos surgen más de tres cuartos de legua de esta caletilla. Vemos en él una cosa admirable: que ningún navío puede llegar al surgidero si no es de medio día para abajo, hasta las cinco de la tarde, porque en todo tiempo la marea del aire comienza a las nueve de la mañana, y cuando son las cinco ha cesado. Puesta una atalaya sobre este morro, como ya la hay, desonbre más de diez leguas de mar, por una parte y por otra, y antes que llegue cualquier vela al puerto, de más de seis leguas ya le ha descubierto, por lo cual de noche pueden dormir segurísimos que enemigo no entrará en él; hay en él cuatro o cinco piezas gruesas de artillería muy buena, que alcanzan una legua y más, bastante para defender la entrada al enemigo. Tres leguas el valle arriba se dan mu-

(1) En el ms., *figones*.

chas uvas y buen vino y frutas de las nuestras muy buenas. El trigo, maíz y harina se trae de fuera parte, y por esto sale caro. Al tiempo del verano es abundante de pescado, y bueno. Es muy enfermo; siempre hubo en él pocos indios; ahora no creo hay seis.

CAPITULO LXVIII

De los demás valles hasta Copiapó

Desde aquí se va prolongando la costa derecha al Sur, con algunos valles angostos en ella, y despoblados, de 15 y más leguas; el camino, arenales, y, pasadas creo 60 leguas, luego se entra en el valle de Atarapacá; éste solía ser muy buen repartimiento y rico de minas de plata, de donde se camina por un despoblado de 80 leguas hasta Atacama, por el cual, sin guía, no se puede caminar. Los indios de Atacama han estado hasta ahora medio de paz y medio de guerra; son muy belicosos y no sufren los malos tratamientos que algunos hombres hacen a los de acá del Perú; no dan más tributo de lo que quieren y cuando quieren. Al tiempo que esto escribo dicen se han dunnado un poco más. Es fama ver en su tierra minas de oro riquísimas, y a su encomendero, que es vecino de los Charcas, Juan Velázquez Altamirano, a quien han tenido mucho amor, dos o tres veces le han enviado a llamar para descubrirse; los más, en llegando allá, se arrepienten y no se les puede apremiar; esto el mismo encomendero me lo dijo.

Desde aquí se entra luego en el gran despoblado de 120 leguas que hay de aquí a Copiapó, que es el primer repartimiento del reino de Chile; el camino es de arena no muy muerta, y en partes tiesa; en este trecho de tierra hay algunas caletillas con poca agua salobre, donde se han recogido y huido algunos indios pescadores, pobres y casi desnudos; los vestidos son de pieles de lobos marinos, y en muchas partes de esta costa beben sangre de estos lobos, a falta de agua; no alcanzan un grano de maíz, ni lo tienen; su comida sola es pescado y marisco. Llaman a estos indios Ca-

manchacas, porque los rostros y cueros de sus cuerpos se les han vuelto como una costra colorada, durísimos; dicen les proviene de la sangre que beben de los lobos marinos, y por este color son conocidísimos.

Volviendo al camino, unas veces es por la playa, otras a tres, cuatro y seis leguas y más la tierra adentro, a causa de los muchos peñascos que hay en la costa, adonde proveyó Nuestro Señor, sus jornadas de seis y siete leguas y la que más de ocho, de vallecillos muy angostos, con agua no muy buena y leña delgada y alguna hierba; no es camino que sufre mucha compañía ni de hombres ni de caballos; caminanse estas 120 leguas de Atacama a Copiapó en veinte días, dos más o menos, si las nieves no lo impiden, porque en algunas partes se mete el camino hacia la cordillera, donde por junio, julio y agosto suele nevar; el matalotaje de los caminantes es bizcocho, queso y tocino; los indios de guía, que son dos, se pagan, primero que se pongan en camino, doce pesos a cada uno; llevan galgos, y porque no se les despeñen, con sus zapatillas, con los cuales cazan venados y guanacos, y son tan diestros en esto, que como lo columbren es cierto le han de cazar; de esta carne, que es buena, se sustentan.

Este camino pocas veces se anda, porque si no es algún desesperado o fugitivo homiciano no se pone a tanto trabajo.

Caminando por aquí se llega a un río que en la lengua de los indios se llama Anchallullac, que quiere decir río gran mentiroso, porque verémosle correr particularmente a la tarde y parte de la noche, y si luego no se toma el agua necesaria y se da de beber a los caballos, desde a poco rato no hay gota de agua, y no es río pequeño.

La causa es que con el calor del sol se derriten las nieves de la cordillera Nevada, y corre el agua a la tarde y parte de la noche, y cuando refresca a la noche cesa la corriente; por lo cual los que piensan a la mañana hallar agua, hallanse burlados y la madre del río seca. Hay otro río, que como viene corriendo el agua se va cuajando en sal. Por esta parte se mete mucho el mar hacia la cordillera, y en los tres meses

dichos hace mucho frío y suelen caer nevadas.

Los pocos indios que habitan en las caletillas de esta costa desde Arica a Copiapó, que es el primer pueblo del reino de Chile, salen a pescar en balsas de cueros de lobos marinos llenos de viento; cósenlos tan fuertemente que no les puede entrar gota de agua; la costura está para arriba y el ombligo en medio de la balsilla, en el cual cosen una tripilla de dos palmos de largo, por donde la hinchán, y luego la revuelven o tuercen y enroscan. Cuando sienten que la balsilla está floja, desenroscan la tripilla y tornan a hinchar su balsa, usando de canaletes por remos, y no lleva cada balsilla sino una persona; la que lleva dos es muy grande; entran el mar adentro, en ellas, seis leguas y más.

En medio de este gran despoblado de Atacama a Popiapó hay un cerro muy conocido, llamado morro Moreno de los marineros, al cual llegando por tierra parece ser el que divide los términos del Perú de los de Chile, y comenzar los de Chile, otra nueva región.

Aquí casi acaban los arenales y la tierra es dura, pero inhabitable por ser muy seca, sin aguas ni leña más de la que hemos dicho; desde este morro comienzan a ventar a su tiempo los Nortes, que es de mediado abril hasta noviembre; unas veces un poco más temprano, otras más tarde, y en este tiempo, no cada día, sino a veces, porque el Sur es el que más reina, y desde Payta hasta este morro en el mar, a lo menos en la costa, muchas, y el mar adentro no alcanzan Nortes.

En la sierra del Perú corren y muy recios; pero desde este morro ya vientan, y mientras más nos vamos llegando al polo Antártico, más vehementes. Como diremos tratando del reino de Chile, sucede una cosa, cuya causa no se alcanza, y la he visto dos veces, que de Chile por mar he bajado a la ciudad de Los Reyes, y es que en llegando al paraje del morro Moreno, el vino que de Chile se saca, aunque sea añejo, y lo hay muy bueno, da vuelta y se pone turbio y de tal sabor que no se puede beber, y de esta manera persereva más

de seis meses: después, vuelve a su natural.

Esto, a los que no lo han experimentado les parecerá fábula; no lo es, sino que es mera verdad. Por lo cual, aunque los navíos se hallen con alta mar, viendo vuelto el vino, conocen llegar al paraje del morro Moreno, y luego poco a poco van declinando a tierra, si han de hacer escala en Arica.

Este viaje por mar del puerto del Callao a Chile, ahora veinte años, solía ser muy tardío, porque no hacían cada día más que dar un bordo al mar, otro a la tierra y surgir en la costa, y así están toda la noche, por cuya causa tardaban un año y más en llegar a Chile; conocí en aquel reino un español que, embarcándose sus padres para aquel reino, se engendró y nació en el mar, y tornó su madre a hacerse otra vez preñada, y no habían llegado al puerto de Coquimbo; ahora se navega en veinticinco días y a lo más largo en treinta, porque en saliendo el navío del puerto del Callao se arrimarán el bordo al mar quince días y más, y luego vuelven sobre la tierra otros tantos, y se hallan en el puerto, algunas veces delante del pnesto en cuya demanda navegan. La primera vez que fui a Chile, ahora veintisiete años, no tardamos en llegar al puerto de Coquimbo más que veintidós días en sólo dos bordos, que fue el mejor y más breve que se ha hecho; y esto cuanto a la descripción¹ de la costa del Perú desde Puerto Viejo a Copiapó, en toda la cual costa hay muy pocos puertos, y esos no muy seguros, que es la fuerza de estos reinos. Ahora volvamos a las ciudades de este nuestro Perú por el camino de la Sierra, y luego trataremos de la calidad de los indios de ella y sus costumbres.

CAPITULO LXIX

De la ciudad de Quito.

La ciudad de Quito es pueblo grande, cabeza de Obispado, y donde reside una Audiencia real; su comarca es fér-

(1) En el ms., *discrepcion*.

til, así de trigo como de maíz y demás mantenimientos de la tierra y nuestros, abundantísima de todo género de ganados mayores y menores; dista de la línea equinoccial un tercio de grado, y con distar tan poco es muy fría y destemplada, lluviosa, que casi todos los meses poco o mucho llueve, y a su tiempo, que es desde diciembre a abril; es de muchas aguas, muchos truenos y rayos; oí decir a los conquistadores que cuando venían conquistando la tierra desde Riobamba a Quito, que son veinticinco leguas, mataban los caballos y se metían dentro para guarecerse del frío, porque desde Guayaquil se subieron a la sierra, adonde hay páramos bastantemente fríos y destemplados; ahora parece se han moderado los tiempos.

Fundaron la ciudad entre cuatro cerros; los de la parte del Septentrión son altos, los otros pequeños; dentro del mismo pueblo se da maíz y legumbres, muchas y muy buenas, duraznos, membrillos y manzanas, que no se pensó tal se diera en ella.

Se ha aumentado mucho esta ciudad; reside en ella la Audiencia real; tiene muchos indios en su comarca, y las tierras muy abundantes, los campos llenos de ganados mayores y menores, de donde hasta la ciudad de Los Reyes, que son más de 300 leguas, traen ganado vacuno y aun carneros.

Lo que han multiplicado yeguas y caballos parece increíble. Hay fundados en esta ciudad conventos de todas Ordenes y un monasterio de monjas.

Nuestros religiosos tienen provincial por sí, y los del glorioso San Francisco, divididos de esta provincia del Perú; los padres de San Agustín y Teatinos, sujetos a los provinciales de Los Reyes.

El convento del seráfico San Francisco fue el primero, y la ciudad se fundó el día de San Francisco, por lo cual se llama San Francisco de Quito.

Esta sagrada religión, como más antigua, comenzó a doctrinar a los naturales con mucha religión y cristiandad, donde yo conocí a algunos religiosos tales, y entre ellos al padre fray Francisco de Morales, fray Jodoco y fray Pedro Pintor. El sitio del convento es muy

grande, en una plaza de una cuadra delante de él, adonde incorporado con el convento tenían hace cuarenta y cuatro años un colegio, así lo llamaban, donde enseñaban la doctrina a muchos indios de diferentes repartimientos, porque a la sazón no había tantos sacerdotes que en ellos pudiesen residir como ahora; además de enseñarles la doctrina, les enseñaban también a leer, escribir, cantar y tañerse flautas; en este tiempo las voces de los muchachos indios, mestizos, y aun españoles eran bonisimas; particularmente eran tiples admirables.

Conocí en este colegio un muchacho indio llamado Juan, y por ser hermejo de su nacimiento le llamaban Juan Bermejo, que podía ser tiple en la capilla del Sumo Pontífice; este muchacho salió tan diestro en el canto de órgano, flauta y tecla, que, ya hombre, le sacaron para la iglesia Mayor, donde sirve de maestro de capilla y organista; de éste he oído decir (dése fe a los autores) que llegando a sus manos las obras de Guerrero, de canto y órgano, maestro de capilla de Sevilla, famoso en nuestros tiempos, le enmendó algunas consonancias, las cuales, venidas a manos de Guerrero, conoció su falta. Esto no lo decimos sino por cosa rara y porque no ha habido otro indio semejante en estos reinos.

Combaten a esta ciudad y toda su comarca grandes y violemos temblores de tierra, a causa de que la ciudad, a la parte del Septentrión, tiene uno o dos volcanes, y el uno de ellos que casi siempre humea; toda aquella provincia tiene muchos, y tantos, que en lo restante del Perú no se ven sino cual o cual allí a cada paso. Los años pasados, debe haber veintitrés o veinticuatro, salió tanta ceniza de este volcán cercano a la ciudad, que por algunos días no se veía el sol, y el pueblo, campos y pastos llenos de ceniza, por lo cual todos los ganados se venían a la ciudad a buscar comida bramando. Hicieronse procesiones y de sangre; fue Nuestro Señor servido proveer de algunos aguaceros que limpiaron la ceniza y se descubrió la hierba para el ganado. En este tiempo la ciudad era combatida de frecuentes temblores y muy recios, de tal manera

que pensaban ser las señales últimas del día del Juicio; reventó este volcán, y declinó al mar del Sur; arruinó algunos pueblos de indios y se los llevó el agua que salió de él, y porque esta parte del Septentrión no dista muchas leguas del volcán, del mar del Sur hacia el paraje de Puerto Viejo, bahía de Carques y de San Mateo, alcanzó parte de esta ceniza, que el viento la llevaba, y en altar mar en el mismo paraje los navíos que en aquella sazón navegaban viniendo de Panamá a estos reinos, veían la claridad de la lumbre del volcán.

Oí decir a persona fidedigna que entonces se halló en Quito, que salieron muchas personas, y entre ellas ésta. a ver una laguna junto al volcán, que actuía como si fuera de tea.

El edificio de la iglesia Mayor es de adobe; la cubierta, de madera muy bien labrada; labróla un religioso nuestro, fraile lego, de los buenos oficiales que había en España. En medio de la plaza hay labrada una fuente muy buena y de muy buena agua, y en la plaza de San Francisco otra; las casas para sus huertas no tienen necesidad de acequias; el cielo les da abundantes lluvias, y a las veces no querían tantas.

CAPITULO LXX

De la provincia de los Quijos.

A la parte del sur de esta ciudad se halla la provincia llamada de los Quijos o, por otro nombre, de la Canela, por hallarse en ella y de allí se trae ya por estas partes tan buena y mejor que la que viene de la India, porque, como más fresca, pica y quema más. Hay en esta provincia tres ciudades de españoles; es tierra cálida y lluviosa, y en ella un río muy grande; los indios no son tan bien agestados como los de por acá; es gente pobre; los años pasados, gobernando don Francisco de Toledo, al fin de su gobierno se quisieron alzar y lo hicieron; mataron algunos españoles, y creo dos religiosos nuestros; estaban concertados con los de Quito, y si no se descubriera el alzamiento en Quito, fuera el daño muy mucho mayor, y cómo

en Quito se descubrió fue de esta manera: para el servicio de las ciudades hay señalados indios que se reparten tantos en número como jornaleros, porque sin esto no se podrían sustentar las ciudades; señalaseles por cada día un tanto por su trabajo, que se les paga infaliblemente; estos indios repártense por los repartimientos, rata por cantidad, y vienen a sus tiempos algunos curacas de los menos principales, a los cuales si alguno de los indios jornaleros faltan, o se huyen (no los pueden tener atados), les echan los corregidores o alcaldes en la cárcel, y a veces azotan y trasquilan (si es bien hecho o mal esto, no me entrometo en ello); sucedió que a uno de estos curacas le faltaron o se le huyeron parte de los que había de dar; la justicia envióle a llamar con un indio lengua, trájole; el pobre curaca veníase afligiendo, temiendo los azotes y cárcel; el indio lengua, que le llevaba preso y sabía del alzamiento, consolóle diciendo: "No tengas pena, que para tal día nos hemos de alzar y matar todos estos españoles y quedaremos libres, y los Quijos han de hacer lo mismo." Sucedió (Nuestro Señor lo orden ó así) que iban en pos de los indios acaso dos españoles, a los cuales no vieron los indios; oyeron y entendieron lo que el indio lengua dijo; callaron su boca y fueron siguiendo los indios; llegados delante de la justicia, declararon lo que oyeron; la justicia prende al indio, pónle a cuestión de tormento, declaró la verdad, y los conjurados; hicieron ¹ justicia de algunos; a los Quijos no pudieron avisar por ser corto el tiempo. Los Quijos, no sabiendo lo que pasaba en Quito, y entendiendo que no faltarían, alzáronse el día señalado, e hicieron el daño que hemos dicho. Pero castigáronlos, y el día de hoy sirven pacíficos como antes.

CAPITULO LXXI

De Riobamba y Tumibamba.

Saliendo de la ciudad de Quito, por el camino real del Inga, para venir por

(1) En el ms., *hizren*.

acá arriba, a 25 leguas de esta ciudad, llegamos al valle llamado Riopampa, antes del cual hay cinco pueblos de indios, buenos. Este valle no tiene una legua de largo, poco más; de ancho no alcanza a media legua; no era poblado de indios, pero muy fértil de pastos para ganados; aquí comenzaron dos o tres españoles que conocí en él a hacer sus estancias de ganados; multiplicaban admirablemente, lo cual visto por otros, se metieron en él, y ahora es un razonable pueblo de españoles, rico de todo género de ganados y de trigo; es falto de leña y algún tanto destemplado, porque hace frío; en el mismo asiento del pueblo nacen unos caños de agua buena, que como sale debajo de tierra son templados.

En este valle y pueblo (creo gobernando don Francisco de Toledo) andaba un hereje luterano, extranjero, en hábito de pobre y sustentábase de limosnas que como a pobre le hacían, y en este estado vivió tres o cuatro años, que sin duda debía esperar algunos otros de su secta, y como se tardaron, un día de fiesta, estando la iglesia llena de gente oyendo misa, el impío luterano arriba, junto a la peana del altar mayor donde el cura decía misa, así como el sacerdote consagró la hostia y la levantó para que el pueblo, consagrada, la adorase, se levantó, y con un ánimo endemoniado la quitó con sus manos sacrílegas de las manos del sacerdote y la hizo pedazos; echando mano a un cuchillo carníbero que tenía escondido, creo hirió levemente al sacerdote; el pueblo, viendo esta maldad sacrílega, admirado, los que se hallaron más cerca se levantaron, las espadas desnudas, y llegando al luterano le dieron de estocadas y mataron, sin advertir que fuera muy mejor cogerle vivo a manos y echarle en una cárcel a muy buen recaudo y dar aviso a los inquisidores que residen en la ciudad de Los Reyes, para que supieran de él qué fue la causa de su hecho endemoniado y si por ventura había otros como él en el reino; empero, en semejante caso, ¿qué católico puede tener reportación?

Otras 25 leguas adelante entramos en el valle, muy espacioso y abundante, llamado Tumipampa, donde ningunos na-

turales dejó el Inga, porque cuando iba conquistando estos reinos, llegando aquí le hicieron mucha resistencia; pero, vencidos, a los que dejó con la vida, que fueron pocos, los transportó por acá arriba. En el valle de Jauja, que dista de éste más de 300 leguas, puso algunos pocos, descendientes¹ de éstos; llámanse Cañares, y este valle está en medio de la provincia. Corren por él dos ríos en tiempo de aguas, grandes, y no distando mucho el uno del otro; en el uno se creían peces; en el otro, ninguno.

Antes de llegar a este valle, una jornada o dos, vivía, con un apacible asiento, el señor de esta provincia de los Cañares, en su pueblo formado, el cual, cuando Guainacapac, que fue el más poderoso señor de estos reinos y penúltimo de él, conquistaba la tierra, llegando aquí los Cañares le vencieron en batalla campal y prendieron, y preso lo pusieron en un pozo poco hondo; yo he visto el lugar; de donde, sacándole una mujer suya con una faja que las indias se ceñían, llamada chambi, do noche, los Cañares, borrachos, le puso en libertad; volvió a rehacerse y vino con tan poderoso ejército sobre esta provincia, que, no hallándose los Cañares poderosos para resistirle, le enviaron 15.000 niños con ramos en las manos, pidiendo paz; el cual a todos los mandó matar, y haciendo grandes crueldades y muertes a los Cañares despobló este valle Tumipampa, y al pueblo del gran señor de los Cañares, que era el principal, donde le tuvieron preso, le dejó con tan pocos indios, que hace cuarenta y tres años no eran 800 los vecinos, y al presente tienen muchos menos.

Son estos Cañares hombres muy bellicosos y muy gentiles hombres, bien proporcionados, y lo mismo las mujeres; los rostros, aguileños y blancos; son muy temidos de todos los indios del Perú, y grandes enemigos de los Ingas; sucedió así: que cuando se alzó toda la tierra contra los españoles, a pocos años después de conquistada, y muerto el señor de ella, Atabalipa, tuvieron los in-

(1) En el ms., descendientes.

dios serranos e Ingas cercada la ciudad de Los Reyes, y en no poco estrecho, y en el valle de Jauja mataron más de 30 españoles, y en otras partes los que podían haber, y al Cuzca también cercaron; un vecino de Quito (lo conocí), llamado el capitán Sandoval, encomendado, si no de toda esta provincia, de la mayor parte de ella, sabiendo el aprieto en que estaban los nuestros, juntó cuatro o cinco mil indios Cañares y vino en favor de los españoles. Púsose en camino con ellos, y prosiguiéndolo, sabido por los indios cercadores que venían los Cañares contra ellos, alzaron el cerco, y los cercados, salieron contra ellos, les hicieron volver a sus tierras, y desde entonces hasta hoy no se han atrevido a rebelarse, aunque lo han procurado.

El día de hoy, donde hay fuera de sus tierras Cañares, las justicias se sirven de ellos, así para prender indios fugitivos como españoles facinerosos; sácanlos de rastro, aunque se metan en el vientre (como dicen) de la ballena.

En este valle Tumipampa comenzaron a hacer sus estancias algunos españoles de todo género de ganado, el cual ha crecido y multiplicádose tanto, que él sólo es poderoso a dar carnes a todo el Perú, lo cual he visto; se fundó en él un pueblo de españoles, y bueno, rico de estos ganados, donde muchos millares de novillos se sacan y vienen a Los Reyes para el sustento de esta ciudad; pues la abundancia de ganado ovejuno, porcino y caballar parece no tener número, y los caballos y yeguas valen tan poco, que se compran a cuatro o cinco pesos, escogidos, que son a 32 ó 40 reales; llámase la ciudad Cuenca; el temple es bueno, donde se dan las frutas nuestras, si no son uvas. Sustenta tres conventos, no de muchos frailes: Santo Domingo, San Francisco y San Agustín; hará que se fundó treinta años.

CAPITULO LXXII

De la ciudad llamada Loja.

Prosiguiendo el camino adelante, del Inga, a 35 ó 40 leguas entramos en el valle donde la ciudad de Loja se fundó,

llamado en la lengua del Inga Cusipampa, que es tanto como decir valle de placer, y así lo es realmente; es alegresísimo, de grata arboleda, por medio del cual corre un río de saludable agua; casi en todo el año se siembra y cógese el trigo y maíz; uno en un mismo tiempo está en berza, otro se riega; en otras partes aran para sembrar; no es muy ancho el valle, pero bastante para sustentar la ciudad, que no es muy pequeña; tiene muchos indios de encomienda; la comarca, fértil y más templada que la de Quito y más lluviosa; en su distrito caen las minas de oro que llaman de Caruma; sustenta tres monasterios de las Ordenes mendicantes, aunque no de muchos religiosos; el nuestro es el más antiguo.

De esta ciudad, declinando al Oriente la tierra adentro, se camina a la ciudad de Zamora y gobernación que llamamos de Salinas, donde hay tres o cuatro pueblos de españoles, algunos de ellos ricos de oro; particularmente lo fue, y ahora no le falta a Zamora, en cuyas minas se hallaron dos granos, uno que pesaba 1.600 pesos, y otro la mitad, 800.

Para ir a esta gobernación se pasan uno o dos páramos despoblados y muy fríos; los cuales pasados, lo demás es tierra muy cálida, montuosa y de muchas aguas del cielo, llena de sabandijas ponzoñosas.

A esta provincia no he visto, por eso trato brevemente de ella.

CAPITULO LXXIII

De la provincia de Cajamarca.

Saliendo de esta ciudad y valle por el camino real del Inga, de la Sierra, hasta llegar a la provincia de Cajamarca, no sé las leguas que hay ni las particularidades del camino; no lo he visto; la ciudad de Loja sí vi, porque viniendo de Quito para la ciudad de Los Reyes, desde la de Loja bajamos a Tumbez por un camino, mejor diré sin camino: lo íbamos abriendo; haría dieciséis años no se caminaba por él, y desde entonces no se ha caminado ni

bajado a Tumbez otra vez, y porque a nuestro intento hace poco, no trataré de él. Lo que he oído, de esta ciudad a Cajamarca, que quiere decir tierra o provincia de espinas o cardones espinosos, es que por la mayor parte el camino es áspero, de muchas piedras, cuevas y de algunos despoblados, hasta llegar a esta provincia, donde fue preso Atabalipa, señor de todos estos larguísimos reinos, desde Pasto, 40 leguas más abajo de Quito, hasta la ciudad de Santiago de Chile y aún 18 leguas más adelante y todo el reino de Tucumán; en esta provincia se enseña (no lo he visto) el lienzo ancho y largo de pared con quien dieron los indios del ejército de Atabalipa en el suelo, huyendo de un caballo y caballero, empujándose los unos a los otros.

Es bien poblada esta provincia de indios y abundante de todo mantenimiento, porque aunque es por la mayor parte fría, tiene algunos valles templados donde se coge mucho maíz y trigo, y en los altos, abundante de papas, que son como turmas de tierra, empero de mejor nutrimento. Los padres de San Francisco la han doctrinado desde el principio y la doctrinan con mucho ejemplo de cristiandad y religión.

CAPITULO LXXIV

De la ciudad de Chachapoyas.

A las espaldas de Cajamarca, la tierra adentro, caminando hacia el Oriente, se fundó la ciudad llamada comúnmente Chachapoyas, a los principios rica de oro y poblada de gente más bien dispuesta que la del Perú, más gallarda y de mejor disposición, pero grandes ladrones. Es región más cálida que fría, los valles son cálidos, lluviosos y con abundancia de víboras y otros animales sucios y ponzoñosos; oí decir a un portugués que había residido en el Brasil y sabía un poco de la lengua de aquella tierra, que viviendo en un valle de éstos salieron allí unos indios, y conociéndoles por el traje, y pareciéndole eran del Brasil, les habló en la lengua de aquella tierra, y respondiéndole en ella, preguntándoles de dónde eran y venían,

le dijeron ser del Brasil y que acaso se habían entrado la tierra adentro, huyendo de sus enemigos, y habían aportado allí no siguiendo camino, sino donde la ventura les guiaba, que yo aseguro anduvieron más de 900 leguas y pasaron ríos muy caudalosos, a los cuales no temen por ser grandes nadadores. En la provincia de Bracamoros, que está hacia el Norte, se fundó otra ciudad, llamada Jaén; no tiene mucho nombre, porque no es más que abundante de comida: es el paraíso de Mahoma; tiene la tierra las calidades que la de los Chachapoyas.

CAPITULO LXXV

De la ciudad [de] Guánuco.

Volviendo, pues, a nuestro camino por la sierra adelante desde Cajamarca, dejándolo a mano derecha, llegamos a la ciudad de Guánuco, nombrada de los Caballeros porque se pobló de hombres muy nobles.

Esta ciudad tiene buena comarca y muchos indios de repartimiento; no la he visto, pero sé lo que voy diciendo por relación y trato de los que en ella han vivido; es fértil y abundante. En el mismo puebló se dan todo el año higos, naranjas, limas, unos están recién nacidos, otros un poco más gruesos, otros maduros; se dan muy bien membrillos y manzanas con las frutas de la tierra. Es el temple ni caluroso ni frío, y más declina al calor. Es abundante de muchas carnes, a causa de tener en su distrito muy buenos pastos. Los edificios, buenos; de medio día para abajo, en el verano, son tan recios los vientos, que no se puede andar por las calles.

Sustenta monasterios de todas Ordenes bastantemente, no de muchos frailes. El que más, tiene hasta 12. De aquí salieron el capitán Serna y Juan Tello, los cuales, teniendo rendido a Francisco Hernández Girón, que fue tirano, llegó el capitán Juan de la Serna, echóle mano y prendióle y llevóse la honra de la prisión; con lo cual se acabó aquella rebelión, y desde entonces acá, que han pasado más de cuarenta y dos años, no ha sucedido otra ni se es-

pera sucederá, si Nuestro Señor, por nuestros pecados, no nos quiere castigar, porque las cosas ya están tan bien asentadas, y tanta justicia en el reino, que los españoles no quieren sino ganar de comer. Saliendo de esta ciudad y volviendo al camino real, a 30 leguas andadas entramos en el valle de Janja, donde al presente escribimos este breve compendio, uno de los mejores y más poblados de este reino; es abundantísimo de trigo, maíz y otros mantenimientos de la tierra, y carnes. Pasa por medio de él un río grande y caudaloso al tiempo de las aguas, pero el más desaprovechado del mundo, porque no se puede sacar de él una sola acequia para regar los sembrados; lleva pescado, y bueno; sustentan en él 13 pueblos de indios, los siete por la una banda y los seis por la otra, poblados con sus cuadras; las iglesias, de adobes y tejas, adornadas de razonables ornamentos. Se van disminuyendo estos indios, a lo menos los varones, por estar tan cerca de Guancavilca; la causa diré en el capítulo siguiente. Cásanse en algunos pueblos pocas indias solteras, en particular en el que ahora resido doctrinándolos, llamado Chongos, porque dicen que si, casados, los maridos las han de tratar mal, como lo hacen estando borrachos, que más quieren su libertad y buen tratamiento, y es así, que como para los indios varones no hay castigo por las borracheras, ni por estos malos tratamientos, que a veces llegan a matar a las mujeres, como soy testigo, no hay de qué maravillarnos. Tiene de largo este valle nueve leguas tiradas, y por lo más ancho dos; es falto de leña, que si la tuviera ya se hubiera poblado en él un pueblo de españoles; es templado, aunque no sufre naranjos ni limones; se dan algunos membrillos y duraznos, y de las legumbres nuestras algunas.

CAPITULO LXXVI

De la villa de Oropesa, llamada por otro nombre Guancavilca.

Cuatro jornadas de este valle, no muy grandes, se descubrieron, creo, en tiem-

po que gobernaba el marqués de Cañete, de buena memoria, o al fin de su gobierno y principio del conde de Nieva, las minas que llaman del azogue, en un valle llamado Guancavilca, asaz fría, porque está en medio de la cordillera de las Sierras Nevadas, que atraviesan todo este reino de Perú y Chile, hasta el estrecho de Magallanes, adonde se pobló un pueblo de españoles gobernando don Francisco de Toledo, por cuyo respecto se nombró Oropesa, con título de villa. Descubrieron estas minas unos indios de la encomienda de Amador de Cabrera, vecino de Guamanga, en cuyo distrito¹ se hallaron, de donde sacó y se vio prosperísimo en riqueza; no murió con tanta, y su mujer e hijos ahora padecen necesidad. Al principio repartióse el cerro en minas a hombres particulares, como si fueran minas de plata; ellos las labraban pagando su quinto al rey; después acá, Su Majestad, y justísimamente, las quitó y aplicó para sí; sólo dejó con propiedad de su mina al descubridor, Amador de Cabrera, y a sus herederos.

Arrienda estas minas Su Majestad a cierto número de españoles, con condición que todo el azogue que sacaren lo metan en el almacén, y Su Majestad les paga el quintal a 40 pesos ensayados; Su Majestad les reparte indios de los comarcanos, pagándoles su trabajo los arrendadores conforme a lo que el virrey señala. Este cerro de azogue ha sido la vida de este Perú, porque, si no se hubiera descubierto, fuera el más pobre y más costoso del mundo. Con los azogues ha revivido, porque toda la plata que en Potosí y en Porco se saca, como tratando de ellos diremos, es por azogue y con azogue. Los que comenzaron a labrar el azogue fueron poderosísimos de plata si tuvieran juicio para guardar y gastar; faltóles, y en el día de hoy están alcanzadísimos, porque como el azogue se va en humo, así sus riquezas se han resuelto en él. Que haya uno solo que se entienda está rico, aunque lo disimule, no es contra lo que decimos, porque una golondrina no hace

(1) Tachado: *salieron*.

verano. Solíase labrar el cerro, como dicen, a tajo abierto, y labrándolo así no era dañoso a la salud de los que entraban a labrar y quebrar el metal; de pocos años a esta parte, no creo son ocho, labran por socavón, lo cual es la total destrucción de los miserables indios; que a labrar en tierra, al socavón no se le hicieron respiraderos para que por ellos el humo o polvillo del metal exhalase; todo aquel humo éntrase por la boca, ojos, narices y orejas de los indios; el polvo del azogue es azogante y el humo del azogue es azogue; salen los pobres azogados, no los curan; luego viénense a sus tierras así enfermos; ninguno escapa que venga enfermo de Guancavilca; viven seis y ocho meses y un año y año y medio, con gran apretamiento de pecho, y así enferman y acaban la vida.

Esta es la causa de la disminución de estos naturales y de los que se habían de multiplicar de ellos; yo confieso verdad, que en dos años que vivo en este pueblo de Chongos, los más que llevo enterrados son de este azogue. Avisamos de ello, no creo se nos da crédito, y lo que es de este valle es de los demás que de más cerca y lejos van a trabajar a las minas, y de esto son testigos también los repartimientos de Guamanga, y en particular el del primer descubridor, que era uno de los buenos del reino, del Cruzco para abajo; ahora está menoscabadísimo. Que si al socavón hubieran hecho sus respiraderos, o se labraran las minas como antes, no padecían este detrimento la vida de los naturales, lo cual viendo los miserables huyen por no ir a Guancavilca, como es justo se huya de la muerte.

No se puede dejar de creer, sino que si Su Majestad de este menoscabo de sus vasallos fuese informado, que mandaría, o cesar la labor, o que se labrase como antes, porque el rey sin vasallos es como cabeza sin miembros, sin pies, sin manos, sin ojos, etc., y quien tanto ceta el bien de estos pobres, con tanto amor y cristiandad, no es posible no lo mandase remediar, y aun castigaría a quien no lo pusiese luego en ejecución.

CAPITULO LXXVII

Del asiento de Minas Choclococ[h]a, por otro nombre Castrovirreina.

Quince leguas, declinando a los Llanos, de este cerro Guancarilca dista un cerro de minas llamado Choclococha, al pie del cual, porque se descubrió y pobló gobernando el marqués de Cañete, don García de Mendoza, por ser casado con la ilustrísima señora doña Teresa de Castro, que a estos reinos trajo consigo, le pusieron por nombre Castrovirreina, asiento frigidísimo más que Potosí; no es tan rico, ni con mucho.

Este cerro también ha consumido parte de los indios que se repartieron para la labor de las minas; porque aunque la labor de las minas de plata no consuma la vida como la del azogue, porque los indios repartidos vienen por tierras frigidísimas, y aquel asiento lo es, y primero que hicieron casas donde guarecerse de las nieves y aguas del cielo, el temple desabridísimo y malo los hacía enfermar y morir como han muerto muchos; ya esto ha cesado con el reparo de las casas.

CAPITULO LXXVIII

De la ciudad [de] Guamanga.

Volviendo al camino real (es necesario hacer estas digresiones por no volver a ellas) desde Jauja a la ciudad de Guamanga ponen 36 leguas, no de muy buen camino, en el cual no hay pueblo ninguno de indios, sino cinco tambos con servicio de naturales para los pasajeros, donde se halla recado de pan, vino, maíz y carnero, y caballos de alquiler de jornada en jornada, como ya casi en todos los tambos, que son ventas, desde Quito a Potosí, y aun más adelante. Cinco leguas antes de llegar a esta ciudad entramos en el valle llamado Assangaro, donde casi todo el año hay uvas para vender, respecto de tener allí cerca una viña de un vecino de Guamanga, de donde se proveen, y a una legua, poco más, hay un ingenio de azucar de este mismo vecino, y muy bueno.

Dos leguas más adelante de Assangaro está el valle llamado Viñaca, en el cual hay algunas viñas muy buenas que dan buen vino, y parece adivinaron los indios llamándolo así, Viñaca, por lo que en él se ha plantado de viñas; es muy caliente, aunque a su tiempo hieía, no mucho, y el río arriba a mano izquierda, por una parte y otra del río se han plantado y plantas viñas.

La ciudad de Guamanga es de buenos edificios, y son los mejores del reino; particularmente las portadas de las casas son muy buenas, de piedra, que la tienen junto al pueblo y la sacan cuan grande quieren, y la cal no está lejos; los monasterios, que son tres, Santo Domingo, San Francisco, La Merced, las tienen buenas, donde en cada convento se sustentan de ocho a diez religiosos; está falta de agua porque está falta de río; empero tiene una muy buena fuente en medio de la plaza y de muy buena agua.

Cuando los conquistadores vivían era pueblo muy rico; ahora no lo es tanto por haber quedado en poder de nacidos en él. La comarca es muy buena y abundante de mucho ganado de toda suerte, y no menos de pan y demás mantenimientos, así nuestros como de los que había en la tierra. El temple es el mejor de los que yo he visto de Quito a Chile; llueve poco; tiene su alguacil, que son pedriscos a la entrada de las aguas, y aun algunos rayos.

Había en este pueblo la mejor casta de caballos del reino; ya se ha perdido por la negligencia de los que con ellos quedaron. No sé yo si en lo descubierto se hallará mejor temple ni más sano para fundar una Universidad, porque ni el calor ni el frío impide en todo el año que no se pueda estudiar a todas horas. Yo tuve casi concertado con un hijo de un vecino, hombre principal, fundase con su hacienda en nuestra casa un colegio con que ennobleciese su ciudad; sacóme la obediencia para este asiento y quedóse. Fuera obra heroica y de gran provecho para todo el reino, la ciudad se aumentara y de todo el reino acudieran a oír Teología, porque los nacidos en la sierra corren mucho riesgo de su salud en Los Reyes. Por

maravilla alcanza aquí temblor de tierra, y cuando llega viene tan cansado, que casi no se siente; la comarca es rica de todo género de minerales por una parte y por otra.

Edificó aquí un vecino de esta ciudad, llamado Sancho de Ure, gran cristiano y no menos su mujer y casa, cuyo nombre corresponde con los hechos, porque Sancho es o quiere decir Santo; edificó, digo, un convento de monjas de Santa Clara a su costa, con una iglesia, la capilla mayor de bóveda, el cuerpo de la iglesia buena, y es el mejor del pueblo; dejéles bastante renta, la cual con las que han entrado se han aumentado y crecido. Puso en él cuatro hijas, que todas profesaron; tres viven hoy, religiosas muy principales y de mucha cristiandad y gobierno. El fundador no tenía mucha renta de indios, aunque tenía haciendas; oí decir en aquella ciudad que mientras edificaba el convento le proveyó Nuestro Señor en una mina que labraba bastante plata para el edificio, el cual acabado cesó la veta, y aun las demás del cerro, porque en el día de hoy nadie labra en él.

Fue dichoso este fundador en hijos, porque tuvo muchos, once: seis varones y cinco mujeres; de los varones, cuatro son religiosos de la Orden del Seráfico San Francisco; tres de ellos muy buenos predicadores, así para españoles como para indios, que los cuatro viven hoy con gran ejemplo de cristiandad y virtud, a quienes la Orden les ha encomendado oficios honrosos y han dado muy buena cuenta de ellos.

Al fundador de este convento le dio Nuestro Señor una muerte cual fue su vida, porque, además de la obra famosa de este monasterio, era hombre de mucha oración y disciplina, y en esto su mujer le era bonísima compañera, la cual, aunque le vio expirar, no hizo los extremos ni tragedias que otras suelen hacer, sino con el semblante alegre ella misma le amortajó, puso en el ataúd y en su casa aquel día no se vieron lágrimas ni voces, sino un silencio, una tristeza sujeta a la razón y muchas gracias a Nuestro Señor y conformidad con su voluntad, y si lágrimas hubo, fueron piadosas y cristianas; murió esta seño-

ra como vivió, con gran satisfacción de su vida.

CAPITULO LXXIX

Del río y caminos de Guamanga al Cuzco.

De la ciudad de Guamanga dista la del Cuzco 60 leguas, si no son 70, divididas en 12 jornadas; el camino es malo y destemplado, porque en algunas jornadas hay dos temples diferentes; salimos de uno templado y llegamos a dormir adonde hace un frío insoportable, como saliendo de Guamanga y parando en los Tambillos de Illaguaci; otras veces salíamos de lugares fríos y a tres leguas bajábamos a hornos encendidos, valles calidísimos, y luego subíamos a temple frío, cual es la jornada de Villcas a Uramarca, y de esta suerte es casi todo el camino. En esta distancia nos encontramos con tres ríos muy grandes en valles calidísimos; el primero es el de Vilcas, a 16 leguas de Guamanga; en tiempo de aguas, poderoso, pásase por puente de creznejas; en tiempo de sequía se vadea, y esto como deja el vado, unas veces lo deja pedregoso, otras no con tantas piedras, y cada año muda el vado; no se puede hacer en él puente de cal y canto por no haber acomodo para ello. El agua es gruesa y cálida como las demás de Guamanga al Cuzco, que lo quel (*sic*) arroyo es de buena agua.

Pasado este río, dos jornadas adelante, entramos en el valle de Andaguailas, templado, donde se da maíz y trigo; está bien poblado de indios, abundante de ganados nuestros y de la tierra. También aquí se van acabando los indios por dos vías: la una por Guancavilca y la otra porque de aquí sacan indios para labrar en los Andes del Cuzco las chácaras de coca, y les da allí una enfermedad en las narices que se les ponen como una trompa muy gruesa y colorada, de que algunos mueren, fuera de las enfermedades que allá les dan mortales, como diremos en su lugar. Más adelante se sigue el valle nombrado Amancay, por unas flores olorosas blan-

cas que en él nacen en abundancia, así llamadas. Este río nunca se vadea; tiene puente de cal y canto, mandado hacer por el buen marqués de Cañete, de feliz recordación el primero.

Aquí hay, por ser templado, uno o dos trapiches donde se hacen buenas cosas de azúcar. Más adelante llegamos al río de Apurímac; éste también no se vadea; pásase por un puente de creznejas asaz largo y angosto, donde hay cantidad de mosquitos zancudos cantores, amicísimos de beber sangre humana, y no menos cantidad de los rodadores, tan sedientos como aquéllos; hay agua gruesa y muy cálida; todos estos tres ríos se juntan con el de Jauja y otro que pasa cuatro leguas del Cuzco, por el valle de Yucay, no menor que cualquiera de éstos, y hacen aquel grande y famoso río del Marañón, que desemboca en el mar del Norte con 80 leguas de boca. Es el mayor río del orbe.

Prosiguiendo nuestro camino adelante, cuatro leguas antes de la ciudad del Cuzco, entramos en el valle de Xaquixaguana, donde fue desbaratado el tirano Gonzalo Pizarro y sus valedores, sin rompimiento de batalla, por el gobernador licenciado Pedro de la Gasca y demás servidores de Su Majestad. Valle ancho y largo, donde hay dos o tres pueblos de indios, apartados un poco del camino real; es más frío que templado, aunque se da maíz en él y trigo; empero, si acierta a helar un poco temprano, arrebátase el hielo al maíz; el trigo aguanta más, y por eso no le hace tanto daño.

Es abundante de ganado del nuestro, de todo género. Las aguas son malas, gruesas y salobres.

CAPITULO LXXX

De la ciudad llamada El Cuzco.

De aquí a la ciudad de El Cuzco ponen cuatro leguas buenas.

Era el asiento principal de los reyes de estos larguísimos reinos, a quienes llamaban Incas. El sitio es malo y las aguas malas; fundaron aquí su ciudad los españoles en el mismo lugar donde

la tenían fundada los indios, que es al principio del valle, el cual, en esta parte, es angosto, aunque más bajo; como va corriendo casi al Oriente, se ensancha un poco más. Siémbrase en él trigo y maíz de riego y se da bien si los hielos no acuden temprano. Parte de esta ciudad está fundada en una ladera, y aun la mayor parte; no la dividieron los fundadores por cuadras, como las demás de este reino, ni tiene calle derecha ni proporcionada, porque no quisieron los españoles romper los edificios de piedra que en ella hallaron, no siendo muy aventajados; hállanse en ella muchas calles muy angostas, que apenas pueden ir dos hombres de a caballo a las parejas, a cuya causa en invierno es muy sucia y lodosa. Pasa por medio de ella un arroyo de poca agua en verano y aun en invierno, si no es por alguna gran avenida que luego cesa, por tener su nacimiento muy cercano; este río es muy sucio y de mal olor; le han hecho sus alcantarillas para pasar de unas calles a otras. El Inga le tenía tan bien acanalado y recogido con una muralla de piedra, por una parte y por otra, y por donde corría el agua, enlosado, que ni se divertía a otra parte, ni paraba cosa en él. Ahora, con el buen gobierno de los nuestros, se derrama por muchas partes y anega no poca parte del valle, y la huerta de nuestra casa corre riesgo, porque rompiendo el río el reparo y no reparándolo, se le ha llegado mucho. Gobernando los Ingas, en cayéndose una piedra, se ponía luego otra o la misma en su lugar, por que el daño no pasase adelante.

Las casas de los españoles, por la mayor parte son sombrías y tristes, si no es la del capitán Diego de Silva, que la labró alegre. Es pueblo muy rico, por la gran cantidad que tiene de indios de encomienda.

Los vecinos antiguos todos lo fueron; sus hijos, ahora, tienen abundancia de deudas y no les alcanza la sal al agua; gastan sin orden y sin discreción. Sustenta cinco monasterios de religiosos y uno de monjas de Santa Clara.

Nuestra casa es la que antiguamente se llamaba, gobernando los Ingas, la Casa o Templo del Sol, a quien adora-

ban por principal de todos sus dioses falsos. Conforme a lo que los indios edificaban, es bueno el edificio; la piedra es parla y labrada, y tan juntas unas con otras, que parece no tener mezcla alguna, y la tiene, y es de plata delgadísima, la cual no sale fuera de las junturas de las piedras.

La piedra es durísima y el edificio fijísimo, que para romperlo se pasa mucho trabajo. Permanece en nuestro convento una pila grande de esta piedra, ochavada por fuera, que de hueco debe tener, por cualquiera parte que la midan, más de vara y media, y de fondo más de vara y cuarta. A esta pila henchían con cantidad de chicha, escogida de la que el Inga bebía, para que bebiese el Sol, y lo que en ella se embecía creía esta gente bárbara que el Sol lo bebía; cubría la boca de esta pila una lámina de oro, en la cual estaba el Sol esculpido. Cuando los españoles entraron en esta ciudad le cupo en suerte a uno de los conquistadores, que yo conocí, llamado Mansio Sierra, de nación vizcaíno y creo provinciano, gran jugador, jugó la lámina, y perdióla: verificóse en él que jugó el Sol.

Sustenta nuestro convento 25 religiosos, y desde arriba; se va poco a poco edificando como los demás; está casi fuera de la ciudad; los demás, dentro. La huerta de nuestra casa era la Huerta del Sol, y la tierra de ella dicen fue traída en hombros de indios del valle de Chíncha, por muy buena; venían a su tiempo todos los indios a labrarla, vestidos de riquísimos vestidos, y aún permaneció por algunos años, y yo vi una vez que se juntaron los más de los Ingas y por sus cuarteles la labraron y desmontaron con gran alegría, y ésta fue la última vez, porque se tenía por inconveniente, y con mucha justicia se les vedó.

Lo que en esta huerta se sembraba eran unas cañas de maíz, todas de plata, las mazercas de oro; éstas no han parecido, ni se sabe dónde están; será la huerta poco menos de media cuadra; tiene un pilar donde caen dos caños de agua, el uno un poco salobre, el otro algo mejor. No se sabía de dónde o por dónde venía el uno, hasta que el río,

con una avenida grande, se llevó dos o tres losas, a lo menos las sacó de su lugar, por debajo de las cuales venía encañada el agua a la Huerta del Sol.

Es fama haber en nuestra casa gran mina de oro enterrado, pero no se sabe dónde; unos dicen, y aun se tiene por lo más cierto, que en la capilla mayor; otros, que en la huerta; han cavado en muchos lugares, pero hasta hoy no se ha hallado cosa alguna. Don Carlos Inga salía a este partido: que le dejasen cavar debajo del altar mayor, y de lo que sacase daría tanta parte, y si no hallase cosa alguna, volvería a reedificar lo derribado, a su costa, de la misma manera que antes estaba. No se le admitió el partido, y así se quedó.

El monasterio más rico es el de Nuestra Señora de las Mercedes, y el que tiene mejor sitio, por ser en medio del pueblo y en una de las tres plazas, aunque los padres Teatinos se pusieron en la plaza que está delante de la iglesia Mayor y bien junto a la Merced.

El de San Francisco tiene plaza y bien grande; sustenta más de 30 religiosos; ya está acabado. El de San Agustín se va edificando. Sustenta 20 religiosos.

El temple es frío y desabrido, y luego que los españoles poblaron, no se criaba ningún niño mero español; ya se crían, y en cantidad. Al verano, que es cuando no llueve, desde mediado abril hasta noviembre, es más frío que lo restante del año al tiempo de las aguas, aunque en este tiempo hay bastante frío y en un día se hallan tres temples: unas veces, antes que venga el agua, mucho calor, arde mucho el sol; en comenzando a llover, frío; en acabando, mucho más, porque como viene el aire de tierra mojada y fría, por cualquier parte que venga viene más frío, lo cual causa mucha destemplanza en los cuerpos. En el tiempo de las aguas es muy lodoso y sucio y de mal olor, porque como las más de las calles sean angostas y el concurso de pasearlas mucho, así de indios como de españoles, no se puede evitar este inconveniente. Después de la ciudad de Los Reyes y Potosí, es el mejor pueblo de estos reinos a la redonda; hay seis o siete

parroquias de indios que abastecen a la ciudad; el valle es muy poblado de muchas chácaras, fuera de que la comarca es muy fértil.

Esta ciudad es cabeza de obispado, y lo era de todo el reino, y aunque así se nombra en los contratos y escrituras que se hacen en ella, va perdiendo este título, porque la ciudad de Los Reyes se lo lleva con la asistencia del virrey, Audiencia y Santa Inquisición, y otras calidades.

La iglesia Catedral es paupérrime en edificios, aunque en renta es la más aventajada de todas las Indias; hay muchos templos en pueblos de indios mucho mejores; la causa por que no se haya edificado no la sé; algunos echan la culpa a personas ya fallecidas; otros, a vivos; no me quiero entrometer en esto.

Ha muchos años, cuando no tenía tanta rama, que se comenzaron a traer materiales, juntáronse muchos, y en la plaza hay no poca cantidad de cal y arena mezclada, ya perdida con el tiempo; así se ha quedado. En ornamentos es rica, pero en lo que más florecía era en la celebración de los divinos oficios, viviendo el chantre primero que en ella hubo, porque toda las Horas se cantaban cada día, y el Oficio menor de Nuestra Señora; a medianoche no se sigue el coro por la destemplanza del frío en todo tiempo, y aunque es así que en España los fríos son mayores y se sigue el coro a medianoche, es de otra calidad el uno que el otro: el de España es frío y húmedo; el nuestro, en todo el reino donde lo hay, es frío y seco, muy contrario a la salud corporal.

Carece esta ciudad de leña, por lo cual no ha crecido más; yo la he visto repartir como carne en la carnicería; ni tiene de donde le venga, ni carbón. De cuando en cuando le alcanzan temblores de tierra, y recios, y a veces son tan vehementes los truenos, que parece temblar los cielos.

Junto a la ciudad, saliendo de ella caminando para el Collao, hay una fuente de agua salada, elarísima y abundante, la cual, recogida en un estanque grande que desde el tiempo de los In-

gas está hecho, se reparte por la tierra, en contorno del estanque, la cual, dentro de pocos días, se vuelve sal blanquísima.

La tierra en que cae se dividió por chacaras (que así se llaman) por los vecinos de indios y conventos. Tenemos allí nosotros nuestra chacarilla. Hacen los indios de esta sal mil pajaritos, leones, tigres y otros animales, y así la venden.

Un poco más adelante entramos en el llano donde se dio la batalla nombrada de las Salinas, por ser cerca de éstas, entre Hernando Pizarro, o por mejor decir, por parte del marqués Pizarro, y don Diego de Almagro; fue la primera que hubo entre españoles, y don Diego de Almagro y los suyos fueron vencidos; fue bien reñida, pero tratar de ella no hace a nuestro propósito. Y esto en cuanto a la ciudad del Cuzco.

CAPITULO LXXXI

De los Andes del Cuzco y Coca.

Muchas cosas hacen a esta ciudad muy rica: los muchos indios de repartimientos; los que tiene en contorno del pueblo; la contratación de los mercaderes; pero lo que más le enriquece es la contratación de la coca, que comen los indios; esta coca es un arbolillo pequeño que no se levanta del suelo, cuando mucho, una vara; las ramas delgadas, la hoja casi como de zumaque, aunque es más ancha; otra hay más pequeña, pero de ésta no tratamos. Esta coca no se da sólo en tierra muy cálida y lluviosa; siémbrese a mano; tres o cuatro jornadas del Cuzco, hay una tierra llamada los Andes, donde hay estas chacaras de coca, con las cuales los vecinos y muchos otros se han enriquecido, porque se sacan de estos Andes, para Potosí particularmente, cada año más de 60.000 cestos de coca, que cada uno debe pesar de 20 a 25 libras; sácanlos en carneros de la tierra y lleva un carnero cuatro y cinco, y por la mayor parte cinco. Desde Potosí vienen al Cuzco con las barras de plata a comprar esta coca. Vale el cesto, cuando menos, tres pesos,

que es imaginación, o tiene esta hoja en sí alguna virtud de sustentar, lo cual parece falso; pero los indios, si han de trabajar y no traen un poco de ella en la boca, o han de caminar, luego desmayan, y como la lleven, trabajan y caminan todo el día, si no es cuando se sientan a comer, que brevemente concluyen.

Estos Andes donde se da es tierra calidísima, muy lluviosa, llena de sabandijas ponzoñosas, que en las mismas chacaras se crían y hacen no poco daño, y la picadura es irremediable, hasta ahora, que de pocos años se ha hallado el remedio y es el más fácil del mundo y más manual. Uno de los primeros que lo supo fui yo, y lo enseñó un perro. Pasó así: que andando a caza de perdices un soldado gentilhomme, arcabuz, llamado Pedro Ruiz de Ahumada, a un perro suyo picóle una víbora en el hocico; hinchósele la cabeza como una bota: viniéndose ya tarde para su casa, que era en el campo, el perro veníase así tras de su amo, pero en viendo un arroyo de agua que cerca de la casa corría, fuese a toda furia para el agua; el amo, pensando que la rabia de la muerte lo llevaba, paróse; vióle poner la cabeza en el agua; dejóle el amo por muerto, pero ya que quería cenar, entra el perro sano y bueno y halagando a su amo. Venido al pueblo, luego me lo dijo; esto era en la ciudad de La Plata; sabido, escribí a un religioso nuestro que residía en una doctrina en un pueblo de indios cinco leguas de la ciudad, donde se crían cantidad de ellas, que hiciese la experiencia en dos perros; hízola, y a uno echó en un estanque de agua, al otro dejóle fuera; el que fue lanzado en el agua, al cabo de media hora que en ella estuvo, saltó el pretil, sacudióse y comenzó a retozar con otros perros; el que no fue lanzado, dentro de pocas horas murió. De suerte que en picando la víbora hemos de buscar el agua; si es corriente es mejor, si es embalsada no es inconveniente, y poner el pie o la mano en el agua, de suerte que sobrepuje un jeme el agua a la picadura, y dejarlo estar allí por espacio de una hora, y no es necesaria más cura.



Los indios han enseñado otra manera de curar, y es ésta: toman la víbora que picó, y aunque sea otra no creo es inconveniente; córtanle tres o cuatro dedos de la cola y échanla a mal; luego de allí junto cortan cantidad de tres dedos en ancho, quitan la piel, y tres veces en tres días continuos dan de comer aquella carne al herido; acuéstanlo y abrínganlo; suda, guarda dieta, y no es necesaria más cura; desta suerte curaron en una chácara, dos leguas de la ciudad de La Plata, a una ama suya unos indios del Río de Plata que con ella vinieron, y su marido y yo mismo se lo pregunté y me dijo que de esta suerte la curaron no haría dos meses.

Matar la víbora que picó (principalmente si es de las que llamamos y son de cascabel, porque cuantos años tienen tantos cascabeles les nacen en las colas, y cuando van deslizándose por el suelo van haciendo ruido como si llevasen cascabeles) no es dificultoso, porque son torpes en andar; en picar, velocísimas: no la han pisado cuando vuelve a picar; sus colmillos son más agudos que leznas; las he visto grandes y gruesas como un grueso brazo.

En el Brasil hay cantidad de estas sabandijas, y como ya se comunican aquellos dos reinos, es fácil saber lo que en ellos sucede; sucedió, pues, así: que una víbora picó a un portugués en un pie y le pasó unas botas de baqueta que llevaba calzadas; murió de la ponzoña de la víbora; hízose almoneda de sus bienes; las botas comprólas otro portugués, y, calzándose las, murió; torna otro a comprarlas y calzaselas; murió también; viendo esto los médicos advierten que la causa de la muerte de los dos fueron las botas rotas con la picadura o diente de la víbora; quemáronlas y no las compró más portugués alguno, y así cesó la muerte de ellos; la fe de esto y crédito se dé a los que lo refirieron; no lo vi, lo oí por cierto. Estos Andes del Cruzco son fértiles de estas víboras y de culebras que llaman bobas; éstas son muy grandes y muy gruesas; no hacen daño si no es cuando, como dicen, andan en celos. Porque en aquellos Andes sucedió lo que diré: tres soldados volvíanse a sus casas de las chácaras de

la Coca, a pie; no es tierra para caballos. El uno quedóse un poco atrás, a cierta necesidad corporal; acabada, siguió su camino solo, pues los compañeros iban un poco adelante; prosiguiéndolo, ve atravesar una culebra de estas que tienen de largo más de 16 pies y gruesas más que la pantorrilla de un hombre, silbando, y otra culebra en pos de ella, de la misma calidad; la postera, viendo a nuestro soldado, ciñele todo el cuerpo, y la boca encaminaba a la garganta; el pobre, que se vio ceñido y la boca de la culebra cerca de su garganta, con ambas manos afierra de la garganta de la culebra con cuanta fuerza pudo, no dejándola llegar a su garganta; la culebra, sintiéndose apretada de las manos del soldado, apretábale con lo restante de su cuerpo fortísimamente, de suerte que le hizo reventar sangre por la boca, ojos, narices y orejas; el pobre, viéndose de aquella suerte, gemía; no podía gritar, sino bramar.

Los compañeros, pareciéndoles tardaba, pararon un poco, oyeron los bramidos; vuelven corriendo en busca de su compañero, halláronle de la suerte que le hemos pintado. Uno sacó una daga que traía en la cinta y metiéndola entre el sayo y la culebra la cortó; luego alojó la culebra echada dos partes, y acabáronla de matar. El soldado quedó como muerto; lleváronle y albergáronle; volviósele el color del rostro y cuerpo amarillo como cera; vino al Cuzco, y dentro de tres meses murió. Oí esto a hombres que le conocieron.

Era este soldado vizcaíno; otro por ventura no tuviera tanto ánimo a echar mano a la culebra de la garganta con ambas manos.

En estos Andes no hay indios naturales; llevan, para el beneficio de la coca, del distrito del Cuzco, indios bien contra su voluntad, porque es llevarlos a la casa de la muerte, como dijimos tratando del valle de Andaguaylas y su menoscabo.

Religiosos nuestros lo han contradicho y predicado contra ello, viendo la disminución de los naturales que allá entran; pero como es interés de diezmos y de otros particulares, creo hallan aun entre otros religiosos valedores. Se

va disminuyendo esta contratación porque los indios ya más quieren pan y vino que coca.

La tierra es muy contraria a la salud de los pobres indios y aun a la de los españoles, sino que a nosotros no nos da la enfermedad de las narices como a los indios; es tierra llena de montaña calurosísima, como hemos dicho, y abundantísima de lluvias. Pero el interés la hace habitable por más indios que en ella perezcan, lo cual debían considerar y aun remediar los que nos gobiernan.

CAPITULO LXXXII

Prosiguese el camino del Cuzco a Vilcanota.

Volviendo, pues, al camino real, y pasando del llano donde fue la batalla de las Salinas, va corriendo el valle del Cuzco, ensanchándose un poco más; si le queremos prolongar hasta la rinconada llamada Mohina, tendrá de largo poco menos de cinco leguas, por medio del cual los Ingas llevaban el río acanalado, de suerte que no declinaba a una parte ni a otra; ahora, por el descuido de los nuestros, con mediana avenida, anega la mayor parte del valle a mano derecha y siniestra, como lo he visto y pasado no con poco riesgo, compelido por la obediencia, con la cual en medio del invierno caminaba. Acabado este valle, diez leguas más adelante llegamos al pueblo o valle de Quiquejana; la mitad del pueblo, fundado de la una parte del río; la otra mitad, de la otra; es río grande y pocas veces se vadea, de gruesa agua; pásase por puente de criznejas sin riesgo alguno. Luego proseguimos nuestro camino para el Collao el río arriba, pasando por muchos pueblos de indios que a la mano izquierda de él hay poblados; a la derecha uno solo, o cuando mucho dos, hasta llegar a su nacimiento, que es una laguna llamada Vilcanota, que se hace de nieves que corren de un cerro alto y nevado, antes de la cual hay unos baños de agua caliente, que de lejos no parece sino que hay allí cantidad de fuegos; tanto es el vapor como humo que de los manantia-

les sale, y tan caliente el agua, que no se puede poner la mano en ella; hierve a borbotones, y en muchas partes; confieso que la primera vez que vi tanto humo imaginé había allí muchos indios y fuego; es lugar muy frío. Esta agua, si es de piedra azufre, es singularísimo remedio para el mal de ijada y piedra; bebiéndela caliente cuanto se pudiere aguantar, deshace la piedra de los riñones y límpialos; es experiencia hecha, y si se trae y se vuelve fría se ha de calentar y beberla caliente, como está dicho, y tiene el mismo efecto: ya se puede decir que de historiadore me he vuelto médico; no es inconveniente tratar en historia, o descripción de tierras, las cosas provechosas que en ella se hallan para la salud de los hombres.

Volviendo a nuestra laguna Vilcanota, que tendrá en torno, o será tan grande como seis cuadradas, es digno de encomendar a la memoria lo que en ella hay.

Este asiento es muy alto y muy frío; la laguna y camino real, entre dos cordilleras nevadas. Vierte a dos partes; un desagüadero al mar del Norte, que es el principio de este río grande de Quiquejana, el cual, juntándose con el de Apurímac, Amancay, Vilcas, Jauja y otros, hace el famoso río del Marañón, que dijimos desemboca en el mar del Norte con 80 leguas de boca. La otra vertiente o desagüadero hace el río que llamamos de Chungara y Ayaviri, que entra en la laguna de Chucuito, y ésta desagua por una parte, como diremos, al mar del Sur.

Un poco más adelante, como media legua, vemos una pared de piedra de mampuesto que corre desde la nieve de un cerro a otro, atravesando el camino real. Esta pared dicen los viejos se hizo por orden y concierto de paz entre los Ingas y los indios del Collao, los cuales, trayendo guerras muy reñidas entre sí, vinieron en este medio: que se hiciese esta pared en el lugar dicho, de un estado de un hombre, no muy ancha, la cual sirviese como de muralla para que ni los Ingas pasasen a conquistar el Collao ni los Collas al Cuzco; rompieron por su mal los Collas las paces y quisieron conquistar a los Ingas, mas los Ingas, revolviendo sobre ellos, los con-

quistaron y no pararon hasta Chile. Esta pared se ve el día de hoy descender desde la nieve de un cerro, y atravesando el valle y camino real sube hasta la nieve del otro.

CAPITULO LXXXIII

Prosigue el camino al Collao.

Puestos en este paraje ¹ de Vilcanota luego comenzamos a bajar (aunque la bajada no es difícil, que casi no se siente) hasta el tambo de Chungara, donde en todo el valle se apacienta copia de ganado vacuno, y a la mano derecha no poco ovejuno y ganado de la tierra. Este tambo es muy frío, y desde aquí a la provincia de los Charcas ya no se da maíz, sino papas y quinua, y ha de ser muy buen año, porque si los hielos se anticipan las papas corren riesgo; la quinua mejor lo aguanta. De aquí vamos al primer pueblo del Collao, llamado Ayaviri, asaz ventoso y frío, pueblo grande y rico de ganado de la tierra, como lo son los demás de esta provincia de Ayaviri. Siete leguas adelante llegamos al pueblo llamado Pucará, también pueblo grande, famoso porque aquí se desbarató el tirano Francisco Hernández Girón; cególe Nuestro Señor, como andaba en deservicio suyo y de su rey, porque si se tuviera diez días más, que no saliera del sitio y fuerte donde estaba, siendo señor de las comidas y teniendo agua y leña, que no se les podía quitar, y el sitio suyo inexpugnable, y servicio de los indios, que le obedecían por ser de su encomienda; era imposible el real del rey sustentarse: habíase de deshacer por falta de mantenimientos. Salió una noche a dar en el campo de Su Majestad, pero avisado por un soldado que aquella noche se vino al servicio de su rey, levantóse el campo de donde estaba, dejando las tiendas armadas, y púsose en escuadrón en una hoya donde el tirano no le pudo ver; llegó a las tiendas, desbaratóse en ellas y, viéndose desbaratado, recogióse con hasta 160 soldados descontentos, y a pie y

por tierra fragosa y frigidísima tomó la vuelta de Quito; pero llegando al valle de Jauja, o poco más adelante, salieron a él dos capitanes de la ciudad de Guánuco y lo prendieron, y a los pocos que con él iban, como dejamos dicho tratando del valle de Jauja; los demás ya se le habían quedado cansados y sin armas; trajéronle a la ciudad de Los Reyes, donde, como a tirano y traidor a la Corona Real, le cortaron la cabeza y la pusieron en el rollo, en medio de la plaza, en una jaula de hierro a la vista de todo el pueblo, con su letrero que decía: "Esta es la cabeza del tirano Francisco Hernández".

CAPITULO LXXXIV

De la laguna de Chucuito.

Pasando adelante por el camino real, a pocas jornadas de aquí, no son ocho, damos en la laguna de Chucuito. Es la más famosa del mundo y mayor, muy poblada por una parte y por otra. Tiene en torno, y si hablamos como marineros, de boj, 80 leguas y 40 de travesía; casi a la playa de ella están las poblaciones; los vientos causan en ella tormentas como en el mar, y aun más ásperas, por no tener puerto fondeable. Lo que sirve de puerto son totorales, que son una juncia gruesa como el dedo pulgar, y más; aunque allá dentro (digamos en alta mar) se hunda con vientos y tempestades, en llegando a la totora la ola, cesa toda la tormenta; el agua es muy gruesa; nadie la hebe, con no ser tan salada como la del mar; es abundante de peces por la una y la otra costa. Algunas veces se mete la tierra adentro, pero porque el camino real del Inga iba muy derecho, no lo torcía; antes, por medio de la ensenada, más o menos conforme a la derecera del camino, se proseguía, hechas a mano unas calzadas derechas como una vira, y a trechos sus ojos llanos, por los cuales corría el agua. Hay calzada de dos leguas y más, a lo menos, por el otro camino, llamado de Omasuyo; también las hay menores, conforme a como es la ensenada; pero ya muchas de ellas por esta parte se han

(1) En el ms., *pareje*.

perdido por descuido de nuestras justicias, y se rodean en partes más de dos leguas y en otras menos, y ver aquellas calzadas y caminos derechos perdidos es compasión.

El remedio al principio era fácil, ahora es irremediable. Casi a la orilla, o costa, y un poco más adentro, a legua y más, tiene sus islas pequeñas en donde vivían indios pescadores llamados en ambas provincias Uros.

Estos no comían jamás maíz, lo cual de fuera parte se traía, ni otra cosa sino pescado y la raíz de esta totora, que es muy blanca, fría y desabrida; gente barbarísima, con lengua diferente de los demás de la tierra firme y la del Inga; muy raros la entendían, ni sabían, por cual dificultosamente recibían la fe; decían eran como puercos, pues comían totora como ellos; ya son un poco más políticos, después que los redujeron a pueblos sacándolos de las isletas de la laguna; van a Potosí a trabajar a sus tiempos, y hacen sus mitas en los tambos, que es decir sirven en ellos y dan recado, que es regularmente por noviembre, pero malo, porque están faltos de carneros para las cargas y para lo demás necesario, aunque se les paga conforme al arancel. Diré lo que me sucedió con uno de éstos: Yo bajaba de la ciudad de La Plata por orden de mi prelado a la de Los Reyes por este mismo mes, y venía a la ciudad de Arequipa; llegué a un tambo donde servían estos Uros, y habiéndome de partir pedí uno o dos carneros de carga; me los dieron, y un indio que los llevase y volviese; llegando al otro tambo, pagando su trabajo y de los carneros al Uro, díjome: "Padre, cómprame un real de pan." Yo le respondí: "Ve tú a comprarlo." Respondió: "No me lo dará el indio tambero, porque me conoce, soy Uro." Repliquéle: "Pues tú, Uro, ¿ya sabes comer pan?" Respondió: "Sí, padre, después que servimos en los tambos." Les ha aprovechado la reducción para que coman pan y beban vino, y para la doctrina ha sido lo principal. Pero verlos antes que amanezca en sus balsas de totora, casi desnudos, navegar y pescar y meterse tres y cuatro leguas y más, por una parte es para dar gracias a Dios; por otra, se les

tiene mucha lástima, porque caminamos por tierra muy arropados, no nos podemos valer de frío, y éstos, desnudos en el agua no lo sienten, o si lo sienten lo sufren, no con tanta pesadumbre como nosotros. Lo que no vi en el mar del Norte, ni en éste del Sur, vi en esta laguna: fue una manga de agua, la cual vista me admiré mucho: no había visto otra: en la compañía caminábamos cuatro o cinco de conformidad: venía un piloto que huyendo del mar quiso ver Potosí, pero volviéndose a su inclinación natural, no le había parecido bien la tierra y volvióse; preguntéle qué era aquello: entonces me dijo: "Aquello se llama manga de agua, y si cae en navío sin puente, sin remedio le anega, y de noche son muy peligrosas, porque no las vemos; de día huimos de ella como de la muerte." Cae de lo alto de las nubes hasta el agua; a la vista parecía tan gruesa como un mástil muy grueso de una carraca, y como va descargándose va adelgazando, a la cual, delgada, el viento la pone como un arco hasta que totalmente la nube se queda sin agua; todo esto vi entonces; he dicho esto para probar las tormentas que aquí se padecen; por lo cual, y porque no hay puertos, no se puede navegar con bergantines; uno se hizo y se comenzó a navegar en él, pero con una tormenta se perdió, y nunca más se ha hecho otro ni intentado hacerlo. Los indios en sus balsas también usan y se aprovechan de velas, conforme a como la balsa la aguanta.

CAPITULO LXXXV

De los pueblos que hay en esta provincia de Chucuito.

Tomó la denominación esta laguna acerca de los españoles, llamándola la laguna de Chucuito, por razón de una provincia así llamada Chucuito, la más rica del Collao, cuya cabeza es un pueblo así llamado, fundado casi en la playa de esta laguna por la una parte, y por la otra sobre un cerro no difícil de

(1) Tachado: provincia.

subir. Aquí reside, a lo menos tiene su casa, el curaca principal y la justicia, con título de gobernador. Los pueblos sujetos son: a dos leguas, Acora; a tres, Hilavi; a Juli, cuatro; otras tantas a Pomata, y cinco a Cepita, que todas son 18 leguas. Son grandes y ricos de ganados de la tierra, y de los nuestros no hay falta. Nuestra sagrada religión la tuvo a su cargo desde el principio que se redujeron a la Corona Real de Castilla, para doctrinarla, en cuya doctrina se ocupó muchos años, aumentando siempre el número de los religiosos, conforme a como nos aumentábamos.

Hubo en ella, ocupados en este oficio evangélico, muchos y muy buenos, y entre ellos el padre fray Melchor de Los Reyes, de quien en breve dejamos hecha mención; el padre fray Agustín de Formiceado, que hoy muy viejo vive; el padre fray Domingo de Narváez¹, cuyo cuerpo dijimos enterrado en el convento de nuestro padre Santo Domingo de Los Reyes, en el capítulo, pasados siete años se halló entero y los hábitos sin lesión; el padre fray Miguel Cerenzuela y el padre fray Domingo de la Cruz, a quien un demonio perseguía de día y de noche, con otros muchos grandes religiosos y grandes lenguas de la que llamamos Aimará, que es diferente de la general de los Ingas, más abundante y más galana; con cuyos trabajos, artes, vocabularios, cartapacios y sermones otros el día de hoy triunfan, como si ellos lo hubieran trabajado; quitóla a la Orden don Francisco de Toledo, residiendo en ella 30 religiosos; si con justicia o con pasión, ya ha dado cuenta a Nuestro Señor de ello; la dio primeramente a clérigos; después el pueblo mayor, que es Juli, dio a los padres de la Compañía. Pero cuánta diferencia haya (no trato de los padres de la Compañía, que hacen su oficio religiosamente) del un tiempo al otro, del concierto y ornato de los templos y servicio del altar, los ciegos que pasan por el camino lo ven. Hallábanse en estos pueblos 20.000 indios tributarios; ahora no sé si hay tantos, porque se han marchado muchos

(fama es más de 6.000) a una provincia de infieles y de guerra, de los Chunchos, dejando sus mujeres, hijos, casas y haciendas. Por qué causa, no está en mí decirlo en este lugar; en otro, si me viese sin ningún temor de mal suceso humano, creo lo diría.

En el pueblo de Juli, digo, en su término, no lejos, descubrió un indio una veta de plata rica; quiérensela quitar, diciendo que el indio no puede tener mina de plata; el procurador del indio apeló para la Real Audiencia de la ciudad de La Plata (yo estaba a la sazón en ella); quitánsela; perdióse la veta hasta hoy; no sé en qué se pueda fundar que yo, en mi tierra, como el extraño, no pueda tener mina, principalmente descubriéndola yo.

CAPITULO LXXXVI

Del pueblo [de] Copacavana.

Desde Pomata, tomando el camino sobre mano izquierda, dejando el real a la mano derecha, ocho leguas dista el pueblo Copacavana, a donde se redujeron muchos indios que de diversas provincias de este Perú vivían en una isla de la laguna, dos leguas de este asiento y tierra firme, una por mar, otra por tierra; llámase esta isla Tiquicaca, donde era el más famoso adoratorio que el demonio en todos estos reinos tenía, y para su servicio mandaba que de las demás provincias de él que señalaba le sirviesen allí indios; sólo a unos exceptuaba, llamados Puquinas, que viven la mayor parte en el camino de Omasuyo, que es de la otra parte de la laguna, por ser gente, como de suyo es, muy sucia, más que otra de estos reinos, como si el demonio fuera muy limpio; antes que estos indios se redujesen y se deshiciese aquel famoso y falso adoratorio, todavía el demonio, por los pecados de éstos, aunque ocultamente, era reverenciado y obedecido; para comprobación de lo cual diré lo que un religioso nuestro me refirió le había pasado no ha veinticinco años, viviendo en un pueblo y doctrinándolo, llamado Tarama, distrito de la ciudad de Guánuco, siete le-

(1) Tachado: el padre fray Miguel Cerenzuela.

guas del primer pueblo del valle de Jauja, llamado Butun Jauja, que es decir el gran pueblo de Jauja.

Sucedíole, pues, que estando en esta doctrina llegó a él un fiscal de ella, indio, y díjole: "Padre, aquí está un Cachá, que es un mensajero, de Tiquicaca." El religioso, aunque no había vivido por allá arriba, tenía noticia de este adonadorio, y luego advirtió a lo que podía ser; dijo al fiscal: "Tráemelo aquí." Se lo trajo. Era un indio bien dispuesto; llegó a guisa de caminante, la manta ceñida; preguntóle: "De dónde eres, hijo?" Responde: "De la isla Tiquicaca." Replicóle: "¿Dónde vas?" Respondió: "A Quito." (Hay desde Tiquicaca a Quito más de 500 leguas.) "¿Quién te envía?" Responde: "El Apo, que es el señor de Tiquicaca." Bien entendió el religioso que el que le enviaba era el demonio. "Así, ¿Tiquicaca te envía? Pues yo os doy mi palabra que no habéis de ir allá y que os tengo que castigar por el mensaje. Del demonio sois mensajero." Respondióle el indio: "Padre, yo tengo que ir." El padre: "No iréis; yo os azotaré y trasquilaré primero y echaré en la cárcel." Responde el indio: "Padre, los azotes y trasquilarme, no lo quitará Tiquicaca; mas dejar de ir no lo impedirás." Viendo esto el religioso, ¿qué había de hacer? Mándale azotar y trasquilar, a la justicia, por mensajero del demonio, y que lo echan en la cárcel, en el cepo, y toma la llave de la cárcel y cepo; a la mañana va a ver su indio allá en la cárcel; él va a buscar el indio; el cepo halló cerrado, pero el indio nunca más le vio. ¿Este fue indio o demonio, que no pareció más?

El religioso que esto me dijo, y a otros muchos, en la ciudad de Los Reyes, se llama fray Juan de Torrealba, que ahora vive en España, hombre de mucha verdad, y no tenía por qué fingirlo.

Para deshacer este adoratorio, que llamamos guacas, fue acertadísimo sacar los indios de aquella isla y poblarlos en la tierra firme, a la lengua casi del agua, en un cerro no alto, llamado así Copacavana. Este pueblo tenía a su cargo un clérigo, gran lengua de la Alimará y de la Quichua (así se llama la de los

Ingas), llamado el bachiller Montoro; la iglesia es buena; hicieronla religiosos nuestros, porque este pueblo y otro que dista de éste una breve legua, llamado Yunguyo, se incorporaron, en cuanto a la doctrina, con la provincia de Chucuito. El buen clérigo mandó hacer a un indio una imagen de bulto, que colocó en la iglesia, al lado de la Epístola, en un altar, por sí; la intituló de la Purificación; yo la he visto tres o cuatro veces; tiene de largo, sin la peana, una vara y cuatro dedos; salió hermosa de rostro, con su Niño Jesús entre los brazos, y aunque es así (como luego diremos) que los indios tienen poca fe o ninguna, algunos hay en quien Nuestro Señor la ha infundido. Estos son pocos.

En aquel pueblo había un indio casado que a su mujer daba mala vida y aborrecía grandemente; ella era buena cristiana y devota de aquella imagen de Nuestra Señora; el marido, persuadido del demonio, sacóla al campo para ahorcarla; echóle la soga a la garganta y quiso ahorcar; la india, muy de veras se encomendó a Nuestra Señora, y poniéndola ya su marido para lanzarla de un árbol abajo, apareciósele Nuestra Señora en figura de aquella imagen; el indio deja la mujer y pone pies en polvorosa, mirando para atrás, lleno de temor; la india quedó libre hallándose en el suelo, la cual también vio a Nuestra Señora en su favor; vino a la iglesia, hincóse de rodillas delante del altar de Nuestra Señora, dándole gracias; da noticia de este milagro al clérigo, hácese la averiguación, traen al marido, confiesa la verdad, que todavía estaba temerosísimo; llámase al corregidor de aquel partido, que a la sazón era don Jerónimo Marañón; convocáronse los clérigos comarcanos, hízose una solemne procesión con los indios del pueblo y otros que acudieron y algunos españoles que por allí se hallaron; luego se comenzaron a multiplicar milagros, que pintaron en las paredes de la iglesia; hízose libro de ellos, pero algún luterano oculto que por allí pasó lo hurtó, mas no pudo hurtar la memoria de ellos, que como eran frescos no se habían olvidado y tornáronse a escribir.

Los milagros han sido muchos y no-

tables, de los cuales escribiré dos aquí, que oí al mismo bachiller Montoro: el uno fue que, habiendo falta de aguas para las comidas, los indios determinaron hacer una procesión a instancia de este sacerdote, sacando la imagen de Nuestra Señora, y para esto la parcialidad que llaman *Hañan saya*¹, que es la más principal, tratólo con la menos principal, llamada *Urin saya*²; ésta no quiso venir en ello; los *Hañan sayas* hacen su procesión; fue Nuestro Señor servido, para confundir a estos indios de poca fe, que, con tener las chácaras juntos, parten linderos, lloviese en la de los *Hañan sayas* y no en las de los *Urin sayas*. El otro fue: dos indios, marido y mujer, trajeron de más de 40 leguas un hijo solo, que tenían contrahecho, a Nuestra Señora, que se lo curase; en abriendo la puerta de la iglesia por la mañana, tomaban su hijo, que ya sabía hablar, tenía de siete a ocho años, y ponían delante del altar de Nuestra Señora; de esta suerte le ponían por espacio de diez o doce días; sucedió que el niño un día comenzó a hablar con la imagen de Nuestra Señora y a decirla: "Señora, ya ha muchos días que mis padres me ponen aquí delante de Vos, para que me sanéis, y no me sanáis; la comida ya se les ha acabado, y están lejos de nuestra tierra; sáname ya, Señora, y si no, nos volveremos a nuestra tierra." Dicho esto se levantó el niño sano y salvo, como si no hubiera padecido lesión alguna, y salió a buscar a sus padres, que fuera de la iglesia, en el patio o cementerio de ella, estaban.

Volviéronse con su hijo a sus tierras. Las palabras del niño, los demás que allí se hallaron las refirieron. A la fama de esta imagen y milagros concurrían en romerías desde el Cuzco, que son más de 100 leguas, y desde Potosí, que hay otras tantas, muchas personas, y las que no, enviaban sus limosnas aventajadas; de suerte que si se hubiera tenido un poco más de cuidado fuera riquísima la capilla. Arden delante del altar tres lámparas muy grandes y muy bien labradas, que personas particulares han

enviado para el culto de Nuestra Señora; coronas tiene muchas; anillos con piedras riquísimas; quitóse la doctrina al clérigo poco antes que muriese; y se dio por orden de Su Majestad y buena diligencia que se dieron, a los padres de San Agustín, donde tienen un priorato. Ya los milagros no son tan frecuentes, por nuestros pecados, y aun no han cesado los que con las medidas de la imagen se han hecho: el contador Garnica, quebrado, ciñéndose la medida sanó. Los hechos no es de mí escribirlos, porque piden un libro entero. Los padres agustinos tendrán cuidado de ello.

Fue Nuestro Señor servido, para confunción del demonio y para alumbrar a estos miserables, que cerca de aquel lugar, donde con tanta reverencia el demonio era adorado, allí se hiciesen muchos milagros por Nuestra Señora a gloria de Su Majestad y de su Madre sacrosanta.

No creo hay ciudad, en lo que he visto de la de Los Reyes y Potosí, donde no haya capilla de Nuestra Señora de Copacavana, y en pueblos de indios hay no pocas de esta advocación, y en algunos se dice se han hecho milagros, como es en Pucarani, ocho leguas de la ciudad de La Paz; el indio que hizo esta imagen, aunque ha hecho otras, ninguna ha sacado como ella; ha sido llamado a muchas partes y las ha hecho¹, y estando en la ciudad de La Paz le llamó el presidente de la Audiencia, el licenciado Cepeda, y le dio silla, diciendo: "Quien hace imagen de Nuestra Señora que obra milagros, merece se le dé silla delante de un presidente."

CAPITULO LXXXVII

Del pueblo [de] Cepita y [De]s[a]guadero.

De Copacavana volvemos al camino real, sobre mano derecha, en demanda del último pueblo de la laguna de Chucuito, ocho leguas tiradas.

Es pueblo frío y destemplado como los demás, y ninguno tanto como éste

(1) Al margen: barrio de arriba.

(2) Al margen: barrio de abajo.

(1) En el ms., *yo las he hecho*.

en toda esta provincia, del cual dista el Desaguadero de esta laguna dos leguas y media. El Desaguadero es tan ancho como un tiro de piedra; el agua tiene muy poca corriente: parece como embalsada. Comúnmente se trata en este reino que no se le halla fondo, y que el agua por abajo corre con tanta velocidad que, por mucho que pese una piedra, si con ella la quieren sondar, se la lleva el agua.

La primera vez que pasé por este Desaguadero llevaba intención de sondarlo y averiguar esta verdad; llegando con más de 50 brazos de sogas que saqué de Cepita, me puse en medio del puente con una piedra como medio adobe; la eché al agua y luego se fue la piedra derecha al fondo como si no hubiera corriente alguna; sopeséla y sacándola, hallé cuatro brazas y media de agua, de suerte que lo que se dice es fábula; también decían que cayendo alguna cosa en el agua era imposible salir; también lancé un perro, y fácilmente salió nadando; y que por abajo no haya corriente es fácil de persuadir, aunque no lo hubiera experimentado con la sonda, porque como toda aquella agua sea un solo cuerpo, si por abajo fuera tan raudo y corriente, por el medio y por arriba había de correr de la misma suerte.

Tiene este Desaguadero un puente, el mejor, más fácil y seguro del mundo; es llano y de totora asentada sobre tres o cuatro maromas de icho, muy estiradas; hacen los indios unas balsas fuertemente atadas de esta totora, a manera de media luna cuando se muestra después de la conjunción; el convexo, que es el lomo, asientan sobre las maromas muy bien atado, y luego junto a esta otra, y así las multiplican desde el principio al fin y las unas con las otras las atan. El vacío que hay entre una y otra, porque estas balsas son redondas, hinchénlo con enea o totora suelta, que es lo mismo, de suerte que la punta queda llana y rema de ancho tres varas largas; es segurísimo y puédese pasar a caballo, aunque yo muchas veces que le he pasado me apeo, llevando la cabalgadura del diestro. Hay aquí indios con pescado, los cuales tienen cuidado de reno-

varlo, y son tan diestros en ello, y en saber, por la experiencia que tienen, cuándo conviene hacerlo, que no pierden punto, porque ya saben cuándo han de renovar las maromas y las balsas.

De este Desaguadero se hace otra laguna que llaman de Paria, o de Challa-collo por otro nombre, no tan grande, ni con mucho, como ésta; desagua contra el mar del Sur, sumiéndose sin que responda a alguna parte; por ventura, por las entrañas de la tierra va dar al mar.

CAPITULO LXXXVIII

Del pueblo Tiaguanaco.

Seis o siete leguas delante del Desaguadero llegamos al pueblo de Tiaguanaco, donde apartados un poco del camino real, sobre mano derecha, hay unos edificios antiguos de piedra recia de labrar, que parecen labradas con escuadra, y entre ellas piedras grandísimas; casi no pasa por aquel pueblo hombre curioso que no las vaya a ver.

La primera vez que por allí pasé con otros dos compañeros las fuimos a ver, donde vimos unas figuras de hombres de sola una piedra, tan grandes como gigantes, y junto a ellas de muchachos, la cintura ceñida con un talabarte labrado en la misma piedra, sin tiros, como usan los que traen tahelíes. Paredes no había altas, ni casa cubierta; ocuparía este edificio más que cuatro cuadras en torno. No saben los indios quién lo edificó, ni de dónde se trajeron aquellas piedras, porque en muchas leguas a la redonda no se halla tal cantera. Es fama haber allí gran suma de tesoro enterrado; se ha buscado con diligencia, mas, como andan a ciegas los buscadores, no han dado con ello; sólo dan con la plata que sacan de la bolsa para el gasto.

Ahora se aprovechan de aquellas piedras para el edificio de la iglesia de este pueblo. De aquí a Calamarca, otro pueblo de indios, hay dos jornadas largas, donde se junta el otro camino de Omasuyo, que corre por la otra parte de la laguna; por lo cual es necesario volver a tratar de él.

CAPITULO LXXXIX

Del camino de Omasuyo.

Desde el pueblo de Ayaviri, que dijimos ser el primero del Collao, tomando sobre mano izquierda, comienza el camino y se sigue la provincia llamada Omasuyo, que corre por la otra parte de la laguna de Chucuito; esta provincia está muy poblada, y por la mayor parte son Puquinas; son recios de ganados de la tierra, y participan de más maíz y trigo que los de la otra parte, por tener sobre mano izquierda la provincia de Larecaja, abundante de lo uno y de lo otro.

Esta provincia es montuosa, llena de sabandijas ponzoñosas, de tigres y osos y leoncillos; de aquí se proveen de madera para las iglesias, así los de la una parte de la laguna como los de la otra, y de otra más menuda para sus casas. Por esta parte la laguna (digamos) se mete más la tierra adentro con esteros, por medio de los cuales llevaba su camino el Inga, derecho como hemos dicho; ahora, por descuido de los corregidores, que con tiempo no lo han querido remediar, está perdido en muchas partes, y rodeamos por algunas enseñadas más de dos leguas, y en otras menos, conforme es la calzada perdida. Tiene también esta provincia, a la propia mano izquierda, primero, o un poco más abajo que a Larecaja, la provincia de Carabaya, o por mejor decir, las montañas, porque no son pobladas, cálida, lluviosa y montuosa, donde antiguamente se sacaba oro en abundancia, subido de la ley; ahora también se saca, pero mucho menos; la razón es porque siendo tan cálida para los indios que lo han de sacar, que los llevan de esta provincia de Omasuyo, es muy enferma, y justísimamente se prohíbe vayan los indios a ella contra su voluntad, ni con ella, a sacar oro; con todo eso, hay españoles y corregidor, y no pienso va mal aprovechado el que lo es. Junto a esta laguna hay un pueblo, llamado Arapa, de donde dos leguas, o poco más, según me dijo un sacerdote clérigo que en él residía, que tiene otro desaguadero esta laguna, no de tanta agua como el que hemos

dicho, de suerte que desagua a uno y otro mar.

En toda esta provincia no he visto, dos veces que por ella he caminado, cosa digna de memoria, si no es el pueblo de Guarina, dos leguas adelante del cual fue la batalla desgraciada entre el general Diego Centeno, que defendía la parte del rey, y el tirano Gonzalo Pizarro, éste con 400 hombres y Centeno con 1.200; aquí fue desbaratado, y la flor de los vecinos y capitanes muertos y presos, y enterrados más de 40 hombres en un hoyo donde ahora está una ermita harto malparada, sin que los hijos de los que allí tienen sus padres la reparen ni aun hayan gastado un real, y están algunos de éstos vivos y muy ricos; mas de sus padres creo se acuerdan poco.

CAPITULO XC

De la ciudad de La Paz.

De aquí de Guarina a la ciudad de La Paz son dos jornadas, la cual se llamó así por ser poblada en medio de Potosí y el Cuzco, donde había, los años pasados, o de donde se temían algunos alborotos, y porque de aquí se había de salir a apaciguarlos se llama la ciudad de La Paz, en la cual, por la mayor parte, hay poca entre los vecinos de ella. Poblóse en valle hondo por ser lugar más abrigado, junto a un río pequeño de buena agua; no lleva peces por la frialdad del temple, pero provéese y bastantemente de la laguna, que la tiene a ocho leguas, poco más; aquí no se da sino muy poco maíz en unas quebradillas junto al pueblo, donde hay un poblézuelo pequeño de indios para su servicio. El río abajo, a seis leguas y más, se dan viñas y frutas de las nuestras muy buenas, y a diez, desde arriba, hay vales calientes, principalmente uno, llamado Caracato, en el cual se han plantado viñas y se coge mucho y buen vino, y alguno tinto, a quien no hace ventaja el de España.

En este valle tienen los más de los vecinos sus heredades. El trigo y maíz les traen de la provincia de Larecaja, y de otro valle más abajo dicho, Cocha-

panipa; los vecinos de aquí, a lo menos los viejos, eran muy ricos, así de plata como de ganados nuestros, particularmente ovejuno, por los muchos y buenos pastos que hay en la comarca y cerca del pueblo; a cuya causa en el mismo pueblo conocí un obraje de paños, donde se hacían blancos y pardos, mejores que los que nos traen de Castilla, frezadas y otras cosas. Sustenta cuatro monasterios: San Francisco, San Agustín, la Merced y Teatinos, que en breve se han hacendado y muy bien; tienen su sitio en una cuadra de la plaza, y en él no pocas tiendas para mercaderes y pulperos. Es pueblo de mucha contratación, a lo menos solía ser, y donde se remediaban soldados pobres hasta que se proveyeron corregidores de naturales.

CAPITULO XCI

Del pueblo Calamarca y demás provincia del Collao.

De aquí al pueblo Calamarca, que quiere decir pueblo fundado en pedregal, y así es, ponen ocho leguas tiradas y largas y llanas, adonde, no una legua de él, se junta con el camino real, que viene de Chucuito, el que viene de Omasuyo a la mano derecha, del cual dejamos a la mano derecha la provincia llamada de los Pacajes, donde los más de los vecinos de La Paz tienen sus repartimientos. Es provincia riquísima de ganado de la tierra, y es el mejor, los carneros más bien hechos y que llevan más carga, y valen más que los de otras partes. Es tierra llana, muy fría en todo tiempo, de grandes tempestades con truenos, rayos y nieves, como las demás de la sierra.

Luego se sigue la provincia de Paria, de la misma calidad, fértil juntamente de ganado porcino, porque se cría mucho en la ribera de la laguna que dijimos se hacía del Desaguadero; de aquí se siguen los Quillacas; ya éstos son del repartimiento de la ciudad de La Plata, y también Paria, provincia más seca, pero de la misma calidad en lo demás, y desde el Desaguadero hasta los Quillacas, todo comúnmente se nombra Pa-

cajes; en todas estas naciones hay pueblos de indios grandes y ricos de ganados, faltos de leña para cubrir las casas y aun para el fuego, aunque les proveyó Nuestro Señor de una que llaman tola, que casi la hoja tira a nuestro romero, y quemada huele bien, no mucho. Hay en estas provincias grandes salinas, por lo cual ahora hace pocos años se descubrieron unas minas de plata, que por este respecto se llamaron de las Salinas; ya creo han cesado por su pobreza.

CAPITULO XCII

Del tambo de Caracollo y camino por los valles hasta La Plata.

De Calamarca al tambo de Caracollo, asaz frío y destemplado, se ponen cuatro jornadas, en medio de las cuales se fundó el pueblo llamado Sicasica; tiene este pueblo nombre por una fuente de agua que se le trajo bonísima, y por un espinillo que no crece un palmo, salubérrimo, tomando un sahumero, para catarros, toses y apretamiento de pecho, y para otras enfermedades, bebida el agua de su cocimiento, tanto que de España se pide como cosa preciada. De aquí a Caracollo son 12 leguas: siete de ellas, a una ventilla, en torno de la cual solía andar un mestizo, famoso ladrón de caballos y mulas; esta venta no tiene recado para poner las cabalgaduras en caballeriza: andan al campo al pasto; salía este mestizo de unas quebradas, recogía todos los caballos con dos o tres indios que traía al trato, y daba con ellos en Arica; allí los vendía por poco precio; cogióle la justicia, y preguntándole por qué siquiera no dejaba algunas, respondió: "Porque no fuesen tras mí." Finalmente, pagó en la horca sus delitos.

De Caracollo, tomando el camino por la mano siniestra, 15 leguas andadas, llegamos al valle de Tapacari y pueblo; en las ocho de las cuales, en medio de una cordillera muy fría, se hizo una ventilla con solas dos casas, que lo más del año no habita nadie en él por destemplanza del frío, y a dos leguas andadas comenzamos a bajar una cuesta no menos que

de tres leguas, hasta que damos en el valle y pueblo sobredicho; ya esta tierra es más templada, aunque Tapacari, por estar al pie de la sierra, es más frío que los demás valles y pueblos; se da maíz y trigo, duraznos y membrillos en lugares abrigados; hay aquí un convento de los padres de San Agustín con título de priorato. Los padres que en él residen son dos o tres. Los demás, en otros pueblos.

De Tapacari hay dos jornadas al gran valle y ancho llamado Cochabamba, que quiere decir tanto como valle cenagoso, porque todo está lleno de ciénagas, si no son a las faldas de los cerros, que por una parte son muy altos y nevados; en estas faldas se da mucho maíz y trigo y aun algunas parras, frutas de las nuestras todas y árboles, y en medio de él hay algunos altozanillos donde se da lo mismo. En este valle el sustento de Potosí, de trigo, maíz, tocinos, manteca; hará treinta y cuatro años se pobló un pueblo de españoles en él que va en mucho aumento, cuyos vecinos algunos son ricos de plata, pero de ganados nuestros casi todos. Hay en este valle dos repartimientos de indios y muy buenos. Aquí tenía su repartimiento el licenciado Polo, con una cría de famosos caballos caminadores y aun corredores; ya se ha perdido después que murió; su hijo no tiene tanto cuidado como su padre. Es templado el valle, pero tiene una plaga irremediable—ya la hay desde Tapacari en toda esta provincia de Los Charcas, que desde Taquiri comienza y no cesa en todo Tucumán, y llega hasta los primeros pueblos de Chile—, y es unas cucarachas llamadas acá hitas, tan grandes como las medianas de los navíos del mar del Norte, de aquel color, con alas; mas diferéncianse en que éstas tienen un aguijón casi invisible con que pican, y tan delicadamente que no se siente, de noche después de apagada la lumbré; empero desde a dos días se levanta una roncha como una haba, con tanta comezón que no se puede sufrir, hasta que con una poquita de agua que allí se cría la echamos fuera, y luego se descansa; mas al que no tiene buena encarnadura se le hace una llaga que da pesadumbre; tienen miedo a la lumbré,

mas, apagada, o bajan por las paredes o del techo se dejan caer a peso sobre el rostro o cabeza del que duerme. Las que bajan pican en las piernas; las que se dejan caer, en la cabeza y rostro. No pican a ninguna persona que de suyo sea melancólica, o que tenga mal olor de cuerpo, o pies, con ser ellas de muy mal olor; lo he visto por experiencia; son torpes de patas por tenerlas largas y delgadas, y, llena la barriga con la sangre que han chupado, no pueden andar. También se crían chinches pequeñas como las de España. Criáanse en todos estos valles muchas víboras de las de cascabel, de que hemos tratado, y en los altos, con otras pequeñas como las de España, y otras que se abalanzan tanto como una lanza a picar; en las montañas y árboles se suben otras y de allí se arrojan a picar a los caminantes; éstas dicen ser áspides. Todas las picaduras de estas víboras son irremediables si luego no se les acude con el remedio que ya dijimos y enseñamos; otro se me olvidó poner allí: curarse con una raicilla de que hay abundancia en esta provincia, junto a la ciudad de La Plata; ésta es delgada como el dedo, negrilla, huele como higuera; se da en polvos poca cantidad, súdease con ella, y se ha de tener dieta: llámamosla en estas partes contrahierba.

CAPITULO XXIII

De los valles y pueblos desde Cliza a Misque.

De Cochabamba a Pocona ponen 15 leguas, en medio de las cuales cae el valle de Cliza, muy ancho, de más de cuatro leguas, y de largo más de ocho; vive aquí Eolo con todos los vientos (si nos es lícito hablar como los poetas), porque en verano son insoportables, por cuya razón el trigo de este valle es bonísimo y de lo mejor del mundo, y el maíz lo mismo; no tiene agua, que si tuviera abundancia de ella era suficiente él solo a dar trigo y maíz a Potosí, de donde dista más de cuatro leguas, y aun a todo el Collao.

El río que sale de Cochabamba, y di-

vide estos dos valles, no es provechoso para sacar acequias, porque corre casi al fin de él. Diré lo que hay por muy cierto, que sucedió en este río a un soldado (así llamamos a los solteros que no tienen casa conocida): el pobre había jugado y perdido lo poco que tenía en una chacara de este valle, y ya que anocheecía, medio desesperado, tomó su camino para Cochabamba; llegando a este río, ya a media noche, hallóle de avenida; no tiene puente; no se atrevió a vadearle, y apeándose del caballo buscaba por donde pasar; no hallando, dijo: "¿No hubiera algún diablo que me pasara?" No lo dijo a sordas, y Nuestro Señor, que le quiso castigar, arrehátanle y pásanle de la otra parte por medio del agua y tórnanle a pasar; de esta manera lo llevaban y traían de una parte a otra, hasta que finalmente lo dejaron, bien mojado, de la otra parte del río, donde halló su caballo. El miserable, medio muerto y no poco temeroso, tomó su caballo y siguió su camino hasta Cochabamba, una legua poco más, donde contó en una posada lo sucedido; otro día confesó, y después vivió pocos días. Esto oí a personas que conocieron a este soldado, y lo nombraban; cuando lo oí no tenía intención de escribir esto y así no encomendé a la memoria el nombre. A la ribera de un arroyo que tiene este espacioso valle viven algunos españoles en sus chacaras, donde fuera de las sementeras tienen algunas viñuelas, más para uvas que para vino, con algunos árboles de los nuestros, membrillos, manzanas y duraznos. Cuando descubrimos el valle parece estar lleno de indios que lo labran, y son unos hormigueros tan altos casi como un estado. Críase en él mucho ganado ovejuno, muy sabroso por la hierba que nace en tierra salitral, y el agua es salobre.

No faltan aquí víboras de toda suerte, y en las casas muchas hitas. El temple del pueblo Pocona, siete leguas más adelante, es muy frío, por estar más alto. Hay en él 3.000 indios tributarios; doctrínalos padres de San Francisco y es guardianato; son indios trasplantados de este valle de Jauja; trasplantólos el Inga, a los cuales llamamos mitimas; son indios muy ricos, así por los

ganados como por la coca que sacan de tierra caliente, llamada los Andes de Pocona, y aunque es enferma, no tanto como los Andes del Cuzco. Es fértil de las sabandijas que dijimos haber en los demás Andes. Críanse allí osos muy grandes que trastornan las mujeres, y ellas, viéndoles, ninguna resistencia hacen: hay terribles tigres, y ha sucedido llegar un tigre a la casa donde dormían muchos indios, y de en medio de ellos, si había alguno no bautizado, llevárselo en las uñas, sin hacer daño a los bautizados; esto no es fábula.

A ocho leguas de aquí entramos en el valle de Mizque, y antes de llegar a él pasamos por dos vallecillos pequeños, pero de muchos cedros finísimos, donde hay algunas chacaras de españoles; hay viñas en las cuales se coge bonísimo vino, y el agua donde se dan los cedros es tal; parece que no aguanta el cedro regarse con agua gruesa.

Mizque es valle ancho, con dos ríos, uno mayor que otro; el mayor lleva sábalos grandes y buenos; en él hay un puesto de indios; es abundante este valle de viñas y vino muy bueno, y frutas de las nuestras y hortaliza; pero lo que mejor se da son cardos, que por no espantar los oídos de los que leyeren estos borrones, no quiero decir cuán grandes los he visto; es abundante de víboras como los demás, y de hormigas a los pies de las cepas, que les roen las raíces y luego se secan; el remedio es echar agua hirviendo en el hormiguero; mátalas y salen arriba huyendo, donde a escobazos las matan.

Todos estos valles, con toda la provincia de los Charcas, tienen al cielo por contrario, por los grandes pedriscos que sobre ellos vienen y descargan; la causa natural es ser esta provincia llena de minerales, y como los vapores que de ellos saca el Sol sean gruesos, fácilmente se convierten en pedriscos, y si alguno de ellos es combatido, es este valle de Mizque, y a la viña que da, o árbol frutal, en tres años no vuelve en sí. Tiene otra plaga, y es que se crían, así en los indios como en los españoles, papos, que acá llamamos cotos, en las gargantas; yo he visto hijos de españoles nacer con ellos; el remedio experimenta-

do es atarse a la garganta una o dos cabezas de víbora, y con esto se resuelven.

Conocí a un hombre, llamado Simón Albertos, con uno muy grande, y sabiendo este remedio, se echó dos cabezas de víboras al cuello, y le vi sano, como si no hubiera tenido tal en toda su vida. Pues ¿no hay remedio para apocar las víboras? Sí hay, y son los puercos; éstos las apocan; pero en el tiempo de las aguas se crían muchas por la constelación del cielo y por la humedad y fertilidad de la tierra. Es cosa de admiración ver pelear un puerco con una víbora. En viéndola, eriza todas las cerdas del cerro; la víbora, en viéndole, levanta la cabeza cuanto naturalmente puede y se está quieta. El puerco rodéala hozando y guardando con la tierra el hocico, no le pique en él; si le pica, como un gamo se va al agua y pone el hocico en ella, hasta que se siente sano; vuelve con la misma velocidad a la batalla; la víbora no se aparta de su lugar; el puerco se le va llegando hozando, y cuando ve la suya, es prestísimo: con una mano pónela encima de la cabeza de la víbora, y dando con ella en el suelo la aprieta tan fuertemente con la tierra que no la deja volver a picar, y con la boca hácela dos pedazos y luego se la come. He dicho esto para alivio del prudente lector.

CAPITULO XCIV

De la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

Desde este valle de Mizque se toma el camino, sobre mano izquierda, para la provincia de Santa Cruz de la Sierra; esta provincia es abundante de maíz y en algunas partes de trigo; el temple de la ciudad es bueno; dista de este valle más de 120 leguas, en partes, de mal camino, falto de agua.

Para ir a esta ciudad se pasa por unas montañas donde viven indios Chiriguanas que comen carne humana, y algunas veces suelen salir hasta bien cerca del valle de Mizque, donde hacen el daño que pueden, y a los caminantes

lo hacen saliéndoles de través, y si los cogen descuidados lo pasan mal los nuestros, como lo pasaron ha muchos años, que saliendo de la ciudad de Santa Cruz la mujer del general Nuño de Chaves, de quien luego trataremos, salieron al camino y la quitaron a los soldados que con ellos venían, peleando. Mas viendo los soldados lo sucedido, se concertaron, como hombres nobles y valientes, de morir o recobrarla, y siguiendo a los enemigos los alcanzaron, y sin riesgo de las mujeres quitaron la presa y se volvieron a su camino, sin que los indios se atreviesen más a pelear con ellos. Fue capitán Francisco de Montenegro, bien experto entre los Chiriguanas y de ellos conocido; y algunos años después, un buen hombre llamado Romaguera, viviendo en una chácara no dos leguas apartado de Mizque, de noche dieron en su casa los Chiriguanas y le mataron y se llevaron mujer y dos o tres hijas y mucho servicio. y hasta hoy, si no las han matado, se las tienen allá.

Estos indios, aunque comen carne humana, no comen la de ningún español, porque los años pasados, comiendo uno, a todos los que lo comieron les dieron cámaras de sangre y murieron; los restantes, avisados del suceso, no la comen; pero al que toman vivo, para matarle usan de exquisitos tormentos.

Pasadas las montañas de estos Chiriguanas se siguen unos llanos muy grandes, donde hay gran cantidad de miel y mucho ganado nuestro vacuno, cimarrón, muy gordo, que se multiplica allí de un poco que se quedó de un pueblo de españoles que hubo a la vera de un río grande que llamaron de la Barranca. No se pudo sustentar; despobláronle, o por la guerra continua con los indios comarcanos, llamados los Chiquitos, belicosos y de hierba, aunque no caribes, o por la pobreza de la tierra; despoblando, no pudieron sacar todo el ganado sin que alguno se quedase, de lo cual se ha multiplicado mucho para proveimiento de los pasajeros, porque de gordo no puede correr, particularmente las terneras, que al primer apretón se quedan estacadas. Ahora me di-

cen se ha vuelto a poblar este sitio, que será freno para los Chiriguanas.

De aquí a Santa Cruz de la Sierra, todo o lo más está despoblado y sin agua, si no son unos jegüeyes, a quienes lo más del tiempo falta agua; es tierra llana, y ésta es la causa. Este pueblo pobló el general Nuño de Chaves, hermano del padre maestro fray Diego de Chaves, doctísimo, verdadero hijo de Santo Domingo, varón integérrimo en todo género de virtud, primer confesor del príncipe nuestro señor don Carlos y después del rey nuestro señor Felipe II, sin que jamás se le conociese amor a cosa terrena.

El general Nuño de Chaves, subiendo por el Río de la Plata arriba, muchas leguas de la Asunción, pueblo principal de aquella gobernación, dio en este asiento, pobló y púsole el nombre susodicho, en medio de muchos indios chiriguanas, porque a una parte y a otra del pueblo los hay. Cercó la ciudad de tres tapias, fortaleció las puertas; en todos estos reinos no hay ciudad cercada; vélese por los enemigos tan comarcanos y malos. De aquí salió en demanda de unos cerros donde se entendía haber minas de plata, en tierra de guerra; llevaba consigo españoles y mestizos, buenos soldados, y también chiriguanas por amigos, que le ayudaban, por ser gente belicosa.

En un reencuentro que tuvo con los indios de guerra, alcanzada la victoria, los chiriguanas pidiéronle parte de los indios cautivos y presos para comérseles, diciendo le habían ayudado. El general no se los quiso dar; guardáronsele, y dejando a don Diego de Mendoza, creó cuñado suyo, con todo el ejército, apartóse con 12 ó 14 soldados y los chiriguanas 15 leguas, pocas menos, a cierto paraje, en el cual los chiriguanas determinaron de matarle, y no lo trataban tan secreto que no se entendiese su mala intención; avisaron los soldados a su general; hizo buela de los que le avisaban, y un día, que fue el de su muerte, viniendo los chiriguanas determinados de poner en ejecución lo concertado, estaban con el general tres o cuatro soldados, Juan de Paredes y Diego de Ocampo Leyton,

ambos extremeños y hombres de vergüenza, ánimo e hidalguía, con sus arcabuces y cuerdas en las serpientes; dijéronle: "Señor, estos indios vienen con mal pecho. Si vuestra merced manda, aquí los despacharemos". Enojóse el general y díjoles: "Quitaos de ahí. ¿Para qué me ponéis esos miedos? Apagad las cuerdas y dejadme con la lengua", un mestizo que servía de ella. Replicáronle; no aprovechó nada. Apagaron las cuerdas y no fueron cuerdos, y fuéronse a un bohío donde estaban los demás. El general estaba en una hamaca, entre las piernas la celada, encima de una rodilla, y sin espada, vestida una cota; como quedó solo con el mestizo lengua, entran los chiriguanas, comienzan a quejarse que no les daba parte de la presa; descuidante, llegó uno por detrás, que el pobre general ni la lengua lo advirtió, alza la mano y con una macana de palma le da un golpe en la cabeza que le aturdió y dio con él de la hamaca abajo. El lengua salió dando voces: "Al general han muerto! ¡Al general han muerto!". Los pocos soldados túrbanse, y como no tenían mecha encendida, uno de los dos arriba referidos arrebató un tizón y puso fuego al arcabuz; dispara sin saber adónde tiraba y acertó a dar en un caballo y matóle. Los indios pensaron que los soldados venían sobre ellos; retiráronse a una montañuela que cerca estaba, para guarecerse de los arcabuces, que si vinieran sobre los nuestros allí los mataran a todos. Retirados, tuvieron lugar los pocos españoles, pero bravos, de encender sus mechas y hacerse fuertes en la casa y recoger los caballos. El pobre general murió a las pocas horas, sin poder hablar palabra.

Entre los soldados había un mestizo, del Río de la Plata, llamado Juan de Paredes, y por diferenciarle del que hemos tratado, le llamo Paizunu; a los dos conocí y traté mucho, y a éste no tanto, que me dijeron lo que voy refiriendo. Este Paizunu dijo: "Aquí estamos perdidos; si me dan un caballo, el que yo pidiera, yo romperé por los enemigos, iré a dar aviso a don Diego, y si esto no hacemos, aquí nos han de matar; y muertos, como don Diego ho

sepa lo sucedido, luego darán sobre él y sobre los demás, y todos pereceremos y la ciudad asolarán". Y fuera así si Nuestro Señor otra cosa no ordenara por su misericordia: los chiriguanas habíanse puesto en medio del camino para que no se fuese a dar mandado a don Diego. Don Diego fue uno de los buenos capitanes para contra indios que había en estas partes, mestio del Río de la Plata; no le conocí más que por su fama, y después trataremos de él, cuando tratemos de lo sucedido en el tiempo que gobernó don Francisco de Toledo. A los soldados pareció bien el consejo; dan el caballo que pidió, armóse y armaron al caballo; toma una lanza y un arcabuz pequeño, sale, dispara su arcabuz y luego echa mano de la lanza y rompe por medio de los Chichiguanas, y sin parar, aunque con algunos flechazos no peligrosos, en él y en el caballo, da aviso a don Diego de Mendoza, que había quedado donde dijimos. En el real hízose el sentimiento debido. Parte con su ejército luego, da en los Chiriguanas por una parte, los pocos por otra; mató muchos, y a los que hubieron a las manos metieronlos en un bohío y pusieronlos fuego; castigo merecido por la maldad cometida, porque el general era nobilísimo y valentísimo. Sucedió esta maldad y desgracia gobernando este reino el licenciado Lope García de Castro; Su Majestad le había hecho merced de aquella gobernación para sí, su hijo y nieto; dejó dos hijos pequeños y tres hijas. El encomendóse a don Diego de Mendoza iusta que su sobrino el mayor tuviese edad. Después quitóselo don Francisco de Toledo, siendo visorrey de estos reinos; proveyó en él a Juan Pérez de Zurita, más para pelear que para gobernar; después volvióse a proveer en el mismo a don Diego, el cual muerto, como diremos, quedó un poco de tiempo el gobierno en los alcaldes; después de lo cual, no sé si por Su Majestad o por qué virrey, se proveyó a don Lorenzo de Figueroa, un caballero muy noble y de muy buenas partes y no menos cristiano, el cual descubrió una provincia de gente política como esta del Perú, muy poblada y que fácilmente se le dieron y aun le convi-

daron con la paz porque los librase de los Chiriguanas, que los comían. Murió este caballero; ahora no sé quién la gobierna.

CAPITULO XCV

Prosigue el camino de Mizque a la ciudad de La Plata.

Volviendo al valle de Mizque, y prosiguiendo el camino, a diez leguas andadas llegamos al río Grande, que corre por un valle desaprovechadísimo, si no es para víboras, tigres y osos; caluroso y sombrío respecto de la mucha montaña de una parte y otra, y los árboles infructíferos, silvestres; los más espinosos. Aquí no habitan sino las criaturas dichas y no pocos mosquitos. Al tiempo de las aguas, es el río muy grande; no se puede vadear, y al de la sequía es necesario saber bien el vado. Por el riesgo de los que se ahogaban y por ser camino muy pasajero, el marqués de Cañete, de buena memoria, el viejo, mandó se hiciese un puente, y para ello se cortó mucha madera, juntóse mucha piedra, hízose gran cantidad de cálices de cal, sogas, mareas, acequia para desaguar el río; todo se perdió, por respecto de un religioso, no de mi Orden, y así se quedó y se quedará por muchos años. El puente no puede ser más que de un ojo, y éste, según lo afirmaba el artífice, había de ser de más de 60 pasos. Luego se siguen otros valles angostos, empero fértiles de maíz en las laderas, y en los altos de trigo, donde jamás entraron indios ni en ellos poblaron; era montaña cerrada, llena de los animales que hemos dicho. Los españoles, acabadas las guerras civiles, como no tenían en qué ocuparse, se metieron, desmontaron, araron y cavaron, hicieron sus chacaras, donde de Potosí les vienen a comprar las comidas; siémbrese aquí el maíz con ceniza; en haciendo el hoyo para echar los granos y echándose en él, luego otro indio anda con una taleguilla de ceniza derramándola a la redonda y dentro, por que las hormigas no coman el grano; llegando a la ceniza no pasan ade-

jante, y nacido el maíz no llegan a la hoja. Así en este valle como en otros tres que hay de aquí a la ciudad de La Plata, las aguas son muy gruesas y salobres, y en todas hay las plagas referidas, con pedriscos a su tiempo; se dan también en estos valles algunas viñas y frutas de las nuestras. A una parte de ellos viven algunos indios llamados Moyos, barbarísimos en extremo y holgazanes, más bárbaros que los de la laguna de Chucuito; éstos comen cuantas sabandijas hay: culebras, sapos, perros, aunque estén hediendo, y si pueden tener a las manos los potrapquillos, no los perdonan, y como tengan un sapo para comer aquel día, luego se tienden de barriga en el suelo. No creo se ha descubierto, ni hay en este Perú, gente más bárbara. Críanse en estos valles cedros altísimos, gruesísimos.

CAPITULO XCVI

De la ciudad de La Plata.

La ciudad de La Plata fue uno de los ricos pueblos del Perú, y los vecinos de ella fueron de los más aventajados de todo este reino; de aquí fueron vecinos el general Hinojosa, el general Diego Centeno, el general Lorenzo de Aldana, don Pedro de Portugal, Gómez de Solís, el general Pablo de Meneses, licenciado Polo y otros muchos capitanes y valerosos varones, de todos los cuales ya no hay memoria, si no es cual o cual; fueron todos a una mano riquísimos por las minas que tomaron en Potosí, las cuales entonces acudían a muchos marcos por quintal; su población está en unas lomas llanas no mucho, pero como las requiere la tierra donde llueve. Es cabeza de obispado y muy rico. Ahora hace cuatro años que estuve en ella, estaban los diezmos solamente del distrito de la ciudad y algunos pueblos recién poblados de españoles, hacia las montañas de los Chiriguano, en 76.000 pesos ensayados, y el año pasado en 82.000, sin los diezmos de la ciudad de La Paz y provincia de Chucuito; los cuales todos juntos pasan de 100.000 pesos; tiene el señor obispo,

de su cuarta de la mesa episcopal, 25.000 pesos, sin lo que le viene de la cuarta funeral, que yo aseguro no le falta mucho para 40.000 pesos, que no es mal bocado para un pobre clérigo o fraile. Ahora hace veintiocho años no llegaba la renta del obispo a 7.000 pesos, siéndolo nuestro religioso el Rmo. Fray Domingo de Santo Tomás, porque nunca tal cuarta parte pidió, ni las cosas se habían subido tanto; después vinieron clérigos a ser obispos, deseados por los clérigos del obispado, los enales, cuando vino la nueva y poderes para tomar la posesión por el Rmo. Don Fernando de Santillán, haciendo grandes regocijos de noche a caballo y con hachas y repiques de campanas, decían: "capillas fuera, capillas fuera"; empero, sucedióles como a las ranas; entablaron estos señores obispos la cuarta episcopal, y ahora lloran las capillas pasadas y reniegan de sus deseos, y más viéndose cumplidos.

Es cosa de admiración ver lo presto que los prebendados hinchen las cajas de plata. La iglesia catedral es de bóveda y de una nave bien labrada; es rica de ornamentos, y bien servida en lo que toca a los oficios divinos, con mucha música. Sustenta seis monasterios: uno nuestro, otro de San Francisco, otro de San Agustín, otro de la Merced, otro de Teatinos y uno de monjas sujetas a los padres agustinos; ninguno hay acabado; el nuestro estuviera en muy buen puesto si se hiciera en él una iglesia moderada, mas quisieron hacerla de tres naves, mayor que la nuestra de Los Reyes, y en hacer y deshacer han gastado priores poco discretos muchos millares de plata.

El monasterio de San Francisco es el que tiene más edificado; la iglesia es cómoda, de una nave, cubierta toda a dos aguas con madera de cedro. En entrando en ella huele muy bien. Los padres agustinos van edificando el convento; la iglesia dejan para la postre. Los materiales para cal son bonísimos, y la piedra para de mampuesto muy cerca del pueblo. Reside aquí Audiencia Real, muy necesaria para los pleitos de Potosí, y más para la quietud de la tierra. No tiene río; tiene un manantial

a la parte del Sur, de donde se trajo una fuente a la plaza, bien labrada; y para algunas casas se les repartió agua. El temple es bueno, porque en todo el año no hace tanto frío que sea necesario llegarse al brasero, de donde se vino a decir que esta ciudad excedía a las demás de este reino en templo, temple, fuente y puente, y cascós, etc. El puente se hizo en un río, legua y media de la ciudad, camino de Potosí, muy bien labrado, de solo un ojo. Está en altura de 20 grados; corren aquí casi todos los vientos; el más cotidiano es el Oriente; cuando alcanza el Sur en junio y julio, a quien llamamos Tomohavi, se cubre la tierra de una niebla, pero dura pocos días: cuando llega a ocho es lo sumo, y entonces es desabrido.

Temblores de tierra, por maravilla alcanzan en esta ciudad; viviendo yo en nuestro convento, en ella, pasó uno que en nuestra casa, y desde arriba, no se sintió, y en el convento de San Francisco, tres cuabras más abajo, se sintió mucho; era hora de misa mayor, y había gente en la iglesia, y toda salió huyendo, tropezando unos en otros. El año pasado de 602¹ sucedió otro que hizo daño en toda la ciudad; particularmente en el convento de San Francisco derribó el campanario, abrióse el coro y en la iglesia mayor hizo mucho más daño. En la nuestra muy poco, y así, en las casas que están de la plaza para arriba, los temblores han hecho poco; de la plaza para abajo se ha recibido mayor. He dicho esta particularidad porque muy de tarde en tarde suele suceder algún temblor.

Empero, es toda esta provincia tan combatida, a la entrada y salida de las aguas, de truenos, rayos y pedriscos, que parece temblar los cielos. No sé si hay en el mundo provincia más combatida de estas cosas. Diré un dicho discreto del gobernador Castro: visitando el audiencia una noche (y en las noches son las tempestades mayores) sucedió una tormenta tal; el huésped de la casa donde posaba, a la mañana vino a ver, y díjole: "Poco habrá vuestra señoría dormido esta noche, por los muchos

truenos"; respondió: "¿Truenos? Uno he oído". El huésped dice: "Bien ha dormido vuestra señoría, pues sólo uno oyó"; respondió el presidente: "No quiero decir eso, sino que toda esta noche ha sido un trueno"; y dijo discretamente, porque comienza uno, y al tercio otro, y luego otro, y así, alcanzándose los unos a los otros, no parece sino todo un trueno.

Los rayos son muy frecuentes, que hacen daño, y si no fuera por salir de mi intento dijera cosas raras que han sucedido en el tiempo que viví en ella. Llueve poco en toda esta provincia. Es grande y poco poblada de indios. Comienzan las aguas a mediados de diciembre, y por abril han cesado. Si el cielo fuera más lluvioso se pudiera comparar con todas las provincias fértiles del mundo. En toda ella no hay casi cosa de riego, si no es en cual o cual valle a la redonda de la ciudad; junto a las casas se siembra trigo, cebada, maíz.

La comarca de la ciudad es buena y abundante por los valles que tiene en contorno, donde se da el maíz, y en los altos el trigo. Las chacaras son de mucha tierra, y por ella se han enriquecido no pocos. Conocí en esta ciudad, ahora hace cuatro años, un vecino que vendió una chacara suya con tres o cuatro piedras de molino en 52.000 reales de a ocho; para ser un chacarero rico no es necesario más que el año sea un poco estéril y que en su chacara haya llovido. Pocas veces el agua es general; son aguaceros con tanto ímpetu de vientos, truenos, rayos y relámpagos, que es cosa temerosísima; a los que suben de los llanos háceseles muy pesado; se verá ahora, más en particular de noche, el cielo sereno y muy claro, y en un instante cubierto de una oscuridad que pone grima. Toda esta provincia de los indios Charcas es abundantísima de miel de abejas; no crían en colmenas como en España, porque no las han recogido en ellas, ni de eso se tiene cuidado; crían unas en la tierra, debajo de ella, y por un agujero entran y salen a su labor: ésta suele ser agria; otras crían en troncos y huecos de árboles: ésta es mucho mejor; otras hacen sus panales (acá llamámosles chiguanas) colgán-

(1) En el ms., 62.

doños de una rama de un árbol, sobre la cual los fraguan redondos y algunos tan grandes como botijas peruleras: ésta es la mejor, más blanca y buena para muchas cosas.

A cuatro leguas de la ciudad, al Oriente, entramos en el valle llamado Moxotoro, que quiere decir barrio nuevo, angosto, mas tiene algunas anconadas todas de riego con las acequias que del río sacan; a su tiempo es muy caluroso, y a su tiempo, frío. Aquí hay muy buenas chácaras y huertas con todos los frutales nuestros, y muy buenas viñas, adonde de Potosí, que son 22 leguas, vienen los indios con los reales a comprar la fruta, desde las cebollas y ajos hasta las camuesas y peras. Una legua más adelante, en un valle llamado Chuquichuqui, hay un ingenio bonísimo de azúcar y demás cosas, pero es una caldera de fuego de Babilonia.

Todos estos valles de esta provincia son abundantes de las plagas arriba dichas: víboras, hitas, chinches y otros animales ponzoñosos; pero proveyó Dios de muchas hierbas medicinales y árboles, más que en ninguna otra parte de estos reinos.

Pocas leguas de esta ciudad se coge la contrahierba, que dijimos ser una raíz negra que huele a higuera. Otras raíces hay aprobadísimas para cámaras de sangre. Lleva esta tierra mechoacán tan bueno como el que se trae de México.

Entre los árboles hay tres muy conocidos y salubérrimos: el uno, llamado Tareo, que entre mil de los demás es muy señalado; antes que eche las hojas produce una flor como campanillas, morada, de la cual se hace una conserva probada contra el mal francés. El otro se llama Quinaquina; destila una goma muy olorosa, remedio principal, sabuándose con ella, contra toda tos, catarro y apretamiento de pecho. He conocido personas, a lo menos un religioso nuestro, que cortaba una rama y en la punta colgaba un calabacillo, de suerte que la rama estuviese enarcada; destilaba un licor que para heridas no le igualaba el bálsamo. Este árbol flora unas pepitas grandes como habas y más largas, llenas de goma, de las cuales se aprovechan para mil enfermedades; tiene

la memoria de ellas, no sé qué se me hizo; sabúmanse con ello contra la tos, y para la jaqueca no hay remedio más eficaz; tarda tiempo en destilar.

Lo que en más abundancia se cría son molles, aprobadísimos para muchas enfermedades frías; todos estos árboles son como grandes encinas. Los molles, dándoles una cuchillada en la corteza, y sin que se les dé, pero dada, destilan una goma blanca con un poquito de cárdeno, al gusto poco mordaz; usan de ella para purgar flemas; yo la he tomado; pónenla en un paño limpio, mójanla en agua y exprímenla como cuando se hace una almendrada, y cuanto una escudilla, échale un poco de azúcar, y puesta al sereno, a la mañana se bebe, sin más preparación; hace su efecto admirablemente; lleva unas uvillas coloradas que son como las majuelas de España, sino que son todas redondas, sin la coronilla que tienen las majuelas; de estas uvillas se hace miel y chicha muy dulce y calidísima. Con la corteza curien suelas y muy buenas. Hay entre estos árboles macho y hembra: el macho es más coposo y más grato a la vista; la hembra crece más y las ramas más extendidas. La fruta del macho jamás madura; quédase como la uva, en cierne; la hembra la llega a sazonar. Pero de lo que más es abundante esta provincia es de toda suerte de minerales, a cuya causa son las tempestades tan recias, y si Potosí faltase, no faltarían otros cerros llenos de plata.

CAPITULO XCVII

De otro camino para la ciudad de La Plata.

Volviendo a Caracollo, de donde proseguimos el camino para la ciudad de La Plata por los valles, y tomándolo por el más seguido, de aquí una jornada llegamos a la venta de las Sepulturas; llámase así porque se pobló en un llano donde hay cantidad de ellas, y en todo el camino, particularmente desde Siquisica; son sepulturas de indios, donde en su infidelidad se enterraban en estos lugares fríos; la causa debía ser por que

no se corrompiesen los cuerpos; son altas de más de estado y medio; todas, en general, angostas como una vara, de cuatro paredes; unas portezuelas, que todas miran al Oriente, junto al suelo; aquí se enterraban los indios y sus mujeres; para los hijos hacían otras pequeñas junto a éstas. Ha sucedido ir caminando por esta tierra llana el español y alcanzarle un aguacero de los buenos, y meterse dentro de una de estas sepulturas, sin tener grima de los cuerpos muertos; no la dan como los nuestros.

Algunos indios sacan los cuerpos de ellas y, abrazaditos marido y mujer, los ponen en los caminos, sola la osamenta, entera, sin despegarse de las coyunturas, porque en estas sepulturas no come la tierra los cuerpos, sin consúmese la carne; lo demás queda enmuro; tampoco se crían gusanos; la frialdad y sequedad de la tierra no da lugar a ello.

Algunas sepulturas vemos más altas y labradas, digo, pintadas; éstas por ventura eran de los curacas. Por estar puesta esta venta en un lugar donde había muchas, se quedó con el nombre de la venta de las Sepulturas. Se hace aquí mucha y muy buena pólvora, y aquí vive un oficial de ella que cen licencia de los virreyes la hace. Siete leguas adelante de la venta de Enmedio, af llamada por ser fundada en parte donde se toma a mano izquierda el camino para la ciudad de La Plata, y sobre mano derecha para Potosí; se da en ella buen recaudo a los pasajeros; los caballos, a la sabana.

Prosiguiendo para Potosí¹, porque no volvamos más a ella, son cinco jornadas; todas son de ventas, sin que en el camino haya cosa que sea digna de memoria, más de que antes de llegar a Potosí, como legua y media, no se ha de dar más prisa a la cabalgadura de la que ella quisiere; fáltales el aliento, y si se la dan se quedan muertas en el camino.

Tomando, pues, el camino sobre mano izquierda, nueve leguas, si no son diez, dista de aquí el pueblo llamado Chayanta, poblado en una llanada bien fría,

antes de llegar al cual hay en medio del camino un arroyo abajo, de mala agua, con muchos manantiales de aguas calientes; pero una fuente hay en una peña viva que cae sobre este arroyo; la piedra tendrá en contorno como braza y media: se va arrugando como un pan de azúcar, y por la corona de ella sale un caño de agua como la muñeca, y para caer en el arroyo hace su charco muy formado; no pasa hombre por allí que no se detenga un poco a mirarla y considerar la fuerza del agua que rompiese aquella peña viva; estas aguas calientes, si son de piedra azufre, dan salud a los enfermos de la ijada y orina, como ya dijimos; las de alumbre les hacen más daño.

De aquí son dos jornadas al pueblo llamado Macha, en cuyo distrito hay una mina de plata, que hasta ahora no se ha descubierto, ni se espera se descubrirá. Un religioso nuestro, a quien yo conocí en este reino siendo seglar, hace ahora enarenta años, acaso dio con ella, y conociendo el metal echó alguno en unas alforjas; llevólo a Potosí, fundiólo; acudió mucha plata; luego conoció ser la mina que tanta fama tiene, empero no lo dijo sino a uno o dos amigos, para ir a ella y registrarla; sucedióle en este tiempo, antes que la fuese a deseubrir, hacer un viaje forzoso a Arequipa, donde se metió fraile nuestro, y así se quedó; ya profeso y viviendo en nuestro convento en Huánuco, y estando a la sazón allí nuestro provincial el padre fray Francisco de San Miguel, a quien se lo oí decir muchas veces, llegaron dos hombres que venían de Potosí en busca del religioso para que les descubriese la mina y cerro; se encuentran con el provincial, diciéndole por qué razón tomaron tanto trabajo, viaje largo, y que si el religioso les descubriese el cerro y mina se obligarán a hacer un convento entero en la ciudad que el provincial señalase. Al provincial no le pareció mal el partido; tratólo con el religioso, y con ser un hombre tosco y no de mucho entendimiento, respondió al provincial era verdadero sabía el cerro y mina, pero que un convento descubrirlo porque los indios de Macha, en cuyo distrito estaba, y cuya

(1) En el ms., *Potisi*.

era, la labraban (por lo que él vio) para pagar sus tributos y para sus necesidades; la cual, si se descubría, la habían de quitar a los indios y quedarían privados de su hacienda. La respuesta del religioso pareció bien al provincial, y respondió a los dos compañeros que no la descubriría aunque le hiciesen tres conventos, y así se quedó hasta hoy. Desde este pueblo son tres jornadas a la ciudad de La Plata, de muy mal camino, como lo es todo el de esta provincia.

CAPITULO XCVIII

De los pueblos de españoles en valles cerca de los Chiriguanas.

Saliendo de la ciudad de La Plata, entre el Oriente y el Sur, puso Dios muchos valles muy buenos y fértiles, donde los indios nunca habitaron, ni entraron, llenos de montañas calientes, fértiles de trigo y maíz, árboles nuestros y otros mantenimientos, donde en chácaras viven españoles; en los altos pastan sus ganados mayores y menores; allí a sus casas vienen de Potosí a comprar los mantenimientos, con los costales llenos de reales. De pocos años a esta parte, en dos valles de éstos se han fundado dos pueblos, recogiendo los chacareros a ellos: uno en el valle llamado Tomina, otro en el valle de la Lagunilla, fronteras de Chiriguanas, con lo cual se les ha puesto freno para que no hagan el daño que solían hacer antes que se redujesen a pueblos, y aun ahora también; las casas de las chácaras todas eran fuertes, y de noche los amos y los indios dormían debajo de una puerta y llave, y algunas veces se velaban por miedo de esta mala gente, que por la mayor parte sus asaltos son de noche, y por que se sepa qué gente es ésta en breve diré sus cualidades.

CAPITULO XCIX

De los Chiriguanas y sus cualidades.

Los indios Chiriguanas viven muy cerca de estos valles, en unas montañas calurosas y ásperas por donde apenas

pueden andar caballos. No son naturales, sino advenedizos: vinieron allí del río de la Plata; la lengua es la misma, sin diferenciarse en cosa alguna. Son bien dispuestos, fornidos, los pechos levantados, espaldados y bien hechos, morenazos; pélanse las cejas y pestañas; los ojos tienen pequeños y vivos. No guardan un punto de ley natural; son viciosos, tocados del vicio nefando, y no perdonan a sus hermanas; es gente superiorísima; todas las naciones dicen ser sus esclavas. Comen carne humana sin ningún asco; andan desnudos; cuando mucho, cual o cual tiene una camisetilla hasta el ombligo; usan pañetes; son grandes flecheros; sus armas son arco y flecha: el arco, tan grande como el mismo que lo tira, y porque la cuerda no lastime la mano izquierda, en la muñeca encajan un trocillo de madera, y allí da la cuerda. Pelean muy a su salvo, porque si les parece el enemigo les tiene ventaja, no acometen. Pocas veces con nosotros pelean en campo raso, si no es a más no poder, y si les parecen de perder un chiriguano, no acometerán; son grandes hombres de forjar una mentira, tardan mucho tiempo en ella y enseñanla a todos, de suerte que los niños la saben, y si se les pregunta no difieren de los mayores, particularmente para engañarnos, como adelante diremos. Si han de ir a la guerra es por orden de las viejas, que les traen a la memoria los agravios recibidos y los afrentan con palabras llamándolos cobardes, borrachos, ociosos y flojos. Entre estas viejas hay grandes hechiceras, y hallanse en ellas las pitonisas que dice la Escritura, en cuyo ombligo habla el demonio. El mayor de los pueblos es de cinco casas; lo común es de tres; mas son muy largas, de más de 150 pasos, a dos aguas, con estantes en el medio sobre que se arma la cumbrea, y de estante a estante vive una parentela. Con los indios que más enemiga han tenido son con una provincia que cae a las espaldas de estas montañas, tierra llanísima, falta de agua, que se llama los Llanos de Manso, o la provincia de los Chaneses; de éstos, que es gente desarmada, aunque bien dispuesta, de mejores rostros y más bien incli-

nados que los Chiriguanas, se han comido más de 60.000, y no creo digo muchos, porque aquellos llanos eran muy poblados; ahora no hay indios sino muy pocos, y como no tienen quien los defiendan, es la carnicería de esta bestialísima gente. Son tan sujetos a los Chiriguanas, que en viéndolos no hay más que sentarse, sin resistencia alguna, para que el chiriguana haga de él lo que quisiere; tráenlos como ovejas en manadas; comen los que se les antojan; de los demás se aprovechan para el servicio de sus casas y sementeras. Cuando se quieren comer alguno no hay más que decirle se vaya a lavar al río, lo cual hace sin replicar; viene desnudo; mandan a sus hijos tomen los arcos y flechas, y el pobre chanés en una plaza, huyendo de aquí para allí de las flechas, sin atreverse a salir de ella, de los muchachos es flechado y muerto con gran alegría de los que le miran; le hacen pedazos y se lo comen, o asado, o cocido con maíz y mucho ají. De los que ven valientes y de buenos cuerpos, aprovéchanse para la guerra; hácenlos a sus bárbaras costumbres y cuando han de pelear pónenlos en la delantera, y si no pelean bien, fléchanlos por las espaldas. Es gente traidora y que no guarda palabra, porque, como dijimos, no tienen un punto de ley natural, ni cosa de policía; es poca gente; no llegan a 4.000 indios de guerra; la aspereza de la tierra en que habitan les ha sustentado tanto tiempo contra los españoles; en ella hay ríos grandes, poco temidos de éstos por ser grandes nadadores. Los ríos llevan sábalos, armados, bagres y otros peces, los cuales pescan de esta suerte: en verano echan un pedazo del río por otra parte; quedan los peces en el brazo del río desaguado; en agua hasta la cintura, entran en ella con sus arcos y flechas, allí los flechan, y el que se escapa de la flecha, las mujeres van detrás con unas redes en que caen. Son también astutísimos en cazar o enlazar las víboras, las de cascabel; éstas comen, y cuando un chiriguana halla una de ellas y la mata se la echa en el hombro y se viene muy contento a su casa; cómenlas de esta suerte: córtanles la cabeza, con dos o tres dedos más, y otro

tanto de la cola; luego la desuellan y, hecha trozos, ponen encima de las brasas, y así asada con ají la engullen; oí decir a dos personas fidedignas que las habían visto asar, y que olía la carne como si la hubieran lardado con muchos olores, porque al olor de una que asaban sus yanacunas en su chácara, salieron de casa a ver lo que era y hallaron a los indios chiriguanas en una gran candelada asando una para comérsela. Toda la tierra que habitan es fértil de muchas víboras de cascabel y de las pequeñas que hemos dicho; hay otras culebras grandes de más de tres varas; éstas no pican, pero en viendo al hombre abalanzársele, ciñele por el cuerpo y luego con una espina agudísima que tienen en la cola es cierta al sieso por donde la meten, y de esta suerte le mata y luego se lo come. Hállanse lagartos de sequera, el cuerpo de una vara y más, sin la cola, que es poco menos; éstos acometen a un muchacho y se lo comen. En Tucumán vi uno de éstos, como diremos cuando tratemos de aquella tierra. Entre los árboles tienen muchos cedros, pero hay otros que llevan tanta garrapata que, arrimándose un hombre a él, caen a mía sobre tuya sobre el pobre, que le cubren como si una saca de ellas le hubieran derramado por encima. Contra éstos más que bárbaros hombres entró don Francisco de Toledo, visorrey del Perú; lo que le sucedió diremos cuando tratemos de lo que le sucedió en el tiempo que gobernó estos reinos.

Con ser esta gente de la cualidad referida y la tierra asperísima, el capitán Andrés Manso, natural de la Rioja, con sólo 60 hombres los sujetó y repartió; sirviéronle y a sus encomenderos como sirven los indios de estos reinos, y no trabajó mucho en la conquista de ellos, y menos en la de los Chaneses. Ahora hace veintinueve años, cuando subí la primera vez a la provincia de Los Charcas, ya había muerto; no creo haría siete años.

Este capitán pobló un pueblo que confina con las montañas de los Chiriguanas y con los llanos de los Chaneses; el sitio, llamado por un nombre Condorillo y por el otro el río de los Saucos. Los que lo han visto, que son mu-

chos, dicen no hay en lo descubierto de las Indias temple más saludable; el suelo fértil y alegre. Viviendo aquí con toda paz, y no distando de la ciudad de La Plata 80 leguas a lo más largo, estos Chiriguanas le engañaron con una ficción, de las cuales, como hemos dicho, son grandes hombres para fingirlas; fingen, pues, y engañan al pobre capitán que a pocas leguas de allí había un valle donde vivían unos indios de extraña figura, muy ricos de oro (entre los Chiriguanas, ni en toda aquella montaña, ni oro ni plata se ha descubierto); que si quiere, ellos le llevarán allá y se los conquistarán, y de los españoles no es necesario más que la mitad, y la otra mitad se quede en el pueblo. Creyóse (que no debiera) de ellos, y salió con 30 soldados; los otros 30 con las pocas mujeres dejó en el pueblo; llevó consigo parte de los Chiriguanas, los cuales dejaron concertado, con los demás que para el servicio del pueblo se habían quedado, que para tal día tomaran las armas, y a tal hora de noche; que ellos en el propio día y hora darían en Andrés Manso y sus soldados, y de esta suerte los matarían a todos. Al día, pues, o por mejor decir, a la hora de la noche señalada, los unos dan en el pueblo, los otros en Andrés Manso; matáronlos a todos sin dejar uno ni ninguno, y desde entonces se han quedado señores como ahora lo son, y tan enemigos nuestros como antes, y del nombre cristiano; sólo se escapó un mestizo llamado fulano de Almendras, a quien prendieron en el pueblo, y un cacique de estos Chiriguanas le quitó que no le matasen, y puso en salvo, porque tenía con él amistad; cosa nunca entre Chiriguanas guardada. Vínose a la ciudad de La Plata, donde a pocos años murió estando yo presente, a quien entonces confesé y ayudé lo mejor que supe en aquel trance; escapóse otra mestiza que debía estar amancebada con algún Chiriguana, porque se quedó con ellos hasta hoy, como otra vez de ella diremos; y esto, en suma, de las Chiriguanas y sus costumbres; prosigamos ahora nuestro viaje.

CAPITULO C

Del cerro de Potosí.

Volviendo a nuestra provincia de los Charcas, cansado de tratar de la gente más que bárbara Chiriguana, es esta provincia ancha y larga, empero poco poblada y muy áspera, de malos caminos; los indios son más bien dispuestos que los del Collao, más fornidos, los rostros más llenos y en sus vestidos más bien tratados, hablando en común; son conocidísimos por el vestido y muy ricos de plata y de ganados, aunque en ganados les hacen ventaja los del Collao, y oro no les falta, sino que no quieren descubrirlo; es fama en el distrito de Chayanta haberlo, no de río, sino veta, pero guárdanla para sí, y no hacen mal.

El visorrey don Francisco de Toledo, desde Potosí envió con un yanacoma que le prometió descubrir esta mina a un religioso nuestro; fue y halló una veta pobre, aunque trajo una piedra pasada toda con elavos de oro; túvose por cosa que no se podía seguir, y así se quedó. También es fama y común que entre Potosí y Poro, que son ocho leguas, hay minas de azogue, y no es difícil de creer; empero el que la sabe no la quiere descubrir, diciendo que si luego se la han de quitar, se esté por todos; la cual, si se descubriese, Su Majestad aumentaría grandemente sus tributos, porque como el azogue necesariamente bajase, no sería necesario seguir veta, sino a tajo abierto labrar en el cerro, y como fuesen las costas menos y más los mineros, los quintos habían de subir; pero esto es ya salir de nuestro intento; dejémoslo a los contadores.

De la ciudad de La Plata se ponen a Potosí 18 leguas, divididas en tres jornadas, en las cuales hay cinco ventas, y en la primera dos ríos: el primero, llamado Cachimayo, que es decir río de la sal, por la sal que en algunas partes por donde corre se hace, porque no es necesario otra cosa que echar el agua en los lugares señalados, y dentro de pocos días se congela, y buena sal, con ser el agua no muy gruesa, pero no es salobre ni salada. El otro es río Grande, y solamente en verano se vadea y con-

viene saber tomar el vado, porque si no no parará el que lo quisiere vadear hasta los Chiriguanas. Tienen sus puentes de piedra, que mandó hacer el famoso marqués de Cañete, de feliz memoria, el viejo; el primero de Achimayo; por descuido de las justicias, con una avenida se le llevó el río; se ha hecho, legua y media más abajo, otro, que se ha tardado en hacerle más que se tardó en los dos, porque los dos en dos veranos se hicieron; éste han pasado más de seis.

Es Potosí de forma de un pan de azúcar; sólo a la parte del Poniente se le desgaja una cordillera de un cerro que no creo tiene una legua de largo, y baja. Por la parte del pueblo tiene un cerriño pegado a sí, a quien llaman Guaina Potosí, como si dijéramos el grande, el viejo Potosí, y a este otro el mozo. Este cerro es conocidísimo entre mil que hubiera; parece que la naturaleza se esmeró en criarle como cosa de donde tanta riqueza había de salir; es como el centro de todas las Indias, fin y paradero de los que a ellas venimos. Quien no ha visto a Potosí no ha visto las Indias. Es la riqueza del mundo, terror del Turco, freno de los enemigos de la fe y del nombre de los españoles, asombro de los herejes, silencio de las bárbaras naciones. Todos estos epítetos le convienen. Con la riqueza que ha salido de Potosí, Italia, Francia, Flandes y Alemania son ricas, y hasta el Turco tiene en su tesoro barras de Potosí y teme al señor de este cerro, en cuyos reinos corre aquella moneda; los enemigos del magno Filippo y de los brazos españoles y de su cristiandad, en trayendo a la memoria que es señor de Potosí, no se atreven a moverse de sus casas; los herejes quedan como despusados, y cuando los potentados del mundo se quieren conjurar contra la Majestad católica, no aciertan a hablar. Es el cerro más bien hecho que se ha visto en todas las Indias, y si dijésemos del mundo no creo sería exageración; del pie hasta la cumbre y corona de él hay una legua larga. Se ve desde más de 20 leguas, porque desde un pueblo llamado Aravati, tres leguas de la ciudad de La Plata, más adelante, se ve, y a la parte del Sur, por

el camino de los Chichas, de muchas leguas le conocemos. Por todas partes, Oriente y Poniente y Norte y Sur, es abundante de vetas de plata; las ricas que se labran y siguen son las que miran al Oriente; luego diremos sus nombres. Jamás por los indios, antes que los españoles entrasen en este reino y lo posesyesen, fue conocido tener plata, ni jamás indio lo labró, ni vivió en él; era despoblada la tierra a la redonda de él, y el mismo cerro, por ser frigidísimo con estar en 20 grados; ocho leguas de él se labraba el cerro llamado Porco, como diremos concluyendo con Potosí. Todo él, de arriba abajo, era una montaña espesa de unos árboles que llamamos quinquas, torcidos, sólo buenos para leña y carbón, en lo cual puede competir con la encina; para enmaderar nadie se aprovecha de él. Su descubrimiento fue de esta suerte, y si no me engaño lo descubrieron unos yanacunas de fulano Zúñiga, hombre antiguo de este reino, y si no fue tesorero de la hacienda Real, a lo menos fue uno de los oficiales, a quien conocí en Potosí y me dijo lo que referiré. Cuando los españoles entraron en este reino, conquistado el Collao y esta provincia de los Charcas, no la tenían por rica más que de miel, por lo cual muchos rehusaron los repartimientos y encomiendas en esta provincia, diciendo que no querían tributos de miel. Verdad es que se labraba el cerro de Porco, de donde se sacaba plata para el Inga antes de la venida de los nuestros. Acobardábase el temple, en partes desabrido, y el cielo como lo tenemos pintado, áspero, con tantas tormentas de truenos y rayos, y que Porco, a pocas brazas, daba en agua. Con todo eso quedaron algunos de los conquistadores antiguos, pero los más fueron de los que llamaban pobladores, venidos después de llana la tierra. Porco se labraba, y los vecinos de la ciudad de La Plata, que de este cerro dista 25 leguas, iban y venían a sus minas; también sus criados, así españoles como indios, que llamamos yanacunas. El camino era tan cansado como ahora, en el cual encontraban ganado silvestre, llamado guanacos y vicuñas; son de la misma figura que el ganado doméstico,

sino que el color es bermejo de los guanacos y el hocico que tira a negro. La vicuña es más cenicienta, del mismo color; el hocico tira un poco a blanco, y el pecho y pescuezo por la parte de abajo blanco. Pues como todo el camino, desde la ciudad de La Plata, fuese despoblado hasta Porco, algunos indios y españoles llevaban galgos para si saliese algún guanaco o vicuña cazarlo. Sucedió así, que yendo o viniendo algunos indios yanacunas de este fulano de Zúñiga y de otro compañero suyo, y pasando por las faldas de Potosí (va por aquí el camino), salió un guanaco; échale los perros; el guanaco tira el cerro arriba, y los perros; siguen los indios a los perros y guanaco, el cual subiendo el cerro arriba hizo fuerza con las patas en una veta en la superficie de la tierra, y derrumbó un poco de metal. Los yanacunas que le seguían, como quien conocía el metal, viéndolo, dejan de seguir el guanaco; tomándolo y conociéndolo, en su lengua comienzan a decir: esta piedra es de plata, o madre de plata. Recogen más piedras, llévanlas a su amo, hacen el ensayo: acudió a muchos marcos por quintal, a más de 50; a la voz vino Zúñiga, y vinieron los demás y registraron minas en el cerro.

Este fue el principio y origen del descubrimiento de Potosí, y es así verdad; desde entonces dejaron de seguir las minas de Porco con aquella frecuencia que antes. La principal veta que se descubrió se llamó y llama la veta Rica; luego la del Estañó, porque la plata es sobre estañó, y la de Mendieta, y éstas son las que ahora principalmente se labran, de las cuales ha salido tanta cantidad de plata que asombra al mundo. Si estas vetas desde fuera las miran, parecen como sangraderas, o quchradas muy angostas, que vienen de arriba abajo. Ahora no hay más memoria de leña en él que en la palma de la mano. Al principio los metales eran muy ricos, porque las vetas lo eran, y acudían 40 marcos y más por quintal; ahora, como están muy bajas, son mucho más pobres. El quintal que acude a tres pesos ensayados, que es a tres cuartos de marco, es muy rico, que son seis onzas; son

todas las minas de plata que en este reino se descubren de cabeza, que es decir la riqueza la tienen en la superficie; como las tierras que se labran la fertilidad es la superficie, y a esta causa los árboles no echan las raíces sino a la faz de la tierra, y por esto, conformándose las minas con los árboles, mientras más hondas se labran, más pobres.

CAPITULO CI

Del cerro de Potosí¹.

A la fama de tanta plata, luego se comenzó a despoblar, aunque no del todo, el asiento de Porco y se pasó a Potosí, y poblaron los españoles de esta otra parte de un arroyo que pasa al pie del Guayna Potosí; los indios, de la otra parte del arroyo, al pie del cerro; mas como se fue multiplicando la gente, también a la parte de los españoles se poblaron no pocos indios, y entre ellos los Carangas, a las espaldas de los nuestros. El asiento, así del pueblo de los españoles como de los indios, no es llano sino en una media ladera, como se requiere en tierra que llueve; un asiento y otro, llenos de manantiales de agua que Dios Nuestro Señor proveyó allí para el beneficio que ahora se hace de los metales; si no, ya se hubiera despoblado la mayor parte por falta de ella, y los manantiales y fuentes, unos están sobre la faz de la tierra; otros, a un estado y a menos; el que a dos es muy hondo. El agua en unas partes es mejor que en otra, poca para que se pueda beber; guisase con ella de comer y lávase la ropa; no se halla casi cuadra que no tenga muchos manantiales, ni casa sin pozos, y en las calles en muchas de ellas revienta el agua. Cuando los metales acudían a mucho más que ahora, no los fundían los españoles, sino los indios se los compraban y beneficiaban, y acudían con el precio al señor de la mina. De esta manera el señor de la mina tenía su mayordomo que de ella tenía cuidado de hacer que los indios

(1) En la parte superior de las páginas lleva este otro título: *Cómo se pobló Potosí.*

o yanaconas barreteros labrasen y sacasen el metal a la boca de la mina, adonde cada sábado llegaba el indio fundidor, mirábalo, concertábase por tantos marcos y a otro sábado infaliblemente traía la plata concertada; estos indios llevaban el metal a sus casas, y lo beneficiaban y fundían no con fuelles, porque el metal de este cerro no los aguanta; la causa no se sabe; el metal cernido y lavado echábanlo a boca de noche en unas hornazas que llaman guairas, agujercadas, del tamaño de una vara, redondas, y con el aire, que entonces es más vehemente, fundían su metal; de cuando en cuando lo limpiaban y añadían carbón, como vieran era necesario, y el indio fundidor, para guardarse del aire, estabábase al reparo de una paredilla sobre que asentaba su guaira, sufriendo el frío harto recio; derretido el metal y limpio de la escoria, sacaba su tejo de plata y veníase a su casa muy contento. Había a la sazón en el cerro que dijimos se desmiembra de Potosí, y a la redonda del pueblo, más de 4.000 guairas, que por la mayor parte cada noche ardían, y verlas de fuera y aun dentro del pueblo no parecía sino que el pueblo se abrasaba. La que menos de éstas fundía salía con un marco de plata, que es riqueza nunca oída. Los indios fundidores ganaban plata y los señores de las minas no perdían.

El viento con que más cotidianamente fundían era con el Sur, que dijimos llamarse Tomahavi. Proveyó Dios en aquel tiempo de este viento, que casi no faltaba en todo el año, y cuando descansaba algunos días, luego se hacían procesiones por viento, como por falta de aguas cuando se detienen. Cesaron totalmente las guairas desde que se comenzó el beneficio del azogue, que fue en el segundo año del gobierno de don Francisco de Toledo.

CAPITULO CII

Las vueltas que ha dado Potosí.

Ahora hace treinta años ya casi Potosí estaba para perder totalmente todo su crédito, si Nuestro Señor no prove-

vera de que se acertase a sacar plata con azogue. Es así, que si en esta sazón llegara un hombre con 200.000 pesos, comprara todas las minas del cerro; las costas muchas, los metales pobres, las minas muy hondas, no parecía se podía sustentar. Empero luego, el año adelante, se descubre el beneficio del azogue, y vuelve a revivir de tal manera, que en estos treinta años es casi innumerable la plata que de él ha salido, y pasó así: que muchos años antes, más de diez, llegaron allí unos extranjeros con azogue y quisieron fundir por él; hicieron las diligencias posibles y no atinaron a fundir o a incorporar, por lo cual las bolas del metal incorporado dejaron con el azogue, desesperados de salir con su intento, y en este tiempo el que las tenía como por cosa desechada las volvió a moler y fundir, y sacó plata de donde los otros no atinaron a sacar un gramo, que parece prodigio. Después de hallado este beneficio, y usado muchos años, como los metales fuesen bajando en ley, ya los señores de las minas no se podían sustentar; el ingenio del hombre, dando y tomando, vino un beneficiador a mezclar escoria de los herreros molida con el metal; fundiolo, salióle bien, donde infirió: si la escoria es provechosa, mejor lo será el hierro; da en deshacer el hierro, y con el agua del hierro deshecho incorporó el metal: salióle con más ley y sacó más plata. Pues para deshacer este hierro, ¿qué remedio? Eran necesarias muelas de piedra como de barbero, más anchas que altas y de grano más grueso; provee Dios junto a los mismos ingenios tanta piedra de ésta, que algunos ingenios no a media legua, otros a una, y el que más lejos no la tiene a dos leguas; estas piedras andan con el movimiento del ingenio grande, en el cual debajo de la piedra ponen un artesano bien estanco, con agua, de donde la muela coja agua dando vuelta, y encima de la piedra se pone la plancha del hierro, la cual se va gastando como se gasta el cuchillo en la muela del barbero; de cuando en cuando se requiere verla para que siempre esté encima de la muela; con cada cajón de 50 quintales de metal molido e incorporado con azogue se mez-

clan 10 libras de agua, y si a estos 50 quintales echan menos, no sacan nada; si más, pierden el agua más que echan, porque no se saca más plata que si echan las 10 libras de agua. En todos los ingenios tienen sus vasos de madera, en que al justo caben 10 libras de agua; con éstos las sacan de la artesa donde cae el agua en que se deshace el hierro. Este beneficio es el frecuentado y cierto; algunos han procurado descubrir otros, mas les sale al revés, y si no al revés, no hay quien los siga. En todo este tiempo me hallé en la ciudad de La Plata, que es casi como vivir en Potosí, porque lo malo o bueno que sucede en aquella villa, luego se publica en La Plata, por la frecuencia de los que van y vienen.

CAPITULO CHH

De la abundancia de que goza Potosí.

Goza Potosí (a lo menos gozaba) de las mejores mercaderías, paños, sedas, lienzos, vinos y de las demás, de todo lo descubierto de las Indias, porque como en España se cargase lo mejor para la ciudad de Los Reyes, de allí la flor se llevaba a Potosí.

Ahora no es así, porque como sea tierra de acarreo, y las mercaderías, que sean buenas que sean malas, se hayan de gastar, no se tiene tanta cuenta como los años pasados. Es pueblo muy abundante de mantenimientos, porque de Cochabamba, que dista de él 50 leguas, le llevan el trigo, harinas, tocinos, manteca, y de la ciudad de La Plata todas las frutas nuestras y mucho trigo y maíz, y de la costa, de más de 100 leguas, el pescado casi salpreso, por ahora hace cuatro años se obligaron tres o cuatro de dar pescado salpreso en Potosí, con condición que otro que ellos no lo pudiese meter, señalándoles la villa el precio, y salieron con ello; tenían en paradas caballos con que lo llevaban; si ahora lo hacen, no lo sé. Finalmente, todos los pueblos que se han poblado y se pueblan de españoles en aquella provincia de los Charcas, podemos decir que Potosí los puebla, porque, con la confianza

de llevarle lo que tienen de labranza y crianza, anima a los españoles a meterse en las montañas de los Chiriguano y fundar pueblos en valles calurosísimos, llenos de las plagas referidas, y todo lo allana Potosí.

El pueblo tiene sus plazas donde se venden las cosas necesarias, en cada plaza la suya; la plaza del maíz en grano, la de la harina, la de la leña, la del carbón, la del alcacer y la del metal, y plaza donde se vende el estiércol de los carneros de la tierra, el cual me certificaron se compraba y se vendía cada año en cantidad de 10.000 pesos y más. Pues ¿qué diremos de la de la coca? La plaza principal es muy bien proveída, donde casi todo el año se hallan uvas, las demás frutas, camuesas, manzanas, membrillos, duraznos, melones, naranjas y limas, granadas a su tiempo en cantidad, y se ha introducido que no pierde el más estirado nada de su opinión en entrar donde estas cosas se venden, que es una calle larga en la misma plaza, junto a la iglesia Mayor, hecha por los indios que traen estas cosas, y escoger el propio lo que más gusto le da y enviarlo a su casa; no se repara en la plata. Pues en el mismo cerro hay sus plazas con todas estas cosas, y vino y pan, hasta en la misma coronilla del cerro, que Hevan los indios, donde lo venden así a indios como a españoles.

CAPITULO CIV

De las parroquias de Potosí.

Si no me engaño, deben ser las parroquias de Potosí de ocho a diez, las cuales dividió don Francisco de Toledo, siendo virrey; cada una con 500 indios tributarios para servicio del pueblo, mejor diré del cerro, que todos con hijos y mujeres llegan a 30.000 indios, y ninguno hay, si quiere trabajar, que no gane plata; hasta los niños de seis a siete años, a masear maíz para hacer levadura para chicha, la ganan; multiplícanse aquí los niños de los indios que es admiración; de los españoles, cual o cual mace, y esos contrahechos y luego

se mueren. Se van las españolas a un valle caliente, 12 leguas de Potosí, adonde se quedan con sus hijos tres y cuatro meses, hasta que ya el niño tiene un poco más de fuerza, aunque, como el temple se ha moderado un poco, ya comienzan a nacer y a criar, mas son raras.

La iglesia Mayor es buena, de adobe y teja, y de una nave, rica de ornamentos y de servicio de plata para el altar, y de aquella suerte son las demás iglesias de los monasterios de todas Ordenes, ricos de ornamentos y plata para el culto divino; sosténtanse en cada convento dominicos y franciscos, agustinos, teatinos, de ocho a diez religiosos, unas veces más, otras menos, porque es temple desesperado, a lo menos desde mayo hasta agosto, y no todos pueden vivir en él, sino los que son recios de compleción o temperamento; en el de la Merced es donde siempre hay menos.

Tiene buenas carnes y buen agua si la traen de una fuente que llaman de Castilla.

Es pueblo de mucha contratación, y una de las mayores es la coca, que del Cuzco le viene cada año al pie de 60.000 cestos, y si hay logreros en el mundo, creo son los coqueros, porque según el tiempo a que fían, así acrecientan el precio, y puesto que se les predique, es cantar a los sordos.

Las Ordenes habían de tener aquí uno o dos de los más doctos de ellas, por las muchas y malas contrataciones que se hacen. En esto han ganado mucha tierra con todas ellas los padres de la Compañía, que han tenido y tienen varones doctos que alumbren a los contratantes. Aquí se hacía una contratación que llamaban de los seguros de los metales, aprobada por el Audiencia y por dos teólogos, uno agustino y otro teatino de la Compañía, tres cronistas y juristas, que era usura clara, sino que no se había entendido bien; fue Nuestro Señor servido que yendo yo a Chile, con su favor, contra todo el torrente del pueblo y letrados, se declaró la verdad de ella; costóme mucho trabajo; animóme mucho a tomarlo el Rmo. del Paraguay, que a la sazón allí estaba, fray Alonso Guerra, de nuestra Orden, que la tenía por mala; finalmente, de ocho

años a esta parte no se ha tratado más de ella, como si no se hubiese hecho; a Nuestro Señor las gracias, de quien todo procede. Los religiosos de mi Orden no la aprobaron, ni los de San Francisco; uno de los juristas que la aprobó, convencido, dijo que "¡ojalá y cuando la firmé tuviera manca o quemada la mano!"

Perdíanse los hombres a remate; conocí quien en ella había perdido más de 100.000 pesos; otros a 80.000, otros a menos, conforme a las veces que la hacían, lo cual, por ser largo de referir y ser más de escuelas que de relaciones breves, no se tratará más de ello. Solamente esto se ha dicho para emprobar que es necesario tener los provinciales en este pueblo hombres doctos, por las muchas contrataciones usurarias que en él se tratan y se inventan, con muy poco temor de Nuestro Señor y menos de sus conciencias, por las cuales debemos, conforme a nuestro estado, mirar y alambrrarlas.

CAPITULO CV

De las cofradías.

Las cofradías de Potosí son muchas y muy bien servidas, con mucha cera, y casi todas tienen sus veinticuatro, los cuales en las fiestas señaladas que cada una tiene se han de hallar, en vísperas y misa maynr, con un cirio que les da la cofradía, y aquel día confiesan y comulgan. La del Santísimo Sacramento es una de las bien servidas de cera del mundo, y la del Rosario y Juramentos, en nuestra casa, y así lo son las demás, porque son ricas, y aunque la cera cotidianamente vale a 15 pesos el quintal, y desde arriba, no se disminuye el servicio de ella.

Es pueblo donde se hacen muchas y grandes limosnas; yo me hallé una Cuaresma en él y me certificaron algunos mayordomos que, tratando entre sí lo que se habría juntado de limosna para ellas, pasaban de 5.000 pesos en la Semana Santa. La procesión de la Soledad, fundada en Nuestra Señora de la Merced, se celebra con tanta solemnidad

que no llega la celebración de Los Reyes a ella, con ser solemnísima, pues la cera que sale en la procesión el día del Santísimo Sacramento parece increíble; los indios en sus cofradías van imitando a los españoles: tienen sus veinticuatro y gastan mucha cera.

Cuando algún veinticuatro muere, los demás le han de acompañar de todas cuantas cofradías fuere veinticuatro; acaece ser de tres o cuatro, y todos le acompañan con sus hachas o cirios; suelen ser más de ciento, que es cosa de ver, porque aunque se llaman veinticuatro, el número no es sólo de veinticuatro, sino de cincuenta y más; finalmente, Potosí podremos decir es España, Italia, Francia, Flandes, Venecia, México, China, porque de todas estas partes le viene lo mejor de sus mercaderías. De las naciones extranjeras hay muchos hombres, que si no los hubiera no perdiera nada el reino, y quien no ha visto Potosí no ha visto las Indias, por más que haya visto, como hemos dicho.

CAPITULO CVI

De la destemplanza de Potosí.

Con tener todo esto bueno, no deja de tener un alguacil y contrario, como las demás ciudades y provincias, porque a tiempo de las aguas, y en particular a la entrada y salida del invierno, son muchas las tempestades de truenos, rayos, pedriscos y nieves, desde diciembre hasta abril, y en el verano el viento que decimos llamarse Tomahavi, por venir de un cerro alto así llamado, suele venir con tanta furia, que en aquellos días que corre no hay sino cerrar puertas y ventanas y no salir a la plaza.

Este viento levanta (lo que no hacen los demás) cuantas plumas, lana, cabellos, pajas y otras cosas livianas que hay por las plazas y calles, y cubre el pueblo de una niebla que parece se puede palpar, y aquellos días está frío, que no se puede vivir sino tras los tizones. Oí decir allí a una señora discreta, que cuando corrían estos tomohavis, y salía

de su casa a oír misa en los días forzosos, a la vuelta traía un fieltro dentro en el pecho, por el polvo, lana y cabellos que le hacía tragar Tomahavi, mal que le pesase; con todo esto, la codicia de la plata y diligencia para adquirirla y sacarla hace en estos días trabajar y pasear las calles a los hombres.

CAPITULO CVII

De la provincia de los Chichas y Lipés.

Desde este pueblo de Potosí, declinando un poco al Oriente, se entra en la provincia de los Chichas, a dos jornadas andadas, los enales son indios bien dispuestos, belicosos; su tierra, rica de oro y plata, sino que no la quieren descubrir. Llega esta provincia hasta el último pueblo de ellos, y de la jurisdicción del reino del Perú, llamado Talina, 50 leguas buenas de Potosí, el camino no malo, y los valles donde están los indios poblados, de moderado temple, con abundancia de mantenimientos y ganados, así de la tierra como de los nuestros; a cuya mano derecha queda la provincia de los Lipés, no muchos indios, muy fría y destemplada, donde no se da maíz; en lo demás de poca fama, si no es por las piedras medicinales que de ella se traen, que yo he visto y en todo el reino se usan: la una, de color azul, con la cual se curan enalesquiera llagas viejas con no poca mortandad, con la cual las castra y en breve sanan; las otras son para la ijada aprobadas, unas de color de aceite y otras (éstas son las mejores) de color de carne de membrillo; digo ser aprobadas, porque yo comenzaba a estar enfermo de ella, y de cuatro años a esta parte, gracias a Nuestro Señor, que traigo dos conmigo cosidas en un jubón, una a un lado y otra a otro de la ijada, la una de un color y la otra del otro, no he sentido pesadumbre; la de color de carne de membrillo dicen los lapidarios ser contra ijada, riñones y para estancar flujo de sangre. No dejan fraguar piedra; deshácenla, y deshecha se lanza por la orina; experiencia cierta.

CAPITULO CVIII

Del valle Tarija.

Quince leguas a la mano izquierda de Talina, declinando más al Oriente, entramos en el gran valle de Tarija (no le he visto, pero lo que él dijere lo sé de hombres fidedignos que han vivido en él), ancho y espacioso, abundante de todas comidas nuestras y de la tierra, y de ganados de los nuestros, donde se dan viñas y buen vino con las demás frutas españolas; los años pasados, deben ser más de 45, fue poblado de estancias de ganados nuestros; la más principal era del capitán Juan Ortiz de Zárate, que después fue Adelantado del Río de la Plata, de quien hemos de tratar en breve, donde tenía copia de ganado vacuno.

Los indios Chiriguanas, creo en las guerras civiles contra el tirano Francisco Hernández, viendo la poca gente de los nuestros, y sin armas, dieron en ellos; mataron algunos y otros huyeron y se salvaron, de los cuales conocí dos o tres; los Chiriguanas se apoderaron del valle, a lo menos quedaron libres de los nuestros que en aquella frontera vivían; dejóse allí el ganado vacuno, que en grande abundancia se multiplicó, vuelto silvestre y bravo, y como acá llamamos cimarrón. Visitando este reino el visorrey don Francisco de Toledo, y llegando a la ciudad de La Plata, sabida la calidad del valle y la importancia de ser poblado, para el freno por aquella parte de los Chiriguanas, que por allí hacían no poco daño a los Chichas, y aun les pagaban tributo, nombró por corregidor, y para edificar allí un pueblo de españoles, al capitán Luis de Fuentes, con el cual fue alguna gente con sus armas y caballos, y un religioso nuestro, llamado fray Francisco Sedeño, predicador y fraile esencial, por cura y vicario de los españoles, con licencia del padre fray García de Toledo, que a la sazón era provincial, y comisión de la sede vacante, porque clérigo ninguno quiso ir; llevaba también orden de nuestro provincial para edificar convento, lo cual hizo; llegaron sin dificultad, aunque entonces era un

poco peligroso el camino, pero tuvieronla en la población por tener a los Chiriguanas muy cerca, que los molestaban, mas fueron poca parte; hicieron sus casas fuertes en el lugar más cómodo que hallaron, y en menos de treinta años ha crecido tanto, que hay en él hombres cuyas haciendas valen más de 30.000 pesos, y si tuviera indios de servicio hubiera crecido más.

Fuéles de mucha ayuda el ganado, porque, como desamparado y sin dueño, lo mataban y se sustentaban de él, y ahora no hay poco, pero más arredrado, huyendo de las mechas de los arcabuces, que de muy lejos las huelen. Primero se mandó por pregones que los señores de aquel ganado lo sacasen dentro de tanto tiempo, so pena darlo por desamparado; mas como no hubiese o no pareciese dueño, y aunque pareciera y trajera el ejército del Turco no lo pudiera sacar, declaráse o dióse por cimarrón desamparado; ahora no hay vecino que no tenga, cual más cual menos, manso y corralero, no de aquello, sino de otro manso que han llevado, y no les falta ovejuno y porcino; de Potosí vienen a comprarles lo que tienen, y si no, ellos lo llevan; en el valle menor fundaron otro pueblo, de buenas aguas y sábalos con otros géneros de peces; es abundante de víboras y sábandijas ponzoñosas, como los demás valles de los Charcas, empero ellas huirán de los españoles o se acabarán. Cae en tierras de la provincia de los Chichas. El Inga, cuando era señor de esta tierra, tenía aquí guarnición de gente de guerra contra estos Chiriguanas, los cuales, entrando los nuestros en este reino, la dejaron y se volvieron a sus tierras.

Hállanse en este valle, a la ribera y barrancas del río, sepulturas de gigantes, muchos huesos, cabezas y muelas, que si no se ve no se puede creer cuán grandes eran; cómo se acabasen ignórase, porque, como estos indios no tengan escrituras, la memoria de cosas raras y notables fácilmente se pierde.

Certificóme este religioso nuestro haber visto una cabeza en el cóncavo de la cual cabía una espada mayor de la marca, desde la guarnición a la punta,

que, por lo menos, era mayor que una adarga; y no es dificultoso de creer, porque siendo yo estudiante de Teología en nuestro convento de Los Reyes, el gobernador Castro envió al padre prior fray Antonio de Ervás, que nos la leía, y después fue obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme, que actualmente estaba leyendo, una muela de un gigante que le habían enviado desde la ciudad de Córdoba del reino de Tucumán, de la cual diremos en su lugar, y un artejo de un dedo, el de en medio de los tres que en cada dedo tenemos, y acabada la lección nos pusimos a ver qué tan grande sería la cabeza donde había de haber tantas muelas, tantos colmillos y dientes, y la quijada cuán grande, y la figuramos como una grande adarga, y a proporción con el artejo figuramos la mano, y parecía cosa increíble, con ser demostración; oí decir más a este nuestro religioso: que las muelas y dientes estaban de tal manera duros, que se sacaba de ellas lumbré como de pedernal.

CAPITULO CIX

De otros pueblos en frontera y la tierra adentro de los Chiriguanas.

Dos jornadas no largas de este valle de Tarija, sobre mano izquierda, hay un valle que llaman San Lucas, donde un hombre poderoso, llamado Jerónimo Alanís, manco de la mano derecha, tenía una gran hacienda de vacas y cría de mulas, con bastante gente, yanaconas y un mestizo y mulato, y casa fuerte para el beneficio de ella; pero como era muy cerca de las montañas Chiriguanas, porque no le hiciesen daño pagábanse tributo: cuchillos, tijeras, algunas hachas para cortar árboles y alguna chaquiras. El señor de la hacienda de cuando en cuando iba a verla; sucedió (y no haría tres años que Tarija se había poblado) que, yendo a verla, de allí despachó un indio a nuestro religioso, con quien tenía amistad, haciéndole saber estaba allí, rogándole viniese a confesarle la gente; era después de Pascua de Resurrección; recibida la

carta, concertóse con el capitán Luis de Fuentes y otros tres soldados ir con sus armas, arcabuces y recado; quiso Nuestro Señor que el día que habían de llegar vinieron más de cien Chiriguanas a pedir su tributo a nuestro Alanís, y con tanta soberbia entraron, que sin duda venían determinados de hacerle mucho mal, matarle y a toda su gente; el capitán, religioso y los demás, ni vieron a los Chiriguanas ni de ellos fueron vistos, por causa de una niebla muy obscura que aquel día cubría la tierra; entran en casa de Alanís, hallan allí parte de esta bárbara nación (los demás no habían llegado), que ya comenzaban a querer disparar sus flechas en el Alanís, que sólo tenía una cota puesta y una espada en la mano izquierda, porque la derecha la tenía cortada. Los nuestros que llegan, si no fue el religioso, comienzan a desenvolverse contra los Chirigumas; en su ayuda acuden el mestizo y mulato con sus arcabuces; despacharon a los que hallaron dentro, y luego en sus caballos salen a los que venían; mataron más de 60 gandulazos, los demás se escaparon y algunos heridos y mal. Entre estos indios venían algunos Chaneses, de los cuales dijimos que se aprovechan éstos como gente de guerra, y ya los nuestros descansando, y habida esta victoria, entra por las puertas un indio muy mal herido de un arcabuzazo, y aun lanzada, diciendo era Chanés, y pidiendo o diciendo: "¡cristiano, cristiano!", que era decir lo quería ser y le bautizasen; bautizóle nuestro religioso, y luego se murió. Esto me escribió nuestro religioso a la ciudad de La Plata, donde yo vivía a la sazón. Pues para refrenar a estos enemigos comunes del género humano, aquí se ha poblado otro pueblo de españoles, al cual ahora hace cuatro años, llegando yo a la ciudad de La Plata, volvían más de 50 hombres que con un capitán habían salido a descercar el pueblo, porque los Chirigumas le tenían cercado, y el capitán había enviado a pedir favor; sabido por los Chiriguanas, alzaron el cerco y no los osaron esperar. Otros dos pueblos, a lo buenos uno, he oído decir se ha poblado por los nuestros en el gran río de Pilaya, ya en la

tierra Chiriguana, adonde llegó y pasó el visorrey don Francisco de Toledo, y entonces (como diremos) le llamaron el río Incógnito. Estos indios andan ahora más soberbios que antes, porque los vande a un perro mestizo nacido en el Río de la Plata; yo le conocí, gran oficial herrero, llamado fulano Capillas, ladino como el demonio, y blanco, que no parece mestizo, casado y con hijos en la ciudad de La Plata; no sé por qué ocasión se fue o le envió el Audiencia, y esto fue lo más cierto, a tratar con ellos no sé qué medios de paz, y él decía no le enviasen, porque no le habían de dejar salir los indios; fue y quedóse con ellos; este maldito les hace unos casquillos de acero para las flechas, tan bien templados que no tienen resistencia; antes usaban de cañas como las nuestras, el nudo tostado por punta; lo demás servía de cuchilla; con las cuales tan bien pasaban una cota como un nabo. Contra estas armas chiriguanas usan los nuestros cotas y encima escarpiles sueltos en banda, por que en el algodón se entrape la flecha. Vive este mestizo entre los Chiriguanas con ellos, con las mujeres que quiere; anda casi desnudo, y por no ser conocido cuando sale a hacer daño en los nuestros, se embija como indio; dicen ha enviado a decir a la Audiencia que de buena gana dejaría aquella vida, porque es cristiano, si le perdonasen; pero que teme, si se reduce, le han de castigar por los daños que ha hecho; pero como de esta gente alguna sabe a la pega, en ella se queda.

CAPITULO CX

Del cerro llamado Porco.

Volviendo a nuestro Potosí, porque siendo el centro de las Indias hemos de tratar o traerle a la memoria muchas veces, como del centro salen muchas líneas a la circunferencia, así de Potosí hay y salen muchos caminos y entran en él de diferentes partes; digo, pues, que volviendo al de aquí, salimos para el puerto de Arica, 100 leguas tiradas; a las siete u ocho llegamos al

cerro de Porco, de quien hemos tratado un poco, al pie del cual tienen su asiento los pocos españoles que allí viven, y pobres respecto de los de Potosí; no he llegado a este asiento, pero he pasado media legua de él, y quien vive en Potosí puede decir vive en Porco, así por la poca distancia de camino como porque todo lo que pasa en Porco se sabe luego en Potosí, y al contrario. Es cerro más alto que el de Potosí, metido entre otros cerros y no tan bien hecho. Es más destemplado, y más rico si no diera en agua, y el metal más fino; he visto alguno que certificaron a don Francisco de Toledo, visorrey de estos reinos, acudía a 80 marcos por quintal; este metal es poco, y luego se descubre agua, y tanta que es imposible desaguarla. En la misma cumbre del cerro certifican haber fuentes de agua, lo cual en Potosí no se ha hallado. Tiene otra cosa: que no son vetas seguidas de donde se saca la plata, sino pozos, y como se dé en uno, hace a su amo pronto rico. Síguese algunas veces la labor con esperanzas al parecer certísimas, mas al mejor tiempo atraviésase un peñasco, o una fuente de agua, y veía aquí las esperanzas perdidas. Si estos dos contrarios no tuviera, o la del agua, que es la mayor, mucho más rica era que Potosí, y el metal más suave de quebrar, y una de las excelencias que puso Dios Nuestro Señor en Potosí es no haber dado en agua. Toda la puso al pie del cerro, de una parte y otra del arroyo que divide a los indios de los españoles.

CAPITULO CXI

Del camino de Porco a Arica.

Media legua de Porco, sobre mano derecha, pasa el camino real de Potosí a Arica, que son 100 leguas tiradas (como dijimos) llanas, muy frías y de algunos arenales no muy pesados para caballos, empero para carneros de la tierra, cuando van cargados, lo son mucho, y para las recuas de mulas, por lo cual las recuas de carneros que llevan el azogue a Potosí desde Arica, y las mercaderías, los que llamamos balumen,

vino, hierro, jabón, etc., a las nueve del día han de tener su jornada hecha, que es de tres leguas, comenzando a caminar a las tres, antes que amanezca, y aun antes, porque en toda la Sierra, con ser en partes inhabitable por el mucho frío, y lo más de este camino lo es, desde las nueve del día hasta las cuatro de la tarde son los calores del sol muy crecidos, tanto y más abrasan que en los Llanos y valles calientes; es muy trabajoso este camino por la destemplanza del frío y no haber en tres o cuatro jornadas tambos donde albergarse, sino unos paredones mal puestos; y ya que comenzamos a bajar para Arica lo es mucho, porque 20 leguas que hay desde donde se comienza a bajar por una quebrada abajo, llamada de Contreras, en 15 leguas no hay gota de agua; aquí es donde los carneros de la tierra, de carga, corren riesgo y se quedan muchos muertos, y en echándose el carnero en esta quebrada, no hay sino descargarle y dejarle; allí se muere de hambre y sed; si comieran arena y no bebieran en ocho días, muy gordos salieran; ver en toda esta quebrada tanta osamenta de carneros es lástima, por lo que pierden los señores de los carneros (y éste es el mejor camino), por lo cual llevan para las cargas la mitad más de los necesarios; subidos a la sierra, no tienen ese riesgo, porque ni pastos ni agua les falta, y en llegando el carnero a la jornada suya, no le harán pasar adelante cuantos aran y cavan. Las reatas de mulas en medio día y una noche concluyen con estas 15 leguas. El subir a la sierra a los unos y a los otros es más dificultoso, y Potosí lo allana. A tres o cuatro jornadas de Potosí se toma el camino para las minas que llaman de las Salinas, que ha pocos años se descubrieron; mas como no hacen ruido, no hay que tratar de ellas.

CAPITULO CXII

De la calidad y costumbres de los indios de estos reinos.

Habiendo tratado con la brevedad que prometimos de las ciudades, caminos y

otras cosas particulares tocantes a los españoles, ya es tiempo tratemos de las condiciones de estos indios. Lo primero que tienen, y es el fundamento de las malas o buenas costumbres morales, es un ánimo el más vil y bajo que se ha visto ni hallado en nación alguna; parece realmente son de su naturaleza para servir; a los negros esclavos reconocen superioridad; llámanlos señores, con saber son comprados y vendidos, y lo que les mandan obedecen muy mejor que lo mandado por nosotros. Es gente cobarde, si la hay en el mundo, de donde les viene lo que a todos los cobardes: son cruelísimos cuando ven la suya o son vencedores. No quieren ser tratados sino con rigor y aspereza, porque en tratando bien a un indio, aunque se haya criado en casa desde niño como hijo, dicen que de puro miedo lo hacemos, y por eso no nos atrevemos a castigarlos.

En tratándolos mal sirven con gran diligencia. Cuando tienen necesidad de nosotros, en cualquiera que se vean, o de enfermedad, o de hambre, o de otras semejantes, con grandes humildades y subjeciones piden nuestro favor; pero si estamos en ella y con palabras mansas y amorosas les pedimos nos socorran, hacen huir de nosotros mofando y escarneciendo, y aunque sea su amo, que le haya criado, si se ven peligro de muerte, en río, caída de caballo o en otro peligro, se pone a huirlo sin socorrerlo, pudiendo, y se ríe de buena gana; la gente más ingrata que hay en lo descubierto, al bien que se le ha hecho o hace; por lo cual sólo por amor de Dios les hacemos bien, que de ellos esperar gratitud es en vano. La nación más sin honra que se ha visto; no la conoce ni sabe qué cosa es, pues es más mentirosa que se puede imaginar; de donde les viene no temer levantar falsos testimonios, que los levantan gravísimos, y como no se les castiga por ellos, quédanse en su mala costumbre; que unos indios a otros los levanten, no es tanto el daño, ni pierden honra (como dicen) ni casamiento; mas levántanlos a los religiosos, a clérigos, a españoles, tan sin asco, como si en ellos un fuese nada, y cuando se averigua la falsedad, los que los habían de castigar dicen son

indios, y mientras no se averigua padece el pobre fraile o clérigo. Pero lo que más me admira es que todos cuantos vivimos en estas partes, conociendo la facilidad de éstos en mentir y levantar falsos testimonios, digamos mal de éste o de aquél, le creamos; esta falta es nuestra, y en los gobernadores nuestros la hay, porque confesando que es así, cuando vamos a volver delante de ellos por la fama y honra del clérigo o religioso, dice el virrey: "Conozco su facilidad en mentir; pero ya que dicen tantas cosas, en algo deben¹ decir verdad; algo hay." Se me ha respondido así a mí mismo por un virrey de estos reinos, haciéndole demostración de muchos y graves testimonios falsos que a un religioso nuestro habían levantado. Jurar falso no lo tienen en más de cuanto se les da una taza de vino, o un mate de cicha, y cuando los reprendemos: "¿Cómo juraste en falso?", la excusa es, y responden: "Díjome un amigo, o mi vecino, o mi curaca (que es lo más común) que lo hiciese", sin más sentimiento; pues volver la fama, ni desdecirse, no se hable en eso.

Para mentir y en un instante forjar la mentira, los más fáciles son que hay hombre en el mundo, grandes y pequeños, mayores y menores; es cosa admirable cuán en el pico de la lengua tienen las mentiras. No parece sino que muchos días han estudiado e imaginado: "esto me han de preguntar y esta mentira tengo de responder", y tan sin vergüenza como si dijese mucha verdad; ellos no han de tratar verdad, y nosotros no les hemos de mentir, y ojalá en algunos acá nacidos de los nuestros no se hallase este vicio. No es afrenta entre ellos decirle "miemes", ni ellos decir a otro lo mismo. Alábanse mucho que mintieron al padre que los doctrina, o engañaron, y lo propio es que mintieron al español con quien traían, y hacen gran plato de esto, y como no tienen color en el rostro, por lo cual, demudándose, conozcamos si mienten o engañan, mienten tan disimuladamente que parece es todo verdad lo que afirman, y con unos ademanes o afectos que

nos hacen creerlo; también se alaban si dejaron algún español (habiéndole pagado su trabajo) en medio de un despoblado o en medio de la nieve, sin camino; hay muchas partes donde no se puede caminar sin guía, y en estos caminos dejan al pobre caminante a la luna de Paíta; borrachos, es nunca acabar tratar de esto.

Si han de comenzar viaje, aunque sea de pocas leguas, primero se han de emborrachar; si vuelven, lo primero es emborracharse; dicen que se emborrachan porque si se muriesen en el camino, o donde van, ya se morirán habiéndose emborrachado, y cuando vuelven se emborrachan porque no se murieron y volvieron con salud a sus tierras o casas; así me lo han dicho; borrachos, tratan muy mal a sus mujeres y son deshonestos con sus hermanas y aun madres, y cuando están borrachos entonces hablan nuestra lengua, y se preguntan cuándo los cristianos nos hemos de volver a nuestra patria, y por qué no nos echan de la tierra, pues son más que nosotros, y cuándo se ha de acabar el Ave María, que es decir cuándo no les hemos de campeler a la doctrina. Porque en la semana dos días juntamos al pueblo para enseñársela y predicarles, a lo cual vienen por fuerza los más; finalmente, su Dios es su vientre y la chicha, y no hay más mundo.

No tienen veneración alguna a sus padres ni madres, abuelos ni abuelas; finalmente, les dan de palos y hofetones; yo he castigado a alguno por esto, delante de todo el pueblo, y les he hecho les besen los pies. Pues ayudarlos en sus necesidades, ni por imaginación; si son dos hermanos, y el uno es casado y el otro no, muriendo el casado el otro se revuelve con la mujer de su hermano luego; he visto muchos de éstos castigados por la justicia, pero no sé si con el rigor debido. Este vicio más se halla en los curacas e indios principales que en el común. Ojalá y el día de hoy no tengan sus idolatrías, como antes, y porque no han ajusticiado las justicias a los curacas, ojalá no se estén con ellas. Luego entra una piedad dañosa (¡oh!, son nuevos en la fe) y de esto tenemos los religiosos mucha cul-

(1) En el ms., *no deben*.

pa, y cuando esto no tengan, ojalá no tengan sus hechiceros ocultos, a quien consultan como en el tiempo de la infidelidad de sus padres. No tienen vergüenza de hacer a sus mujeres alcahuetas, las cuales, como son pusilánimes, temiendo el castigo, se las traen; todos duermen casi juntos, porque las casas de los indios no tienen algún apartamiento; hácenlas de obra de 20 pies en largo y de ancho 10 o poco más; otras son redondas, donde viven con la mayor porquería del mundo; jamás las barren; todos viven juntos, padres, madres, gallinas, cochinillos, perros y gatos y ratas; por maravilla hay quien duerme si no en el suelo, sobre un poco de paja de juncia. Su asiento es perpetuamente en el suelo, y luego escarban la tierra con las uñas; solos los curacas principales usan de una como banquillo de zapatero, de una pieza, que llaman dño, no tan alta ni con mucho. A los hijos, sin policía alguna los crían; no es gente que los castiga, es gran pecado entre ellos castigarlos o reñirlos¹; con cuanto quieren se salen; jamás les lavan los rostros, manos ni pies, y así traen las manos y brazos con dedos de suciedad; las uñas nunca se las cortan, sirvenles como de cuchillos; muy amigos de perros, acaece caminando llevar el perrillo a cuestras, y el hijo de cuatro a cinco años por su pie. No guardan los padres ni madres a las hijas, ni les buscan maridos; ellas se los busquen y se concierten con ellos. Entre los indios la virginidad no es virtud, ni la estiman en lo que es justo; que en su infidelidad no la tuviesen por tal, no hay por qué nos admiremos, pero ya predicados y avisados¹ es gran ceguera; no nos creen. La hija del más estrado se ve y se viene como quiere, por lo cual por maravilla se casa alguna mejor doncella; dicen los varones no debe ser para servir, pues así persevera. Si se han de casar, primero se amanceban seis y más meses antes de que se casen; dicen que esto hacen para conocer la condición

el uno al otro, y de este error no los podemos sacar; una cosa tienen buena las mujeres: aunque antes de casarse hayan corrido ceca y meca, después de casarse pocas son las que adulteran; las que han tratado antes con españoles faltan mucho en esto. Algunos varones hay que no se quieren casar con mujeres mozas, diciendo no saben servir; cásanse con viejas porque les hacen la chicha y los vestidos. Son ladrones para con nosotros; para con los indios no tanto, y, los más ladinos, mayores y más atrevidos. Pues si les mandamos restituir, ni por sueños; si alguna cosa se hallan, dicen que Dios se la da; no hay buscar al dueño, si no cual o cual; los indios de los Llaos, que llamamos Yungas, sobre todas desventuras tienen otra mayor: son dados mucho al vicio sodomítico, y las mujeres estando preñadas fácilmente lo usan. Entre los serranos, raros se dan a este vicio, por lo cual a los indios Yungas los ha castigado Nuestro Señor, que ya no hay casi en los valles, sino muy pocos, como hemos dicho. Son levísimos de corazón, inconstantísimos; cualquiera cosita los admira; los mayores pleitistas del mundo, por lo cual la Sierra descende a Los Reyes, a los virreyes, donde o mueren o enferman, por ser la tierra contra su salud y embutirse en vino. En lo que toca a la doctrina, cómo aprovecharon en ella no quiero tratar, porque no se puede decir sino con palabras muy sentidas, y éstas me faltan.

CAPITULO CXIII

Cómo los gobernaba el Inga.

Conocida, pues, la calidad de los indios por el Inga, y su ánimo peor que servil, los gobernaba con leyes rigurosísimas, porque las penas eran muerte, y no sólo al delincuente, mas a toda su parentela llevaba por el mismo rigor. El que hurtaba, por muy leve que fuese el hurto, pena de muerte; la misma se ejecutaba en el que levantaba del suelo algún acosa que a otro se le hubiese caído; allí la había de dejar, fuese de mucho precio o de ninguno, por lo cual el dueño que la perdió allí la

(1) Ninguna crianza enseñan á los hijos. (Nota marginal.)

(1) La virginidad no tienen por virtud. (Nota marginal.)

había de hallar; por esto no se hallaba ladrón entonces, y casi era necesario este rigor, porque las casas de los indios no tienen puertas, ni cerraduras, ni el día de hoy, si no es cual o cual usa de puerta, mas de un haz de leña delgada o unas cañas o palos atados unos con otros; ya tienen necesidad de puertas y cerraduras. Ningún indio había de entrar en chacara de otro, ni le había de coger una hoja de maíz, so la misma pena. A los soldados tenía con tanta disciplina, que el mayor o el menor no habían de hacer agravio, ni tocar en un grano de maíz ajeno, so la misma pena, y por eso les tenía depósitos de todo género de sus comidas, de vestidos y armas, no como los nuestros soldados, que en escribiéndose en la matrícula, en poniéndose debajo de bandera, le parece que todos los vicios le son lícitos y como naturales.

Mentir no se usaba ni por imaginación; verdad se había de decir, burlando o de veras; agravio no se hacía a nadie, so pena de la vida, y si un indio a otro agraviaba, el que recibía el agravio íbase al gobernador o capitán del Inga; contábase el caso; luego enviaba a llamar al que había agraviado, y lo primero que le decía era tratase verdad, porque una oreja le tenía guardada para oírle; no era necesario más; luego confesaba de plano, y era castigado; lo mismo guardaba el Inga en las residencias que tomaba a sus gobernadores o capitanes; enviaba un chasqui, que es un correo, a esta o aquella provincia; juntaba los indios, decíales cómo el gran señor le enviaba para saber si su señor o capitán había hecho algun agravio, que el agraviado viniese y se lo dijese. Con los agravios oídos, partía para el Inga y referíaseles; el Inga despachaba otro a llamar a su gobernador o capitán; venido y pareciendo en su presencia, decíale: "Este agravio he oído, con esta oreja derecha, que has hecho; la izquierda te he guardado para oír tu disculpa, di la verdad". Si agravió, era castigado con quitarle la vida; si no, al que mintió daba la pena del talión; finalmente, no había pena sino de muerte. Con este temor y leyes rigurosísimas no había quien se atreviese a mentir,

ni a emborracharse sin licencia del gobernador, ni llegar a mujer ajena, ni cometer otros vicios que ahora son muy usados. Conocíales ser amigos de ociosidad, y por esto de día y de noche habían de trabajar; no había palmo de tierra en todo este Perú, que pudiese ser labrado, que no se labrase para las comidas; por esto andaban sus ejércitos muy hartos y abundantes, y sus reinos bien gobernados; digo a su modo, porque tanta crueldad en cosas livianas, y que los parientes inocentes pagasen por los delincuentes, ni se puede alabar ni excusar. Acuérdomme de haber oído decir a algunos antiguos, que cuando Atabalipa, el último señor de estos reinos, se vio preso en poder del marqués don Francisco Pizarro, le dijo: "El mejor reino tienes del mundo, pero cada tercer año, si te han de servir bien estos indios, has de matar la tercera parte de ellos"; el consejo no lo alabamos, porque es cruelísimo, el cual ni se aceptó ni se ha de aceptar, sino comprobamos el ánimo servil de éstos, que si no es por miedo no se aplican a cosa de virtud; para malicias son vivísimos.

Fuera de lo que en otras partes hemos tratado de caminos y puentes, el Inga y sus gobernadores tenían tanto cuidado acerca de los caminos, que siempre habían de estar limpios y aderezados, y tan anchos que casi dos carretas a la par, sin estorbarse la una a la otra, podrían caminar. Los pueblos comarcanos a los caminos tenían cuidado de aderezarlos si se derrumbaban, y lo mismo era de los puentes, entre los cuales, fuera de los de creznejas, hay en ríos grandes, donde no se pueden hacer puentes, una manera de pasarlos jamás inventada si no es en este reino del Perú, y facilísima de pasar y segura, y es que de la una hiler a la otra del río, de barranca a barranca, tienen echada una maroma tan gruesa como el brazo, muy estirada, de paja que acá llamamos hicho, que es mucho más blanda que esparto, y en ella ponen una como taravilla con una sog a recia de lana, pendiente para abajo, con la cual atan al que ha de pasar y va sentado en ella, en la misma taravilla tienen dos sogas delgadas y recias como las que se ponen en

las cortinas o en los velos de los retablos, que tiramos de una y recogemos la cortina, y tirando de la otra la extendemos; así de la otra parte del río tienen una de las sogas que está en la taravilla, tiran de ella y en dos palabras ponen de la otra parte al pasajero, y cuando los indios conocen que el que pasa es chapeton o nuevo en la tierra, y le ven con temor antes que le aten, cuando le tienen en medio del río cesan de halar o tirar de la sogas, y el pobre chapeton piensa que allí se ha de quedar o ha de caer en el río, y con palabras halagüeñas y humildes les ruega le acaben de pasar; puesto de la otra banda, se ríe de su poco ánimo; confieso de mí que la primera vez que pasé el río de Jauja por esta oroya, que así se llama, que temía, aunque por no dar muestras de flaqueza mostraba ánimo y mandé a un ordenante que venía conmigo, entre otros, que pasase, y como vi que tan presto y seguramente estaba de la otra parte, luego me puse y en menos espacio de cuatro o cinco credos pasé mi río. Por aquí, y de esta manera, se pasan las cajas, almofrejes y mercaderías; págaseles a los indios su trabajo, y cada uno se va con Dios; yo creo que, a los que no han visto esta oroya ni manera de pasar, les parecerá que son ficciones peruanas; ha de hacerseles increíble que un río caudaloso se pase de la suerte dicha, y menos creíble les será decir que un indio solo pasa por esta maroma, él mismo tirando de la sogas: lo uno y lo otro he visto y experimentado. Además de esto, los tambos, que son como ventas en los caminos, estaban muy bien provistos de lo necesario para los caminantes gobernando el Inga, sin interés ninguno, y de esto tenían cuidado los indios comarcanos. Después que los españoles entraron en el reino, mandó el gobernador Vaca de Castro, que vino a pacificar la rebelión de don Diego de Almagro y a gobernarlo, que los caminos, tambos, puentes y recaudo para ello estuviesen a cargo de los mismos indios, como antes estaba, y esto yo lo conocí y alcancé por muchos años, esto que a los indios se les pagase nada por su trabajo ni por la comida que nos daban. Después el

marqués de Cañete, de buena memoria, mandó que el trabajo y comida que diesen los indios se les pagase por arancel que los corregidores de las ciudades pudiesen, y así se hacía infaliblemente, y los indios vendían sus gallinas, pollos, carneros, perdices, leña y hierba, y todo se les pagaba; ahora los corregidores de los partidos venden todas estas cosas, y el vino y lo demás, pan y maíz, y tocinos, y ponen los aranceles subidos de punto, como cosa propia, y se aprovechan para sus granjerías de buena parte de los indios que están repartidos para el servicio de los tambos o ventas, y cuando los indios tenían a su cargo los tambos, les era no poco provecho y ayuda para pagar sus tributos. Yo vi apuñearse algunos indios, y puse en paz, sobre cuál había de llevar las cargas de un pasajero, no a sus cuestras, sino en sus carneros de la tierra, que los cargan como los asnillos de España; después que los corregidores de los partidos se ocupan en sus granjerías, con no poco daño, de que también soy testigo de vista y he predicado contra ello delante de virreyes y audiencias, y en particular les he avisado de sus costumbres, no por eso se remedia mucho, y los indios del servicio del tambo, más trabajados.

CAPITULO CXIV

Cómo se han de gobernar algunas casas.

Teniendo, pues, consideración a la calidad de esta gente, parece, en ley de buena razón, que no deben ser gobernados en muchas cosas como los españoles, y en particular en los pleitos, en los cuales, por ser tan amigos de ellos, gastan sus pobres haciendas y pierden las vidas, si no fuesen de tal calidad (como en cacidazgos, en sucesión de grandes haciendas y otros semejantes) que requieren sus plazos y traslados y lo demás que el Derecho permite y justísimamente tiene establecido; porque los más de los pleitos son de una chacarilla que no es de media hanega de sembradura, y de otras cosas de poco momento; por lo cual, si el corregidor,

aunque las aplique al que tiene justicia, el otro fácilmente apela para el audiencia, principalmente los sujetos a la de Los Reyes, donde van con sus apelaciones, y lo primero que hacen es atestarse de vino, y lo más es nuevo; andan por el sol, son derreglados, mueren como chinches; y si no, vayan a las matrículas de los hospitales de los indios, y verán tratamos verdad, y cuando vuelven con salud a sus tierras, en el camino enferman, y en llegando mueren. Un vecino de la ciudad de La Plata, en tiempos antiguos, llamado Diego de Pantoja, conquistador del descubrimiento de Chile (se lo oí al mismo), siendo alcalde en aquella ciudad, tenía este modo para averiguar los pleitos de estos miserables, y era: en viniendo los indios contrarios, poníalos en un aposento, cerrábalos con llave y deciales: "No habéis de salir de aquí hasta que me llaméis; aquí estaré, y vosotros convenios en quién tiene justicia". Ellos se concertaban, y llamando a la puerta y abriéndoles el alcalde, le decían: "Señor, éste trata verdad y pide justicia; yo no la tengo". Esto oído, tornábalos nuestro alcalde a encerrar, y deciales: "Otra vez conformaros y veamos con qué salís". Ellos llamaban a la puerta, conformes totalmente, y, diciéndole lo mismo, adjudicaba la hacienda sobre que se traía pleito y ponía perpetuo silencio al mentiroso, reprendido o levemente castigado; de esta suerte se averiguaban los pleitos en breve. Esto era antes de fundada la Audiencia en aquella ciudad, lo cual me decía, con doliéndose de ver a los pobres indios gastar sus haciendas, con no correr allí riesgo de la salud, por ser el temple como el de sus tierras. Conocí allí a un oidor que se malquistó con los secretarios y procuradores (y a fe que le costó no poca inquietud) porque pretendió con los demás sus compañeros que los pleitos de los indios se averiguasen a su modo, y como esto era quitar los derechos a los secretarios, levantáronse contra él y no salió con su intención. Lo que vamos tratando las mismas Audiencias lo han hecho, porque ya ha sucedido hallar un curaca en adulterio a su mujer, y matar al adúltero y a ella, y

le condenaron a muerte y ajusticiaron, porque aunque era curaca no tiene tanta honra como el español, al cual, en semejante caso, no le ajustician, sino le dan por libre, como vemos muchas veces; pues si en esto, ¿por qué no será lo mismo en otras cosas?

El otro vicio en que es necesario poner remedio, así en los Llanos como en la Sierra (y que vendrá tarde), es en las borracheras. Estas han consumido los indios de los valles, de los Llanos, y consumirán los pocos que han quedado, y los de la Sierra no menos se acabarán. Hacen los unos y los otros una chicha o bebida, llamada sora, de maíz tallado; echan al maíz en unas ollas grandes en remojo, y cuando comienza a entallecer sácanlo, pónenlo al sol, y después hacen su bebida. Es calidísima la bebida que de este maíz hacen en extremo, y muy fuerte; abrásales las entrañas, y para que más pronto les emborrache, si tienen vino, mézclánlo con ella, añaden fuego a fuego, y mueren muchos. Esta chicha y el vino ha consumido los indios de los Llanos, en particular los de la ciudad de Los Reyes para arriba, y aun para abajo; testigo ocupar es el valle de Chíncha, donde tratando de él dijimos sustentaba 30.000 indios tributarios; el día de hoy no tiene 600. El de Ica va siguiendo los pasos de su vecino, y el de la Nasca los de ambos, y viendo las justicias el menoscabo de los indios no lo han querido remediar con castigarlo; este castigo es del gobierno de los visorreyes, por lo cual Su Majestad ha perdido sus vasallos y tributos, y la tierra sus habitantes, sólo por gobernarlos como a nosotros; no digo se gobiernen con la crueldad del Inga (¿que cristiano y menos qué religioso ha de decir tal?) Sino con castigo que temieran emborracharse, y se enmendaran; bien sé que don Francisco de Toledo, en sus Ordenanzas, pone castigo para los borrachos; faltan los ejecutores. El daño es evidente, porque si donde había 30.000 indios tributarios no hay 600, en tan breve tiempo, ¿por qué no se había de poner ley rigurosa contra este vicio? Bien sé que en Flandes y Alemania, y en otros reinos, se embo-

rrachan, y en nuestra España dicen se multiplican; pero no se mueren por las borracheras a manadas como éstos, ni la tierra se despuebla. Si Flandes y Alemania, por las borracheras se despoblaran, porque los borrachos se morían, el señor de aquellos reinos ¿no estaba obligado, so graves penas, a prohibir y castigar las borracheras? ¿Quién lo duda? Pues ¿por qué acá no se había de hacer lo mismo? Acuérdome que en la ciudad de La Plata, tratando esto con un oidor de Su Majestad, me dijo: "Mire, padre, no hay ley que al borracho castigue por sólo borracho, si no es darle por infame". Es verdad, pero cuando un reino o provincia se despuebla por las borracheras, ¿por qué no se añadirán penas, para que se corrija tan mal vicio de donde tantos proceden? Pues la tierra sin habitantes y el reino sin vasallos, ¿qué vale? Aquel rey y reino es más temido cuanto más poderoso es en vasallos, y la riqueza de estos reinos consiste en que los naturales se conserven y aumenten. De los demás vicios no quiero tratar, porque no es de mi intento; baste decir las calidades de esta gente servil, para que, conforme a ellas, se les den las leyes que les convienen.

CAPITULO CXV

El azogue consume muchos indios.

El asiento de las minas de azogue de Guancavilca ha consumido y consume muchos indios tributarios; si no se me cree, véanse los repartimientos más cercanos de los Angareyes, y pregúntenselo a este valle de Jauja; la causa es labrar las minas por socavón, porque como no tenga respiradero el humo del metal, al que los quiebra los azoga, asentándoseles en el pecho, y como no curan al pobre indio azogado, viene, cumplida su mita, a su tierra, donde ni tiene quien le cure ni remedle; el azogue se le ha sentado y arraigado en el pecho; con grandes dolores del cuerpo muere, y ninguno viene así enfermo que dentro de pocos meses no muera; unos viven más que otros, pero cual o cual llega a un año. Cuando se labraban (que fue al

principio) sin socavón, ningún indio enfermaba, iban y venían los indios contentos; ahora, como mueren tantos, dificultosamente quieren ir allá. Escribimos y avisamos a los que lo pueden remediar, empero no se nos responde; y de esto no más, porque, tratando de Guancavilca, no sé si dijimos más de lo que se quería oír.

Lo que he tratado de las calidades y condiciones de los indios es verdad, y es lo común; si alguno se hallare sin ellas, será cisne negro; por lo cual lo que dejamos escrito no puede parecer calumnia.

CAPITULO CXVI

Cómo se crían los hijos de los españoles que nacen en este reino.

Habiendo dicho la razón por qué los naturales se consumen, estamos obligados a decir si los hijos de los nuestros se multiplican y cómo se crían; multiplicarse los hijos de los españoles no es necesario probarlo, porque las escuelas de los muchachos en todos los pueblos son bastantes testigos. Pero críanse o críanlos sus padres muy mal, con demasiado regalo, y no ha nacido el muchacho cuando ya le tienen hechos los gregüescos, monteras, etc., y lo llevan a la iglesia, cuando lo van a bautizar, en fuentes de plata grandes; un abuso jamás oído, digno de ser prohibido. Nacido el pobre muchacho, lo entregan a una india o negra, borracha, que le críe, sucia, mentirosa, con las demás buenas inclinaciones que hemos dicho, y críase, ya grandecillo, con indiezuelos. ¿Cómo ha de salir este muchacho? Sacará las inclinaciones que mamó en la leche, y hará lo que hace aquel con quien padece, como cada día lo experimentamos¹. El que mama leche mentirosa, mentiroso; el que borracha, borracho; el que ladrona, ladrón, etc.,

(1) Tachado: Y si de Cayo Calígula leemos haber salido cruelísimo porque su ama cuando lo criaba untaba los pezones de la teta con sangre humana, ¿qué diremos en estas partes?

y si de Cayo Calígula vemos haber salido cruelísimo, porque su ama, cuando le criaba, untaba los pezones de la teta con sangre humana, ¿qué diremos en estas partes? Tito, hijo de Vespasiano, se crió enfermo porque su ama era enfermiza. Pues ya que así los crían las amas negras e indias, después de cinco años para adelante, ¿críanlos con el rigor que es justo para que lo malo que mamaron en la leche pierdan? No, por cierto; con todas sus ruines inclinaciones los dejan salir, por lo cual, viendo el descuido de los padres en criar a sus hijos, he dicho a alguno: "Señor, ¿por qué no crías a vuestros hijos con el rigor y disciplina que os criaron vuestros padres? ¿Es mejor que vos?" Pero en esto pueden tanto las madres, que no consienten castiguen a los hijos. Acuérdomé que en los sermones que el Ilmo. de Los Reyes, fray Jerónimo de Loaisa, predicaba, cuotidianamente reprendía a los vecinos de Lima la mala crianza de sus hijos, el regalo con que los criaban y amas que les daban, los

vestidos y compañías. ¿Para qué buscan a los hijos de los príncipes y reyes los médicos amas de buenas costumbres y buena leche? Luego algo va en esto, y porque no quiero cansar al prudente lector, le ruego lea el segundo libro del *Teatro del mundo*, donde verá los inconvenientes irremediables que de las malas costumbres de las amas han sucedido, y ganado los niños, y cuánta ventaja en este particular hacen los animales a los hombres, porque no consienten otros que ellos crien sus hijos. Pues aunque me den con una higa en los ojos de las que dicen hay en Roma, si los que gobiernan este nuevo mundo mandasen, y con mucho rigor y pena, y la ejecutasen en los maridos, que a ningún mero español criase negra ni india, otras costumbres esperaríamos; y de esto no más, no se conjure todo el reino contra nos. De las costumbres de los nacidos de españoles e indias (que llamamos mestizos, o por otro nombre montañeses), no hay para qué gastar tiempo en ello.

FIN DEL PRIMER LIBRO

LIRRO SEGUNDO

DE LOS PRELADOS ECLESIASTICOS DEL REINO DEL PERÚ,
DESDE EL REVERENDÍSIMO DON JERÓNIMO DE LOAISA, DE BUENA MEMORIA,
Y DE LOS VIRREYES QUE LO HAN GOBERNADO, Y COSAS SUCEDIDAS
DESDE DON ANTONIO DE MENDOZA HASTA EL CONDE DE MONTERREY,
Y DE LOS GOBERNADORES DE TUCUMÁN Y CHILE

CAPITULO PRIMERO

De los prelados eclesiásticos.

Habiendo tratado con la brevedad posible la descripción de este reino del Perú, sus ciudades, caminos y las costumbres y calidades de los naturales y de los que nacen en él, nos es también forzoso tratar de los obispos y arzobispos que hemos conocido y tratado, y comenzando desde la ciudad de Quito, el obispo primero de aquella ciudad fue el reverendísimo don García Díez Arias, clérigo, de cuya mano recibí siendo muchacho la primera tonsura¹; varón no muy docto, muy amigo del coro; todos los días no faltaba de misa mayor ni vísperas, a cuya causa venían los pocos prebendados que a la sazón había en la ciudad, e iglesia, y le acompañaban a ella y le volvían a su casa. Los sábados jamás faltaba de la misa de Nuestra Señora; gran eclesiástico; su iglesia muy bien servida, con mucha música y muy buena de canto de órgano. En esta sazón el obispado era muy pobre; ahora han subido los diezmos y tiene bastante renta. Era alto de cuerpo, bien proporcionado, buen rostro, blanco, y representaba bien autori-

dad y la guardaba con una llaneza y humildad que le adornaba mucho. Murió a causa de una caída de una mula, no con poco sentimiento de todo el pueblo, que por padre le tenía. El obispado comienza desde la ciudad de Pasto, 40 leguas más abajo de Quito, hasta el valle de Jayanca, de quien hemos dicho.

Sucedíole el reverendísimo fray Pedro de la Peña, religioso de nuestra sagrada religión, habiendo sido primero provincial en la provincia de México, maestro en Teología, donde vivió y la leyó más de veinte años; varón docto y muy cristiano, y gran predicador y celoso del servicio de Nuestro Señor y del bien y conversión de los indios; murió en la ciudad de Los Reyes; dejó su hacienda a la Inquisición.

Después de la muerte del cual fue algunos años gobernado aquel obispado por la sede vacante, hasta que fue proveído por obispo de ella el reverendísimo fray Antonio de San Miguel, de la Orden del seráfico San Francisco, varón apostólico, el cual, habiendo sido provincial en este reino, fue proveído por obispo de la Imperial, del reino de Chile, donde gobernó con mucha prudencia y cristiandad, y de allí fue proveído a Quito; pero antes que llegase a sentarse en su silla, 25 leguas de su iglesia, en un valle llamado Riobamba, le llevó Nuestro Señor a pagar sus tra-

(1) Primero obispo de Quito, don García Díez Arias. (Nota marginal.)

bajos; dicen que poco antes que expirase, con un ánimo y rostro muy alegre dijo: *In domum Domini letantes ibimus*; que es decir: "Con alegría iremos a la casa del Señor." Mueren los siervos de Dios con alegría.

A quien sucedió y gobierna al presente aquella iglesia el reverendísimo padre fray Luis López, de la Orden de nuestro padre San Agustín; varón de gran gobierno, docto y de prudencia cristiana y humana; el cual, en este reino, en su Orden, fue dos veces provincial (como hemos dicho), gobernando sus religiosos con vida y ejemplo, libre de toda codicia, y finalmente, con las obras enseñaba en lo que le habían de imitar sus religiosos, porque en los trabajos y observancia era el primero.

CAPITULO II

Del ilustrísimo fray Jerónimo de Loaisa, arzobispo de Los Reyes.

El ilustrísimo fray Jerónimo de Loaisa, primer arzobispo de Los Reyes, religioso de nuestra sagrada religión, desde su niñez comenzó a dar grandes esperanzas de lo que fue después, y de lo que más fuera si, como le cupo la suerte de iglesia en estos reinos, le cupiera en España, donde, así del emperador, de gloriosa memoria, Carlos V, como del rey nuestro señor Felipe II, fuera en mucho tenido y se le hiciera mucha merced, conocido su talento general para todas cosas, y no le hiciera muchas ventajas su tío el ilustrísimo fray García de Loaisa, arzobispo de Sevilla, de la misma sagrada religión nuestra, con haber sido uno de los valerosos varones que ha producido nuestra España. Fue varón de claro y admirable entendimiento, muy docto y bonísimo predicador, aunque esto pocas veces lo ejercitaba, si no era los días de Ceniza, Domingo de Ramos y el día de la Asunción de Nuestra Señora, con tanta autoridad y gravedad, que representaba bien el estado y dignidad archiepiscopal; su ingenio era general para todas cosas, para paz y para guerra, por lo cual en la rebelión y tiranía de Francisco Her-

nández fue nombrado por capitán general del campo de Su Majestad, juntamente con otros dos oidores, el doctor Saravia y el licenciado Hernando de Santillán, hasta que se nombró a Pablo de Meneses por general; gobernó su obispado con gran rectitud y cristianidad muchos años, creo fueron pocos menos de cincuenta, sin que del menor vicio del mundo fuese notado, ni un sí no de él se dijese. Con los señores era señor; con los muy doctos, muy docto; con los religiosos, muy religioso, y con todos los estados se acomodaba con toda prudencia, que era admiración. Con los visorreyes guardaba y tenía la autoridad que se requería. Oí decir que en una consulta que el visorrey don Francisco de Toledo tuvo luego que vino de España, donde se halló el arzobispo y otros prelados, reprendiéndoles de que no habían remediado algunos vicios que competía a ellos remediarlos, les dijo: "Si vosotros los obispos y arzobispos tuviéades el cuidado que debíades, no había yo de venir a remediar esto". Trataba de ciertos amancebamientos públicos de personas principales; a quien el arzobispo respondió, entre otras cosas: "Si vosotros, visorreyes, tuviéades el celo que se requiere al servicio de Dios, y favoreciéades a los prelados de las iglesias como debéis, no era necesario que viniéades a remediarlo; nosotros en muchas cosas tenemos necesidad de vuestro favor, como vosotros del nuestro". Era don Francisco de Toledo muy amigo de ganar honra con los prelados y con todos.

Su consejo en todas cosas era acertadísimo, como de quien era dotado de bonísimo entendimiento. En todo el tiempo que gobernó, la renta que le venía de su cuarta nunca llegó a 7.000 pesos ensayados, y con ser tan poca, su casa tenía muy llena y harta y bastantes criados, y le lucía más que a otros que mucha más tenían, y daba a caballeros pobres largas limosnas sin que ellos se las pidiesen. Hizo a su costa el hospital de los indios de Santa Ana, donde todos los indios que vienen a sus negocios a la ciudad de Los Reyes, y enferman, son curados con todo el regalo posible, y dos o tres años antes que

muriese hizo donación al hospital de toda la vajilla suya, mucha y muy buena, y de toda su hacienda, esclavos, mulas, tapicerías, con condición que por el tiempo de su vida fuese como usufructuario de ello, con obligación de pagar lo que se gastase o perdiese. Celosísimo del bien y conservación de los naturales de este reino, tanto como ha habido en todas las Indias prelado, y si dijere más no engañaré; por el bien de los cuales no temía barbadamente oponerse a los virreyes y Audiencias, en lo cual a Nuestro Señor hacía servicio, y no menos al rey; de sus prebendados y demás clérigos del obispado era temido y amado por la entereza de su vida. Tenía unas entrañas piadosísimas para los pobres, a los cuales recibía y consolaba como padre; de los indios de todo el reino era grandemente amado, porque sabían cuánto en lo justo les favorecía, y así con todas sus cosas venían a él, a los cuales, cuando era necesario, reprendía y castigaba como padre amantísimo. Todo el tiempo que vivió, su iglesia fue muy bien servida con mucha música y buena; los oficios divinos con gran cuidado celebrados, y porque los prebendados los días principales solían darse prisa a decir la última Hora, después de misa, les mandó que la sexta o nona, conforme al tiempo que era después de misa, la cantasen como cantaban tercia antes de ella, y de esta suerte, cuando acababan, ya toda la gente había salido de la iglesia. A un clérigo que yo conocí, y era muy conocido en la ciudad, y tenía bastante hacienda para tratar bien su persona como es decente un sacerdote se trate, le vistió gratuitamente, porque el vestido era muy mugriento. Llamóle y díjele: "Padre fulano, tengo necesidad; préstadme una barra de plata, yo os la devolveré pronto". El clérigo, aquélla y más le ofreció, y dióla luego. El buen arzobispo mandó se la diese a su mayordomo, el padre Ribera, sacerdote bueno, a quien desde a pocos días le dijo: "Tomad aquella barra y con ella vestirme muy bien al padre Godoy (así se llamaba); de suerte que todo se gaste en vestirle, que por la buena obra le quiero dar de vestir". El padre Ribera, de allí a ocho días o diez, llamó

al padre Godoy y dícele: "Padre Godoy, su señoría os hace merced de daros de vestir por la buena obra de la barra; de aquí me mandó de esta tienda os sacase dos pares de vestidos". El clérigo no los quería recibir, pero, finalmente, pensando ahorrar, tomó sus vestidos; de suerte que la barra se consumió menos 17 ó 18 pesos. El mayordomo llevó al padre Godoy a casa de un sastre, donde le hicieron de vestir, y concertadas las hechuras librósele en la tienda donde se puso la barra, y se sacaron los vestidos. Toma la cuenta y la resta, y da cuenta al arzobispo de lo hecho: entre los vestidos sacó una sotana de chamelote de seda, un manto de paño veinticuatro, otro de raja; hasta zapatos. Nuestro padre Godoy, que pensaba ser vestido a costa del señor arzobispo, con su sotana [do] chamelote, fue a besar las manos al señor arzobispo y rendir las gracias por la merced de los vestidos. Entró con la sotana rugiendo; cuando el arzobispo le vio y oyó el ruido de la sotana y tan bien vestido, dice: "Santos, santos, mas no tantos"; nuestro padre Godoy híncale de rodillas pidiéndole las manos por la merced, a quien haciéndole levantar le dijo: "Padre Godoy, aquella barra no os la pedí prestada para mí, sino para vos; de ella se os han dado esos vestidos; yo poca necesidad tenía; mecio venís pensando que yo os hacía merced; id al mayordomo, que os dé la resta, y de aquí adelante tratad muy bien vuestra persona y andad muy bien vestido como sacerdote honrado; si no, yo os vestiré otra vez y mejor"; y de esta suerte vistió y despidió a nuestro padre Godoy, que pensaba a costa del arzobispo ser vestido. Adornó su iglesia de buenos ornamentos, a su costa, de brocado, bordados, etc., y mandó hacer la custodia de que ahora se usa para el Santísimo Sacramento, de plata, como dejamos dicho, y dio la custodia de oro en que se pone el Santísimo Sacramento, que vale 3.000 pesos, todos de oro.

En su tiempo, gobernando el marqués de Cañete, de buena memoria, una moza liviana se fingió endemoniada, la cual ahorrotaba la ciudad, y como era

ficción, los conjuros y exorcismos de la iglesia no aprovechaban más que en una piedra; llevábanla a la iglesia Mayor a los curas, con gran número de muchachos tras ella, en cuerpo, con un rostro muy desvergonzado. El arzobispo afligióse; mandó que se la llevasen al hospital de Santa Ana, donde la mayor parte del tiempo vivía; lleváronse la, exorcizola, como quien exorciza a una piedra. Sucedió que un día le fue a visitar y besar las manos un religioso nuestro, gran predicador y de mucha opinión, llamado fray Gil González Dávila; hallóle muy alligido y lloroso, y preguntándole la causa respondió: “¿No me tengo de afligir, que sea yo tan desventurado que en todo mi arzobispado no haya quien pueda echar un demonio del cuerpo de una moza, y yo mismo la he exorcizado y no aprovecha más que si exorcizase a un poste? ¿No me tengo de afligir?”. El religioso nuestro le dijo: “Suplico a vuestra señoría mande que me la lleven mañana a casa; yo la exorcizaré, y mal que la pese la compeleré a que me responda en la lengua que yo le hablare.” Hízose así, y al otro día mandó llevasen la moza a nuestro convento, y llamado el padre fray Gil a la capilla de San Jerónimo, donde estaba la endemoniada fingida, en viéndole entrar díjole ciertas palabras afrentosas, llamándolo capilludo, ¿qué quería?, ¿qué buscaba? El religioso luego conoció ser ficción y maldad, y al cura que la llevaba, llamado el padre Valle, dícele: “Diga vuestra merced al señor arzobispo que esta desvergonzada no tiene demonio, y el que tiene se le han de sacar del cuerpo con muchos y crudos azotes”; y acertó en esto, porque volviéndola a su casa no fingió más el demonio, y se conoció que por usar de su cuerpo deshonestamente con un humbre fingió aquella maldad y remaneció preñada. En hacer órdenes era muy recatado, como es necesario, aunque al principio, por haber falta de ministros, no sé si ordenó a algunos no muy suficientes, pero de buenas costumbres y lenguas, para que lo que en la ciencia faltaban, en las costumbres y buen ejemplo supliesen. Nunca trató de pedir cuarta a los clérigos de su obispado,

como después acá se ha pedido y puesto; a las Ordenes la quiso pedir, empero no salió con ello, y esto creemos lo hizo insistido por los prebendados, más que por otra cosa. Tuvo con ellos algunos encuentros; pronto los terminaba, y no por eso dejaba de comunicarlos y hacerles cuanto bien podía, y con su prudencia y cristiandad en breve eran concluidos. Muchas cosas, si de años atrás fuera mi intento hacer este breve compendio, se pudieran escribir; por ventura otros las tendrán anotadas, las cuales, si por extenso se hubieran de tratar, requerían un libro entero; para nuestro intento sea suficiente decir que fue un prelado en toda virtud consumado, y que la Majestad de Nuestro Señor provea de que los sucesores suyos sean como este ilustrísimo señor; finalmente, lleno de buenas obras dio su alma al Señor, y está enterrado en Los Reyes, en su hospital, en la capilla mayor, llorado de todo el reino, pobres y ricos.

CAPITULO III

Del ilustrísimo Mogrovejo.

Sucedió en la silla arzobispal el ilustrísimo don Toribio Alfonso Mogrovejo, que al presente loabilísimamente vive; varón consumado en toda virtud, celosísimo de sus ovejas, y en particular de los naturales, por el bien de los cuales nunca dejó de andar visitando su arzobispado con admirables obras, dignas de ser imitadas. El cual no creó que ha vivido, en más de veintiséis años que tiene la silla, tres en la ciudad de Los Reyes, ocupado en caminos bien ásperos, confirmando a los niños y desagráviando a los indios que halla agraviados de los sacerdotes que entre ellos residen. Es gran limosnero; pinguin le ha sucedido llegar a pedir limosna un buen cristiano, llamado Vicente Martínez, que en la ciudad de Los Reyes se ocupa en tener cuidado de buscar de comer para los pobres, y de acudirles con limosnas de lo que pide desde los virreyes abajo, llegar y decirle: “Señor, los pobres no tienen qué comer”, y li-

brarle buen golpe de plata en don Francisco de Quiñones, casado con una hermana del señor arzobispo, en cuyo poder entran las rentas; y respondiendo no tener plata, porque se ha dado en limosnas, llegar el mismo arzobispo y cobar mano de la tapicería y mandar se descuelgue, se venda y dé la plata a los pobres; otras veces manda sacar las mulas, y que asimismo se vendan; libérrimo de toda avaricia y codicia, castísimo y abstinentísimo; no es amigo de comidas regaladas, ni en los caminos, donde se requiere algún regalo, por su aspereza y destemplanza, porque es varón muy preeminente, de mucha oración y disciplina. Las penas en que condena a los clérigos descuidados y que su oficio no lo hacen como deben, las aplica para un colegio que hace en la ciudad de Los Reyes, que será cosa principal: con limosna que ha pedido a todo género de hombres, indios, españoles, negros, mulatos, ha hecho un monasterio, llamado Santa Clara, etc. En ordenar es, como se requiere, escrupulosísimo; los intersticios se han de guardar al pie de la letra y han de pasar los que pretenden ordenarse por examen riguroso de vida, costumbres y ciencia. Cuando reside en Los Reyes, pocos domingos ni fiestas deja de hallarse en los oficios divinos; muy amigo de que todos los domingos del año haya sermones en todas partes. Con el marqués de Cañete el segundo tuvo no sé qué pesadumbres sobre las ceremonias que a los virreyes se hacen en la misa, por lo cual huía de venir a la ciudad; más quería vivir ausente de ella en paz, que en ella con pesadumbre; finalmente, hasta ahora hace su oficio como un apóstol.

CAPITULO IV

De los reverendísimos del Cuzco.

La catedral del Cuzco también ha tenido bonísimos prelados. El primero el reverendísimo fray Juan Solano, de nuestra sagrada religión, el cual, gobernando don Hurtado de Mendoza, de buena memoria, marqués de Cañete, se fue a España y de allí a Roma, donde vivió

muchos años y acabó loablemente en buena vejez, con admirable ejemplo de virtud, haciendo crecidas limosnas. Succedióle don Sebastián de Larraun, doctor por Alcalá de Henares, guipuzcoano, varón doctísimo y por sus letras nominatísimo en aquella Universidad, y de allí, por la buena fama de su cristianidad, fue promovido a esta silla; gran eclesiástico, amigo de toda virtud, temido de los que no la seguían; tuvo muchos trabajos en este reino, en que Nuestro Señor le ejercitó, así con sus prebendados como con otras personas; empero el mayor fue un falso testimonio que le levantaron, diciendo que en el Cuzco había hecho compañía para sacar un tesoro con el licenciado Gamarra, médico, y, según fama, con el capitán Martín de Olmos, vecino encomendero de la misma ciudad, del hábito de Santiago; los tres lo sacaron y ocultaron por defraudar al rey nuestro señor de su parte y quintos, y cupo a cada uno trescientas y sesenta y tres cargas y media de oro, el cual se sacó en casa (según afirmaron) del licenciado Gamarra; esta fama llegó a oídos de don Francisco de Tolude, visorey, y luego envió al Cuzco al licenciado Paredes, oidor de la Real Audiencia de Los Reyes, el cual procedió contra el licenciado Gamarra; prendiólo y a su mujer doña Catalina de Urbina; dióles tormento, y al capitán Martín de Olmos tuvo preso: no pareció nada. ¿Cómo había de parecer lo que no era?

Al reverendísimo mandándole bajar a Lima, y no pudo hacer otra cosa; decían que debajo de una torrecilla edificada junto a la escalera de la casa del licenciado Gamarra, de allí lo habían sacado, y por eso la derribaron, y es cierto que yo me hallé en el Cuzco cuando la torrecilla se cayó, por ser el año de muchas aguas, y entonces no se dijo tal ni estaba el reverendísimo en el pueblo, y desde ha dos años adelante se publicó el falso testimonio; fueron, si no me engaño, tres clérigos los autores de esto, y los tres pararon en mal. El uno, estando preso en un navío en el puerto del Callao de Lima, se quemó, con otras

(1) En el ms., *los*.

muchas personas, en él. El otro, saliendo de su casa en un pueblo de indios que adocrinaba, cayó un rayo y lo mató; no habían pasado tres días, que pasando yo pocas leguas de aquel pueblo por el camino de Potosí a Arica, así lo referían, y así pasó. El otro también acabó en mal, y porque la honra del señor obispo no perezca, pondré aquí lo que al tiempo de su muerte mandó para defensa suya se hiciese, y la sentencia que por el Concilio provincial de Lima en su favor se dio el año de 3 pasado:

"Alonso de Valencia, scrivano público de la ciudad de Los Reyes, da fe cómo ante el reverendísimo de Tucumán, don fray Francisco de Victoria, de la Orden de Santo Domingo, y ante el mismo Alonso de Valencia, Alonso García Salmerón, vicario de Ariquepa, Beltrán de Sarabia, Bartolomé Ximénez y Pero López, sacerdotes, el reverendísimo del Cuzco don Sebastián de Lartaum hizo una declaración en ocho de octubre del año de 83, estando enfermo, de la cual enfermedad murió, del tenor siguiente:

"Item que por cuanto en el santo Concilio provincial que se celebra en esta ciudad se han tractado y tractan muchas causas civiles y criminales de parte de muchas personas contra su señoría reverendísima, y su señoría contra ellos, en defensa de su honra y auctoridad episcopal, quiere y es su voluntad que las dichas causas se sigan y fenezcan en cuanto toca a la defensa de su honra y fama, y la definición dello quiere se lleve ante Su Santidad y del Rey nuestro señor, si fuere necesario, para que conste de su limpieza, y en lo demás, que su señoría perdona de muy buen corazón y voluntad a todas aquellas personas que le han ofendido e injuriado, por escripto o por palabra, o de otra manera, por que Dios Nuestro Señor le perdone sus culpas y pecados, y les pide perdón si los ha injuriado."

Signiéronse sus causas después de muerto, por sus procuradores y partes contrarias en el dicho Concilio, y finalmente por los señores obispos jueces nombrados por el Santo Concilio, conviene a saber, don fray Francisco de Victoria, obispo de Tucumán; don Alonso Dávalos Granero, obispo de la

ciudad de La Plata; don fray Alonso Guerra, obispo del Paraguay, por otro nombre del Río de la Plata, cuya sentencia es la que se sigue:

"Fallamos que la parte del bachiller Sánchez de Renedo, fiscal, no probó cosa alguna de lo contenido en su acusación y capítulos della, fecha por la dicha delación del dicho Diego de Salcedo y puesta contra el dicho reverendísimo del Cuzco; damos y declaramos su intención por no probada, y que el dicho reverendísimo del Cuzco y sus procuradores en su nombre probaron sus excepciones y defensiones bien y cumplidamente, y así lo declaramos; en cuya consecuencia debemos dar y damos al dicho reverendísimo obispo don Sebastián de Lartaum por libre de todo lo contra él pedido y acusado en esta causa, y declaramos haber sido injustamente acusado, por estar inocente y sin culpa de lo contenido en los dichos capítulos y querellas que le fueron puestos, los cuales parece haber sido calumniosos, y con odio y enemistad contra él puestos, y así lo declaramos y damos por libre dellos y de la dicha acusación, condenando, como condenamos, al dicho delator y al fiador por él dado en las costas y gastos por el dicho reverendísimo hechos, cuya tasación en nos reservamos por esta nuestra sentencia definitiva, etc."

Dióse esta sentencia en Los Reyes, a 7 de noviembre de 83; notificóse a las partes y pregonóse en la plaza públicamente con trompetas en 12 de diciembre del dicho año; fue secretario del Concilio en esta causa Hernando de Aguilar, sacerdote.

Los seglares que persiguieron al reverendísimo del Cuzco fueron Francisco de Valverde, que le mató un clérigo en su propia casa; el dicho Diego de Salcedo, que murió excomulgado, y otro vecino del Cuzco.

Era varón de buenas y loables costumbres; vestido de pontifical parecía admirablemente de bien; alto de cuerpo, bien proporcionado, con unas venerabilísimas canas que adornaban mucho el rostro; hablaba cerrado, como si no hubiera estudiado ni criádose en escuelas, pero en las cosas de Teología y

Lengua latina no se echaba de ver: hizo una amplia limosna al reverendísimo del Paraguay luego que llegó al Concilio, por ser muy pobre; acabó sus días en la ciudad de Los Reyes; mandóse enterrar en nuestro convento; diósele sepultura junto al altar mayor, a la peana del altar al lado de la Epístola, porque en el otro lado tiene la suya el reverendísimo de los Charcas, fray Tomás de San Martín, como diremos en el capítulo siguiente; fue su muerte muy sentida, y con mucha razón, particularmente de la nación vizcaína.

Sucedíole el reverendísimo fray Gregorio de Montalvo, de nuestra sagrada religión, obispo primero de Yucatán, en los reinos de México; varón religioso, muy docto, bonísimo predicador, de quien no sé qué poder decir, porque vivió poco y con pesadumbres con sus prebendados. Quién tenía justicia, no está en mí definirlo; dióle Nuestro Señor una enfermedad trabajosísima, que le llevó de esta vilda, como se cree, a gozar de la eterna.

Al presente acaba de llegar a Los Reyes, venido de España, el reverendísimo De la Cámara y Raya; no le conozco; su fama es mucha de cristiandad y todo género de virtudes. Nuestro Señor le conserve por muchos años.

CAPITULO V

De los reverendísimos de La Plata

El primer obispo nombrado para la ciudad de La Plata fue el regente fray Tomás de San Martín, de nuestra Orden, de quien, tratando en el libro precedente de nuestro convento de Los Reyes, dijimos alguna cosa; varón de mucho pecho y valor, muy docto, gran predicador, de bonísimo y acendrado ingenio, de mucha prudencia, con la cual, después de vencido¹ el tirano Gonzalo Pizarro y repartida la tierra, hallándose muchos descontentos, por haber quedado sin suerte, de los servidores de Su Majestad, temióse otra rebelión peor

que la pasada, en un sermón² los aquietó, diciéndoles que lo menos que había que repartir se repartió; porque había tal y tal descubrimiento y conquista, de noticia y riquezas nunca oídas; que esto se dejaba para los ánimos valerosos, con lo cual y con otras razones aquietó los ánimos que estaban ya medio rebeldes. No le alcancé, porque cuando llegué a la ciudad de Los Reyes hacía poco que murió; pero lo que de él se decía es que en el tiempo que duró la tiranía de Gonzalo Pizarro, el cual siempre lo tuvo por sospechoso, y aun le quiso matar, y después de llegado a estas partes el presidente Gasca, andando siempre en el ejército de Su Majestad, más soldados y capitanes le acompañaban que al presidente, y al ilustrísimo de Los Reyes; tan bienquisto era de todos, y tanto le amaban. Diré lo que a personas que le oyeron el sermón dijo hablando con el presidente Gasca en favor de un caballero de Cáceres que había servido bien y había quedado sin suerte; llamábase el caballero Mogón; quejósele que no le habían gratificado sus servicios, y rogóle con el presidente Gasca fuese parte para ello; prometiéndole hacerlo, y en un sermón que se ofreció, presente el presidente, muy a propósito trajo: "Ahora, señor, cosa es digna de que nos admiremos que coman todos de mogollón y que Mogollón muera de hambre; no es de vuestra señoría consentir tal cosa". Esto fue bastante para que se le diese un repartimiento, creo en Arequipa, y así fue. Predicó a Su Majestad el emperador Carlos V, de gloriosa memoria, rey y señor nuestro, en Flandes, domingo, en las octavas de Nuestra Señora de la Asunción, y el día propio de Nuestra Señora había predicado un religioso del seráfico San Francisco, y hecho una escalera de doce gradas por donde había subido Nuestra Señora; dejó admirada a la corte la fama del regente y provincial de las Indias; además de la presencia del emperador y cortesanos, concurrió todo el mundo, y refiriendo en breve las gradas de la escalera que había traído el presidente de San Francisco, dijo: "pues más gra-

(1) En el ms., *venido*.

(2) En el ms., *que los*.

das faltaron", y añadió otras ocho más, con lo cual todos quedaron pasmados. Allí le hizo Su Majestad merced por sus méritos, y porque más merced merecía, del obispado de La Plata, dividiéndolo del Cuzco, de donde se partió para estas partes, habiendo dado primero larga relación de todo lo pasado en la rebelión de Gonzalo Pizarro (fue con el presidente Gasca) a Su Majestad, y Su Majestad, teniéndose por muy servido, le dio licencia para volverse. Llegó a la ciudad de Los Reyes, donde en breves meses dio el alma al Señor y fue enterrado en nuestro convento e iglesia, que siendo provincial había hecho, en la capilla mayor, al lado del Evangelio, con gran sentimiento de toda la ciudad, y mayor de nuestros religiosos, sin llegar a sentarse en su silla. Todo lo que tenía dejó al convento.

Quedando vacante esta silla, Su Majestad el Rey nuestro señor Felipe II hizo merced de ella al padre fray Domingo de Santo Tomás, maestro en santa Teología, doctísimo, gran predicador, gran religioso, gran celador del bien y conversión de los naturales, y no menos de las conciencias de los españoles, varón benemérito de esta silla y de otra mayor; debía hacer un año o poco más había venido de España, donde siendo provincial había ido a un capítulo general en que se juntaron todos los provinciales de la Orden, y con traer recado del general de la Orden para ser vicario general y visitador suyo, nunca quiso usar de este poder, ni mostrarlo hasta haber aceptado; vivía en el convento de Lima, con título solamente de la Universidad, que entonces en nuestra casa estaba, y en las conclusiones generales, particulares y conferencias se hallaba y presidía; entonces era vo estudiante de *Súmulas*. Llegadas las bulas y cédulas de Su Majestad, no quería aceptar, aunque el conde de Nieva y comisarios le daban prisa aceptarse; retrájose a nuestra chacara, que dista de la ciudad una legua pequeña; finalmente, allí aceptó, aunque algunos religiosos nuestros, particularmente un buen viejo que vivía en Chíncha, le persuadía no aceptarse, y finalmente aceptó, y el propio día, viniendo de la chá-

cara al convento acompañado de muchos caballeros y religiosos, en el camino le dio un tan gran dolor de ijada, que llegando a la ciudad, y habiendo de pasar por el convento de San Agustín, que es donde ahora está la iglesia y parroquia de San Marcelo, no le dejó el dolor llegar a nuestro convento, sino que allí se quedó hasta que se aplacó, y aplacado se vino a casa. Sabido por el buen viejo en Chíncha, escríbele y dícele: "Señor, ¿no persuadí a vuestra señoría no aceptase el obispado? Advierta bien a lo que le sucedió el día que aceptó, y sepa que no le han de faltar grandes trabajos". Parece le fue profeta el buen religioso, porque, como luego diremos, tuvo muchos, y la orina e ijada le acabó. Ello es cierto que *honores afferunt secum dolores*, que es decir: los cargos traen consigo muchos trabajos. Acordábase muchas veces el buen obispo de la carta de su amigo.

Aceptado el cargo, luego le consagró el ilustrísimo y reverendísimo de Los Reyes con mucha pompa y aparato, donde concurrió a la iglesia Mayor todo el pueblo, por ser el primer obispo que en ella se consagraba; hizo la fiesta y gasto el ilustrísimo de Los Reyes con mucha magnificencia; luego se celebró un Concilio provincial; acabado, fué a su iglesia, donde fue recibido solemnísimamente, y en el primer pueblo de indios de su obispado, creo ser Paucarcolla, por el camino de Arequipa, viéndole sin iglesia, la mandó hacer a su costa, con ser los pueblos e indios ricos, buena, de una nave, de adobe, sus portadas de ladrillo; el enmaderamiento es lo más costoso, porque se traen de lejos las vigas; no reparó en eso. Llegado a la ciudad de La Paz, el primer pueblo en su camino de españoles, dio prisa a la labor de la iglesia Mayor, a la cual ayudó de su renta un tanto cada año, aunque no se acabó viviendo, pero después años; llegando a la ciudad de La Plata, fue recibido con gran aplauso de la ciudad e indios de toda la marca, y de los que vinieron de Eotosí; amábanle como padre, y, visitado su obispado, hajó otra vez a Lima, a otro Concilio provincial, y volviendo a su silla y llegando a ella dióle Nuestro Se-

ñor un purgatorio o, por mejor decir, dos: el uno con sus prebendados (no con todos), que yo conocí, no ahora tales como su estado requería, y favorecidos por la mayor parte de la Audiencia, a los cuales, queriendo corregir, no podía. El otro fue el mayor, pues le acabó la vida: una enfermedad, por muchos meses, de ardor de orina (con ser templadísimo en comer y beber) que, en fin, le llevó a la sepultura. Dos meses antes que muriese, sintiendo ya se le acercaba la hora de su partida para el Padre, pidió al padre prior de nuestro convento, que no está más que la calle enmedio de su casa, le fuésemos allí a servir y acompañar cada uno ocho días, hasta que Nuestro Señor fue servido de llevarle; fuimos de muy buena gana, donde yo serví las semanas que me cupieron. El Padre de misericordias que le dio aquel purgatorio le dotó de una paciencia admirable, porque todas las veces que había de orinar, y eran más de 40 entre noche y día, cuando los dolores más le affligían, y la orina más le abrasaba, nunca le oímos decir otra cosa más de: "*Pecavi, Domine; pecavi, Domine*"; que es decir: "Señor, pequé; Señor, pequé". Lo cual muchas veces repetía, y descansando un poco decía: "¡Ah, Señor!, ¿a un hombre miserable enfermedad de caballeros? *Fiat voluntas tua*". Desabrirse con el servicio de su casa, ni tener la menor impaciencia del mundo si no se acudía tan pronto con lo que pedía, ni por imaginación. Esto es don de Dios y merced que a los suyos hace; cuando les da trabajos, los provee de fuerza y virtud para con alegría llevarlos. Viéndose ya cercano a su partida, reconcilióse; confesarse hacíalo muchas veces; mando se le trajese el Santísimo Sacramento; diré lo que vi hacer, y todo el pueblo presente; trájolo el cura, llamado el padre Prieto, que después fue religioso de San Francisco, y acabó loablemente en Tucumán; esforzóse cuanto pudo, mejor diré esforzóle Nuestro Señor; levantóse de la cama, vistióse su hábito de religioso, el cual nunca mudó, con su cana negra. Cerca del altar en que se había de poner el Santísimo Sacramento se hincó de rodillas sobre una alfom-

bra; quisiéronle poner un cojín: mandólo quitar; púsosele un escabelo corto sobre que se recostase: la enfermedad no le dejaba hacer otra cosa. Pues como llegase el cura y pusiese el Santísimo Sacramento sobre el altar, volvióse para este gran varón, comenzóle a hablar con la cortesía y reverencia que se debe a un obispo, y díjole: "¿No veis, hermano, que está presente el Señor de los señores, Rey de reyes, Señor del cielo y de la tierra? No me habéis de tratar sino como a uno de los del pueblo. Delante del Rey no hay señoría". Y así le dio el Santísimo Sacramento, como si fuera el menor del pueblo, con tantas lágrimas de todos los presentes cuantas era justo allí se derramasen. Poco antes que expirase redibió el Sacramento de la Extremaunción, y expirando, con ser un poco moreno de rostro y la nariz aguileña, pequeño de cuerpo, quedó tan hermoso que parecía otro; era, cierto, maravilla verle y vestido de pontifical; parecía vivo. A cosa de su casa ninguno de sus criados llegó antes ni después, más que si estuviera vivo, lo cual pocas veces suele suceder en las muertes de los obispos, como sucedió en remos.

Diré también lo que vimos todos cuantos acompañamos su cuerpo desde su casa a la iglesia: fue uno de los religiosos que volvió por el bien y conservación de los naturales que ha habido en estas partes, y si dijere que ninguno le llegó, no mentiré. Era conocido de todos los curacas y no curacas del reino, y como le habían tratado muchas veces teníanle amor. Sabida en Potosí (que dista de la ciudad de La Plata 18 leguas) su enfermedad, que le iba consumiendo, muchos curacas de los allí residentes le vinieron a ver, y a llorar con él, cuando estaba en la cama. El día de su enterramiento, con toda la Audiencia y la ciudad, los indios se hallaron en su acompañamiento, y dábanse mucha prisa a llegar al ataúd, donde le llevábamos vestido de pontifical. particularmente en las posas, a las cuales más de golpe se llegaban; los españoles deteníanlos, y ellos decían: "déjanos ver a nuestro padre, pues ya no le veremos más, y no queda quien mire

por nosotros"; hiciéronsele las obsequias debidas, con gran sentimiento de todo el pueblo, y los canónigos, que no le eran muy aficionados, derramaban abundancia de lágrimas. Creemos piadosamente que desde su pobre cama, no era rica, sino cuasi como de pobre fraile, Nuestro Señor se lo llevó al cielo. Todo el tiempo que vivió, así en la Orden como fuera de ella, dio muestras de mucha virtud; jamás se le conoció vicio notable; de los descuidos cotidianos, ¿quién se libra de ellos?; libérrimo de toda codicia y avaricia, y muy observante en los tres votos esenciales y en las ceremonias de la Orden; era de mucha prudencia y cordura, y que delante de los príncipes del mundo podía razonar; humilde en gran manera, amigo de pobres y limosnero, su renta nunca llegó a 8.000 pesos, los cuales, dejando para su casa gasto moderado, lo demás repartía entre pobres; fundó en la ciudad de La Plata un recogimiento que se llama Santa Isabel, donde se criaban hijas de hombres buenos, pobres; sustentábalo con su hacienda; después que murió creo no se tiene tanto cuidado. Con ser religioso nuestro, en su testamento no dejó más limosna a nuestro convento que a los demás. Entre los tres mendicantes mandó repartir igualmente su librería, que era mucha y muy buena.

Sus casas, a una cuadra de la plaza, buenas, que rentan más de dos barras, dejó a su iglesia, con obligación de que cada uno el día de su enterramiento le digan los prebendados vigilia y misa; no hizo ni fundó mayorazgo alguno, sino, a lo que creemos, en el cielo.

A quien sucedió el reverendísimo don Fernando de Santillán, que fue oidor de Lima y presidente de Quito, donde tuvo muy grandes trabajos y testimonios falsos que le levantaron; sacóle Nuestro Señor de ellos y sublimóle a la catedral de La Plata; no llegó a sentarse en su silla, porque murió en Los Reyes. Su muerte fue bien llorada; no hacía un mes que se había tomado la posesión del obispado por él, cuando luego llegó la nueva de su muerte. Varón de grandes prendas y de mucha virtud, aunque fue primero casado.

A este famoso varón sucedió el reverendísimo Granero de Avalos, clérigo; no sé que dejase memoria de sí más de haber establecido la cuarta funeral en su obispado, como ya lo está en los demás de estos reinos, con lo cual en breve, y con lo mucho que crecieron las rentas de los diezmos, se enriqueció mucho. Oí decir en la ciudad de Guaman-ga que trató casar un sobrino suyo con una hija de un vecino de aquella ciudad, con el cual ofrecía dar al sobrino 300.000 reales de a ocho; pero, finalmente, murió y sus criados le desampararon, y viéndose morir veía le descolgaban la tapicería y dejaban las paredes mondas; y ya que estaba para expirar, en la cámara le tenían puesto un candelero de plata con una vela, y llegó uno que, no hallando otra cosa, le quitó y se lo llevó, poniéndole la candelera entre dos medios ladrillos, y de esta suerte acabó sus días. La hacienda no sé qué se hizo; más vale morir pobremente con bendición del Señor, que rico y desamparado. Dicen estaba muy malquisto con sus prebendados y con otros; por eso se hallaron tan pocos en su casa al tiempo de su muerte.

Sucedíole el reverendísimo fray Alonso de la Cerda, de nuestra sagrada religión, hijo del convento nuestro de Los Reyes; acabó loablemente; vivió poco en el obispado; varón religioso y ejemplar y limosnero.

Al reverendísimo fray Alonso de la Cerda sucedió el reverendísimo don Alonso Ramírez de Vergara, varón de grandes prendas y muy docto y muy galano predicador, limosnero y que en su iglesia catedral de los Charcas labró, según soy informado, dos capillas y las dotó con abundante renta, de quien yo recibí y me envió 500 reales de a ocho de limosna para para ayudar a venir a este reino de Chile al obispado de la Imperial, que si con ella no me favoreciera, con dificultad viniera a él. Fue Dios servido de llevarlo casi súbitamente con una sangría que sin discreción de los médicos se le hizo. A la hora que esto se escribe tengo por noticia cierta es promovido a aquel obispado el reverendísimo de Quito, de quien arriba tenemos hecha mención.

CAPITULO VI

De los reverendísimos de Tucumán y Paraguay o Río de la Plata.

La provincia de Tucumán, con distar muy lejos del obispado de los Charcas por más de 200 leguas, las más despo- bladas (como trataremos adelante), era del obispado de los Charcas; dividióse hará treinta años, poco más o menos. El primer obispo fue don fray Francisco de Victoria, de nacionalidad portu- guesa, hijo de nuestro convento de la ciudad de Los Reyes, en el Perú, donde fuimos novicios juntos; varón docto y agudo; se fue a España, donde murió en la Corte, e hizo heredero a la majes- tad del dey Felipe II de mucha hacie- da que llevó, y loablemente lo hizo así.

Sucedióle el reverendísimo don fray Francisco Trejo, que ahora reside en su silla y resida por muchos años.

De los reverendísimos del Paraguay, o Río de la Plata, después que el reve- rendísimo fray Alonso Guerra salió de aquel obispado promovido a otro en el reino de México, como dijimos arriba, no sé cosa en particular que tratar, más que le sucedió el reverendísimo Liaño, varón apostólico y de grandes virtudes; fue Nuestro Señor servido llevarlo para sí dentro de pocos años después que llegó a su obispado; a quien sucedió el reverendísimo don fray Ignacio de Lo- yola, fraile descalzo, que hasta ahora lo gobierna loablemente.

CAPITULO VII

Del licenciado Vaca de Castro, Blasco Núñez Vela y don Antonio de Mendoza.

Habiendo brevemente tratado, no con- forme a las calidades de las personas, de los reverendísimos obispos e ilustrí- simos arzobispos de este reino, por no quedar cortos, con la brevedad que más pudiéremos trataré, y con toda verdad, sin género de adulación ni malevolencia, de los virreyes que he conocido en estos reinos de cincuenta ¹ años a esta

parte, y tomando un poco atrás la co- rrida.

El primero que los gobernó después de la muerte del marqués de Pizarro, por Su Majestad, fue el licenciado Vaca de Castro, el cual, cuanto al gobierno de los indios y de los españoles, lo que de él se trata fue buen gobernador, por- que desembarcó en la Buena Ventura, y de allí, atravesando la gobernación de Belalcázar, vino a la ciudad de Los Re- yes; vió la tierra y la calidad de ella y de los indios, que es gran negocio y principio para acertar a gobernar; halló alterado a don Diego de Almagro, y ti- ranizado el reino; juntó campo contra él, habiéndole primero requerido se re- dujese al servicio de su rey; dióle ba- talla campal en Chupas, legua y media de Guamanga, donde le venció y cortó la cabeza como a traidor; allanó la tie- rra, hizo ordenanzas buenas, conforme al tiempo, para los indios y españoles, principalmente mandando que para el servicio de los tambos, y aderezarlos, sirviesen los mismos que el Inga tenía señalados; estas ordenanzas se guarda- ron algunos años; ya no hay memoria de ellas.

Sucedióle el visorrey Blasco Núñez Vela, que luego le prendió y puso en un navío en el puerto del Callao; de allí fue a España, donde muchos días, y años estuvo preso; la causa no sé, mas después salió de allí y fue presi- dente del Consejo de Indias.

Blasco Núñez Vela, por no moderar su condición y dejar las cosas para su tiempo, perdió en la batalla de Quito la vida y puso el reino en riesgo de que perpetuamente se apartase de la corona de Castilla. Es suma prudencia en un rey y en una virrey disimular cuando no se puede hacer otra cosa, so pena que se recrecerán gravísimos ma- les, irremediables por fuerzas humanas; de esta en las divinas Escrituras leemos una prudencia digna de ser imitada, y para esto se puso y escribió por orden del mismo Dios, en David, el cual, no hallándose poderoso para castigar a su sobrino y capitán general Joab la muer- te de dos capitanes generales que había cometido, Abner, hijo de Ner, y Ama- sa, disimuló con él, y el castigo lo enco-

(1) Tachado: cuarenta.

mendó a su hijo Salomón, el cual hizolo por superior mandato, y aunque David dilató el castigo, no por eso le reprende la Escritura. No es inconveniente seguir el tiempo que pide el tiempo.

Al virrey Blasco Núñez Vela sucedió el prudentísimo y bonísimo visorrey don Antonio de Mendoza, primer visorrey de México; el cual, por venir muy enfermo y acabar pronto sus días en este reino, no sé cosa notable que de él se pueda tratar, sino que así, enfermo y tendido en la cama, era temido y amado de los españoles y naturales.

CAPITULO VIII

Del marqués de Cañete.

Al visorrey don Antonio de Mendoza sucedió don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, cuya memoria permanece con alabanza perpetua; varón realmente de muchas y admirables virtudes, dignas de ser imitadas de todos sus sucesores y alabadas de los historiadores y puestas sobre las nubes, pues para tratar de ellas se requería otro talento que el mío y facundia más aventajada; por lo cual confieso ser atrevimiento mío, criado (puedo decir) en estas remotas partes, a quien lenguaje y orden de escribir le falta, que ni he visto cortes de reyes ni príncipes, ponerme a escribir lo que otros, haciéndome grandes ventajas, han rehusado; mas viendo que no era decente que sus virtudes y hechos en el río del olvido quedasen anegados, en breve escribiré lo que todo este reino de su gran cristiandad experimentó: ánimo generosísimo, entrañas más que de padre para los pobres, afabilidad para los humildes y pecho para rebatir los ánimos soberbios, y, finalmente, mereció ser llamado padre de la patria.

Partió de España el año de 56, y llegando con buen tiempo a Tierra Firme, balló en ella muchas cartas de la Audiencia de Los Reyes, en que le avisaban que don Pedro Luis de Cabrera, vecino del Cuzco, se había retirado medio casi rebelado a la ciudad de San Miguel de Piura, teniendo en su compa-

ña algunos de los notablemente culpados en la rebelión y tiranía de Francisco Hernández Girón, uno o dos de los cuales habían sido sus capitanes, por lo cual viese lo que convenia ser hecho; y porque se entienda lo que vamos tratando, don Pedro Luis de Cabrera, caballero conocido, natural de Sevilla, era vecino (como dijimos) del Cuzco, y de muy buen repartimiento; concluida la guerra de Francisco Hernández, y tiranía, donde sirvió muy bien, bajando a Lima no sé con qué ocasión, con alguno o con todos los oidores se desabrió, por ventura por la compañía que sustentaba, y desabrido se vino con los suyos a Trujillo, de Trujillo a Piura, donde muchas veces fue requerido por la Audiencia de Los Reyes despidiese aquellos traidores; si no, procederían contra él.

La Audiencia por entonces no era poderosa contra don Pedro de Cabrera, por no alborotar la tierra, porque los ánimos de los que en la guerra habían servido a su costa, hallándose pobres y sin remedio de que se les gratificasen sus servicios, no sabiendo quién era proveído por virrey, y no esperándolo tan pronto, descomedíanse y aun hacían algunas betas, y hubo día que muchos de estos preteusores juntos se fueron al acuerdo donde los oidores estaban, a pedirles les diesen de comer, con no poco descomedimiento; bastante fue ir juntos a esto; de suerte que por ver a la tierra en la condición y estado referido, los señores de la Audiencia sufrían más de lo que en otro tiempo no sufrían.

Don Pedro de Cabrera hacía poco caso de estos requerimientos o cartas, ni despedía la compañía de traidores; ya dije no eran todos. Despachó la Audiencia al factor Bernardino de Romani, hombre de pecho, y prudente; pero no atreviéndose a ejecutar lo mandado, ni llegar donde don Pedro de Cabrera estaba, se volvió a Los Reyes. Luego la Audiencia, temiendo alguna rebelión, despachó al licenciado Hernando de Santillán, oidor, que después fué presidente de Quito y obispo de la ciudad de La Plata, contra don Pedro de Cabrera, con numerosos criados, porque ruido de

armas no convenia, porque la tierra no se alborotase si con soldados y armas descubiertas le despachara, para que le redujese, y si fuese necesario prendiese, y preso lo trajese a Los Reyes; sabido esto por don Pedro de Cabrera salióse de Piura con toda su gente y dio la vuelta sobre la isla de la Puna, donde se hizo como fuerte y estaba como medio encastillado; por lo cual el licenciado Santillán se quedó en Piura, no pasando más adelante, casi como en frontera, para que si don Pedro se desmandase le pudiese refrenar. Vistas, pues, estas cartas por el marqués, ignorando que don Pedro estaba en la Puna, despachó luego de Tierra Firme a un caballero de su casa, don Francisco de Mendoza, nobilísimo caballero, deudo suyo, muy discreto y no menos gentil hombre, con cartas para don Pedro de Cabrera, regaladas y discretas (yo las vi y leí en Tumbéz), en que le mandaba que, recibidas, se partiese luego para Los Reyes y allí le aguardase, porque no pensaba desembarcar en ningún puerto hasta llegar al del Callao, adonde le vería, porque traía orden de Su Majestad el emperador Carlos V, de gloriosa memoria, de tenerle muy cerca de sí, de quien se había de informar del estado de todo el reino, y con su parecer hiciese merced a los beneméritos. Llegó don Francisco a Paíta, y sabiendo don Pedro se había retirado de Piura para la Puna, despachó luego las cartas del marqués con un criado suyo, las cuales recibidas, con gran alegría se embarcó con aquellos capitanes y soldados en balsas, para la playa de Tumbéz, adonde llegando en dos días y aun antes se desembarcó con todos ellos, confiadísimo que el marqués había de hacer muchas mercedes a los que traía consigo.

Llegado a Tumbéz, luego se partió para Trujillo; perdióse en el camino antes de llegar a Piura, adonde Nuestro Señor le proveyó de un aguacero; si no, pereciera de sed, y los suyos, o porque olieron el poste o porque fueron mejor aconsejados, desde Piura cada uno tiró para su parte, que nunca más vieron; llegó a Trujillo y luego cayó en la cama indispueto.

CAPITULO IX

Del marqués de Cañete.

El marqués de Cañete, embarcándose en Panamá con su casa mucha y muy buena, y con muchos caballeros pobres que salieron de España con el adelantado Alderte para Chile, el cual muriendo en la isla de Perico o Taboga, los dejó pobres y desamparados; mas el buen marqués los recogió y a la mayor parte de ellos recibió en su casa; a los demás dio pasaje. Con próspero viento, en el navío de Baltasar Rodríguez, en breves días (era tiempo de brisas) llegó a Paíta, y de allí, prosiguiendo su viaje, con la intención dicha de no desembarcar en puerto hasta el Callao, enfadado de la navegación, saltó en tierra en un puerto no seguro, conforme a su nombre, llamado Mal Abrigo, diez leguas más abajo de la ciudad de Trujillo, adonde no halló ni había recado, ni para el marqués ni para sus criados, sino fue un asnillo, el cual le aderezaron lo mejor que pudieron sus criados, y en él vino hasta un poblezuelo tres leguas de allí, o poco menos, llamado Licapa, de la encomienda de un vecino de Trujillo, llamado Francisco de Fuentes, de donde ya con todo recado llegó al valle de Chicama, dos leguas de camino, donde le aposentaron en el ingenio del capitán Diego de Mora. En breve tiempo, desembarcado el marqués en Mal Abrigo, se supo la noticia en Trujillo, donde a la sazón le estaban aguardando muchos caballeros y capitanes de Su Majestad que en la guerra contra Francisco Hernández le habían servido, gastados de ella, y para comer también allí habían venido, entre ellos, el general Pablo de Meneses, aunque no había venido sino a besar las manos al virrey que viniese y a darle noticia del estado del reino; de Huánuco, a lo menos de Chachapoyas, habían venido vecinos y capitanes a lo mismo; todos estos caballeros, capitanes y vecinos de Trujillo, sabida la noticia, luego vinieron a Chicama, donde le besaron las manos y fueron del marqués muy alegre y beniguamente recibidos.

Don Francisco de Mendoza, que dijo-

mos haber venido despachado por el marqués para don Pedro de Cabrera, llegado a Piura hizo no sé qué liviandad de caballero gentilhomme y cortesano, la cual en desembarcando el marqués se la dijeron; sintiólo mucho, y luego propuso de embarcarlo para España, y lo trató o amenazó lo había de hacer. Su hijo don García de Mendoza, caballero de veintidós años, de grandes esperanzas, allí en Chicama una noche, andándose paseando el marqués por una sala, con no poca pesadumbre de lo sucedido¹, en pie, en cuerpo, la gorra quitada, suplicábale templase aquel rigor y no embarcase a don Francisco de Mendoza, ejecutando la primera justicia en un deudo y caballero de su casa, representándole lo que le había servido en mar y tierra; a lo cual el cristianísimo señor marqués le respondió, oyéndolo todos aquellos caballeros que esperaban la resolución y deseaban se quedase en la tierra don Francisco de Mendoza, el cual ya les tenía con su trato cortesano y nobilísimo ganadas las voluntades; dijo: "Por vida de la marquesa, que si como don Francisco hizo esta villanía la hicieras tú, del primer árbol te dejara ahorcado. No traigo yo hijos, deudos ni criados para que agraven al menor indio del mundo, cuanto menos a ningún hombre honrado y vecino, sino para que los sirvan, agasajen y honren". A estas palabras no se atrevió su hijo a replicarle más, y todos aquellos caballeros quedaron muy tristes y entendieron el pecho cristiano que el marqués traía, y que no se habían de burlar con él. Todo esto y lo que sigue vi con mis ojos.

CAPITULO X

El marqués llega a Trujillo.

Aquí en Chicama fue servido el marqués con todo el regalo posible porque así lo mandó doña Ana de Valverde, mujer que fue del capitán Diego de Mora, en cuyo ingenio fue hospedado (como hemos dicho) con gran abundan-

cia y todos que iban y venían; de donde partió para la ciudad de Trujillo, cinco leguas de camino, en la cual fue recibido, con mucha alegría y gasto de aquellos vejazos vecinos, en palio. Entró en un caballo blanco que le dio la ciudad y lo compró del comendador Melchor Verdugo, vecino de aquella ciudad. Trajo mucha casa: un mayordomo mayor, hombre muy principal, de mucho gobierno, de pocas palabras, pero muy discretas y graves, llamado Diego de Montoya; cuatro maestresalas; dos capellanes, y luego recibió a su servicio otro, un hermano mío, llamado el maestro Juan de Ovando; dos caballerizos, mayor y menor; muchos pajes y lacayos, y su guarda con su capitán; tanta y tan buena casa, que ningún visorrey la ha traído tal, harta ni abastada. Fuése a posar a las casas del capitán Diego de Mora, donde fue servido como era justo se sirviera un varón y señor de tanto valor y ánimo. Prestóle allí doña Ana de Valverde 12.000 pesos ensayados para su gasto; volvióselos de la Audiencia de Los Reyes en oro. En llegando, la primera cosa que hizo fue mandar embarcar a don Francisco de Mendoza en un navío que acertó a estar en el puerto, para llevarle a Tierra Firme y se volviese a España, con lo cual los ánimos soberbios comenzaron a humillarse y a temer.

Entre otros capitanes y caballeros pobres gastados por la guerra, que habían bajado a Trujillo a matar el hambre, bajó el capitán Rodrigo Niño, caballero pobre y adeudado de los gastos de la guerra, el cual a la sazón estaba en la cama enfermo, que no tenía sobre qué caer muerto, en casa de doña Isabel Justiniano, señora principal, que movida de caridad le regalaba en su casa y curaba. El cual, así enfermo, diciéndole y pidiéndole albricias, que ya el marqués había desembarcado en la tierra y costa del Perú, preguntó que dónde; respondiéronle: "En Mal Abrigog". Entonces dijo: "Más quisiera desembarcar a quinientas leguas más abajo, porque quien desembarca en Mal Abrigo no nos puede abrigar bien"; mas engañóse diciéndolo, porque luego que el piadosísimo marqués supo estaha enfermo, y

(1) Tachado: *Don García.*

sus servicios, le envió con un paje 1.000 pesos ensayados, para su enfermedad, animándole a que procurase¹ su salud, que dándosela Dios, en nombre de Su Majestad le haría merced, como se la hizo dándole 5.000 pesos de renta, y no los quiso; mandó el visorrey al paje no recibiese un grano del capitán Rodrigo Niño; vuelto el paje y dada la respuesta, preguntóle: "¿Qué te pasó con el capitán?" Respondióle: "Señor, porfió mucho conmigo que tomase las barras para calzas, y como llevaba orden de vuestra excelencia que no recibiese un grano, no les quise recibir". Entonces dijo el marqués: "¿Es posible que un hombre que no tiene un grano de plata tenga tanto ánimo? ¿Quién ha de hartar los ánimos de los hombres de este Perú?" Y quien esto hacía con el capitán Rodrigo Niño, no le quería abrigar mal. Oí decir que el marqués en España era tenido por escaso.

No se puede creer, por la liberalidad que mostró en estos reinos en todas sus cosas, siendo, como es así, verdadero refrán que los que pasan la mar mudan los aires y no los ánimos; que es decir: mudanse de un reino a otro, de una región a otra, pero no mudan sus inclinaciones naturales. En esta ciudad se detuvo casi un mes, en cuyo tiempo muchas veces enviaba a visitar a don Pedro de Cabrera, el cual, como dijimos, llegado a ella enfermó, y don Pedro deseaba mucho la salud por besar las manos al marqués, pensando había de destruir a todos los oidores, según tenía contra ellos cosas verdaderas o fingidas, y fingidas debían ser, porque los oidores de aquella sazón eran varones muy libres y enteros de lo que a algunos suelen infamar. Ya que estuvo con salud, envió pedir licencia al marqués para besarle las manos.

Envíale a su capitán de la guardia con cuatro alabarderos y una mula para que lo lleve al puerto y lo embarque en el navío donde estaba embarcado don Francisco de Mendoza, y desde aquí lo lleven a Tierra Firme y desde aquí a España, como se hizo. Fue justísimo

embarcarlo, con que admiró a muchos y sosegó a otros.

Cuando llegó a esta ciudad la justicia tenía preso a un vecino de ella, llamado Lizcano, por sospecha que había hecho un libelo infamatorio, contra el cual hubo algunos indicios, los cuales, si se le probaran, corriera riesgo de la vida, como lo merecen semejantes malos hombres y peores cristianos; no se le probó. El marqués muy buenos si los mostraba de mandarle ajusticiar; mandólo desterrar a España, y embarcáronle en el mismo navío.

Hiciéronse muchas fiestas de toros y cañas, y el marqués, como aficionado a caballos y ejercicio de ellos, los domingos y fiestas salía a caballo y hallábase en la carrera: hízosele allí un picón gracioso.

En la ciudad vivía Salvador Vázquez, muy buen hombre de a caballo de ambas sillas, pero de la jineta mejor; tenía bonísimos caballos hechos de su mano; un día en la carrera trató con el general Pablo de Meneses, y comendador mayor Verdugo, de hacez el picón, y puesto en ella parte con su caballo, y ya se le caía la capa, ya la gorra, ya estaba en las ancas del caballo, ya en el pescuezo; finalmente, paró, y fingese muy enojado, y vuelve a pasar delante del marqués. Cuando emparejó, díjole el marqués: "Bueno está, señor, no os pongáis en más riesgo; la culpa fue del caballo; no paséis adelante, por mi vida". Salvador Vázquez responde: "Suplico a vuestra excelencia sea servido darme licencia para pasar otra vez la carrera, porque estoy corrido y afrentado que este caballo delante de vuestra excelencia haya hecho tantos desdenes y a mí caer en una falta semejante."

Los que sabían el caso suplicaron al marqués lo dejase volver a pasar la carrera; consintiólo; y puesto en ella, parte Salvador Vázquez con su caballo como un gamo, y antes de parar el caballo hecha mano a la capa y espada, y desnuda, jugó de ella muy bien, y tornó a ponerla en la vaina y su capa en su lugar. El buen marqués recibió mucho gusto y dijo, riéndose: "Bueno ha estado el picón; yo me he holgado de ver la segunda carrera, porque de-

(1) En el ms., *procurando*.

lante del príncipe nuestro señor se pudiera hacer”.

CAPITULO XI

Parte de Trujillo el marqués.

Partió de esta ciudad de Trujillo para la de Los Reyes en un machuelo bayo que trajo desde Tierra Firme, en el cual, llegando al río de Santa, en todo tiempo grande y pedregoso, lo pasó a vado por más que le suplicaron tomase un caballo, y en el mismo vadeó el de la Barranca, que es el más raudo, mayor y de más piedras de todos los Llanos.

Al valle de Guarmey, que es la mitad del camino, le salió a besar las manos don Pedro Portocarrero, vecino del Cuzco, maese de campo en la guerra contra Francisco Hernández, el cual fue haciendo la costa al marqués con mucha abundancia, trayendo lo necesario en sus camellos y mulas hasta la ciudad de Los Reyes, y bajando a la sierra de la Arena, seis leguas de Los Reyes, en un arenal hizo banquete general a yentes y vinientes, y otro aparte para el marqués, con bastante agua fría todos, que es el mayor regalo, porque allí ni caliente la hay; ramadas hechas, debajo de las cuales se pusieron las mesas; llegando a tambo Blanco, que es en el valle de Chancay, nueve leguas de Los Reyes, le salieron a besar las manos los criados que habían sido del visorrey don Antonio de Mendoza, su mayordomo mayor, Gil Ramírez Dávalos, y el secretario Juan Muñoz Rico, y otros, y algunos vecinos de Los Reyes. Conociendo el marqués la suficiencia de Juan Muñoz Rico, le mandó sirviere en el mismo oficio que había servido al visorrey don Antonio de Mendoza. Podía servir en aquel oficio al gran monarca Carlos V, lo cual Juan Muñoz hizo en el tiempo que vivió con toda la fidelidad que el oficio requiere; empero no vivió tres años y murió súbitamente. Llegando a media legua de la ciudad, o poco menos, a una chácara o viña de Hernando Montegro, vecino de ella, de los antiguos conquistadores, adonde le tenía aderezada la casa como

se requería, aquí se detuvo hasta el día de San Pedro, que debieron ser dos días, mientras la ciudad acababa lo necesario a su recibimiento. Antes de llegar a esta viña, los vecinos viejos le hicieron una escaramuza a la jineta en un bosquecillo que había próximo a la viña; holgó mucho al marqués de verla, y dijo: “Así, ¿esto hay por acá?, ¿esto hay por acá? Galanísimamente han escaramuzado; casi parecía de veras”. Luego se hizo un combate de un castillo por infantería, los infantes muy bien aderezados, la cual acabada, entró en la viña y estuvo el tiempo que hemos dicho.

CAPITULO XII

Entra el marqués en Los Reyes.

Día de San Pedro partió de esta viña después de comer, y llegando a la ciudad fue recibido de la Audiencia y de toda ella debajo de palio, en un bonísimo caballo muy ricamente aderezado, los regidores llevando las varas, y dos de los más antiguos el caballo de diestro, con sus ropas rozagantes de terciopelo carmesí, gorras de lo mismo bien aderezadas y cadenas riquísimas de oro, con gran alegría de todo el pueblo, como aquel que se esperaba ser padre de la patria, como lo fue; delante del cual marchaba un escuadrón de infantería, el que hizo la escaramuza, con diferentes vestidos; de esta suerte llegó a la iglesia Mayor, donde el deán y cabildo de ella con toda la clerecía le recibió con cruz alta, cantando: *Te Deum, a laudamus*, y hecha oración y la ceremonia acostumbrada, dio la vuelta para las casas llamadas de Antonio de Ribera, a una esquina de la plaza, las más cómodas para aposentarle, porque no están de las Casas Reales más que una calle en medio, y a ellas se pasa por un pasadizo de madera, donde fue aposentado. Desde a pocos meses llegaron los procuradores de las ciudades, los más principales vecinos de ellas, con mucho aparato de gasto de casa y criados, y luego trató de reformar el reino. Envió por corregidor del Cuzco al licenciado Muñoz, que trajo consigo de Es-

pañá, hombre docto en su facultad, el cual cortó las cabezas a los capitanes Tomás Vázquez y a Piedrahita, y a otros vecinos, porque fueron los principales en la tiranía de Francisco Hernández Girón. Esto hizo por orden del marqués, y el marqués por orden del emperador Carlos V, de gloriosa memoria, que le mandó que a los que hubiesen sido cabezas despachase.

Estos vecinos y capitanes siempre anduvieron con Francisco Hernández hasta que fue desbaratado en Pucara, como dijimos; pero viéndose perdidos y sin cabeza, se vinieron al campo de Su Majestad, y los oidores les perdonaron, devolvieron sus indios y haciendas, y los hijos las tienen hoy día por los padres, mas ellos se quedaron ajusticiados; si justamente, otros lo juzguen.

En este tiempo también mandó ahorcar a Pavía, por traidor, que había sido criado del visorrey don Antonio de Mendoza, el cual, hando en esto o en no sé qué, se andaba paseando por la ciudad, y con avisar el marqués a los criados de don Antonio le dijese se le quitase delante de los ojos, avisado no lo quiso hacer, antes un día principal pasó la carrera delante del marqués, el cual, enfadado de tanto desacato, le mandó prender y ajusticiar, y porque entendió había de ser muy importunado le otorgase la vida, el día que le ahorcaron se salió de la ciudad muy de mañana; debía la muerte bien debida, porque no se redujo al servicio de Su Majestad hasta ver desbaratado de todo punto en Pucara a Francisco Hernández; he dicho esto porque algunos tuvieron por riguroso al marqués por la muerte de Pavía.

CAPITULO XIII

El marqués hizo perdón general.

Día de San Andrés adelante se celebraron fiestas en la ciudad, con una sortija y muy costosas libreas; los más principales del reino corrieron; hallóse presente el marqués, y dio perdón general a los culpables en la tiranía de Francisco Hernández, si no fueron aque-

llos cuyas causas estaban pendientes y presos, entre los cuales en la cárcel de Corte había algunos, no llegaban a 20; a éstos, porque el marqués era humanísimo y nada amigo de derramar sangre, los condenó a que aherrojados con grillos trabajasen en la labor del puente que mandó hacer en el río de esta ciudad, como arriba tratamos; mas trabajaron pocos meses, algunos de los cuales, teniendo amigos conocidos o coterráneos mercaderes, se encomendaron que les pidiesen limosna y comprasen negros, y por ellos los diesen al marqués; hicieron así los mercaderes (era mucha lástima ver aquellos miserables cargar ladrillos y mezcla, aherrojados; fuéronse al marqués y dicenle: "Señor, vuestra excelencia tiene comenado, y justísimamente, a fulano a que trabaje en el puente, como trabaja; vuestra excelencia sea servido recibir un esclavo negro que traemos¹ por él, y desterrarlo o hacer lo que vuestra excelencia fuere servido; el negro ofrecemos a vuestra excelencia para que perpetuamente sirva como lo es, y después de acabado el puente aplíquelo vuestra excelencia a quien fuere servido". El marqués holgó extrañamente con la merced que se le pedía, y alabóles el hecho, porque ya sus entrañas no podían ver españoles en estos reinos trabajar aherrojados como esclavos en el puente con indios y negros; concedió lo pedido, y uno de esta manera libre, los demás así se libertaron, a los cuales desterró del reino y embarcó, unos para México y otros para el reino de Tierra Firme; fuéronse y no volvieron más. Los negros creo se aplicaron para la ciudad. Después de esto, porque el capitán Martín de Robles, negro del general Pablo de Meneses, se descomedió (según dicen) a decir que el virrey venía mal criado y era necesario bajar a Los Reyes a ponerle crianza, mandó por una carta al licenciado Altamirano, oidor de la Audiencia, a quien había hecho corregidor de la ciudad de La Plata y Potosí (entonces este corregimiento, como ahora, era uno) que hiciese justicia de él. Prendiólo y ahorcólo; que fuese justamen-

(1) En el ms., *atraemos*.

ajusticiado o no, no está en mí juzgarlo; a lo menos, las palabras fueron demasiado descomedidas (no digamos desvergonzadas), porque sabían a rebelión, y por ellas y por otras que se escribían al marqués, libérrimas, mandó lo referido. Era el capitán Martín de Robles (no lo conocí) hombre que se jactaba de gracioso y hablador y no perdonaba por un buen dicho (así lo llamaba el vulgo necio, siendo mal dicho y pernicioso) ni a su mujer ni a otro, y por eso, por donde pecó pagó. Era fama en Los Reyes que el marqués, enfadado de esto, decía al general Pablo de Meneses, yerno de Martín de Robles: "Escribir a vuestro suegro venga a esta ciudad"; pero que el general Pablo de Meneses le escribiese o no, no lo sé; a lo menos del ánimo generosísimo del marqués se colige que si bajara no muriera como murió. Fue su muerte en Potosí, donde a la sazón estaba.

CAPITULO XIV

Cómo proveyó por gobernador de Chile a su hijo don García de Mendoza.

Hecho esto, luego determinó remediar el reino de Chile, porque además de la guerra con los indios araucanos, que se habían rebelado y muerto al gobernador don Pedro de Valdivia, entre dos capitanes, Francisco de Aguirre y Francisco de Villagrán, había disensiones sobre el gobierno, cada uno pretendiéndolo para sí; por lo cual nombró por capitán general a su hijo don García de Mendoza, que consigo trajo, de veintitrés a veinticuatro años, de grandes esperanzas, como las ha cumplido, y diremos cuando de su gobierno en estos reinos tratemos; con quien fueron muchos y muy buenos soldados, viejos y bisoños, y caballeros principales de esta tierra, con los cuales y con el favor de Nuestro Señor en breve redujo al servicio de la corona real los indios rebelados; repartiólos y dejó el reino tan llano como este del Perú, y porque esta historia, en la *Araucana* de don Alonso de Ercilla se puede ver, de esto no más.

Compuesto el reino y gozando de mu-

cha paz, trató de hacer mercedes a los beneméritos, así capitanes como soldados principales, que en la tiranía de Francisco Hernández habían servido a Su Majestad gastando lo poco que tenían y de sus amigos, como fueron los capitanes Diego López de Zúñiga, Rodrigo Niño (de quien dijimos), Juan Maldonado de Buendía y otros bravos y famosos soldados, a los cuales, llamándoles y haciéndoles su razonamiento, con esperanzas de acrecentarles las mercedes, les daba a uno 7.000 pesos ensayados por dos vidas, a otros cinco, a otros cuatro; a los soldados, a 2.000 pesos; porque la tierra no sufría más por entonces, no había repartimientos vacíos; empero ellos, no usando de la cordura que se requería, no quisieron recibir la merced que se les hacía, y dijeron les diese de comer conforme a sus méritos, y si en breve relación se ha de tratar verdad, y en larga, otros méritos no tenían más de haber servido de capitanes, porque hacienda no tenían mucha; pues experiencia de guerra no creo ninguno de ellos habría servido en Italia, y por eso dijo Martín de Robles: "Malograda de la madre que este año no tuviese hijo capitán"; y en esta guerra contra Francisco Hernández ninguno derramó gota de sangre, porque con él nunca llegaron a las manos, y cuando Francisco Hernández se desaharó y perdió, como referimos, no hubo quien contra los traidores echase mano a la espada; de suerte que muy bien pagados eran los unos y los otros, y yo sé que se arrepintieron más de 600 veces por no haber admitido las mercedes que en nombre de Su Majestad el buen marqués les hacía.

El cual, oyendo la respuesta, no tan prudente ni humilde como era justo, les respondió: "En hora buena, yo os daré muy bien de comer"; los cuales, despedidos, luego llamó a su mayordomo Diego de Montoya y dícele: "Mañana han de comer conmigo los capitanes; adércelese bien de comer". Hízose así; convidólos a comer; comieron espléndidamente; empero túvoles aparejadas mulas y su guardia, con el capitán de ella, y embarcólos a España, diciéndoles que Su Majestad les daría

de comer allá, porque tenía mucha necesidad de ellos para la guerra de San Quintín, donde el rey nuestro señor, entonces príncipe, estaba ocupado; dióles cartas de recomendación, alabándoles de valientes y suplicándoles gratificase conforme a sus servicios; dióles alguna plata para el camino, a unos más, a otros menos; naipes y cintas para que jugasen en el mar, y encomendó los llevase a España el capitán Gómez Zerón, el cual, en el mar, antes de llegar a Tierra Firme, ahorcó a uno de los soldados embarcados, llamado fulano Chacón, bravato y de muy buena presunción, porque le quiso matar, y si le acertara de lleno acabárale. De estos capitanes y soldados ninguno volvió a casa, si no fue el capitán Diego López de Zúñiga y el capitán Juan Maldonado de Buendía; el primero murió pobre y ningún visorrey le hizo merced ni pudo cumplir las cédulas de Su Majestad en que mandaba se les hiciese, por no haber vacantes indies; el otro volvió casado y pobre, y yo le vi en Los Reyes, y toda la ciudad, padecer gran necesidad; ahora vive en el Cuzco, creo con 3.000 pesos de situación; los cuales si recibieran la merced que el marqués les hacía ahora hace cuarenta años, hubieran de ella gozado todo este tiempo y murieran ricos; empero la imprudencia no puede ser causa de sosiego.

CAPITULO XV

Nombró el marqués gentilhombres lanzas y arcabuces.

Embarcados estos no muy prudentes capitanes y soldados, no con poco asombro de la ciudad, para enfrenar y sosegar la soberbia de los soldados de la necia valentona y para gratificar a otros más cuerdos que visto lo que pasaba se humillaban, instituyó cien gentilhombres, que llamó lanzas, con 1.000 pesos ensayados, cada año, con su capitán general y alférez. Por capitán nombró a don Pedro de Córdoba, caballero muy principal y discreto, del hábito de Santiago, deudo suyo, que con el marqués vino de España, con 5.000 pesos ensa-

yados; alférez fue nombrado Muñoz Dávila, vecino de Los Reyes, de poca renta, con 3.000 pesos, encomendero de Guarmei; estos pesos se pagaban por sus tercios de cuatro en cuatro meses infaliblemente; los lanzas eran obligados a tener caballo y armas y cuartago, coracinas o cotas, y lanzas y adargas. Dos días antes de la paga salían a la plaza en reseña con sus dobladuras, ellos en sus caballos, los criados en sus cuartagos. Poníase el marqués en los corredores de las casas de la Audiencia y pasaban delante de él la carrera, y al tercero día les pagaban el tercio de los 1.000 pesos, que son 333 pesos, 2 tomines y 8 granos. Con esta paga vivían de dos en dos; tenían sus casas muy concertadas, sus caballos muy gordos, ellos bien vestidos y contentos. Los arcabuces gentilhombres fueron 50, con 500 pesos de acostamiento; éstos habían de tener sus conas, arcabuces y mulas; nombró por sus capitanes a Domingo de Destra y a Juan de Ribera, vizcaínos, bonisimos soldados; éstos salían el mismo día que los lanzas a su reseña en sus mulas y arcabuces; pagábaseles su tercio de la plata el mismo día que a los lanzas. Decía el prudentísimo marqués que los instituía para que anduviesen, fuesen y viniesen con el visorrey, y cuando se tratase alguna cosa contra el servicio de Su Majestad, los lanzas y arcabuces se hallasen a punto para hacer lo que se les mandase.

Era mucho gusto ver las barras que atravesaban de las Casas Reales por medio de la plaza para las casas de los mercaderes, que a este crédito daban a los unos y a los otros sus haciendas. Esta paga perseveró todo el tiempo que vivió el marqués, y después algunos años; mas ahora no se paga con tanta solemnidad ni tan bien, y un vierrey los quita un pedazo, y otro, otro. Para esta paga señaló ciertos repartimientos que halló vacantes, y otros que vacaron, de donde bastantemente se pagaba día a día; a sus tres capellanes también señaló a 1.000 pesos ensayados, y se les pagaba en el mismo día que a los lanzas, y es cierto que si los lanzas y arcabuces fueran pagados, y de hambre los unos no se le hubieran comido las armas

y lanzas, y los otros los arcabuces cuando el corsario capitán Francisco Inglés entró en el Callao, no se saliera riendo ni ni robara lo que robó. Pero ni los gentilhombres lanzas las tenían, ni los arcabuces escopetas ni polvo de pólvora; no les pagaban, habíanselos comido, y por eso el enemigo se fue riendo con tanta riqueza y no menor infamia de los leones del Perú. Nombró otro capitán de artillería, al capitán Ximeno de Berrio, hombre en quien cabía muy bien el cargo. Esta artillería se guardaba en palacio con bastante cantidad de municiones para cuando fuesen necesarias; de esta suerte enfrenó los ánimos indómitos y necios de este reino, que les parecía para cada uno el Perú era poco.

CAPITULO XVI

El marqués quiso prender al doctor Sarabia, oidor.

Gobernando, pues, el valeroso marqués con la prudencia nuya el reino, no sé qué cizaña se comenzó a sembrar en él y el doctor Sarabia, oidor más antiguo de la Audiencia; por lo cual el marqués, enfadado, y con razón, determinó prenderle y ponerle en la fortaleza que hizo reparar de Cañete, donde tenía por castellano al capitán Jerónimo Zurbano, hombre principal. Esta fortaleza no es tan perfecta y acabada como las de nuestra España. El Inga, a su modo, la hizo; reparóse, hiciéronse en ella algunos aposentos donde el castellano viviese, y donde, si algún hombre principal se hubiese de prender y no estuviese seguro en la ciudad, le llevasen a aquella fortaleza; pero ya ni hay castellano, aunque la fortaleza así persevera. Una noche envió a don Pedro de Córdoba, general de los lanzas, a llamarle; el doctor Sarabia entendió la balada; acababa de cenar; dijo: "Enhorabuena, luego salgo; mientras, me visto". Levantóse de la mesa, donde estaba con una ropa de levantar; entróse en su cámara, y por una ventana, no era alta, descolgóse a la huerta, y de allí, por la puerta falsa que sale al río, dio consigo en nuestro convento, donde

le pusieron en casa de novicios. Don Pedro, viendo se tardaba, entró en el aposento; no hallándole, y hallándose burlado, se volvió al marqués, el cual, viendo que no se lo trajo, luego de mañana despachó a Chancay a nuestro provincial, que a la sazón era fray Gaspar de Cravajal, que allí estaba en una hacienda del convento visitándala, dándole relación de lo pasado; que luego se partiese y viniese a tratar de las amistades, sin que se entendiese que por su parte se comenzaba primero. Nuestro provincial vino luego y trató de la confederación; salió el doctor Sarabia de nuestro querido convento, fué a su casa y de allí a la Audiencia, sin que más sobre este particular se tratase.

El vulgo decía que el marqués, si le viera de sus ojos aquella noche, le diera garrote en palacio; es falso. Lo que pretendió no era sino enviarlo a la fortaleza de Cañete, y para esto tenía aparejadas acémilas con repuesto, hasta cocinero, uno de dos que tenía, y para el aposento tapicería y servicio de plata. Sobre qué se armase este nublado, no sé; unos dicen que trataba mal el doctor Sarabia del gobierno del marqués, y sobre ello, con otros personajes graves, habían escrito a Su Majestad, y aun otros añaden le imputaban se quería alzar con el reino; esto, porque sería temeridad afirmarlo, no haré tal; pero colígese por lo que el magnánimo marqués dijo en los corredores de la Audiencia a los mismos oidores y otros caballeros que allí estaban, que fueron estas palabras: "Bueno sería por cierto, que perdiese yo un estado que vale millón y medio por ser capitán de bellacos". Sea lo que fuere, yo me metería en un fuego por la inocencia del marqués en este particular.

CAPITULO XVII

De las entradas que en su tiempo se hicieron.

Hay en este reino grandes noticias de entradas y nuevos descubrimientos; los más son sobre mano izquierda, al Oriente. El generosísimo marqués, para des-

cargar el reino de gente ociosa, pidiéndole el capitán Gómez Arias una entrada a las espaldas de Huánuco, donde era vecino, se la dio con las instrucciones cristianas necesarias; esta entrada se llama de Rupa Rupa; salió de Huánuco en prosecución de su jornada con 200 hombres, pocos más o menos, pero dando en unas montañas asperísimas, calurosísimas y despobladas, no atreviéndose a pasar más adelante, que fue locura, se volvió sin hacer otro efecto más que gastar mucha hacienda; murieran todos de hambre si la prosiguiera.

Dio también descubrimiento adelante los Bracamoros al capitán Antonio de Hoznayo; fueron con él algunos lanzas, por mandto del marqués, y casi 150 soldados; también se volvieron temprano, porque no hallaron sino lo mismo que el capitán Gómez Arias; perdiéranse si pasaran adelante.

Vino después de esto el capitán Pedro de Ursúa de Tierra Firme, a quien había encomendado la pacificación de los negros cimarrones, que llaman la pacificación de Ballano; después de pacificados, aunque se tornaron a rebelar, llegó a la ciudad de Los Reyes; era de buen cuerpo y conforme a él gentil hombre; de nación guipuzcoano¹, si no era navarro; muy bien criado, afable, y parecía, en viéndole, ser hombre noble; llevábase los ánimos de los hombres tras sí; realmente tenía muchas y muy buenas partes, a quien el marqués, para acabar de limpiar la tierra, dio el descubrimiento y entrada del río Marañón, para lo cual le ayudó con plata y municiones bastantes, y en la ciudad de Los Reyes se le juntó mucha gente, y de otras ciudades bajaron soldados para irse con él, como se fueron. Esta entrada se había por la ciudad de Chachapoyas, el Río Grande abajo, y como por río habían de ir, dióle el marqués todo lo necesario para hacer bergantines. Túvose por cosa cierta que los que allá fuesen habían de hallar montes de oro, porque como no hay casamiento pobre ni mortuorio rico, así no hay descubrimiento pobre. A esta fama

bajó del Cuzco, y aun de más arriba, un vizcaíno llamado Lope de Aguirre, de mediana estatura, no muy bien tallado, cojo, gran hablador y jurador, si no queremos decir renegador, con una hija suya mestiza, no de mal parecer; vi a este Lope de Aguirre muchas veces, siendo yo seglar, sentado en una tienda de un sastre vizcaíno, que en comenzando a hablar hundía toda la calle a voces. Llegóse también a Pedro de Ursúa un caballero, creio de Jerez, llamado don Fernando de tal, pequeño de cuerpo, de buen rostro, la barba un poco roja, y después allá en Chachapoyas, o cerca, otro soldado casado en Los Reyes, llamado Juan Alonso de la Valentona, bien dispuesto el rostro, nariz aguileña, de buen color, que por cierta pendencia no le convenia quedar en la tierra. Nombró a estos tres por lo que adelante sucedió; y aunque traté al don Fernando, más a este Juan Alonso. En Los Reyes había un clérigo llamado Henao, de edad al parecer de cincuenta años, y para su estado tenía con suficiencia lo que había menester; dio su hacienda a Pedro de Ursúa, como otros se la daban, y fuese con el despacho Pedro de Ursúa de Los Reyes, con los que se le juntaron (no hubo tambor ni bandera), y todos, unos en pos de otros, tomaban su camino para Chachapoyas, cuáles por la Sierra, cuáles por los Llanos. Pedro de Ursúa tomó el suyo por Trujillo, donde estaba viuda aquella señora con quien don Francisco de Mendoza, siendo casada, tuvo ciertos dares y tomares; concertáronse los dos fácilmente (dicen era muy hermosa mujer) y llevósela consigo, que no debiera, por ser la causa de su perdición. Llegó Pedro de Ursúa a Chachapoyas, donde juntó 400 hombres, o poco menos, bien aderezados de armas. Los que nombró por capitanes creio fueron a don Fernando y a Lope de Aguirre, y creio al Lope de Aguirre hizo maese de campo; con esta gente y lo necesario para hacer los bergantines caminó en demanda del Río Grande, que se hace de todas las vertientes de las cordilleras de Pariacaca y de Villcanota, de donde dijimos una laguna vertía a uno y otro mar; camponen este río el de Jauja.

(1) Tachado: y que parecía en viéndole.

Villcas, Amancay, Apurímac y el de Quíquixana, que es el que comienza de la laguna de Villcanota con los demás que con éstos se juntan. Llegado a él (hasta entonces ni poblaciones de indios ni tierra donde pudiesen parar hallaron) hacen sus barcas y bergantines, y échanse río abajo, mientras más abajo mayor, y la vuelta arriba imposible; finalmente, a lo que me refirieron soldados conocidos antes, que con él fueron y después volvieron acá, andadas a su cuenta más de 200 leguas el río abajo, sobre mano derecha dieron en una barranca grande, encima de la cual había gran cantidad de indios con sus arcos y flechas bien dispuestos, que les prohibían salir a tierra, y en canoas les daban en qué entender; pero, finalmente, los arcabuces y versetes los acojaron; saltaron en tierra, toda llana y rasa; la de la mano izquierda, montañosa o cenagosa, inhabitable, y el río ya de más de tres leguas de ancho, aunque llano. Saltando en tierra hallaron un camino anchísimo y más trillado, que venía a dar al río; no vieron poblaciones; siguieron el camino algunos soldados con su capitán; empero, como le iban siguiendo, se iba estrechando, y sendillas a una y otra parte. Estos indios deben vivir sin república ni señor, cada uno en su casa por sí, y de sus casas venían sus sendillas, hasta que cerca del río hacían, juntándose las sendillas, aquel camino ancho. El capitán con los soldados volviéronse, sin traer más relación que la dicha.

Parten de allí, y por la barranca otro día parecen también muchos indios, no tantos como el primer día, diciendo: ¡Omagua, Omagua!”, muchas veces. El capitán y los demás, ¿qué pensaron?, que el descubrimiento que buscaban se llamaba Omagua, donde los arroyos manaban oro, y no les querían decir sino: abajo, abajo, como si les dijeran: no paréis aquí, pasar adelante. El desdichado Pedro de Ursúa, habiendo de parar donde los indios le salieron a defender salir a tierra, y enviar a descubrir, sus pecados que le cegaron, siguió el río abajo, más de otras 200 leguas de aquí, donde no veían indio en la costa ni harranca, y la vuelta al Perú

más imposible. Los soldados ya murmuraban del capitán, y principalmente por la mujer que llevaba, de suerte que los tres, don Fernando, Lope de Aguirre, Juan Alonso, se concertaron de matar a su capitán Pedro de Ursúa y a la pobre mujer, y como lo concertaron así lo hicieron; llegan los tres, no creyendo Pedro de Ursúa sino que le querían hablar como otras veces, le dan de puñaladas y mátanle, y luego matan a la desventurada señora, que ni lágrimas, ni lástimas, ni su hermosura le aprovechó para librarse de estos malos hombres. Luego tocan arma y levantan por rey a don Fernando; júranle por tal todos, más de temor que de amor. Luego se les reviste el demonio en el cuerpo a estos sacrilegos demonios (nómbrolos así por lo que luego diré) y principalmente a Lope de Aguirre, y conjurado, era esto de mañana, llaman al padre Henao, hácenle decir misa en una ramada en tierra, y mándanle consagrar dos hostias, que consuma la una y deje la otra. El pobre y pusilánime sacerdote hízolo así: dice misa, consagró dos hostias, consumió la una, dejó la otra sobre los corporales en el ara; acabada, llegóse Juan Alonso (si no me acuerdo mal, éste fue, a lo que me dijeron), toma con sus sacrilegas manos la hostia consagrada; hácela tres partes; ¡oh Señor! y cuánta es vuestra misericordia y paciencia; es misericordia y paciencia de Dios, pues allí no se abrió la tierra y vivo tragó a este más que sacrilego demonio; da la una a don Fernando, otra a Lope de Aguirre y toma él la otra, y allí se conjuraron de no ir ni venir el uno contra el otro, ni el otro contra el otro, y en señal partían la hostia; invención de más que demonios. Los demás soldados estaban atónitos y fuera de sí viendo una maldad, un sacrilegio jamás oído: empero Nuestro Señor, que no deja sin castigo semejantes impiedades, dentro de pocos días ya el Lope de Aguirre tenía muertos a puñaladas a los dos, al negro rey y a Juan Alonso, que si no me engaño era nombrado maese de campo, y el Aguirre coronel, o al revés; noco va en esto. Lope de Aguirre volvióse la bestia y tirano más cruel que ha ha-

bido en nuestros tiempos ni en pasados, y lo que más admira, que con abominar los soldados aquellas impiedades, le temían tanto que no se atrevían ni a mirarle; mató a muchos: si se reían, los mataba; si estaban tristes, los mataba; si se juntaban, los mataba; si se paseaba uno solo, le mataba; no se ha visto ni leído semejante ánimo de demonio. Parte, pues, de donde cometieron esta más que impía maldad, su río abajo (el temple todo desde que se echaron al agua hasta desembocar en el mar del Norte, calidísimo), y ya cerca del mar dieron en muchas islas pobladas de indios desnudos, de las costumbres Chiriguanas; las casas como las tenemos dichas ser las de los Chiriguanas; duermen en hamacas, gente desnuda y bestial; adonde ocupaba a los soldados que deshiciesen las hamacas y destruyesen para aderezar los bergantines, y la cabuya sirviese de estopa, porque su intención era en desembarcando procurar volver al Perú. Allí se rehizo lo mejor que pudo; comida no les faltaba de la que tenían los indios, y mucho pescado y marisco, y entre los peces unos que llamaron roncadores, porque en pescándolos roncaban como un hombre cuando duerme, grandes y sabrosos. Vino a desembarcar por el río en el mar del Norte, llamado la Burburata, donde dicen tiene 80 leguas de boca; es el mayor del mundo. De allí vino a la Gobernación de Venezuela, y saltando en tierra, persuadía con oraciones, como un Cicerón, no le dejasen hasta que sus ojos viesan al Perú y sus pies hollasen aquella tierra, donde los pensaba hacer señores de ella; llamábalos mis marañones, porque se tenía por desgraciado morir en otra parte, más en aquella miserable y pobre Gobernación. El desventurado bien conocía que, vista la suya, todos los soldados se le habían de huir. Aquí mató uno, si no fueron dos religiosos nuestros, porque persuadían a los soldados le dejasen, pero de temor hasta que vieron el estandarte real no lo hicieron; llegó la voz al gobernador; juntó gente; vino contra este peor que demonio; los que con él venían, visto el

estandarte real, luego todos le desampararon; pero era tanto el temor que le tenían, que ni los que con él vinieron ni los de la tierra le osaron llegar a prender, sino de fuera le arcabuceaban a un hombre solo, cojo, con una partesana en las manos, el cual, viendo su perdición, llega a su hija y la da de puñaladas, diciendo: "No te han de llamar hija de traidor". Luego diéronle un arcabuzazo, y dijo: "Este no"; pero al segundo, diciendo: "Este sí", cayó muerto el más que miserable, muriendo como un gentil y que no tuviera conocimiento de Dios. Decía: "Yo bien sé que me tengo de condenar, pero en el infierno no tengo yo de estar con la gente bahuna, sino con Alejandro Magno, con Julio César, con Pompeyo y otros príncipes del mundo"; puede ser que se halle con otros más infames pecadores que éstos, y sus tormentos sean mayores, por tener conocimiento de Dios más que aquellos gentiles, y ser cristiano, y aún puede ser lo podemos decir, porque un hombre sacrilego como éste, y que murió impenitente, habiendo hecho tantas crueldades y muerto dos sacerdotes, ¿por qué lo hemos de poner en puede ser? De esta manera acabó este impiísimo tirano, que quien le conoció en este reino y oyó decir las maldades que hizo, se admirará. Todos los que con él fueron también perecieron, unos en unas partes, otros en otras; en este reino tres vi, los cuales, en diferentes tiempos, informándome de lo que había pasado, me refirieron en suma todo este suceso. No trato de las cartas que dicen escribía a Su Majestad el Rey nuestro señor; algunas vi en pedazos, llenas de mil disparates, aunque daba algún poco de gusto leerlas por sólo ver el frasis, que no sé quién se lo enseñó. Su Majestad mandó que a todos los que con él llegaron a la Venezuela y la Burburata, las justicias hiciesen castigo en ellos; mas los que lo olieron no se descubrían a todos. También mandó apresar dos navíos, en que envió a descubrir el estrecho de Magallanes, en uno al capitán Ladrillero, vecino de La Paz, a quien sujetó el otro navío; capitán, un maestresala suyo, llamado el capitán

Cáceres. Salieron del Callao; el capitán Cáceres, no pudiendo sufrir los temporales de Chile, arribó a Valparaíso. El capitán Ladrillero pasó más adelante, pero no entró en el estrecho, y si entró, por ser el tiempo de nieves, habiéndosele muerto marineros y soldados, volvió al puerto de la Concepción, donde una negra, viendo la tierra y puerto, de alegría se quedó muerta, y sin hacer ningún efecto cesó este descubrimiento.

CAPITULO XVIII

El marqués mandó traer a Los Reyes los cuerpos de los Ingas.

Cuando aquel más que impío tirano Lope de Aguirre trataba de crueldades y de hacer grandes ofensas contra Nuestro Señor, el marqués de Cañete trataba de componer la tierra y quitar a los naturales cualquier ocasión del deservicio de Dios Nuestro Señor; por lo cual, sabiendo que en el Cuzco los indios tenían en mucha veneración y como por dioses suyos, a quienes adoraban y reverenciaban, los cuerpos de Guaina Capac y de otros Ingas que fueron señores de estos reinos, mandó los sacasen de su lugar y los trajesen a Los Reyes para quitar esta ocasión a los indios y darles a entender no eran más que cuerpos muertos; hízose así y trajéronlos a Los Reyes, enteros, sin corrupción. Tienen estos indios sus hierbas, que antiguamente, en su infidelidad, a los cuerpos de los señores aplicaban, con las cuales no se corrompían, como si los embalsamaran. Mandó, pues, los pusiesen en el hospital de los españoles, en un aposento donde ningún indio los viese. Después de esto, sabiendo también que en los Andes, que son unas montañas muy calurosas y lluviosas, a las espaldas de Guamanga, y no lejos de ella, se había retirado un Inga, y allí vivía con otros Ingas en unos valles asaz cálidos, procuró reducirlo y sacarlo y hacerle merced, por lo cual envió a dos religiosos nuestros, el uno llamado fray Melchor de los Reyes, hombre docto, gran cristiano, y que todo el tiempo, desde que

llegó a este reino, se ocupó en predicar el Evangelio a estos indios, gran lengua y de muchas y buenas partes, y con él fue otro religioso nuestro llamado fray Pedro de Arona, hombre esencial y buen fraile; juntamente con un vecino del Cuzco, llamado Betanzos, entraron en los Andes, hablaron al Inga, que lo reverenciaban los demás que allí vivían, y servían con las mismas ceremonias que en tiempos antiguos en estos reinos; descendía de los Ingas, señores de esta tierra; persuadiéronle saliese con todos los demás, que el marqués les enviaba a este efecto, con protestación de hacerle muchas mercedes en nombre de Su Majestad; finalmente, tanto pudieron con él y con algunos de sus capitanes, que le persuadieron a que saliese. Otros Ingas le persuadían lo contrario, y éstos no quisieron salir, dando allá sus excusas, no muy fuera de razón; finalmente, el Inga salió, vino a la ciudad de Los Reyes; trajéronle los indios en unas andas guarnecidas con plata. El marqués le recibió muy alegre y afablemente; prometiéndole mucha merced en nombre de Su Majestad si se volvía cristiano y se quedaba en la tierra; mirase lo que más le convenía, y si se quería volver libremente se volviese; dióle de su hacienda algunas preseas buenas y el Inga determinó quedarse y bautizarse, aunque no se bautizó en Los Reyes. Esto sentado, con orden del marqués volvió al Cuzco, donde se bautizó y casó con una deuda suya, en grado para los indios no prohibido, y dispensado por la Sede Apostólica, llamada la Coya, que quiere decir la Emperadora doña María, mujer de no mal parecer y de buen entendimiento; hízole el marqués merced, en nombre de Su Majestad, de 12.000 pesos de renta perpetuos en indios.

Tuvo una hija, llamada doña Beatriz, heredera, porque no tuvo varón, a la cual criaron, muerto el padre (no vivió muchos años después de esto), en casa de un vecino principal donde la enseñaron toda buena policía y costumbres, con las demás cosas que se suelen enseñar a las mujeres generosas; la cual casó después el virrey don Francisco de Toledo con el comendador Martín García de Loyola, como después diremos.

La madre, digamos la Coya, así la llaman los Ingas que se quedaron en los Andes y en aquellos valles, luego levantaron por cabeza a otro Inga de la casa de estos señores, pariente más propinquo; de los cuales, tratando de don Francisco de Toledo, y lo sucedido en su tiempo, habremos de volver a tratar de ellos.

CAPITULO XIX

El marqués se mostró gran republicano.

En todo el tiempo que el generosísimo marqués gobernó, se mostró gran republicano, y quien lo es merece nombre de padre de la patria, y el que no mira por el bien de la república no merece el nombre de padre de ella, y en una de las cosas en que el buen príncipe se muestra ser padre de la patria es en traer siempre delante de los ojos lo que los filósofos antiguos con lumbré natural alcanzaron: que el príncipe es por el reino y no el reino por el príncipe; de donde luego el buen príncipe, con todas sus fuerzas procura la conservación de su república y aumento de ella; que se guarde justicia y se haga que los vasallos sean ricos y prósperos, y otras cosas que ni de este lugar ni tiempo es ahora tratarlas.

Todo esto pretendía el buen marqués y en esto se desvelaba.

Sabiendo que en este reino había ríos, y muy grandes, donde perecían en los inviernos algunos indios y españoles, mandó hacer puentes y se hicieron: el de Lima; en el río del valle de Janja, dos; en el de Abancay, otro; en los dos ríos que hay de la ciudad de La Plata a Potosí, en cada uno el suyo, y si viviera, el del río Grande de Chunguri, como hemos dicho, le acabara, y el de Aurima.

Los caminos bien aderezados, los caminos bien proveídos lo fueron, pagando a los indios comidas y trabajo. La justicia siempre estuvo en su punto, y los indios muy favorecidos y amparados. Pretendía que todos los que viviesen en estos reinos fuesen ricos; los nobles

como nobles y los labradores como tales, y si alguno por su suerte buena alcanzaba a ser rico, dándosela Dios, San Pedro se la bendijese (como dicen), y por esto muchas veces entre semana iba a las huertas de los hombres pobres, que en contorno de la ciudad tenían; animábalos a que plantasen, trabajasen; preguntábalos qué fruta buena tenían, y deciales le enviasen de ella, y el servicio, y si era necesario más, que les favoreciera; porque no siendo, como no era hombre de letras, Nuestro Señor le dio un entendimiento acendrado, con el cual alcanzaba que la proporción que hay de los miembros a la cabeza esá hay de los vasallos al rey. Entonces el rey es poderoso, rico y temido, cuando los vasallos son ricos; entonces se defiende y ofende; ofende, digo, a quien le quiere ofender, y fácilmente le conquista. Entonces el brazo defiende bien la cabeza y sufre el golpe que sobre ella viene, cuando es recio y sano; el manco no tiene fuerza, no se puede levantar, y, siendo esto así, ¿cómo defenderá la cabeza? Los vasallos ricos muy bien defienden el reino; al reino pobre, como no tenga fuerzas para defenderse, cualquiera un poco más poderoso se le atreve y fácilmente lo conquista. Por eso, el otro, para conquistar cierta fuerza, o ciudad, pedía dinero y más dinero.

Un año, habiendo mucha falta de trigo, llamó a los vecinos que lo tenían sobrado; persuadíalos lo trajesen a la plaza y moderasen el precio; hízoseles de mal; tomó cantidad de plata, envióla en barcos grandes por los valles; trajo bastante trigo; socorrió a su ciudad; hizo alhóndiga, y los vecinos quedaron con su trigo comido de gorgojo por no hacer lo que el justísimo marqués les mandaba y aconsejaba, y perdieron, de lo que pensaron ganar, no poca plata.

Saliéndose a pasear un día de trabajo, volviendo para palacio, en la plaza vio a un espadero, llamado Mendoza, que con un jubón de raso carmesí y calzas de terciopelo carmesí forradas en lo mismo estaba acicalando una espada; paró el caballo, y díjole: "Buen hombre, ese vestido más es para los domingos y fiestas que para entre

semana; por mi vida que lo guardéis para entonces; en algo nos hemos de diferenciar en estos días"; y luego, volviendo la cabeza a un criado, llamado Parrilla, díjole: "De aquel paño pardo que me envió la marquesa, dad a este hombre para que haga un vestido con que entre semana trabaje, y pues la marquesa (dice al espadero) me lo envió para que yo hiciese un vestido, bien podéis vos vestiros de él". El espadero estaba en pie, su gorra quitada; besóle las manos, diciendo haría lo mandado por su excelencia; luego preguntábale: "¿Cómo os llamáis?"; respondió: "Mendoza"; dijo el marqués: "¿Mendoza?, parientes somos", y volviéndose a sus criados mandóles, diciendo: "Todas vuestras armas traérselas a Mendoza, como las habéis de llevar a otro; es mi pariente; le hemos de ayudar todos.

Fué muy amigo de que todo el reino viviese en servicio de Nuestro Señor, y así casó muchas mujeres, principales, y no principales, principalmente de las que venían con el adelantado Alderete, que traía muchas. Mis padres vivían en Quito y allí les casó dos hijas, y todos los casamientos sucedieron bien; sólo uno salió avieso. Entre estas señoras venía una llamada doña Graciana, mujer principal, discreta, no muy hermosa, pero gallarda. Casóla con un vecino del Cuzco, rico, llamado Villalobos; allá en el Cuzco no sé qué desabrimiento tuvieron; el vecino era mal acondicionado; ella, mal sufrida; el desabrimiento no fue por cosa que doña Graciana no debiese hacer conforme a su calidad; no fue cosa que tocara a honra, y el demonio, que no duerme, el Villalobos la dio de puñaladas; la justicia prendióle y encubóle, y perdió la vida con este ejemplar castigo; de esto no tuvo la culpa el buen marqués, sino los pecados del Villalobos; esto me pareció no dejar en olvido, cosa rara y que en reinos más extendidos sucede pocas veces.

Los vecinos que tenían hijos diéronselos para que le sirviesen, a los cuales en su casa les enseñaban toda buena crianza y policía, y les daban estudio dentro de palacio; algunas veces,

comiendo, tomaba un plato y llamaba al que le parecía y decíale: "Ve a tu madre y dile que, porque sabía bien esto, por amor de mí lo coma." Partía el paje; llamábalo y preguntábale: "¿Qué te dijo?" "Señor —respondía—, esto y esto". Decíale: "Mas mira que cuando entres delante de tu madre le has de hacer la reverencia con el pie izquierdo; con el derecho, a Dios y a sus imágenes". Y cuando volvía preguntábale cómo la halló, cómo hizo la reverencia.

Parecerá esto cosa muy menuda y no dignas de un visorrey del Perú, que es lo mejor que Su Majestad tiene que proveer; no es sino muy esencial, porque la crianza de los muchachos conviene mucho les sea enseñada, y mejor la toman del señor que del maestresala, y más le temen. El día de la Asunción de Nuestra Señora, habiéndose de hacer fiestas en la plaza, de toros y cañas, se dijo en el pueblo, sin saber de dónde ni cómo había salido: "El emperador ha muerto". Viniendo de misa de la iglesia Mayor, después de comer, el mayordomo mayor le dijo: "Señor, esto se trata en el pueblo, que el emperador ha muerto; vuestra excelencia, aunque no sea sino por esta nueva, mande no haya hoy fiesta". Sintió la nueva el marqués, porque el emperador le tenía en mucho y de él hacía mucho caso; en diciéndoselo, dice: "Bien decís; avisad a los alcaldes deshagan las barreras, y si así es, yo no soy virrey del Perú". Fue así, que aquel día ya era enterrado el emperador, de gloriosa memoria, y Su Majestad el Rey nuestro señor había proveído por visorrey de estos reinos a don Diego de Acevedo, aunque no llegó acá, por morir en Sevilla. Tardó la nueva cierta más de seis meses; llegada, mandó se hiciesen las honras del emperador con mucha solemnidad; hicieron en la iglesia Mayor; salió todo el pueblo del monasterio de Nuestra Señora de las Mercedes, los más principales llevando las insignias. Otro domingo adelante se hicieron las fiestas del nuevo rey con mucha solemnidad, y el marqués tomó la posesión por Su Majestad de este reino; juróse con la solemnidad acostumbrada, batióse mo-

neda y derramóse cantidad de ella, así en la iglesia Mayor como en la plaza, con gran alegría de todo el pueblo.

CAPITULO XX

De la muerte del marqués.

Cuatro años hacía, poco más, que gobernaba el marqués, padre de la patria, siendo amado y temido de los buenos y de los malos, cuando Nuestro Señor fue servido llevarle para Sí, recibidos devotísimamente todos los Sacramentos, que muchas veces frecuentaba, sabida ya la venida del conde de Nieva por visorrey de estos reinos, proveído luego que murió don Diego de Acevedo. El día de su muerte fue muy triste para la ciudad de Los Reyes y para todo el reino; fue llorado de todos y en particular de los pobres. Enterróse en el convento del seráfico San Francisco, de donde, sacados sus huesos, fueron llevados a España por el padre fray Juan de Aguilera, comisario de aquella Orden en estos reinos.

Era hombre de mediana estatura, más grande que pequeño, espaldado, y de miembros fornidos, de gran ánimo y generoso; nada amigo de derramar sangre, empero que se hiciese justicia; amigo de los hombres animosos. No se asombraba de que hubiese algunas penden-
cias, porque es imposible menos. Sucedió lo que diré: Acabando de comer (no dormía siesta sino por maravilla), salíase a pasear a una sala cuya ventana, en la esquina, salía a la plaza; cuando a ella llegaba, sacaba el cuerpo fuera y miraba si había algo en ella; a una vuelta, mirando la plaza, vio que se encontraron dos caballeros de Jerez, enemistados, o escogieron aquel lugar para reñir a tiempo que en ella no pareciese nadie; echaron mano a sus espadas don Yelmo de Gallegoso y el capitán Patiño, y comenzaron a reñir con gentil donaire y ánimo. El marqués recostóse sobre el pretil de la ventana mirando cómo reñían, en lo cual tardaron buen rato sin que la justicia ni hombre acudiese a meterles en paz; hiriéronse

ambos y mal; acude la justicia, préndelos; entonces el marqués mandó al paje de guardia que vaya al alcalde y le diga de su parte no los lleve a la cárcel, sino a cada uno les dé la posada por tal, que aquella causa tomaba para sí; y luego envíales a cada uno una barra de plata, diciéndoles les ha visto reñir desde el principio, y se había holgado, y lo habían hecho como muy buenos caballeros; se curasen y recibiesen cada uno su barra para pollos, y sanos, trataría de las amistades. Los heridos besáronle las manos, y que su excelencia hiciese de ellos lo que fuese servido. Sanaron, hízoles amigos; don Yelmo siguió su viaje a España; el otro se quedó acá en el reino. Hacía burla de cosas de alzamientos y rebeliones, de lo cual otros han hecho gran descargo de servicios a Su Majestad. Hubo en Los Reyes cierto rumor de alzamiento; salíase a pasear una y dos veces cada semana, y las fiestas y domingos íbase por las chúcaras, y a los que le acompañaban mandaba se quedasen, y con un solo paje se iba buen trecho solo. Su mayordomo mayor decía: "Señor, ¿cómo se va vuestra excelencia solo, sabiendo lo que se ruge en la ciudad?". Respondióle, diciendo: "Por eso me aparto solo, para ver el ánimo de éstos. Pues esta gente, ¿se ha de atrever a eso?" Sucedió así, que de la ciudad del Cuzco le enviaron un soldado, con información no muy bastante, sino de indicios leves, que se quería alzar o trataba de ello, para que el visorrey le mandase castigar. En una visita de cárcel (no perdió ninguna), salió el pobre soldado ahorrado, y leída en breve la causa de su prisión, llamóle y díjole: "¿Vos os queríades alzar con el Cuzco?" El miserable, temblando, respondió: "No, señor; ¿quién soy yo ni qué calidad tengo para eso? Enemigos que en el Cuzco tengo me han impuesto ese testimonio". El marqués llama al alcaide (el pobre ya pensó estaba ahorcado) y dícele: "Quítad las prisiones a ese hombre"; y al hombre dícele: "Andad, id luego derecho al Cuzco alzáoosme con aquella ciudad; si no, por vida de la marquesa, que tras vos envío para que si no lo hiciéredes

os hagan cuartos. ¿Cada chirricote se ha de alzar contra la majestad del emperador y rey nuestro señor?" El otro, en saliendo de la cárcel, ni pareció más ni fue al Cuzco; bien sabía el magnánimo marqués que no había de ir aquel miserable al Cuzco.

En manos de otro cayera, que, por lo menos, fuera a remar a las galeras.

CAPITULO XXI

De las virtudes del marqués.

El tiempo que vivió en estos reinos fue castísimo y muy amigo que todos los de su casa, como es justo, lo fuesen, y mirando por esto y por el buen ejemplo que están obligados a dar los que gobiernan. Diré lo que dijo el padre Molina. Este padre Molina se consagró a servir a los españoles en el hospital llamado San Andrés; en él era capellán, mayordomo, y quien toda la casa la gobernaba, y todas las haciendas. El piadosísimo marqués acudía a hacerle muy crecidas limosnas, porque le dió más de 30.000 pesos de su hacienda; el padre Molina venía de noche a tratar con el marqués las necesidades del hospital, y, como de clérigo, los vestidos eran largos, díjole el marqués: "Padre Molina, ya sabéis que para vos no hay puerta cerrada ni hora ocupada; no vengáis más de noche; traéis esas faldas largas; algún malicioso pensará sois mujer; mirad que en público y en secreto somos obligados a dar buen ejemplo".

Como se preciaba tanto de ser padre de pobres, fuera de las limosnas hechas al hospital de los españoles, y aun al de los indios y al convento de San Francisco, hizo otras en particular, no pocas: pero de éstas referiré dos o tres. Un buen hombre vino de México, casado y pobre; entró a pedirle limosna (para los pobres no había puerta cerrada); mandóle dar una barra; las limosnas luego se daban sin réplica ni libramiento, porque luego mandaba a su mayordomo, y mandábase diciendo: "Dad tanto a este buen hombre"; lue-

go era cumplido. El buen hombre, muy contento con su barra, antes que saliese de la sala, tornóle a llamar el piadoso marqués, y dícele: "Buen hombre, ¿sois casado?" Respóndele: "Sí, señor, y traigo mi mujer e hijos". Dice al mayordomo: "Montoya, dadle otra barra; no tiene para zapatos". Y luego preguntale: "¿Tenéis oficio?" Y respondióle: "Sí, señor; sé mucho de labranza y crianza". El buen marqués dícele: "Mucho me alegro de eso, porque ahora mando poblar un pueblo 22 leguas de esta ciudad, de muy fértil suelo; idos allá con vuestra mujer e hijos; yo os daré una carta para el capitán Zurbano; allí os dará solar para casa, tierras para pan y para viñas; hacedme allí una heredad muy buena para vos y para vuestros hijos, y cuandouviéredes necesidad no vengáis acá, sino escribidmela; yo os la remendiaré". Con esto se fue el hombre muy contento, y de aquí a Cañete.

Levantábase muy de mañana, y sólo con un paje de guardia se iba al río arriba, rezando en unas Horas; prosiguiendo su camino oyó llores como de mujer, que se estaba acuitando porque una sola negra que tenía, con que amasaba un poco de pan y lo sacaba a la plaza, y de esto se sustentaba trabajosamente, se le había muerto aquella mañana. El piísimo marqués, ¿qué pensó cuando oyó los gemidos y voces? Que le hacían alguna fuerza; alargó el paso y púsose a la puerta para oír lo que pasaba, y como entendió a la mujer que se lamentaba y la causa, diciendo: "¡Ay!, cuitada de mí, que sola una negra que tenía, que me ayudaba a pasar mi trabajo, me ha llevado Dios; ¿qué tengo de hacer, miserable?"; y otras cuitas que las mujeres pobres en semejantes casos suelen hacer. Luego el padre de pobres y buen marqués da la vuelta y con el paje que le acompañaba le envió una barra de plata de 250 pesos ensayados (entonces aún no valían tanto los negros bozales), diciéndola no se afligiese más, y que con aquella barra comprase otra negra y supliese su necesidad, y con las demás acudiese, que se las remediaria. De esta

manera favorecía a los pobres y les hacía bien y mercedes y limosnas.

Otras muchas limosnas hizo a caballeros pobres y a personas necesitadas, que sería largo de contar y nuestro intento no lo permite; pero decírlas en breve, pídelo; finalmente, de su hacienda dio de limosnas pasados de 80.000 pesos, por lo cual su hijo, don García de Mendoza, bajando de Chile, bien pobre, hallando muerto a su padre y en el gobierno al conde de Nieva, que consigo trajo a don Juan de Velasco, su hijo, estando juntos los dos, don Juan de Velasco dijo a don García de Mendoza, como por baldón y mostrando: "¿Qué hizo su padre de vuestra merced en este reino?" Al cual, con mucha prudencia, respondió don García de Mendoza: "Un monasterio de San Francisco, donde se enterró, y un hospital de españoles, donde como a pobre me den de comer; y guárdale Dios a vuestra merced no muera su padre en el Perú, y vuestra merced entonces se halle en él, porque se verá uno de los más desventurados caballeros del mundo". Parece le fue profeta, porque se vio aupérrimo y con suma pobreza, y esto allí le vimos y tratamos.

En su tiempo, los mercaderes de la ciudad de Los Reyes, juntándose, trataron de pedir limosna para los pobres de la cárcel, que se iban multiplicando, no con título de cofradía, sino por vía de caridad; después se constituyó cofradía y creció, como hemos dicho.

Concertáronse que dos cada semana pidiesen por amor de Dios para los pobres de ella, y les diesen de comer, y cuando las limosnas no alcanzasen, de su casa les proveyesen; la segunda semana cupo a dos, Juan Vázquez y Juan Vaz, hombres de caridad, casados y ricos; los conocí y los traté mucho; convinieron en ir a pedir limosna al marqués; entraron y dándole lo que habían ordenado, y que suplicaban a su excelencia les mandase dar limosna; alabóles mucho la buena obra, y mandóles dar. para aquella semana (como tratando de la fundación de esta cofradía dejamos dicho), 100 pesos, y para cada mes 50. y que no se los viniesen a pedir, sino a su mayordomo, lo cual in-

faliblemente, el tiempo que vivió, se cumplió así.

Diré otra, que fue graciosa. Pocos meses después de llegado a la ciudad de Los Reyes, cantó misa un clérigo llamado el padre Roberto; hallóse presente el marqués y la Audiencia y todo el pueblo; entonces, de tarde en tarde, se cantaban; salió el misacantano a ofrecer. El marqués había pedido al mayordomo un pedacillo de oro de 25 pesos; ofreciólo; luego los oidores, los cuales no ofrecieron, mandaron, y las mandas se escribieron; en las fuentes llevaban papel y tinta; hubo quien dijo de ellos (si no me acuerdo mal, fue el licenciado Santillán, de quien arriba tratamos): "Escriban 50 pesos"; el marqués casi corrióse, y dijo: "Pues dijéranme que se usaba mandar por escrito; yo también mandara; escriban 100 pesos", y así ofreció 125 pesos, los 25 en oro; y a quien era tan limosnero y liberal, no es necesario alabarle que jamás recibió dádiva, ni nadie se atreviera a ello, ni a cohechar al menor de su casa; y que esto se entienda ser así, es verdad lo que diré: Había en la ciudad un mercader rico y de mucho crédito, llamado Gonzalo Fernández, de cuya casa se proveía todo lo necesario para la del marqués, y era como el cambio del mayordomo mayor, y el salario del marqués todo entraba en casa de este mercader. Tratábase como criado del marqués, y no perdía en ello nada. Quiso hacer un servicio a la marquesa, y tuvo para servirla un cofrecito de plata como el segundo del terno, y en él no sé qué sortijas con esmeraldas y otras piedras; no faltó quien se lo dijo al marqués, ignorándolo Gonzalo Hernández, y un día llamóle y díjole: "Dícenme que enviáis a la marquesa no sé qué regalo; por mi vida, ¿qué es?". El mercader respondió: "Es verdad, señor, que a mi señora la marquesa tenía determinado servir con un cofrecito de plata y otras cosas no de mucho valor, conforme a mi posible y no conforme a quien es mi señora la marquesa". Mandóle lo trajese; holgóse de verlo, y díjole: "¿Qué vale esto?" El mercader respondió: "Señor, no trate, suplico a vuestra excelencia, de eso; es muy

poco". Finalmente, dijo a su mayordomo que supiese de los oficiales lo que valía y lo pagase al mercader, y que él lo quería enviar en nombre del mismo Gonzalo Hernández. Quien esto hizo no puede ser notado de avariento, ni codicioso, ni que jamás recibió cohecho.

Las vísperas de Pascua, en las visitas de cárcel, jamás ningún virrey (sin hacerles agravio) dio tantas limosnas, pagando por los pobres que no tenían de dónde pagar, lo cual con suma liberalidad hacía. Ninguna de estas visitas le costaba menos de 1.000 pesos, pues para cobrarlo no era necesario más que pedirlo al mayordomo. ¿Quién ha hecho tal? Pero no lo echaba en saco roto: Nuestro Señor se lo ha pagado cien doblado, y porque para todas las limosnas y mercedes que hacía de su hacienda no había libramientos, mandó en su testamento que no pidiesen a su mayordomo, sus herederos, más cuenta de la que él quisiese dar, ni libramiento para lo que hubiese dado de limosnas, y bien seguramente lo mandó, porque el mayordomo no le hiciera menos un grano.

CAPITULO XXII

Cuán enemigo era de acrecentar tributos.

Siempre miró mucho por la conservación de los naturales, para que con todo el descanso posible pagasen sus tributos. Sucedió así: Proveyó por corregidor de la provincia de Chucuito a García Díez de San Miguel, hombre muy cuerdo, y benemérito y noble, al cual mandó que visitase toda aquella provincia; hasta entónces no se habían hallado más que 17.000 indios tributarios; éstos pagaban del tributo 24.000 pesos en plata ensayada y 12.000 pesos en ropa de la tierra; visitados, parecieron 1.000 indios más. García Díez de San Miguel, pareciéndole ganaría la gracia con el marqués, avisóle del aumento de los indios, y que se les podía acrecentar el tributo, pues para tantos indios era poco, mayormente que para pagar los 24.000 pesos de plata, en Potosí residían 500 indios que fácilmente les

pagaban; a quien respondió: "Escribiérasme vos que abajara los tributos, de muy buena gana lo hiciera; pero aumentarlos, no haré tal; ¿qué cosa más grave que el tributo?" Otro lo subió a 102.000 pesos ensayados en plata y ropa, como diremos.

Decía que si su parecer se hubiera de seguir, que de toda la renta que Su Majestad tiene en este Perú se habría de hacer tres partes: una, que se llevase a Su Majestad; otra, para pagar los ministros de justicia, así acá como de España; otra, que se quedase en este reino para lo que puede suceder y para casar hijas de conquistadores y pobladores pobres a quien Su Majestad no ha hecho merced ni gratificado sus servicios. Por lo cual comenzó a edificar en el lugar donde ahora es la Universidad una casa de recogimiento, a la que llamó San Juan de la Penitencia, adonde se recogieron algunas hijas de estos conquistadores y pobladores, con renta para su sustento; mas como murió temprano cesó el edificio y ahora no hay memoria de ello; y para hacer puentes, hospitales, iglesias y otras obras pías y públicas, como los reyes han hecho en España, y para socorrer a caballeros pobres que vienen de Castilla encomendados de Su Majestad, que le han servido y no les ha gratificado, mientras vaca en qué ocuparlos. A los negros horros que había en Los Reyes, que es la ladronera de los cimarrones, sacó de la ciudad y envió al asiento de minas de Carabaya, que es tierra calurosa y lluviosa, y era tan humano con ellos que no se desdeñaba de responder a las cartas que le escribían.

Esto así, en breve, se ha dicho del magnánimo marqués de Cañete, de buena memoria, padre de la patria y de pobres, como epílogo de sus virtudes, dejando de tratar más difusamente a otros que sean dotados de más facundia y mejor estilo que el nuestro; concluyamos que fue gran vengador de los juramentos falsos en daño de tercero; mandó quitar los dientes a un Fulano de Quintana porque juró falso delante de la justicia. También mandó que ningún negro cargase con botija de agua ni otra cosa a ningún indio, al negro so pena

de caparle y a la negra de doscientos azotes, y en quien primero se ejecutó la sentencia fue en un esclavo suyo; vio que traía a un indio con una botija de agua cargado del río; llamó al caballero; preguntóle cuántos caballos tenía, y cuánto servicio de esclavos; respondióle que para los caballos tenía bastante servicio. "Pues ¿cómo esclavo mío ninguno ha de cargar a indio libre?"; luego mandó se ejecutara la ordenanza, y de allí adelante no se se atrevió negro a cargar indio. Era lástima, y hoy lo es, que el negro y negra esclavos se vienen las manos en el seno, y el indio libre las trae en la botija de agua, la canasta de la ropa y la carne de la carnicería, o del rastro, como si ellos fueran señores y los indios los esclavos. Duró poco esta ley: no más de cuanto vivió el marqués.

CAPITULO XXIII

Del conde de Nieva.

Al liberalísimo y cristianísimo marqués de Cañete sucedió el conde de Nieva don Diego López de Zúñiga y de Velasco, bonísimo caballero y buen gobernador, de quien no podemos decir cosas notables que en su tiempo sucedieron; no las hubo; el reino gozó de mucha paz y abundancia. Entre otras cosas buenas que tenía era ésta: gran paciencia para oír a los pretendientes que les parecía estar agraviados del liberalísimo marqués de Cañete por no haberles dado todo el Perú, y para los demás negociantes.

Diré una cosa de admirable paciencia para quien tenía la suprema del reino: acabando de comer se levantaba y oía a los negociantes y pretendientes arrematado a una ventana; llegó un pretendiente, y por ventura fatigado del hambre, y por otra parte demasiadamente atrevido, por sus servicios, y pidiendo remuneración remuneración de ellos, levantó la voz más de lo justo; a quien el conde, con gran paciencia y con voz baja, le dijo: "Hablad más bajo"; el necio pretendiente, no curando del buen consejo, levantó más la voz, representando sus servicios; díjole otra vez el

conde: "Ya os he dicho que habléis bajo"; respondió el pretendiente: "¡Oh señor, soy colérico!" A esto respondió el conde, con la paciencia de que había usado: "También soy yo colérico y me modero en mis palabras; andad con Dios, y otro día venid más moderado". Los circunstantes admiráronse de tanta paciencia y salieron alabándola. Después de esto, díjole que un soldado escribía a Su Majestad cosas del gobierno del Perú, y algunas no muy en favor del conde; mandóle llamar y díjole: "Dícenme que escribís al rey nuestro señor". El soldado respondió: "Sí, señor, han dicho verdad a vuestra excelencia". A quien no dijo más palabra: "Enhorabuena, escribidle; pero advertid que le escribáis verdad, porque si no, la carta que le escribiéredes ha de volver a mis manos, y lo que no fuere verdad pagaréis".

Trajo buena casa y música, la cual ni hasta entonces ni después ningún visorrey la ha traído. Con el conde vinieron el licenciado Muñatones, Diego de Vasgas Caravajal y el contador Melgosa a tratar la perpetuidad de los vecinos y encomiendas, pero no se concluyó cosa alguna.

En el tiempo que gobernó fue amado de todo el reino por su mucha nobleza y afabilidad, si no fue de algunos pretendientes porque no les daba de comer, no habiendo cosa vacante. Murió al fin de los cuatro años de su gobierno, teniendo ya noticia que el gobernador Castro venía y estaba en el reino por sucesor suyo. Su muerte fue de mucha lástima en toda la ciudad; murió de una apoplejía. No bebía vino, sino agua, y muy fría con nieve. Es así que el licenciado Alvaro de Torres, médico muy experto, estando comiendo, le dijo: "Vuestra excelencia no beba tanto y tan frío, porque si frecuente esa bebida dentro de pocos días morirá de apoplejía y dejará a todo el reino muy lloroso"; hizo burla de ello y murió en breve. Su hijo don Juan de Velasco se halló presente, y muerto su padre se vio en la ciudad de Los Reyes uno de los caballeros más pobres que se ha visto en ella; salióle el pronóstico de don García verdadero.

CAPITULO XXIV

Del gobernador Castro.

Desde a pocos meses de la muerte del nobilísimo conde de Nieva, entró en la ciudad de Los Reyes, con título de gobernador, el licenciado Lope García de Castro, del Consejo de Indias, y aunque con título de gobernador, con todo el poder que traen los visorreyes, hízosele el recibimiento que a los visorreyes se suele hacer. Gobernó poco más de cinco años, con mucha paz y tranquilidad, y aunque en su tiempo hubo algunos rumores de motines, y no eran rumores, sino más, con todo eso los apagó sin derramar gota de sangre. Fue gran cristiano y afabilísimo, y muy amigo de hacer merced a los hijos, nietos y demás descendientes de los conquistadores, porque como vacase repartimiento de estos tales, no lo había de quitar a los hijos segundos, nietos o tataranietos de los conquistadores, y así lo decía, como lo hizo con don Juan de Ribera, el viejo (hijo de Nicolás de Ribera) el cual muriendo, y por su muerte heredando el hijo mayor, Alonso de Ribera, que murió sin heredero, los indios de la encomienda dio a don Juan de Ribera, hijo segundo, mandándole se llamase don Juan de Ribera, y no de Avalos, como se llamaba, porque la memoria de su padre no perciese, pues los indios no se los encomendaba por ser Avalos, sino por ser Ribera; y lo mismo tenía determinado hacer, y la cédula firmada, si muriera el capitán Diego de Agüero, el mozo, de una enfermedad de que estaba desahuciado, para dárselos al mayor de sus hijos, porque las dos vidas en él se concluían, en lo cual mostraba bien el ánimo suyo para con los conquistadores y sus descendientes. Tuvo algunos émulo en los pretendores y no pudo satisfacerlos, porque en el tiempo que gobernó vacaron muy pocos repartimientos, y no vacando no tenía que encomendar, por lo cual para entretener, con acuerdo de la Audiencia y del ilustrísimo arzobispo y preladados mayores de las Ordenes, instituyó corregidores en partidos de los indios, que por entonces pareció conve-

nía; mas desde a poco tiempo se vieron grandes inconvenientes, y no tantos como ahora; señalábaseles salario, repartido por cabezas de los indios, para los que eran corregidores; no los sacaban de las tasas, como ahora se sacan. Por lo cual en nuestro convento de Los Reyes nos mandaron los preladados, a los que podíamos confesar, no confesásemos a corregidor, ni que lo hubiese sido, ni lo pretendiese; buscasen otros confesores; de estos corregidores por ventura volveremos a tratar adelante, y no será muy tarde, cuando tratemos del gobierno de don Francisco de Toledo.

En su tiempo despachó a un sobrino suyo, llamado Alvaro de Mendaña, caballero de veinticinco años, pocos más, de grandes esperanzas, nobilísimo y de muy buenas partes, con dos navíos y muchos y muy buenos soldados antiguos y modernos, al descubrimiento de las islas de Salomón, con título de gobernador y capitán general, y por su maese de campo a Pedro de Ortega Valencia, hombre de mucho gobierno, a quien, si Alvaro de Mendaña faltase, le instituiría en el mismo cargo; con próspero viaje, en breve tiempo caminando, o por mejor decir, navegando al Poniente, sin apartarse de la línea equinoccial más que a 12 grados de la una y otra parte de ella, descubrió cantidad de islas, todas pobladas, y algunas muy grandes, y en particular una que, por descubrirla el maese de campo, natural de Guadalcanal, le puso el nombre de su patria. Esta es muy grande y pobladísima; la gente es morena, y alguna que come carne humana; bien dispuesta y valiente; usan arco y flecha, que es el arma más antigua del mundo, y dardos de palma arrojadizos, con los cuales fácilmente pasan una rodela; los que fueron eran pocos para poblar, y se habían de dividir porque un navío necesariamente había de volver con la nueva y relación de lo descubierto, y en él algunos de los soldados, y los que quedaban eran pocos para sustentarse; determinaron dar la vuelta al Perú, donde aportaron. Después fue Alvaro de Mendaña a España; hizo relación de lo que había visto y descubierto; hízole merced Su Majestad del

Adelantamiento de ellas, y dióle cédulas y recados para que el visorrey le diese lo necesario.

Vino con ellos a tiempo que gobernaba don Francisco de Toledo, el cual dilató el cumplimiento de las cédulas. Lo mismo hicieron sus sucesores, hasta que don García de Mendoza las cumplió, el cual, partiendo del puerto del Callao con dos navíos y una fusta para correr la costa y reconocer los puertos, con su mujer y la gente que pudo juntar y le pareció bastante para su to; el piloto que llevaban no era tan experto como el primero; erraron la derrota, aunque dieron en otras islas pobladas, creo mucho más adelante de las que descubrió primero. por lo cual, o por no sé qué ocasión, su mase de campo, Fulano Merino, se le quiso amotinar con parte de los soldados, de quien hizo justicia, y de los más culpados. Pero desde a poco murió el pobre caballero, y su mujer, con parte de la gente, aportó a las islas de Manila, adonde se casó segunda vez con un hermano del gobernador de aquella isla; y dio la vuelta para este reino, y de esta suerte se desbarató y perdió aquella jornada. Vi una carta en que decía les había ofrecido Nuestro Señor muy buena y gran ocasión para que tuviera buen fin este viaje, pero no la supieron conocer porque no llevaba capitanes expertos, y por eso la perdieron; algunos de los soldados que fueron han vuelto, pocos; no les he visto para informarme de lo sucedido; otros lo escribirán.

Un año antes o poco más, en la ciudad del Cuzco se trató una rebelión contra la Majestad Real por un soldado llamado Fulano Tordoya, emparentado en el Cuzco, el cual, no atreviéndose a ponerla en ejecución, se salió de la ciudad, y con sus valedores, unos por una parte y otros por otra, un número de más de 130 se fueron a una provincia llamado de los Chunchos, indios de guerra, adonde en alguna manera se hicieron fuertes, teniendo tratado con un Fulano Galván, que residía en la provincia de Chucuito, valentón, que había de ser mase de campo, que juntase los más soldados que pudiese en aquella provin-

cia y otras comarcas al Cuzco y avisase al Tordoya, con quien se comunicaba, de la gente que tenía persuadida a la rebelión, y entonces Tordoya con los suyos había de salir, y juntándose con Galván tiranizar la tierra.

Descubrióse este trato y llegó la nueva¹ a la ciudad del Cuzco, de donde por la posta salió el capitán Sotelo, vecino de aquella ciudad, a dar favor a Diego de Galdo, corregidor que a la sazón era de la provincia de Chucuito, donde Galván solicitaba traidores; el cual capitán Sotelo, cuando llegó, ya el corregidor Diego de Galdo había hecho cuartos a Galván y puesto la cabeza en el rollo de Chucuito, y hecho justicia en algunos traidorcillos que halló culpados, a cuyo castigo salieron también el corregidor con los vecinos de la ciudad de Arequipa, que dista del pueblo de Chucuito 40 leguas, poco más. El capitán Sotelo tenía comisión, desde el Cuzco para adelante, del gobernador Castro, hasta la provincia de Chucuito, para conocer de semejantes delitos y castigar a los culpados; mas como halló hecho el castigo, componiendo algunas cosas se volvió a su casa.

Sabido por el presidente de la ciudad de La Plata, licenciado Juan Ramírez de Quiñones, y oidores, despacharon al licenciado Recalde, oidor de aquella Real Audiencia, con poderes bastantes para conocer y hacer justicia y lo demás necesario; el cual, llegando a la provincia de Chucuito y poniéndose lo más cerca que pudo de la provincia de los Chunchos, donde estaba Tordoya con sus secuaces, los curacas de los indios Chunchos le enviaron sus mensajeros a decir qué querían que hiciesen de aquellos españoles que allí se habían recogido; les respondió que los mataban a todos; lo cual los indios hicieron de muy buena gana, porque ninguno de ellos jamás salió de aquella provincia.

Proveyó Su Majestad por visorrey de estos reinos a don Francisco de Toledo, el cual, llegando a la ciudad de Los Reyes, tomó residencia al gobernador Castro, contra quien no halló en qué con-

(1) Tachado: *á la Audiencia de los Charcas y á la ciudad del Cuzco.*

denarle, y porque Su Majestad le mandaba que, dada la residencia, subiese a visitar la Audiencia de la ciudad de La Plata, subió a visitarla, lo cual hizo con toda la rectitud y cristiandad posibles; yo me hallé entonces en aquella ciudad; a unos privó, a otros condenó, a otros de los oidores suspendió. Contra quien no halló querella ni otra cosa fue el fiscal, el licenciado Rabanal, que hacía su oficio muy cristianamente. Hecha esta visita volvió a la ciudad de Los Reyes, y desde allí a España con próspero viaje, donde dentro de pocos meses murió (dicen), presidente del Consejo de Indias, loablemente.

CAPITULO XXV

Del visorrey don Francisco de Toledo.

Sucedió (como acabamos de decir) al humanísimo gobernador Castro don Francisco de Toledo, caballero del hábito de Alcántara, de bonísimo y delicado entendimiento; fue recibido en Los Reyes con la solemnidad acostumbrada. Luego, dentro de pocos meses, procuró reformar algunas cosas en la ciudad dignas de reformatión, de servicio de Dios Nuestro Señor, que fueron ciertos públicos amancebamientos, los cuales reformados, y aun castigados, y acabada la residencia del gobernador Castro, en la cual tuvo poco que entretenerse, salió a visitar todo el reino, como traía orden de Su Majestad para ello, cosa necesarísima para todo el reino, de Lima hasta Potosí, que es lo principal, y siendo informado, y viéndolo en muchas partes por sus propios ojos, cuán derramados vivían los indios en pueblecillos pequeños, si no eran los del Collao, que éstos tenían sus pueblos grandes y formados, y aun aquí se redujeron no pocos que había en la Puna, o Xalca (Puna o Xalca llamamos a la tierra fría donde se cría el ganado), mandó hacer esta reducción, de muchos años por los sacerdotes deseada; obra de mucho trabajo, por la dificultad que en los indios se halló para dejar sus casillas donde sus antepasados habían vivido, pero de gran bien para la instruc-

ción de los naturales en la doctrina cristiana, porque antes pueblos que ahora son de 300 vecinos y 400, y más, estaban divididos en más de 10 y 12 pueblecillos, en circuito de más de tres leguas; por lo cual el sacerdote vivía en perpetuo movimiento, fuera de que, como en esta miserable gente ha entrado tan mal la fe y ley evangélica, volvíanse fácilmente a sus idolatrías y ritos antiguos. Ahora, viviendo el sacerdote con ellos y ellos con el sacerdote, evítanse grandes inconvenientes, y acúdense a las confesiones y administración de sacramentos con mucha facilidad. Tasó de nuevo la tierra, y en muchas partes, por hallar multiplicados los indios o por ser la tierra más rica, subió los tributos. Pocos, creo, rebajó; a la provincia de Chucuito (como hemos dicho) lo que va a decir: de 36.000 pesos ensayados a 102.000, en lo cual si acertó o erró, Nuestro Señor lo ha ya juzgado. En las tasas señaló el salario a los sacerdotes, a los corregidores de los partidos, porque antes pagábanlo los indios fuera de la tasa, y al curaca principal; luego al encomendero. Las más de las tasas redujo casi a plata, quitando no pagasen los indios tributos en cosas que en sus tierras tenían, conforme a las cédulas de Su Majestad hasta entonces usadas y guardadas; por lo cual la tierra ha venido a carecer de las menudencias que antes andaban rodando.

La tierra estaba más harta, y las casas de los vecinos más abundantes y llenas, y los indios con menos trabajo pagaban sus tributos, porque como parte fuese en plata, parte en ropa, parte en trigo, maíz, sogas, alpargatas, gallinas, huevos, cebones, etc., si no era la plata, lo demás tenían en su tierra sin salir de ella; ahora, en las partes donde las redujo a plata, han de salir los miserables a buscarla a otras partes, adonde no pueden ayudarse de sus mujeres, y así las dejan e hijos, y unos se mueren, otros se quedan, otros se meten en valles apartados de su natural, donde ojalá y no se casen otra vez; y con estos y otros inconvenientes, los más de los pueblos padecen detrimento, lo cual experimentamos con evidencia, porque

en pueblos de 1.000 vecinos tributarios no se juntan a la doctrina, los domingos y días para ellos forzosos, 250, y al respecto en lo demás. Allégase a esto para que acudan menos los tratos y contratos de los corregidores, que ocupan los indios enviándolos lejos de sus tierras, particularmente los del Collao, por trigo y maíz, más de 30 y 40 leguas, y por vino a la ciudad de Arequipa y a otras tierras de los Llanos, adonde corren riesgo de salud; por lo cual lo que se pensó que poner los corregidores había de ser para bien de los naturales y para librarlos de las tiranías de los curacas y malos tratamientos de algunos españoles, y para el aumento de sus haciendas, es la total destrucción de las haciendas de los indios, y mayor cuando se les ponen administradores, como los más tienen, y para disminución de los naturales

Libraronlos, y no quedaron muy libres de las manos de los curacas, pero los malos corregidores apodéranse de ellos, y si no digo la provincia de Chucuito, que es fama pública en el reino haberse ido de ella, dejando sus mujeres, hijos y haciendas, más de 8.000 indios a la provincia de los Chunchos, indios de guerra, de donde han enviado a decir no volverán a sus tierras mientras así los trataren; no es posible sino que sean apóstatas, y se vuelven a sus idolatrías; yo he visto muchas veces esta tierra desde Los Reyes a Potosí, donde la obediencia me ha enviado a servir con lo que mi pobre talento alcanza, y he tenido muchos dares y tomares con los corregidores de los partidos, y administradores, sobre las haciendas de los indios y sus menoscabos, y no hay hacerles creer a los administradores que son como tutores de los indios, y que así como el tutor no puede sacar para sí, ni por sí, ni por tercera persona la hacienda de la menor, ellos tampoco la pueden sacar, por más razones que se les traigan delante, porque están persuadidos que, dando lo que otro diera por ella, ellos la pueden sacar, y no hay sacarlos de aquí, y corregidores, preguntándoles si juran guardar las ordenanzas de corregidores, me han dicho que no, y por eso los

tratos y contratos son no pocos, en sus distritos, con gran detrimento de los indios, de los cuales pusiera aquí algunos si fuera de este intento tratarlo, los cuales he visto con mis propios ojos; también para los caminantes es inconveniente, porque como los corregidores malos vendan en ellos todo lo necesario, pan maíz, vino, tocino y otras cosas, ¿cómo han de poner los precios en el arandel? Lo más subidos que pudieren, de suerte que el arancel y lo en el contenido es del¹ corregidor. Los bienes de las comunidades que se sacan a vender en pregones, cuales son carneros de los nuestros, carneros de la tierra, coca, maíz y otras cosas, los que los han de rematar lo sacan para sí echando terceros, y luego se sabe es para el corregidor, protector o administrador, y por ventura para los tres; porque el lobo y la vulpeja, si alguno lo quiere poner en precio, luego le dicen a la oreja: no hable en ello, porque es para el corregidor, so pena que si lo hace se malquiste con los tres, y lo echan del repartimiento, donde el pobre anda afanando un tomin; y de esta suerte, cómo no se han de menoscabar las haciendas de los indios? Diré lo que me dijo un indio, ahora hace catorce años, yendo a Potosí, y llegando a la venta llamada de Enmedio; le pedí una frezada para una noche, que es como bernia de marinero, y es uso darla a los pasajeros; respondiome no tenerla; díjele: "¿Tú no eras del general Lorenzo de Aldana?" Respondíome: "Sí". Díjele: "Pues ¿qué es de tanta hacienda como os dejó, vacas, ovejas y otras más, para que me digas no tienes un chusi?" Así se llaman estas frezadas. Respondíome: "Estos administradores lo han destruido todo". Pues es así verdad, que tenían tanto ganado de todo género, y principalmente vacas y ovejas nuestras, cuando los padres de San Agustín que adoctrinan a estos indios eran los administradores de sus haciendas, por institución del general Lorenzo de Aldana, que viviendo yo en la ciudad de La Plata, donde cae este repartimiento, que es el de Paria y Ca-

(1) Tachado: *arancel*.

pinota, se vendieron en la plaza, en pública almoneda, 3.000 cabezas de vientre, de vacas, a 30 reales, puestas donde el comprador las quiso. Pues de donde se sacan 3.000 cabezas para vender, ¿cuántas han de quedar?; más habían de quedar de 6.000; si ahora tienen ganado, sea testigo la experiencia. En esto que vamos tratando no culpamos al visorrey don Francisco de Toledo, porque esto es cierto que no puso los corregidores para la destrucción de los indios ni para que se aprovecharan de la plata de la comunidad, como parece por las ordenanzas que hizo, muy justas y muy buenas, y por las penas puestas a los corregidores, tratantes y administradores, sino para el bien de los naturales; pero la avaricia ha crecido tanto que por ventura convenía quitarlos; porque yo sé de un corregidor, proveído por el mismo don Francisco de Toledo, hijo de un oidor de Lima y corregidor del repartimiento que vamos tratando, que diciéndole trataba con la plata de la comunidad, envió a hacer información secreta contra él, y le castigara, por más hijo de oidor que fuera, por las penas puestas, sino que fue avisado, y cuando el que había de hacer la información llegó, halló las cajas llenas y enteradas. Poner administradores para las haciendas de los indios no sé si fuera tan acertado, porque más haciendas tenían cuando ellos las gobernaban, puesto un indio de razón por administrador, y también sé que gobernando don Francisco de Toledo no se atrevían los corregidores a tratar ni contratar tan públicamente como ahora. Oí decir a uno y delante de muchos: "El visorrey no me envía para que me esté mano sobre mano, sino para que me aproveche; y así, juro a tal que, en viendo la ganancia al ojo, no se me ha de ir de las manos". Y en dos años sacó con que vivir honradamente.

CAPITULO XXVI

De la guerra que hizo al Inga.

Prosiguiendo su viaje don Francisco de Toledo, visorrey de estos reinos, des-

de Guamanga al Cuzco, y llegando a esta ciudad, fue recibido solemnísimamente por el cabildo de ella y demás ciudadanos, y en la puerta de la ciudad, jurando de guardar los fueros y derechos de ella; al tiempo de firmar, el escribano de cabildo le dio una pluma de oro con que firmase. El primer día de fiesta se hicieron muchas con toros y juegos de cañas guarnecidas con plata. Descansando allí unos pocos días del trabajo del camino, que lo es y muy áspero, aunque para virreyes, obispos, prelados y otros personajes de esta calidad no lo es tanto, llevando desde Guamanga noticia de los daños que los Ingas que se quedaron en los Andes y no quisieron salir cuando el marqués de Cañete, el Viejo, de feliz memoria, sacó al Inga (como dijimos), determinó por bien o por mal sacarlos, allanarlos y reducirlos al servicio de Su Majestad, porque salían con mano armada y hacían particularmente daño, robando y matando en los términos de Guamanga y el camino real que hay desde allí al Cuzco; por lo cual nombró sus capitanes a Martín de Arbieta de Mendoza, capitán general; a Martín de Meneses, capitán, vecino del Cuzco, y a otros, y publicó la guerra con toda solemnidad acostumbrada; envió algunos criados de su casa, lanzas y arcabuces, que salieron desde Lima acompañándole, como tenían obligación, mal pagados; entraron en las montañas de los Andes; los Ingas habían aizado y jurado a su modo por rey a un Inga, muchacho de dieciocho a veinte años, de la casa de los Ingas señores, porque viejo ni otro no había más cercano; los cuales, viendo lo pujanza de los españoles, ni los esperaron a batalla ni acometieron; antes se fueron huyendo un río grande abajo, en pos de los cuales en balsas los nuestros se echaron; alcanzáronlo y prendieron al pobre muchacho y los principales de sus capitanes, con los cuales se volvieron al Cuzco muy victoriosos, porque ni de la parte de los nuestros ni de los Ingas hubo derramamiento de sangre.

Llegados al Cuzco, mandó el visorrey que en la fortaleza que llaman del Cuzco, casa de don Carlos Inga, hijo de

Paulo Inga, el cual ayudó a los españoles a conquistar el Collao con 40.000 indios que traía consigo, y fue con don Diego de Almagro el viejo a Chile, que no es muy fuerte; le mandó poner preso, creo sin prisiones; empero a sus capitanes, todos en ellas y a buen recaudo, con guarda de españoles con lanzas y arcabuces, y de indios Cañares. Procedió contra el Inga y sus capitanes, y mandó a religiosos de nuestro convento del Cuzco los industriasen y enseñasen las cosas de la fe; para que si quisiesen ser cristianos los bautizasen, y lo mismo al Inga, los cuales, particularmente el Inga, como era de poca edad, en breve aprendió las oraciones, y persuadiéndole fuese cristiano y pidiese el sacramento del bautismo, lo hizo y fue bautizado. El visorrey procedía y hacía sus informaciones contra el Inga y los demás, que encomendó al capitán general, y por lengua a un mestizo que consigo traía para este objeto, muy gran lengua y en la nuestra muy ladino, llamado Fulano Jiménez, empero en común llamado Jimenillo; hechas, pareció, conforme a lo que el Jimenillo interpretaba, tener mucha culpa el Inga de los robos y muertos que los suyos hacían, saliendo a hacerlos al distrito de Guamanga y camino real de allí al Cuzco, y condenóle el visorrey a cortar la cabeza; hicieron en la plaza su cadalso para el día señalado, y aunque fue importunado el visorrey por el reverendísimo de Popayán, agustino, que se halló en el Cuzco, varón religiosísimo, tenido en su obispado y acá por un hombre perfecto, no quiero decir santo, amado de todo el reino, que, de rodillas, no es encarecimiento, le suplicó no le ajusticiase, sino le enviase a Su Majestad, porque era muchacho y hacía poco tiempo le habían jurado por rey, y no era posible que entendiéndose ni mandase hacer aquellos robos ni muertes que se habían hecho, y cargando los prelados de las Ordenes, no fueron poderosos para que no ejecutase la sentencia dada; sacáronle, y subiéndole al cadalso para cortarle la cabeza, y viendo el pobre muchacho que no había reme-

dio, sino que había de morir, dijo: "Pues ¿para matarme me persuadieron me bautizase y fuese cristiano?" Lo cual en los que se hallaron presentes causó muchas lágrimas y sentimiento, pero no aprovechó cosa alguna para que se le otorgase la vida. Cortáronle la cabeza y a los capitanes ahorcaron, y en una frontera llamada Vilcabamba mandó el visorrey poblar un pueblo, donde puso por capitán general de aquella frontera y provincia al mismo Martín de Arbieta, y el día de hoy está poblada y la tierra pacífica; empero Martín de Arbieta está ya muerto y el visorrey también, los cuales de la justificación han dado cuenta, y si fue justa lo habrá Nuestro Señor pagado, y lo mismo si injusta.

De las informaciones hechas por la interpretación de Jimenillo, resultó alguna culpa contra los Ingas que vivían en el Cuzco, y en particular contra don Carlos, casado con una española, de la cual tenía entonces un hijo niño, llamado don Melchor; decían que los Ingas de los Andes y los demás del Cuzco le habían jurado por rey de estos reinos, por lo cual se procedió contra don Carlos. Quitóle el visorrey la casa y puso en ella guarnición de soldados lanzas y alguna artillería, e indios Cañares, en la cual se guardaban las costumbres que en las fortalezas, y por castellano a don Luis de Toledo, caballero muy principal y deudo suyo.

Privó a don Carlos de los indios que tenía perpetuos; empero apelando por vía de agravio, la Audiencia de Los Reyes se los ha devuelto, y casas y demás haciendas, y por su muerte las posee su hijo, ya hombre, casado con una española; a los demás Ingas desterró para Lima, y no sé si aun para Tierra Firme, los cuales, apelando como don Carlos, los más murieron en Los Reyes, como mueren muchos de los serranos, y de los que volvieron de sus casas al Cuzco libres por la Audiencia, venían tales de la tierra caliente, que en llegando acabaron sus días; de suerte que de los Ingas descendientes de Guaina Capac, ninguno o pocos han quedado.

CAPITULO XXVII

*El visorrey se encontró en su viaje
con el gobernador Castro.*

Todas estas cosas concluidas y dado asiento en otras, salió el visorrey don Francisco de Toledo del Cuzco, prosiguiendo su visita para el Collao, en el cual, en el pueblo llamado Pucara, famoso porque allí se desbarató el tirano Francisco Hernández, se encontró o halló al gobernador Castro, que bajaba de la visita de la Audiencia de la ciudad de La Plata, a quien preguntando el visorrey y diciendo: "¿Qué le ha parecido a vuestra señoría la tierra que ha visto y yo tengo de ver?", respondió: "Páreceme, señor, que Su Majestad debe hacer mercedes a los hijos y descendientes de los conquistadores, muy crecidas, porque si nosotros, que caminamos en hombros de caballeros (y es así: en lo llano caminaban en literas de acémilas, y en los malos pasos o cuestras, en literillas de hombros), comiendo a cada paso gallinas, capones, manjar blanco, con todo el regalo posible, y no nos podemos valer del frío por la destemplanza del aire y altura de la tierra, los desventurados que andaban por aquí a pie, descalzos, las armas a cuestras, con un poco de maíz tostado y papas cocidas, conquistando el reino a Su Majestad, ¿qué no merecen, y por ellos sus hijos?" Palabras verdaderas que procedieron de un ánimo cristiano, benignísimo, muy prudente y gran servidor de Su Majestad, pues conocía las mercedes que Su Majestad, para descargo de su conciencia, debía hacer a los descendientes de los conquistadores; pero es la desventura de los conquistadores, pobladores y de los que de muchos años en estas partes vivimos, o por mejor decir, son nuestros pecados y de nuestros padres, que no hay quien venga de España, en la cual no se saben tener en una borrica ni limpiar las narices, ni en su vida echado mano a la espada (los he visto, en todo género de estado), que no les parezca, los que vivimos en estos reinos de antiguo, que somos poco menos que indios, y mere-

cen ellos más en venir que los miserables conquistadores, pobladores, ni sus hijos y nietos, ni los que ayudan a sustentar este reino y lo han ayudado a sustentar de cincuenta años a esta parte; pero se ha de cumplir como se ha cumplido y se va cumpliendo, que por ser un discurso notable lo quiero escribir.

En el reino de Chile hay una ciudad llamada Valdivia, de la cual trataremos cuando de aquel reino tratemos; poblóla don Pedro de Valdivia, el primer gobernador de aquella tierra; fue muy rica de oro y de indios: estaba don Pedro de Valdivia en la plaza sentado en un poyo arrimado a la pared de la iglesia, en buena conversación, alegre, con otros vecinos conquistadores con él allí asentados; levantóse a deshora y comenzó a pasear delante de ellos, la cabeza baja y mustio: admirados los vecinos, uno de ellos le preguntó: "Señor, ¿no estaba vuestra merced ahora (no había señoría para los gobernadores) aquí con nosotros en buena conversación y alegre? ¿Qué tristeza es ésa?" Respondió: "Rueguen vuestras mercedes a Nuestro Señor por mi salud; páreceme tengo de vivir poco (y no vivió seis meses), y la causa de parecer estoy triste es que se me ha representado aquí ahora que están en Valladolid (la corte residía allí entonces) los niños en las cunas y otros que andan paseando o pasearán por ella muy pintados con medias de aguja y zapatos acuchillados, que han de venir a gozar de nuestros trabajos, y nuestros hijos y nietos han de morir de hambre; si así pasa, testigo es todo el reino, éste y el otro, y el otro.

CAPITULO XXVIII

*El visorrey don Francisco de Toledo
llega a Potosí y de allí a la ciudad de
La Plata.*

Despidiéndose en Pucara el visorrey del gobernador Castro, el uno para España y el otro para Potosí, el visorrey

CAPITULO XXIX

*El visorrey dio asiento a las tasas
y cosas de Potosí.*

llegó a Potosí, donde se le hizo un costoso recibimiento y muy bueno, como en las demás partes, y deteniéndose allí poco tiempo, no creo fueron tres meses o cuatro, por la destemplanza del asiento (entraba ya el verano, que es el tiempo más frío), para dar asiento a las cosas de aquel pueblo, muchas muy graves, vino a la ciudad de La Plata, temple mucho más moderado, y donde a todo tiempo y todas horas se puede negociar, y donde reside la Audiencia y los vecinos de aquella provincia; presidía en la Audiencia el licenciado Quiñones; los oidores, licenciado Haro, licenciado Matienzo, licenciado Recalde, docton Barros; fiscal, licenciado Rabanal, todos en sus facultades eminentes y buenos jueces; hizosele al visorrey muy bueno y costoso recibimiento; sirvióle la ciudad con un caballo en que entrase, del más galano pellejo que se ha visto; no parecía sino un brocado de tres altos, crin y cola blanca, y muy bueno, en el que entró debajo de su palio. La Audiencia (esto vímoslo todos los religiosos y otras personas eclesiásticas, prebendados y los demás que allí estábamos aguardando para recibir en la iglesia con la sede vacante al visorrey); la Audiencia, digo, había mandado llevar sus sillas con asientos y respaldos de terciopelo carmesí, flecos grandes de oro y seda; no faltó quien de ello dio aviso al visorrey, y viniendo ya cerca de la ciudad envió un criado o portero que las quitase y pusiese unas de las más comunes con guarniciones de cuero, y no muy nuevo. Es la Audiencia avisada de esto; envían un portero y quitan las mandadas poner por el visorrey, y pone las de la Audiencia, las cuales se quedaron. Los que allí estábamos, viendo quitar unas sillas y poner otras, admirábamonos; en la rueda estaba el licenciado don fray Pedro Gutiérrez, su capellán, que fue del Consejo de Indias, y dijo: "Como su excelencia fue criado del emperador rey nuestro señor, es muy ceremonático (propias palabras) y así quiere que todo se guarde muy puntualmente". Pero la Audiencia se sentó en sus sillas, y desde adelante sin innovarse otra cosa.

En esta ciudad de La Plata concluyó la tasa de los indios a ellas sujetos, y los de la provincia de Chucuito, y dio asiento a muchas cosas acerca del cerro de Potosí y azogue; tasó los jornales que se habían de dar a los indios señalados para el cerro; hizo muchas ordenanzas acerca del buen gobierno de los naturales y españoles, justas, aprobadas después por el Consejo Real de las Indias; empero pocas se guardan y no nos admiramos, porque la ley de Dios es más justa y a cada paso la ¹ traspasamos. En estas ordenanzas manda se castiguen con rigor las borracheras, que si los corregidores de los partidos las ejecutasen, no habría tan poca cristiandad en los indios.

En este tiempo se descubrió el beneficio de los desmontes, que es el metal desechado de los señores de las minas, y sacado fuera de ellas sin hacer caso de ello más que de escoria, y por el tiempo que duró, que fue poco, se sacó mucha cantidad de plata, lo cual viendo, hizo una o dos ordenanzas acerca de esto muy buenas y justificadas: la una, que los declaraba por bienes comunes, pero que ninguno pudiese recoger más metales de aquellos que en quince días pudiese beneficiar, so pena de tanto; ley bonísima para que los que tenían muchos indios beneficiasen como muchos; los que no tantos, como no tantos; y porque los que tenían muchos indios no se ocupasen en amontonar, y a los pobres no dejasen desmontes, mandó también que los señores de minas no se pudiesen aprovechar de desmontes ni los beneficiasen, aunque estuviesen dentro de sus pertenencias y les hubiese costado su plata sacarlos fuera de sus minas.

Esta, entre teólogos, no se tuvo por tan justa, pues de los bienes comunes nadie debe ser privado sino por delito; si otro se puede aprovechar de la escoria del herrero, aunque la haya

(1) En el ms., *las*.

echado al muladar, ¿por qué no el herrero? Esta hizo diciendo que los señores de minas labrasen sus minas, y los que no las tienen, los desmontes, y así se sacaría más plata.

Estos desmontes fueron de mucha riqueza, porque algunos de ellos, y todos generalmente, acudían a cinco pesos por quintal, que es mucho, y hubo algunos de a siete y a más; y porque no volvamos a ellos, cuando el visorrey salió de los Chiriguanas halló que muchos (aunque les predicábamos no lo podían hacer sin injusticia) habían recogido a 20.000 y a 30.000 y desde arriba quintales de metal, traspasando su ordenanza; penólos a tres tomines por quintal, de donde sacó más de 40.000 pesos, con que enteró la Caja Real de lo que había gastado de ella, y satisfizo a algunos que fueron con él que gastaron mucho en la jornada, sin hacerse cosa de provecho, por nuestros pecados. Asimismo, en esta ciudad, como en las demás, había algunos amancebados con indias; quisolos castigar públicamente, y cierto día a deshora vemos antrar en el gato¹ al presidente Quiñones, licenciado Matienzo y licenciado Recalde, y ellos mismos sacar las indias de los tales españoles, y entregándolas a los alguaciles las llevaron a la cárcel; a unos pareció poca autoridad de presidente y oidores; a otros no pareció tan mal; otros oidores reían grandemente de ello.

Así las desterró y condenó a plata a los españoles, y algunos revueltos con mujeres casadas, no de calidad alguna, los desterró del pueblo. También en esta ciudad concluyó las cuentas que había comenzado a tomar en el asiento de Potosí a los oficiales reales, a dos particularmente, el tesorero Robles y el factor Juan de Anguciana, que eran propietarios; el contador hacía poco era proveído por el mismo visorrey por muerte del contador Ibarra, contra quien no hubo las cosas que contra los dos, a los cuales privó de los oficios, quitóles las minas e ingenios que tenían en Potosí, túvolos presos y aun a canto uno de ellos que se le volara el juicio, y los desterró a España, o envió,

o ellos, apelando de la sentencia, fueron donde les mandaron devolver sus oficios y haciendas, y condenados en costas, a lo menos al factor Juan de Anguciana (vi la ejecutoria), como no pasasen de 400 ducados de Castilla. Pero el pobre caballero, viniendo, murió en Panamá; el tesorero Robles llegó a Potosí; devolvieronle sus haciendas y le vimos servir en su oficio.

CAPITULO XXX

Salieron los Chiriguanas a besar las manos a don Francisco de Toledo.

En esta misma ciudad salieron ocho indios Chiriguanas, no llegaron a diez, a besar las manos al visorrey don Francisco de Toledo; alegróse de ello, recibiólos muy bien y agasajólos, y fingidamente (como es su costumbre) le dijeron no querían ya más guerra ni enemistad con los cristianos, ni hacerles mal en las chácaras, como dos años antes lo habían hecho, sino toda paz y concordia, a lo cual salían para que si su excelencia lo quería admitir, volverían a sus tierras y traerían curacas e indios principales con quien se asentase. El visorrey admitió su demanda y envió con algunos de ellos, quedando, como en rehenes de que no harían mal, a un soldado, por nombre Mosquera, mestizo del Río de la Plata, hombre de bien, y en la lengua chiriguana, y en la nuestra, bien experto; entre los Chiriguanas que quedaron fue un muchachón de diecicocho a veinte años, que se comenzó a hacer medio chocarrero, a quien, aunque no le bautizaron, llamaron en palacio don Francisquillo; vistiéronle como a español, y entraba y salía en palacio y comenzaba a garjear en nuestra lengua, agudo y vivo como un fuego; fue Mosquera y volvió, y con él más de treinta naturales: Chiriguanas, como veinte, y los demás, de servirio. indios Chaneses, y entre ellos dos Chiriguanas más principales, el uno llamado Marucare y el otro, por excelencia, Inga Condorillo, y otro indio de nación Chicha, que confinan con estos Chiriguanas, de los cuales hemos tratado y he-

(1) *Gato es como mercado.* (Nota marginal.)

mos de tornar a tratar cuando prosigamos el camino de Talina a Tucumán; este indio se llamaba Baltasarillo, bautizado, a quien desde niño le crió en este reino el capitán Baltasar Velázquez, hombre principal y rico, teniendo a su cargo las haciendas de Hernando Pizarro, de cuyo repartimiento era este indio, porque los Chichas eran de Hernando Pizarro, digo, de su encomienda; bien dispuesto y en la lengua general y en la nuestra bien ladino. No pareciéndole bien vivir como cristiano, ni en su natural, se pasó a los Chiriguanas, y había ya tomado sus costumbres y los capitaneaba contra nosotros y contra su propia nación y sangre. A estos Chiriguanas se les señaló casa por sí, y proveyóseles de mucha comida y bebida, entre los cuales no Chiriguanas salieron dos de servicio, varón y mujer, que si fueran bien proporcionados eran de género de gigantes; eran de nación Chaneses. El visorrey fue deteniendo a estos indios más de lo que ellos quisieran, y los parientes que allá en sus tierras los esperaban, aunque es así que al cabo de muchos meses casi a la mitad de ellos dio licencia para que se volvieran, y entre ellos a Marucare, detuvo al Inga Comdorillo y al Baltasarillo. Como los de acá se tardaban, los Chiriguanas que allá en sus tierras vivían, deseando saber si los suyos eran muertos o vivos, hacen y componen una ficción, y con ella envían cuatro indios mozos, bien dispuestos, a la ciudad de La Plata, para que con ella, engañando al visorrey, los dejase volver a todos, y la ficción fue: los cuatro indios Chiriguanas que vinieron, cada uno traía una cruz hecha de madera, colorada, de una pieza, tan grande y gruesa como un bordón, y lisas que no parecían sino bruñidas; realmente, bien hechas. Con éstas partieron de sus tierras, y entrando en los términos de la ciudad de La Plata, por los valles que hemos dicho estar poblados de chácaras de españoles, aunque pasaban por las chácaras, pedían comida y eran conocidos ser Chiriguanas, ninguno les hacía mal, antes les daban matalotaje, principalmente a la mujer, y creo fue éste, por estar más te viéndolos con cruces en las manos, y

preguntando por el Apo, que es decir el virrey, y encaminaban de valle en valle, hasta que entraron en la ciudad, en la cual, cuando los indios de la plaza los vieron, se alborotaron como quien veía a enemigos capitales comunes, y de algunos nuestros españoles se alborotaban, no para tomar armas, sino por verlos con cruces y preguntando por el visorrey con esta palabra: "Apo, Apo"; no decían más, y ésta no es de su lengua, de la de este reino la han tomado, con la cual bien se entendía buscaban o preguntaban por el visorrey. Digo, pues, que los nuestros españoles se admiraban verlos con cruces en las manos, como cosa nueva. Preguntando, pues, por el Apo, encamináronlos a la casa del virrey, donde, llegados, aunque el visorrey estaba enfermo, mandó se les diese entrada; en el cuarto donde yacía enfermo tenía un adoratorio bueno, como de visorrey, en un encaje de una pared, guarnecidas las paredes con paños de seda; en entrando y viendo el adoratorio, ningún caso hicieron del visorrey, sino del adoratorio, hincándose de rodillas; no rezaron mucho, no son muy amigos de saber las oraciones; levantándose a su modo hicieron su reverencia al visorrey; esto le admiró mucho, y a sus criados y a otros que a la sazón con el visorrey estaban, y entre ellos al padre fray García de Toledo, deudo muy cercano del visorrey y religioso nuestro, de quien dijimos haber sido provincial, pero lo fue después de esto. La ciudad aguardaba saber esta novedad, y en la sala y patio había mucha gente de toda suerte.

CAPITULO XXXI

Refiérese la ficción chiriguana.

Vistos por el visorrey los Chiriguanas mandó llamar un lengua, y fue uno de dos, o Mosquera, de quien dijimos haber sacado los 30 Chiriguanas, o aquel mestizo Capillas que hemos referido vive ahora con los Chiriguanas, que junto a las casas de la morada del visorrey



proponen su embajada y dicen que los curacas de los Chiriguanas y demás indios los envían al Apo para hacerle saber cómo ellos no quieren guerra con cristianos, ni quieren ya comer carne humana, ni tener acceso a sus hermanas, ni casarse con ellas, ni los demás vicios que dejamos referidos, de que son contaminados, sino servir a Dios y al rey de Castilla, y ser bautizados y cristianos, porque Dios les había enviado un ángel, a quien después llamaron Santiago, que de parte de Dios les dijo se apartasen de estos vicios y enviasen al Apo del Perú a pedirle hombres de la casa de Dios, que son sacerdotes, para bautizarlos e industrialarlos en cosas de la fe; y en señal de esto ser verdadero traían aquellas cruces, y pues no dijeron se las había dado aquel ángel fueron inadvertidos, porque también fueran creídos. Visto y oído por el visorrey y por los de su casa allí presentes, y el padre fray García, lloraban de gran gozo, dando gracias a Nuestro Señor por tantas mercedes como a éstos bárbaros había hecho. Luego el visorrey mandó tomar por relación lo dicho por estos comehombres, lo cual hizo el secretario Alvaro Ruiz Navamuel, y mandó se diese aviso a la Sede vacante para que salgan a la puerta del Perdón, de la iglesia Mayor, cercana a la puerta de palacio, con cruz alzada, un prebendado con capa reciba las cruces y las ponga en el altar mayor, a un lado y otro del altar, porque estos Chiriguanas vean la reverencia que los cristianos hacemos a la cruz, lo cual así se hizo, y el arcediano, que a la sazón era el doctor Palacio Alvarado, se vistió, recibió las cruces y las puso en el altar mayor, y allí estuvieron muchos días a la vista de todo el pueblo.

CAPITULO XXXII

El visorrey don Francisco de Toledo convocó Audiencia, Sede vacante y prelados de las Ordenes, y pide parecer.

Hecho esto, otro día, el visorrey, para las dos después de mediodía, convocó la Audiencia, Sede vacante, prelados de

las Ordenes, cabildo de la ciudad y letrados de la Audiencia, y los más principales del pueblo, para leerles la relación que se había tomado de los Chiriguanas que trajeron las cruces; en nuestra casa, a la sazón, porque el superior estaba ausente, el vicario del convento mandóme fuera a ver lo que el visorrey quería; no sabíamos qué. Llegada la hora y entrando en el cuarto donde el visorrey yacía en su cama, a la cabecera se sentó el presidente Quiñones, y luego los oidores por su antigüedad; de media cama para abajo estaban las sillas para los prelados de las Ordenes; yo tomé el lugar de mi Orden; luego el guardián de San Francisco, prior de San Agustín, y comendador de Nuestra Señora de las Mercedes. Leyóse la relación, de tres pliegos de papel; los que viven a *placebo*, admirándose, muchos visajes con el rostro y cuerpo; otros, los menos, reíanse que se diese crédito a¹ indios Chiriguanas; finalmente, el visorrey habló en general, refiriendo algunas cosas de las en la relación puestas, y luego volvió a hablar con las Ordenes, pidiendo parecer sobre lo que los indios pedían, haciendo grande hincapié en la veneración y reverencia que hicieron al adoratorio y la que tenían o mostraban tener a la cruz, y repitiendo cómo, visto el adoratorio, se humillaron sin hacer caso del mismo visorrey ni de los demás que allí estaban, y pidió parecer si sería bien enviar a la tierra Chiriguana algunos sacerdotes, creyendo ser milagro la ficción de estos comegentes; porque pedir parecer si era ficción, no le pasó por el pensamiento; siempre el visorrey, y los de su casa, creyeron ser verdad. Es así cierto que como se iba leyendo la relación, y viendo el crédito que se daba a estos más que brutos hombres, comegentes, me carcomía dentro de mí mismo y quisiera tener autoridad para con alguna cólera decir lo que sentía, sabía y había oído decir de las costumbres de estos Chiriguanas y sus tratos. Empero, guardando el deseo que es justo, luego que el visorrey pidió parecer a las Ordenes, yo, aunque no era prelado, sino

(1) Tachado: los.

representaba el lugar de nuestra religión, levantándome y haciendo el acatamiento debido, sin saber hasta aquel punto para qué éramos llamados, y tornándome a sentar, dije: "No se admire vuestra excelencia que estos indios Chiriguanas hagan tanta reverencia a la cruz, porque yo me acuerdo haber leído los años pasados dos cartas que el reverendísimo de esta ciudad, fray Domingo de Santo Tomás, que está en el cielo, de nuestra santa religión, llevó consigo a Los Reyes, yendo al Sínodo episcopal, de un religioso carmelita, escritas al señor obispo, el cual entre estos indios andaba rescatando indios Chaneses". En diciendo estas palabras, no habiendo concluido una sentencia, sin dejarme pasar más adelante, el presidente de la Audiencia, el licenciado Quiñones, dice: "No hubo tal carmelita." Empero, estando yo cierto de la verdad que quería tratar, respondí: "Sí hubo". El presidente, por tres veces y más contradiciendo, y yo por otras tantas, no con más palabras de las dichas, afirmando mi verdad; en fin, el licenciado Recalde, oidor de la Audiencia, volvió por ella y dijo: "Señor presidente, razón tiene el padre fray Reginaldo; un religioso carmelita anduvo cierto tiempo entre ellos". Callando el presidente, y esta verdad declarada, prosigo mi razonamiento y dije: "Estas dos cartas, el reverendísimo, cierto día, después de comer y de una conclusión que cuotidianamente se tiene de Teología en el general de ella, las sacó al padre prior, que a la sazón era el padre fray Alonso de la Cerda, después obispo de esta ciudad, y dijo: "Mande vuestra paternidad se lean estas cartas, que dará gusto oírlas a los padres." El padre prior me mandó las leyese, y en ellas el padre carmelita, después de dado al reverendísimo alguna cuenta del sitio de la tierra, le decía hacer no sé cuántos años, de tres o cuatro, que entraba y salía en aquella tierra, trataba con estos Chiriguanas y les predicaba, y no le hacían mal alguno, antes le oían de buena gana, a lo que mostraban, y tenía hechas iglesias en pueblos, a las cuales llamaba Santa María, en cuyas paredes hacía pintar muchas cru-

ces, mas que no se atrevía a bautizar a ninguno, ni decir misa, ni para esto llevaba recado; dejábalo en la tierra de paz. A los niños juntaba cada día a la doctrina, y se la¹ enseñaba en nuestra lengua, y la letanía. Delante de las iglesias había hecho su placita, en medio de la cual tenía puesta una cruz de madera, muy alta, al pie de la cual en cada pueblo enseñaba la doctrina, y otras veces en la iglesia. Persuadía a todos los indios, grandes y menores, que pasando delante de la cruz hiciesen la reverencia; y más decía: que faltando un año las aguas, y las comidas secándose (no es tierra muy lluviosa), vinieron a él los Chiriguanas del pueblo donde residía, y le dijeron: "Las comidas se nos secan; ruega a tu Dios nos dé aguas; si no, te mataremos." El cual, oyendo la amenaza, dice que se recogió en su corazón lo mejor que pudo, encomendóse a Dios, juntó los niños de la doctrina, púsose con ellos de rodillas en la plaza delante de la cruz, comenzando la letanía con la mayor devoción que pudo. Al medio de la letanía revuélvese el cielo y llovió de suerte que, no pudiendo acabarla donde la había comenzado, se entró con los niños en la iglesia para acabarla, y desde entonces les proveyó Nuestro Señor de aguas; el año fue abundante de sus comidas; hecho esto, y pasada aquel agua, luego hizo su razonamiento a todos los indios que a la letanía se hallaron presentes, persuadiéndoles diesen gracias a Nuestro Señor, se enmendasen y reverenciasen mucho a la cruz; decía más: que entre otras cosas que les procuraba persuadir, y algunas veces salía con su intento, era no comiesen carne humana, por lo cual, viendo que ya tenían a pique de matar al chanés para comérselo, se lo quitaba, y aun casi por fuerza, y no se enojaban contra él; otras veces no podía tanto; reprendíales gravemente el ser deshonestos con sus hermanas, y refería que un Chiriguana, enamorado de su propia hermana, y ella no arrostrando a esta maldad, hallándola un día aparte donde le pareció podía poner su maldad en eje-

(1) En el ms. *le*.

cución, ella se le escapó de las manos y corriendo se le entró en la iglesia, donde el perro Chiriguana y bestial no se atrevió a entrar, y visto por la hermana le dijo: "Bellaco, yo diré al padre te castigue. ¿No te acuerdas que se nos dice que manda Dios no hagamos esta maldad? La muchacha, diciéndoselo, reprendió al hermano ásperamente. Reprendíales gravemente el vicio bestial de comer carne humana, a lo cual algunas veces le respondían que si la comían era asada o cocida, pero que a menos de treinta leguas de allí había otros indios muy dispuestos, llamarlos Tobas, que la comen cruda; éstos eran malos hombres y no ellos, porque cuando van en el alcance, al indio que cogen se lo echan al hombro y, corriendo tras los enemigos, se lo van comiendo vivo a bocados; y que si quería le llevarían a la tierra de estos gigantes, a los cuales, por verlos, hizo le llevasen allá, y decía que los había visto desde un cerro, pero que no se atrevieron a bajar al llano, y a su parecer serían de estatura de tres varas y media o cuatro de alto, fornidos; y visto, dio prisa a los Chiriguanas se volviesen antes de ser sentidos, y este valle dista, a su parecer, no 100 leguas de la ciudad de La Plata. Todo esto—dijo—yo leí en el lugar referido; por lo cual no es milagro reverencien tanto a la cruz, enseñados por aquel padre carmelita. En lo tocante al milagro que dicen Dios les ha enviado un ángel que les predica y ha mandado vengan a vuestra excelencia a pedir sacerdotes, y lo demás, tengolo por ficción y aun por imposible, porque esta es una gente que no guarda un punto de ley natural, tanta es la ceguera de su entendimiento, y a éstos enviarles Dios ángel no es creíble, porque es doctrina de varones doctos que si hubiese algún hombre que en la edad presente, gentil, que guardase la ley natural, volviéndose a Nuestro Señor con favor suyo, Su Majestad le proveería de quien le diese noticia de Cristo, porque dice San Pedro que en otro no hay ni se halla salud para el ánima, como envió a San Pedro a Cornelio, y a Filipo, diácono, al eunuco, y a los Reyes Magos trajo con una estrella:

aunque no niego que Nuestro Señor, usando de su infinita misericordia, no pueda hacer con éstos lo que dicen, pues los hombres igualmente le costamos su vida y sangre; mas los que ahora éstos dicen tengolo por falsedad y ficción. En lo que toca a irles a predicar, si la obediencia no me lo manda (no me atreveré a ofrecirme a ello) iré tropicando. Lo que éstos pretenden es: saben que vuestra excelencia hizo guerra al Inga, le sacó de las montañas donde estaba, trájolo al Cuzco e hizo de él justicia, y temen vuestra excelencia ha de hacer otro tanto con éstos por los daños que en los vasallos de Su Majestad y en los pobres inocentes han hecho y hacen, y quieren entretener a vuestra excelencia hasta que tengan todas sus comidas recogidas y puestas en cobro, y los Chiriguanas que están ahora en esta ciudad, a la primera noche tempestuosa se han de huir y dejarán a vuestra excelencia engañado." Dicho esto y otras cosas, hecho mi acatamiento, concluí mi razonamiento. El padre guardián de San Francisco, llamado fray Diego de Illanes, pidiéndole su parecer, dijo: "No parece, excelentísimo señor, si no queremos negar los principios de Filosofía, sino que Nuestro Señor ha guardado la conversión de estos Chiriguanas para los felicísimos tiempos en que vuestra excelencia gobierna". Y poco más dicho, cesó. El padre prior de San Agustín, fray Jerónimo, no era hombre de letras; buen religioso, remitióse al parecer de los que mejor sintiesen; lo mismo hizo el padre comendador de las Mercedes. El padre fray Juan de Vivero, que acompañaba al padre prior de San Agustín, dijo que iría de muy buena gana a predicarles, como en público y en secreto lo había dicho muchas veces.

El visorrey, oído esto, pidió parecer al padre fray García de Toledo, de quien hemos dicho ser hombre de muy bueno y claro entendimiento, que un poco apartado de nosotros tenía su silla, diciéndole: "Y a vuestra merced, señor padre fray García, ¿qué le parece?" No respondió palabra al visorrey, sino, vuelto contra mí, dice: "Con el de mi Orden lo quiero haber"; y yo púseme un

poco sobre los estribos, viendo ser una hormiguilla y mi contendedor un gigante, y dijo: "¿Cómo dice vuestra reverencia lo afirmado? ¿No sabe que Dios envió un ángel a Cornelio?" Respondí: "Sí sé, y sé también que, antes que se lo enviase, ya Cornelio (dice la Sagrada Escritura) era varón religioso y temeroso de Dios, y cuando llegó San Pedro hacía oración al mismo Dios". Luego nos barajaron la plática y yo quedé por gran necio y hombre que había dicho mil disparates, sin haber quien por la verdad ni por mí se atreviese a hablar una sola palabra. Es gran peso para inclinarse los hombres, aun contra lo que sienten, ver inclinados a los príncipes a lo que pretenden, por ser necesario pecho del cielo para declararles la verdad. No digo lo tuve ni lo tengo, mas me dio Nuestro Señor entonces aquella libertad cristiana.

CAPITULO XXXIII

Hace el virrey información del milagro.

Persuadido el visorrey don Francisco de Toledo que los indios Chiriguano la trataban verdad, para más en ella confirmarse y confirmar a otros, determinó hacer una información de todo lo dicho por los indios que trajeron las cruces, y los testigos que tomaba y examinaba eran los mismos que dijeron la ficción, y algunos de los que estaban acá; hízose la información con esta solemnidad: hallóse presente a ella el mismo visorrey, el presidente de la Audiencia, Quiñones; el deán de La Plata, el doctor Urquiza; el licenciado Villalobos, vicario general por la Sede vacante, un hombre gran cristiano; tres secretarios: el de Gobernación, Navamuel; el de la Audiencia, Pedro Juárez de Valer; el de la Sede vacante, Juan de Losa; tres lenguas: un religioso nuestro nacido y lego en el Río de la Plata, llamado fray Agustín de la Trinidad; Mosquera, de quien hemos tratado, y el mestizo Capillas. La hora señalada era de las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche; yo me hallé

a toda ella, porque iba por compañero del religioso lego, y así lo pedí para ver en qué paraba esta ficción. Los indios que vinieron con las cruces fueron los primeros examinados, y declararon como habían referido en su embajada. Luego llamaron a otros de los que estaban acá que decían saber lo propio, y nunca tal dijeron hasta venidos los de las cruces; declararon también el don Francisquillo, y sucedió lo que diré: declaraban dos juntamente, y disparaban de lo que los otros habían declarado: a este tiempo el don Francisquillo, haciendo fuerza al portero del virrey, como lo tenían por medio truhán y el visorrey gustaba de verle tartamudear en nuestra lengua, entró dentro de la sala donde el visorrey y los demás estábamos, y arrimóse a la pared frontera de donde era el examen; el cual, oyendo cómo disparaban de lo que él y los demás examinados habían declarado, díjoles: "Hermanos, ¿no os dije ayer todo lo que habíais de decir? ¿Cómo decís al contrario?". Y todos tres lenguas fueron tan cortos que no advirtieron al visorrey de lo que aquel don Francisquillo les dijo, para que se entendiera la ficción de éstos. Dijéronlo ya que nos veníamos a nuestras casas acompañando al deán, porque era todo camino entonces, y aun más de una cuadra; lo dijeron porque veníamos tratando que era ficción y mentira, y ellos, para confirmarlo, dicen lo que el Francisquillo dijo a los que disparaban de los demás encaminados, y fue promisión de Dios, porque, aunque lo dijeran, no fueran creídos. Con mi poco talento yo me deshacía viendo lo que pasaba y que el visorrey nos detuviese allí tanto tiempo, y otra noche siguiente díjele: "Suplico a vuestra excelencia sea servido oírme." Me respondió: "Decid." "Señor—dije—si es verdad lo que éstos dicen que aquel ángel les predica, y afirman que unas veces le ven, otras no, y cuando le ven entra en la iglesia muy resplandeciente y hermoso, no hay duda sino que, para confirmación de que es ángel, o Santiago, como ellos dicen, enviado de Dios, que para que lo crean habrá hecho algún milagro.

Porque esta es orden de Dios, como consta de Moisés con los hijos de Israel, que para que le creyesen hizo milagros delante de ellos, y lo mismo hicieron los apóstoles y otros muchos santos para confirmación de la fe y predicación evangélica. Mande vuestra excelencia se les pregunte si ha hecho algún milagro." El visorrey dijo: "Bien decís, preguntenselo." Pregúntales las lenguas si aquel ángel o Sandiago ha hecho algún milagro; responden haber hecho tres: el primero fue que le llevaron una yegua picada de una víbora, que era de un curaca, para que la sanase, y la sanó; este buen milagro es porque convenía no se perdiese la casta de los caballos en los Chiriguanas. El otro, que a un muchacho picado de otra víbora, llevándoselo, lo sanó. El tercero fue que no queriendo unos Chiriguanas salir de las casas donde estaban a oírle su predicación, les dijo: "Así, ¿no queréis oír la palabra de Dios? Pues yo haré vengá del cielo fuego y os abrasé." Y descendió fuego del cielo y los abrasó. Y aun añadieron otro, que son cuatro: que en un pueblo llamado Cuevo, no queriendo oírle, les dijo: "Pues yo me iré y os dejaré", y se fue, y la cruz que estaba en la plaza de la iglesia se levantó y se fue en pos de Sandiago y se plantó en la plaza del otro pueblo. Examinando a otros dos indios, y preguntándoles de estos milagros, en los dos primeros confirmáronse; en lo del fuego de la casa, dijeron haberse quemado acaso, pero que dentro de ella nadie pereció; y lo de la cruz de Cuevo no hubo tal, sino que allí está, y en el otro pueblo los indios de él pusieron una cruz delante de la iglesia; y con todo esto se pasó adelante con la ficción y se creyó, y en la información se escribieron 80 hojas o pocas menos; empero, cuando se buyeron los Chiriguanas (como en el capítulo siguiente diremos), ya entonces se creía la ficción ser mentira, y yo me atreví a hablar cerca de esta materia y que había salido verdad lo por mí dicho, que no querían sino engañar al visorrey y a la primera noche que sucediese tempestuosa huirse a sus tierras, como lo hicieron.

CAPITULO XXXIV

Los Chiriguanas huyen.

El visorrey, don Francisco de Toledo, hecha la información, fue deteniendo a los indios Chiriguanas sin dejarles volver a sus tierras, lo cual ellos sintiendo determinaron de huirse; esto fue descubierto, y el visorrey mandó que de una casa que les había dado, un poco apartada del pueblo, en la parroquia de San Sebastián, se mudasen a otra dentro del pueblo, donde se tuviese un poco de más recaudo con ellos, y si se huyesen luego fuese sabido; sucedió, pues, así que, venida una noche muy tempestuosa, como las suele hacer en aquella ciudad y en toda la provincia, se huyeron todos los que habían quedado, y entre ellos Baltasarillo y el Chiriguana llamado Inga Condorillo. Sabido en casa del visorrey por sus criados, antes que amaneciese despiertan al visorrey, a quien ni en aquella hora ni en otra, como durmiese, se atrevían a despertar, y dicenle: "¡Oh!, señor, los Chiriguanas se han huido". Entonces dícele: "No me quede ninguno de vosotros en casa que no los vaya siguiendo y me los traiga". Sale la voz por el pueblo, de donde algunos de los criados del visorrey y otros de la ciudad, con sus vestidos negros, sin esperar a más, toman sus caballos, y aun los ajenos, que hallaban a las puertas de sus amos, y sin más detenerse, unos por una parte y camino, otros por otra y por otro camino, se parten en busca de los Chiriguanas, sin saber el camino que llevaban; dióse aviso luego a los chacarceros de los valles por donde necesario habían de pasar, y a los que a las riberas de los ríos tenían sus haciendas, que velasen y procurasen haberlos a las manos. Prendieron al Baltasarillo y a otros tres, que trajeron al visorrey. El Inga Condorillo con los demás aportó al valle de Oroneota, donde hay un pueblecillo pequeño de los indios llamado Churamatas; en el paso estaban un mulato con dos indios, adonde llegando el Inga Condorillo con sus compañeros, con un cuchillo carnívero hirió al mulato, que luego huyó, y lue-

go acometen a los indios, hieren a ambos, a uno de muerte, de que dentro de breves días murió; al otro más livianamente, con lo cual se escaparon hasta hoy, de suerte que lo que yo dije salió verdad; pero primero que saliese andaba como corrido, sin atreverme a hablar, ni haber quien se atreviese de los pocos que conmigo concordaban y sentían, aunque después que los recogieron a la ciudad, algunos libremente decían su parecer.

CAPITULO XXXV

El visorrey don Francisco de Toledo determina ir a los Chiriguanas en persona.

Sintió gravemente el visorrey la huida de los Chiriguanas, como a quien unos indios bárbaros así burlaron, por lo cual, y porque convenía hacerlos guerra, sujetarlos o echarlos a lo menos de aquellas montañas y carnerías donde vivían, desde a pocos días determinó él en persona ir a castigarlos, y de allí entrar en Santa Cruz de la Sierra y sacar a don Diego de Mendoza y ajusticiarle, como lo hizo después, y de un tiro matar dos pájaros; sacó tiendas, las cuales armaron delante de su casa, en la cuadra de la iglesia Mayor; nombró por capitán general a don Gabriel Paniagua, vecino de la ciudad de La Plata, hombre muy rico, comendador de Calatrava; por maestro de campo, a don Luis de Toledo, su tío. Antes de determinarse, tuvo muchos acuerdos y consejos, en los cuales por la Audiencia siempre fue contradictorio su parecer de ir en persona, y se lo requirieron, porque para aquella guerra era suficiente un capitán general con 150 soldados y tres capitanes, a quienes mandase ir al puesto del río de los Sauces, donde el capitán Andrés Manso tuvo poblado, y de allí hiciese la guerra como convenía hacerse a estos comenhombres, lo cual mejor que otro lo haría Pedro de Segura, de nación vizcaíno, cursado en guerra contra los Chiriguanas, a quienes ya tenía perdido el miedo; envióle a llamar, que vivía pobremente con su mujer e hijos en un

valle llamado Sopachui, más de 20 leguas de la ciudad de La Plata, el cual venido y ofreciéndose a servir a Su Majestad y al visorrey en lo que le mandase, conforme a su obligación de hidalgo; empero, pidiéndole algún socorro para dejar a su mujer e hijos, no se lo dio, y le despidió diciéndole se volviese a su casa.

Determinóse, pues, el visorrey, contra el parecer de la Audiencia y de los demás vecinos y hombres que tenían experiencia cómo se había de hacer aquella guerra, de ir en persona, y así aderezó y mandó aderezar las cosas necesarias.

CAPITULO XXXVI

El visorrey don Francisco de Toledo pide parecer si dará por esclavos a los Chiriguanas.

Determinado el visorrey de entrar en persona contra estos comenhombres, enemigos comunes del género humano, llamó a consulta a la Audiencia, Sede vacante, cabildo de la ciudad de La Plata y a las Ordenes, y en particular a éstas, y letrados, si podía lícitamente dar por esclavos a los Chiriguanas que se prendiesen en aquella guerra; juntos a la hora señalada, y pidiendo parecer y dando las causas que le movían a poderlo hacer, hablando primero el doctor Urquizu, deán, le dijo que en la guerra justa, como era la presente, era lícito al rendido cautivarle, por ser ya Derecho y común consentimiento de las gentes, porque si a un enemigo, en la tal guerra, teniéndole rendido le puedo quitar la vida, gran beneficio le hago, dándosela, en hacerle mi esclavo; empero porque él había visto una cédula del emperador y rey nuestro señor Carlos V, en que mandaba que a ningunos indios, por delitos gravísimos que tuviesen, ni porque se hubiesen rebelado contra su corona real, ni por comer carne humana, ni por otros ningunos de sus virreyes, gobernadores ni capitanes generales, les pudiesen dar esclavos, ni a los ya reducidos a su servicio, ni a los que de nuevo se reduje-

sen, y así ponía en su libertad a todos los indios que como esclavos servían, vendidos y comprados; por lo cual, conforme a esta cédula, usada y guardada, no era lícito darlos por esclavos, por ser ley de nuestro rey y príncipe, en la cual para con estos indios moderaba la ley y Derecho de las gentes de que arriba hicimos mención que en la guerra justa al rendido justamente se hace esclavo; a esto respondió el virrey, aquella cédula haberla Su Majestad despachado y establecido aquella ley para los reinos de México, donde el visorrey don Antonio de Mendoza tuvo muchos esclavos indios con sus ingenios, y que no se entendió en estos reinos. Oído esto por el doctor Urquizu, dijo: "Si vuestra excelencia esa ley puede así interpretar, con justo título los puede dar vuestra excelencia por esclavos". Con este parecer fueron todos los demás prelados de las Ordenes, y cuasi concluida la consulta, y en este parecer resuelta, viéndome el visorrey, mandóme decir lo que sentía; y es cierto que no siendo yo sino un muy simple y sencillo religioso de mi Orden, era compañero de mi prior, me había sentado muy abajo, y aun casi me escondía, porque ni me vieses ni me preguntasen, pareciéndome ya en este particular de los Chiriguanas me tenían por sospechoso. Pero no me pude esconder que el visorrey no me mandase decir mi parecer, al cual dije (no parezca a nadie alabo mis agujas; trato verdad *coram Deo et Christo Jesu*): "Señor, si la ley del emperador y rey nuestro señor, de gloriosa memoria, no se entiende en estos reinos, lo que a vuestra excelencia se ha respondido se puede justísimamente hacer; pero aunque sea así, vuestra excelencia debe mandar se modere este rigor de esta suerte, pareciendo conviene que los niños y mujeres inocentes, excepto las viejas, porque éstas son malditas, por cuyo consejo estos Chiriguanas van a la guerra, no se den totalmente por esclavos, sino que el que los cautivare se sirva de ellos toda su vida como de tales, no pudiéndolos vender ni enajenar, y que si algún otro se los hurtare o sonsacare, sea castigado como

si cosa propia se le hubiera hurtado; los demás inocentes queden libres como vasallos de Su Majestad, para que vuestra excelencia los encomiende a quien fuese servido. Muévome a esto porque todos estos reinos se han de reducir a la corona de Castilla, y en contorno de los Chiriguanas hay indios, y lejos de ellos, que no están reducidos. Pues si estos tales oyeren decir que los cristianos han hecho esclavos, compren y venden y han destruido a estos comehombres, no sabiendo la razón y justicia de parte de vuestra excelencia para mandarlo, nos han de tener más aborrecimiento del que nos tienen, y el nombre de cristiano se hace más odioso". El visorrey dijo era piadoso parecer; empero, no queriéndolo admitir, mandó al general don Gabriel saliese a la plaza y con la solemnidad acostumbrada publicase a fuego y a sangre la guerra contra estos Chiriguanas, declarándolos y dando por esclavos a todos cuantos en ella se rindiesen y prendiesen; lo cual hizo luego, y en la plaza públicamente se publicó y pregonó como el visorrey lo mandaba.

CAPITULO XXXVII

El visorrey manda al general don Gabriel entre contra los Chiriguanas por el camino de Santa Cruz.

Publicada la guerra a fuego y sangre, y dados por esclavos los Chiriguanas, mandó el visorrey al general don Gabriel que con 120 soldados, sin la gente de su casa, entre contra estos enemigos corruanes por el camino que va a Santa Cruz de la Sierra, y procure allanar al cacique Vitapuc, que está en medio del camino, o a los menos impedirle que pueda ir a socorrer a los demás contra quienes el visorrey entraba. Apercibióse el general de lo necesario, y con los soldados dichos, muy buenos y bien aderezados, tomó su camino. Lo que le sucedió diremos cuando hayamos concluido con lo que aconteció al visorrey.

CAPITULO XXXVIII

El visorrey nombra capitanes y entra en la tierra Chiriguana.

Nombró también otros capitanes: por la ciudad de La Plata, a don Fernando de Zárate, vecino de ella; por la villa de Potosí, a Juan Ortiz de Zárate, su criado. Mandó que todos los vecinos del Pueblo Nuevo viniesen a servir a Su Majestad en esta jornada, o enviasen personas en su lugar con sus armas y caballos; los más vinieron; los otros enviaron soldados a su costa; otros muchos hijosdalgo, conforme a su obligación, se ofrecieron a servir y fueron sirviendo sin interés ni socorro alguno. Partió, pues, el visorrey llevando en su compañía los lanzas y arcabuces para la guarda de su persona, y para hacer lo que se les mandase. Por justicia mayor del campo, al licenciado Recalde, con buena casa de soldados vizcainos y mucho gasto. Salieron con él de la ciudad de La Plata pocos más de 400 soldados, todos deseosos de concluir con esta maldita canalla y de vengar la injuria hecha al visorrey, engañándole como le engañaron; fueron también con él otros soldados que tenían sus haciendas en los valles, fronteras de esta gente, y que aquella tierra la habían visto muchas veces.

La primera jornada fue legua y media de la ciudad, a un valle llamado Sotata, adonde se acabaron de juntar las cosas necesarias de mantenimientos y carneros para llevarlos; vinieron también allí indios de servicio y de los Chichas, que es gente buena y belicosa, con sus arcos y flechas. En este valle quisieron algunos criados del visorrey saber qué tan fuerte era el arco Chiriguana, y tomando una cota la pusieron en un costal de paja, y a los indios Chiriguanas que llevaban para guías hiciéronlos tirasen a la cota, y a los Chichas; los Chichas desembrazaron primero, pero sus flechas resurtieron. Los Chiriguanas, desembrazando, pasaron la cota y costal de banda a banda, de lo cual fueron no poco admirados; es el Chiriguana bravo hombre de arco y flecha, como dejamos dicho; y aunque es así

que se llevó gran cantidad de comida, porque siempre se temió hambre, y temiéndola, los cursados en aquella tierra y el camino que llevaban, dijeron al visorrey que para tal tiempo proveyesse, a lo menos dejase proveído, que de la ciudad de La Plata y sus términos, en el río de los Sauces o asiento de Condorillo, le tuviesen comida, porque sería necesaria; no los quiso oír, y sucedió así como diremos, que si lo dejara proveído no se viera el campo en la necesidad que se vio. Llegando, pues, a las puertas de las montañas Chiriguanas, luego despachó al capitán Juan Ortiz de Zárate con su compañía de 50 soldados, sin otros 10 que le dio viejos y cursados, a un pueblo, creo llamado Tucurube, el primero por aquel camino; el cual llegó a tan buen tiempo, que no halló indio en él que le pudiese hacer resistencia, sino las mujeres y niños, por hacer tres o cuatro días se habían partido a cazar indios Chaneses para su carnicería, y entre las mujeres vivía una mestiza que dijimos haberse quedado en los Chiriguanas cuando mataron al capitán Andrés Manso y a todos los que con él estaban, la cual con las demás indias se huyó al monte, y conocida por algunos, llamándola, no quiso volver, tiró su camino con las demás y hasta hoy se quedó hecha Chiriguana. Hallóse aquí mucha comida de maíz, frijoles, zapallos, yucas y otras suertes de mantenimientos de que se sustentan y hacen sus brebajes en mucha cantidad: oí certificar a algunos que con él fueron sería de todas comidas más de 3.000 fanegas. Apoderóse del pueblo, que no era más de tres casas como las usan, muy anchas y más largas. Los del pueblo van al monte y avisan a los Chiriguanas den luego la vuelta, porque los cristianos se han apoderado de las casas y comidas; los cuales dentro de pocos días volvieron y entraron como de paz, no todos, sino los más principales, que a escondidas preguntaban quién era el capitán; si era conocido de ellos, viejo o chapetón, o si por ventura era el capitán Hernando Díez de Recalde, que allí como soldado iba. El capitán Hernando Díez era de ellos muy conocido por muchas y

muy buenas suertes que había hecho en ellos; temíanle y deseaban tenerle a las manos; mas como supieron era chapetón, y de ellos no conocido, luego le tuvieron en poco y engañaron, comenzándole a servir y traer agua y leña y lo que les pedían. El capitán Juan de Zárate despachó luego al visorrey un soldado con la nueva de la presa de la comida que tenía; el capitán alojó sus soldados a lo largo de los buhios, de suerte que por las espaldas estaban seguros; empero los Chiriguanas le persuadieron se metiese en uno de ellos, porque las indias que traían leña y agua y demás cosas para guisar de comer tenían miedo de los soldados, y no venían de buena gana, ni se atrevían a entrar dentro del buhio; persuadióse a ello, aunque por algunos soldados le fue rogado no lo hiciese ni desamparase su alojamiento; con todo eso se metió dentro de la casa, adonde por algunos días le aseguraron los Chiriguanas sirviéndole con mucho cuidado. Empero no eran tan recatados que los que tenían alguna experiencia de sus malas costumbres, por los ademanes y otras cosas, entendíanles los pensamientos, por lo cual avisaron al capitán se velase y no hiciese tanta confianza de aquella gente sin Dios, sin ley y sin rey; no quiso admitir este buen consejo, diciendo no era él hombre a quien los Chiriguanas habían de engañar, no acordándose habían engañado al visorrey, con todo su buen entendimiento. Los que se recelaban, que fue el capitán Hernando Díez de Recalde, con un hijo suyo y un negro, y otros tres o cuatro que se le llegaron, no dormían en el buhio, sino fuera, las espaldas seguras con unas pirlas de maíz junto al buhio (pirla es un cercado como de dos varas de hueco, redondo, de cañas, donde se encierra el maíz), y la noche de cierto día que conocieron lo que había de hacer la gente enemiga, se repararon lo mejor que pudieron y estuvieron apercebidos velándose; esta noche, el capitán descuidado, dan los Chiriguanas en él y en los demás que dormían a sueño suelto y sin centinelas; mataron a un español y a uno o dos mulatos y no sé cuántos indios, e hirieron

a otros, y a soldado hubo, y lanza, que le pasaron un muslo con una flecha, revuelto con su frezada. Los que estaban fuera, éstos detuvieron a los indios que no entrasen tan de golpe, y mataron algunos con sus arcabuces, porque los que hicieron el daño en el buhio fueron los que allí se habían quedado, como ellos decían, a dormir, y a la hora señalada tomaron las armas que entre la leña metieron, y con ellas hicieron el daño dicho, y al capitán hirieron levemente en una mano. Los Chiriguanas, como los de fuera les daban prisa, huyeron al monte; llegó el día; curaron los enfermos y enterraron los muertos, y el capitán fue a buscar los enemigos, pero, no hallándolos, se volvió; los cuales se entiende haber recibido no poco daño, por la sangre que a la mañana se vio junto a la casa. Desde a pocos días determinó el capitán dejar el pueblo y comidas, y dar la vuelta en busca del visorrey, adonde, llegando y sabido el suceso, no le quiso ver ni hablar por muchos días, y no sin mucha razón, porque si el capitán Juan de Zárate siguiera el parecer de los expertos en la guerra Chiriguana, casi la había acabado; pero, como dijimos arriba, los que vienen de España nos tienen por más que bárbaros; dijéronle no desamparase la comida sin orden del visorrey, ni el pueblo, la cual, si no dejara, era fácil llevarla al real y no se padeciera el hambre que después se padeció, a lo menos no tanta.

CAPITULO XXXIX

El visorrey nombra capitán a Barrasa, su camarero, y lo envía al pueblo de Marucare.

Prosiguiendo la tierra adentro el visorrey con su campo, lo asentó en cierta parte cómoda, de donde, nombrando por capitán a Francisco Barrasa, su camarero, le mandó escogiese 50 hombres en todo el ejército, y con ellos fuese a un pueblo del curaca Marucare, que dijimos haber salido a la ciudad de La Plata con Mosquera, pero el visorrey le dió licencia para volverse a su tierra.

Antes que pasase más adelante, se me podría preguntar por qué el visorrey no quiso recibir el consejo de los vaquianos. A esto respondo lo que oí a un personaje con quien el visorrey trataba lo íntimo de su corazón, que era el padre fray García de Toledo: el visorrey se persuadió a que viendo los Chiriguanas la pujanza con que entraba él mismo en persona, y que por ninguna vía se podían huir de sus manos, se le habían de venir a entregar sin tomar armas; que no se pudiesen huir, era como demostración, porque *los de*¹ Vitupue habían de caer en las manos de don Gabriel, general del campo; si *huían* a Santa Cruz, en las de don Diego de Mendoza, a quien mandó saliese hasta tal puesto con 60 soldados y algunos amigos indios, cual lo hizo; si la tierra adentro, habían de dar en los Tobas, que dijimos ser gigantes y enemigos capitales de los Chiriguanas; persuadido con estas conjeturas no hizo caso de los buenos consejos; digo también que la gloria de la conquista de los Chiriguanas se la quiso atribuir a sí y a los suyos, y no a los capitanes y soldados viejos, como la del Inga, porque al mismo padre fray García oí decir que si los chapetones no fueran a ella, no se hiciera el efecto que se hizo, porque éstos se echaron el río abajo, pidieron y sacaron al Inga y a sus capitanes.

Volviendo a nuestra historia, el capitán Barrasa escogió los más principales del ejército en linaje y no en trabajo ni en ejercicio de guerra, que fueron a los vecinos de la ciudad de La Paz y otros. De esta suerte salieron en sus caballos hasta el pie de una cuesta por donde no se podían aprovechar de ellos, y el pueblo estaba fundado en lo alto de ella; la cuesta agria y larga, el calor mucho, los cuerpos cargados de armas y no acostumbrados a traerlas, hubo algunos que dieron señal, y muy baja; finalmente, llegaron a lo alto; los indios, que antes que subieran la cuesta los habían visto, no atreviéndose a resistirlos se metieron en la montaña con sus hijos y mujeres, dejando las casas desamparadas; los nuestros,

cuando llegaron, ya llevaban alguna hambre, y entrando en las casas buscaban qué comer; dieron en una olla grande llena de maíz cocido; metían las manos y a puñados sacaban el mote (mote es maíz cocido), lo cual con mucho gusto comían; empero uno, metiendo la mano un poco más adentro, se encontró con un brazuelo de un niño; sacólo afuera sin saber lo que sacaba; en viendo los nuestros la carne humana, fue tanto el asco que recibieron, que lo comido y lo que más tenían en el cuerpo, con grande asco, lo lanzaron fuera, y sin hacer otro efecto se volvieron al real. No hallaron ninguna comida porque los indios la tenían en la montaña puesta en cobro, y si fueran hombres de guerra y dieran sobre los nuestros cuando andaban sin orden buscando la comida, no sé cómo volvieran.

CAPITULO XI.

Del hambre que comenzaba en el real y enfermedad del visorrey.

De aquí partió el visorrey, donde tenía alojado el campo, la tierra adentro, y prosiguiendo su camino dio en el río llamado de Pilaya, al que algunos llamaron el río Incógnito, no siéndolo: muchos iban en el real que le habían visto antes. Ya en este tiempo se comenzaba a sentir falta de comida en el real, porque la tierra no la lleva sino en los lugares donde los Chiriguanas siembran sus comidas, y siendo la tierra montañosa, los árboles son infructíferos, si no son unos llamados cañares¹, que son los azofeifos nuestros: otros no sé que lleven fruta, sino muchas garrapatas, a los cuales arrimándose, a un hombre caen tantas que le cubren de arriba abajo. Los Chiriguanas sus comidas habíanlas metido en la montaña, y aunque las buscaban los nuestros, no las hallaban. El visorrey, o por la destemplanza de la tierra, del mucho calor o por otras causas que descomponen los cuerpos humanos, comenzó a enfermar de unas bravas y recias calenturas que le iban aumentando y en-

(1) En el ms., *porque á.*

(1) Tachado: *camotes.*

flaqueciendo mucho, por las cuales y no poder caminar el visorrey en su literilla de hombros (la tierra no sufría litera de acémilas que llevaba), se detenían en los alojamientos más de lo necesario para pasar adelante, su médico hacía todo lo posible para su salud, y el día de Nuestra Señora de Agosto, cuando se pensó tener acabada la guerra, le desahució, y con todo esto el visorrey no quería sino proseguir su jornada. Lo cual visto por el licenciado Recalde, entrando a visitarle en la tienda, le dijo el estado de su enfermedad, y que si Nuestro Señor disponía de él en aquella tierra, allí le habían de sepultar, aunque esto no hacía al caso, porque la común sepultura de todos los hombres es la tierra. Lo que más se había de advertir, y por lo que más se había de mirar, era que todos se perderían, cuantos con él entraron, y el reino del Perú corría mucho riesgo (como era verdad) de perderse con alguna tiranía, y sucediera así si Nuestro Señor otra cosa no ordenara. También le puso delante de los ojos el hambre que se aumentaba en el real, y quien más la padecían eran los pobres indios; por tanto, le suplicaba mirase los grandes inconvenientes que se siguieran, irremediables, por los cuales perdería el crédito que con Su Majestad había ganado hasta allí, y no permitiese que los miserables indios, a quienes sacó de sus tierras, tan miserablemente murieran, porque acosados del hambre se iban del real sin saber camino, los cuales, cayendo en las manos de los Chiriguanas, luego eran comidos, y cuando no, daban en manos de tigres, de que está aquella tierra poblada, y los despedazaban / lo cual, siendo como era así, su excelencia mandase dar la vuelta al Perú, pues ya se había hecho todo lo posible y los Chiriguanas no parecían en el mundo.

CAPITULO XII

El visorrey manda volver el campo al Perú.

Viendo, pues, el visorrey su poca salud, y lo que el licenciado Recalde le

aconsejaba era lo justo, bueno y santo, y el riesgo que el reino corría, determinó mandar se diese la vuelta al Perú, ya todo el campo muerto de hambre, y los que más la padecían eran los pobres indios, los cuales si encontraban alguna silla se comían los cordobanes y guarniciones; los más se aventuraban a salir

este reino, y salieron algunos; vi un indio en la ciudad de La Plata, del repartimiento del capitán Hernando de Zárate, que a su ventura se atrevió a salir y llegó a la ciudad, y fuese derecho a casa de su amo, donde a la sazón estábamos dos religiosos: doña Luisa, mujer del capitán don Fernando, cuando le vio compadecióse grandemente y todos nos compadecimos; regalóle, acaricióle, mandó que le diesen de comer; no parecía sino la estatua de la muerte, en los puros cueros y en los huesos; al cual, preguntándole el estado de los nuestros, dijo lo que hemos referido. Preguntámosle más: "¿Cuántos Chiriguanas traían en colleras?" Lleváronlas Chichas de acá. Respondió estas palabras: "Ni sólo una uña de Chiriguana traen los cristianos".

Todo el real casi venía a pie, porque los caballos, pasaron más de 1.000, se quedaban estacados de cierta hierba que comían, haciendo espumarajos; salieron cual o cual, y como no había en qué traer la ropa quedábanse los toldos armados y las petacas llenas.

El licenciado Recalde se mostró gran cristiano para con los indios y Nuestro Señor se lo pagó, porque encontrando al indio arrimado o a la peña, transido de hambre, le hacía dar de comer, lo traía en su compañía y, si no podía caminar, en sus caballos o mulas lo mandaba subir; dejando su caballo, y quitándolos a sus criados y a los de su casa, los daba a los indios; albergábalos, curábalos en sus toldos, con lo cual libró no pocos de la muerte y sacó a esta tierra; finalmente, sus toldos eran las enfermerías de los pobres indios. Con mucho trabajo salió el visorrey y el campo a la tierra del Perú, a un valle llamado Tomina, sin que en el camino recibiese algún daño de los Chiriguanas, que fue no poca merced que Nuestro Señor hizo a todo el reino, y, si bien se considera,

confesaremos que el mismo Dios puso¹ en las manos de los nuestros a los Chiriguanas, y los cegó para que no conociesen la oportunidad, creo por la gran soberbia con que entraron.

Si el capitán Juan de Zárate siguiera el consejo que le daban, habría apresado y cautivado muchos de los principales Chiriguanas, enseñándoselos con el dedo en el pueblo donde dijimos llegó y no halló resistencia alguna. Fue señor de la comida, y si no la desamparara no se padeciera en el real la penuria que de ella hubo, no hubiera hambre y la guerra casi era acabada, y, si no acabada, se habría puesto en término de acabarla pronto. Puso también Nuestro Señor a los españoles en las manos Chiriguanas; empero, usando de su acostumbrada misericordia con ellos, cegó a los Chiriguanas para que no conociesen el tiempo ni se aprovecharan de él ni de sus propias costumbres de pelear, porque con ser gente que no pelea sino a traición y de noche, con nosotros pocas veces de día, sí de noche; si fueran dando arma en el campo, de suerte que los desvelaran, e hicieran estar en arma toda la noche, hambrientos, sin fuerzas para tomar armas y desvelados, ¿cómo volvieran a este reino?, ¿por qué camino?

Abriéndolo venían; cególos Dios y olvidáronse de su orden de pelear. Del campo dióse aviso a la Audiencia y a la ciudad cómo salían y cuán destrozados y hambrientos. Salíó con la brevedad posible el presidente Quiñones a llevarles refresco, el cual, llegando al valle de Tomina y sabiendo cuánta más necesidad traían de la que en las primeras cartas se había significado, y que los gastadores estaban cerca, ya casi arrimados a los árboles, tomando su mula y en ella unas alforjas, y los demás que con él iban haciendo lo mismo, con la prisa posible llegaron donde los gastadores estaban, entre los cuales hallaron dos o tres ya arrimados a unas peñas, los ojos vueltos en blanco, de hambre; animóles y dióles el refresco que llevaba, con lo cual los volvió en sí y avisó al campo cómo había llegado con bas-

timentos y otro día sería con ellos; con esto los unos y los otros se animaron y llegaron al valle nombrado Tomina, sin que se perdiesen tres soldados, adonde fueron muy caritativamente recibidos de los que en él habitaban, españoles chacareros, que con gran liberalidad daban de comer a todo el campo vaca, ternera, cabritos; ellos y sus mujeres amasando toda la noche el pan para los que a sus casas llegaban con no poca pérdida del crédito español.

CAPITULO XLII

Lo que sucedió al general don Gabriel Paniagua.

El general don Gabriel Paniagua, prosiguiendo su viaje por donde le fue mandado, con 120 soldados (como dijimos), entró en la tierra Chiriguana sin que los indios se le atreviesen a salir al camino ni estorbar el paso; sólo un día, en un pajonal crecido, le tenían armada una celada, que si no se descubriera acaso, le hicieran algún daño; llegó a este pajonal ya tarde, donde, alojando la gente, ya comenzaban a armar sus toldos, atar los caballos y el bagax ponerlo enmedio del alojamiento; un soldado iba en busca de su caballo, que se le había apartado un poco de trecho del alojamiento, el pajonal adelante, y era hacia aquella parte donde los enemigos estaban agachados y escondidos, para en comenzando a cenar, o al primer sueño, dar en los nuestros.

Los indios, como vieron que el soldado iba para ellos con su escopeta al hombro, pensaron ser sentidos, levántanse y descúbrense de la emboscada. El soldado, vistos, disparó su arcabuz contra ellos y volvióse al campo tocando arma.

A esto los demás tomaron sus escopetas, y puestos en orden, como mejor pudieron, se defendieron y ofendieron al enemigo, sin que ellos recibiesen en la persona daño alguno; al ruido de los arcabuces, los caballos, que no estaban atados, se metieron en la montaña y se desaparecieron, pocos de los cuales volvieron a la compañía; ésta fue la ma-

(1) Tachado: á los nuestros.

por pérdida que sucedió al general don Gabriel, ni tuvo otro encuentro. Puesto, pues, en medio de las montañas Chiriguanas, no sabía cosa alguna del visorrey; no le avisó, ni pudo, como estaba concertado; indios no le molestaban ni los hallaban; el tiempo del verano era acabado; las aguas comenzaban, hasta que desde un cerro le dijeron los enemigos todo lo que pasaba en el campo del visorrey: la enfermedad, el hambre, y que ya el visorrey había dado la vuelta al Perú; que se saliese, por ser ya tiempo de sembrar, y no les impidiese las sementeras, porque si aguardaba a las aguas ni él podría salir, y le faltarían las comidas, ni ellos sembrar, y así perecerían todos; el consejo no fue errado.

El general, pues, viendo, y sus capitanes, ser posible lo que los Chiriguanas decían, considerando el tiempo y lo demás, determinó de dar la vuelta al Perú, y saliendo sacó toda su gente sana y salva, sin más pérdida que aquellos pocos caballos que se huyeron en la refriega dicha; en llegando a tierra de paz, luego fue cierto lo que los Chiriguanas le habían dicho ser verdad, y viniéndose para la ciudad de La Plata halló en ella, hacía días, al visorrey muy enfermo.

CAPITULO XLIII

*Despide a los soldados el visorrey
y llega a la ciudad de La Plata.*

En este valle de Tomina despidió los soldados, dándoles licencia, en donde descansó el visorrey hasta adquirir unas pocas fuerzas, las cuales, en dándole los aires del Perú, comenzó a recobrar y la enfermedad a disminuirse, pero no de manera que se pudiese tener en pie ni andar un paso; mas sintiéndose ya con algunas fuerzas se puso en camino para la ciudad de La Plata, adonde llegó en una literilla de hombres en que le traían dos lacayos, tan flaco y desfigurado que se tuvo muy poca esperanza de su salud; mas Nuestro Señor se la dio enteramente, y todo el pueblo dio muchas gracias a la Ma-

jestad de Dios porque le sacó vivo. Alcanzada esta salud y compuestas algunas cosas tocantes al buen gobierno de aquella provincia, desde a cinco o seis meses tomó el camino para Potosí, adonde, hallando que muchos de los que tenían indios para sus ingenios se habían ocupado más en recoger metales de los desnortes, y en traspasar la ordenanza por él hecha (como dejamos dicho), que en beneficiar y labrar sus minas, los condenó a tres tomines ensayados por quintal, con los cuales enteró la Caja Real de lo que de ella había sacado para la guerra chiriguana, y lo demás repartió en los que más habían gastado, como fue al licenciado Recalde, a quien aplicó cierta cantidad, y a otros.

Pudiera escribir otras cosas particulares que en esta proviuria sucedieron, mas las dejo porque no parezca se tratan con alguna manera de pasión, de la cual estamos muy lejos; empero la verdad de la historia no se ha podido dejar. Partió de Potosí, asentado todo lo necesario para su buen gobierno, para la ciudad de La Paz. De allí a Arequipa, de donde se fue a embarcar, creo son 22 leguas, a la playa de Quileca; embarcado, en breves días llegó al puerto del Callao, de la ciudad de Los Reyes, en donde fue muy bien recibido.

CAPITULO XLIV

*Del capitán Francisco Draque,
inglés, que entró por el estrecho
de Magallanes.*

El año de 77, así como en España y toda Europa, pareció en la media región del aire el más famoso cometa que se ha visto; también se vio en estos reinos a los 7 de octubre con una cola muy larga que señalaba al estrecho de Magallanes, que duró casi dos meses, el cual pareció ser anuncio que por el estrecho había de entrar algún castigo enviado de la mano de Dios por nuestros pecados, como sucedió; que desde a dos años, poco más o menos, que se acabó, y el visorrey don Francisco de Toledo residiendo en la ciudad de Los

Reyes, entró en el puerto de ella un navío inglés, enemigo, con un capitán llamado Francisco Draque, de noche, sin que hubiese imaginación que tal pudiese suceder, en el cual tiempo en la ciudad de Los Reyes no había un grano de pólvora, ni gentilhombre lanza que tuviese lanza, ni gentilhombre arcabuz que tuviese arcabuz, por se los haber comido y no les haber pagado lo situado por el marqués de Cañete, de buena memoria. El ejercicio de las armas se había olvidado, no sólo en aquella ciudad, sino en todo el reino, por haber mandado el visorrey ningún hombre caminase con arcabuz, so pena de perdido, y a los corregidores de los partidos tenía mandado lo ejecutasen. En esta sazón, pues, llegó este pirata, que robase y afrentase y le diese un bofetón de los grandes que han recibido ni creo recibirán tan presto los leones del Perú.

El capitán inglés, luterano, con orden de la reina María, inglesa, también luterana, una de las malas hembras y crueles que ha habido en el mundo, se aventuró con tres navíos a salir de Inglaterra y venir a estos reinos a robarlos y a hacerse señor del mar, caso jamás imaginado y de ánimo más que inglés, porque salir de su tierra y venir por mares y temples tan contrarios al temple inglés, y seguir derrota que tantos años no se seguía, ni otra que la nao *Victoria* no había hecho, porque de las que con ella salieron solamente ésta volvió; las demás se perdieron, y de las del obispo de Plasencia, don Gutierre de Caravajal, ni una sola se salvó. Atreverse este capitán inglés a renovar esta navegación, ya casi olvidada, y a meterse en las manos de sus enemigos, como se metió, tan apartado de donde le pudiese venir socorro, fue más que temeridad, sino que como venía para castigo de estos reinos por nuestros pecados, todo le sucedía bien. Partió, pues, de Inglaterra con tres navíos, según algunos referían habérselo oído; piérdense los dos a la entrada del estrecho o a la salida; sólo él, desembocando de la vuelta sobre mano izquierda, costeaando la tierra y costa primero de Chile, donde en el puerto Val-

paraíso, viniendo falto de comida, halla dos o tres navíos con oro, aunque poco; no fueron 30.000 pesos; halla comida y vino, y proveyéndose de lo necesario, costeando, sondando los puertos y las caletas, sin que hallase resistencia alguna, viene hasta el puerto de Coquimbo, adonde, no hallando qué pillar, 30 leguas de allí, o poco más, llegó a la bahía Salada, donde estuvo dos meses y más dando carena a su navío y haciendo una lancha, sin que le diesen la menor pesadumbre del mundo, pudiéndosela dar y facilísimamente. No parece sino que todo le sucedía al señor de su deseo, y a los nuestros les faltaba el consejo, como es así realmente. Era azote enviado de Dios; había de azotar. En Chile, a la sazón, Rodrigo de Quiroga, de quien trataremos más adelante, buenísimo caballero, estaba en Arauco con la gente de guerra; despacha al capitán Gaspar de la Barrera y deshace el campo, pero no fue de ningún efecto, porque se tardó mucho (y no pudo ser menos) en aprestar el navío, y cuando llegó a Coquimbo ya el capitán Francisco había salido de la bahía Salada con su navío y lancha y no fue seguido porque el capitán Gaspar de la Barrera no llevaba más comisión de hasta los términos de Chile. Sale de la bahía Salada y llega en breve al puerto de Arica, donde halla tres navíos, y como tal no había caído en entendimientos de los nuestros, viéndole venir de arriba, que es decir de Chile, alegráronse todos los del puerto diciéndole: "¡Navío de Chile, navío de Chile!", de donde había días ninguno bajaba. Sólo un piloto, nombrado maese Benito, en viéndole dijo: "No, aquel no es sino navío enemigo". Hacían todos burla de él, y él más afirmaba en decir que era navío enemigo. Conoció-le, como dijo después, en las velas; las nuestras son blancas mucho; las de los ingleses son pardas, no son tan blancas como las nuestras. Pues como el navío enemigo se viniese llegando al puerto, antes de surgir dispara una pieza de artillería, luego se entendió ser verdad lo que decía maese Benito. La poca gente del pueblo, con el corregidor y tesorero del Rey, Pedro de Valencia,

pusiéronse en armas para defenderse; a las mujeres las enviaron tierra adentro, pero el enemigo no curó saltar en tierra (ni supiera, porque, como hemos dicho, no tiene sino una caletilla muy angosta para desembarcar; lo demás es costa brava, llena de peñascos); en surgiendo con la lancha y batel llenos de gente armada se va a los navíos, que estaban sin gente, y en el del pobre maese Benito, que había tardado del puerto del Callao hasta Arica más de seis meses y no había aún descargado el vino de Castilla que llevaba, entra en él y halla 150 botijas de vino de Castilla; en los otros dos solamente halló: en el uno, 12.000 pesos en barras que había embarcado un buen hombre, llamado Céspedes, que con su mujer se embarcaba para irse a España; tenía embarcada la plata, y él, con sólo 500 pesos, estaba en tierra, y su mujer, aguardando a que el maestre con el navío partiesen. Llévose el capitán Francisco esta plata y vino; los navíos los quemó, no curando de saltar a tierra; no le convenía.

Luego el corregidor despachó un hombre al puerto de Arequipa, que por la posta fuese a dar aviso de lo que pasaba, y si algún navío había en el puerto avisase luego, alzase velas y se fuese, y si tenía algunas barras las echase en tierra. Fue nuestro Señor servido que, con no ser de viaje por el mar más de un día natural de Arica al puerto de Chile, así se llama el de Arequipa, por falta de tiempo tardase el capitán Francisco Draque tres días; llegó el aviso por tierra; en el navío, que era de un Fulano del Río, donde yo estaba fletado para bajar a Los Reyes estaban embarcadas 1.200 barras del Rey y de particulares. Luego, a gran prisa, las desembarcaron, y a la última batelada el Francisco con el navío, y la lancha con el batel, el cual con la mayor prisa que pudo se metió en la caleta, en la que echó todas las barras, que eran las últimas, por miedo de la lancha, que le venía ya en los alcances, la cual no se atrevió a entrar dentro de la caleta. La caleta es angosta, fondable y el

agua tan clara que parece se pueden contar las arenas, y muy segura (1).

El capitán Francisco entró en el navío, y no hallando sino el casco, lo tomó y llevó consigo, y en alta mar lo dejó con sus velas altas y prosiguió su camino y viaje para el puerto del Callao. Del puerto de Chile luego dieron mandado a la ciudad, que son 18 leguas y no de buen camino, y sin agua, la cual se alborotó grandemente y el corregidor despachó tres o cuatro vecinos en muy buenas mulas al puerto para que viesen lo que había y avisasen; creyeron que el otro había de ser tan necio que había de saltar a tierra y venir a robar a la ciudad.

Los que tenían registradas sus barras, que no eran pocos, luego con sus armas caminaron al puerto, mas cuando a él llegaron hallaron sus barras en tierra y el enemigo partido. Sólo una barra, de más de 1.200, faltó, de un soldado que en mi compañía había venido desde Potosí a aquella ciudad para irse a España con 3.500 pesos que en breve había ganado. La barra valía más de 380 pesos ensayados; el cual para cobrar su barra fue discreto: hizo un anzuelo de cincuenta pesos de plata, echólo al mar y halló su barra, que es decir dijo públicamente: "Mi barra no se puede esconder; el que la tomó déla a tal persona; yo no quiero saber quién es, y he aquí 50 pesos, que él dará luego los 50 pesos." Los dio a la persona señalada, y otro día pareció su barra. De aquí, del puerto, se despachó otro español por tierra por la posta que diese aviso al visorrey en la ciudad de Los Reyes, que son 160 leguas tiradas. Fue con toda la brevedad posible, y en todos los valles luego le daban recado de cabalgaduras para pasar adelante, hasta dos leguas de Los Reyes, en un pueblo llamado Surco, donde halló al corregidor, que no debiera, llamado Puga, portugués o gallego, del cual diciéndole a lo que venía y que le diese un caballo para ir de allí a Los Reyes para avisar al visorrey, le tuvo por loco y que venía borracho, y aun dicen le metió en la cárcel. Finalmente, no dán-

(1) En el ms., *seguras*.

dole recado, un día que le detuvo y más, en este tiempo llegó el capitán Francisco con su navío; no pudo antes porque en este tiempo que navegó por nuestra mar a Los Reyes era verano y hay muchas calmas en el mar, y por esto llegó el mensajero por tierra primero que él por mar; si el corregidor le diera crédito, el puerto hubiera estado apercebido y no se fuera el enemigo riendo ni robando lo que robó; pero era azote de Dios y había de azotar. El Puga tenía en casa del virrey amigos que taparon la boca al mensajero para que no dijese nada al visorrey. Llegó, pues, el capitán Francisco al Callao, y aunque le vieron sobre tarde, entendiéndose era navío que bajaba principalmente de Arequipa, a quien aguardaban por momentos. Fue cuerdo, entró de noche por no ser conocido y se atrevió mucho a entrar a aquella hora por el estrecho, que será de una legua, que hace la isla con la tierra firme, porque aunque es limpio y fondable, han de entrar por cuatro brazas de agua casi al medio de él. Pero es fama traía desde el paraje de España un portugués por piloto, que lo había sido en este mar; de otra suerte no se atreviera a entrar, porque yo he venido de Arica al Callao, y con ser el piloto muy bueno y muy cursado, llegando a boca de noche no se atrevió a entrar y nos quedamos mar en través a la boca de la isla. Finalmente él entró y anduvo picando cables y aun preguntando si el navío de San Juan de Antón estaba en el puerto, que no sabemos quién le dijo se había fletado en él la cantidad de plata que le tomó. Pero de un maestro o piloto fue conocido, el cual de su navío echándose a nado salió a tierra diciendo: "¡Arma, arma!". Alborótase toda la gente, que sería poco menos que a media noche. Luego despáchase al visorrey, no diciendo ni sabiendo si eran luteranos o si era navío de tiranos alzados en el reino o en Chile. El visorrey, oída la nueva, y la ciudad, tocan cajas, y en las calles "¡arma, arma!", sin saber contra quién, y como no había armas en la ciudad, hallóse grandemente confuso. Con todo eso, al amanecer entró en el puerto y toda la ciudad con

él, sin arcabuces ni artillería, que ni en la ciudad, sino una poca y sin municiones *había*. Pero, ¿qué había de hacer? Y es así que en toda esta costa, en todo tiempo, en anocheciendo, casi cesa el viento, y no torna a ventar hasta las ocho de otro día. El Francisco no se atrevió, ni le convenía, saltar a tierra, porque en las ventanas de las casas, rompiendo sábanas y por las puertas, hicieron mechas y las encendieron para que el luterano creyese eran arcabuces; habiendo picado muchos cables, y los navíos sin armarras andando de aquí para allí, él se apartó y pretendió salir del puerto y seguir su viaje, sino que le faltó el viento y cuando el visorrey llegó al Callao le vio y todos los demás, en calma, las velas pegadas a los mástiles. Empero, como no tenía armas ofensivas más que espadas, cotas pocas, no se atrevió a enviar contra él algunos bateles grandes y barcos de pescadores; que si hubiera con qué esquivarlos y arcabuces para ofender al enemigo luterano, armando cinco o seis contra él, antes que viniese la marea, pudiera ser le rindieran y le hicieran pedazos el timón; pero, no habiendo un grano de pólvora en la ciudad, no se podía hacer esto. El enemigo, a vista de todo lo mejor del reino, en comenzando la marea sigue mar abajo su derrota. Los mercaderes que en el navío de San Juan Antón, que hacía pocos días había partido del puerto para Tierra Firme, que enviaban en él sus barras, así para aquel reino como para España, dijeronle al virrey: "Señor, en el navío de San Juan Antón enviamos nuestras haciendas; dadnos licencia para que despachemos de aquí un barco grande de estos de pescadores a avisarle; ya nos hemos concertado con el señor del barco y dice él que irá y avisará por dos o tres barras que le demos; con vuestra licencia lo enviaremos a nuestra costa, porque el Rey no pierda 300.000 pesos que allí iban en nosotros nuestras haciendas. El visorrey no quiso dar la licencia; por ventura entendiéndose era imposible que el enemigo alcanzara al navío de San Juan de Antón; esto a uno o dos de los mercaderes que allí enviaban su plata, y al mis-

mo pescador que se ofrecía a ir, lo oí como lo tengo referido, y es así. No siendo, pues, avisado el navío de San Juan de Antón, como se fuese deteniendo por los puertos, y el enemigo en busca suya, finalmente le alcanzó en la punta llamada de San Francisco, ya que quería atravesar para Tierra Firme, y aunque nuestro navío le vio, no imaginó tal, antes, creyendo era navío de los que quedaban en el puerto del Callao, que bajaba también a Tierra Firme, le aguardó.

El capitán Francisco, llegándose cerca de él, dispárale una pieza de artillería y dícele: "Amaina, por la tierra de Inglaterra". Los nuestros pensaron ser burla y dijéronles una palabra afrentosa sin saber eran luteranos. Entonces el enemigo afierra con el navío nuestro; entró; ni llevaban armas los nuestros para ofender ni defenderse; riúdense, roba el luterano cuanta plata en él había, más de 400.000 pesos ensayados; a los nuestros no les hizo otro daño que quitarles las haciendas; no venía por más. El visorrey, como mejor pudo, despachó uno o dos navíos contra el enemigo y metió en ellos los vecinos criollos sin armas, sin artillería, sin munición, con sus capas negras y medias de punto y vestidos de ciudad. Siguiéron al enemigo sin verle dos o tres días, al cabo de los cuales volvieron al puerto. El visorrey los mandó poner en carretas y así los trajo a la ciudad afrentosamente, y no sé si con prisiones, y los tuvo algunos días en la cárcel.

Después de lo cual armó dos navíos como mejor pudo, nombró por capitán a un criado suyo llamado Frías y por almirante al capitán Pedro de Arana, con orden que siguiese al enemigo hasta la costa de la Nueva España. Salieron del puerto, y muy buenos soldados y hombres de vergüenza en ellos; pero como el enemigo había pasado adelante, sin hacer otro efecto, se volvieron al Callao.

El capitán Francisco Draque prosiguió su viaje a la costa de México, donde tomó otro navío que del puerto de Guatulco había salido para estos reinos cargado de mercaderías, y como no ve-

nia por ropa, sino por plata, dejóle seguir su derrota, tomando algunas cosas de que tenía necesidad, cuales eran velas y jarcias, y sus soldados tomaron algunos fardos de ropa, no en mucha cantidad, y pasando adelante siguió la derrota a la China. De allí, la que hacen los portugueses, y la volvió a entrar en el mar océano y de allí a Inglaterra cargado de barras de plata.

CAPITULO XLV

La Inquisición vino a este reino.

Al mismo tiempo que Su Majestad proveyó por visorrey de estos reinos a don Francisco de Toledo, proveyó también inquisidores que residiesen en la ciudad de Los Reyes; un proveimiento acertadísimo y necesarísimo, en lo cual se manifestó cuánta verdad sea que el corazón del Rey está en las manos de Dios. El mismo Dios, para bien de todos sus reinos, muchas veces le pone en el corazón cosas necesarísimas que se hagan, las cuales estaban como olvidadas y, si no olvidadas, no parecía haber necesidad de hacerse. Fue, pues, moción del muy Alto que la majestad del Rey nuestro señor en aquel tiempo se acordase de enviar inquisidores a estos reinos y al de México; en la misma flota que vino el visorrey don Francisco de Toledo vinieron proveídos por Su Majestad dos varones tales cuales convenían para asentarla y para las cosas que sucedieron: licenciado Bustamante, que murió en Tierra Firme, y el licenciado Cerezuola. Al licenciado Bustamante sucedió el inquisidor Antonio Gutiérrez de Ulloa, todos en sus facultades muy doctos, grandes cristianos, celosísimos de las cosas de la fe, de mucho pecho y no menos prudencia, dotados del mismo Dios de las partes requisitas para el oficio; vino fiscal el licenciado Alcedo; secretario, Ambrosio de Arrieta; todos cuales se requerían. Entraron en la ciudad de Los Reyes, hízoles el recibimiento cual convenía conforme a lo ordenado por Su Majestad, asentaron la Inquisición prudentísimamente y comenzaron a hacer su oficio

con tanta rectitud y cristiandad cuanto se requiere y todo el reino conoció y conoce. Luego se vio la necesidad que de ella había y cómo fue inspiración de Dios que Su Majestad la enviase, porque si no corría gran riesgo la cristiandad en estas partes, como pareció por las personas luteranas y no sé si me diga peores, que luego prendieron, y por el primer auto de la fe que hicieron, donde se vio claramente el riesgo de todo el reino, de lo cual no es de nuestro intento tratar ahora, más de lo que hemos dicho, que fue providencia admirable de Dios que en este tiempo la enviase, la cual es imposible faltar para el buen gobierno de toda la cristiandad.

Hecho el primer auto, que fue famoso, el licenciado Cerezueta, proveyéndole Su Majestad a una silla episcopal de Las Charcas, por su mucha humildad y cristiandad no la acentó, antes pidió licencia para volverse a España, la cual alcanzada, llegando a Cartagena, dentro de pocos meses loabilísimamente acabó sus días. Quedó por algunos años el inquisidor Ulloa, justísima y prudentísimamente haciendo su oficio, hasta que vino el doctor Prado, varón realmente humanísimo, benignísimo, afabilísimo y humildísimo y dotado de una gravedad que se hace amar de todo el reino y reverenciar, por visitador de la Inquisición y presidente en ella mientras hacía su oficio, la cual visitó con admirable rectitud, como ha parecido y parecerá en todos siglos, con la cual volvió a España y allá, aprobándola, volvió con su presidencia, donde murió. Antes que el doctor Prado volviese de España llegó a la ciudad de Los Reyes el licenciado don Pedro Ordóñez Flores por inquisidor, varón no menos loable que los referidos, integérrimo en toda virtud; trajo recados para que el inquisidor Ulloa fuese a visitar la Audiencia de la ciudad de La Plata; quedó sólo en el oficio hasta que vino el doctor Prado, gobernándolo con la prudencia, discreción y justicia que todo el reino ha conocido y conoce. El inquisidor Ulloa partió de Los Reyes, fue a visitar la Audiencia, de donde bajando a la ciudad de Los Reyes, dentro de pocos días, no fueron seis, con gran

sentimiento de la ciudad y aun del reino, pero con gran conocimiento de Dios, recibidos todos los santos sacramentos, murió. Hizosele solemnísimó enterramiento, donde se hallaron presentes virrey, Audiencia, Inquisición y todas las Ordenes; así honra la Majestad de Dios a sus siervos que en las cosas de la fe le sirven. También murió antes el secretario, Arrieta, y el licenciado Alcedo, fiscal; ambos acabaron loablemente. En lugar del secretario Arrieta los inquisidores nombraron por secretario, mientras de España venía otro, a Melchor Pérez de Maridueña, suficiente para el oficio por su mucha virtud y cristiandad, y en lugar del licenciado Alcedo a don Pedro de Arpide, el cual murió en Cartagena de camino para España. En lugar del secretario Arrieta vino de España proveído Jerónimo de Eugui por secretario, varón de muchas y muy buenas prendas y loables costumbres, con las demás partes que para el oficio se requieren, como la experiencia lo ha mostrado y lo muestra.

CAPITULO XLVI

De las virtudes del visorrey don Francisco de Toledo.

Al visorrey don Francisco de Toledo dotó Dios Nuestro Señor de muchas y muy buenas cualidades y partes, como quien lo había criado para gobernador; dióle buenísimo entendimiento, presto y sutilísimo, sino que a los de no tan bueno parecía confuso. Los de tales entendimientos en breves palabras incluyen mucho, y a los que no lo alcanzan parece confusión, por lo cual el principio de proponérsele había de cogerle intento, porque después parecía confundirse e implicar muchas cosas. Amigo, como los demás señores, que en una palabra le propusiesen o respondiesen, y aunque lo que proponía fuese arduo, no le daba gusto le viesen espacio para responder; decía que, pidiéndole término, era querer consultar al vulgo y a la plaza. En su tiempo, como hemos dicho, se descu-

brió el beneficio del azogue; envió mucha plata al Rey nuestro señor, así de los quintos como de otras cosas, y de un año para otro prometía más y lo cumplía. Era hombre casto y amigo de la castidad; comía como señor; su mesa, abundante. Trajo buena casa de criados y pajes, y el primero de los virreyes que llevaba, yendo a caballo, los pajes delante de sí destocados. Fue libérrimo en no admitir dádiva ni cohecho, ni nadie se le atrevió a tal; fue muy amigo de que se administrase justicia y encargaba grandemente la ejecución de ella. Labró en este reino abundancia de plata, y mandó esculpir particularmente en una mesa la guerrilla del Inga. Sacó la Universidad que en nuestro convento ¹ por ² cédula del invictísimo Carlos V, de gloriosa memoria, en él había fundado, y púso-la, como dijimos, en el lugar donde el visorrey, de buena memoria, don Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, fundó el regimiento de San Juan de la Penitencia. Dábale mucho gusto se dijese de él deshacía motines y alzamientos y sobre esto mandó dar tormento a dos españoles que de la ciudad de La Paz le trajeron presos a la de La Plata; no sé si tenían ánimo para ello; conocílos. Fue el primer visorrey que mandó le predicasen en palacio. Salía pocas veces a pasearse a caballo por la ciudad, lo cual era frecuente en sus predecesores, el buen marqués de Cañete y el conde de Nieva. Reformó muchas cosas dignas de reformatión, y cuando no hubiera hecho otra cosa sino reducir los indios a pueblos, habría alcanzado buenísimo nombre de gobernador y celoso de la policía y cristianidad de estos indios. El cual, habiendo gobernado once años, si no fueron trece, se fue a España, donde en Lisboa besó las manos a Su Majestad; mandó-le ir a descansar a su casa, que se cree lo sintió demasiado, en la cual dentro de poco tiempo dio el alma a Dios de una apoplejía que no le dejó testar.

CAPITULO XLVII

*Don Martín Enríquez,
visorrey de estos reinos.*

Importunado Su Majestad el rey Filipo nuestro señor por don Francisco de Toledo, visorrey, proveyó en su lugar a don Martín Enríquez, visorrey de México, el cual vivió en este reino poco más de dos años; gran gobernador, gran cristiano, gran limosnero; su salario, que son 40.000 ducados, repartía en tres partes: la una tercia parte, para pobres; la otra, para su plato, y la tercera, para sus hijos. Era pequeño de cuerpo, delgado, el rostro un poco blanco. No consintió que ningún religioso que fue a negociar con él, ni sacerdote, esperase mucho tiempo, porque tenía mandado a sus criados y pajes que en viendo en la sala alguno de este género luego le avisasen, como no estuviese durmiendo o rezando. Luego que llegó a la ciudad hubo cierto rumor de ingleses o nueva venida de Chile, y luego, porque no le hallasen desapercibido, nombró cuatro capitanes de infantería, todos nacidos en Los Reyes, hijos de conquistadores de los más principales: al capitán Diego de Agüero, capitán Juan de Barrios, capitán don Joseph de Ribera y capitán Pedro de Zárate, con 150 soldados cada compañía, y por capitán de los hombres de a caballo, al licenciado Recalde; mandó en un domingo se hiciese la reseña; salieron los capitanes muy aderezados. El visorrey fué a las ventanas de Palacio, por debajo de las cuales pasaron los capitanes y soldados disparando sus arcabuces y haciendo su salva. Repartió la ciudad entre estas cuatro capitánías, mandando cada uno tuviese sus armas prestas y acudiese con ellas al tiempo de la necesidad a su bandera. La tierra, en el poco tiempo que gobernó, gozó de mucha paz, y la ciudad de hartura; mas como Nuestro Señor fue servido llevarle para sí, a todo el reino dejó en gran tristeza. Fue muy llorada y sentida su muerte de toda la tierra en general, y en particular de los pobres. Murió recibidos todos los sacramentos y se le hizo solemnísimamente

(1) Tachado: se fundó.

(2) En el ms., que por.

enterramiento en el convento de San Francisco.

CAPITULO XLVIII

*El conde del Villar,
visorrey de estos reinos.*

Por la muerte del excelentísimo y gran limosnero don Martín Enríquez, Su Majestad proveyó a don Francisco de Torres y Portugal, conde del Villar, buenísimo caballero y de acendrado ingenio para gobernar; amiguísimo de hacer justicia y que ninguno de sus criados se oliese recibía la menor cosa del mundo; el cual, al que traía de España, por un no sé qué que de él se dijo, le despidió en Tierra Firme y mandó volver a España; servíale después otro criado suyo, mozo, llamado Cabello, al cual, por ser comprendido en ciertas dádivas que recibía, le descompuso con gran infamia, y a un soldado, que se decía era el trujamán, llamado Gatica, le mandó, o, por mejor decir, condenó, al remo de las galeras que estaban en el Callao, donde fue castigado valientemente; las cuales dos galeras, teniendo a cargo de ellas al general Pedro de Arana, estuvieron muy bien tripuladas, particularmente la mayor, y otros dos navíos gruesos con su general, llamado...¹ Sucedió, pues, que por el estrecho de Magallanes entró el capitán Candelín, luterano inglés, y desembocó en este mar con tres navíos, el uno de alto bordo, los dos pequeños, y descubriéndose en la tierra de Chile, luego el gobernador don Alonso de Sotomayor en un navío² despachó, avisado de lo que había, a un muy buen soldado llamado Verdugo, el cual, llegando a la ciudad de Los Reyes, dio aviso al visorrey, el cual se lo agradeció mucho, y aun prometió hacer mercedes; la ciudad se puso en armas y el Callao; los capitanes nombrados por don Martín Enríquez, de buena memoria, quedaron con solo el título, porque el conde nombró otros.

Envío a Huánuco y aun a todas las ciudades los vecinos viniesen con sus armas y caballos, de las cuales vinieron de muy buena gana; pero como se tardó más de ochenta días que no pareció en la costa el enemigo, burlaban en Palacio y fuera de él del pobre Verdugo. Ya no había quien le quisiese dar de comer, si no era el licenciado Ulloa, a quien siempre le pareció ser verdadero el aviso. Los demás decían que alcatraces eran los que habían visto y no navíos.

El enemigo, del largo viaje traía sus navíos destrozados; dióles lado en la bahía Salada, entre Caquimbo y Copiapó, en la costa de Chile, donde el capitán Francisco Draque dio al suyo e hizo su lancha; detenerse en esto fue causa no se mostrase en la costa, donde en las partes convenientes había sus atalayas.

No sabiendo nueva del enemigo, en este tiempo (éralo de enviar la plata a Tierra Firme, así la de Su Majestad como de particulares), en¹ dos navíos que había gruesos en el puerto, de Su Majestad y de armada, cargan toda la plata con la artillería en los navíos; despáchalos a Tierra Firme; despachados, y cerca ya de aquel reino, segunda la nueva que el enemigo había parecido sobre Arica, donde no atreviéndose ni a surgir, siguió su camino la costa en la mano, buscando leña, agua y mantenimientos, que ya le faltaban, pero en ningún puerto se atrevía a saltar en tierra para buscarlo; llegó al puerto de Pisco, adonde la villa de Ica y el corregimiento, con la gente que en él había, y en los valles comarcanos, había venido; tampoco aquí se atrevió a saltar en tierra. El conde del Villar ya había proveído lo necesario en el puerto, donde había más de 600 infantes y más de 200 hombres de a caballo, con muy buenas ganas de venir a las manos con el enemigo; empero no teníamos navíos gruesos para buscarle o seguir, ni artillería gruesa.

Nombró el visorrey por general a su hijo don Jerónimo de Torres, de veintitrés o veinticuatro años, caballero de

(1) En blanco en el ms.

(2) Tachado: aviso.

(1) En el ms., y en.

grandes esperanzas. A la sazón yo vivía en el convento de Los Reyes, y pidiendo licencia al provincial me fui con un compañero al nuestro del Callao, donde vi todo lo que pasaba, y con ánimo, si se siguiera al enemigo, de embarcarme con los nuestros.

Una tarde, pues, tócase un arma a mucha prisa, que el enemigo se había descubierto con sus navíos y parecía traía su derrota de entrar en el puerto entre la isla y la tierra firme, lo cual no le pasó por el pensamiento; toda la gente de guerra salió a la plaza y estuvo en escuadrón; empero el luterano siguió su viaje el mar abajo, por detrás de la isla, de donde las atalayas le vieron muy claro, y pasando con su viaje, luego las atalayas vinieron diciendo el enemigo había pasado. Con esto se deshizo el escuadrón; ya no era necesario. Sabido por el general de las dos galeras, Pedro de Arana, el enemigo haber pasado, hizo un chasqui que en menos de media hora llegaba al Visorrey a la ciudad, como el mismo general Pedro de Arana, acabando de despachar, me lo vino a decir, avisando al conde cómo el enemigo era pasado, y que agua arriba irle a buscar, teniendo el barlovento, no convenía, como se había hecho; pero ya habiendo pasado, iba perdido; que su excelencia le diese licencia para salir en pos de él, con sus dos galeras, que él se lo traería ajorro al puerto, y si no, le cortase la cabeza, porque el enemigo buscaba dónde tomar agua y leña, y ésta no la podía tomar sino en el puerto de Guarmey, donde necesariamente le había de hallar, 40 leguas del puerto del Callao, y allí con sus dos galeras le maniataría; yo le pregunté si las galeras estaban con el aderezo necesario, y respondióme: "La grande puede ir de aquí a México y volver; la pequeña (era vieja) hasta Paita". El conde, recibido este despacho, mandóle no se moviese hasta ver mandato suyo, el cual nunca llegó, y es cierto si sale el general Pedro de Arana con las galeras, hállele en Guarmey, como lo había imaginado; allí surgió el enemigo y tomó agua y leña sin que nadie se lo estorbase. Luego otro día que pasó el

enemigo tratan de enviar dos navíos, los mayores que había en el puerto, tras él; mas como no había artillería ni municiones, cesó todo. El luterano siguió desde Guarmey su viaje, y prosiguiendo la costa, más abajo de Trujillo se encuentra con uno o dos navíos que de los valles venían para Lima cargados de azúcar, sebo, corambre y otras cosas; desbalijólos y dejó a sus dueños perdidos. En este mismo paraje, sobre el puerto de Zaña, llegó un navío llamado la *Anunciata*, cargado con más de 200.000 pesos de mercaderías, que venía de Tierra Firme para el puerto de la ciudad de Los Reyes, y el piloto y pasajeros, deseosos de saber nuevas del Perú, no conociendo al navío enemigo, arribaron sobre él, el cual les disparó muy cerca una pieza de artillería, diciendo: "Amaina, por la reina de Inglaterra"; y como se iban llegando y oyeron las voces que amainasen, viéndose en un peligro tan grande, amainando las velas ya al medio de los mástiles se encomendaron muy de veras a Nuestra Señora del Rosario, la cual les hizo merced que sucedió una refriega de viento, embarazó las del navío luterano y las del navío católico pareció que las había alzado arriba, y en dos palabras se vieron libres de aquel peligro; el navío enemigo a sotavento y el nuestro poniéndose a la bolina prosiguió su viaje y en breve tiempo llegó al puerto de la ciudad de Los Reyes, en el cual a uno de los pasajeros oí lo referido, y los demás decían lo mismo, dando gracias a Nuestro Señor, que por intercesión de su Santísima Madre les había librado.

Con el despojo de los dos navíos dichos, que le fue no de poco momento, pasó adelante y llegó a la isla de Puna, donde descargó sus navíos y dio lado. Aquí tuvo una refriega con los vecinos de Guayaquil, donde le mataron 15 ó 16 hombres y quemaron parte de la jarcia, y si fueran hombres de guerra, o tuvieran capitán experto, le quemaran los navíos; pero como éste venía por azole para los mexicanos, contentáronse los nuestros con este pequeño efecto, como los vecinos de Santiago de Chile, que sabiendo había llegado un poco más arriba del puerto, salieron contra él, y

con la gente que había echado en tierra pelearon; matáronle otros 16 ó 18 hombres, sin salir ni herido uno de los nuestros; prendieron tres o cuatro, los cuales si, como se trató aquella noche, se quedaran emboscados, les mataran muchos más, porque hubo quien dijo al corregidor, que era el capitán: "Señor, quedémonos emboscados esta noche, que los enemigos han de salir a enterrar sus muertos y a tomar aguas, y daremosles otra bativa arma, mayormente que ni de día ni de noche la artillería no nos puede hacer daño"; no se recibió este consejo, y sucedió así, que los enemigos salieron en tierra y enterraron los muertos, y en la arena, por no atreverse a ir al río, temiendo daño, hicieron hoyos para sacar algún agua medio salobre. El capitán contentóse con lo hecho y no quiso pasar una mala noche.

Salíó este pirata de la Puna; siguió su camino hasta el puerto de la Navidad, en la costa de México, delante de Guatulco, donde vienen a reconocer los navíos de la China; allí vió uno muy grande; dicen traía oro de mercadería; como venía desendizado, sin armas, facilísimamente le rindió, y dejando azotado al reino de México, volvióse a su tierra con mucha más hacienda que llevó Francisco Draque.

Después de esto, pasado casi año y medio, no sé qué se les antojó a los del Callao, o alguno de ellos, que a las diez de la noche había visto un farol cerca de la isla, por sotavento de ella; tocan arma en el Callao; despachan al conde a poco menos de media noche; tocan arma en la ciudad; alborótase toda. El general de los navíos de la armada que estaba en el puerto, sin orden del visorrey levanta anclas y parte con sus dos navíos en busca del farol, y así se lo escribió al visorrey. El visorrey, a las tres de la madrugada parte de la ciudad para el puerto con lo mejor de ella, dejando echado bando que todo el pueblo le siguiese. A la sazón yo era prior de nuestro convento de Los Reyes; fuíme al puerto; llegué ya que era amanecido, y al conde ofre-

cíle 80 religiosos, si fuesen necesarios, para seguir al enemigo o defender el puerto, que ni pasasen de cincuenta años ni bajasen de veinticinco; agradeciéndome mucho, y dijo: "Con tan buen socorro no hay que temer, aunque toda Inglaterra venga; y cumpliera mi palabra, porque vivíamos en el convento 120 religiosos; de otras religiones no sé que saliese nadie.

Quiso Dios, y no fue nada, ni tal farol hubo, sino que al que hacía la guardia aquella hora, un planeta se ponía al Poniente un poco más encendido que otras veces, y parecióle farol, o los ojos los debía tener encendidos, y alborotó el puerto y la ciudad, y al buen viejo conde del Villar hízole llevar una mala noche en peso, que no durmió en ella ni media hora.

Antes de esto, estando el conde en el Callao, habiendo despachado la armada con la plata para Tierra Firme, sucedió un temblor de tierra muy grande que arruinó muchas casas en el Callao, y en la ciudad hizo lo mismo; fue uno de los mayores que se han visto en este Perú, y tras él en el Callao se siguió retirarse el mar y luego volver con tanta vehemencia e ímpetu, que saliendo de madre anegó muchas casas y derribó, y el conde, que estaba a la sazón, como hemos dicho, en el puerto, corrió mucho riesgo de la vida, porque las casas donde posaba, que eran de Fulano Trujillo, dieron consigo en el suelo, y el mar llegó y entró por ellas, y si no fuera por buena diligencia, y principalmente porque Nuestro Señor le quiso guardar, allí pereciera, porque en acabando de salir huyendo de lo uno y de lo otro, la escalera y lo alto dió consigo en el suelo.

Gobernó muy bien, poco más de cuatro años, aunque sus continuas enfermedades no le daban tanto lugar; tenía muy entero el entendimiento, con ser muy viejo; a sus importunaciones, el rey nuestro señor le dio licencia para dejar el cargo; fuése a España, y como era viejo en breve tiempo acabó sus días en buena vejez.

CAPITULO XLIX

Su Majestad provee a don García de Mendoza por visorrey de estos reinos.

El conde del Villar, viéndose enfermo, cargado de años y cuidados del gobierno de este Perú, con cartas suplicaba a Su Majestad le librase de tan pesada carga; libróle de ella y dióla a don García de Mendoza, hijo del gran limosnero y amigo de pobres marqués de Cañete, de feliz memoria, visorrey que fue de estos reinos, el cual vino con su padre, ya conocido en toda esta tierra, y desde su tierna edad dio muestras de lo mucho que había de ser y valer, y aunque cuando llegó a estas partes no había heredado el marquesado, y gobernando aquí lo heredó, siempre le llamaremos marqués de Cañete. La nueva de su proveimiento causó mucha alegría en los ánimos de cuantos vivíamos en estas regiones, porque se entendió había de ser para gran bien de ellas (como lo fue), siguiendo las pisadas de su padre. Con próspero viaje llegó a Tierra Firme, y de allí pasó al puerto del Callao; no quiso desembarcarse en tierra, ni venir por ella, por ahorrar de gastos a los indios y a los españoles. Trajo consigo a la ilustrísima señora doña Teresa de Castro y de la Cueva, su esposa, señora de grandes virtudes, gran cristiana, de quien en breve no se puede tratar, dejándolo para otra ocasión, y a don Beltrán de la Cueva, su cuñado, caballero de admirables y grandes virtudes, que les son como naturales a la sangre de donde descenden. Fue recibido el marqués solemnísimamente con mucho aplauso y gasto de los vecinos, estantes y habitantes; halló en la ciudad al conde del Villar, a quien trató con la cortesía y respeto que se le debía, y el conde hizo lo mismo como nobilísimo y generosísimo caballero. Quitó luego algunos gastos excesivos que se hacían en el puerto del Callao de la hacienda de Su Majestad. Certificáronme eran más de 300.000 pesos cada año; trató de hacer las casas reales; hízolas muy buenas y estrados para la Audiencia, sin llegar a quinto ni a otra hacienda de Su Majestad, sino mandando

aplicar condenaciones. Halló la ciudad un poco hambrienta; en el tiempo que gobernó, casi seis años, siempre la tuvo muy abastecida de pan y de lo necesario. Tuvo ánimo y valor para hacer lo que ninguno de sus antecesores, desde don Francisco de Toledo acá, se atrevió a hacer, ni el mismo don Francisco de Toledo con ser tan temido, que fue asentar las alcabalas; mandábaselo así Su Majestad expresamente. Oí decir a un criado suyo, y fidedigno, que muchas noches se le pasaban en blanco, no pudiendo dormir, antes que las pregonase, buscando unos y otros medios cómo sin riesgo del reino se asentasen, y viendo las dificultades que se le ofrecían, todo era suspirar. Por una parte, temía alguna rebelión; por otra, si no lo hacía, perdía mucho de su crédito con Su Majestad, que le mandaba con los mejores medios que pudiese las asentase, y no las dejase de asentar; finalmente, dióse tan buena maña, que las publicó, asentó e hizo recibir, y aunque se temió algún escándalo, no en la ciudad de Los Reyes, sino en las demás del reino, fue Nuestro Señor servido se aceptasen como justísimo derecho debido a Su Majestad, y no se paga sino dos y medio por ciento.

CAPITULO L

Quito no quiere recibir las alcabalas, y medio se rebela.

Entre todas las ciudades de estos reinos, sólo la de Quito no quiso acudir a lo que al servicio de su rey debía, en la cual no sé cuántos criollos (así llamamos a los acá nacidos) de poco juicio, particularmente al que tomaban por cabeza, un muchacho de treinta años, de poca cordura y menos experiencia, que no sabía limpiarse las narices, encomendero y de buena renta y bastante hacienda, casado, hijo del contador Francisco Ruiz, a quien conocí, conquistador y gran servidor de Su Majestad en la tiranía de Gonzalo Pizarro. Estos, con otros nacidos en España, no quisieron recibirlas y casi se pusieron en arma, a los cuales la Audiencia Real no

fue poderosa para refrenarlos, no sé si por faltar el ánimo al presidente, doctor Barros, y a los demás oidores, o por otros respetos de atraerlos por bien.

Tuvieron éstos más que necios hombres por muchos días nombrados sus oficiales de guerra, y cada día su escuadrón en la plaza de 1.800 hombres, los más, arcabuceros.

El que los bandeaba, y por cuyo consejo particularmente se regían, *era* un Fulano Vellido, hombre bajo y atrevido, muy adulado, lo cual le sacó de juicio a ser el autor de este disparate; empero, viendo la Audiencia que el todo de éste dependía, dio orden como en secreto, en una rescña que ellos hacían, le matasen, en la cual le dieron dos arcabuzazos, de que murió en su cama, sin saber los demás quién se los dio. Era cosa de muchachos y como muchachos se perdieron.

El marqués, con cartas y mensajeros y con todos los buenos medios posibles, prudentes y amigables, les rogaba se quitasen y no quisiesen ir contra el servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, y no se señalasen ellos solos, habiendo el Cuzco, la ciudad de La Plata y Potosí, con las demás del reino, admitido las alcabalas, enviándoles testimonio de todo; y no aprovechando cosa alguna, antes cada día se iban desvergonzando más, determinó el marqués enviar allá, con título de capitán general y justicia mayor, al general de las galeras, Pedro de Arana, con 50 lanzas y arcabuces, el cual partiendo del puerto y llegando a Guayaquil, de donde sacó alguna más, convocó también de la ciudad de Cuenca otra poca, y con toda ella se puso a 25 leguas de Quito, en el pueblo de Riobamba, amonestándoles se redujesen al servicio del rey, deshiciesen la gente, no saliesen cada día en alarde a la plaza y despidiesen los oficiales de guerra que tenían nombrados, y a la Audiencia dejasen libremente hacer justicia, no teniéndola oprimida; pero todo era cantar a sordos, porque a un regidor de Quito, llamado Francisco o Pedro de Arcos, enviaron a un pueblo llamado Llaclacunga, 12 leguas de la ciudad, hombre de más de ochenta años, a hacer pólvora, que es la me-

jor del mundo (son los materiales bonisimos), el cual, llegando, quitó la vara al corregidor del rey, puso otro en su lugar, hizo su pólvora, y desde allí enviaba cartas de desafío al general Pedro de Arana, diciéndole se volviese, y si no quería, que ya ambos eran viejos y podían vivir poco, que los dos en campo averiguasen la justicia de este negocio; mas el general disimulaba y reía-se de la locura del regidor; este buen buen hombre escribió también a los de Quito le enviasen 200 arcabuceros, que él echaría de la tierra al general Arana, aunque con otras palabras, llamándole vejezuelo: los de Quito no se atrevieron, o por no acabarse de declarar o por otros respetos. Si lo hacen, se declararían totalmente, y, declarados, teníamos la guerra civil en casa.

Mas el general Pedro de Arana fue madurando y esperando, y cansándolos, con mucha prudencia, hasta que vinieron a deshacer la gente y a no salir, ni estar en escuadrón en la plaza, en el cual, si no eran algunos vecinos viejos, los oficiales de la Audiencia y los del Santo Oficio, todos los demás entraban en el escuadrón cada día, y el comisario de la Inquisición con sus ministros, uno de los cuales es hermano mío, que sirve el oficio de notario, salió de la ciudad y fue hasta Riobamba, donde estaba el general Arana, a ofrecerse a todo lo que les mandase, como servidores de Su Majestad; recibiólos muy bien y mandólos se volviesen a la ciudad para que le avisasen de lo que pasaba. Así, deteniéndose y madurando las cosas con mucha prudencia, el mismo que había de ser cabeza, Juan de la Vega, se le vino a rendir y a excusar; mandóle también, con otros no sé cuántos mozos que con él vinieron, se volviesen y quitasen; volviéronse y quitáronse; ya no había estruendo de armas en la ciudad, en la cual fácilmente entró; puso en libertad a la Audiencia, su gente apercebida en la plaza; hacíansele las ceremonias de guerra que se suelen hacer a los generales cada día; prendió, procedió contra los culpables; a los que pudo tener a las manos ahorcó, y entre ellos al vejezuelo Arcos, dándole por traidor, derribándole su casa y arándola-

sela de sal; fueron 24 ó 25 los que ajustició, y ajusticiara a más si el marqués no le fuera de la mano, teniendo y usando de misericordia con los presos; a Juan de la Vega no le pudo haber; vínose a escondidas a la ciudad de Los Reyes; confiscóle los bienes y diólos por perdidos; quitóle la encomienda de los indios, perdió su casa, hacienda y el nombre que su padre había ganado. El marqués¹ no supo estaba en Lima escondido; los que le tenían escondido² dieron orden cómo se fuese a España y presentase delante de Su Majestad el Rey nuestro señor, o de su Consejo Real de Indias, que teniendo atención a los servicios de su padre, que por ser conquistador y servidor del rey en la tiranía de Gonzalo Pizarro le quitó los indios y sus haciendas, y le hizo ir huyendo a México, le perdonaría; mas el miserable de su hijo, por querer ser traidorcillo, perdió cuanto le dejó su padre; argumento eficaz que confirmó aquella verdad: "No gozarán los terceros herederos los bienes mal ganados". No sabemos si Su Majestad ha usado con él de su acostumbrada clemencia. Los religiosos de las Ordenes mostraron lo que debían en servicio de Dios Nuestro Señor y de su rey, si no fue uno, a quien sus pecados castigaron rigurosamente con justicia.

Los nuestros, entre los demás, cuando tenía esta desbaratada canalla a los oidores como presos y oprimidos, sin consentir se les diese de comer, rompiendo por el escuadrón entraban en las casas reales y les llevaban la comida en las mangas de los vestidos. Si estos traidorcillos se declararan de todo punto, mucho era el riesgo que se corría de perderse el reino, porque ni por mar ni por tierra les podían hacer daño; tiene pasos fortísimos aquella provincia para entrar en ella, los cuales ocupados no dejaban entrar un pájaro, y de asentadero pueden derribar a los que contra ellos fuesen, y mientras más fueran, más perdidos; por lo cual ni el marqués ni el general Pedro de Arana tienen que atribuirse mocho en

esta pacificación, sino atribuirla toda a Nuestro Señor, como lo hicieron, y a las oraciones y disciplinas de todos los conventos de la ciudad de Los Reyes; soy testigo que en el nuestro todas las noches después de maitines había oración común, y en la casa de novicios tres días en la semana también disciplina y oración común, sin la que había en la iglesia de los padres sacerdotes, que en ella se quedaban en oración particular, y después andaba la disciplina, todos suplicando a Nuestro Señor no nos castigase con guerra civil. Nuestro Señor dio la paz, que no se esperaba por manos solas de hombres poderse alcanzar.

Lo mismo se hacía en los demás monasterios; yo escribo lo que en el nuestro vi, y fue la Majestad de Dios servida se apagase aquella centella, por hacernos a todos merced. Ganada esta paz, llana la ciudad, castigadas las cabezas y otros que se habían desvergonzadamente señalado, el visorrey proveyó por corregidor y con título de capitán general a don Diego de Portugal, caballero muy conocido y de partes muy necesarias para aquella ciudad, mandando se viniese el general Pedro de Arana a la ciudad de Los Reyes para hacerle merced, en nombre de Su Majestad, por sus servicios. El cual llegando al Callao por mar, donde el marqués estaba despachando contra un inglés, como luego diremos, que ojalá llegara un mes antes, le recibió muy bien y le dio 6.000 pesos de renta por dos vidas; empero, como era muy viejo, gozólos poco: dentro de breves meses murió. Otras sombras de rebelión hubo en el Cuzco, de gente muy baja, que es asco tratar sus oficios ni ponerlos en historia: un botijero y un no sé qué más, pagaron su desvergüenza en la horca, porque otro lugar mejor no merecían.

CAPITULO LI

El marqués tiene aviso de Chile que un pirata inglés ha llegado a aquella costa.

Acabado con tan buen suceso lo que de Quito se temía, desde a pocos meses

(1) Tachado: *sabiendo*.

(2) Tachado: *dió*.

tuvo el marqués aviso por un navío, despachado del puerto de Valparaíso de Chile, que un pirata luterano inglés había, sin ser descubierto en otra parte de toda aquella costa, entrado en él con un solo navío¹ de 300 toneladas, muy fuerte y bien artillado, y una lancha, y como entró de repente habíase hecho señor de los navíos, donde halló matalotaje bastante de vino, tocino, bizcocho y otras cosas, y luego puso bandera de paz y de rescate; rescatáronse los navíos, aunque dicen Su Majestad tiene mandado no se haga; mas entonces fue necesario, porque si no se rescataran los quemara, y no se avisara de Chile su entrada, como se avisó; porque en anocheciendo, un navío alzó anclas y velas, y cogió la delantera al enemigo y vino a dar el aviso con tiempo.

Cuando el pirata llegó al puerto de Valparaíso, en uno de los navíos estaba su piloto y maestre, llamado Alonso Bueno, casado en la ciudad de Los Reyes, el cual al general del navío dijo (era hombre noble y confiado): "Bien sé que me has de matar; en la ciudad de Los Reyes tengo mujer e hijos y hacienda, y debo y me deben; dame licencia para hacer una memoria que sirva como de testamento para enviársela a mi mujer y descargar mi ánima, y sepa lo que le queda a ella y a sus hijos". El pirata se lo comedió, porque no le quiso rescatar, tomándole por piloto para toda esta costa y la de México. Alonso Bueno, con esta licencia, tomó tinta y papel, y escribe al marqués dándole aviso del navío del enemigo, cuán grande, cuán fornido, qué gente y qué piezas de artillería traía, y cómo le llevaba por fuerza por piloto de toda esta costa; pero que él le llevaría poco a poco y le metería en el Callao; que tuviese dos navíos gruesos a la punta de la isla, para que no se pudiese huir, y a dos bergantines fuera de la isla al barlovento de ella, que en viendo el navío enemigo huyesen para que el enemigo los siguiese y se metiese en el puerto, y se lo ponía en las manos como lo venía haciendo. Este aviso lo dio secretamente en el puerto de Valparaíso

so al capitán Ramir Yáñez de Saravia, vecino de la ciudad de Santiago, que allí había venido con gente, entraba y salía en el navío enemigo, para que con la brevedad posible en uno de los navíos rescatados, en siendo de noche, lo despachase al visorrey del Perú, lo cual así se hizo, y el general del navío inglés no le pidió el testamento, creyéndole; si se lo pidiera antes de darlo, luego ahorcara a Alonso Bueno. Recíbese el aviso, y despáchase el navío, y fue Nuestro Señor servido que no le faltase viento y llegase muchos días antes que el enemigo. Todo lo cual, sabido por el visorrey, no le temió, antes se alegró, por esperar en Nuestro Señor le había de haber a las manos. Luego nombró por general de dos galeones que había en el puerto, muy buenos, a su cuñado don Beltrán de la Cueva; por almirante, a don Alonso de Carvajal, caballero de hábito de Calatrava. Añadió otro navío grande y muy bueno, de quien señaló por capitán a ...¹ Manrique, y como aquel a cuyo cargo tenía el reino estaba apercebido de mucha munición, pólvora, balas rasas y de cadena, bombas de fuego, mucha y muy buena artillería, que se labra en la ciudad tan buena como en Alemania, piezas de cuarenta quintales y más; fuese al puerto, en siendo avisado el luterano había llegado a Arica, donde no se atrevió ni a surgir; dio prisa al buen aderezo de los navíos, y en la Almiranta nombró otro capitán a ...² de Pulgar, hombre experto en la guerra, como el capitán Manrique. Proveyó otras tres fragatas, que fuesen como busca ruido, y en ellas nombró sus capitanes: en la una, a ...³ García Gorvalán, cursado mucho en el mar, y para que si fuese necesario vinieran a dar aviso de lo que pasaba, hizo gente y la pagó; hubo muchos hidalgos y caballeros que se ofrecieron, a su costa, ir sirviendo, y aun pagaron soldados, como fue Luis de la Serna, regidor de Los Reyes, que por ser viejo y enfermo no fue a servir en persona: envió cuatro soldados a su

(1) Tachado; y una lancha.

(1) En blanco en el ms.

(2) En blanco en el ms.

(3) En blanco en el ms.

costa; y otro vizcaíno ...⁴ Vergara, con otros dos y su persona hizo lo mismo, a quien el marqués lo agradeció mucho y alabó. Pidió religiosos en los monasterios; la obediencia me mandó fuese con un compañero, llamado fray Bernardino de Lárraga, y fuimos en la *Almirante*; en la *Capitana* iban dos padres de la Compañía, por respecto del padre Hernando de Mendoza, hermano del marqués y cuñado del general. En el otro navío, llamadlo *San Joanillo*, y por otro nombre *Nuestra Señora del Rosario*, dos religiosos de Nuestra Señora de las Mercedes; iban en nuestro navío, pagados, casi 80 soldados y más de 30 hijosdalgo y caballeros a su costa; en la *Capitana*, otros tantos y más, y con el capitán Manrique, fuera de los soldados, otros amigos suyos, hombres de vergüenza, y entre ellos el capitán Baptista Gallinato. Aprestarónse los navíos muy bastantemente, y seis o siete días antes que partiésemos llegó de Quito el general Pedro de Arana en la galizabra; capitán de ella, Juan Martínez de Leiva de Lizárraga, que después fue en demanda del enemigo, y llegado persuadía al marqués le diese licencia para ir en esta armada con su galizabra, navío menor que cualquiera de los tres, y hacía mucha agua. Al cual, diciéndole el marqués: "¿Cómo queréis ir, si la galizabra hace tanta agua que de tres a tres horas da a la bomba?", respondió graciosamente: "También, señor, un hombre orina de tres a tres horas y no se muere."

Pasó esto por donaire y no le dejaron ir.

CAPITULO LII

Parte la armada del puerto en busca del enemigo, aguas arriba.

Con tanto y buen recado los navíos, con tanta y buena gente, y mejores ganas de verse con el enemigo, nos hiximos a la vela una tarde, y antes el marqués visitó los navíos y prometió hacer mercedes a todos, animándolos a que

cada uno hiciese lo que debía, así al servicio de Nuestro Señor como de nuestro Rey.

Otro día salimos fuera de la isla y fuimos en busca del enemigo, que no sé si fue muy acertado, por tenernos cogido el luterano y ganado el barlovento, el cual en esta mar y en todas es la mayor parte de la victoria, y principalmente en esta nuestra costa; porque como los navíos no sean igualmente veleros, unos suben más, otros menos, que es unos son mejores de la bolina que otros, por lo cual no pueden ir en conserva como cuando navegan a popa ni se pueden socorrer los unos a los otros tan presto, y a veces es imposible socorrerse. Empero al marqués parecióle no era posible el enemigo írsenos de las manos, y pretendió tenerle rendido antes que al paraje de Lima llegase. Nuestra *Almirante* y el pataje donde iba el capitán García Gorvalán eran los mejores veleros, y por esta razón éramos los más delanteros. La orden que llevaba era ésta: que no nos desabrazásemos de la tierra de diez a doce leguas y que a las noches fuésemos la vuelta de la mar y de día viniésemos la vuelta de la tierra, que era lo cierto y conveniente. El marqués tenía por momentos chasquis por tierra, con aviso dónde llegaba el enemigo. La armada seguía su derrota en busca de él. Sucede, pues, que llega el enemigo a la playa de Chíncha, y luego fue de ello avisado el marqués, el cual despachó un barco de pescadores con orden que no parase hasta hallar a la armada, avisando al general dónde había llegado el corsario y que dos o tres días se había detenido en aquella playa. Alonso Bueno venía cumpliendo todo lo que había escrito. Sábado, pues, víspera de la Trinidad del año de 94, a la tarde, hallándonos un poco en alta mar, siete leguas más abajo de donde el enemigo estaba, llega el aviso del marqués a la *Capitana*. El general disparó luego una pieza de artillería; llegaron los dos navíos gruesos y patajes. No sé quién le aconsejó que mandase aquella noche le siguiesen, porque haría farol, y dio cuenta del aviso que tenía del marqués; hízose su mandado, y en lugar de ir la

(4) En blanco en el ms.

vuelta del mar, venimos la vuelta de tierra, con pocas velas y viento, y con unas olas muy hinchadas que daban muestra del mucho temporal que otro día habíamos de tener. Cuando amaneció y volvíamos la vuelta del mar, porque nos hallábamos no cinco leguas de tierra, descubrimos al enemigo al barlovento de nuestra armada, a lo que decían los pilotos cuatro leguas más arriba, el cual, como nos descubrió, preguntó a Alonso Bueno qué navíos eran aquellos. Respondióle: "Los grandes llevan mercaderías a Arica para Potosí; los pequeños son barcos que van por vino y trigo a los valles que dejamos atrás". Pero viendo que íbamos la vuelta de la mar, y como en su seguimiento, él también dejó de venir a popa vía, y viró la vuelta del mar a la bolina; el pataje donde iba el capitán Gorvalán hallóse más a barlovento que ninguna otra de nuestras velas y tiró tras él, y le ganó el barlovento; pero como era pataje, y sin gente ni artillería, no se atrevía a aferrar con el enemigo, y aunque aferrara era imposible nosotros favorecerle, digo la *Almirante*, que se halló más a barlovento que las demás velas; tras nosotros, y a sotavento, se seguía la nao del capitán Manrique; la *Capitana* se halló más metida en tierra y más a sotavento; visto al enemigo y su lancha delante de él, luego le comenzaron a seguir, tensando las velas todo lo posible para alcanzarle y pelear con él conforme la orden que del marqués se llevaba; más fue Nuestro Señor servido que cargó tanto el viento y con tanta furia, que la *Capitana* quebró el mástil mayor de gavia, y no pudiendo sufrir la fuerza del desgarrón arribó a popa al puerto; lo mismo hicieron los patajes. Es cierto que en mi vida ceñí espada y que viendo al enemigo y cuán lejos estaba de nosotros, y el viento que tomaba más fuerza, que ni me alboroté ni pareció habíamos de venir a las manos. Nuestra nao seguía al enemigo, y en pos de nosotros la del capitán Manrique, y tensando todo lo posible las bolinas, con la furia del viento rompíanse el boliche de la vela mayor de gavia, que para tomarle y coserle se pasaron más de dos horas, y como sin vela

mayor de gavia ni a bolina ni a popa salga ni navegue mucho el navío, en este tiempo el navío del capitán Manrique nos cogió el barlovento, y delante de nosotros iba navegando cuando con una ola muy grande da una cabezada el navío y hace pedazos la antena mayor, y no pudiendo navegar, ya nuestra vela de gavia estaba cosida, fácilmente le dejamos atrás y nunca más le vimos hasta el lunes, otro día a las diez horas. La *Almirante*, pues, sola iba siguiendo al Interano y ganándole tierra, el cual bien creyó habíamos de pelear; echó la barca fuera y alijó su navío limpiándole la cubierta; todo esto vimos, y ya que anocheció no estábamos media legua de él, pero en anocheciendo, cerrándose la noche, aunque seguimos un poco de tiempo nuestra derrota, viéndonos solos amaináronse las velas y con pocas y bajas íbamos la vuelta del mar; ya que amaneció, ni navío de amigo ni de enemigo veíamos. La culpa que tan mal nos sucediese y que un solo navío con una lancha se nos fuese no se ha de atribuir sino a la soberbia nuestra; por ventura nos parecía éramos poderosos contra toda Inglaterra. También la echamos al que dio el consejo que la víspera de la Trinidad, sábado, en la noche viniésemos la vuelta de tierra, porque es así cierto que si se hace y guarda la orden del marqués, y aunque no la diera se había de guardar, que de noche fuéramos la vuelta del mar, de día a la de tierra, cuando volviéramos, el domingo de la Trinidad, sobre tierra, hallábamos al enemigo sobre ella y a la armada a barlovento de él, y era imposible írsenos; a la mar ni se podía ir, porque se la teníamos ganada, pues había de abordar en tierra; eso queríamos, sino que debió imaginar quien dio el consejo que, como estábamos enmarados y no mucho, cuando llegó el aviso del marqués donde estaba el enemigo, si el bordo del mar lleváramos aquella noche, el enemigo pasara entre la tierra y nosotros, y por ventura, o no le viéramos a la mañana o no le alcanzáramos, y otra excusa no hay; también es cierto que si el capitán inglés fuera hombre de conocimiento de mar, muy

a su salvo pudiera cazar a popa contra la *Almiranta*, viéndola sola y sin quien la pudiera favorecer, y si esto hace, necesariamente habíamos de huir, porque no le habíamos de esperar con el lado descubierto a la bolina, para que en él asentara su artillería y nos echara a fondo. Nuestro navío era imposible poder disparar contra él, porque las escotillas de artillería estaban calafeteadas, y cuando no lo estuvieran, no nos podíamos aprovechar de ellas, por el barlovento, por no estar muy altas y no poderse hacer puntería; por el sotavento menos, por ir debajo del agua, sino que el enemigo, conociendo no le podíamos esperar, no quiso acometernos, y la mar andaba tan alta que ni los de barlovento ni los de sotavento se podían aprovechar de pieza ni de arcabuz, y, llegados a aferrar, mejores éramos que ellos.

CAPITULO LIII

Vuélvese la armada al puerto.

El almirante viéndose solo en alta mar, púsose mar al través para ver si algún navío de los nuestros parecía, y en particular el del capitán Manrique, el cual a hora de mediodía llegó donde estábamos, a quien el almirante mandó no se desabrazase de nuestro navío, y habido consejo pareció se debía ir al puerto en busca del general para seguir su orden, y no hallándole en el mar, cuatro leguas antes de entrar en el puerto, despachó el almirante a un criado suyo con el maestre del navío, llamado Andrés Gómez, dándole relación de lo que pasaba, y no entraría en el puerto hasta ver su mandamiento, porque no sabía del general; recibido este despacho, el marqués le mandó se volviese al puerto y dentro de tres días se aderezase y proveyese de todo lo necesario, y con título de general, con el navío del capitán Manrique, se partiese luego y siguiese al enemigo hasta Inglaterra, y la conducta de capitán general se la enviaría al puerto.

Con este recado nos volvimos al puerto, a donde aún no había entrado la *Capitana*, no poco tristes, porque a seis velas se nos había ido el enemigo; la culpa ya dije fueron nuestros pecados y soberbia, y el que aconsejó aquella noche viniésemos el bordo de tierra; no la tiene el general, porque no sabe de bordos de mar ni de tierra, ni marcar velas; sabe gobernar un ejército entero, sabe pelear y mandar pelear y sabe acudir a la sangre ilustrísima de donde descende. Porque pasó así: recibida por el almirante la respuesta del marqués, me enseñó la carta y le dije: "Señor, esto no habrá efecto, porque el general no desembarcará en tierra hasta verse con el enemigo y traerlo rendido o morir en la demanda, y cuando el marqués le quitare el cargo, irá por soldado, porque a su ser y honra no le conviene otra cosa; y así fue, porque surto en el puerto y sabido lo que el marqués proveía, no quiso salir del navío si no fue un domingo a oír misa y luego se volviese a embarcar y, finalmente, viendo el marqués que el general no quería dejar de ir en busca del enemigo con el oficio, o como soldado, le mandó seguir al luterano tomando la nao *Almiranta* por capitana, y a la galizabra por almiranta, en que se embarcase el almirante. El cual pareciéndole se le hacía agravio, porque la galizabra es navío pequeño y apenas cabían en él sus hijos, que llevaba dos mancebos de buenas esperanzas y pensamientos, como lo mostraron visto el enemigo, ni sus criados, pidió le diesen la *Capitana* en que meterse, la cual a su costa aderezaría, pues el daño no era tanto ni de tantos días, donde serviría como lo había hecho y habría lugar para su casa y criados y los demás hijosdalgo y caballeros que se le habían allegado; en esto se pasaron algunos días, pocos, y, no concediéndosele lo que pedía, pareció no satisfacía a su honra y se le agravaba (y si era agravio o no, no es de mí juzgarlo), se quedó y con él los caballeros e hijosdalgo que a su mesa sustentaba muy cumplidamente, y los religiosos que con él íbamos también nos quedamos.

CAPITULO LIV

El marqués despacha segunda vez en seguimiento del enemigo.

Excusándose don Alonso de Carvajal porque no le daban o su navío o la *Capitana*, como hemos dicho, el marqués nombró por almirante a Lorenzo de Heredia, hijodalgo, nacido en la ciudad de Huánuco, hombre de brío y buenas partes, dándole la galizabra, y en ella por capitán al mismo que la ha traído y nombramos arriba, gran enemigo de ingleses, sin temor alguno de ellos, por haberse visto muchas veces en el mar del Norte y peleado con ellos y haber hecho muchas y muy buenas suertes, que a esta sazón ya tenía dado lado a la galizabra y tomándole el agua, donde se metieron los soldados necesarios; el general, con la brevedad posible, con sólo dos navíos muy bien aderezados y con soldados pagados; de los demás caballeros hijodalgo que la primera vez a su costa fueron, pocos o ninguno nos admitió; partió del puerto del Callao y llegando a la playa de Trujillo halla allí al piloto Alonso Bueno, que unos dicen el enemigo le echó en tierra, otros que de noche se lanzó a la mar, y nadando se escapó; recibiólo el general en la *Capitana* y fuese con él; llegó al cabo de San Francisco o un poco más abajo antes que el enemigo atravesase para Tierra Firme; descubriéndolo la galizabra aferró con él, y la *Capitana*, queriendo darla favor, aferró también con la galizabra y la nao enemiga; peleó valientemente con los enemigos, de los cuales murieron más que los nuestros y desaferrándose pelearon, hasta que la noche los despartió, a cañonazos; los ingleses se espantaban viendo cuán buena era la artillería nuestra, porque les pasaban de claro en claro el navío.

Otro día, de mañana, tornan los nuestros a ver al enemigo (que fue necio, conociendo la ventaja de nuestra parte, aquella noche no mudar derrota y escaparse); torna la galizabra aferrar con él y a pelear, pero desaferrándose la nao enemiga dispara una pieza de arti-

llería y da con el mástil mayor de nuestra galizabra en el agua; luego le tocó un clarín como cantando victoria; mas nuestro capitán, Leiva de Lizárraga, no por eso desmayó, y llegándosele el general le dijo se recogiese a un puerto allí cercano para repararse; respondió no tenía necesidad, porque con medio mástil seguiría al enemigo y le rendiría, y replicándole el general que con qué velas, dijo: "De las orejas mías haré velas para seguirle". Llegó la noche y despartieron. Al otro día de mañana tornan a ver al enemigo, al cual ya faltaba la gente, porque viendo los nuestros que las velas aquella noche no las habían renovado ni cosido, que estaban hechas arneros de las balas de nuestra artillería, conocieron que ya no tenía gente y le habían muerto mucha; con esto se van nuestros navíos para el enemigo, y quiso Dios que disparando la galizabra una pieza da en la triza de la vela mayor y échala en el suelo; de la *Capitana* se dispara otra, que se llevó tres o cuatro soldados, aperebidos para en aferrando ponerse fuego y quemarse a ellos y a los nuestros. Entonces el corsario inglés levantó una banderilla en que confesó rendirse; entraron los nuestros dentro, saquearon lo que pudieron y alegres con la victoria, preso y rendido el enemigo, fuese a Tierra Firme al puerto de Panamá, a donde rehizo las quiebras de los navíos. Sucedió esta victoria el día de Nuestra Señora de la Visitación, 2 de julio del año de 94, como dijimos; luego despachó el general un caballero de los criados del marqués con la nueva de la victoria; llegó a Los Reyes en breve, porque saltando en tierra y caminando de día y de noche, mudando caballos, fue en menos de veinticinco días, a las diez de la noche. El marqués a aquella hora avisó a la iglesia mayor y monasterios repicasen las campanas, y saliendo de su casa, acompañado de toda la ciudad, a caballo, anduvo las estaciones por los monasterios dando gracias a Nuestro Señor por la victoria y tan a poca costa de los nuestros.

Todo lo referido vi en una carta que el padre presentado, fray Tomás de Heredia, me escribió, sacada de otra que

su hermano, el almirante Lorenzo de Heredia, le escribió de Tierra Firme.

Gobernó el marqués seis años estos reinos sin que le sucediese cosa mal en que pusiesen las manos, enviando cada año mucha plata a Su Majestad, más que ningún virrey antecesor suyo, porque sacó mucha de la composición de las tierras y heredades que los españoles poseían, para que se les quedasen fijas y perpétuas, sin que desde entonces hubiese pleito sobre ellas; vendió otras muchas que estaban yermas por no haber heredero alguno, particularmente en los Llanos. La ciudad de Los Reyes estuvo abundantísima de pan y demás mantenimientos, y las cosas todas puestas en mucho orden y concierto, sin que en todos estos seis años sucediese en el reino disparate digno de memoria, si no fue el de Quito, que largamente hemos referido. A su importunación Su Majestad le hizo merced mandarle ir a su marquesado, porque estando acá le heredó, dejando en el gobierno de este reino al visorrey don Luis de Velasco, caballero del hábito de Santiago, que gobernaba los reinos de México, el cual ahora con mucha rectitud y cristiandad nos gobierna.

CAPÍTULO LV

*De la jornada y descubrimiento
que hizo el adelantado Alvaro
de Mendaña.*

Aunque arriba brevemente tratamos del descubrimiento primero que hizo Alvaro de Mendaña, gobernando los reinos del Perú el licenciado Castro, y el segundo, de que ahora trataremos, gobernando don García de Mendoza, marqués de Cañete; después hube a mis manos una relación larga de lo sucedido en este segundo viaje, la cual abreviaré todo lo posible. Dos años, poco más o menos, antes que don García de Mendoza, marqués de Cañete, acabase de gobernar, despachó por orden de Su Majestad el Rey Filipo Segundo, que goza del cielo (aunque contra su voluntad), a Alvaro de Mendaña con dos

navíos grandes y una galeota y fragata, a que volviese a descubrir y poblar las islas que antes había descubierto, que llamaron de Salomón, y a una muy grande que pusieron por nombre Guadalcanal. Llevaba el adelantado por almirante a Lope de la Vega, y por capitán de la gente que se hizo en Lima a don Lorenzo, su cuñado, y por maestro de campo a Merino. Llevaba consigo casi 600 personas, soldados marineros, hombres casados y gente de servicio; muchos bastimentos, piezas de artillería y municiones bastantes; todos se embarcaron en el puerto de Zaña, y porque allí no hubo cómodo para hacer aguada, bajaron a Paita, donde la hicieron, y hecha, siguieron su derrota procurando ponerse en el altura del Callao, en doce grados de esta parte acá de la línea y polo Antártico, y dentro de treinta y ocho días que partieron de Paita, antes que anocheciese descubrieron una isla, al parecer, quince leguas de donde se hallaron. Fue grande la alegría que todos recibieron, y al amanecer se hallaron como cinco leguas de ella y el mar cubierto de canoas pequeñas y mayores de que se aprovechan los indios; ¹ llegaron cerca de ellos, que hacían mucha algazara y muestras de espanto, los cuales, llegándose a los navíos, y particularmente a la galeota, entraron muchos tan crecidos y dispuestos, aunque desnudos, que les parecían gigantes; pretendieron tomar la galeota, mas los soldados que iban dentro fácilmente los rebatieron y echaron fuera; también quisieron entrar en los navíos grandes y se les consintió en la *Capitana*. Entraron admirados de ver gente vestida y en navíos tan grandes; sucedió allí que un uno de estos naturales tomó un perrillo de falda en las manos, y luego, como que jugaba con él, se lanzó al mar, zambulléndose debajo del agua y salió más de dos tiros de arcabuz adelante con el perrillo en la mano, y se embarcó en una canoa de las suyas; desde allí este indio, con otros muchos en sus canoas, hacían señas a los nuestros que fuesen a ellos, enseñándoles como con la mano otras islas.

(1) Tachado: y llegándose.

por donde se entendió que no eran todos de la que solamente hasta entonces se había descubierto; empero, como la intención del adelantado fuese ver aquella isla y tomar puerto en ella, declinó el piloto sobre ella y descubrió una playa, al parecer, deleitosa, poblada de muchas casas, y cerca de ellas gran cantidad de platanales, palmas y otros árboles frutales. En esta playa se descubrió una ensenada con ríos y muchas casas y mayor concurso de gente que se ponían a defender el puerto, el cual no se tomó por ser el viento contrario, y visto no se podía tomar, el adelantado mandó disparar una pieza de artillería y arcabucería, que oído el trueno no paró natural en el mar ni en la costa, y como no se pudo surgir en este puerto prosiguieron adelante en demanda de otras tres islas que a diez o doce leguas se descubrían, una de ellas mayor que las otras. Otro día, al amanecer, se hallaron como dos leguas cerca de ella, de donde salieron muchas canoas con muchos indios también desnudos y entre ellas una muy grande, encima de la cual estaba armada una barbacoa en la cual cabían 70 hombres, sin los que iban remando por banda, y así como los pasados se admiraban de ver gente nueva, lo mismo hacían éstos; usan arco y flecha de palma y macanas y piedras, que tiran con tanta fuerza que doquiera que alcanzan no es necesario otro golpe; los navíos se fueron llegando para ver si se hallaba puerto; en unas ensenadas que se descubrían en esta isla había tres cordilleras muy alegres a la vista, muy verdes, y también se descubrían sabanas apacibles; no se pudo tomar puerto, y los navíos desembocaron por un estrecho que se hacía entre esta isla y otra, en lo más angosto de media legua, la una y otra playa muy poblada de caseríos y gente desnuda; los cabellos, en hombres y mujeres, tan largos que les llegaban a los pies.

Pasado este estrecho, que no tenía de largo legua y media, se determinó tomar puerto en la isla de mano izquierda, que parecía la mayor; los soldados, bien apercebidos para lo que se ofreciese; echóse a la mar un batel y

en él 25 soldados, y la galeota y fragata los fuesen haciendo espaldas para descubrir algún puerto conveniente; salió el maestro de campo L. Merino con ellos, a los cuales cercaron muchas de aquellas canoas, llegándose tan cerca que parecía les querían coger a manos; mas con los arcabuces los hicieron desviar, que no paró canoa ni indio delante; de esta suerte prosiguieron hasta llegar a tierra, y saltaron los soldados en ella sin haber quien les estorbase el paso y llegaron a ponerse debajo de un árbol muy grande que parecía a los que en el Perú llaman ceibas; los naturales que se habían acogido al monte, como en número de diez en diez salían dando unas carrerillas, y luego se sentaban, no atreviéndose a llegar a los nuestros; uno de estos gigantes se mostró más atrevido y llegó más cerca, lo cual visto por el maestro de campo se fue solo para él con su espada y daga en la cinta y llegando el indio tomó de la mano al maestro de campo y lo abrazó en señal de mucha amistad, y trayéndolo consigo el maestro de campo donde estaban dos soldados le hicieron muchas caricias y regalos, lo cual visto por los demás se llegaron a los nuestros, aunque con algún temor; mandó el maestro de campo no se hiciese ningún agravio. Algunos traían plátanos, cocos, palmitos y otras raíces no conocidas, con que se sustentan; muestra de oro ni plata no se halló. La disposición de los miembros es proporcional, más colorados que blancos; las mujeres también son desnudas, y algunas traen cubiertas sus vergüenzas con hojas de plátanos o cortezas de árboles; no tan dispuestas como los varones.

Porque aquí en esta playa no había puerto seguro para los navíos, se determinó que en la fragata se volbiesen 16 soldados y en el batel en que se salió a tierra se quedó el maese de campo con seis soldados y cuatro marineros, los cuales fueron costeano esta isla, y pasado como espacio de una hora descubrieron una ensenada y puerto muy seguro, con dos ríos y pueblo formado con cantidad de gente y muchos árbo-

(1) En blanco en el ms.

les frutales, limpio y de mucho fondo; saltaron en tierra el maese de campo y los soldados, y los marineros volvieron a dar aviso al adelantado del puerto y seguridad de él, con lo cual todos recibieron mucho contento; partido el batel, los naturales de la isla se llegaron a los pocos soldados que habían quedado, tocándoles las manos (por ventura para ver si eran de otro metal que las suyas), con no poco temor los nuestros por ser tan pocos. Empero, para atemorizarlos, el maese de campo mandó a un soldado, buenísimo arcabucero, llamado Andrés Díaz, tirase a un pajarito que revoloteaba en un árbol, el cual lo hizo y derribó, y los naturales, con gran admiración, lo tomaron en sus manos espantados del caso. Aquí los naturales determinaron matarlos, desenlazando los cabellos de la cabeza, que es señal entre ellos de acometer. Los nuestros, viéndolos de mal talante, se fueron recogiendo a una ramada junto a la playa a manera de tarazana, donde labraban los naturales una canoa muy grande, donde tuviesen las espaldas seguras, primero disparándoles los arcabuces, que hizo a los naturales huir, y los nuestros sin peligro ninguno se recogieron e hicieron fuertes; era ya tarde, y los nuestros, temerosos no les cogiese la noche en aquel puesto, por tener muy pocas municiones, fue Dios servido vieran entrar en el puerto la nao *Capitana* disparando la artillería, lo cual visto por los naturales se fueron todos al monte; luego llegaron los demás navíos, dando gracias a Nuestro Señor que les aparejó tan buen puerto. Amanecido, el adelantado mandó hacer aguada y que saliesen los que quisesen a tierra, los cuales todos casi salieron, y los sacerdotes, y se dijo misa, la cual todos oyeron con mucha devoción, y viendo los naturales no se les hacía mal ninguno se llegaban a los nuestros. Entre otras frutas se halló una en árboles grandes, tan grande como una naranja, muy verde en la corteza; cómese lo que está dentro de ella asada, que es blanca como manteca, y aunque había muchos árboles de éstos y con mucha fruta, en pocos días no se hallaba una. Además de esto se hallaron

en esta isla muchos plátanos, cocos, palmitos, cañas dulces y otras¹ frutas no conocidas de los nuestros; puercos de monte, el ombligo en el estómago; tortugas y gallinas; al fin de tres a cuatro días, los naturales les dieron un arma para echarlos de su tierra, y el mismo día, sosegado este alboroto, se vieron venir por una punta diez o doce canoas cargadas de gente caminando hacia la *Capitana*, y el adelantado, temiéndose de alguna desgracia o trato doble de los naturales, mandó a los soldados estuviesen a punto con sus arcabuces y al artillero cargase dos o tres pedreros. y, llegando a tiro, el adelantado mandó disparar uno de ellos, que, dando en las canoas, hizo mucho daño, y los que quedaron heridos y vivos se volvieron huyendo por donde habían venido. A esta sazón el batel que venía con agua los siguió y trajo las canoas a la *Capitana* con plátanos, cocos y otras frutas. Visto esto por los naturales huían de los nuestros².

CAPITULO LVI

[De cómo los nuestros llegaron a una isla poblada de negros y de las refriegas que con éstos hubo] (3).

Hecho esto, con toda la seguridad del mundo se hizo la aguada y leña, y pasados quince días después de llegados, los nuestros desampararon la isla y puerto. Salieron en demanda de las islas que en el primer viaje descubrió el adelantado. Otro día siguiente se descubrieron unas islas bajas de muchos arrecifes, y detrás de ellas tierras altas, con lo cual se alegró el adelantado, diciendo ser aquéllas las que buscaban; mandó al piloto arribase sobre ellas; por el mucho viento contrario, con mucho descontento de todos, prosiguieron adelante, consolándoles el adelantado y certificándoles que poco más adelante descubrirían muchas más islas, porque

(1) Tachado: cosas.

(2) Tachado: nosotros.

(3) Este y los tres capítulos siguientes no llevan epígrafe en el manuscrito.

de cinco grados a quince eran sin número. No fue cuerdo el adelantado en desamparar lo que Nuestro Señor le había dado, porque de allí se pudiera descubrir lo demás. En breves horas perdieron de vista estas islas y navegó muchos días sin ver tierra, mas veían gran cantidad de pájaros de la mar; desafiado de verla, navegando de diez a once y a doce grados se descubrió un farelloncillo redondo, no de media legua, con algunos arbolillos, despoblado, blanco con el estiércol de los pájaros; pensóse se hallaría alguna isla cerca, más salióles al revés su pensamiento, porque desde que desampararon las islas, en dos meses, poco menos, no encontraron con tierra, por lo cual toda la gente iba muy disgustada, perdidas las esperanzas de hallar otra ocasión como la pasada, faltos de mantenimientos y de agua, aunque Nuestro Señor proveyó de algunos aguaceros con que recogieron alguna. Pasados estos aguaceros hubo unas nieblas muy grandes y oscuras, por ocho o diez días; al fin de ellos se descubrió tierra. Salieron todos a verla como si vieran su salvación: era una isla muy larga, y a la una parte de ella se descubrió un volcán que de rato en rato lanzaba mucho fuego. Cuando llegaron a este paraje faltó la nao *Almiranta*, y preguntando a la galeota y fragata por ella respondieron no haberla visto después que la noche antes la vieron a sotavento de la *Capitana*, de la cual respuesta se entendió haber arribado a otras islas que en aquel rumbo se descubrían. La *Capitana* y fragata y galeota se arrimaron a tierra y descubrieron una ensenada grande de más de diez leguas, en cuyo medio estaba el volcán arriba dicho, y con buen viento entraron en ella, en la cual se descubrían grandes poblaciones. El adelantado mandó se arrimasen los navíos a tierra para tomar puerto antes que anocheciese; finalmente, entraron muy adentro de la ensenada y surgieron en 40 brazas, con gran admiración de los naturales y contento del adelantado y demás soldados, aunque no aparecer la *Almiranta* les ponía no poco temor no se hubiese perdido. Luego otro día, de mañana, el adelantado mandó al

capitán y piloto de la fragata fuese en busca de ella, y si dentro de cuatro días no la hallase se volviese; esperábase hubiese arribado a alguna de aquellas islas que de allí se parecían. Este mismo día acudieron a la *Capitana* muchos de los naturales, que todos son negros atezados, y otros como membrillos cochos, de cabellos largos, con sus armas, arcs y flechas; muchos de éstos eran potrosos y con encordios y llenos de sarna; entre ellos venía un negro que parecía ser rey, por el respeto que le tenían; el cual, así como entró en el navío, lo primero que dijo fue: "Capitán, capitán"; que admiró mucho, por oír nombre español en tierra tan remota. El adelantado mandó que todos delante de él estuviesen destocados, para que aquellos bárbaros entendiesen era el general de todos. Este negro se llegó al adelantado diciendo: "Capitán, capitán", muchas veces. "Malope capitán", y dándose en los pechos, por donde se entendió pedía al adelantado su nombre para trocar el suyo, porque como le respondió Mendaña, el negro hizo señas que él se llamaba Mendaña y el adelantado Malope. Hicieronles buen tratamiento, dándoles algunos juguetes y cosas de comer, las cuales por ninguna vía gustaron por más que fueron importunados. Pidieron por señas fuese alguno de los soldados con ellos a tierra, y ofreciéndose a ello uno de más de cincuenta años, a quien el adelantado dio licencia, quedando dos negros en rehenes, aquella misma tarde le volvieron al navío, porque no se atrevió a hacer noche con aquellos naturales; preguntósele qué le había parecido de la tierra: no supo dar razón de cosa alguna, porque apenas hubo saltado en ella cuando pidió le volviesen al navío. Dentro de dos días volvió la fragata no trayendo nueva alguna de la *Almiranta*, diciendo había descubierto unas islas bajas y con ellas un bajío muy grande, por el mismo rumbo que había llevado la *Almiranta*; por lo que luego se entendió era perdida, porque nunca más pareció. Fue mucho el sentimiento que en todos se hizo, por ir en ella casi la mitad de la gente. El adelantado determinó saltar a tierra y aguardar por ventura arri-

baría si no fuese perdida. Luego se echó el batel a la mar a traer agua y leña; entraron por un río arriba poco trecho, de donde desde el mismo batel se tomaba el agua dulce, la cual tomando salieron del monte muchos de aquellos negros disparando sus flechas con mucha algazara; los nuestros se retiraron, dos soldados malheridos: el uno de muerte; el otro quedó tuerto de un flechazo, por lo cual juró el maestre de campo que se lo habían de pagar con las septenas, y luego se determinó que aquella noche saltasen en tierra algunos soldados bien apercebidos y diesen al amanecer sobre un pueblo que desde allí se veía cerca, entre árboles, de que toda la tierra es muy poblada; hizose así, y siguiendo el maestre de campo por una senda lodosa, una cuesta arriba y como media legua de camino, se descubrió una centinela; un soldado pidió licencia al maestre de campo para derribarle, y alcanzada dio con él en el suelo, lo cual hecho entraron todos de tropel, que serían treinta soldados, por las casas, que parecían estar vacías de gente, porque la habitación de estos negros es entre suelos, cubierto el suelo con hojas de palma, y allí duermen y hacen su habitación; las casas son redondas, y por todas partes descubiertas; un soldado, mirando para arriba, metió una espada por el entresuelo, y los que en él estaban se alborotaron e hicieron mucho ruido, y el soldado dio voces diciendo se advirtiese había mucha gente; visto esto, el maestre de campo repartió por las casas cercanas los soldados para que se pudiesen socorrer los unos a los otros; de aquel bohío, donde se descubrió la gente de los entresuelos, por el agujero que hizo la espada del soldado se disparó una flecha e hirió a un soldado en un ojo, que no parecía sino un rasguño pequeño; empero murió dentro de veinticuatro horas, por donde se entiende que la punta de la flecha traía hierba. El maese de campo, enojado, mandó poner fuego a los bohíos, porque no se quisieron dar a paz, y los que salían huyendo del fuego peleaban defendiendo sus vidas valientemente. A las voces acudieron otros naturales con sus arinas y

pedras arrojadizas; más de dos horas pelearon con los nuestros, y viendo el maese de campo que se defendían mandó a los soldados que de tropel los acometiesen, lo cual apenas hecho los naturales se desgalgaron por aquellas cuevas abajo, dejando sus casas, en las cuales había poco más que nada; sacáronse cantidad de plátanos verdes, cocos, palmitos y doce puercos de monte que los perros que llevaban los soldados cogieron. Con esta rica presa se volvieron a la playa, donde hallaron algunos soldados y otra gente menuda que había desembarcado, así para socorrer si fuese necesario como para espaciarse. El maese de campo mandó hiciesen señas a la *Capitana* para que les enviase el batel y fuesen a dar cuenta de lo sucedido: la comida que se trajo se repartió entre soldados, marineros y demás gente. Aquí se determinó se fuese a buscar puerto más apacible, porque dentro de la ensenada se descubrían playas y tierras y muchas poblaciones, y la costa llena de naturales, lo cual se hizo yendo el adelantado en la galeota y el maese de campo; iban tan cerca de tierra que los naturales se querían entrar en la fragata, metiéndose en el mar hasta la cintura. Sondóse el puerto, hallóse limpio, dejóse una boya en lugar conveniente para que allí surgiese la *Capitana*, a quien se avisó y surgió donde había quedado la boya, teniendo muy cerca de allí un río caudaloso. Surta la nao *Capitana* y volviendo a ella el adelantado y maese de campo se entró en acuerdo de lo que se debía hacer, y salió acordado se saltase a tierra para ver lo que prometía de sí, y si fuese tal, poblar en ella. Los negros se metían en la mar casi hasta perder pie, de donde arrojaban las flechas hasta los navíos. El adelantado, viendo este atrevimiento, mandó saliesen algunos soldados con sus arcabuces para que los espantasen, y por capitán don Lorenzo, su cuñado, el cual, saltando en tierra y los negros huyendo, fue siguiendo el alcance, excediendo de lo que se le había mandado; lo cual visto, el maese de campo, llegándose a bordo de la fragata y galeota saltó en ella con gente para ir a socorrer al capitán don Lorenzo, temiendo los

naturales no le tuviesen armada alguna emboscada; saltó a tierra y fue a alcanzar al capitán don Lorenzo una legua de camino, junto a un río, adonde le reprendió ásperamente, el cual no respondió palabra, y todos tuvieron temor que de aquella reprensión sucediese alguna cosa en daño de todos, como después sucedió, y pareciendo al maese de campo ser muy bueno el puerto para fundar pueblo, avisó de ello al adelantado, a quien le pareció bien, porque de allí se podría tornar a buscar la *Almiranta*; desembarcóse la gente y el adelantado señaló los solares para hacer las casas, entretanto haciendo cada uno su ranchillo donde albergarse.

CAPITULO LVII

[De la muerte que el adelantado Mendaña hizo dar al maese de campo.]

Viendo los naturales que los españoles poblaban, al momento dejaban sus casas y lo poco que en ellas había. Visto por los nuestros, con mucha prisa fueron a ellas, pensando hallar algo de codicia, y no hallaron sino unos pocos cocos con que beben y algunas esportillas de palma con unas raíces en forma de bizcocho, que es su principal sustento; empero para los españoles es como ponzoña, porque en metiéndolas en la boca se cubría de ampollas, con una aspereza grande y desabrimiento, aunque la falta de comida general las hacía sabrosas; en todas las casas no se halló memoria de oro ni plata; sólo se aprovecharon para la nueva población de la madera; entre las casas de estos naturales había algunas grandes que parecían ser sus adoratorios; había pintadas algunas figuras de demonios, y lo que les ofrecían colgaban junto a ellas: cocos, palmitos, plátanos y otras cosas de comida. Al fin hízose el pueblo y cerróse de palizada para defenderse de los naturales, que por momentos los apretaban, hasta que se trajeron tres o cuatro piezas de artillería, con las cuales fácilmente los desperdigaban; en todo este tiempo el adelantado se estaba en

la *Capitana* sin salir a tierra sino de cuando en cuando a dar orden en lo que más convenía.

Los naturales, con todo eso, algunas veces inquietaban; otras, traían cañas dulces y frutas de la tierra.

En este pueblo, por ser la tierra muy cálida y húmeda, comenzaron a enfermar los españoles, que apenas enfermaba alguno que sanase; pero la mayor enfermedad fue la discordia que se encendió entre el adelantado y maese de campo, queriendo defender con palabras a un soldado que el adelantado trataba mal; Las palabras fueron decir que les bastaba a los pobres soldados sus trabajos, sin malos tratamientos y que el maese de campo en todas ocasiones había vuelto por el adelantado.

Después de cuatro o cinco días el adelantado salió a tierra con algunos marineros y pilotos, habiendo tratado con ellos de matar al maese de campo, y llegando a tierra se fue derecho a la casa del maese de campo con Juan Antonio y el capitán Juan Felipe, ambos corsos, y hallando al maese de campo que acababa de almorzar le dijo le quería hablar dos palabras; salió el maese de campo con el adelantado y llegaron a la playa, a donde razonando los dos, a cierta seña llegó Juan Antonio y con una daga le dio una puñalada en los pechos, y queriendo meter mano a su espada llegó el capitán Juan Felipe y con un alfange le cortó a cercén el brazo de la espada, y allí murió hecho pedazos. A las voces que dio una mujer de que mataban al maese de campo, salió Tomás de Ampuero diciendo: "¡Traidores! ¿A mí camarada?" Un cuñado del adelantado, con cinco o seis marineros dieron sobre él y a estocadas le mataron, lo cual hecho se alzó el estandarte real diciendo: "¡Viva el Rey y mueran los traidores!" Tomóse motivo fuera de lo dicho para estas muertes y otras, que el maese de campo preguntó a un piloto, llamado Jordán, que para volver al Perú, qué derrota se podría tomar. Llegó esto a oídos del adelantado y que Tomás de Ampuero había incitado a 40 ó 50 soldados hiciesen una petición para el adelantado pidiendo les cumplierse la palabra que les

dio en el Perú de llevarlos a la tierra que había primero descubierto. Aquel mismo día, a las cinco de la tarde, llegó el alférez Buitrago, del maese de campo, que había ido con 20 soldados a buscar de comer. Llegados, el adelantado, que los esperaba, como llegaban los desarmaba y mandaba poner en el cepo, y al pobre alférez Buitrago mandó echar unos grillos y llevar a la punta del río donde estaba el padre Serpa, y mandó le confesase; el cual, hincado de rodillas, porque dijo: “¿Qué he hecho yo que me quieren quitar la vida?”, llegó el sargento mayor, portugués, con un negro, un alfange en la mano, y dijo: “¡Dale!”. El cual negro le dio tal golpe en la cabeza que le derribó muerto a los pies del confesor, dejándole ensangrentada la sotana. La mujer del alférez, que oyó una gran voz de su marido, saliendo y viendo lo que pasaba, pedía justicia a Dios; mandáronla callar, so pena que se haría otro tanto en ella.

CAPITULO LVIII

[Donde se dice el fin que tuvieron Malope y el adelantado Mendaña.]

Los soldados que fueron con el alférez Buitrago a buscar la comida susodicha, porque no la hallaron adonde pensaban, que era en las casas de Malope, el que trocó el nombre con el adelantado, que en otro pueblo, a vista de donde estaban, la hallarían, partieron para allá, y llegando a un paso estrecho salieron a ellos muchos negros, flechándolos, y ellos se retiraron con buen orden, sacando los enemigos a lo llano, donde con los arcabuces hirieron y mataron muchos; los demás huyeron y los nuestros entraron en el pueblo, donde hallaron muy poca comida, y volviendo al pueblo donde dejaron a Malope, creyendo había sido lo sucedido traza suya, le mataron y a los demás, cuatro o cinco que con él estaban, lo cual sabido por el adelantado le pesó mucho de la muerte de Malope. Al cabo de cinco o seis días, dio al adelantado una calentura acompañada de gravísima tristeza,

de la cual murió dentro de siete u ocho días; murió también el padre Serpa, espantado de la muerte del alférez Buitrago, dentro de tres días que sucedió, recibidos los santos Sacramentos, con muestras de gran cristiano. Sintióse mucho su muerte, porque ya no quedaba más que otro sacerdote, que era vicario.

CAPITULO LIX

[De cómo los nuestros llegaron a las islas Filipinas y luego volvieron al Perú.]

Muerto el adelantado, quedó en su lugar por capitán don Lorenzo y doña Isabel Barreto, mujer del adelantado, a quien se obedecía en todo. En el pueblo crecían las enfermedades y muertes, falta de comidas y abundancia de armas que los negros daban, hiriendo a los nuestros; lo cual visto por don Lorenzo salió a castigarlos con poca gente, 12 ó 14 soldados, que los demás estaban enfermos. Salió a los pueblos comarcanos, y los negros salieron a ellos y a don Lorenzo dieron un flechazo y a otros tres o cuatro, y así se volvió al pueblo.

La herida fue en una pierna, tan sutil y pequeña, como si le picaran con un alfiler; empero el dolor le fatigaba mucho, porque la flecha era de hierba. Al fin, visto que se iban consumiendo, con parecer de todos fue acordado dejar aquella mala tierra y buscar otra más cercana de cristianos. Tomado parecer de los pilotos, dijeron la más cercana ser la China; empero, que no tenían los navíos aparejos para ir allá. En este mismo tiempo se determinó enviar la galeota a buscar la Almiranta, y que si no la hallase dentro de cuatro días, se volviese. Partió la galeota y, al parecer, a 15 leguas de la bahía hallaron cuatro o cinco islas bajas, todas llenas de platanales y palmas muy grandes, y algunos bohíos en que los negros tenían sus mujeres e hijos recogidos; llegóse la fragata a tierra y saltó la gente toda en ella; los negros, mostrando amistad, salieron con alguna comida y un tiburón asado en barbacoa; un soldado, entrando en un bohío, halló que

en él había mucha gente escondida, mujeres y niños; avisó al capitán, el cual pretendió hacer presa en ellos; empero los negros defendían sus hijos y mujeres, pero no pudieron tanto que no les tomaran diez o doce muchachos y muchachas, con los cuales volvieron al puerto, no poco tristes por no hallar rastro de la Almiranta dentro del tiempo señalado; llegados a tierra, preguntando por la salud de los enfermos, supieron que muchos eran ya muertos y don Lorenzo estaba expirando del flechazo, del cual murió; antes que muriese pidió confesión; se lo trajo al vicario, que se había recogido en la Capitana por miedo de la muerte, mas allí le saltó, y así, enfermo en una silla, le trajeron para que confesase a don Lorenzo, a quien, confesándose, le dio un parosismo y otro al vicario, al cual, sin habla, llevaron a una casa donde se le hicieron algunos regalos, con que volvió en sí; empero el capitán dio aquella tarde el alma a Dios, el cual sepultado, se dio orden que los pocos que quedaron vivos se embarcasen y fuesen en busca de las Filipinas, porque en tierra no se podían defender de los naturales; estuvieron siete días embarcados, tomando agua y leña y los plátanos y cocos que pudieron coger, y con este matalotaje y desgraciado suceso, por no haber poblado en las primeras islas que descubrieron, se hicieron a la vela en la Capitana, fragata y galeota, y dentro de pocos días llegaron a las Filipinas, de donde algunos volvieron al Perú, de quienes supe lo referido. Lo más que les sucedió no está en mi intención tratarlo.

CAPITULO LX

Sólo una desgracia le sucedió al marqués.

Había sido el marqués uno de los caballeros dichosos de nuestras edades, si todos estos buenos sucesos no se la aguaran con la muerte de la ilustrísima y cristianísima marquesa, que dejó enterrada en Cartagena, lo cual en estos reinos dolió mucho; empero, llevóla

Nuestro Señor a gozar del cielo, donde tiene otro mejor y más perpetuo marquesado, y al marqués con próspero viaje a España, sin borrasca, ni tormenta, ni cosa que les diese pena, la flota llena de plata, así de Su Majestad como suya y de particulares, donde Su Majestad le recibió muy alegremente, haciéndole mucha merced, y le hará más, por sus méritos y partes y virtudes tan excelentes cuantas en nuestros tiempos juntos no se hallan en un supuesto, ni en los pasados en muchos. Tiene bonísimo y galano entendimiento, como quien nació para mandar y gobernar. Con señores, es señor; con caballeros, es caballero; con capitanes, es capitán; con soldados, es soldado, y, finalmente, con todos estados se sabe acomodar muy bien; amigo de hacer bien a todos, y en particular de casar huérfanas; dio renta e hizo merced en nombre de Su Majestad al hospital de San Andrés, de los españoles, a quien dejamos dicho; su padre, de buena memoria, dio mucha limosna de su hacienda. Esto en breve, que es más recopilación¹ de historia, hemos dicho, dejando a los que son dotados de más facundia y mejor estilo que el nuestro para que sus libros se enriquezcan con las obras heroicas del marqués, y esperamos que Su Majestad le hace mercedes muy copiosas².

CAPITULO LXI

Del ilustrísimo arzobispo de México.

Dentro del breve tiempo que el marqués de Cañete entró en la ciudad de Los Reyes, vino a ella por orden de Su Majestad el ilustrísimo arzobispo de México, a la sazón en la misma ciudad inquisidor, el licenciado don ...³ de Bonilla, varón integérrimo en todo género de virtud, y no de pequeña penitencia y oración, como su vida y ejemplo son bastantísimos testigos; de bonísimo y claro entendimiento, y de prou-

(1) Tachado: que.

(2) Siguen ocho líneas tachadas é ilegibles.

(3) En blanco en el ms.

dencia admirable; amado grandemente de todo el reino por su mucha virtud, y temido por la mucha rectitud que en su vida se conoce; amigo y favorecedor de los que administran justicia, y de los que son en contrario, que conciernan a su tribunal, con gran cordura castigador. Proveyóle Su Majestad, siendo fiscal de la Inquisición en México, conociendo todas estas partes y calidades suyas, para que visitase la Real Audiencia de esta ciudad de Los Reyes y para que tomase cuenta a los oficiales reales, a quienes hacía muchos años ni se visitaban ni tomaban cuentas, y asimismo a otros muchos, como al cabildo de la ciudad y escribanos; a quien Su Majestad, muy servido de lo que ha hecho y hace, le hizo merced de la Silla metropolitana de México, con esperanzas que a mayor dignidad le ha de sublimar. Ha hecho y hace su oficio con tanta rectitud y cristiandad cuanta se esperaba; ha condenado y privado a algunas personas, y ha sacado a luz muchas cosas tocantes a la Hacienda Real que estaban solapadas, y aunque a algunos les parece va muy despacio y desean verle fuera de estos reinos, son hombres interesados y culpables en cosas que le están encomendadas; los demás no le querrían ver fuera del reino. Luego que Su Majestad le hizo merced del arzobispado, no quiso gozar más del salario de visitador, contentándose con la renta del arzobispado, porque no es persona que trata de riquezas temporales, sino de las eternas y del cielo. Este capítulo en breve me pareció encajar aquí como cosa importante y que pertenecía tratar de ella, por haber venido el ilustrísimo de México en estos tiempos a este reino con oficio en el cual ha servido mucho, mucho, a Dios Nuestro Señor y a su rey, y esperamos les hará más servicios.

Como los hombres somos mortales y nuestras vidas dependan de quien es la vida por esencia, fue Nuestro Señor servido llevársele para Sí de una enfermedad que casi no fue conocida de los médicos; procedióle de que siendo quebrado y no viviendo con tanto recato de la quebradura, se rompió más de lo acostumbrado, y salieron las tripas, de suerte que no fue posible, con los re-

medios que se hicieron, volverlas a su lugar. Hizo un testamento, y está enterrado en nuestro convento de Los Reyes, adonde dejó 4.000 pesos de limosna; hiciéronsele sus obsequias con la pompa requerida, con no poco dolor de todo el pueblo, y más del virrey don Luis de Velasco, que en todas cosas le consultaba para el bien del reino; diósele sepultura en la capilla principal, junto al altar mayor, en medio de otros dos obispos que allí están enterrados.

Con lo hasta aquí tratado nos parece haber concluido con la brevedad posible, dejando descritos los caminos desde Quito a Talina, y lo más digno de memoria sucedido en tiempo de los virreyes que han gobernado los reinos del Perú, desde el marqués de Cañete, don Hurtado de Mendoza, de buena memoria, hasta don García de Mendoza, su hijo, sucesor en el marquesado; todo lo cual, a lo menos la mayor parte, hemos visto o sabido por relaciones verdaderas, que es lo menos que en estos renglones dejamos a esta escritura encomendado, porque no quedase anegado en el profundo río del olvido.

A don García de Mendoza sucedió don Luis de Velasco, caballero del hábito de Santiago, trasladado del virreinato de México al del Perú, cuyos hechos, virtudes y buen gobierno dejamos que lo traten otros, donde tendrán bien que extender las alas de sus ingenios; y porque también hemos visto la gobernación de Tucumán y de Chile, trataremos con brevedad lo visto y sabido.

CAPITULO LXII

Del camino de Talina a Tucumán.

Llegamos, en lo que atrás dejamos escrito, al último pueblo y términos del Perú, conforme a la división de los obispados, que es a Talina, pueblo de los indios Chichas, desde el cual, siete leguas más adelante, está un arroyo y paredoncillos llamados Calahoyo, desde donde comienza la jurisdicción, conforme a la jurisdicción eclesiástica, de Tu-

(1) Tachado: *mayor*.

cumán. El primer obispo de esta provincia, el reverendísimo fray Francisco de Victoria, de quien hemos tratado, entrando a su iglesia, aquí¹ tomó la posesión, y por esto decimos que es de la jurisdicción de Tucumán en cuanto a lo eclesiástico.

Desde aquí al primer pueblo de españoles de la provincia de Tucumán, llamado Salta, fundado en un valle muy ancho y espacioso, del propio nombre, de buen temple, con su invierno y verano al revés de España, se ponen más de cien leguas, todas despobladas, a lo menos por el camino que yo fui siendo provincial de aquella provincia y de la de Chile, que por dar orden en ciertos frailes nuestros que allí estaban me fue forzoso desde la ciudad de Lima tomar este camino por tierra. Empero al presente, después que la provincia de Omaguaca, que confina con los Chichas, y en el traje no se diferencian de ellos, se ha reducido y admitido sacerdotes, se va por un camino más poblado, don- hay tambos a sus jornadas y en algunos servicio.

Esta provincia de Omaguaca es fértil de todo género de mantenimiento, y de oro, ovejas de la tierra. Sirvió a la ciudad de La Plata y estuvo repartida. Yo conocí algunos encomenderos que tenían sus repartimientos en ella, mas como se rebelaron no tenían de ellos algún provecho, ni alguno tienen, ya reducidos. La causa por que estos indios se rebelasen, no la sé; por ventura, por verse lejos de la ciudad de La Plata, que dista de ella más de 90 leguas; contra los cuales salió un vecino de ella con soldados, llamado Pedro de Castro, hombre de muy buenas partes; pero matándole en una guazabara, los soldados, sin cabeza, salieron, y así se quedaron juntamente con otros sus confines, llamados los Casavindos y Cochinocas. Pero hará siete años que el principal curaca de esta provincia, cuando iba a Tucumán, llamado Viltopoco, envió algunos indios principales a la Audiencia de La Plata, pidiendo quería servir y pagar moderado tributo, poblar los tambos que hay de su tierra a Talina, dar

en ellos al precio que en Talina gallinas, carneros de Castilla y de la tierra, para cargas, maíz y lo demás, como en los tambos del Perú, y daría indios para las minas de Potosí, y admitirían sacerdotes con tal condición que no habían de tener otro encomendero que a Su Majestad. La Real Audiencia admitió el partido, y yo, llegando a Talina, me detuve allí algunos días esperando el sacerdote señalado, que si viniera me fuera con él por ahorrar de tanto despoblado y riesgo de algunos indios de guerra; mas Nuestro Señor fue servido llegase en salvo a Salta; ya el día de hoy se entra y sale por aquel camino, y los indios han cumplido lo que prometieron; yo llegué a Salta, y en todo el camino no vi cosa digna de ser escrita, si no es, a tres o cuatro jornadas de Talina, unas salinas en despoblado, las más famosas que creo hay en el mundo; es un valle que debe tener más de tres leguas de ancho, y de largo, según me informé, más de 15; la sal, más blanca que la nieve, de la cual se aprovechan los indios Casavindos y Cochinocas y los de la provincia de Omaguaca; de lejos, con la reberveración del sol, no parece sino río, y a los que no la han visto espanta, pensando han de pasar un río tan ancho; llegados, admira ver tanta sal; los que iban por aquel camino a Salta llevaban alguna, por estar aquella provincia falta de ella. Llegado a Salta, hallé allí al gobernador Juan Ramírez de Velasco, y sabiendo que Viltoco se había reducido al servicio de Su Majestad, envió un capitán con 10 soldados bien apercebidos a tomar la posesión de aquella provincia por su gobernación, los cuales llegando y por Viltoco sabida su venida, les dijo se volviesen a Tucumán, donde habían salido, porque no había de ser sujeto a aquella gobernación, sino a la Audiencia de los Charcas; donde no, los haría matar a todos. El capitán y soldados tuvieron por bien volverse a Salta, estando yo presente en el pueblo cuando fueron y volvieron; no creo dista Omaguaca de Salta 30 leguas.

Llegando a Omaguaca, poco menos de 12 leguas está un valle muy fértil de suelo, pero no poblado de pueblos, lla-

(1) En el ms., *á que*.

mado Jujui, donde hará siete años que el mismo gobernador Juan Ramírez de Velasco pobló un pueblo de españoles, que para la paz de Omaguaca, si se quieren volver a rebelar, y para la quietud de Salta por respecto de los indios de Calchacuy, fue muy necesario, el cual en breve tiempo ha crecido mucho, y los padres teatinos tienen allí una casa, y para el poco tiempo que hace se pobló, rica de ganados y estancias. Es el mismo temple que el de Salta; a siete leguas de él envió allí a poblar, con título de teniente de gobernador y capitán, a don Francisco de Argaranáiz, de nación vizcaíno, vecino de la ciudad de Santiago. El un¹ valle y el otro son abundantísimos de comila, trigo, maíz, aves, carneros, vacas y todas frutas nuestras, viñas, de donde el día de hoy hacen vino; tienen las plagas que hay en toda la provincia de Tucumán, que por no volverlas a referir son las siguientes: frío a su tiempo, que es desde mayn hasta octubre, insoportable y sequísimo más que el de Potosí, y principalmente los tres meses de junio, julio y agosto; calor al verano de día y de noche, y más en diciembre, enero, febrero y marzo. Las hitas que dijimos haber en la provincia de Los Charcas, grandes y asimismo pequeñas en gran cantidad; en el verano, mucho mosquito de los zancudos y rodadores; moscas en este tiempo son innumerables, y de tal calidad, que si se acierta a tragar una en la comida, revuelve de tal manera el estómago que hace latzar hasta la viva sangre, por lo cual, en las cocinas, sobre el fuego, están dos indios con sus aventadores ahuyentando las moscas. Es así que en la ciudad de Esteeco una mujer de un vecino tenía en su casa un soldado enfermo (en esta provincia no hay hierbas medicinales ni médicos, sino abundancia de lechetrezná, que es poco menos que tóxico), y no mejorando tomó dos moscas, desleyólas en una escudilla de caldo de ave y sin decirle alguna cosa dióselas a beber. Purgó tan bien con ella, que dentro de pocos días sanó; esto yo lo pregunté a la misma que dio la purga. Es abundante de tres géneros

de víboras de las de cascabel, y de otras más pequeñas, como las de España, y de otras llamadas volantines, porque abalanzan más de diez pasos a picar. Proveyó Dios en esta provincia de unas culebras pequeñas que no hacen daño alguno, antes son provechosas, las cuales tienen dominio sobre las víboras, de tal manera que en viendo la víbora de cascabel a esta culebra, luego se vuelve boca arriba, y llegando esta culebra la degüella y mata; así lo afirman los nuestros que viven en aquella región.

Crianse culebras grandes de las que llaman bobas, y otras, y moscas que en asentándose sobre la carne la dejan llena de gusanos. Vientos al invierno, recísimos, sea Sur o sea Norte, que son los que dominan en esta provincia y que parece andan en competencia uno un día, otro otro; al verano cualquiera de estos vientos es fuego. Pedriscos frecuentes, y de tal manera, tan recios y de piedras grandes, que no se atreven a hacer atechadas¹ las casas, si no es cual o cual; cubrenlas con unos terrados de más de una tercia de grueso, muy bien pisados con pisonas, un poco corrientes porque no haga canal el agua; es tierra en partes montañosa y muy llana, los árboles infructíferos, llenos de espinas; los más son algarrobos; empero, no se come la fruta sino de unos que se agarran por el suelo; los otros son crecidos como encinas. Los campos son abundantes de estos animales ponzoñosos, por lo cual en apeándose el pasajero ha de mirar dónde pone los pies; hay lagartos de sequía tan grandes como los que dijimos producía la tierra Chiriguana; matamos uno en una dormida; Dios nos libró de ellos; nos admiró cuando le vimos; era tan grande como un caimanillo, y es cierto que se alborotó el alojamiento como si vinieran sobre nosotros indios de guerra. Es muy falta de agua, como lo son las tierras llanas, y las aguas de los ríos malas, gruesas y salobres, a las riberas de las cuales están los pueblos de los indios y de los españoles; en la tierra que es montañosa se crían leoncillos y tigres en cantidad, que no dejan de noche

(1) En el ms., una.

(1) Tachado: cubrenlas.

dormir a los caminantes con sus bramidos. Los tigres son dañosos si no ven candelada. Los indios, para guarecerse de ellos en los caminos que hay montaña, sus dormidas tienen en los árboles, a los cuales suben por unos escalones hechos a mano en los mismos árboles, cortando con hachas, donde ponen los pies para subir y descender.

El suelo de toda esta provincia es salitre, y mientras más cavan, más salitroso, por lo cual todas las frutas nuestras (que de la tierra ninguna vi) son de bonísimo sabor, y las hortalizas; mas los árboles duran poco. En toda esta provincia se dan viñas, membrillos, granadas, manzanas, etc.; el vino que se hace dura muy poco, porque se vuelve vinagre.

Los ríos de esta provincia, particularmente el de Esteco y el de Santiago del Estero, al invierno son como el Nilo, salen de madre y extiéndense por aquellas llanadas regando la tierra, que allá llaman bañados, y aquel año es más abundante, que hay más uñados; aran y en ellos siembran; los campos y llanos son espaciosísimos, porque así como estando en alta mar no vemos sino cielo y agua, así en aquella provincia de Esteco para adelante no vemos sino cielo y llanuras, y éstas corren más de 400 leguas sin que se halle ni se vea un cerriño ni casi una piedra. Caminanse todos estos llanos y caminos en carretas, las cuales no llevan una punta de hierro, ni los caballos gastan mucho herraje, por ser tierra fofa.

CAPITULO LXIII

Del valle de Salta, Comarca y Calchaquí.

Volviendo a proseguir nuestro camino y descripción de la provincia de Tucumán, de Jujui se llega en una jornada al valle de Salta y pueblo del mismo nombre, de españoles, muy moderno, aunque más antiguo que el de Jujui; valle espacioso, alegre, de buenas aguas; por estar más a la cordillera participa de algunas sierras llenas de arboleda.

El asienro es bueno y llano; es abundante de las plagas que acabamos de

decir. Poblólo el licenciado Lerma, gobernador de aquella provincia, para freno, como lo es, de los indios de Calchaquí; se dan en él todos los árboles frutales nuestros y viñas, mucho maíz y trigo. A un lado, al Poniente, le demora la provincia de Calchaquí, indios belicosos; el vestido es como el de los Omaguacas y Chichas; los indios, con manta y caniseta; las indias, unas camisetitas largas hasta los tobillos; no hay más vestido. Estos indios por dos veces se han llevado dos pueblos de españoles, y esta última, hará doce o catorce años, por orden de don Francisco de Toledo, el capitán Pedro de Zárate fue con 60 hombres, pocos más, a reducirlos; tenía allí cerca indios de encomienda, pero alzados; fueron con él algunos vecinos de la ciudad de La Plata, que también tenían allí sus repartimientos y habían servido; llegó allá, pobló; parecióle tener poca gente para sustentarse; dividióse, saliendo con la mitad a Tucumán a pedir favor; visto por los indios, dieron en los otros 30 que habían quedado en el pueblo, y aunque se defendieron bravamente, como eran pocos los mataron a todos; no se escaparon tres a una de caballo. Esta provincia de Calchaquí es tierra alta; es sierra falda de la cordillera grande de este reino del Perú, que Norte-Sur le atraviesa hasta el estrecho de Magallanes. Es rica de oro y plata; cuando se les antoja sirven un poco de tiempo al pueblo; cuando no, vuélvense a las armas.

Eran muchos; ahora son pocos, porque las guerras civiles entre ellos los han consumido. Llegando yo a Salta los vi allí, y un mestizo criado entre ellos, entre otros indios con quien traían guerra. El mestizo acaudillaba aquellos con quienes se había criado, y tenía tan avasallados a los Calchaquíes que les forzó a venir a pedir favor a Juan Ramírez de Velasco contra el mestizo, y si se lo daban le servirían en Salta. Salió Juan Ramírez con la gente que le pareció bastante, y en breve a los unos y a los otros redujo, prendió al mestizo, trájolo a Salta, donde le vi; no sabía nuestra lengua porque no la había oído; ahora no sé cómo están.

CAPITULO LXIV

De la ciudad de Esteco.

Del valle de Salta dista la ciudad de Esteco, así llamada la tercera en orden, de Tucumán, 50 leguas de buen camino carretero; es abundante de mantenimientos y de frutas de las nuestras; en especial las grandes son de las buenas del mundo; edificada a la ribera de un río grande que en verano sólo se vadea. Los vecinos estaban descontentos del asiento, porque la madre del río es arenisca y no pueden hacer molinos en él, y trataban mudarse, como dicen se han mudado, casi 25 leguas más hacia Salta, a un asiento mucho mejor, del mismo temple y más fresco, llamado Palea Tucumán, donde del río Grande, como de un arroyo que tienen a la falda de un cerro, se pueden sacar acequias y hacer molinos, y para acabar de pacificar unos indios de aquella provincia, belicosos, llamados Lules, es asiento mucho más cómodo; si a este asiento se han mudado, será pueblo muy regado, fresco y muy sano, donde para el edificio de las casas tienen mucha madera, y el suelo no salitroso, piedra para hacer cal y buena tierra para teja.

Un suelo y otro son abundantes de pastos, y este segundo mucho más, y para ganados mejor que el de Esteco, y está 25 leguas más cerca del Perú.

CAPITULO LXV

De la ciudad de Santiago del Estero.

De la ciudad de Esteco a Santiago del Estero ponen 50 leguas, todas despobladas, a lo menos las 40, porque a 10 leguas de ella llegamos a dos pueblecillos de indios. Esta ciudad es la cabeza de la gobernación y del obispado; es pueblo grande y de muchos indios; al tiempo de su conquista poblados a la ribera del río, como los demás de la ciudad del Estero; ya se van consumiendo por sus horracheras. Son los indios de esta provincia muy holgazanes por naturaleza; en los ríos hallan mucho pescado,

de que se sustentan: sábalos, armados y otros; saben muy bien nadar, y pescarlos de esta manera, como lo¹ he visto: échanse al agua (los ríos, como no tienen ni una piedra, corren llanísimos) ceñida una sogá a la cintura; están garar rato debajo del agua y salen arriba con seis, ocho y más pescados colgando de la cintura; débentlos tomar en algunas cuevas, y teniendo tanto pescado, no se les da mucho por otros mantenimientos; son borrachos como los demás, y peores; hacen chicha de algarroba, que es fortísima y hedionda: borrachos, son fáciles a tomar las armas unos contra otros, y cuando no, sacan su pie y fléchanselo. Son grandes ladrones: todos caminan con sus arcos y flechas, así por miedo de los tigres como porque salen indios a saltar, y por quitar una manta o camiseta a un caminante no temen flecharle; los arcos no son grandes; las flechas, a proporción; pelean casi desnudos. En toda esta tierra y llanuras hay cantidad de avestruces; son pardos y grandes, a cuya causa no vuelan, pero a vuelapié, con un ala, corren ligerísimamente; con todo eso, los cazan con galgos, porque con un espolón que tienen en el encuentro del ala, cuando van huyendo, se hieren en el pecho y desangran. Cuando el galgo viene cerca, levantan el ala que llevaban caída y dejan caer la levanta-da; viran como carabela a la bolina a otro bordo, dejando al galgo burlado. Hay también liebres, mayores que las nuestras; son pardas, no corren mucho. Es providencia de Dios ver los nidos de los pájaros en los árboles: cuélganlos de una rama más o menos gruesa, como es el pájaro, mayor o menor, y alrededor del nido ingieren muchas espinas; no parecen sino erizos, y un agujero a una parte por donde el pájaro entra o a dormir o a sus huevos, y esto con el instinto natural que les dio Naturaleza para librarse a sí y a sus hijuelos de las culebras. Es toda esta provincia abundantísima de miel y buena, la cual sacan a Potosí en cueros; es abundante de trigo, maíz y algodón, cuando no se

(1) En el ms. *1c.*

les hiela: siéndrante como cosa importante, es la riqueza de la tierra; con ello se hace mucho lienzo de algodón, tan ancho como holandá, uno más delgado que otro, y cantidad de pávilo, medias de punto, alpargatas, sobrecamas y sobremesas, y otras cosas por las cuales de Potosí les traen reales. Criase en esta provincia la grana de cochinilla, muy fina, con que tiñen¹ el hilo para labrar el algodón. Es abundante de todo género de ganado de lo nuestro, en particular vacuno, de donde los años pasados, porque en Potosí y provincia de los Charcas iba faltando, lo vi sacar, y se vendía muy bien, y bueyes de arada, y se vendía la yunta a 60 pesos. Caballos solíanse sacar muy buenos; ya se ha perdido la casta y cría, por descuido de los dueños, de tal manera que es refrán recibido en toda la provincia de los Charcas: "De hombres y caballos de Tucumán, no hay que fiar"; tanto puede la mala fama.

El edificio de las casas es de adobes, como en las demás ciudades, sino que en estas dos, como la tierra es salitrosa, se va desmoronándose el adobe, y cada año es necesario reparar las paredes. El río es grande, y en verano se vadea, mas conviene mucho saber el vado, porque los ríos de esta provincia son de tal calidad que, si no es por donde se vadean enotidianamente, y con la frecuencia del pasaje el suelo está fijo, por las demás partes, aunque el agua no llegue a la rodilla, se sume el caballo y caballero en el cieno. Es cosa de admiración pisamos aquí y tiembla más de diez pasos adelante la tierra cenagosa, detrás y a los lados; padécese en esta ciudad mucho por no haber molino ni poderse hacer, porque ya dijimos estos reinos ser de esa calidad; pasan por tierra arenisca, donde no se halla una piedra, ni se puede fiar ni sacar acequia de ellos; a la primera avenida, allá va todo. Vino a Santiago un extranjero, estando yo en aquella provincia, y proferíase a hacer un molino, como en los ríos grandes de Alemania, en medio de de él; escogió el lugar, conciértanse, y volviendo de ver el río y lugar, en lle-

gando a la ciudad, le dan unas calenturas que dentro de ocho días se lo llevaron a la otra vida. Hay algunas tahonas, no son tres, mas los dueños muelen sólo para sus casas; si otro ha de moler, ha de llevar caballo propio; si no, quédese; hacen unos molinillos que traen a una mano, de madera, con una piedra pequeña traída de lejos; muelen a los pebres indios que las traen, porque para una hanega son necesarios tres indios de remuda; empero, el pan es el mejor del mundo.

A la mano derecha de esta ciudad, a las faldas de la sierra, hay otra ciudad, llamada San Miguel de Tucumán, pueblo más fresco y de mejores edificios y aguas.

CAPITULO LXVI

De la ciudad de Córdoba.

De esta ciudad de Santiago a la de Córdoba, que es la última en esta provincia, hay pocas menos de 90 leguas, todas llanas, sin encontrar una piedra, y casi todas despobladas, porque en saliendo de un pueblo de indios, a 15 leguas andadas de Santiago, hasta Córdoba, no se pida más poblado, si no es pueblecillo de obra de 12 casas, 10 leguas o poco más de Córdoba. Pobló esta ciudad y conquistó los indios que la sirven don Jerónimo de Cabrera, siendo gobernador; llenos los campos de aves-truces, venados y vicuñas y demás sa-bandijas. En todas estas leguas no vi cosa digna de notar. El camino, carretero, y así caminé yo desde Esteco a esta ciudad, que son poco menos de 200 leguas, si no son más, y desde aquí se toma el camino a Buenos Aires, también en carretas, que son otras 200, pocas menos; toda la tierra llana, y en partes tan rasa que no se halla un arbolillo. El hato y comida se lleva en las carretas; las personas, en caballos; pero no se ha de caminar más de lo que los bueyes pueden sufrir, que es a cuatro leguas cada día, y para cada carreta son necesarios, por lo menos, cuatro bueyes; pastos, muchos y muy buenos; agua, poca.

(1) En el us. *tiennen*.

La ciudad de Córdoba es fértil de todas frutas nuestras, fundada a la ribera de un río de mejor agua que los pasados, y en tierra más fija que la de Tucumán, está más llegada a la cordillera; se dan viñas, junto al pueblo, a la ribera del río, del cual sacan acequias para ellas y para sus molinos; la comarca es muy buena, y si los indios llamados Comichingones se acabasen de aquietar, se poblaría más. Tres leguas de la ciudad, el río abajo, en la barranca de él, se han hallado sepulturas de gigantes, como en Tarija. Los campos crían muchas víboras e hitas, que de él vienen volando a la ciudad en anocheciendo, como si no bastasen las que se crían en las casas; es abundante de todo género de ganado nuestro, y de mucha caza, venados, vicuñas y perdices. Hallanse en esta provincia de Tucumán unos pedazos de bolas de piedra llenos de unas puntas de cristal, o que lo parece, labradas, transparentes, unas en cuadro, otras sexavadas; yo las he visto y tenido en mis manos; estas puntas están muy apeñuscadas unas con otras, y tan juntas como granos de granada; son tan largas como el primer artejo del dedo de en medio, comenzando desde la lumbre del dedo, y gruesas como una pluma de ansar con lo que escribimos: he dicho todas estas particularidades por lo que luego diré; estas bolas son tan grandes y tan redondas como bolas grandes de bolos; críanse debajo de tierra, y poco a poco Naturaleza las va echando fuera; cuando ya (digamos así) están maduras, y un palmo antes de llegar a la superficie de la tierra, se abren en tres o cuatro partes, con un estallido tan recio como un arcabuz disparado, y un pedazo va por un cabo y otro por otro, rompiendo la tierra; los que ya tienen experiencia de ello acuden adonde oyen el trueno y buscan estos pedazos, que hallan encima de la superficie de la tierra; yo creo que, fuera de estas puntas, hay en medio de la bola alguna cosa preciosa que Naturaleza allí cría y no la quiere tener guardada. Aquellas puntas, si las labrasen lapidarios, deben ser de algún precio; allí no las estiman en cosa alguna.

CAPITULO LXVII

De los gobernadores que ha habido en Tucumán desde el marqués de Cañete acá.

Los gobernadores que en esta provincia de Tucumán he conocido, el primero fue el general Francisco de Aguirre, que por Su Majestad la gobernó y acabó de allanar; varón para guerra de indios, bravo; vecino de Coquimbo, contra el cual ciertos soldados, y creo uno o dos pueblos, se le amotinaron, tomando por cabeza a un Fulano Berzocana, soldado valiente, los cuales le prendieron; pero viniendo a la Audiencia de La Plata envió la Audiencia un juez e hizo justicia del Berzocana y otros, y concluidos sus negocios en el tribunal de la Audiencia y del reverendísimo de aquella ciudad, volvió a su gobernación; después, por orden de la Santa Inquisición, salió a Los Reyes, de donde volvió a su casa a Coquimbo¹, y en Copiapó, pueblo de su encomienda, acabó la vida, dicen trabajosamente.

Sucedíole Fulano Pacheco, que salió bien de su gobernación; digo en paz, porque los tres que le siguen acabaron como diremos. A Pacheco le sucedió don Jerónimo de Cabrera, hermano de don Pedro Luis de Cabrera, a quien el marqués de Cañete, de buena memoria, embarcó para España, como arriba declaramos. Don Jerónimo era muy diferente en trato y condición de su hermano, muy noble, afable, con otras muy buenas cualidades de caballero. Amplió aquella gobernación, porque pobló la ciudad de Córdoba y conquistó los indios de su comarca. En su tiempo comenzaron a comunicar los del Paraguay con los del Tucumán y los de Chile.

Sucedíole un caballero de Sevilla, Pedro de Abreu, dicen deudo suyo, empero enemigo capital, que desde España andaban encontrados los deudos de don Jerónimo con los de Pedro de Abreu, porque con don Jerónimo nunca había tenido Pedro de Abreu que dar ni que tomar, ni le conocía; hubo rigurosamente con don Jerónimo en la residen-

(1) En el ms., *Quequimbo*.

cia, o con testigos falsos, o sin ellos, le cortó la cabeza por traidor, diciendo trataba de alzarse con la provincia y tiranizarla, lo cual confesó don Jerónimo, dándole tormento sobre ello; oí decir a un oidor de La Plata habérsele hecho mucha injusticia, pero quedóse degollado; sus hijos siguieron la causa, y no fue dado en la Audiencia por traidor, por lo cual les volvieron los indios de encomienda y demás haciendas.

Al cabo de pocos años a Pedro de Abreu sucedió el licenciado Lerma, el cual, procediendo en la residencia contra Abreu, le degolló. El licenciado Lerma, de los de Tucumán, unos le alaban, otros le vituperan; en cosa de justicia le tenían por buen juez; en otras, como demandase con palabras muy afrentosas contra los vecinos en presencia de ellos, era demasiado. Este licenciado Lerma pobló a Salta, cosa muy importante para la quietud de Calchaquí; ya de esto tratamos, y por quejas que habían ido contra él a la Audiencia, yendo con socorro y de su hacienda a Salta para los que allí estaban, le encontró al alguacil mayor de los Charcas, que por orden de la Audiencia le iba a prender y traer preso y que el gobierno quedase en los alcaldes; lo prendió y trajo a la ciudad de La Plata; el cual en seguimiento de su causa fue a España y miserabilísimamente y paupérrimamente murió en la cárcel de Madrid, sin tener con qué se le dijese una misa, y por amor de Dios pidieron a la puerta de la cárcel, allí puesto su cuerpo, para enterrarlo, a lo cual acertando a pasar por allí un religioso nuestro que de estos reinos había ido a los negocios de esta provincia, llamado el Presentado fray Francisco de Vega, que le conocía, preguntando quién era el difunto y diciéndole que el licenciado Lerma, ayudó bastante para que se enterrasen. Todas estas particularidades parecerán menudas; las he dicho para que se vean los fines desdichados de estos tres gobernadores, y que es verdad: matarás, y matarte han, etc.

Al licenciado Lerma le sucedió Juan Ramírez de Velasco, caballero bien intencionado, el cual pobló dos pueblos de españoles en las faldas de la cordi-

llera vertientes a Tucumán, el uno donde fue poblado los años pasados la ciudad de Londres, y se despobló por no poderse sustentar a causa de ser muchos los indios y muy belicosos; el otro más adelante, a la misma falda de la cordillera; es tierra fértil y que produce abundancia de oro y plata; los indios ahora no son tantos, por lo cual han sido fáciles de reducir; se han consumido en guerras civiles unos con otros; el Inga los tuvo sujetos, y por la falda de esta cordillera llevaba su camino real hasta Chile; servíanle y tributábanle oro en cantidad, y de allí se lo traían acá al Perú; su capitán, con la gente de guerra, estaba en un fuerte recogido, y no salía de él si no era cuando algunos indios se le rebelaran; reducidos y castigados, volvía a su fuerte; este caballero es bien¹ intencionado, dócil y que fácilmente recibe la razón y se convence; creo no le sucederá lo que a los sobredichos. Tomóle la residencia don Fernando de Zárate, caballero de hábito, vecino de La Plata y muy rico y de bonísimo entendimiento; no sé hasta ahora más de él.

En esta provincia hay algunos religiosos del Seráfico San Francisco, y en todos los pueblos tienen, desde Salta a Córdoba, conventos pequeños de uno o dos religiosos; sólo en Santiago del Estero se sustentan cinco o seis muy escasamente.

Pasando yo por esta provincia (y esto me compelió ir por ella a Chile) hallé seis o siete religiosos nuestros, divididos en doctrinas; uno en una desventurada casa en Santiago; más era cocina que convento; es vergüenza tratar de ello, y teníanle puesto por nombre Santo Domingo el Real; viendo, pues, que no se podía guardar ni aun sombra de religión en él, los saqué de aquella provincia; es cosa de lástima haya ningún religioso en ella, porque un solo fraile en un convento y en un pueblo, ¿qué ha de hacer? Un alma sola, decimos, ni canta ni llora, y más en tiempos tan miserables donde las cosas van tan de caída. De Nuestra Señora de las Mercedes

(1) Tachado: entendido.

hay cual o cuales religiosos, y esto de la provincia de Tucumán.

CAPÍTULO LXVIII

Del reino del Paraguay.

A la parte del Oriente de toda la provincia de Tucumán demora (hablando como marineros) el Río de la Plata; no sé la causa por qué le pusieron este nombre; en él no se ha hallado una punta, ni de oro; acá llamámosle el Paraguay; no le he visto, mas quien ha atravesado todo Tucumán puede decir lo que de ella ha oído a españoles que cada día salen a ella. Tiene algunas ciudades, y grandes; la mayor y más principal se llama Asunción, cabeza de aquel reino, con mucha gente, los más allí nacidos, mestizos y mestizas; los españoles meros son pocos. Abundante de mucho mantenimiento, caña dulce, cosas de azúcar, muchas y muy buenas; vino bonísimo; fundada en la barranca del río, que en muchos géneros y muy buenos de pescados es fértil, donde todos los allí nacidos, así varones como mujeres, desde niños se enseñan a nadar y nadan galanamente, y no es falta que las mujeres lo sepan, porque Platón en su *República* quería que las mujeres supiesen pelear. La segunda ciudad el río abajo, según dicen, 150 leguas, se fundó en nuestros días por el capitán Juan de Garay, de nación vizcaíno, hombre nobilísimo y muy temido de los indios, llamada Santa Fe; conócilo y trátele en la ciudad de La Plata. El capitán Juan de Garay, viviendo en Asunción, donde era vecino, en cabildo pidió le diesen algunos mestizos, allá llamados montañeses, y pocos españoles, que él quería aventurarse e irse el río abajo con ellos, llenos de Chiriguanas caribes (y todos lo son, unos comen carne humana, otros no) a descubrir la tierra y ver si podía dar con la comarca de Tucumán, para comenzar a tener comercio con ella y con el Perú, y no estuviesen allí acorralados viviendo como bárbaros; porque si Nuestro Señor le diese ventura de comunicarse con Tucumán, y de allí con el Perú, entra-

rían unos y saldrían otros y les vendría quien les predicase, porque hacía muchos años no oían sermón; diéronle la gente que pidió, y en barcos o bergantines echóse el río abajo; tuvo en el camino, por ir siempre a la ribera, muchos encuentros con los indios, que algunos de ellos tienen esta cualidad: cuando quieren que nadie entre en su tierra, so pena de la vida, toman un calabazo grande, y pasado con dos flechas o tres y muy embijado, cuélganlo de un árbol; cuando no quieren hacer mal a los que entran en su tierra cuelgan una garza blanca, muerta, de un árbol. No es mal aviso para los comarcanos.

El capitán Juan de Garay, prosiguiendo su viaje, hallando buen sitio y comarca desembarcó en tierra y pobló esta ciudad de Santa Fe; con los indios no tuvo mucha dificultad en conquistarlos, y llanos, determinó caminar al Occidente la tierra adentro, por donde los indios le guiaban, diciendo haber españoles; siguiólos. A la sazón también de la ciudad de Córdoba había salido otro capitán con gente hacia el Oriente, en busca del Río de la Plata, que también los indios decían había un río caudaloso por aquella parte, poblado de indios, el cual los nuestros entendían no podía ser otro que el de la Plata, como lo era; fue Dios servido que los unos y los otros se encontraron, recibieron y hablaron amigablemente, y desde entonces se comunicó el Río de la Plata con Tucumán y Tucumán con el Río de la Plata. De Santa Fe a Córdoba no hay más distancia de 60 leguas, llanísimas, las 30 sin agua, si no es en medio del camino un pozo muy hondo; empero de allí sacan agua para las personas y los caballos y bueyes; el día de hoy se frecuenta mucho este camino, y traen de Santa Fe bonísimo vino, y de Asunción, porque como vienen el río abajo llegan en breve a Santa Fe, y muchas cosas de azúcar y conserva bonísimas, como se hacen en Valencia.

Estando yo en Córdoba llegó allí un mercader con tres o cuatro carretas cargadas de vino bonísimo y conservas, y le compré dos arrobas para mi viaje de allí a Chile, a 15 reales de a ocho la arroba; pasó con ello a Santiago del Es-

tero y estuvo determinado ir a Chile, donde las conservas y azúcar vendiera muy bien. Salieron de Asunción pocos años ha, no son ocho, a poblar el río llamado Bermejo, donde sin dificultad los indios, que son muchos, se redujeron; son los más ingeniosos que se han hallado en estas partes; tienen buenas casas, a dos aguas; hacen arcos de madera de medio punt, como si a compás los sacasen; vi en Santiago del Estero una muchacha que, sin haber tomado aguja en su vida en la mano, labraba como si desde que nació se hubiera criado labrando.

El Río de la Plata, antes de llegar a este río Bermejo, en el camino hace un salto que por debajo de él es el camino real, por donde pasan a caballo y las carretas sin riesgo alguno; más arriba están poblados, y de antiguo, dos pueblos de españoles que ha muchos años no tienen sacerdote, fundados en tierra calidísima; los hombres allí andan y traen las caras amarillas como los de Santa Marta en el reino de Tierra Firme.

Solíase caminar desde el Brasil al Río de la Plata en el paraje de Asunción (digo, venía el camino a salir frontero o poco más arriba de donde está poblada Asunción), distancia de 200 leguas, por tierra poblada y no mal camino; yo he visto hambre en la provincia de La Plata que desde el Brasil, con otros, vino hasta Asunción; ahora no se camina; los indios han cerrado el camino por los malos tratamientos de los nuestros.

Es la provincia del Río de la Plata abundantísima de todo género de mantenimientos, así de la tierra como nuestros, y para cañas de azúcar fertilísima; antes que entrara allá un Andrés Martín, que conocí en la ciudad de La Plata, no se aprovechaban ni hacían miel de las cañas, sino del azúcar que revenataba como resina de ellas; ahora de todo se aprovechan; si como es abundante y fértil de mantenimientos lo fuera de oro o plata, era la mejor provincia del mundo; pero Nuestro Señor no puso el oro ni la plata sino en tierras inhabitables; el oro por la mayor parte por el calor y la plata por el mucho

frío, porque los hombres se contentasen con poco; mas la soberbia humana y codicia, lo inhabitable, como haya oro o plata, lo hace habitable.

Es la tierra abundante del mal francés, y proveyóles Nuestro Señor del palo que llaman santo, en mucha cantidad; hay pocos médicos; púrganse de las demás enfermedades con el agua de un pescado que en ella cuecen, y el pescado sirve como gallina el día de la purga, aunque tienen abundancia de ellas. Los indios son todos Chiriguanas, más tratables que los de la provincia de los Charcas; no comen carne humana, pero hablan la misma lengua; son así bien dispuestos y valientes; son grandes holgazanes, como los demás, y la fertilidad de la tierra les¹ hace no acudir a las cosas de la fe como les era necesario. Admirado de esto, diciéndomelo un padre de San Francisco que salió de aquella provincia a Esteco, estandó yo allí y visitándole, me dijo no me admirase, porque, en apretando a los indios un poco a la doctrina, con sus mujeres e hijos se van 20 leguas y más de la ciudad, y tan buena tierra hallan allí y tan fértil como en la ciudad o en sus pueblos, y como uno de éstos tenga una víbora de cascabel que comer, tiene muy buena comida y cena, y no ha menester más, las cuales fácilmente las cazan y no las temen, que no temerlas parece barbaridad. Castigaron los viejos conquistadores y eriaron en mucha policía a los montañeses y a los meros españoles, como a ellos los criaron sus padres. Ningún muchacho había de hablar, ni cubrir la cabeza, ni sentarse delante de los viejos, aunque tuviesen barbas, ni los viejos al más estirado llamaban sino tú, cuando mucho un vos muy largo. A los montañeses enseñaban primero a leer, escribir y contar; luego les daban oficio, y a lo que más se inclinaban a herreros, y son primerísimos oficiales; son grandes alcaliuceros, flecheros y nadadores, recios hombres a caballo; andando en la guerra, luego quitan las calzas y zapatos y desnudan los brazos; ya han perdido esta policía, muertos los viejos, y son la gente más mentirosa del

(1) En el ms. los.

mundo, y como un hombre no trate verdad, no le pidan honra.

Esta provincia tiene muchos árboles de la tierra, frutales, más que Tucumán, y mejor madera para las casas, y el temple, como el río va declinando más al mar, se va subiendo a este nuestro polo, y así es más fresco. Santa Fe está en 30 grados y Buenos Aires en 37, donde hiela y nieva como la altura lo pide.

CAPITULO LXIX

Del puerto y pueblo de Buenos Aires.

El puerto de Buenos Aires, de pocos años a esta parte se ha vuelto a poblar, respecto de la contratación que hay del Brasil con el Río de la Plata y Tucumán; dicen distar de la boca del río 30 leguas, o pocas menos. No tiene servicio de indios, que si lo tuviera hubiera crecido mucho, y por esta razón se despobló este pueblo de Buenos Aires lo mismo que la fortaleza llamada de Gaboto. Tiene el río por aquí más de tres leguas de ancho, y la boca más de diez; cuando se despobló no pudieron los españoles traer consigo particularmente los caballos y yeguas sin que dejasen algunos.

Este ganado se ha multiplicado tanto en aquellos llanos que a los chapetones les parece montañas de árboles, y así cuando caminan y no hay un arbolillo tamaño como el dedo paralelo, viendo las manadas dicen: "¿Pues aquélla no es montaña? Vamos allá a cortar leña". Y son las manadas de los caballos y yeguas. Salen a caza de ellos como a venados; están gordos, que al primer aprentón quedan estancados; a los que son potros atan, doman y hácenlos caballos; he visto en Córdoba muy buenos caballos de éstos. Pero con ser este paraje a su tiempo muy frío se crían muchas víboras. Los venados en todo el Río de la Plata son muy grandes y no de menores aspas; las pieles curan y hacen de ellas cueros que parecen de ante, y algunos por de ante los venden. En el camino de Córdoba a Buenos Aires, y desde Santa Fe por tierra, es ne-

cesario ir muy apercebido de armas y arcabuces, y en las dormidas velarse, porque salen algunas veces indios cazadores de venados, y fácilmente se atreven contra los nuestros; sus armas son arco y flecha, como los Chiriguanas, y además de esto usan de unos cordeles, en el Perú llamados aillos, de tres ramales, en el fin del ramal una bola de piedra horadada por medio, por donde entra el cordel; éstas arrojan al caballo que va corriendo, y le atan de pies y manos con la vuelta que dan las bolas, y dan con el caballo y caballero en tierra, sin poderse menear; de estos aillos usan para los venados; pónense en paradas, y como va el venado corriendo lo ailla fácilmente.

De la otra parte del río hay una provincia de indios llamados Charrucas, no muy bárbara en algunas cosas; son hombres que guardan palabra y quieren se le guarde. Traen continuamente guerra con otros indios comarcanos Chiriguanas, aunque no caribes, y la guerra es sobre las comidas. Los Chiriguanas no labran la tierra, sino cuando están maduras las sementeras júntanse en cantidad, y con mujeres e hijos cogen lo que no sembraron. Los Charrucas, de un navío que dio en la costa en la cual habitan, cautivaron a dos españoles, uno ya hombre y otro muchacho, que con su padre venía, de edad de ocho años. Los demás todos perecieron en la costa y se perdieron con los demás navíos en que venía por marqués Juan Ortiz de Zárate, de una tierra que prometió descubrir muy poblada al rey Felipe II, de inmortal memoria, el cual antes que cumpliese lo prometido murió cerca de Buenos Aires en una isla llamada Santa Catalina, por lo cual no cumplió lo prometido, ni cumpliera, por no haber las poblaciones que imaginaba. El marqués Juan Ortiz de Zárate fue vecino de la ciudad de La Plata, a quien conocí en el Perú cuando se iba a España muy rico, adonde llegó en salvamento, y llegado a la Corte trató de hacer este descubrimiento, con que Su Majestad le hiciese gobernador del Río de la Plata y marqués de más de 30.000 indios que había de conquistar, y poblar tres o cuatro ciudades a su costa. Empero,

como fue edificio sobre arena, o por mejor decir, imaginación, así paró todo. El muchacho arriba dicho, ya hombre de veintidós años, poco más, me dijo lo que referiré, al cual hallé 15 leguas de Santiago del Estero, cuando yo iba a Córdoba, y le llevé conmigo dándole de comer y caballo hasta aquella ciudad. El pobre muchacho cautivo servía a su amo de traerle leña, agua, trabajar en la chacara y en lo que le mandaba.

De esta suerte sirvió más de catorce años, o pocos menos; me certificó que hasta entonces sus amos, convidándole con mujeres y aun con sus hijas, Nuestro Señor le había hecho merced que con infiel no se había ensuciado ni con otra. Este, viendo el daño que los Chiriguanas (nombraba la nación, que no me acuerdo, por eso los nombro Chiriguanas) hacían, un día que todos los más de los Charrucas estaban muy tristes porque los otros indios les habían llevado las comidas, dijo que si le daban licencia él vendría a Buenos Aires y pediría favor a los españoles, los cuales lo darían luego, y con ellos se podrían vengar y destruir a sus enemigos; sobre esto hubo entre los Charrucas muchos dares y tomares, y los más eran de parecer no le diesen licencia; finalmente se la dieron y él les dio su palabra de volver a su amo pasado el invierno, porque estaba desnudo y había de buscar con qué vestirse. Salíó a Buenos Aires; trató con el capitán y cabildo a lo que venía; prometiéronle al tiempo favor, y con esto despachó a dos indios que con él vinieron, tornando a dar su palabra que con los españoles o sin ellos, teniendo salud, no dejaría de volver. En Buenos Aires no halló cómo vestirse; venía a Santiago del Estero a buscar limosna para su vestido, y encontrándole yo le persuadí se volviese conmigo, pues sabía el camino, que yo le ayudaría de mi pobreza y le haría la costa; hizolo así, y vino conmigo hasta Córdoba, y es cierto que le persuadía yo, si no había jurado (decía que no), que se quedase por acá, y siempre me dijo no dejaría de volver, o con los españoles o sin ellos, porque entre aquellos indios es gran falta faltar la

palabra, y más porque a los de Buenos Aires les convenía tener amistad con los Charrucas, y desde Córdoba, en la primera ocasión, se volvió; lo que ha sucedido no lo sé, y preguntándole de cosas particulares de aquellos indios, me decía que los viejos de cuando en cuando juntaban los mozos y les avisaban no hiciesen agravio ni mal a nadie, no fuesen holgazanes y viviesen de su trabajo. Es entre estos indios gran maldad el adulterio; empero conciértanse con el marido, y fácilmente da licencia a su mujer que vaya a servir por tantos días al que se la pide; esta es mucha ceguera, y no nos hemos de espantar que hombres sin lumbre de fe no tengan el adulterio, con esta condición, por ¹ pecado ni infamia.

CAPITULO LXX

De la provincia de Cuyo, en términos de Chile.

De la ciudad de Córdoba al primer pueblo de españoles del reino de Chile, de esta parte acá de la cordillera, llamada Mendoza, hay 100 leguas tiradas, todas despobladas y llanas, camino carretero, en el cual hay algunos ríos, al tiempo de las aguas, grandes. Al río de Córdoba llaman el Primero; al que sigue, Segundo; al otro, Tercero; al otro, Cuarto, y al último, Quinto. Tercero, Cuarto y Quinto son de buenísimas aguas. El Tercero y Cuarto, poblados de indios apartados del camino real, llamados Comechingones, bien dispuestos y valientes, sujetos a la ciudad de Córdoba; sirven cuando quieren; cuando no, izquierdean. En los términos de esta ciudad, a lo menos. Cuando yo pasé por ella no había más sacerdotes que un cura clérigo y un fraile de San Francisco en su conventillo, gran conjurador de nublados; los indios sujetos no sabían qué cosa era Ave María ni *Pater noster*.

En el río Quinto hay indios de guerra que no se han reducido; aquí hallé tomillo salsero, y sólo éste, de todos

(1) Tachado: que.

estos ríos, entra en el río de la Plata; los demás se empantanar y hacen unas lagunas grandes donde se cría mucho pescado y aves de diferentes géneros en gran abundancia; los llanos abundantísimos de pastos, que si como de esto son fértiles lo fueran de aguas y ríos, creo fuera la más fértil tierra del mundo. Críanse en ellos todas las sabandijas que hemos dicho arriba, con muchos venados, vicuñas y guanacos, perdices y otros pájaros y avestruces. Vimos una cosa que nos admiró: Llegamos a un arroyo a sestear, donde pensamos no hallar agua; acaso había llovido y hallámosla; llevaron los bueyes a beber, que eran más de 60, porque llevamos 12 carretas; entre los bueyes, saliéndose de beber, metióse una cierva que había llegado a beber, pero bebió tanto que a manos la tomaron los indios; cuando la vimos con tanta barriga pensamos estaba preñada y por eso no se había escapado corriendo. Abrenla, y toda era agua; admirados, preguntamos a los indios de qué procedía aquello; nos respondieron que al tiempo del verapó los venados beben de una vez para ocho y diez días, por la falta de las aguas, y así aquella cierva había bebido tanto. Hay en este camino algunos indios de guerra, pocos, en la Rinconada, términos de Córdoba, y en la punta de los Venados, términos de Chile; empero pocas veces salen a hacer daño, porque luego son castigados por los nuestros, como se hizo poco antes que por esta Rinconada pasásemos. Nosotros uno ningún indio vimos, y si como dicen se ha poblado la punta de los Venados, no hay que temer, ni antes lo había, como no les hiciesen daño. En este camino hay despoblados sin agua de a 15 leguas y más, de la punta de los Venados adelante, y casi uno tras otro, y si ha llovido no hay falta de agua: por el camino hay unas hoyas hechas a mono por los indios que allí habitaban, donde se recoge el agua; hallámoslas llenas, y el agua muy sabrosa y fría, con ser más de mediado diciembre, donde los calores son crecidos. Salimos de Córdoba a primeros de diciembre, y llegamos con nuestras carretas a Mendoza dos días

antes de Navidad, antes de la cual corre el río de aquella ciudad, que en este tiempo es muy grande y extendido; auméntase de las aguas que corren derretidas de la sierra Nevada, y ensanchase tanto que debe tener más de tres cuartos de legua de ancho, en brazos; pasámosle por 37, unos con más agua que otros, y de piedra menuda; si en un brazo se juntara, era imposible vadearle; yo hubiera de correr un poco de riesgo en un brazo, que acertó a ser el mayor; iba delante; me eché al agua; el caballo era bueno, que desde la ciudad de Los Reyes casi caminé en él; tenía buen camino; sacóme en paz, pero no era tanta el agua que nadase; los que venían en pos de mí bajaron más abajo y pasaron más fácilmente, y las carretas sin mojarse cosa de las que en ellas venían. Pasado el río, a medio cuarto de legua, está la ciudad de Mendoza.

CAPITULO LXXI

De la ciudad de Mendoza.

Fundó esta ciudad el general Juan Jofre, vecino de la ciudad de Santiago de Chile, por orden de don García de Mendoza, que es ahora marqués de Cañete y fue visorrey de estos reinos, de quien hemos tratado en una provincia llamado Cuyo; no se pasó mucho trabajo, ni hubo batallas con los indios para reducirlos, porque ellos mismos vinieron a Santiago de Chile a pedir a don García de Mendoza les enviase españoles y sacerdotes, porque querían ser cristianos; fue el general Juan Jofre con soldados que habían quedado sin suerte después de llano Arauco, y pobló esta ciudad, a quien llamó Mendoza por respecto del gobernador; otro pobló 20 leguas más adelante, al Norte, llamado San Juan de la Frontera, en el mismo paraje que Mendoza, a las vertientes de estas sierras nevadas; la ciudad es fresquísima, donde se dan todas las frutas nuestras, árboles y viñas, y sacan muy buen vino que llevan a Tucumán o de ella se lo vienen a comprar; es abundante de todo género de

mantenimiento y carnes de las nuestras: sola una falta tiene, que es leña para la maderación de las casas; los indios comúnmente se llaman Guarpes, mal proporcionados, desvaídos; las indias tienen mejor proporción: es la gente que más en breve aprende nuestra lengua y el habla de cuantas hay en el mundo; las indias que se erian entre nosotros hilan el lino tan delgado como el muy delgado de Vizeaya: los indios, grandes ladrones y no menos borrachos: a nuestra costa nunca se ven hartos; a la suya comen poco, como los demás del Perú; de sus juegos, grandes talures: en sus tierras andan medio desnudos, y cuando les dan de vestir por su trabajo, luego lo juegan unos con otros: cuando están juntos se alaban de lo que han hurtado a los españoles; así son los de este Perú, que se alaban de que nos han mentido y engañado y hurtado lo que pueden, y lo cuentan como por gran hazaña. Es abundante toda la provincia de víboras y demás animales ponzoñosos, y de las bitas, importunísimas, grandes y pequeñas; las mismas calidades tiene San Juan de la Frontera. De ambos estos dos pueblos, de cada uno por su camino, salen indios todos los años para ir a trabajar a Chile; los de San Juan a Coquimbo y los de Mendoza a Santiago, del cuyo trabajo pagan a sus amos parte del tributo, y a ellos se les da el enarto; en su tierra no tienen de qué tributar. Es gente poca, sujeta a sus curacas, y bárbara; los tuvo el Inga sujetos, y algunos hablan la lengua del Perú, general, como en Tucumán, si no es en Córdoba, donde no alcanzó el gobierno del Inga.

CAPITULO LXXII

Del camino de Mendoza a Santiago de Chile.

Desde estos dos pueblos (como hemos dicho) se camina para el reino de Chile, de cada ciudad por su camino, por donde se pasa la cordillera Nevada, que es la misma que llamamos en el Perú Pariacaca, y si no se aguarda a

tiempo que las nieves sean derretidas, es imposible, so pena de quedarse helados. Comiénzase a pasar casi a mediados de noviembre, y desde este mes hasta fin de marzo y pocos días de abril, porque luego se cierra con las nieves. Yo lo pasé a fin de diciembre sin nieve alguna; tómase el camino desde Mendoza a Santiago, que son 50 leguas, y ándase en ocho días por sus jornadas, todas despobladas, si no es la última; pasadas dos jornadas, que estamos ya a las vertientes de las faldas de la cordillera, encontramos a mano derecha el camino Real del Inga; lo dejé a mano derecha antes de llegar a Salta siete u ocho jornadas, y a la misma mano le hallé, el cual vamos siguiendo casi hasta Santiago de Chile; el camino no es malo, ni tiene despeñadero, ni es de mucha piedra; en las dormidas no faltan pastos para los caballos ni leña; en hallando el camino del Inga vamos subiendo un valle arriba hasta ponernos al pie de la cordillera que hemos de doblar, antes de la cual, pocas leguas, no creo son cuatro, hay una fuente famosa que terná ¹ de largo más de 30 pasos, toda de yeso, por debajo de la cual pasa el nacimiento del río de Mendoza.

Esta fuente Nuestro Señor allí la puso; será de ancho más de tres varas; fui a verla de propósito, porque está del camino Real un tiro de arcabuz apartada, y como el río no llevaba agua, no pasamos por ella. Puestos al pie de la cordillera, donde se hace noche al reparo de unos peñascos grandes, saliendo de ellos, luego casi se comienza a subir la cordillera, que no tiene una legua de subida, no agria, antes arenosa y fofa, por las nieves que tienen quemada la tierra, las cuales derretidas y seca la tierra queda casi como arena muerta. Lo alto de la cordillera que encumbramos no tiene medio enarto de legua de llano, por lo cual en llegando arriba y comenzando a bajar es todo uno. Por muchas partes en este reino he atravesado esta cordillera, pero por ninguna es tan buena

(1) En el ms., *toma*.

en tiempo de verano; en invierno ya he dicho, por las nieves, que no se camina. El bajar no es dificultoso ni malo, más de que es más larga la bajada que la subida; por este camino que voy siguiendo, de cuando en cuando, a trechos, damos en unas mesas llanas, como descansaderos, y como bajamos se va moderando el tiempo hasta llegar a la dormida, siete leguas buenas, que llaman El Camarico; pero no hallaréis de comer si no lo lleváis.

De unos ojos de agua que están a dos leguas o tres enunbrada la cordillera, nace el río del valle de Quillota, por la ribera del cual vamos prosiguiendo nuestro camino, pasándolo por poca agua, después de estos ojos de agua, el cual desde su nacimiento corre por muchos peñascos, y como va bajando se va haciendo mayor y aumentando con otros arroyos que se le llegan, de suerte que al Camarico no se puede vadear, no tanto por el agua que en este tiempo lleva cuanto por las piedras grandes; le vadean los caballos descargados y con riesgo de quebrarse las piernas; este río, ya grande de cuatro leguas más abajo, o poco menos, del Camarico, se angosta mucho entre dos cerros, que no debe ser la angostura de cuatro varas en ancho, por donde todo él pasa acanalado. En esta angostura hizo el Inca un puente que hoy vive con este nombre, el puente del Inga, pero para pasar por él es necesario ir el hombre confesado; para bajar ha de ser por una peña tajada, y para subir lo mismo; tan tajada que se pasa de esta manera: a pie con alpargatas, porque no se deslice el pasajero, atadas a la cintura unas sogas, una adelante y otra atrás; la trasera la tienen los que quedan atrás, y la van largando poco a poco, porque el que pasa no resbale y dé consigo en el cárcabo del río, y en pasando arrojan la soga delantera a los que están de la otra parte; estos indios pasan más liberalmente que nosotros, sin estas sogas, porque parece tienen diamantes en las plantas de los pies; y así le aizan arriba, de suerte que el pasajero lleva dos sogas atadas a la cintura: una delante para subir y otra detrás para descender, y por aquí pasan

y han pasado mujeres y ninguna se ha despeñado; yo no pasé por este puente, sino por otro de madera que se había hecho poco más arriba, pero al poco tiempo le mandó el gobernador quemar para que no huyesen los soldados a la provincia de Cuyo permaneciendo aquel puente. Ya pasada esta cordillera, no hay animal ponzoñoso en todo lo descubierta de Chile, y es tan limpia tierra cuanto de las vertientes a Tucumán es sucia. Desde este puente a Santiago se camina en tres días, ya por tierra apacible y fértil.

CAPITULO LXXIII

Prosigue el camino de Copiapó a Coquimbo.

Esto en breve he dicho, cuanto ha sido posible. Hemos de volver al otro camino de Chile que corre por la costa, hasta llegar a la misma ciudad de Santiago. Dijimos que Morro Moreno era como término del Perú y Chile, dividiendo los linderos, desde donde ventean Nortes, y mientras más arriba más recios. El primer pueblo de la jurisdicción de Chile es uno de indios, en el valle llamado Copiapó, y el pueblo así se llama, donde los que vienen cansados del largo despoblado de Atacama descansan y se rehacen; es valle angosto y pequeño; el río, fértil de mantenimientos, y se dan en él cañas dulces de donde el amo saca buena miel. Nunca tuvo muchos indios; ahora tiene menos; fueron belicosos y lo son, por ser casi parientes de los de Calchaquí; mas, como se han apocado, también sus fuerzas; los pocos, poco pueden. De aquí a Coquimbo ponen 60 leguas a arbitrio de buen varón, todas despobladas, si no es un valle llamado el Guasco, 10 leguas de Coquimbo, de pocos indios. El valle, fértil y para viñas bueno, cuyo vino es muy bueno; todo el camino hasta este valle es falto de agua; hay en las dormidas jagüeyes de agua salobre, pero a falta, bebedera. Del Guasco en día y medio se ponen en Coquimbo los que van despacio.

CAPITULO LXXIV

De la ciudad de Coquimbo.

La ciudad de Coquimbo es la primera del reino de Chile, puerto de mar capacísimos: el surgidero, a dos leguas del pueblo y seguro; carece de agua y de leña: todo se lleva en carretas. Se fundó sobre una barranca, no media legua de la playa, donde el mar es de tumba; es el mejor temple que creo hay en el mundo, porque ni hace frío ni calor, en ningún tiempo, que sea penoso; cuando el invierno llueve tres veces, es milagro. El río, de buenisima agua, que riega la campiña, donde se dan todas las frutas nuestras, viñas y aceitunas, en unas partes mejores que en otras; no son tan gruesas como las de los llanos del Perú, pero muy buenas, mayores que la manzanilla grande de España; si en esta tierra lloviera, abundara en ser riquísima de oro, porque diré lo que allí me afirmaron, y no es fábula: en los vientres de las lagartijas se halla oro, y se descubrió de esta manera: un indio de aquel pueblo pagaba muy descansadamente su tributo, seis pesos en oro cada año, sin ir a las minas ni trabajar sino en su chacarilla y casa; apretáronle de dónde sacaba su tributo; dijo que de las lagartijas del campo, y es así que llegando el tiempo de pagarlo se iba a caza de lagartijas al campo, no lejos de la ciudad, y abriéndolas sacaba cuatro o cinco tomines de oro, y, si no me engaño, estando en aquella ciudad me enseñaron el indio; y no es milagro, porque el oro no se criaba en las barrigas de las lagartijas, sino, como de tierra se mantengan, a vuelta de ella comen algunos granillos de oro. Las minas que a poco más de 15 leguas de esta ciudad se labran, de oro, desde el tiempo del Inga, por una perdiz se descubrieron; y ésta es tradición: llegando el capitán general del Inga que iba conquistando, cerca de estas minas, que se llaman Andacollo, y asentando su real, le trajeron unas perdices, que son muy buenas, en cuyos papos hallaron unos granillos de oro (los indios de Chile no conocían oro ni plata); trajéronse al

capitán general; preguntó dónde habían muerto aquellas perdices; respondieronle: "En aquel asiento." Mandó lavar y lavar; sacó mucha cantidad, y perseveró en esta riqueza muchos años, aun en tiempo de los españoles, y hoy persevera no en tanta cantidad; es muy fino, porque sube de la ley; este asiento sólo se labra en los términos de esta ciudad un poco adentro de la cordillera, donde hace muy buen frío, y labran en él todos los años nueve meses pasados de 250 indios, y cada año se sacan 75.000 y 80.000 pesos, sin lo que los indios aplican para sí; y en tres meses que dejan holgar aquella tierra se torna a criar y producir otro tanto oro, lo cual, a los que no lo han visto, les parece fábula, y es verdad lo que hemos dicho.

Esta ciudad es abundante de pescado muy bueno; péscanse algunos atunes: no andan en cuadrillas como en España, sino de uno en uno; sale el indio pescador en busca de él dos y más leguas al mar con su balsilla de cuero de lobos; lleva su arpón, físgale, dale sogas hasta que se desangra; desangrado, le saca a la costa; vienen desde Arica a este puerto, que son más de 250 leguas costa a costa, barcos a hacer sus pesquerías de tollos, que son muy buenos y en cantidad; lizas y corvinas. He visto en este puerto cuatro barcos de pescadores venidos de Arica, poco menores que bergantines. Por cima del pueblo pasa una acequia grande de agua para todas las casas de la ciudad y para regar las haciendas que están cerca de ellas; las casas tienen sus huertas dentro, con naranjos, limones, membrillos, etcétera. Los vecinos viejos ya se han acabado y los hijos son como los del Perú; los vecinos de esta ciudad son afables y bien partidos; no tienen las condiciones que los de puerto. Es pueblo de mucha recreación por la caza de perdices y de pesca en unas lagunas junto al mar, donde se crían lizas y otros peces y patos de agua; los indios pescan graciosamente: unos con volantines arrojados, en los cuales empalman los anzuelos grandes, y en

(1) En el ms., *las*.

ellos el cebo, que sacan de las conchas, atado con un hilo; arrójanlo cuanto pueden en el mar, ellos en el rebalaje de las olas a la rodilla, el volantín atado a la muñeca, y no parece sino que ven el pez que pica, y con la mano derecha dan un golpe en el volantín y luego halan; pescan de esta suerte lizas grandes, corvinas y tollos y lenguados. Vi una vez a un indio así pescar, y el pez que picó debía ser grande, porque se llevaba al indio al tumbo de la ola; quiso Dios se rompiese el volantín; si no, corría riesgo de ahogarse; no tenía con qué cortar el volantín. Otros entran casi hasta la ola donde quiebra, con sus fisgas de tres harpones, y en el tumbo de las olas vemos las lizas y demás peces; arrojan la fisga, y es cosa de ver qué ciertos son a dar en el pez; luego halan a fuera y sacan su pescado. Aquí se descubrieron minas de cobre de lo bueno del mundo, lo cual se trae a Los Reyes, y de ello se ha labrado la artillería para la defensa del puerto, para armar las galeras y demás navíos de armada.

De esta ciudad para Santiago hay dos caminos: uno por la sierra, que se sigue en tiempo de aguas; otro casi por la costa del mar; ponen 65 leguas de camino; en esta distancia hay tres valles muy buenos y fértiles; el primero se llama Limari; el río, no pequeño; buen agua, buenas viñas y mejor vino. El segundo se llama Choapa; más ancho el río, mayor y más fértil, en el cual hasta ahora no han plantado viñas; aquí hay un poblezuelo de indios, de los que allá quedaron del ejército del Inga; es abundante de pescado. El nacimiento de este río es de oro, y en tiempo que se derriten las nieves es muy grande; más adelante es el valle de Quillota, con otro río no de tan buenas aguas; es el que dijimos pasarse por el puente del Inga, mayor, y que no todas las veces se deja vadear; aquí se da mucho maíz, trigo y demás mantenimientos, y el cáñamo muy crecido, donde hay otro poblezuelo de indios; debe distar de Santiago 22 leguas; las más llanas, que al invierno son trabajosas de caminar porque se empantan y parece el campo un mar; empe-

ro, como la tierra es recia, no hay mucha ciénaga; si no son en estos tres valles, no hay casas donde hacer noche; se hace debajo de arrayanes más crecidos que los de España, porque de ellos se sacan vigas para enmaderar.

A su tiempo hay muy buenos pastos para los caballos, y en estos campos se criaba abundancia de ganado vacuno, y era tanto la primera vez que por allí pasé, ahora veinticuatro años, que se nos venían los toros a las dermidas, todo hecho cimarrón; no se conocía cuyo era en los términos de Coquimbo, que corren hasta el valle de Choapa; ahora no hay ninguno porque los vecinos de Coquimbo lo han consumido matando con dejarretaderas; cual más podía, más mataba, sacaban el sebo y hacían cecinas, todo lo cual emharcaban para Los Reyes; en lugar de este ganado se crían al presente abundancia de perros cimarrones. Cerca del valle de Choapa, gobernando don García de Mendoza a Chile, se descubrieron en este camino real las minas de oro que llamaron del Espíritu Santo, riquísimas, de donde los vecinos de Santiago y Coquimbo sacaron millares de pesos; acabáronse temprano y los vecinos no sé qué hicieron de tanto oro; sí sé: gastaron sin discreción y vinieron a quedar pobres, y sus hijos mucho más.

CAPITULO LXXV

De la ciudad de Santiago.

La ciudad de Santiago, cabeza de obispado y al presente del reino de Chile, se fundó por el gobernador don Pedro de Valdivia en demasiado llano, en un sitio nombrado de los indios Mapocho, a la ribera de un río; el invierno grande y peligroso para la ciudad; el verano, que es al revés de España, se pasa de piedra en piedra; ni tiene barranca ni madre, por lo cual se ensancha, y siempre para la ciudad, la cual si no repara se la ha de llevar, como ya estuvo a pique de ello. Es abundantísima de todo género de mantenimientos de vino y frutas de las nuestras, huenísimas, almendras y aceitunas, si estos

dos árboles y ninguno otro de los nuestros no tuvieran contrario, porque el almendro comienza a florecer en medio del invierno, por julio; al principio cae un hielecillo, arrebátale la flor; y el aceituno, al tiempo que está en flor suele venir una niebla que se la abrasa; todos los otros árboles nuestros no padecen¹ detrimentos, ni los naranjos ni limoneros, que se dan dentro y fuera de la ciudad. También suelen venir algunos hielos sobre las viñas, a las cuales, cuando están en cierne, no le son buenos amigos.

Distra esta ciudad de la cordillera tres leguas, y con todo eso el calor a su tiempo de día y de noche es crecido, y el frío en el suyo; a este tiempo suelen venir algunas borrascas de nieve tan buenas como en Salamanca, con tanto Norte que arrancan los árboles de cuajo, y a los que no, con la mucha nieve que cae sobre ellos los desgaja; es pueblo lluvioso desde mediado abril, que comienzan las aguas cotidianamente, hasta agosto; unos años son más, otros menos, como en todos los reinos, que es cuando comienzan los nortes, los cuales en este reino son recísimos, y mientras más arriba, más vehementes, y al principio son poco menos que pestilencia; traen mucho catarro y dolor de costado consigo, y asimismo en todo el Perú, como actualmente lo experimentamos en este valle de Jauja, donde escribimos esto; tres meses no ha dejado de correr y nos ha traído el sarampión a los niños y viejos y mozos, y a las viejas bastante catarro, con el cual se ha llevado no pocas. Los vecinos y moradores todos tienen sus viñas, cual mayor, cual menor, y tierras de pan, donde cogen trigo, maíz, garbanzos, lentejas, melones y las demás legumbres, de suerte que no hay plaza donde se venda cosa alguna ni pulpería; las camuesas y manzanas que se dan, parece no creíble; con ellas se engordan los cebones². El que no las tiene, con enviar una carreta a casa de un vecino se la darán de balde, y así se hace. Un buen hombre portugués, un poco fue-

ra de la ciudad, aunque ahora ya están dentro, plantó cuatro cuadras, unas frontero de otras, todas de camuesos y manzanas, que al tiempo de la fruta entrar en ellas es entrar en una casa de olores, y no le sirven más que de perderse y darlas a carretadas. La comarca desde las tejas de la ciudad es abundantísima de todo género de ganado: en los campos, hatos de yeguas cimarronas, de donde cada año sacan no pocos *caballos* para la guerra; algunos salen buenísimos; fuera de esto hay crías de caballos; los mejores son de Alonso de Córdoba, que también la tiene de mulas que envía a Potosí, y aprueban muy escogidamente; allá no se usan, porque la tierra es cenagosa, particularmente de la ciudad de Chillan adelante.

Todo este reino es faltísimo de sal, desde Coquimbo a Osorno y Chilué; llévase en navios de acá del Perú y es una de las mejores mercaderías; vale en Santiago de Chile una fanega de sal 12 pesos de oro de 20 quilates, que es el de contrato. Aunque proveyó Dios en el distrito de esta ciudad, 12 leguas de ella, una laguna que es común, donde debajo del agua (no es fábula) se cría la sal, y en el verano a tal tiempo se desacota, a donde van los indios, y vecinos envían sus carretas y traen la que pueden; andan los indios que la sacan en el agua hasta la rodilla y con las manos sacan la sal. que en unas seras de paja echan; es negra, empero para guisar de comer y salar cecinas es bastante. Si el año ha sido lluvioso¹ hay poca sal; si un poco seco, hay mucha; empero la sal del Perú siempre tiene su precio. Cae también al verano a la redonda de Santiago el rocío sobre ciertas hierbas, el cual, cuajándose en ellas, se vuelve sal, como el rocío sobre los sauces se vuelve maná; ésta es muy poca; los indios cogen estas hierbas en unas mantas, sacúdenlas y la sal despidese de ellas; es como cosa de fruta. Truena poco y llueve muy suavemente tres y cuatro días sin cesar; miramos a la parte del Sur si comienza a

(1) En el ms., *parecen*.

(2) En el ms., *cevonones*.

(1) En el ms., *lluvioso*.

aclarar un poco, y si aclara, la serenidad es cierta; es muy lodosa, por ser fundada en tanto llano y porque el servicio es de carretas, y, por el consiguiente, en el verano es de mucho polvo. Sustenta cinco conventos: el nuestro con casi 30 frailes y estudio; el de San Francisco, con otros tantos; la Merced, seis o siete; los que tienen San Agustín y los padres de la Compañía no lo sé, porque se fundaron después que yo salí de aquel reino. Sustenta también otro monasterio de monjas sujetas al ordinario; la Orden que profesan son de las de la Encarnación de Los Reyes; debe tener 25 monjas de velo. La gente de la ciudad es muy afable y bien partida, y la que sustenta y ha sustentado de cuarenta años a esta parte la guerra contra Arauco, que si no, ya se hubieran despoblado algunas ciudades de las de arriba, en particular la Concepción. Los campos son abundantes de madera y muy buena, roble y otra que llaman Canela, porque huele un poco a ella y los polvos hacen estornudar bastantemente; acipreses en la cordillera muy gruesos, muy altos y olorosos; yo fui a cortar unos pocos para nuestro convento, 12 leguas del pueblo, y corté aciprés y acipreses, que cuatro indios hacheros cortando uno sólo, no se veían el uno al otro; se traen ajorro; de aquí se proveen los mantenimientos y pertrechos para la guerra. Sobre esta pobre ciudad cargan las derramas a nunca pagar, sin perdonar a viuda ni huérfana. Es de cuando en cuando molestada de temblores vehementes, y es cosa no creíble; las casas cuyos cimientos son sobre la tierra no padecen detrimento con ellos; las que los tienen fondos, éstas corren riesgo y se abren; los temblores no son de vaivén como los de este reino, sino como saltando para arriba, y son más peligrosos. Conócese fácilmente cuando ha de venir el temblor: si a la puesta del sol a dos horas antes, a la parte del mar hay una barba (así la llaman los marineros) de nubes que corre Norte-Sur, es cierto aquella noche u otro día el temblor. Uno vi en esta ciudad; me dio más miedo que los que he visto en este reino.

CAPITULO LXXVI

De las demás ciudades de Chile.

De la ciudad de Santiago, de quien acabamos de decir, a la ciudad de la Concepción, ponen 70 leguas de las buenas; todo el camino es fértil para ganados de toda suerte, para trigo y maíz y demás legumbres, y viñas, en el cual camino nos encontramos con algunos ríos malos de vadear, y vienen crecidos en verano con mucha agua que proviene de las nieves que se derriten de la cordillera, como son Maipo, Cachapoal, Maule, Ñuble, el río de Itata; los cuales en invierno llevan poca agua, y los arroyos, cuyos nacimientos no es de las sierras nevadas, traen mucha agua. Esta ciudad de la Concepción es puerto de mar, con abundancia de pescado, y seguro si no es cuando reina Norte en el invierno, y muchas veces en el verano, porque ningún mes hay en todo este tiempo que no viente poco o mucho, y siempre trae agua, la cual azota las paredes¹ de las casas, y es necesario, por ser de adobes o tapias, forrarlas con alguna cosa que las defienda del agua. Su asiento es sobre una ciénega junto a un arroyo pequeño. Poblóse aquí porque la guerra no ha dado lugar a otra cosa, y los vecinos tuviesen agua seguramente; en tiempo de paz, antes de la muerte del gobernador don Pedro de Valdivia, fue muy abundante de naturales, los cuales se han consumido con la guerra de más de cincuenta y cuatro años a esta parte, y con matarse los unos a los otros como fácilmente lo hacen, así en las borracheras como con ponzoña, sin que se les castigue nada. Repartimientos de 600 indios tributarios y más no tienen hoy 20 indios, y así al respecto. Es abundante de todas comidas el suelo, y de oro, si hay quien labre la tierra y lo saque; junto al pueblo están las viñas y se hace vino, aunque no tan bueno como el de Santiago, porque la uva no madura a ponerse dulce. Los edificios son pobres respecto de la guerra continua, y bajos respecto de la vehemencia de los vientos. El invierno

(1) En el ms., *paderes*.

es asperísimo, con Nortes y lluvias; el verano es templado. Ahora cuarenta años se retiró el mar, y después salió con tanta furia y bramidos que casi anegó todo el pueblo, y luego sucedieron terremotos muy frecuentes, que cebaron la mayor parte del pueblo por el suelo, y el año pasado de 604 sucedió, a las cinco de la tarde, otra inundación del mar, con tanta vehemencia y bramidos que anegó la mayor parte del pueblo, y en el convenio del señor San Francisco, donde yo residía y vivo, derribó la cerca, que es de piedra, por tres o cuatro partes, y se llevaba las piedras grandes como si fueran paja; anegó todo el convento, y cuando se retiró dejó algunas lizas y otros peces en el claustro, y me compelió a mí y a otros salir por las paredes; y el fuerte, que es de tapias, arruinó, llevándose las y dando con ellas más de 20 pasos adelante. Si esta inundación fuera de noche pereciera mucha gente, y si algún temblor viniera se arruinara todo el pueblo; fue Nuestro Señor servido que la inundación fuese de día y no sucediese temblor alguno.

CAPITULO LXXVII

De algunos otros pueblos de este reino.

De la Concepción, llegándonos a la cordillera Nevada, dista la ciudad de San Bartolomé de Gamboa 12 leguas, cuatro de la cordillera; la pobló el gobernador Martín Ruiz de Gamboa en buen sitio, llano; la comarca de muy buen suelo, fértil de todo género de comidas y viñas, junto a un río que cría muy buenas truchas y otros peces de buen gusto. Aquí no alcanzan tanto los temblores. Casi toda la madera de las casas es de ciprés muy oloroso, que se cría en mucha cantidad en la cordillera, en la cual, en valles que hay en ella, estaban poblados indios que llamamos Puelches, bien dispuestos, belicosos, los cuales, así por nuestra parte, defendiéndonos de ellos, como por las guerras civiles que entre sí han traído, se han acabado casi todos.

Ongol.—Dista de este pueblo la ciudad de Ongol, por otro nombre llamada de los Infantes, poblada por don García de Mendoza, marqués de Cañete, siendo gobernador de este reino, de muy buena gente, en un llano cuyo suelo tiene las propiedades de San Bartolomé y de la Concepción; hace ventaja en las viñas, porque el vino de aquí es muy bueno; tenía abundancia de indios comarcanos y belicosos, los cuales después de la muerte del gobernador Martín García de Loyola se rebelaron y compeliaron a despoblar el pueblo, el cual despobló el gobernador don Francisco de Quiñones; si fue acertado o no, otros lo dirán.

Ahora Alonso García Ramón lo pretende poblar y envía gente para ello, porque conviene así para que los pocos indios rebelados se reduzcan al servicio de Su Majestad. No se puebla donde estaba antes, aunque cerca de allí, sino más llegado al río llamado Biobio, por impedir el pasaje a los indios de Puren y a otros.

De aquí a la ciudad Imperial ponen 18 leguas, en medio de las cuales está la quebrada Honda que llaman, donde cotidianamente se hallaban indios de guerra emboscados para hacer suerte en los nuestros que caminaban por allí. Esta ciudad, antiguamente, cuando la pobló Valdivia, era abundantísima de indios más que otra alguna. Vecinos hubo que tuvieron encomendados 25.000 indios y más, como fueron el adelantado Jerónimo de Alderete y el gobernador Villagrán, y otros 18.000, y a 15.000 indios, y desde abajo; todos estos indios eran dóciles y pacíficos, y pretendiendo echar de la tierra a los españoles se concertaron de no sembrar un año; las justicias no advirtieron en ello; llegó el año del hambre, perecieron casi todos y se comían los unos a los otros sin perdonar padre a hijo ni hijo a padre, y se halló indio que se cortó un pedazo del muslo y se lo comió asado.

De esta suerte los repartimientos muy grandes no quedaron en 1.000 indios, y los menores casi en ninguno, los cuales después de la muerte del gobernador Loyola se rebelaron, cercaron la ciudad

y la tuvieron en mucho aprieto de hambre; los que persuadieron esta rebelión fueron los indios más regalados de los españoles, y criados desde niños en sus casas, más ladinos que nosotros. Salió de la Concepción el gobernador don Francisco de Quiñones, y la despobló, y así está hoy, y los indios con sus guerras civiles se han menoscabado y se van menoscabando, de suerte que cuando se vuelva a reedificar habrá muy pocos naturales. El suelo es abundante para todo género de comidas y ganados, y es rico en oro, principalmente el río que llaman de las Damas; aquí no llegan las uvas a madurar de suerte que se pueda hacer vino de ellas. Dista del mar aún no seis leguas, de donde se proveía de pescado; tiene cerca la provincia de Puren, que siempre la ha fatigado con guerra. De aquí a la Villa Rica, un poco más metida en la cordillera, ponen 17 leguas, con dos ríos en medio que no se dejan vadear; púsanse en balsas o canoas; el suelo es rico de oro; por eso la llamaron la Villa Rica. Muerto Loyola, también se rebelaron los naturales y la pusieron en tanto aprieto de hambre que murieron casi todos los nuestros de ella, y no quedaron sino 12 ó 15 soldados, tan sin fuerzas y flacos para defenderse que fácilmente los indios entraron en la ciudad y mataron los pocos que habían quedado. Robáronla y quemáronla, y así está hoy destruida; esta ciudad tuvo continuamente guerra con los indios de la cordillera, que usan de hierba casi irremediable.

CAPITULO LXXVIII

De la ciudad de Valdivia.

Desde esta Villa Rica a Valdivia ponen otras 15 ó 20 leguas; fue muy rica de oro que subía de la ley; parte de ello se sacaba en sus términos, y parte o lo más venía de la Villa Rica a fundirse allí y marcar. Pobló el gobernador Valdivia esta ciudad a la ribera de un río navegable y seguro, adonde los navíos llegaban a surgir tan cerca de la barranca del río adonde se fundó el pueblo, que las gavias llegaban a las ventanas,

y para embarcar y desembarcar no era necesario batel, sino echar una tabla ancha y entrar y salir por ella. Hubo hombre que a caballo entró y salió de un navío. Es abundante de mucho monte de buena madera para edificios, que era el trato de esta ciudad, donde había muchos ingenios para sacar y aserrar la madera.

El suelo, para maíz abundante; el trigo se sembraba 10 ó 12 leguas de la ciudad en unos llanos que llaman de Valdivia, donde acudía con abundancia; traíase al pueblo parte por tierra hasta el río, de donde en canoas se proveía la ciudad. Ahora hace treinta y cinco años, poco más o menos, sucedió un temblor tan vehementemente que asoló cinco ciudades de este reino: La Concepción, Imperial, Villa Rica, Osorno y esta de Valdivia; y a un navío que estaba surto en este río lo sacó y echó en tierra buen trecho de donde estaba, que nunca más se aprovecharon de él y allí quedó como el arca de Noé en los montes de Armenia. Este río procede de una laguna grande de la cordillera Nevada; desemboca por entre dos cerros; con el terremoto se juntaron los cerros y el río quedó en seco por algunos años, hasta que creciendo la laguna emparejó y rompió por medio de los dos cerros, que se juntaron con tanta vehemencia y tanta agua, que robó mucha parte de los llanos arriba dichos y se llevó mucha cantidad de naturales y la ciudad corrió algún riesgo, y desde entonces corre el río por su madre como antes. Permaneció esta ciudad en mucha abundancia, así de oro como de comidas, hasta que ahora hace quince años, víspera de Santa Catalina, por los pecados de los que en ella vivían Nuestro Señor la castigó, enviando sobre ella muchos indios, así de los sujetos como de los de la Imperial, después de la muerte del gobernador Loyola, y de noche los indios dieron en la ciudad y la entraron, saquearon y mataron todos los que en ella había varones, y se llevaron más de 300 mujeres mayores y menores, niños y niñas; robaron las tiendas y las iglesias, y en las imágenes hicieron grandes crueldades, siendo todos bautizados y casados y ladinos, y los más ladinos ma-

ores crueldades hacían en los nuestros, y hasta hoy no se han rescatado ni podido rescatar las mujeres, niños ni niñas, porque a todos los varones los han matado: mas como Nuestro Señor castigó aquella ciudad, también castiga a los naturales porque se volvieron a las antiguas bestialidades de sus padres, matándose los unos a los otros, como lo hacen, así en borracheras como con ponzoña. Será muy difícil reedificarse aquella ciudad por la falta de los naturales y aspereza de la tierra y para nosotros ser infructífera.

CAPITULO LXXIX

De la ciudad de Osorno.

De Valdivia a Osorno, que la pobló don García de Mendoza, marqués de Cañete, de mucha y muy buena gente, hay 22 leguas de camino; cuando se pobló era abundante la comarca de naturales que fácilmente, al parecer, recibieron la fe y comenzaron a recibir la policía humana, vistiéndose como nosotros y acudiendo a las iglesias en sus pueblos con algún cuidado. El suelo era muy abundante para comidas y ganados. Muerto Loyola, también estos indios, aunque se habían disminuído mucho, que no llegaban a 8.000, se rebelaron, cercaron la ciudad y la entraron y quemaron las iglesias, y en las imágenes hacían lo mismo que los de Valdivia; pusieron a la ciudad en mucho aprieto de hambre, y cuando la entraron y saquearon se llevaron una monja profesa de San Francisco y se la tuvieron allá algunos años, hasta que el capitán...⁽¹⁾ la sacó y la restituyó a su Orden. Estos indios, en un encuentro, mataron al coronel Francisco del Campo, yendo por comidas para la ciudad de Osorno con otros españoles, como diremos; finalmente, en tanto estrecho pusieron a Osorno, que compelieron a todos los cercados, con el mejor orden que les fue posible, dejar el pueblo y despoblarlo e irse a la ciudad de Castro, que por otro nombre llaman Chilué, de la que

luego diremos, 35 leguas, poco más o menos, de Osorno; donde en el camino padecieron mucho trabajo de hambre, ciénagas, ríos, y las pobres mujeres padecían más porque algunas caminaban a pie. Los naturales de Osorno luego consumieron todo cuanto ganado ellos tenían, y lo que guardaban de sus amos, porque había más de 400.000 ovejas de Castilla, más de 50.000 vacas, más de 40.000 yeguas y mucha cantidad de ganado porcino, y en tan breve tiempo lo consumieron todo, que el día de hoy, que no hace cinco años que se despobló Osorno, no se halla en el distrito una cabeza de ningún ganado. Consumiéronlo, porque si los españoles volbiesen a reedificar a Osorno no hallasen qué comer. Hicieron otra cosa en gran daño suyo: que no sembraron, y faltándoles las carnes faltóles las comidas, y sobre el hambre dieron en comerse unos a otros, y así se han consumido y acabado, que no hay hoy 2.000 indios; tomaban un cuarto de indio, echábanlo en el camino y emboscábanse; pasaban otros indios de ellos mismos, arrebatában la carne, salían los emboscados y matábanlos y comíanselos. En estas bestialidades y otras han caído por sus pecados, ya políticos ladinos, vestidos como nosotros, los más de ellos ricos de todo género de ganados; ninguno sabía cultivar la tierra sino con bueyes de su propiedad.

CAPITULO LXXX

De la ciudad de Castro.

En 42 grados de altura hay cantidad de islas, unas mayores, otras menores; unas más pobladas que otras, de a legua, de a dos leguas, entre las cuales hay una, la mayor, llamada Chilué, de tres leguas de largo y de siete u ocho de circuito; fue muy poblada de naturales, donde los españoles poblaron una ciudad llamada Castro, adonde se recogieron los que vivían en Osorno. Esta isla, con las demás, no tiene suelo para trigo; se da poco y mal, por ser la costelación muy lluviosa; para cebada es mejor y para papas, que son como tur-

(1) En blanco en el manuscrito.

mas de tierra de Castilla, sino que se siembran a mano y crecen mucho, de a dos y tres libras, de razonable mantenimiento. Los ganados nuestros multiplican, no con tanta abundancia como en la tierra firme; es abundante de mucha madera, y desde esta isla al estrecho de Magallanes, que son 12 grados, la tierra es muy áspera, la costa muy brava y sin puertos, poco poblada, aunque los que en ella viven son como gigantes. La isla es pobre de oro; plata, ni por imaginación se halla en ella. Los años pasados un pirata inglés, el tercero que desembocó por el estrecho, llegó allí, saqueó el pueblo y mató al cura, un clérigo muy honrado y buen cristiano; predicando lo mandó arcabucear; sabido por el coronel Francisco del Campo, antes que le matasen, como hemos dicho, salió de Osorno con 40 soldados, poco más, y entró en Castro; vino a las manos con el pirata, le mató 18 ó 20 luteranos; el pirata se escapó por la codicia de nuestros soldados, que se ocuparon en robar lo que los luteranos enemigos habían robado. Algunos naturales de la tierra firme inquietan a los nuestros, por lo cual se ha puesto un presidio de soldados en un puerto, 20 leguas de Castro, llamado Calermapo, con que se refrenan estos indios. Y esto en cuanto a los pueblos españoles de este reino de Chile.

CAPITULO LXXXI

De los obispos de este reino.

El primero, aunque no se consagró, fue don Rodrigo González, clérigo que se halló en la conquista de este reino con don Pedro de Valdivia, y fue su confesor; varón afable y predicador; murió de gota, recibidos los Santísimos Sacramentos; a quien sucedió el obispo Barrionuevo, de la Orden de San Francisco, varón religioso, de muchas y buenas partes; también murió en buena vejez; a quien sucedieron dos obispos, porque se dividió este reino en dos obispados; en el de Santiago, que llega hasta los Canquenes, seis o siete leguas adelante del río de Maule.

En el de Santiago sucedió Fr. Diego de Medellín, deudo nuestro, varón gran religioso de la Orden de San Francisco, que fue provincial en el Perú de su sagrada religión, de gran ejemplo y cristiandad, así en España como acá; acabó de hacer la iglesia mayor de Santiago y el coro, y falleció en buena vejez, casi sin calentura, hombre ya de noventa años.

El otro obispado se llamó de La Imperial, desde los términos de los Canquenes hasta Chilué; fue proveído en él por primer obispo Fr. Antonio de San Miguel, de la misma Orden, varón de muchas y loables virtudes; gobernó con mucho ejemplo y cristiandad y fue casi como profeta del castigo que Nuestro Señor, por nuestros pecados, lleva adelante en estos reinos, predicando a los españoles que en ellos viven y vivían se volviesen a Dios e hiciesen penitencia y enmendasen sus vidas, porque le adivinaba su corazón había de caer la mano pesada de Dios sobre las ciudades que ahora están despobladas, como ha caído; fue promovido al obispado de Quito, en cuyos términos, 25 leguas antes de llegar a su silla, murió loabilísimamente en un pueblo llamado Riopampa.

Sucedíole en el obispado de La Imperial don Agustín de Cisneros, arcedian, varón docto en cánones y muy principal, de buenas y loables costumbres; gobernó cinco o seis años con muy buen ejemplo de vida y acabóle una enfermedad de gota; a quien sucedí yo, sin marecerlo¹, en este tiempo tan trabajoso, donde era necesario un varón de grandes partes y virtudes para ayudar los trabajos de los pobres y socorrerlos en sus necesidades; empero falta lo principal, que es la virtud, y el posible, por ser el obispado paupérrimo, que apenas me nuedo sustentar y no tengo casa donde vivir, que si en San Francisco no me diesen dos celdas donde vivir, en todo el pueblo no había acomodo para ello; con todo esto, tengo más de lo que merezco, porque si lo merecido se me hubiera de dar, eran muchos azotes.

(1) Al margen: Fr. Reginaldo.

CAPITULO LXXXII

De los prelados y religiosos de las Ordenes.

La primera religión que pasó a este reino fue la de Nuestra Señora de las Mercedes; no sé qué cualidades tuviesen los religiosos, porque de ellos hay poca memoria. Después vinieron religiosos de la Orden de San Francisco, y entre ella el padre Fr. Cristóbal de Rabaneda, predicador, que fue provincial, con otros de buen ejemplo que comenzaron a poblar en los pueblos de los españoles y a adoectrinar a los naturales desde Coquimbo hasta Chilué. El padre Fr. Francisco de Montalvo fue varón muy religioso, buen predicador y provincial, a quien sucedió el padre Fr. Domingo de Villegas, religioso de buen gobierno y esencial; después del cual sucedió el padre Fr. Juan de Tobar, a quien los indios mataron con dos compañeros cuando el gobernador Loyola; ahora esta provincia está sujeta a la de Lima; la gobierna con título de vicario provincial el padre Fr. Juan de Lizárraga, loablemente, muy buen predicador y deudo nuestro. Nuestra religión vino la postrera, y el primero que de nuestros religiosos entró en este reino con don García de Mendoza fue el padre Fr. Gil González Dávila, varón docto, gran predicador, muy esencial, de muy buen ejemplo, con un compañero llamado Fr. Luis de Chaves, el cual, aunque no era docto, sus buenas costumbres suplían la falta en esto; después le sucedió el padre Fr. Lope de la Fuente, muy buen religioso y gran lengua en la del Perú, y llegado acá en breve tiempo aprendió la de los naturales y les predicó con mucho ejemplo de vida, así en el distrito de Santiago como en esta Concepción, en Arauco y Tucapel y en las demás ciudades; vino este religioso padre por vicario provincial, a quien en el mismo cargo sucedió el padre Fr. Jerónimo de Valenzuela, buen predicador, y cumplido su término se volvió al Perú; a quien sucedió y vino por visitador el padre Presentado Fray Diego de Niebla, religioso muy docto; después de lo cual el Rvm General de

nuestra Orden, desde Lisboa, sin yo imaginarlo ni pedirlo, dividió esta provincia de la del Perú, y me nombró provincial de ella, sin merecerlo; hice lo que se me mandó y vine por tierra desde la ciudad de Los Reyes, donde era prior de nuestro convento; por tierra, que, como tengo dicho arriba, son más de 800 leguas, las más de las 300 despo-bladas y de diversos temples; llegado a Santiago, hice lo que pude y no lo que debía, porque soy hombre y no puedo prometer sino faltas; acabado mi provincialato me sucedió el padre Fr. Francisco de Ribero, buen predicador, a quien sucedió ¹ el que ahora gobierna, Fr. Acacio de Naveda, hijo de este reino, que hace su oficio y ha poblado en la provincia de Tucumán y del Río de la Plata cuatro o cinco conventos, de pocos frailes porque la pobreza de la tierra no admite más.

CAPITULO LXXXIII

De los gobernadores de Chile.

El primero de los gobernadores de Chile y el que lo conquistó fue don Pedro de Valdivia, hombre hidalgo de guerra y ánimo, de gran conocimiento, y en particular para elegir y poblar ciudades; su fin y muerte no lo trato porque otros ya lo han hecho. El segundo fue don García de Mendoza, ahora marqués de Cañete, hijo del valeroso y gran limosnero don Andrés Hurtado de Mendoza, que domó la soberbia araucana cuando la tierra hervía con indios, soberbios por la muerte de Valdivia y victoria que contra él y otros capitanes nuestros alcanzaron por justo castigo de Dios, con los cuales, entrando más de 25 veces en batalla, siempre los venció, su-jetó y dejó la tierra tan llana como la del Perú, gastando en menos de cuatro años que fue gobernador de aquella tierra mucha hacienda que su padre desde el Perú le enviaba, no de Su Majestad, sino suya propia, con los soldados que traía en su ejército. Pobló la ciudad de Osorno y pobló la provincia

(1) En el ms., *susedió*.

de Cuyo, como hemos dicho, y hechas otras cosas como de su sangre se esperaba; salió de Chile pobre y necesitado, dando en aquel reino bonísimo ejemplo y olor de su persona, porque ni en cohecho ni deshonestidad, ni en otro vicio que los cargos traen consigo se le conoció falta notable.

En los trabajos, el primero; en los encuentros y batallas, no el postrero; en proveer contra los pensamientos de los enemigos de Arauco, providentísimo, como si los tuviera delante de los ojos; porque si enviaba algún capitán a correr la tierra, luego¹ proveía otro con gente bastante para que ocupase los malos pasos por donde el primer capitán había de volver, para que los enemigos allí no le hiciesen daño, con lo cual felicísimamente acabó aquella guerra y allanó, que en cuarenta y cuatro años que salió de ella y los indios se volvieron a rebelar, no se ha podido reducir al estado en que la dejó.

Sucedíole, proveído por Su Majestad Francisco de Villagrán, desgraciadísimo capitán, y para gobernar no sé si de tanto talento, en cuyo tiempo la tierra se volvió a rebelar, desbaratándole no pocas veces, y principalmente en la cuesta que llaman de Villagrán, y también en diferentes ocasiones a sus capitanes, y así se ha quedado; a quien sucedió el doctor Sarabia, presidente de una Audiencia Real que se fundó en La Concepción, con título de capitán general, la cual no permaneció veinte años; no halló la tierra tal, que con su mucha prudencia no la pudo remediar, antes sucedieron algunas desgracias y victorias de los indios, no por culpa suya, sino de confiados capitanes y mal proveídos.

A quien sucedió, deshecha la Audiencia, Rodrigo de Quiroga, caballero de hábito y de bonísimas partes, y que tuvo a los araucanos muy apretados y casi para ponerlos en la sujeción antigua, si no sucediera la entrada por el estrecho de Magallanes del capitán Francisco, azote de este reino, a quien por seguir deshizo el ejército, y después acá no se ha puesto la tierra y fin de la guerra en aquel estado.

Desde a poco sucedió su muerte, y en su lugar Martín Ruiz de Gamboa, a la sazón mariscal, casado con hija del gobernador Rodrigo de Quiroga; gran soldado, gran capitán, gran trabajador en la guerra, amigo de los soldados, liberalísimo con ellos, de mucho brío y de gran consejo para las cosas de la guerra de Chile, y muy caballero de la buena o mejor casa de Vizcaya; mas hallándose pobre y no con tanta gente como era necesaria, y la tierra muy necesitada, no pudo hacer mucho en dos años o poco más que tuvo el gobierno de aquel reino; pobló, como dijimos, a San Bartolomé de Chillán, con que refrenó la soberbia de los indios comarcanos y aseguró el paso para La Concepción y Ongol; en cuyo tiempo del gobernador Rodrigo de Quiroga, o poco antes, fue proveído por teniente general por Su Majestad para las cosas de justicia el licenciado López de Azoca, hombre hidalgo, cuya ejecutoria he visto, bonísimo juez, porque en once años que fue teniente general, ni cohecho ni baratería, ni cosa deshonestas se le conoció; amigo de hacer justicia, y la hacía con toda rectitud. El cual, residiendo en esta o aquella ciudad podían los vecinos dormir a sueño suelto, las puertas de sus casas abiertas, sin que nadie les inquietase; tasó los indios de Osorno, lo cual ningún gobernador había hecho; fue con su residencia a España, donde en breve tiempo fue vista por el Consejo Real de Indias, y dado por buen juez.

CAPITULO LXXXIV

Del gobernador don Alonso de Sotomayor.

Al mariscal Martín Ruiz de Gamboa sucedió don Alonso de Sotomayor, caballero de hábito, el cual desembarcando en Buenos Aires con su gente, algunos se le quedaron en aquel pueblo; pero con pocos menos de 400 hombres, habiendo padecido grandes trabajos en los despoblados hasta llegar a la ciudad de Córdoba, de la provincia de Tucumán, llegó a ella; de allí a la de Men-

(1) En el ms., *luego, luego*.

doza, en su gobernación, de donde pasando la cordillera en buen tiempo llegó a la ciudad de Santiago (donde yo me hallé a la sazón) con 400 soldados (como hemos dicho), pocos menos, destrozados del camino, todos desnudos y descalzos, a los cuales los vecinos con mucha liberalidad hospedaron en sus casas, vistieron y regalaron con su pobreza y ayudaron con caballos; el cual, con venir con buenas intenciones de proseguir luego la guerra, a persuasión del general Lorenzo Bernal de Mercado, valentísimo capitán, que a la sazón se halló en Santiago, de gran conocimiento en la guerra de los indios, muy temido de ellos, de los cuales ha alcanzado famosas victorias con muy pocos soldados, los indios muchos y aun algunas veces solo, y ha hecho cosas dignas de memoria; le dio 120 hombres para que fuese a descubrir unas minas de plata en la cordillera, a las espaldas de Ongol, no faltando quien al gobernador se lo contradijese, y yo fui uno de ellos, que entonces estaba a mi cargo aquella provincia; con todo eso la despachó. Partió con ellos de la ciudad de Santiago, a la ribera del río Biobío arriba; llegó a la cordillera, halló famosas minas de guijarros, pedernales, peñascos y breñas; llevaba picos, almadanas, fusiles y lo demás necesario para la fundición, y un hombre de Potosí gran fundidor y conocedor de metales, por nombre Pedro Saudi; pero como aquellas minas no llevaban plata, ninguna halló. Pasó la cordillera, que por ser por enero y febrero no tenía nieve, ni por allí es muy áspera de pasar; de la otra parte halló algunos indios Poelches o de aquellos llanos algarroberos; tomó cuatro o cinco a las manos, uno de los cuales, o todos, por verse libres de él, le dijeron que ciertas jornadas de allí, no pocas, hacia el mar del Norte, había otros españoles como nosotros, vestidos a nuestro modo, pero con pieles de venados y con barbas; que si le daba gusto, uno de ellos iría y volvería y daría noticia, a los otros españoles, de nosotros; como en Chile se tiene esta noticia, según hemos referido, le dio una mano de papel y escribióles la noticia que aquel indio de ellos había

dado, y que sin duda entendía ser españoles como nosotros, y por parecerle no tenían comercio con gente cristiana, lo que en España había les hacía saber: que en la Sede Apostólica residía Gregorio XIII, y que teníamos tantos de Aureo número; la letra dominical era tal; en España reinaba Felipe II, hijo de Carlos V; en el Perú era visorrey don Martín Enríquez; en Chile gobernaba don Alonso de Sotomayor, y para que le respondiesen les enviaba aquella mano de papel, diciendo quiénes eran, dónde vivían y prometiéndoles todo favor, saliendo al reino de Chile para dárselo, y la respuesta diesen a aquel indio, el cual se había preferido traerla a Ongol para el mes de marzo; dióse todo este recado al indio, mas hizo la ida del cuervo; no quería más que verse libre de las manos de los nuestros. Lo que yo tengo por más cierto es que los indios son enemigos de nuestros capitanes, y por una vía o por otra querían dividirnos para echarnos de sus tierras y matarnos, como dijimos haber hecho los Chiriguanas con el capitán Andrés Manso, y por eso inventan semejantes ficciones y mentiras; y que no haya memoria de españoles en el estrecho, ni los que allí se perdieron, aunque saliesen a tierra, no estén vivos, es argumento eficaz lo que en Córdoba de Tucumán me dijo un vecino de aquella ciudad, por nombre Montemayor, el cual en la armada en que vino por general Alvaro Flores de Valdés, y por poblador del estrecho, Pedro Sarmiento, con gente y labrada madera para las casas e iglesias, y en ella también vino don Alonso de Sotomayor, gobernador de Chile, venía por escribano de la armada, el cual¹ después que el general Alvaro de Valdés, destrozado por el mar, sin poder embocar por el estrecho, volvió a Buenos Aires y allí echó en tierra a don Alonso de Sotomayor con casi 400 hombres, para Chile. El capitán Pedro Sarmiento quedó con dos navíos para proseguir su viaje en ellos, y este Montemayor; prosiguiendo, pues, su viaje para hacer lo que había prometido a Su Majestad, de po-

(1) En el ms. *lo cuales*.

blar en el estrecho y hacer¹ fuerzas donde pusiere artillería para que los enemigos ingleses no pasasen sin echarlos al fondo, que es imposible, porque lo más angosto del estrecho es de tres leguas, embarcaron con viento muy próspero, pero a la mitad del estrecho les dio un Sur tan desatinado que les compelió cazar a popa y volver a arribar, pero no arribó más que la nao donde iba el capitán Sarmiento; la otra era mejor velera, iba delante, y en una ensenada se metió y guareció del Sur; la capitana, digamos, arribó hasta volver a desembocar en el mar del Norte por donde había entrado, y llegó al puerto donde había salido a la boca del estrecho. Aquí aguardó algunos días a la otra nao, y no viniendo, determinóse con 25 ó 30 soldados arcabuceros ir en busca de ellos, entre los cuales iba Montemayor; tomaron la costa en la mano, y a una o dos jornadas salieron a ellos 13 indios vestidos de blanco, manta y camiseta, con sus arcos y flechas; el cabello largo, criznejado, y en las crizneas flechas largas, y los arcos grandes; ellos, poco menos que gigantes, tanto y medio de más cuerpo que nosotros, uno de los cuales tomó una flecha y metiósele por la boca casi la mitad; sacóla y a vueltas unos cuajarones de sangre, que entre ellos debe ser valenía; el capitán Sarmiento, enfadado y asqueroso de aquello, hizo un ademán que los indios entendieron era de menosprecio; dejolos; pasó adelante en busca de su navío la costa adelante, unas veces por la playa, otras metiéndose la tierra adentro media legua y una, y por camino de la gente que allí vive, donde hallaban huella de pies grandes como de aquellos indios, y de otros como los de este reino. Los indios quedaron un poco atrás, como bufando; alguno de los soldados dijéronle: "Señor capitán, aquellos indios parece se quedan para hacer alguna traición; mande vuestra merced que se enciendan las mechas de todos los arcabuces, y si dieran en nosotros no nos hallen desapercibidos." Sólo un soldado en la vanguardia llevaba una encendida, y el cabo de escuadra,

en la retaguardia, el último. El capitán, con palabras ásperas los reprendió, llamándolos de gallinas, y que de qué temían; mas no pasaron mucho adelante cuando los medio gigantes con gran alarido dan en los nuestros disparando sus flechas a montones; el cabo de escuadra de la retaguardia volvió el arcabuz; puso fuego, no prendió, y le dan un flechazo de que murió dentro de pocas horas. El que iba en la vanguardia vuelve al ruido, y quiso Dios que disparara y al medio gigante que venía delantero le da un pelotazo y tiéndelo; los demás, como le vieron en el suelo, con grandes alaridos métense en la montaña y nunca más los vieron. Preguntéle: "En ese viaje que hicisteis hasta hallar el navío, ¿visteis o hallasteis algún rastro de cristianos?" Díjome: "Padre, lo que pasa es que pasando adelante de la playa hallamos una media ancla y una sonúa y pedazos de tablas y un medio mástil, y más arriba, poco apartados de la playa, como media legua, en el camino encontramos una peña grande, en la cual estaba cavada una cruz y tres renglones y medio de letras cavadas en la misma peña; escarbamos con las puntas de las dagas para ver si podíamos leerlas; solamente pudimos conocer una M y una O y una D, por más que trabajamos". Preguntéle: "¿Visteis más?" Respondióme: "Sí; más adelante, antes de llegar al navío, sería como el tercio de lo estrecho, el navío estaba a la mitad, un poco apartado del camino, descubrimos un cerro redondo, no muy alto, y en medio de la plaza de la coronilla vimos como un árbol de navío, hincado, y el cerro cercado de una pared; fuimos allá, y llegando, la cerca era de la estatura de un hombre, poco más, de piedras de mampuesto sin barro, y el árbol era de navío, como de mezana, hincado en medio de la placeta del cerro que la figuraba, tan grande como una cuadra, y a la redonda de todo el cerro estaban unos colgadizos de la pared que dijimos le cercaba, y dentro de ellos y de aquellas casillas muchos huesos mondos y calaveras que parecían de españoles, de donde colegimos que algunos cristianos se recogieron allí y los

(1) En el ms., *hacer y hacer*.

indios los tuvieron cercados, y murieron todos, o de hambre, o de sed, o de lo uno y lo otro". Y otra cosa no hallaron, ni más rastro de cristianos, hasta que volvieron al navío, entrando en el cual se volvieron al puerto donde estaba la capitana, y de allí, no dándoles el tiempo lugar, al Brasil, donde algunos soldados se quedaron, no pudiendo sufrir la condición del capitán Pedro Sarmiento, y entre ellos este soldado Montemayor, y de allí se vino a Buenos Aires, y de aquí a Córdoba, donde vive casado y honrado. Lo más cierto es que la noticia que dan los indios son de los españoles que viven en el Río de la Plata; de donde se colige claramente que desde Buenos Aires a la boca del estrecho no hay tierra poblada, sino muy poca, y ésa barbarísima, aunque de la otra parte del estrecho, antes de embocar, se han visto muchos humos, que es señal haber población; y el mismo Montemayor, que me refirió y certificó lo arriba dicho, también me refería que un indio que el capitán Pedro Sarmiento había tomado cuando desembocó por este estrecho y lo llevó a España con otros dos o tres, y volvió consigo, decía al mismo Sotomayor que en aquella tierra donde veían los humos nació, y era muy poblada, y había allí un señor muy rico y de mucha gente que no comía carne humana como aquellos indios grandazos del estrecho.

Volvió después el general Lorenzo Bernal antes que las nieves le cerraran el paso, porque si se detuviera quince días más no volviera tan pronto, y el camino, que cuando entró estaba bueno, a la vuelta le halló peinado, sin ser posible pasar si no era despeñándose en el río Biobío, y arriba en el cerro estaban los indios con unas galgas las más peregrinas y extrañas que se han inventado; eran unas vigas largas, en cuyas cabezas y medio tenían atadas livianamente muchas piedras grandes; dábanlas con los pies, venía la viga rodando y despidiendo piedras a montones; fue Dios servido que el capitán Juan Ruiz de León, valiente capitán, que llevaba la vanguardia, llegando a aquel paraje unos peñascos donde con su gente estaba haciendo alto, se ten-

dió por el suelo y las galgas pasaban por encima dando en el río, de lo cual avisó al general Lorenzo Bernal, por quien visto, despachó algunos soldados arcabuceros que por una cuchilla arriba subiendo echasen de allí a los enemigos; lo hicieron, y aderezando el camino los nuestros con las picas y azadones que llevaban para las minas, y para esto fueron provechosos, pasaron todos; algunas caballos volaron al río; la gente y el capitán general Lorenzo Bernal aportó a Ongol, el cual desde entonces comenzó a perder su crédito con el gobernador y no hizo caso alguno de él ni él le encomendó la menor cosa del mundo, y viéndose así se recogió a Ongol, donde era vecino, y allí acabó sus días pobremente; hasta este no buen suceso se puede comparar con los buenos y vaniturosos capitanes de todas las Indias, y esto no es de admirar, porque todas las cosas debajo de la luna tienen su crecimiento y mengua, si no son los amigos de Dios, que de virtud en virtud crecen.

Después de salida la gente que fue con Lorenzo Bernal, don Alonso de Sotomayor se ocupó en la guerra todo el tiempo que se puede hacer, que es el verano, permaneciendo en su gobernación; lo que en particular le sucedió no es de mi intento escribirlo; los que a su cargo lo han tomado lo escribirán. Sólo diré que tuvo muchas y muy buenas ocasiones, pero no por eso hemos de culpar a los que de ellas no se saben aprovechar, porque les parece lo hecho en aquella coyuntura es bastante para lo que se pretende, y tienen sus razones que les convencen para no pasar adelante.

Gobernando el mismo don Alonso de Sotomayor se descubrieron en el paraje del puerto de Santiago de Chile, en 32 ó 33 grados, dos o tres islas grandes despobladas, los puertos llenos de pescado, de mucha arboleda y gran cantidad de aves que se dejaban tomar con las manos: tórtolas, palomas torcazas y otros, de donde se ha traído mucho pescado y bueno; los puertos no son muy seguros de las travesías; distan de tierra poca más de 100 leguas.

CAPITULO LXXXV

Del gobernador Martin García de Loyola.

Al cabo de siete años del gobierno de don Alfonso de Sotomayor le sucedió Martín García de Loyola, caballero de hábito, el cual llegando a este reino y tomando el pulso a las cosas comenzó a gobernar con mucha cristiandad; entró en la tierra de guerra, y llevando las cosas con mucha mansedumbre tuvo este reino en punto que la guerra se acabase, porque si castigara a 170 indios, capitanes belicosos a quien tuvo convencidos, habiéndole venido de paz y ayudándole como amigos y vasallos del rey Felipe, que le querían matar sobre seguro con todos sus españoles que con él estaban, más de 400, la tierra quedara castigada y, menos estos valentones y capitanes, los demás naturales sujetos, escarmentados y pacíficos. Usó de más clemencia que convenía a gente traidora, y después le mataron viniendo de La Imperial a Ongol, que son 18 leguas, casi en medio del camino, con otros 40 hombres, los mejores de todo este reino, capitanes expertos y de muchas partes, y con él mataron también los indios dos religiosos de San Francisco, el uno provincial, como hemos dicho. Ofreciósele también otra vez ocasión para castigarlos, por que tratando con estos mismos capitanes valentones indios que nos quitásemos todos y dejaran las armas y viviesen en paz, recibiesen sacerdotes que les enseñasen la ley de Dios y no le fuesen traidores ni mentirosos, ni ayudasen con gente a los que no se habían querido reducir al servicio del rey Felipe, cuyos vasallos eran, como ellos parecía estar reducidos. Uno de aquellos capitanes, más principal, le dijo: "Señor, desengáñate que todos cuantos capitanes aquí están conmigo ayudamos a los rebelados con la gente que podemos de nuestra parte, y yo he sido parte de los que a mí me acuden para darles más de 60 indios de guerra". Y si entonces también como a enemigos y traidores los castigara ejemplarmente, no le sucediera su desgraciada muerte, con la cual dentro de pocos meses toda

la tierra se rebeló y mataron los indios, en diferentes ocasiones, más de 300 soldados de los bravatos y viejos; luego se rebelaron los indios sujetos a La Imperial y la tuvieron en gran estrecho de hambre, y traían alguna harina de maíz y trigo a los nuestros, a rescatar por capas de paño, sayos y camisas, y entre ella revueltos polvos ponzoñosos; fue Nuestro Señor servido que de los nuestros, por esta ocasión, ninguno muriese, hasta que don Francisco de Quiñones, gobernador, fue a socorrerlos y despobló, como dijimos, aquella ciudad. Rebelada la gente de La Imperial, y muertos algunos indios principales por decirles cuán mal lo habían hecho con rebelarse, como fue don Felipe, cacique principal de un pueblo llamado Tolten, y a otros, determinaron de ir sobre la ciudad de Valdivia, lo cual hicieron, y hallando descuido en la ciudad, una noche, víspera de Santa Catalina, el año de 599, entraron y mataron muchos españoles, quemaron los templos, hicieron pedazos las imágenes y robaron las sacristías y toda la ciudad, matando algunos clérigos y religiosos y llevándose cautivas a más de trescientas mujeres con niños y niñas; mataron a algunas porque no querían conceder con su voluntad; fue lo que se perdió de hacienda más de 350.000 pesos, y si de aquí los indios fueran a la ciudad de Osorno, la hallaran descuidada y se la llevaran como la de Valdivia; empero no pasó mucho tiempo que los naturales de Osorno, todos bautizados y ricos de muchos ganados de los nuestros, y vestidos casi como nosotros y casados, también se rebelaron y vinieron sobre la ciudad y la quemaron y saquearon y se llevaron, entre otras personas, una monja profesa de Santa Clara, que después se rescató; y si con tiempo los españoles no se recogieran e hicieran fuertes en una cuadra, le sucediera lo que a los de Valdivia. Sabido en el Perú por don Luis de Velasco, visorrey que a la sazón era, la muerte del gobernador Martín García de Loyola, despachó con 200 hombres al coronel Francisco del Campo, que lo había sido de don Alonso de Sotomayor, el cual, llegando desde el pueblo del Callao en veintinueve

días al de Valdivia, balló la ciudad arruinada y despoblada; pasó a Osorno y reprimió algún tanto la soberbia de los rebeldes, de donde salió a socorrer a la ciudad de Castro, en la isla de Chilué, donde mató algunos luteranos y al pirata hizo retirar de su navío; empero volviendo a Osorno, en el camino le mataron los indios rebeldes, trayendo por capitán a un mestizo que se había ido a ellos, aunque el mestizo murió en aquella refriega; después, viéndose los españoles en grande estrecho de hambre y pocas fuerzas para resistir a los enemigos, despoblaron y dejaron el fuerte donde estaban, unos a pie y otros a caballo, y muchas mujeres a talón; se recogieron a la isla de Chilué, 40 leguas de camino, la mitad por tierra y la otra mitad por unas bahías de mar, y llegaron bien trabajados a la ciudad de Castro, en la isla fundada, como dijimos.

CAPITULO LXXXVI

Del gobernador don Francisco de Quiñones.

Visto por el visorrey don Luis de Velasco los sucesos de este reino de Chile, tan lastimosos, proveyó, mientras Su Majestad proveía, a don Francisco de Quiñones por gobernador de estos reinos, el cual, saliendo de Lima con casi 150 hombres, llegó al puerto de La Concepción, que la balló bien trabajada; comenzó a usar de rigor, que es lo que quieren estos naturales, y a castigarlos ejemplarmente, con lo cual se hizo temer y temblaban de él todos los indios rebeldes a donde llegaba la fama de sus castigos; salió de esta ciudad con 400 hombres para la de La Imperial a socorrerla, y en el camino tuvo dos encuentros con los rebeldes, en los cuales les mató más de 400 indios, y con los castigos que en los presos hizo era muy temido; despobló La Imperial contra el parecer de muchos; sacó toda la gente y lo más que pudo de ella, y volvióse a La Concepción. Por su orden también se despobló la ciudad de Ongol, que dijimos llamarse de Los In-

fantes, con lo cual los naturales de aquel distrito, que también se habían rebelado, quedaron más soberbios y más señores; vinieron sobre Chillán, saquearon el pueblo y lleváronse la mayor parte de las mujeres, y aun mataron algunas. A la sazón residía en La Concepción don Francisco de Quiñones, lo cual parece le atemorizó y comenzó a perder el brío y vigor y tratar de volverse a su casa a Los Reyes, donde tenía mujer e hijos y mucha hacienda que le tiraban por los cabellos. Importunó al visorrey don Luis de Velasco con cartas le quitase el gobierno; hizo así y proveyó a Alonso García Ramón, que fue maese de campo de don Alonso de Sotomayor, el cual, llegando a este reino y estando en la ciudad de Santiago, supo que otra vez los indios habían entrado en San Bartolomé de Gamboa, llamado Chillán por otro nombre, y se habían llevado algunas mujeres y niños; tomó la ligera y en breve tiempo anduvo 60 leguas de camino y más, dio en los enemigos y quitó lo que más pudo, aunque no todo, porque los más de los enemigos se dieron más prisa a huir. Gobernó año y medio, en el cual tiempo no pudo hacer más de lo hecho.

CAPITULO LXXXVII

Del gobernador Alonso de Ribera.

Sabido por Su Majestad la muerte de Martín García de Loyola, proveyó por gobernador a Alonso de Ribera, buen caballero, muy experto en la guerra de Francia y Flandes, donde había tenido muchos y muy principales cargos; el cual, llegando a este reino, luego Alonso García Ramón le entregó la gente que tenía y se le ofreció a quedarse en la tierra como soldado suyo; no lo admitió, por lo cual se volvió a su casa a Los Reyes.

Alonso de Ribera halló la tierra muy trabajosa y falta de mantenimientos, y la ciudad de la Concepción, a donde desembarcó, toda cercada de guerra; se dio tan buena maña que pacificó y redujo los alterados, de suerte que la

ciudad gozaba de una poca de paz. Vinieronle de paz unos indios, que eran los que más daño hacían en este pueblo y su comarca, y el de San Bartolomé, llamados Coyuncheses, y su capitán Longo Tegua, que quiere decir cabeza de perro, indio valiente, belicoso, que ha perseverado en la amistad y sirve y ha servido fielmente, y aüera dia dos años corriera mucho riesgo Alonso de Ribera si Longo Tegua no se opusiera a los enemigos con su compañía, que no llegaba a 40 indios.

Comenzó Alonso de Ribera a hacer muchos fuertes con presidio de soldados, lo cual unos aprueban y otros reprobaban; la guerra hacía diferente de lo que hasta aquí se usaba, con infantería de a pie y poca caballería, lo cual si los indios esperaran en campo raso y la guerra que nos hacen tuviera cuerpo, era muy buena manera de proceder; pero como se la hemos de hacer a saltos y los hemos de ir a buscar como quien va a caza de conejos, no se ha tenido por acertada esta manera de proceder; en lo demás es muy buen capitán, gran trabajador, que provee bien y puede ser capitán general de un ejército de 20.000 y más soldados, como capitán experimentado por muchos años en guerras más trabajosas y peligrosas que las de Chile, porque como los rebelados conozcan y experimenten vigor y castigo, conforme a sus delitos, no hay guerra en Chile, por ser gente del ánimo más servil y esclavo que hay en el mundo; como no se les castigan las traiciones y crueldades que han hecho, dicen que por eso no los castigamos, porque los tememos. Los naturales rebelados, viendo el poco vigor que con ellos se ha usado, la provincia de Arauco, Tucapel, Lebo y otras le dieron la paz y pobló un fuerte en Lebo con 80 hombres; otro en Tucapel con otros tantos; dejó otro a la ribera de Biobío, llamado Nuestra Señora de Alí; otro Santa Fe, otro Santa Lucía, porque las paces que estos indios le dieron no se tienen por fijas, sino por fingidas, pues ni se les tomaron rehenes ni los tienen para darlos, ni hay hijos de reyes que pedirles, porque no tienen ley ni rey, ni entregaron ciudades, ni fortalezas pa-

ra la seguridad de la paz, que no las tienen, y así, en viendo al soldado español desmandado, le quitan la vida echando la culpa a otros indios que no han venido de paz, y fácilmente se les creen; empero en lo que más daño nos hacen los que han dado esta paz fingida es en hurtar cuantos caballos pueden, que son las fuerzas y nervios de la guerra de nuestra parte para contra ellos. En este estado dejó la tierra Alonso de Ribera a Alonso García Ramón, que vino a este reino poco menos ha de un año, el cual con el socorro que Su Majestad le ha enviado de 1.000 hombres que ya casi están en los fuertes, esperamos en Nuestro Señor nos ha de dar paz cumplida y la que estos naturales dieron fingida, mal que les pese, la han de hacer verdadera; tratan ahora con gobernador que les entiende los pensamientos y conoce sus traiciones, y no se han de burlar con él, el cual si los saca de sus cuevas y reduce a pueblos compeliéndoles a que les den las armas y caballos, que tienen muchos más que nosotros, con el favor divino gozaremos de paz; donde no, la guerra es infinita.

CAPITULO LXXXVIII

De las calidades de los indios de Chile.

Tiempo es ya tratemos de las calidades de los indios de Chile; las mismas son que las de los indios del Perú; enemigos nuestros capitales como los demás, exceden a los del Perú en ser más animosos, más soberbios, más fornidos, de mayores cuerpos y más belicosos y son mucho más bárbaros y temerarios, porque no creo se ha hallado alguna nación que no adorase alguna cosa y tuviese por dios; éstos ni a Sol, ni a Luna, ni estrellas, ni otra alguna cosa.

El capitán del Inga llegó hasta Santiago de Chile y 12 leguas más adelante, y viéndolos tan bárbaros los llamó en su lengua Purun auca, que quiere decir indios barbarísimos; no tenían vestidos; de pieles de gatillos hacían

(1) En el ms., si.

unas mantas con que se cubrían; el invierno se estaban en sus casas metidos, que son redondas, mayores o menores, como es la familia; en verano, grandes holgazanes, las mujeres trabajaban en todo lo necesario; fuera de esto, sin ley ni rey; el más valiente entre ellos es el más temido; castigo no hay para ningún género de vicio; tienen muchos absurdísimos.

A padre ni a madre ninguna reverencia ni sujeción. Deshonestísimos, si no es a madre, a otra mujer no perdonan: el hijo hereda las mujeres de su padre, y al contrario; el hermano del yerno, y si un hermano se aficiona a alguna mujer de su hermano, por quedarse con ella y las demás, le mata; entre éstos hay grandes hechiceros que dan bocados para matarse los unos a los otros y se matan fácilmente, y dicen está en su mano llover o no. No adoran cosa alguna; hablan con el demonio, a quien llaman Pílan. Dicen que le obedecen porque no les haga mal.

Creer que después de muertos van allá de la otra parte del mar, donde tienen muchas mujeres y se emborrachan; es el paraíso de Mahoma.

Muchos de éstos, aunque son bautizados, niegan serlo; lo mismo hacen las mujeres; amancebarse con dos hermanas es muy usado, no sólo los infieles, sino los bautizados, por lo cual a los españoles que tienen cautivos, si el español es casado y tiene alguna cuñada, le compelen a que tenga acceso a ella delante de ellos mismos; si no, le matarán; conozco a quien le sucedió, y el pobre, por huir de la muerte, cometió tan grave incesto.

Han hecho grandes crueldades en las mujeres españolas por haber acceso a ellas.

El padre que más hijas tiene es más rico, porque desde niñas las venden a otros para mujeres, y el que compra es perpetuo tributario.

No saben perdonar enojo, por lo cual son vindicativos en gran manera; no creen hay muerte natural, sino violenta, y acaso porque si alguno muere es porque otro le dio riñendo un bofetón o puñada, o con un palo, o le tiró de los cabellos.

Muchas veces nos dan ponzoña en nuestras comidas, y como no nos hacen daño, dicen es la causa porque las comemos calientes. Sus consultas son en las borracheras muy frecuentes en ellas, donde tratan las cosas de guerra: llevan sus armas, y borrachos se matan fácilmente.

No guardan un punto de ley natural, a lo menos con nosotros.

No tienen dos dedos de frente, que es señal de gente traidora y bestial, porque los caballos y mulas, angostos de frente lo son. Cada uno vive por sí, una casa de otra apartada más de un tiro de honda, a los cuales si no se reducen a pueblos y les quitan armas y caballos y les hacemos hombres políticos no los haremos cristianos.

En la guerra obedecen a los capitanes por ellos nombrados; acabada, o [en] el verano, no hay obediencia.

Finalmente, es gente sin ley, sin rey, sin honra, sin vergüenza, etcétera, y de aquí se inferirá lo que inferir se puede.

Es entre ellos lenguaje de dar la paz por estos tres años en los cuales nos descuidarán y nos dividiremos, y desunidos y divididos nos matarán y se quedarán en su infidelidad y bestiales costumbres.

Si el que gobierna no los puebla, como hemos dicho, y quita armas y caballos y castiga a los culpados, después que se les ha notificado la benignidad que con ellos Su Majestad usa, no habrá paz en Chile.

Si a los indios adultos e indias persuadimos se bauticen, responden que tienen vergüenza de ser cristianos y que harán burla de ellos los indios rebeldes; empero, que al fin de sus días se bautizarán. Tienen por gran pecado castigar o corregir a sus hijos.

No miran los padres por sus hijas; ellas buscan lo que les conviene, si acaso no las han vendido a otros indios para mujeres, como hemos dicho.

Son envidiosísimos; si un encomendero tiene en su casa tres o cuatro indias, pagándoles su trabajo como mozas de soldada, si acaso se regala más a ésta que a aquella, fácilmente la matan con un bocado.

INDICE

LIBRO PRIMERO

	PÁGS.
CAPÍTULO I.—De la descripción del Perú. De qué gente procedan los indios	3
CAPÍTULO II.—De la descripción del Perú	4
CAPÍTULO III.—Prosíguese la descripción del Perú	4
CAPÍTULO IV.—De la punta de Santa Helena	5
CAPÍTULO V.—Del pueblo de Guayaquil	5
CAPÍTULO VI.—Del valle de Chicama	8
CAPÍTULO VII.—De Tumbes	9
CAPÍTULO VIII.—Del río de Motape	9
CAPÍTULO IX.—Del puerto de Paita	10
CAPÍTULO X.—De la ciudad de Piura	10
CAPÍTULO XI.—[Del valle de Xayanca]	10
CAPÍTULO XII.—De los Llanos	11
CAPÍTULO XIII.—Del camino de la costa	12
CAPÍTULO XIV.—De los demás valles	12
CAPÍTULO XV.—De Nuestra Señora de Guadalupe	13
CAPÍTULO XVI.—Del valle de Chicama	13
CAPÍTULO XVII.—De la ciudad de Trujillo	13
CAPÍTULO XVIII.—De la[s] guaca[s] de Trujillo	15
CAPÍTULO XIX.—Del valle de Santa	16
CAPÍTULO XX.—De los demás valles a Los Reyes	17
CAPÍTULO XXI.—Del valle y ciudad de Los Reyes	18
CAPÍTULO XXII.—De la ciudad de Los Reyes	19
CAPÍTULO XXIII.—De nuestro convento	20
CAPÍTULO XXIV.—De las capillas	21
CAPÍTULO XXV.—De las capillas del lado de la Epístola	22
CAPÍTULO XXVI.—De la capilla de las Reliquias	23
CAPÍTULO XXVII.—De los provinciales [que] han aumentado el convento	23
CAPÍTULO XXVIII.—De los provinciales de nuestra Orden	24
CAPÍTULO XXIX.—De los demás provinciales de nuestra Orden	25
CAPÍTULO XXX.—De los restantes provinciales de nuestra Orden	26
CAPÍTULO XXXI.—De los religiosos que sustenta	27
CAPÍTULO XXXII.—De los obispos	27
CAPÍTULO XXXIII.—Del convento de San Francisco	29
CAPÍTULO XXXIV.—Del convento de San Agustín	30
CAPÍTULO XXXV.—Del convento de la Merced	30
CAPÍTULO XXXVI.—Del convento del Nombre de Jesús	30
CAPÍTULO XXXVII.—Del convento de los Descalzos	31
CAPÍTULO XXXVIII.—Del convento de la Encarnación	31
CAPÍTULO XXXIX.—Del monasterio de la Concepción	32
CAPÍTULO XL.—Del monasterio de la Trinidad	32
CAPÍTULO XLI.—Del monasterio de las Descalzas	33
CAPÍTULO XLII.—De la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe	33

	PÁGS.
CAPÍTULO XLIII.— De las cofradías de esta ciudad	34
CAPÍTULO XLIV.— De la capilla de la cárcel	34
CAPÍTULO XLV.— De la Universidad	35
CAPÍTULO XLVI.— De los colegios	35
CAPÍTULO XLVII.— De la capilla de Nuestra Señora de Copacavana	36
CAPÍTULO XLVIII.— De los hospitales	36
CAPÍTULO XLIX.— De la iglesia Mayor	37
CAPÍTULO L.— De los edificios	37
CAPÍTULO LI.— De los vestidos de las mujeres	38
CAPÍTULO LII.— Del acompañamiento del Santísimo Sacramento	38
CAPÍTULO LIII.— De la cristiandad de este pueblo	39
CAPÍTULO LIV.— Las cosas contrarias a esta ciudad	40
CAPÍTULO LV.— De las calidades de los nacidos en ella	40
CAPÍTULO LVI.— Del puerto y pueblo del Callao	41
CAPÍTULO LVII.— De los valles que se siguen	42
CAPÍTULO LVIII.— Del valle de Cañete	43
CAPÍTULO LIX.— Del valle de Chíncha	44
CAPÍTULO LX.— Del valle del Pisco	45
CAPÍTULO LXI.— Del valle de Ica	46
CAPÍTULO LXII.— Del valle Guayurí	46
CAPÍTULO LXIII.— Del valle de la Nasca	46
CAPÍTULO LXIV.— De otros valles siguientes	47
CAPÍTULO LXV.— Del valle [de] Camaná	47
CAPÍTULO LXVI.— De la ciudad de Arequipa	48
CAPÍTULO LXVII.— Del puerto de Arica	48
CAPÍTULO LXVIII.— De los demás valles hasta Copiapó	50
CAPÍTULO LXIX.— De la ciudad de Quito	51
CAPÍTULO LXX.— De la provincia de los Quijos	53
CAPÍTULO LXXI.— De Riobamba y Tumibamba	53
CAPÍTULO LXXII.— De la ciudad llamada Loja	55
CAPÍTULO LXXIII.— De la provincia de Cajamarca	55
CAPÍTULO LXXIV.— De la ciudad de Chachapoyas	56
CAPÍTULO LXXV.— De la ciudad [de] Guánuco	56
CAPÍTULO LXXVI.— De la villa de Oropesa, llamada por otro nombre Guancavilca	57
CAPÍTULO LXXVII.— Del asiento de Minas Choclococ[h]a, por otro nombre Castrovirreina	58
CAPÍTULO LXXVIII.— De la ciudad [de] Guamanga	58
CAPÍTULO LXXIX.— Del río y caminos de Guamanga al Cuzco	60
CAPÍTULO LXXX.— De la ciudad llamada El Cuzco	60
CAPÍTULO LXXXI.— De los Andes del Cuzco y Coca	63
CAPÍTULO LXXXII.— Prosíguese el camino del Cuzco a Vilcanota	65
CAPÍTULO LXXXIII.— Prosigue el camino al Collao	66
CAPÍTULO LXXXIV.— De la laguna de Chucuito	66
CAPÍTULO LXXXV.— De los pueblos que hay en esta provincia de Chucuito	67
CAPÍTULO LXXXVI.— Del pueblo [de] Copacavana	68
CAPÍTULO LXXXVII.— Del pueblo [de] Cepita y [De]s[a]guadero	70
CAPÍTULO LXXXVIII.— Del pueblo Tiaguanaco	71
CAPÍTULO LXXXIX.— Del camino de Omasuyo	72
CAPÍTULO XC.— De la ciudad de La Paz	72
CAPÍTULO XCI.— Del pueblo Calamarca y demás provincia del Collao	73

CAPÍTULO XCH.—Del tambo de Caracollo y camino por los valles hasta La Plata	73
CAPÍTULO XCIII.—De los valles y pueblos desde Cliza a Misque	74
CAPÍTULO XCIV.—De la provincia de Santa Cruz de la Sierra	76
CAPÍTULO XCV.—Prosigue el camino de Mizque a la ciudad de La Plata	78
CAPÍTULO XCVI.—De la ciudad de La Plata	79
CAPÍTULO XCVII.—De otro camino para la ciudad de La Plata	81
CAPÍTULO XCVIII.—De los pueblos de españoles en valles cerca de los Chiriguanas	83
CAPÍTULO XCIX.—De los Chiriguanas y sus cualidades	83
CAPÍTULO C.—Del cerro de Potosí	85
CAPÍTULO CI.—Del cerro de Potosí	87
CAPÍTULO CII.—Las vueltas que ha dado Potosí	88
CAPÍTULO CIII.—De la abundancia de que goza Potosí	89
CAPÍTULO CIV.—De las parroquias de Potosí	89
CAPÍTULO CV.—De las cofradías	90
CAPÍTULO CVI.—De la destemplanza de Potosí	91
CAPÍTULO CVII.—De la provincia de los Chichas y Lipés	91
CAPÍTULO CVIII.—Del valle Tarija	92
CAPÍTULO CIX.—De otros pueblos en frontera y la tierra adentro de los Chiriguanas	93
CAPÍTULO CX.—Del cerro llamado Porco	94
CAPÍTULO CXI.—Del camino de Porco a Arica	94
CAPÍTULO CXII.—De la calidad y costumbres de los indios de estos reinos	95
CAPÍTULO CXIII.—Cómo los gobernaba el Inga	97
CAPÍTULO CXIV.—Cómo se han de gobernar algunas cosas	99
CAPÍTULO CXV.—El azogue consume muchos indios	101
CAPÍTULO CXVI.—Cómo se crían los hijos de los españoles que nacen en este reino	101

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I.—De los prelados eclesiásticos	103
CAPÍTULO II.—Del ilustrísimo fray Jerónimo de Loaisa, arzobispo de Los Reyes	104
CAPÍTULO III.—Del ilustrísimo Mogrovejo	106
CAPÍTULO IV.—De los reverendísimos del Cuzco	107
CAPÍTULO V.—De los reverendísimos de La Plata	109
CAPÍTULO VI.—De los reverendísimos de Tucumán y Paraguay o Río de la Plata	113
CAPÍTULO VII.—Del licenciado Vaca de Castro, Blasco Núñez Vela y don Antonio de Mendoza	113
CAPÍTULO VIII.—Del marqués de Cañete	114
CAPÍTULO IX.—Del marqués de Cañete	115
CAPÍTULO X.—El marqués llega a Trujillo	116
CAPÍTULO XI.—Parte de Trujillo el marqués	118
CAPÍTULO XII.—Entra el marqués en Los Reyes	118
CAPÍTULO XIII.—El marqués hizo perdón general	119
CAPÍTULO XIV.—Cómo proveyó por gobernador de Chile a su hijo don García de Mendoza	120

CAPÍTULO XV.—Nombró el marqués gentilhombres lanzas y arcabuces	121
CAPÍTULO XVI.—El marqués quiso prender al doctor Sarabia, oidor.	122
CAPÍTULO XVII.—De las entradas que en su tiempo se hicieron	122
CAPÍTULO XVIII.—El marqués mandó traer a Los Reyes los cuerpos de los Ingas	126
CAPÍTULO XIX.—El marqués se mostró gran republicano	127
CAPÍTULO XX.—De la muerte del marqués	129
CAPÍTULO XXI.—De las virtudes del marqués	130
CAPÍTULO XXII.—Cuán enemigo era de acrecentar tributos	132
CAPÍTULO XXIII.—Del conde de Nieva	133
CAPÍTULO XXIV.—Del gobernador Castro	134
CAPÍTULO XXV.—Del visorrey don Francisco de Toledo	136
CAPÍTULO XXVI.—De la guerra que hizo al Inga	138
CAPÍTULO XXVII.—El visorrey se encontró en su viaje con el gobernador Castro	140
CAPÍTULO XXVIII.—El visorrey don Francisco de Toledo llega a Potosí y de allí a la ciudad de La Plata	140
CAPÍTULO XXIX.—El visorrey dio asiento a las tasas y cosas de Potosí.	141
CAPÍTULO XXX.—Salieron los Chiriguanas a besar las manos a don Francisco de Toledo	142
CAPÍTULO XXXI.—Refiérese la ficción chiriguana	143
CAPÍTULO XXXII.—El visorrey don Francisco de Toledo convoca Audiencia, Sede vacante y prelados de las Ordenes, y pide parecer.	144
CAPÍTULO XXXIII.—Hace el virrey información del milagro	147
CAPÍTULO XXXIV.—Los Chiriguanas huyen	148
CAPÍTULO XXXV.—El visorrey don Francisco de Toledo determina ir a los Chiriguanas en persona	149
CAPÍTULO XXXVI.—El visorrey don Francisco de Toledo pide parecer si dará por esclavos a los Chiriguanas	149
CAPÍTULO XXXVII.—El visorrey manda al general don Gabriel entre contra los Chiriguanas por el camino de Santa Cruz	150
CAPÍTULO XXXVIII.—El visorrey nombra capitanes y entra en la tierra Chiriguana	151
CAPÍTULO XXXIX.—El visorrey nombra capitán a Barrasa, su camarero, y lo envía al pueblo de Marucare	152
CAPÍTULO XL.—Del hambre que comenzaba en el real y enfermedad del visorrey	153
CAPÍTULO XLI.—El visorrey manda volver el campo al Perú	154
CAPÍTULO XLII.—Lo que sucedió al general don Gabriel Paniagua.	155
CAPÍTULO XLIII.—Despide a los soldados el visorrey y llega a la ciudad de La Plata	156
CAPÍTULO XLIV.—Del capitán Francisco Draque, inglés, que entró por el estrecho de Magallanes	156
CAPÍTULO XLV.—La Inquisición vino a este reino	160
CAPÍTULO XLVI.—De las virtudes del visorrey don Francisco de Toledo	161
CAPÍTULO XLVII.—Don Martín Enríquez, visorrey de estos reinos.	162
CAPÍTULO XLVIII.—El conde del Villar, visorrey de estos reinos	163
CAPÍTULO XLIX.—Su Majestad provee a don García de Mendoza por visorrey de estos reinos	166
CAPÍTULO L.—Quito no quiere recibir las alcabalas y medio se rebela.	166
CAPÍTULO LI.—El marqués tiene aviso de Chile que un pirata inglés ha llegado a aquella costa	168

CAPÍTULO LII.—Parte la armada del puerto en busca del enemigo, aguas arriba ...	170
CAPÍTULO LIII.—Vuélvese la armada al puerto ...	172
CAPÍTULO LIV.—El marqués despacha segunda vez en seguimiento del enemigo ...	173
CAPÍTULO LV.—De la jornada y descubrimiento que hizo el adelantado Alvaro de Mendaña ...	174
CAPÍTULO LVI.—[De cómo los nuestros llegaron a una isla poblada de negros y de las refriegas que con éstos hubo] ...	176
CAPÍTULO LVII.—[De la muerte que el adelantado Mendaña hizo dar al maese de campo] ...	179
CAPÍTULO LVIII.—[Donde se dice el fin que tuvieron Malope y el adelantado Mendaña] ...	180
CAPÍTULO LIX.—[De cómo los nuestros llegaron a las islas Filipinas y luego volvieron al Perú] ...	180
CAPÍTULO LX.—Sólo una desgracia le sucedió al marqués ...	181
CAPÍTULO LXI.—Del ilustrísimo arzobispo de México ...	181
CAPÍTULO LXII.—Del camino de Talina a Tucumán ...	182
CAPÍTULO LXIII.—Del valle de Salta, Comarea y Calchaquí ...	185
CAPÍTULO LXIV.—De la ciudad de Esteco ...	186
CAPÍTULO LXV.—De la ciudad de Santiago del Estero ...	186
CAPÍTULO LXVI.—De la ciudad de Córdoba ...	187
CAPÍTULO LXVII.—De los gobernadores que ha habido en Tucumán desde el marqués de Cañete acá ...	188
CAPÍTULO LXVIII.—Del reino del Paraguay ...	190
CAPÍTULO LXIX.—Del puerto y pueblo de Buenos Aires ...	192
CAPÍTULO LXX.—De la provincia de Cuyo, en términos de Chile ...	193
CAPÍTULO LXXI.—De la ciudad de Mendoza ...	194
CAPÍTULO LXXII.—Del camino de Mendoza a Santiago de Chile ...	195
CAPÍTULO LXXIII.—Prosigue el camino de Copiapó a Coquimbo ...	196
CAPÍTULO LXXIV.—De la ciudad de Coquimbo ...	197
CAPÍTULO LXXV.—De la ciudad de Santiago ...	198
CAPÍTULO LXXVI.—De las demás ciudades de Chile ...	200
CAPÍTULO LXXVII.—De algunos otros puebles de este reino ...	201
CAPÍTULO LXXVIII.—De la ciudad de Valdivia ...	202
CAPÍTULO LXXIX.—De la ciudad de Osorno ...	203
CAPÍTULO LXXX.—De la ciudad de Castro ...	203
CAPÍTULO LXXXI.—De los obispos de este reino ...	204
CAPÍTULO LXXXII.—De los prelados y religiosos de las Ordenes ...	205
CAPÍTULO LXXXIII.—De los gobernadores de Chile ...	205
CAPÍTULO LXXXIV.—Del gobernador don Alonso de Sotomayor ...	206
CAPÍTULO LXXXV.—Del gobernador Martín García de Loyola ...	210
CAPÍTULO LXXXVI.—Del gobernador don Francisco de Quiñones ...	211
CAPÍTULO LXXXVII.—Del gobernador Alonso de Ribera ...	211
CAPÍTULO LXXXVIII.—De las calidades de los indios de Chile ...	212